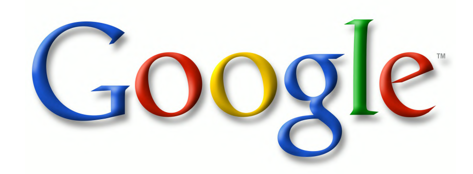
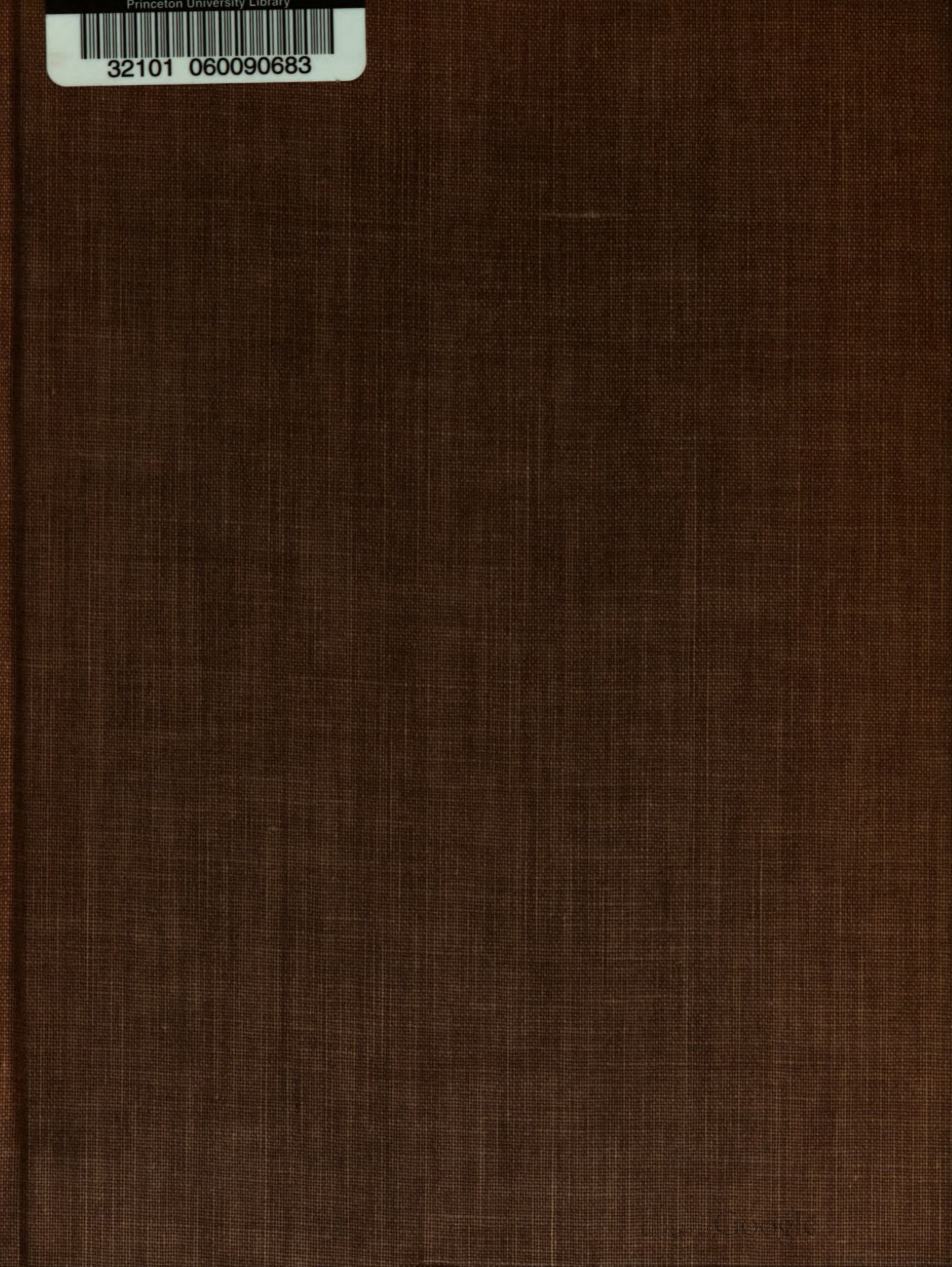

Google



Princeton University Library
32101 060090683



Biblioteca de la Imprenta "Americana"

LA BATALLA DE ARICA

7 DE JUNIO DE 1880

(Capítulos de la obra "Arica en la Guerra del Pacífico")

POR

GERARDO VARGAS Hurtado.

Miembro activo de la Sociedad Geográfica de Lima

Dedico este libro con toda mi simpatía, a la patriota e inteligente juventud militar de mi patria, convencido de que, llegado el momento, seguirá el heroico ejemplo de los defensores de Arica. . . . .

EL AUTOR.

LIMA

IMP. AMERICANA.—POLVOS AZULES 138

1921

Frases de gratitud

La publicación de este libro se debe, como lo hace constar el teniente coronel señor J. Ricardo Luna en el hermoso prólogo con que ha querido realzar su insignificante valor, "al presidente de la República, señor Augusto B. Leguía, quien, con su ascendrado patriotismo, ha autorizado y patrocinado su impresión".

Quiero y debo dejar también yo constancia de ello en estas páginas preliminares, rindiendo así tributo de gratitud y admiración al más avanzado y sincero defensor que el irredentismo peruano tiene en el señor Leguía, quien, desde el primera éxodo de peruanos de nuestras provincias del Sur, allá en 1911, viene dando pruebas de la devoción preferente que le merece la causa de éstos, que es, también, de la nación toda; porque de la honrosa y patriótica solución que tenga élla, depende, en gran parte, su futuro bienestar. Es, pues, para el Perú cuestión de honor y dignidad, de vida o muerte.

También alcanza nuestro reconocimiento al ex-ministro de fomento, doctor Pedro José Rada y Gamio, actual presidente de la Cámara de Diputados, y al señor don Enrique Zegarra, director de dicho ministerio, por la favorable y entusiasta acogida que, desde el primer momento, se sirvieron prestar a este libro, a efecto de obtener, como la obtuvieron, la autorización suprema para su publicación.

El señor Zegarra, cuya energía y atinada actitud al frente del consulado general del Perú en Valparaíso, en los días trágicos que en 1918 culminaron con la expulsión de peruanos del país del Sur, recordamos con admiración y aplauso; es digno de figurar entre los colaboradores del gobierno, así por su patriotismo como por su laboriosidad y versación en los negocios del estado.

Lima, julio de 1921.

Gerardo Vargas H.



SEÑOR DON AUGUSTO B. LEGUIA,
Presidente de la República

Biblioteca de la Imprenta "Americana"

LA BATALLA DE ARICA

7 DE JUNIO DE 1880

(Capítulos de la obra "Arica en la Guerra del Pacífico")

POR

GERARDO VARGAS Hurtado.

Miembro activo de la Sociedad Geográfica de Lima

Dedico este libro con toda mi simpatía, a la patriota e inteligente juventud militar de mi patria, convencido de que, llegado el momento, seguirá el heroico ejemplo de los defensores de Arica. . . . .

EL AUTOR.

LIMA

IMP. AMERICANA.—POLVOS AZULES 138

1921

Frases de gratitud

La publicación de este libro se debe, como lo hace constar el teniente coronel señor J. Ricardo Luna en el hermoso prólogo con que ha querido realzar su insignificante valor, "al presidente de la República, señor Augusto B. Leguía, quien, con su ascendrado patriotismo, ha autorizado y patrocinado su impresión".

Quiero y debo dejar también yo constancia de ello en estas páginas preliminares, rindiendo así tributo de gratitud y admiración al más avanzado y sincero defensor que el irredentismo peruano tiene en el señor Leguía, quien, desde el primera éxodo de peruanos de nuestras provincias del Sur, allá en 1911, viene dando pruebas de la devoción preferente que le merece la causa de éstos, que es, también, de la nación toda; porque de la honrosa y patriótica solución que tenga élla, depende, en gran parte, su futuro bienestar. Es, pues, para el Perú cuestión de honor y dignidad, de vida o muerte.

También alcanza nuestro reconocimiento al ex-ministro de fomento, doctor Pedro José Rada y Gamio, actual presidente de la Cámara de Diputados, y al señor don Enrique Zegarra, director de dicho ministerio, por la favorable y entusiasta acogida que, desde el primer momento, se sirvieron prestar a este libro, a efecto de obtener, como la obtuvieron, la autorización suprema para su publicación.

El señor Zegarra, cuya energía y atinada actitud al frente del consulado general del Perú en Valparaíso, en los días trágicos que en 1918 culminaron con la expulsión de peruanos del país del Sur, recordamos con admiración y aplauso; es digno de figurar entre los colaboradores del gobierno, así por su patriotismo como por su laboriosidad y versación en los negocios del estado.

Lima, julio de 1921.

Gerardo Vargas H.



SEÑOR DON AUGUSTO B. LEGUIA,
Presidente de la República

El por qué de este libro

La historia de un pueblo no es otra cosa que el pasado de las glorias ó reveses de sus armas, es el recuerdo de la tradición de sus ejércitos victoriosos o vencidos, es, en fin, el estado de grandeza o de miseria de una época que se caracteriza, precisamente, por el triunfo de los ideales que persiguen los pueblos, alcanzados con las armas en los campos de batalla o por los desastres que esos mismos ejércitos sufrieron en los diferentes lugares donde combatieron. La historia militar hace, pues, conocer ese pasado a las generaciones del presente, para que rectifiquen sus rumbos y orientaciones, si ese pasado fué adverso, o para que mantengan la tradición de las glorias, si al contrario la fortuna le sonrió siempre a sus ejército.— *CAMPAÑA DE BOLIVAR*, por el general *Antonio Castro*. Del "Memorial del Ejército", de junio de 1920).

Orgullosos, como los que más, de las gloriosas tradiciones de nuestro país natal—Arica—fué anhelo constante desde nuestra juventud, escribir su historia—la más interesante, acaso, de ciudad alguna del Perú;—pero, para emprender obra tan árdua, carecíamos de fuentes de consulta.

Arrojados violentamente de los territorios cautivos, juntamente con varios compatriotas nuestros, por el **delito** de habernos opuesto, por todos los medios a nuestro alcance, a la consumación de los nefandos planes de sus detentadores; pocos días después de nuestra llegada a esta capital iniciábamos la búsqueda de los datos e informaciones que necesitábamos para emprender dicha obra.

Pero tan compleja es élla y nuestros conocimientos sobre la historia patria tan escasos, que transcurrirá algún tiempo todavía antes de darle cima; porque la mayor parte de él lo dedicamos a la diaria lucha por la vida.

Sin embargo, tenemos material reunido para más de tres tomos, y listo para entregarlo a la prensa el que abarca desde la declaratoria de la guerra del Pacífico, por Chile, hasta la ocupación de Arica por las armas de esta república.

Accediendo a insinuaciones de amigos nuestros, nos hemos decidido a publicar los capítulos en que historiamos la campaña que el ejército chileno emprendió sobre Arica, luego después de la batalla del Campo de la Alianza, asunto cuyas proporciones no hemos querido reducir en nuestro anhelo de dar a luz una narración ampliamente documentada de esa lejendaria jornada, como nadie lo ha hecho acaso, hasta hoy, en el Perú, a un lado modestia.

Habríamos preferido no desglosarlos del tomo en que nos ocupamos en los sucesos que se verificaron en Arica, a partir de la ocupación de Antofagasta, hasta el 7 de Junio de 1880; pero los

amigos a que antes nos hemos referido, piensan que, si demoramos más tiempo su publicación, corremos peligro de que desaparezcan los pocos compatriotas sobrevivientes que quedan del combate del Morro, privándonos, así, de conocer la opinión de ellos acerca de este libro; aunque a continuación de la presente nota bibliográfica insertamos la muy honrosa y autorizada del coronel don Francisco Chocano, ex-postrer jefe del batallón "Artesanos de Tacna", y la del sargento mayor don Juan García Zegarra, ex-jefe de uno de los cañones del Morro y secretario vitalicio de la Sociedad Sobrevivientes de Arica.

Es un trabajo este despojado de galas literarias, que no encajan, tampoco, en narración de su índole, encaminada a enaltecer la figura homérica del defensor de Arica y la de sus denodados capitanes.

Cuando la juventud peruana pase su vista por estas páginas de verdad y justicia, admirará y venerará, más aún, la memoria de los que, con sus sacrificio cruento, salvaron el honor nacional en la malhadada guerra con Chile.

Lima, 7 de Junio de 1919.

G. V. H.

Lima, 23 de abril de 1919.

Señores coronel don Francisco Chocano y sargento mayor don Juan García y Zegarra, Presidente y Secretario de la Sociedad "Sobrevivientes de Arica".

Ciudad.

Mis respetados amigos:

Refiriéndome a la conversación que tuve con Uds. en días pasados, cumplo con remitirles, en paquete separado, los originales de mi obra sobre la jornada de Arica, en la que tan brillante participación tuvieron Uds., por lo que los considero más capacitados que otros sobrevivientes de la misma, para emitir opinión sobre dicho trabajo.

Quieran hacerlo con entera franqueza, indicándome los errores en que pueda haber incurrido, sean históricos o de concepto.

Preséntoles mi reconocimiento anticipado por el servicio; y saben ya Uds. cuánto les distingue su amigo atto. S.S.

Gerardo Vargas H.

Lima, 28 de abril de 1919.

Señor don Gerardo Vargas H.

Ciudad.

Muy amigo y señor nuestro:

Con agrado damos respuesta a la atta. de Ud. del 23 del presente.

Ya teníamos conocimiento, antes de hablar con Ud. ahora pocos días, por las varias publicaciones que ha hecho Ud. en la prensa local historiando el combate de Arica (7 de junio de 1880), a que tuvimos la gloria de concurrir, de que está Ud. perfectamente informado de todas las circunstancias que rodearon esa admirable acción de armas, en la que, una vez más, el soldado peruano dió pruebas incontrastables de valor y abnegación, luchando hasta caer en la demanda, antes de ver hollado nuestro territorio por el invasor enemigo.

Crea Ud. que hemos sentido verdadera fruición patriótica al leer las páginas de su libro; hemos creído asistir al combate mismo, tan exacta y bien trazada está la narración de él y la de sus varios episodios.

No hemos encontrado omisiones ni adulteraciones en el relato histórico; por el contrario, peca Ud. de exagerado al documentar en la forma nutrida que lo hace Ud., asunto guerrero que podemos considerar recientemente realizado, por cuanto existen aún, a Dios gracias, varios de los que actuamos en él y por ser lo suficiente-

mente conocido, en todos sus detalles, por las presentes generaciones.

Al devolverle sus originales, sin ninguna anotación, lo felicitamos entusiastamente por ser autor de la más completa historia que se ha escrito hasta hoy del combate de Arica, repitiéndonos como sus amigos y S. S.

Coronel **Francisco Chocano.**— Sagto. mayor **Juan García y Zegarra.**



Sr. Dr. JOSE RADA Y GAMIO
Ministro de Fomento

Prólogo

Singular e involuntaria oportunidad nos ha hecho intervenir en la publicación de "La Historia de Arica"; y esa intervención, reclamada por la autoridad Suprema de la República, el señor Presidente Augusto B. Leguía, ha movido probablemente al autor de tan importante libro a que dejemos constancia pública de nuestra opinión, muy modesta desde luego, pero insospechablemente patriótica, siendo éste el único título que nos ha impulsado a prologar el meritísimo trabajo histórico del señor Gerardo Vargas Hurtado.

Una ley inmutable de compensación armoniza tanto la vida del hombre como la de los pueblos. A nuestros desastres y tormentos internacionales ha venido el despertar de la conciencia nacional, sobre el deber impuesto a las generaciones presentes y futuras, de enmendar rumbos, de cicatrizar heridas y de luchar hasta el último aliento, hombres y ancianos, mujeres

y niños, para reconquistar el preciado patrimonio de nuestros mayores.

El Perú es hoy más que nunca un solo hombre, una sola voluntad, una sola idea, cuando se trata del ideal de nuestros ideales: de la reivindicación de Tarapacá, de Tacna y de Arica. Los enconos políticos, las divisiones sociales, la heterogeneidad de nuestras razas, entidades divergentes unas, divididas otras e indiferentes todas, están milagrosamente enlazadas al tratarse de nuestro problema del Sur, realizando el hermoso lema de nuestra moneda: "La Unión es la Fuerza".

Esa ley de compensación, en nuestro caso, ha corrido a cargo de nuestro adversario secular, quien ha redactado sus preceptos con el exponente de cada uno de sus atropellos: La violación indiscutible del tratado de Ancón por Chile, desde el momento mismo en que impuso firmarlo, con la indebida ocupación de una parte de la provincia de Tarata, no comprendida en las cláusulas del Tratado; su negativa a aceptar desde el 10 de agosto de 1892 las instancias del Perú sobre los preliminares para el cumplimiento de lo estipulado en el artículo 3º de dicho pacto; y la violación incalificable de todos los derechos humanos: destrucción y clausura de imprentas peruanas, clausura de escuelas e iglesias, expulsión de sacerdotes, violación, saqueo, incendio, incautación de propiedades y expulsión consecutiva de más de 30,000 peruanos, aparte de asesinatos y otras vejaciones, han impreso, decimos, en el alma generosa y sensible de nuestro pueblo, el juramento inquebrantable de la REVANCHA.

El Perú todo, en sus más alejados confines,

con el alma entristecida por la impotencia, ha presenciado el desfile de la doliente caravana de ancianos, mujeres y niños, expulsados de su propio suelo por el común e implacable enemigo; pero también el Perú todo, que ha abierto sus brazos a esos hermanos desvalidos, ha visto la falanje de luchadores que la completaban, ha visto esa generación de hombres aptos para llevar las armas, dispuestos a disputar sin desmayos, sobre los futuros campos de batalla, el codiciado botín que nos fuera arrebatado.

Esa falanje de compatriotas, de invencibles luchadores, la forman los irredentos de Tarapacá, de Tacna y de Arica, que con su ejemplo, con su palabra y con su labor perseverante, mantienen latente el sagrado ideal de la nación peruana. A esta falanje o vanguardia de honor para la lucha futura, que consta de 17 instituciones repartidas en el territorio, pertenece Gerardo Vargas Hurtado.

Gerardo Vargas Hurtado, nacido en Arica, de muy distinguida familia oriunda de ese lugar, fué testigo del heroismo de nuestros soldados y de la crueldad y vandalismo innecesario, injustificable de los vencedores!!!

Esas impresiones recogidas en su niñez, alimentadas en su adolescencia y robustecidas por una lucha viril durante 31 años, adormecidas a veces, exaltadas otras, por el relato de los propios actores, por la romería de los deudos a los lugares sagrados, por el juramento de los que después han muerto en la tierra irredenta inculcando a los suyos la promesa vengadora, dan a

Lima, 23 de abril de 1919.

Señores coronel don Francisco Chocano y sargento mayor don Juan García y Zegarra. Presidente y Secretario de la Sociedad "Sobrevivientes de Arica".

Ciudad.

Mis respetados amigos:

Refiriéndome a la conversación que tuve con Uds. en días pasados, cumplo con remitirles, en paquete separado, los originales de mi obra sobre la jornada de Arica, en la que tan brillante participación tuvieron Uds., por lo que los considero más capacitados que otros sobrevivientes de la misma, para emitir opinión sobre dicho trabajo.

Quieran hacerlo con entera franqueza, indicándome los errores en que pueda haber incurrido, sean históricos o de concepto.

Preséntoles mi reconocimiento anticipado por el servicio; y saben ya Uds. cuánto les distingue su amigo atto. S.S.

Gerardo Vargas H.

Lima, 28 de abril de 1919.

Señor don Gerardo Vargas H.

Ciudad.

Muy amigo y señor nuestro:

Con agrado damos respuesta a la atta. de Ud. del 23 del presente.

Ya teníamos conocimiento, antes de hablar con Ud. ahora pocos días, por las varias publicaciones que ha hecho Ud. en la prensa local historiando el combate de Arica (7 de junio de 1880), a que tuvimos la gloria de concurrir, de que está Ud. perfectamente informado de todas las circunstancias que rodearon esa admirable acción de armas, en la que, una vez más, el soldado peruano dió pruebas incontrastables de valor y abnegación, luchando hasta caer en la demanda, antes de ver hollado nuestro territorio por el invasor enemigo.

Crea Ud. que hemos sentido verdadera fruición patriótica al leer las páginas de su libro; hemos creído asistir al combate mismo, tan exacta y bien trazada está la narración de él y la de sus varios episodios.

No hemos encontrado omisiones ni adulteraciones en el relato histórico; por el contrario, peca Ud. de exagerado al documentar en la forma nutrida que lo hace Ud., asunto guerrero que podemos considerar recientemente realizado, por cuanto existen aún, a Dios gracias, varios de los que actuamos en él y por ser lo suficiente-

mente conocido, en todos sus detalles, por las presentes generaciones.

Al devolverle sus originales, sin ninguna anotación, lo felicitamos entusiastamente por ser autor de la más completa historia que se ha escrito hasta hoy del combate de Arica, repitiéndonos como sus amigos y S. S.

Coronel **Francisco Chocano.**— Sagto. mayor **Juan García y Zegarra.**



Sr. Dr. JOSE RADA Y GAMIO
Ministro de Fomento

Prólogo

Singular e involuntaria oportunidad nos ha hecho intervenir en la publicación de "La Historia de Arica"; y esa intervención, reclamada por la autoridad Suprema de la República, el señor Presidente Augusto B. Leguía, ha movido probablemente al autor de tan importante libro a que dejemos constancia pública de nuestra opinión, muy modesta desde luego, pero insospechablemente patriótica, siendo éste el único título que nos ha impulsado a prologar el meritísimo trabajo histórico del señor Gerardo Vargas Hurtado.

Una ley inmutable de compensación armoniza tanto la vida del hombre como la de los pueblos. A nuestros desastres y tormentos internacionales ha venido el despertar de la conciencia nacional, sobre el deber impuesto a las generaciones presentes y futuras, de enmendar rumbos, de cicatrizar heridas y de luchar hasta el último aliento, hombres y ancianos, mujeres

y niños, para reconquistar el preciado patrimonio de nuestros mayores.

El Perú es hoy más que nunca un solo hombre, una sola voluntad, una sola idea, cuando se trata del ideal de nuestros ideales: de la reivindicación de Tarapacá, de Tacna y de Arica. Los enconos políticos, las divisiones sociales, la heterogeneidad de nuestras razas, entidades divergentes unas, divididas otras e indiferentes todas, están milagrosamente enlazadas al tratarse de nuestro problema del Sur, realizando el hermoso lema de nuestra moneda: "La Unión es la Fuerza".

Esa ley de compensación, en nuestro caso, ha corrido a cargo de nuestro adversario secular, quien ha redactado sus preceptos con el exponente de cada uno de sus atropellos: La violación indiscutible del tratado de Ancón por Chile, desde el momento mismo en que impuso firmarlo, con la indebida ocupación de una parte de la provincia de Tarata, no comprendida en las cláusulas del Tratado; su negativa a aceptar desde el 10 de agosto de 1892 las instancias del Perú sobre los preliminares para el cumplimiento de lo estipulado en el artículo 3º de dicho pacto; y la violación incalificable de todos los derechos humanos: destrucción y clausura de imprentas peruanas, clausura de escuelas e iglesias, expulsión de sacerdotes, violación, saqueo, incendio, incautación de propiedades y expulsión consecutiva de más de 30,000 peruanos, aparte de asesinatos y otras vejaciones, han impreso, decimos, en el alma generosa y sensible de nuestro pueblo, el juramento inquebrantable de la REVANCHA.

El Perú todo, en sus más alejados confines,

con el alma entristecida por la impotencia, ha presenciado el desfile de la doliente caravana de ancianos, mujeres y niños, expulsados de su propio suelo por el común e implacable enemigo; pero también el Perú todo, que ha abierto sus brazos a esos hermanos desvalidos, ha visto la falanje de luchadores que la completaban, ha visto esa generación de hombres aptos para llevar las armas, dispuestos a disputar sin desmayos, sobre los futuros campos de batalla, el codiciado botín que nos fuera arrebatado.

Esa falanje de compatriotas, de invencibles luchadores, la forman los irredentos de Tarapacá, de Tacna y de Arica, que con su ejemplo, con su palabra y con su labor perseverante, mantienen latente el sagrado ideal de la nación peruana. A esta falanje o vanguardia de honor para la lucha futura, que consta de 17 instituciones repartidas en el territorio, pertenece Gerardo Vargas Hurtado.

Gerardo Vargas Hurtado, nacido en Arica, de muy distinguida familia oriunda de ese lugar, fué testigo del heroismo de nuestros soldados y de la crueldad y vandalismo innecesario, injustificable de los vencedores!!!

Esas impresiones recogidas en su niñez, alimentadas en su adolescencia y robustecidas por una lucha viril durante 31 años, adormecidas a veces, exaltadas otras, por el relato de los propios actores, por la romería de los deudos a los lugares sagrados, por el juramento de los que después han muerto en la tierra irredenta inculcando a los suyos la promesa vengadora, dan a

la "Historia de Arica" escrita por Vargas, toda la sensación de una tradición de glorias e infortunios, o más propiamente dicho, todo el colorido de la historia de un pueblo que, si por confiado fué vencido, por valeroso jamás se rindió; y que si fué víctima de la conquista, nunca se avino a la humillación ni al vasallaje, contra el cual lucha hace 42 años y seguirá luchando con mayor altivez y resolución cada día.

Desde muy joven, Vargas, se inició en el periodismo librando activa campaña, desde 1890 hasta 1911, en "El Morro de Arica", que fué asaltado y destruido en ese año por las turbas **chilenizadoras** capitaneadas por los Lira y los Arteaga......

Una de sus más brillantes campañas, llevada a cabo en consecuetivos números del referido periódico, fué la refutación que hizo a la serie de artículos que el ex-intendente de Tacna, Manuel Francisco Palacios, de ingrato recuerdo en esa ciudad, publicó en "El Ferrocarril" de Santiago, encaminados a justificar las bárbaras medidas para la **desperuanización** de los territorios cautivos. Nuestro gobierno, reconociendo el valor de dicha refutación, la hizo publicar en un folleto, que su autor intituló "El Debate Eterno".

Vargas fué también inspirador y las más de las veces ejecutor de toda iniciativa patriótica; de aquí el odio que por él sentían los **chilenizadores,** y las justas simpatías de que gozaba en Arica, de parte de sus comprovincianos, que lo hacían figurar entre los más esforzados defensores y sostenedores de la nacionalidad, no sólo desde las columnas de la prensa, sino desde aquel otro centro de acción que se llamó "Sociedad Peruana de Beneficencia", de la que fué socio honorario y algo así como secretario perpetuo.

Durante varios años fué corresponsal de "El Comercio" de Lima en Arica; y por los cablegramas que dirigía a este órgano, tenía conocimiento el país de las hostilidades y persecuciones de que eran víctimas nuestros compatriotas de parte de los **chilenizadores;** quienes en 1911 expulsaron de Arica a Vargas, junto con otros tacneños y ariqueños. Desde entonces reside en esta capital, consagrado a los estudios históricos, fruto de los cuales es la "Historia de Arica", que constituye a su vez una parte que de sus trabajos da a la publicidad.

Debióse también a su iniciativa la fundación de los periódicos de índole literaria que existieron en Arica desde 1890 hasta 1906, recordando entre otros "El Ariqueño" y "Azul y Blanco", este último con el principal concurso del poeta Enrique del Piélago, que era el director.

Durante el gobierno del señor Billinghurst, desempeñó, asimilado a Teniente Coronel, el importante puesto de Jefe de Almacenes de la Intendencia General de Guerra, obteniendo en esa época despachos de Comisario de Guerra.

El país sufre gran deficiencia, ya que no absoluta carencia de información histórica sobre nuestra última guerra con Chile. El libro de Vargas H., que sólo se refiere a uno de los más heróicos hechos de esa sangrienta guerra, constituye en sí la obra más completa y mejor documentada que sobre el particular se ha dado a la publicidad. Ella no sólo encierra la narración más o menos metódica y sobre todo desapasionada de

los hechos a que se refiere, sino que es una formidable refutación a la venalidad en que, desgraciadamente, han incurrido todos los historiadores chilenos, que unas veces desfiguran groseramente los acontecimientos, que en otras exhiben impunemente calumniosas apreciaciones, cuando no inventan leyendas originales... No hay un solo escritor chileno, Bulnes, Vicuña Mackenna, Barros Arana, Ahumada, Lynch, Molinari, etc., que no peque neciamente en el afán de restar prestigio a los peruanos, cuando no se lo niegan rotundamente. En todas las batallas por ellos descritas, sus soldados fueron menos numerosos que los peruanos y vencieron a sus cobardes enemigos, gracias a su gran valor. Ante enemigo tan insignificante, cuál es el heroismo del valeroso ejército de Chile? ¿cuáles los laureles de sus reclamadas victorias? Sin embargo, en casi todos los documentos oficiales, que ellos mismos no se han atrevido o que no han podido hacer desaparecer, consta que si el combate de San Francisco se hubiera generalizado por los aliados, la derrota chilena hubiera sido inevitable; que en Tacna cuando el "Zepita", los "Cazadores del Misti" y los batallones de la división Canevaro con los "Colorados" de Camacho, arrollaron a la 1a. y 2a. divisiones chilenas, "La suerte de Chile estaba entonces pendiente de un hilo, porque si aquellas dos divisiones se desconcertaban declarándose en derrota, quizá se hubiera introducido el pánico y el desorden en las restantes"...; que en Miraflores los contra-ataques del ala derecha (1o., 2o. y 3er. reducto, General Cáceres) hicieron desbandar a los regimientos asaltantes de las divisiones de Lagos y de Lynch, las que sólo fueron conteni-

das por el enérgico apoyo de la reserva general; y, finalmente, que en Huamachuco "la batalla más encarnizada y más rudamente peleada", se dió contra-orden a la retirada chilena ya iniciada sobre Cajabamba, cuando notaron que los peruanos vencedores, desprovistos de bayonetas, habían agotado sus municiones... No hemos querido hablar de nuestras victorias de Tarapacá, de Marcavalle, de Concepción, de Pucará y de San Pablo, porque es suficiente lo dicho para levantar calumnias que no resisten al menor análisis, pues bastaría la sola exhibición de documentos chilenos para desvirtuarlas.

Chile nos venció por el mayor número de sus elementos materiales, por su menos defectuosa organización militar y nacional, porque se preparó para esa guerra desde 1873 (es decir, 6 años), mientras el Perú, enfermo grave de miopía patriótica, se desangraba en luchas civiles y se desarmaba por PACIFISTA... pero a pesar de todo, caro le costaron a Chile sus victorias, porque tuvo que arrancarlas a un pueblo valeroso, sin alardes y sin estimulantes de conquista, de pillaje, de orgía, siempre resuelto a luchar por la integridad de su territorio y por el compromiso moral empeñado en la alianza defensiva con Bolivia.

Este preámbulo lo han impuesto las calumniosas apreciaciones que hace el escritor chileno Nicanor Molinari, tratando no sólo de opacar la gloria inmarcesible de Bolognesi en su apoteósis de Arica, sino que se atreve a echar sombras sobre el héroe universalmente reconocido y venerado. La obra de Vargas tiene la virtud de levantar esos cargos, de lavar esas calumnias,

que se hacía necesario no despreciar más tiempo con nuestro silencio.

El libro escrito por el señor Vargas H. no peca de pasionismo, porque no se concreta a relatar meramente los hechos, sino que los analiza y los discute con documentos tomados principalmente de fuente enemiga o de origen autorizadamente imparcial. Y esta labor es sumamente meritoria, por ser nuestro compatriota doblemente víctima de la refinada crueldad de los chilenos.

Entre los rasgos de su imparcialidad histórica puede notarse el capítulo relativo a la innoble actitud del comandante del batallón "Cazadores de Piérola" en la primera Junta de Guerra y su cobarde deserción después, que hasta el presente no se había atrevido a consignar ningún historiador peruano. Consultados nosotros, precisamente sobre éste punto, opinamos categóricamente porque él debía ser consignado, tanto porque en nada disminuye la grandeza de la resolución de la Junta convocada días después por Bolognesi, en presencia del parlamentario Salvo, Junta a la que no asistió por consiguiente el comandante del "Cazadores de Piérola", que había desertado 5 días antes, razón por la cual dicha Junta tomó unánime determinación de defender la plaza "hasta quemar el último cartucho".

Pero no sólo estas consideraciones pesaban sobre la ineludible necesidad de que se diera a la luz pública la vergonzosa acción del jefe peruano que, aunque improvisado militar, desertara por no batirse en lucha desigual con el enemigo de la patria. Además, ya el apasionado historiador Molinari, combatiente en Arica, ha exhibido con la más fría desnudez la miseria moral de dos de

sus compatriotas, los comandantes de los regimientos 3o. de línea y "Buin", Ttes. Coroneles Ricardo Castro y Julio Ortiz, como cobardes y traidores a su patria. Si los chilenos no pudieron superarnos en coraje sobre el campo de la lucha, tampoco podrían llevarnos la primacía de la franqueza e hidalguía que se necesita para señalar las propias miserias... para censurar los propios yerros... El silencio en este caso sería traicionar la verdad histórica y autorizar con la impunidad la consecución de tales hechos... Muy distinta fuera la situación del Perú si en vez de disimular los actos dudosos o vergonzosos de muchos de nuestros hombres, colmados precisamente después con homenajes de desagravio, se hubieran exhibido sus errores ante la conciencia nacional y se les hubiera impuesto la sanción correspondiente...

Pero si al esfuerzo personal y perseverante de Vargas, desplegado en la confección de su hermoso libro, debe la patria uno de los más completos relatos históricos hasta hoy escritos sobre Arica, lo debe también al Presidente señor Leguía, que con su acendrado patriotismo ha autorizado y patrocinado la publicación de la obra de Vargas, tal como sale hoy a la luz pública, para servir como obra de consulta e información nutrida sobre parte tan importante de nuestra historia guerrera. De otra manera, este esfuerzo hubiera muerto al nacer, como casi toda labor desinteresada, patriótica y franca.

Añádase a todo lo dicho como parte importante, de la meritoria labor desplegada por el autor de este libro, el acertado complemento de biografías y retratos de los principales actores que en él figuran. Era ya tiempo que nuestros

historiadores no descuidaran tan necesario detalle que acrecienta el valor de este género de trabajos. Requisito que no han olvidado los historiadores chilenos y que nosotros no debemos descuidar.

Hay un último punto que reclama nuestra atención al analizar "La batalla de Arica" y es que puede servir también como base de información a futuros estudios histórico - militares, que tanto necesitamos y de los que casi en lo absoluto carecemos. Los chilenos, utilizando la pluma prestigiosa de un militar extranjero al servicio de su ejército, el coronel Wilhelm Edkahl, con el concurso de tres militares de ese país, han publicado ya dos tomos de la importante obra "Historia Militar de la Guerra del Pacífico", que alcanza hasta el 18 de noviembre de 1880. Obra no desprovista de pasionismo y de algunas inexactitudes, inexcusables, pese a los alientos que la inspiran, pero es la menos parcial entre las de su origen, lo que dió motivo a que fuera muy discutida cuando salió a la publicidad el 1er. tomo en 1917, no así el segundo, que ha sido impreso en 1919, por el Ministerio de Guerra; ella constituye, aparte de su indiscutible valor, un estímulo que los militares peruanos no debemos dejar pasar desapercibido, emprendiendo la reclamada necesidad de escribir nuestra historia militar de la guerra de 1879-84, para la cual contamos, como ya se ha dicho, entre otras, como fuente preciosa de información, con la obra publicada por Gerardo Vargas Hurtado.

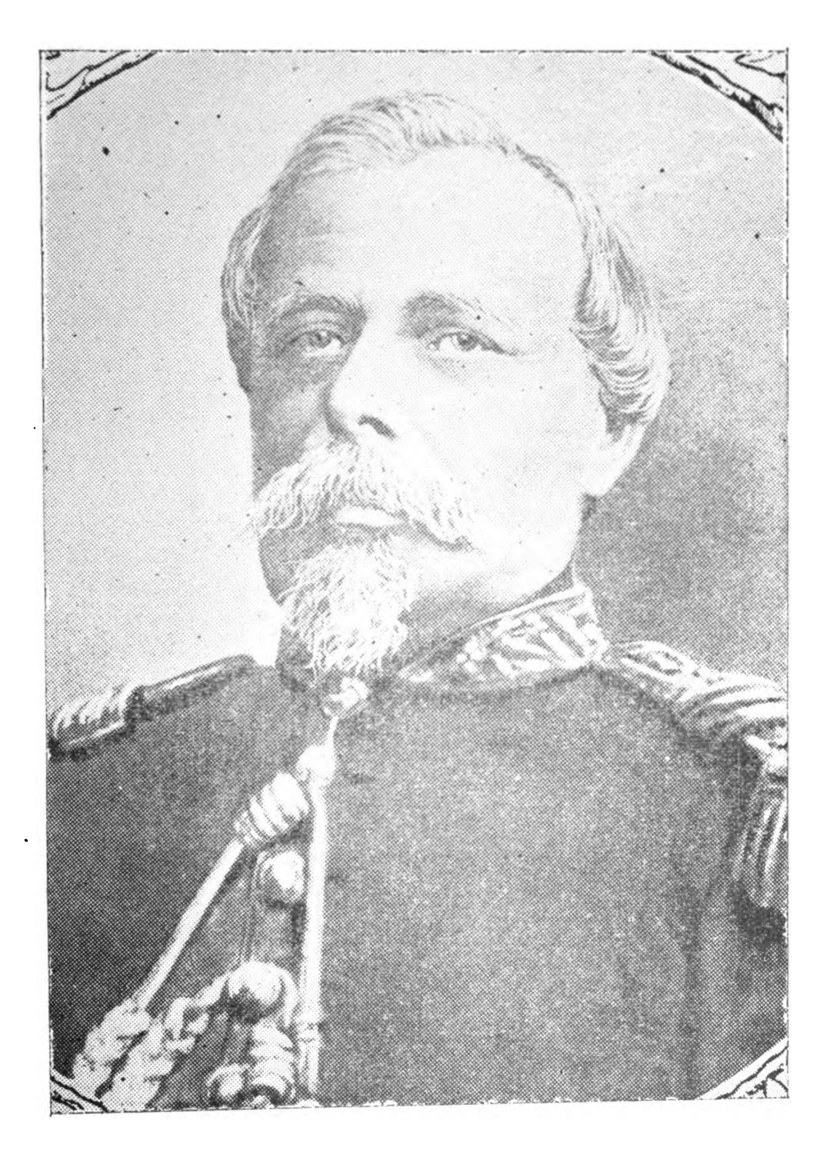
Lima, agosto de 1921.

Tte. Coronel José Ricardo Luna.



Sr. ENRIQUE ZEGARRA
Director del Ministerio de Fomento

La Batalla de Arica



ÇORONEL FRANCISCO BOLOGNESI

Rasgos biográficos de Bolognesi

CAPITULO I

Invocación patriótica.— Algo sobre la vida del héroe.— Un estudio notable del general Eléspuru.— Partida de nacimiento.— Bolognesi limeño.— La casa donde nació.— Placas conmemorativas.

Invocación patriótica

Bolognesi—Arica.

Poema de tristes recordaciones...... Dos nombres que se complementan. Bolognesi es el personaje eminente de este poema heroico; Arica, el escenario donde realizó su hazaña inmortal.

Nos referimos al "Morro trágico", en cuya cima se repitió el episodio griego de que nos habla la historia.

Allí Bolognesi con sus 1600 bisoños milicianos detuvo, hasta caer en la demanda, el avance de los poderosos regimientos de Lagos.

El Morro! Tabor de Bolognesi.

La sangre de sus defensores corrió a torrentes por

las aristas y arenales de la enhiesta montaña, hasta "entrar la uña de los caballos en los charcos formados por ella" (2).

Y esa sangre clama a gritos venganza!

Es la voz de ultratumba de los que en aquella fecha memorable rindieron la vida, que nos insta a perseverar en nuestras reivindicatorias aspiraciones.

Los ariqueños amamos el Morro con filial cariño. A su sombra protectora hemos retemplado y retemplamos nuestro patriotismo, recordando a sus defensores en la guerra del Pacífico; hemos maldecido y maldecimos el hado adverso que castigó al Perú en los cuatro largos años de dura prueba a que lo sometiera el destino; se ha arraigado en nosotros la convicción, la esperanza de que la hora ansiada de nuestra redención sonará presto . . . . . .

La roca tutelar nos dice en su mudo lenguaje: fé y esperanza . . . .

Si Arica, en vez de constituír, como constituye, la piedra angular del engrandecimiento patrio, fuera páramo desierto donde sólo el Sol pusiera la caricia de sus rayos ardientes, bastaría el recuerdo prestigioso del valor y sacrificio de Bolognesi, para que todos los peruanos amaramos esa tierra, y no alimentáramos en nuestro corazón sino el deseo de reincorporar a la patria estas provincias, que poseen todas las bienandanzas, la virtud ingente de haber sentido en su suelo la sangre caliente de este león limeño, noble como un caballero y valeroso hasta lo infinito, como el indio tronante de Sacsahuaman!

---

(2).— De una carta escrita por Máximo R. Lira, secretario general en campaña del general en jefe del ejército chileno, Manuel Baquedano, el mismo día de la toma de Arica, al contralmirante Patricio Lynch, a la sazón en Iquique.



Algo sobre la vida de Bolognesi.—Notable estudio del general Eléspuru.

Uno de nuestros más ilustres militares, el general don Juan Nolberto Eléspuru, ha trazado con pluma maestra la biografía del héroe de Arica. Nadie tampoco con más títulos que él para hacerlo; porque, aparte su preparación científica y literaria, sus escritos se distinguen por el espíritu de justicia y rectitud que los informa.

Es una página sincera, de suyo interesante, en la que el general Eléspuru nos exhibe a su biografiado desde que, niño aún, es conducido por sus padres de Lima a Arequipa, donde cursa instrucción media, renunciando, después, las halagüeñas expectativas que le brindaba el comercio por sentar plaza en el ejército del general Castilla, que, en 1840, entra victorioso a la ciudad mistiana; ocasión en la que casi paga con la vida su temerario arrojo (3). Siguiendo consejo de sus padres, se dedica enseguida al comercio. En 1853 se reincorpora en el ejército nacional, confiándosele el mando de un regimiento de caballería, cargo que desempeña hasta su viaje a Europa, a donde fué comisionado por el gobierno del general Castilla—que le profesaba sincero afecto—con el fin de adquirir armamentos. En esa ocasión condujo los primeros cañones rayados, que el 2 de mayo de 1866, en el Callao, y después, en el Morro de Arica,—altar de su heroísmo,—prestaron importantes servicios a la patria. La artillería fué su arma predilecta, llegando a ser autoridad en élla.

(3)—Sin embargo, el infatigable y talentoso publicista Ismael Portal, dice en su obra *Bolognesi y sus hijos*, que este jefe "no fué militar en su juventud, ni tal vez la idea de serlo asomó antes por su mente;" afirmación que discrepa de la del general Eléspuru, quien, por el contrario, nos lo exhibe en 1840, cuando frisaba en los 24 años, tras rudo batallar, derrotando a Vivanco rebelado contra Gamarra. enrolado en el ejército de Castilla, que ese año tomó a Arequipa,



las aristas y arenales de la enhiesta montaña, hasta "entrar la uña de los caballos en los charcos formados por ella" (2).

Y esa sangre clama a gritos venganza!

Es la voz de ultratumba de los que en aquella fecha memorable rindieron la vida, que nos insta a perseverar en nuestras reivindicatorias aspiraciones.

Los ariqueños amamos el Morro con filial cariño. A su sombra protectora hemos retemplado y retemplamos nuestro patriotismo, recordando a sus defensores en la guerra del Pacífico; hemos maldecido y maldecimos el hado adverso que castigó al Perú en los cuatro largos años de dura prueba a que lo sometiera el destino; se ha arraigado en nosotros la convicción, la esperanza de que la hora ansiada de nuestra redención sonará presto . . . . . .

La roca tutelar nos dice en su mudo lenguaje: fé y esperanza . . . .

Si Arica, en vez de constituír, como constituye, la piedra angular del engrandecimiento patrio, fuera páramo desierto donde sólo el Sol pusiera la caricia de sus rayos ardientes, bastaría el recuerdo prestigioso del valor y sacrificio de Bolognesi, para que todos los peruanos amaramos esa tierra, y no alimentáramos en nuestro corazón sino el deseo de reincorporar a la patria estas provincias, que poseen todas las bienandanzas, la virtud ingente de haber sentido en su suelo la sangre caliente de este león limeño, noble como un caballero y valeroso hasta lo infinito, como el indio tronante de Sacsahuaman!

---

(2).— De una carta escrita por Máximo R. Lira, secretario general en campaña del general en jefe del ejército chileno, Manuel Baquedano, el mismo día de la toma de Arica, al contralmirante Patricio Lynch, a la sazón en Iquique.



Algo sobre la vida de Bolognesi.— Notable estudio del general Eléspuru.

Uno de nuestros más ilustres militares, el general don Juan Nolberto Eléspuru, ha trazado con pluma maestra la biografía del héroe de Arica. Nadie tampoco con más títulos que él para hacerlo; porque, aparte su preparación científica y literaria, sus escritos se distinguen por el espíritu de justicia y rectitud que los informa.

Es una página sincera, de suyo interesante, en la que el general Eléspuru nos exhibe a su biografiado desde que, niño aún, es conducido por sus padres de Lima a Arequipa, donde cursa instrucción media, renunciando, después, las halagüeñas expectativas que le brindaba el comercio por sentar plaza en el ejército del general Castilla, que, en 1840, entra victorioso a la ciudad mistiana; ocasión en la que casi paga con la vida su temerario arrojo (3). Siguiendo consejo de sus padres, se dedica enseguida al comercio. En 1853 se reincorpora en el ejército nacional, confiándosele el mando de un regimiento de caballería, cargo que desempeña hasta su viaje a Europa, a donde fué comisionado por el gobierno del general Castilla—que le profesaba sincero afecto—con el fin de adquirir armamentos. En esa ocasión condujo los primeros cañones rayados, que el 2 de mayo de 1866, en el Callao, y después, en el Morro de Arica,—altar de su heroísmo,—prestaron importantes servicios a la patria. La artillería fué su arma predilecta, llegando a ser autoridad en élla.

(3)—Sin embargo, el infatigable y talentoso publicista Ismael Portal, dice en su obra *Bolognesi y sus hijos*, que este jefe "no fué militar en su juventud, ni tal vez la idea de serlo asomó antes por su mente;" afirmación que discrepa de la del general Eléspuru, quien, por el contrario, nos lo exhibe en 1840, cuando frisaba en los 24 años, tras rudo batallar, derrotando a Vivanco rebelado contra Gamarra. enrolado en el ejército de Castilla, que ese año tomó a Arequipa,



Más adelante veremos el importante papel que desempeñó Bolognesi en Iquique, Tarapacá y Arica en la guerra con Chile. Lo cierto es que, desde niño, mostró vocación por la carrera de las armas.

Partida de nacimiento del héroe.

Tiempo es ya de hacer conocer su partida de nacimiento.

Héla aquí:

"En la ciudad de los Reyes del Perú, en ocho de noviembre de mil, ochocientos dieciseis. Yo, el doctor don Francisco Javier Echagüe Infrasquito Dignidad de Dean de esta iglesia Catedral de Lima; ex-licentia parroqui, en esta parroquia del Señor San Sebastián. Esorcisé, bauticé, puse Oleo y Crisma, a Francisco, niño Español, de edad de cuatro días; hijo legítimo de don Andrés Bolognesi, natural de la ciudad de Génova y de Dña. Juana Cervantes, natural de Arequipa. Abuelo paternos Don José Bolognesi y Dña. Benita Camparello. Abuelos maternos Dn. Gerónimo Cervantes, y Dña. María Teresa Pacheco; fué su padrino el Señor Marqués de Montemira de Valdosella, Caballero de la Gran Cruz colorada y Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos; fueron testigos el Presbítero Teniente de Cura Rector de esta dicha parroquia, Dn. José Buenaventura Saldaña, Dn. Francisco López Vidaurre y Dn. José Genaro Pérez. Presbítero, fecho, ut supra.— Francisco Javier de Echagüe".

Las circunstancias de haber sido su madre natural de Arequipa y transcurrido parte de su juventud en esta ciudad, hicieron creer a raiz de su muerte, que era arequipeño; creencia que años después se desvaneció con la publicación de su partida de nacimiento.

Lima, tiene, pues, la honra de haber mecido la cuna de Bolognesi.

Planchas conmemorativas en la casa donde nació Bolognesi.

Dominaban las armas de España en el Perú, cuando el héroe de Arica vino al Mundo; nació en una casa de dos pisos de la calle de "Aflijidos", de esta capital, en cuyo fróntis la gratitud nacional ha fijado una plancha de bronce conmemorativa del hecho, la cual ostenta en la parte superior el busto de aquél, y al pie la siguiente inscripción:

Francisco Bolognesi

En esta casa nació el 4 de noviembre de 1816.
Sucumbió heroicamente defendiendo la plaza de Arica
"Hasta quemar el último cartucho"
El 7 de junio de 1880.

El 4 de noviembre de 1916 se cumplió un siglo del nacimiento del héroe; y con tal motivo celebróse el acontecimiento en esta capital con fiestas patrióticas, de las que los diarios de ese día dieron amplia información, fijándose en la casa antes recordada, otra plancha con la siguiente inscripción:

Francisco Bolognesi

La ciudad de Lima al héroe
en su glorioso centenario
1816-1916.

Muchas páginas se han menester para escribir la biografía de Bolognesi y estudiar su varia personalidad. La han trazado ya en forma admirable, como decimos al prin-

cipio, el general Eléspuru, primero, y después Ismael Portal en su interesante libro **Bolognesi y sus hijos;** motivo por el cual nosotros nos abstenemos de hacerlo *in extenso,* pobres narradores, sin más mérito que nuestra admiración y gratitud por el defensor de nuestro suelo natal.

Las fortificaciones de Arica

CAPITULO II

Un libro chileno sobre el asalto y toma de Arica.— Vicuña Mackhena aplaude el nombramiento de Bolognesi como jefe de la plaza.— Montero ordena a éste volar a Arica antes de rendirse.— Elemento de defensa con que se contaba.— El presidente Prado, Montero y el doctor Zapata, inician la fortificación del puerto.

Un libro chileno sobre la toma y asalto de Arica.

Para ocuparnos en la hazaña de Bolognesi y en la influencia que ha ejercido en la educación cívica de nuestras jóvenes generaciones, precisa historiar, antes, la jornada de Arica en la que la figura del héroe se destaca con todos los lineamientos de un personaje de Homero o de un semidiós. Su valor sólo comparable con el de los grandes capitanes de Junín y Ayacucho, causó la admiración

del Mundo todo, inclusive la de los historiadores chilenos de la guerra del Pacífico.

Sin embargo, escritor del país del Sur ha habido que pretendió, sin conseguirlo, opacar la gloria ejecutoriada del gran capitán de Arica. Nos referimos a Nicanor Molinari, autor de un libro sobre el asalto y toma de dicha plaza; libro que habremos de citar con frecuencia en el curso de este estudio, refutando, al mismo tiempo, varias de sus apasionadas apreciaciones, con pruebas y razonamientos incontestables, no obstante haberlo hecho ya en **El Morro de Arica** y en la prensa de esta capitl.

Con todo, debemos reconocer, como reconocemos, que el libro memorado—a parte los calumniosos juicios que se leen en algunas de sus páginas—contiene la más interesante relación que se ha escrito hasta hoy sobre el combate de Arica; abunda en detalles y referencias de que carecen los de Paz Soldán, Caivano, Vicuña Mackhena, Barros Arana, Búlnes y otros.

Es que Molinari, en su carácter de subteniente del regimiento 4o. de línea, asistió a esa acción de armas, y tuvo oportunidad, durante su estada en la ciudad del Morro, de conocer, palmo a palmo, el terreno en que combatió, como así mismo todo lo concerniente a los elementos de defensa de la plaza y a sus defensores y atacantes. Admira, en verdad, ciertas noticias que contiene su libro, que nosotros conocíamos, también, por referencias de sobrevivientes connacionales nuestros; pero lo que más llama la atención es la exactitud con que describe, a través de tantos años, la topografía del terreno en que actuaron los contendores, y otros detalles, cuyo verísimo no podemos desconocer.

Para escribir su libro, Molinari ha tenido que estudiar los datos que guardaba "desde los lejanos días de la campaña", leer todo lo que se ha escrito sobre la acción, "conversar y leer los diarios de nuestros sobrevivientes"; reconstruír la batalla con el plano de ella a la vista, discu-

tir sus episodios más saltantes con algunos de aquéllos, consultar las apuntaciones de Sosa, Elmore y otros jefes y oficiales peruanos prisioneros de guerra en San Bernardo; y, finalmente, los partes oficiales peruanos y chilenos, entre éstos los de los señores coronel Manuel C. de La Torre, comandante Roque Sáenz Peña y Manuel I. Espinoza.

De aquí que consideremos el libro del escritor chileno citado, como uno de los más interesantes de cuantos se han escrito hasta hoy sobre el combate de Arica; de aquí también, que lo hayamos consultado en más de una ocasión para mejor dilucidar puntos sobre los cuales nos asaltaban dudas.

Vicuña Mackhena aplaude el nombramiento de Bolognesi — Montero ordena hacer volar la plaza antes de rendirla.

Algunos historiadores chilenos, Vicuña Mackhena, entre éstos, cuyo odio al Perú jamás pudo disimular en ninguno de sus trabajos históricos sobre la guerra del Pacífico, no han podido menos que admirar la excelsitud del sacrificio del defensor de Arica y rendir pleito homenaje a sus prestigios y antecedentes militares.

Ocupándose este escritor en el nombramiento de comandante general de las baterías y guarnición de Arica, recaído en Bolognesi, dice: "Su designación, bajo el punto de vista militar, había sido, por tanto, perfectamente acertado".

Y agrega:

"Más, abandonado de hecho por Montero (esto no es efectivo, según se verá en páginas posteriores) como éste había sido por Piérola, sin dinero, con tropas bisoñas, sin noticias, y sólo con sobra de dinamita, pues ahora toda su preocupación consiste (alude a Bolognesi) en fortifi-

mente conocido, en todos sus detalles, por las presentes generaciones.

Al devolverle sus originales, sin ninguna anotación, lo felicitamos entusiastamente por ser autor de la más completa historia que se ha escrito hasta hoy del combate de Arica, repitiéndonos como sus amigos y S. S.

Coronel **Francisco Chocano.**— Sagto. mayor **Juan García y Zegarra.**



Sr. Dr. JOSE RADA Y GAMIO
Ministro de Fomento

Prólogo

Singular e involuntaria oportunidad nos ha hecho intervenir en la publicación de "La Historia de Arica"; y esa intervención, reclamada por la autoridad Suprema de la República. el señor Presidente Augusto B. Leguía, ha movido probablemente al autor de tan importante libro a que dejemos constancia pública de nuestra opinión, muy modesta desde luego, pero insospechablemente patriótica, siendo éste el único título que nos ha impulsado a prologar el meritísimo trabajo histórico del señor Gerardo Vargas Hurtado.

Una ley inmutable de compensación armoniza tanto la vida del hombre como la de los pueblos. A nuestros desastres y tormentos internacionales ha venido el despertar de la conciencia nacional, sobre el deber impuesto a las generaciones presentes y futuras, de enmendar rumbos, de cicatrizar heridas y de luchar hasta el último aliento, hombres y ancianos, mujeres

y niños, para reconquistar el preciado patrimonio de nuestros mayores.

El Perú es hoy más que nunca un solo hombre, una sola voluntad, una sola idea, cuando se trata del ideal de nuestros ideales: de la reivindicación de Tarapacá, de Tacna y de Arica. Los enconos políticos, las divisiones sociales, la heterogeneidad de nuestras razas, entidades divergentes unas, divididas otras e indiferentes todas, están milagrosamente enlazadas al tratarse de nuestro problema del Sur, realizando el hermoso lema de nuestra moneda: "La Unión es la Fuerza".

Esa ley de compensación, en nuestro caso, ha corrido a cargo de nuestro adversario secular, quien ha redactado sus preceptos con el exponente de cada uno de sus atropellos: La violación indiscutible del tratado de Ancón por Chile, desde el momento mismo en que impuso firmarlo, con la indebida ocupación de una parte de la provincia de Tarata, no comprendida en las cláusulas del Tratado; su negativa a aceptar desde el 10 de agosto de 1892 las instancias del Perú sobre los preliminares para el cumplimiento de lo estipulado en el artículo 3º de dicho pacto; y la violación incalificable de todos los derechos humanos: destrucción y clausura de imprentas peruanas, clausura de escuelas e iglesias, expulsión de sacerdotes, violación, saqueo, incendio, incautación de propiedades y expulsión consecutiva de más de 30,000 peruanos, aparte de asesinatos y otras vejaciones, han impreso, decimos, en el alma generosa y sensible de nuestro pueblo, el juramento inquebrantable de la REVANCHA.

El Perú todo, en sus más alejados confines,

con el alma entristecida por la impotencia, ha presenciado el desfile de la doliente caravana de ancianos, mujeres y niños, expulsados de su propio suelo por el común e implacable enemigo; pero también el Perú todo, que ha abierto sus brazos a esos hermanos desvalidos, ha visto la falanje de luchadores que la completaban, ha visto esa generación de hombres aptos para llevar las armas, dispuestos a disputar sin desmayos, sobre los futuros campos de batalla, el codiciado botín que nos fuera arrebatado.

Esa falanje de compatriotas, de invencibles luchadores, la forman los irredentos de Tarapacá, de Tacna y de Arica, que con su ejemplo, con su palabra y con su labor perseverante, mantienen latente el sagrado ideal de la nación peruana. A esta falanje o vanguardia de honor para la lucha futura, que consta de 17 instituciones repartidas en el territorio, pertenece Gerardo Vargas Hurtado.

Gerardo Vargas Hurtado, nacido en Arica, de muy distinguida familia oriunda de ese lugar, fué testigo del heroismo de nuestros soldados y de la crueldad y vandalismo innecesario, injustificable de los vencedores!!!

Esas impresiones recogidas en su niñez, alimentadas en su adolescencia y robustecidas por una lucha viril durante 31 años, adormecidas a veces, exaltadas otras, por el relato de los propios actores, por la romería de los deudos a los lugares sagrados, por el juramento de los que después han muerto en la tierra irredenta inculcando a los suyos la promesa vengadora, dan a

la "Historia de Arica" escrita por Vargas, toda la sensación de una tradición de glorias e infortunios, o más propiamente dicho, todo el colorido de la historia de un pueblo que, si por confiado fué vencido, por valeroso jamás se rindió; y que si fué víctima de la conquista, nunca se avino a la humillación ni al vasallaje, contra el cual lucha hace 42 años y seguirá luchando con mayor altivez y resolución cada día.

Desde muy joven, Vargas, se inició en el periodismo librando activa campaña, desde 1890 hasta 1911, en "El Morro de Arica", que fué asaltado y destruido en ese año por las turbas **chilenizadoras** capitaneadas por los Lira y los Arteaga......

Una de sus más brillantes campañas, llevada a cabo en consecuetivos números del referido periódico, fué la refutación que hizo a la serie de artículos que el ex-intendente de Tacna, Manuel Francisco Palacios, de ingrato recuerdo en esa ciudad, publicó en "El Ferrocarril" de Santiago, encaminados a justificar las bárbaras medidas para la **desperuanización** de los territorios cautivos. Nuestro gobierno, reconociendo el valor de dicha refutación, la hizo publicar en un folleto, que su autor intituló "El Debate Eterno".

Vargas fué también inspirador y las más de las veces ejecutor de toda iniciativa patriótica; de aquí el odio que por él sentían los **chilenizadores,** y las justas simpatías de que gozaba en Arica, de parte de sus comprovincianos, que lo hacían figurar entre los más esforzados defensores y sostenedores de la nacionalidad, no sólo desde las columnas de la prensa, sino desde aquel otro centro de acción que se llamó "Sociedad Peruana de Beneficencia", de la que fué socio honorario y algo así como secretario perpetuo.

Durante varios años fué corresponsal de "El Comercio" de Lima en Arica; y por los cablegramas que dirigía a este órgano, tenía conocimiento el país de las hostilidades y persecuciones de que eran víctimas nuestros compatriotas de parte de los **chilenizadores;** quienes en 1911 expulsaron de Arica a Vargas, junto con otros tacneños y ariqueños. Desde entonces reside en esta capital, consagrado a los estudios históricos, fruto de los cuales es la "Historia de Arica", que constituye a su vez una parte que de sus trabajos da a la publicidad.

Debióse también a su iniciativa la fundación de los periódicos de índole literaria que existieron en Arica desde 1890 hasta 1906, recordando entre otros "El Ariqueño" y "Azul y Blanco", este último con el principal concurso del poeta Enrique del Piélago, que era el director.

Durante el gobierno del señor Billinghurst, desempeñó, asimilado a Teniente Coronel, el importante puesto de Jefe de Almacenes de la Intendencia General de Guerra, obteniendo en esa época despachos de Comisario de Guerra.

El país sufre gran deficiencia, ya que no absoluta carencia de información histórica sobre nuestra última guerra con Chile. El libro de Vargas H., que sólo se refiere a uno de los más heróicos hechos de esa sangrienta guerra, constituye en sí la obra más completa y mejor documentada que sobre el particular se ha dado a la publicidad. Ella no sólo encierra la narración más o menos metódica y sobre todo desapasionada de

los hechos a que se refiere, sino que es una formidable refutación a la venalidad en que, desgraciadamente, han incurrido todos los historiadores chilenos, que unas veces desfiguran groseramente los acontecimientos, que en otras exhiben impunemente calumniosas apreciaciones, cuando no inventan leyendas originales... No hay un solo escritor chileno, Bulnes, Vicuña Mackenna, Barros Arana, Ahumada, Lynch, Molinari, etc., que no peque neciamente en el afán de restar prestigio a los peruanos, cuando no se lo niegan rotundamente. En todas las batallas por ellos descritas, sus soldados fueron menos numerosos que los peruanos y vencieron a sus cobardes enemigos, gracias a su gran valor. Ante enemigo tan insignificante, cuál es el heroismo del valeroso ejército de Chile? ¿cuáles los laureles de sus reclamadas victorias? Sin embargo, en casi todos los documentos oficiales, que ellos mismos no se han atrevido o que no han podido hacer desaparecer, consta que si el combate de San Francisco se hubiera generalizado por los aliados, la derrota chilena hubiera sido inevitable; que en Tacna cuando el "Zepita", los "Cazadores del Misti" y los batallones de la división Canevaro con los "Colorados" de Camacho, arrollaron a la 1a. y 2a. divisiones chilenas, "La suerte de Chile estaba entonces pendiente de un hilo, porque si aquellas dos divisiones se desconcertaban declarándose en derrota, quizá se hubiera introducido el pánico y el desorden en las restántes"...; que en Miraflores los contra-ataques del ala derecha (1o., 2o. y 3er. reducto, General Cáceres) hicieron desbandar a los regimientos asaltantes de las divisiones de Lagos y de Lynch, las que sólo fueron conteni-

das por el enérgico apoyo de la reserva general; y, finalmente, que en Huamachuco "la batalla más encarnizada y más rudamente peleada", se dió contra-orden a la retirada chilena ya iniciada sobre Cajabamba, cuando notaron que los peruanos vencedores, desprovistos de bayonetas, habían agotado sus municiones... No hemos querido hablar de nuestras victorias de Tarapacá, de Marcavalle, de Concepción, de Pucará y de San Pablo, porque es suficiente lo dicho para levantar calumnias que no resisten al menor análisis, pues bastaría la sola exhibición de documentos chilenos para desvirtuarlas.

Chile nos venció por el mayor número de sus elementos materiales, por su menos defectuosa organización militar y nacional, porque se preparó para esa guerra desde 1873 (es decir, 6 años), mientras el Perú, enfermo grave de miopía patriótica, se desangraba en luchas civiles y se desarmaba por PACIFISTA... pero a pesar de todo, caro le costaron a Chile sus victorias, porque tuvo que arrancarlas a un pueblo valeroso, sin alardes y sin estimulantes de conquista, de pillaje, de orgía, siempre resuelto a luchar por la integridad de su territorio y por el compromiso moral empeñado en la alianza defensiva con Bolivia.

Este preámbulo lo han impuesto las calumniosas apreciaciones que hace el escritor chileno Nicanor Molinari, tratando no sólo de opacar la gloria inmarcesible de Bolognesi en su apoteósis de Arica, sino que se atreve a echar sombras sobre el héroe universalmente reconocido y venerado. La obra de Vargas tiene la virtud de levantar esos cargos, de lavar esas calumnias,

que se hacía necesario no despreciar más tiempo con nuestro silencio.

El libro escrito por el señor Vargas H. no peca de pasionismo, porque no se concreta a relatar meramente los hechos, sino que los analiza y los discute con documentos tomados principalmente de fuente enemiga o de origen autorizadamente imparcial. Y esta labor es sumamente meritoria, por ser nuestro compatriota doblemente víctima de la refinada crueldad de los chilenos.

Entre los rasgos de su imparcialidad histórica puede notarse el capítulo relativo a la innoble actitud del comandante del batallón "Cazadores de Piérola" en la primera Junta de Guerra y su cobarde deserción después, que hasta el presente no se había atrevido a consignar ningún historiador peruano. Consultados nosotros, precisamente sobre éste punto, opinamos categóricamente porque él debía ser consignado, tanto porque en nada disminuye la grandeza de la resolución de la Junta convocada días después por Bolognesi, en presencia del parlamentario Salvo, Junta a la que no asistió por consiguiente el comandante del "Cazadores de Piérola", que había desertado 5 días antes, razón por la cual dicha Junta tomó unánime determinación de defender la plaza "hasta quemar el último cartucho".

Pero no sólo estas consideraciones pesaban sobre la ineludible necesidad de que se diera a la luz pública la vergonzosa acción del jefe peruano que, aunque improvisado militar, desertara por no batirse en lucha desigual con el enemigo de la patria. Además, ya el apasionado historiador Molinari, combatiente en Arica, ha exhibido con la más fría desnudez la miseria moral de dos de

sus compatriotas, los comandantes de los regimientos 3o. de línea y "Buin", Ttes. Coroneles Ricardo Castro y Julio Ortiz, como cobardes y traidores a su patria. Si los chilenos no pudieron superarnos en coraje sobre el campo de la lucha, tampoco podrían llevarnos la primacía de la franqueza e hidalguía que se necesita para señalar las propias miserias... para censurar los propios yerros... El silencio en este caso sería traicionar la verdad histórica y autorizar con la impunidad la consecución de tales hechos... Muy distinta fuera la situación del Perú si en vez de disimular los actos dudosos o vergonzosos de muchos de nuestros hombres, colmados precisamente después con homenajes de desagravio, se hubieran exhibido sus errores ante la conciencia nacional y se les hubiera impuesto la sanción correspondiente...

Pero si al esfuerzo personal y perseverante de Vargas, desplegado en la confección de su hermoso libro, debe la patria uno de los más completos relatos históricos hasta hoy escritos sobre Arica, lo debe también al Presidente señor Leguía, que con su acendrado patriotismo ha autorizado y patrocinado la publicación de la obra de Vargas, tal como sale hoy a la luz pública, para servir como obra de consulta e información nutrida sobre parte tan importante de nuestra historia guerrera. De otra manera, este esfuerzo hubiera muerto al nacer, como casi toda labor desinteresada, patriótica y franca.

Añádase a todo lo dicho como parte importante, de la meritoria labor desplegada por el autor de este libro, el acertado complemento de biografías y retratos de los principales actores que en él figuran. Era ya tiempo que nuestros

historiadores no descuidaran tan necesario detalle que acrecienta el valor de este género de trabajos. Requisito que no han olvidado los historiadores chilenos y que nosotros no debemos descuidar.

Hay un último punto que reclama nuestra atención al analizar "La batalla de Arica" y es que puede servir también como base de información a futuros estudios histórico - militares. que tanto necesitamos y de los que casi en lo absoluto carecemos. Los chilenos, utilizando la pluma prestigiosa de un militar extranjero al servicio de su ejército, el coronel Wilhelm Edkahl, con el concurso de tres militares de ese país, han publicado ya dos tomos de la importante obra "Historia Militar de la Guerra del Pacífico", que alcanza hasta el 18 de noviembre de 1880. Obra no desprovista de pasionismo y de algunas inexactitudes, inexcusables, pese a los alientos que la inspiran, pero es la menos parcial entre las de su origen, lo que dió motivo a que fuera muy discutida cuando salió a la publicidad el 1er. tomo en 1917, no así el segundo, que ha sido impreso en 1919, por el Ministerio de Guerra; ella constituye, aparte de su indiscutible valor, un estímulo que los militares peruanos no debemos dejar pasar desapercibido, emprendiendo la reclamada necesidad de escribir nuestra historia militar de la guerra de 1879-84, para la cual contamos, como ya se ha dicho, entre otras, como fuente preciosa de información, con la obra publicada por Gerardo Vargas Hurtado.

Lima, agosto de 1921.

Tte. Coronel José Ricardo Luna.



Sr. ENRIQUE ZEGARRA
Director del Ministerio de Fomento

Biblioteca de la Imprenta "Americana"

LA BATALLA DE ARICA

7 DE JUNIO DE 1880

(Capítulos de la obra "Arica en la Guerra del Pacífico")

POR

GERARDO VARGAS Hurtado.

Miembro activo de la Sociedad Geográfica de Lima

Dedico este libro con toda mi simpatía, a la patriota e inteligente juventud militar de mi patria, convencido de que, llegado el momento, seguirá el heroico ejemplo de los defensores de Arica.

EL AUTOR.

LIMA

IMP. AMERICANA.—POLVOS AZULES 138

1921

Frases de gratitud

La publicación de este libro se debe, como lo hace constar el teniente coronel señor J. Ricardo Luna en el hermoso prólogo con que ha querido realzar su insignificante valor, "al presidente de la República, señor Augusto B. Leguía, quien, con su ascendrado patriotismo, ha autorizado y patrocinado su impresión".

Quiero y debo dejar también yo constancia de ello en estas páginas preliminares, rindiendo así tributo de gratitud y admiración al más avanzado y sincero defensor que el irredentismo peruano tiene en el señor Leguía, quien, desde el primera éxodo de peruanos de nuestras provincias del Sur, allá en 1911, viene dando pruebas de la devoción preferente que le merece la causa de éstos, que es, también, de la nación toda; porque de la honrosa y patriótica solución que tenga élla, depende, en gran parte, su futuro bienestar. Es, pues, para el Perú cuestión de honor y dignidad, de vida o muerte.

También alcanza nuestro reconocimiento al ex-ministro de fomento, doctor Pedro José Rada y Gamio, actual presidente de la Cámara de Diputados, y al señor don Enrique Zegarra, director de dicho ministerio, por la favorable y entusiasta acogida que, desde el primer momento, se sirvieron prestar a este libro, a efecto de obtener, como la obtuvieron, la autorización suprema para su publicación.

El señor Zegarra, cuya energía y atinada actitud al frente del consulado general del Perú en Valparaíso, en los días trágicos que en 1918 culminaron con la expulsión de peruanos del país del Sur, recordamos con admiración y aplauso; es digno de figurar entre los colaboradores del gobierno, así por su patriotismo como por su laboriosidad y versación en los negocios del estado.

Lima, julio de 1921.

Gerardo Vargas H.



SEÑOR DON AUGUSTO B. LEGUIA,
Presidente de la República

El por qué de este libro

La historia de un pueblo no es otra cosa que el pasado de las glorias ó reveses de sus armas, es el recuerdo de la tradición de sus ejércitos victoriosos o vencidos, es, en fin, el estado de grandeza o de miseria de una época que se caracteriza, precisamente, por el triunfo de los ideales que persiguen los pueblos, alcanzados con las armas en los campos de batalla o por los desastres que esos mismos ejércitos sufrieron en los diferentes lugares donde combatieron. La historia militar hace, pues, conocer ese pasado a las generaciones del presente, para que rectifiquen sus rumbos y orientaciones, si ese pasado fué adverso, o para que mantengan la tradición de las glorias, si al contrario la fortuna le sonrió siempre a sus ejército.— *CAMPAÑA DE BOLIVAR*, por el general *Antonio Castro*. Del "Memorial del Ejército", de junio de 1920).

Orgullosos, como los que más, de las gloriosas tradiciones de nuestro país natal—Arica— fué anhelo constante desde nuestra juventud, escribir su historia—la más interesante, acaso, de ciudad alguna del Perú;—pero, para emprender obra tan árdua, carecíamos de fuentes de consulta.

Arrojados violentamente de los territorios cautivos, juntamente con varios compatriotas nuestros, por el **delito** de habernos opuesto, por todos los medios a nuestro alcance, a la consumación de los nefandos planes de sus detentadores; pocos días después de nuestra llegada a esta capital iniciábamos la búsqueda de los datos e informaciones que necesitábamos para emprender dicha obra.

Pero tan compleja es élla y nuestros conocimientos sobre la historia patria tan escasos, que transcurrirá algún tiempo todavía antes de darle cima; porque la mayor parte de él lo dedicamos a la diaria lucha por la vida.

Sin embargo, tenemos material reunido para más de tres tomos, y listo para entregarlo a la prensa el que abarca desde la declaratoria de la guerra del Pacífico, por Chile, hasta la ocupación de Arica por las armas de esta república.

Accediendo a insinuaciones de amigos nuestros, nos hemos decidido a publicar los capítulos en que historiamos la campaña que el ejército chileno emprendió sobre Arica, luego después de la batalla del Campo de la Alianza, asunto cuyas proporciones no hemos querido reducir en nuestro anhelo de dar a luz una narración ampliamente documentada de esa lejendaria jornada, como nadie lo ha hecho acaso, hasta hoy, en el Perú, a un lado modestia.

Habríamos preferido no desglosarlos del tomo en que nos ocupamos en los sucesos que se verificaron en Arica, a partir de la ocupación de Antofagasta, hasta el 7 de Junio de 1880; pero los

amigos a que antes nos hemos referido, piensan que, si demoramos más tiempo su publicación, corremos peligro de que desaparezcan los pocos compatriotas sobrevivientes que quedan del combate del Morro, privándonos, así, de conocer la opinión de ellos acerca de este libro; aunque a continuación de la presente nota bibliográfica insertamos la muy honrosa y autorizada del coronel don Francisco Chocano, ex-postrer jefe del batallón "Artesanos de Tacna", y la del sargento mayor don Juan García Zegarra, ex-jefe de uno de los cañones del Morro y secretario vitalicio de la Sociedad Sobrevivientes de Arica.

Es un trabajo este despojado de galas literarias, que no encajan, tampoco, en narración de su índole, encaminada a enaltecer la figura homérica del defensor de Arica y la de sus denodados capitanes.

Cuando la juventud peruana pase su vista por estas páginas de verdad y justicia, admirará y venerará, más aún, la memoria de los que, con sus sacrificio cruento, salvaron el honor nacional en la malhadada guerra con Chile.

Lima, 7 de Junio de 1919.

G. V. H.

Lima, 23 de abril de 1919.

Señores coronel don Francisco Chocano y sargento mayor don Juan García y Zegarra, Presidente y Secretario de la Sociedad "Sobrevivientes de Arica".

Ciudad.

Mis respetados amigos:

Refiriéndome a la conversación que tuve con Uds. en días pasados, cumplo con remitirles, en paquete separado, los originales de mi obra sobre la jornada de Arica, en la que tan brillante participación tuvieron Uds., por lo que los considero más capacitados que otros sobrevivientes de la misma, para emitir opinión sobre dicho trabajo.

Quieran hacerlo con entera franqueza, indicándome los errores en que pueda haber incurrido, sean históricos o de concepto.

Preséntoles mi reconocimiento anticipado por el servicio; y saben ya Uds. cuánto les distingue su amigo atto. S.S.

Gerardo Vargas H.

Lima, 28 de abril de 1919.

Señor don Gerardo Vargas H.

Ciudad.

Muy amigo y señor nuestro:

Con agrado damos respuesta a la atta. de Ud. del 23 del presente.

Ya teníamos conocimiento, antes de hablar con Ud. ahora pocos días, por las varias publicaciones que ha hecho Ud. en la prensa local historiando el combate de Arica (7 de junio de 1880), a que tuvimos la gloria de concurrir, de que está Ud. perfectamente informado de todas las circunstancias que rodearon esa admirable acción de armas, en la que, una vez más, el soldado peruano dió pruebas incontrastables de valor y abnegación, luchando hasta caer en la demanda, antes de ver hollado nuestro territorio por el invasor enemigo.

Crea Ud. que hemos sentido verdadera fruición patriótica al leer las páginas de su libro; hemos creído asistir al combate mismo, tan exacta y bien trazada está la narración de él y la de sus varios episodios.

No hemos encontrado omisiones ni adulteraciones en el relato histórico; por el contrario, peca Ud. de exagerado al documentar en la forma nutrida que lo hace Ud., asunto guerrero que podemos considerar recientemente realizado, por cuanto existen aún, a Dios gracias, varios de los que actuamos en él y por ser lo suficiente-

mente conocido, en todos sus detalles, por las presentes generaciones.

Al devolverle sus originales, sin ninguna anotación, lo felicitamos entusiastamente por ser autor de la más completa historia que se ha escrito hasta hoy del combate de Arica, repitiéndonos como sus amigos y S. S.

Coronel **Francisco Chocano.**— Sagto. mayor **Juan García y Zegarra.**



Sr. Dr. JOSE RADA Y GAMIO
Ministro de Fomento

Prólogo

Singular e involuntaria oportunidad nos ha hecho intervenir en la publicación de "La Historia de Arica"; y esa intervención, reclamada por la autoridad Suprema de la República, el señor Presidente Augusto B. Leguía, ha movido probablemente al autor de tan importante libro a que dejemos constancia pública de nuestra opinión, muy modesta desde luego, pero insospechablemente patriótica, siendo éste el único título que nos ha impulsado a prologar el meritísimo trabajo histórico del señor Gerardo Vargas Hurtado.

Una ley inmutable de compensación armoniza tanto la vida del hombre como la de los pueblos. A nuestros desastres y tormentos internacionales ha venido el despertar de la conciencia nacional, sobre el deber impuesto a las generaciones presentes y futuras, de enmendar rumbos, de cicatrizar heridas y de luchar hasta el último aliento, hombres y ancianos, mujeres

y niños, para reconquistar el preciado patrimonio de nuestros mayores.

El Perú es hoy más que nunca un solo hombre, una sola voluntad, una sola idea, cuando se trata del ideal de nuestros ideales: de la reivindicación de Tarapacá, de Tacna y de Arica. Los enconos políticos, las divisiones sociales, la heterogeneidad de nuestras razas, entidades divergentes unas, divididas otras e indiferentes todas, están milagrosamente enlazadas al tratarse de nuestro problema del Sur, realizando el hermoso lema de nuestra moneda: "La Unión es la Fuerza".

Esa ley de compensación, en nuestro caso, ha corrido a cargo de nuestro adversario secular, quien ha redactado sus preceptos con el exponente de cada uno de sus atropellos: La violación indiscutible del tratado de Ancón por Chile, desde el momento mismo en que impuso firmarlo, con la indebida ocupación de una parte de la provincia de Tarata, no comprendida en las cláusulas del Tratado; su negativa a aceptar desde el 10 de agosto de 1892 las instancias del Perú sobre los preliminares para el cumplimiento de lo estipulado en el artículo 3º de dicho pacto; y la violación incalificable de todos los derechos humanos: destrucción y clausura de imprentas peruanas, clausura de escuelas e iglesias, expulsión de sacerdotes, violación, saqueo, incendio, incautación de propiedades y expulsión consecutiva de más de 30,000 peruanos, aparte de asesinatos y otras vejaciones, han impreso, decimos, en el alma generosa y sensible de nuestro pueblo, el juramento inquebrantable de la REVANCHA.

El Perú todo, en sus más alejados confines,

con el alma entristecida por la impotencia, ha presenciado el desfile de la doliente caravana de ancianos, mujeres y niños, expulsados de su propio suelo por el común e implacable enemigo; pero también el Perú todo, que ha abierto sus brazos a esos hermanos desvalidos, ha visto la falanje de luchadores que la completaban, ha visto esa generación de hombres aptos para llevar las armas, dispuestos a disputar sin desmayos, sobre los futuros campos de batalla, el codiciado botín que nos fuera arrebatado.

Esa falanje de compatriotas, de invencibles luchadores, la forman los irredentos de Tarapacá, de Tacna y de Arica, que con su ejemplo, con su palabra y con su labor perseverante, mantienen latente el sagrado ideal de la nación peruana. A esta falanje o vanguardia de honor para la lucha futura, que consta de 17 instituciones repartidas en el territorio, pertenece Gerardo Vargas Hurtado.

Gerardo Vargas Hurtado, nacido en Arica, de muy distinguida familia oriunda de ese lugar, fué testigo del heroismo de nuestros soldados y de la crueldad y vandalismo innecesario, injustificable de los vencedores!!!

Esas impresiones recogidas en su niñez, alimentadas en su adolescencia y robustecidas por una lucha viril durante 31 años, adormecidas a veces, exaltadas otras, por el relato de los propios actores, por la romería de los deudos a los lugares sagrados, por el juramento de los que después han muerto en la tierra irredenta inculcando a los suyos la promesa vengadora, dan a

la "Historia de Arica" escrita por Vargas, toda la sensación de una tradición de glorias e infortunios, o más propiamente dicho, todo el colorido de la historia de un pueblo que, si por confiado fué vencido, por valeroso jamás se rindió; y que si fué víctima de la conquista, nunca se avino a la humillación ni al vasallaje, contra el cual lucha hace 42 años y seguirá luchando con mayor altivez y resolución cada día.

Desde muy joven, Vargas, se inició en el periodismo librando activa campaña, desde 1890 hasta 1911, en "El Morro de Arica", que fué asaltado y destruido en ese año por las turbas **chilenizadoras** capitaneadas por los Lira y los Arteaga......

Una de sus más brillantes campañas, llevada a cabo en consecuetivos números del referido periódico, fué la refutación que hizo a la serie de artículos que el ex-intendente de Tacna, Manuel Francisco Palacios, de ingrato recuerdo en esa ciudad, publicó en "El Ferrocarril" de Santiago, encaminados a justificar las bárbaras medidas para la **desperuanización** de los territorios cautivos. Nuestro gobierno, reconociendo el valor de dicha refutación, la hizo publicar en un folleto, que su autor intituló "El Debate Eterno".

Vargas fué también inspirador y las más de las veces ejecutor de toda iniciativa patriótica; de aquí el odio que por él sentían los **chilenizadores,** y las justas simpatías de que gozaba en Arica, de parte de sus comprovincianos, que lo hacían figurar entre los más esforzados defensores y sostenedores de la nacionalidad, no sólo desde las columnas de la prensa, sino desde aquel otro centro de acción que se llamó "Sociedad Peruana de Beneficencia", de la que fué socio honorario y algo así como secretario perpetuo.

Durante varios años fué corresponsal de "El Comercio" de Lima en Arica; y por los cablegramas que dirigía a este órgano, tenía conocimiento el país de las hostilidades y persecuciones de que eran víctimas nuestros compatriotas de parte de los **chilenizadores;** quienes en 1911 expulsaron de Arica a Vargas, junto con otros tacneños y ariqueños. Desde entonces reside en esta capital, consagrado a los estudios históricos, fruto de los cuales es la "Historia de Arica", que constituye a su vez una parte que de sus trabajos da a la publicidad.

Debióse también a su iniciativa la fundación de los periódicos de índole literaria que existieron en Arica desde 1890 hasta 1906, recordando entre otros "El Ariqueño" y "Azul y Blanco", este último con el principal concurso del poeta Enrique del Piélago, que era el director.

Durante el gobierno del señor Billinghurst, desempeñó, asimilado a Teniente Coronel, el importante puesto de Jefe de Almacenes de la Intendencia General de Guerra, obteniendo en esa época despachos de Comisario de Guerra.

El país sufre gran deficiencia, ya que no absoluta carencia de información histórica sobre nuestra última guerra con Chile. El libro de Vargas H., que sólo se refiere a uno de los más heróicos hechos de esa sangrienta guerra, constituye en sí la obra más completa y mejor documentada que sobre el particular se ha dado a la publicidad. Ella no sólo encierra la narración más o menos metódica y sobre todo desapasionada de

y niños, para reconquistar el preciado patrimonio de nuestros mayores.

El Perú es hoy más que nunca un solo hombre, una sola voluntad, una sola idea, cuando se trata del ideal de nuestros ideales: de la reivindicación de Tarapacá, de Tacna y de Arica. Los enconos políticos, las divisiones sociales, la heterogeneidad de nuestras razas, entidades divergentes unas, divididas otras e indiferentes todas, están milagrosamente enlazadas al tratarse de nuestro problema del Sur, realizando el hermoso lema de nuestra moneda: "La Unión es la Fuerza".

Esa ley de compensación, en nuestro caso, ha corrido a cargo de nuestro adversario secular, quien ha redactado sus preceptos con el exponente de cada uno de sus atropellos: La violación indiscutible del tratado de Ancón por Chile, desde el momento mismo en que impuso firmarlo, con la indebida ocupación de una parte de la provincia de Tarata, no comprendida en las cláusulas del Tratado; su negativa a aceptar desde el 10 de agosto de 1892 las instancias del Perú sobre los preliminares para el cumplimiento de lo estipulado en el artículo 3º de dicho pacto; y la violación incalificable de todos los derechos humanos: destrucción y clausura de imprentas peruanas, clausura de escuelas e iglesias, expulsión de sacerdotes, violación, saqueo, incendio, incautación de propiedades y expulsión consecutiva de más de 30,000 peruanos, aparte de asesinatos y otras vejaciones, han impreso, decimos, en el alma generosa y sensible de nuestro pueblo, el juramento inquebrantable de la REVANCHA.

El Perú todo, en sus más alejados confines,

con el alma entristecida por la impotencia, ha presenciado el desfile de la doliente caravana de ancianos, mujeres y niños, expulsados de su propio suelo por el común e implacable enemigo; pero también el Perú todo, que ha abierto sus brazos a esos hermanos desvalidos, ha visto la falanje de luchadores que la completaban, ha visto esa generación de hombres aptos para llevar las armas, dispuestos a disputar sin desmayos, sobre los futuros campos de batalla, el codiciado botín que nos fuera arrebatado.

Esa falanje de compatriotas, de invencibles luchadores, la forman los irredentos de Tarapacá, de Tacna y de Arica, que con su ejemplo, con su palabra y con su labor perseverante, mantienen latente el sagrado ideal de la nación peruana. A esta falanje o vanguardia de honor para la lucha futura, que consta de 17 instituciones repartidas en el territorio, pertenece Gerardo Vargas Hurtado.

Gerardo Vargas Hurtado, nacido en Arica, de muy distinguida familia oriunda de ese lugar, fué testigo del heroismo de nuestros soldados y de la crueldad y vandalismo innecesario, injustificable de los vencedores!!!

Esas impresiones recogidas en su niñez, alimentadas en su adolescencia y robustecidas por una lucha viril durante 31 años, adormecidas a veces, exaltadas otras, por el relato de los propios actores, por la romería de los deudos a los lugares sagrados, por el juramento de los que después han muerto en la tierra irredenta inculcando a los suyos la promesa vengadora, dan a

la "Historia de Arica" escrita por Vargas, toda la sensación de una tradición de glorias e infortunios, o más propiamente dicho, todo el colorido de la historia de un pueblo que, si por confiado fué vencido, por valeroso jamás se rindió; y que si fué víctima de la conquista, nunca se avino a la humillación ni al vasallaje, contra el cual lucha hace 42 años y seguirá luchando con mayor altivez y resolución cada día.

Desde muy joven, Vargas, se inició en el periodismo librando activa campaña, desde 1890 hasta 1911, en "El Morro de Arica", que fué asaltado y destruido en ese año por las turbas **chilenizadoras** capitaneadas por los Lira y los Arteaga......

Una de sus más brillantes campañas, llevada a cabo en consecuetivos números del referido periódico, fué la refutación que hizo a la serie de artículos que el ex-intendente de Tacna, Manuel Francisco Palacios, de ingrato recuerdo en esa ciudad, publicó en "El Ferrocarril" de Santiago, encaminados a justificar las bárbaras medidas para la **desperuanización** de los territorios cautivos. Nuestro gobierno, reconociendo el valor de dicha refutación, la hizo publicar en un folleto, que su autor intituló "El Debate Eterno".

Vargas fué también inspirador y las más de las veces ejecutor de toda iniciativa patriótica; de aquí el odio que por él sentían los **chilenizadores,** y las justas simpatías de que gozaba en Arica, de parte de sus comprovincianos, que lo hacían figurar entre los más esforzados defensores y sostenedores de la nacionalidad, no sólo desde las columnas de la prensa, sino desde aquel otro centro de acción que se llamó "Sociedad Peruana de Beneficencia", de la que fué socio honorario y algo así como secretario perpetuo.

Durante varios años fué corresponsal de "El Comercio" de Lima en Arica; y por los cablegramas que dirigía a este órgano, tenía conocimiento el país de las hostilidades y persecuciones de que eran víctimas nuestros compatriotas de parte de los **chilenizadores;** quienes en 1911 expulsaron de Arica a Vargas, junto con otros tacneños y ariqueños. Desde entonces reside en esta capital, consagrado a los estudios históricos, fruto de los cuales es la "Historia de Arica", que constituye a su vez una parte que de sus trabajos da a la publicidad.

Debióse también a su iniciativa la fundación de los periódicos de índole literaria que existieron en Arica desde 1890 hasta 1906, recordando entre otros "El Ariqueño" y "Azul y Blanco", este último con el principal concurso del poeta Enrique del Piélago, que era el director.

Durante el gobierno del señor Billinghurst, desempeñó, asimilado a Teniente Coronel, el importante puesto de Jefe de Almacenes de la Intendencia General de Guerra, obteniendo en esa época despachos de Comisario de Guerra.

El país sufre gran deficiencia, ya que no absoluta carencia de información histórica sobre nuestra última guerra con Chile. El libro de Vargas H., que sólo se refiere a uno de los más heróicos hechos de esa sangrienta guerra, constituye en sí la obra más completa y mejor documentada que sobre el particular se ha dado a la publicidad. Ella no sólo encierra la narración más o menos metódica y sobre todo desapasionada de

los hechos a que se refiere, sino que es una formidable refutación a la venalidad en que, desgraciadamente, han incurrido todos los historiadores chilenos, que unas veces desfiguran groseramente los acontecimientos, que en otras exhiben impunemente calumniosas apreciaciones, cuando no inventan leyendas originales... No hay un solo escritor chileno, Bulnes, Vicuña Mackenna, Barros Arana, Ahumada, Lynch, Molinari, etc., que no peque neciamente en el afán de restar prestigio a los peruanos, cuando no se lo niegan rotundamente. En todas las batallas por ellos descritas, sus soldados fueron menos numerosos que los peruanos y vencieron a sus cobardes enemigos, gracias a su gran valor. Ante enemigo tan insignificante, cuál es el heroismo del valeroso ejército de Chile? ¿cuáles los laureles de sus reclamadas victorias? Sin embargo, en casi todos los documentos oficiales, que ellos mismos no se han atrevido o que no han podido hacer desaparecer, consta que si el combate de San Francisco se hubiera generalizado por los aliados, la derrota chilena hubiera sido inevitable; que en Tacna cuando el "Zepita", los "Cazadores del Misti" y los batallones de la división Canevaro con los "Colorados" de Camacho, arrollaron a la 1a. y 2a. divisiones chilenas, "La suerte de Chile estaba entonces pendiente de un hilo, porque si aquellas dos divisiones se desconcertaban declarándose en derrota, quizá se hubiera introducido el pánico y el desorden en las restántes"...; que en Miraflores los contra-ataques del ala derecha (1o., 2o. y 3er. reducto, General Cáceres) hicieron desbandar a los regimientos asaltantes de las divisiones de Lagos y de Lynch, las que sólo fueron conteni-

das por el enérgico apoyo de la reserva general; y, finalmente, que en Huamachuco "la batalla más encarnizada y más rudamente peleada", se dió contra-orden a la retirada chilena ya iniciada sobre Cajabamba, cuando notaron que los peruanos vencedores, desprovistos de bayonetas, habían agotado sus municiones... No hemos querido hablar de nuestras victorias de Tarapacá, de Marcavalle, de Concepción, de Pucará y de San Pablo, porque es suficiente lo dicho para levantar calumnias que no resisten al menor análisis, pues bastaría la sola exhibición de documentos chilenos para desvirtuarlas.

Chile nos venció por el mayor número de sus elementos materiales, por su menos defectuosa organización militar y nacional, porque se preparó para esa guerra desde 1873 (es decir, 6 años), mientras el Perú, enfermo grave de miopía patriótica, se desangraba en luchas civiles y se desarmaba por PACIFISTA... pero a pesar de todo, caro le costaron a Chile sus victorias, porque tuvo que arrancarlas a un pueblo valeroso, sin alardes y sin estimulantes de conquista, de pillaje, de orgía, siempre resuelto a luchar por la integridad de su territorio y por el compromiso moral empeñado en la alianza defensiva con Bolivia.

Este preámbulo lo han impuesto las calumniosas apreciaciones que hace el escritor chileno Nicanor Molinari, tratando no sólo de opacar la gloria inmarcesible de Bolognesi en su apoteósis de Arica, sino que se atreve a echar sombras sobre el héroe universalmente reconocido y venerado. La obra de Vargas tiene la virtud de levantar esos cargos, de lavar esas calumnias,

que se hacía necesario no despreciar más tiempo con nuestro silencio.

El libro escrito por el señor Vargas H. no peca de pasionismo, porque no se concreta a relatar meramente los hechos, sino que los analiza y los discute con documentos tomados principalmente de fuente enemiga o de origen autorizadamente imparcial. Y esta labor es sumamente meritoria, por ser nuestro compatriota doblemente víctima de la refinada crueldad de los chilenos.

Entre los rasgos de su imparcialidad histórica puede notarse el capítulo relativo a la innoble actitud del comandante del batallón "Cazadores de Piérola" en la primera Junta de Guerra y su cobarde deserción después, que hasta el presente no se había atrevido a consignar ningún historiador peruano. Consultados nosotros, precisamente sobre éste punto, opinamos categóricamente porque él debía ser consignado, tanto porque en nada disminuye la grandeza de la resolución de la Junta convocada días después por Bolognesi, en presencia del parlamentario Salvo, Junta a la que no asistió por consiguiente el comandante del "Cazadores de Piérola", que había desertado 5 días antes, razón por la cual dicha Junta tomó unánime determinación de defender la plaza "hasta quemar el último cartucho".

Pero no sólo estas consideraciones pesaban sobre la ineludible necesidad de que se diera a la luz pública la vergonzosa acción del jefe peruano que, aunque improvisado militar, desertara por no batirse en lucha desigual con el enemigo de la patria. Además, ya el apasionado historiador Molinari, combatiente en Arica, ha exhibido con la más fría desnudez la miseria moral de dos de

sus compatriotas, los comandantes de los regimientos 3o. de línea y "Buin", Ttes. Coroneles Ricardo Castro y Julio Ortiz, como cobardes y traidores a su patria. Si los chilenos no pudieron superarnos en coraje sobre el campo de la lucha, tampoco podrían llevarnos la primacía de la franqueza e hidalguía que se necesita para señalar las propias miserias... para censurar los propios yerros... El silencio en este caso sería traicionar la verdad histórica y autorizar con la impunidad la consecución de tales hechos... Muy distinta fuera la situación del Perú si en vez de disimular los actos dudosos o vergonzosos de muchos de nuestros hombres, colmados precisamente después con homenajes de desagravio, se hubieran exhibido sus errores ante la conciencia nacional y se les hubiera impuesto la sanción correspondiente...

Pero si al esfuerzo personal y perseverante de Vargas, desplegado en la confección de su hermoso libro, debe la patria uno de los más completos relatos históricos hasta hoy escritos sobre Arica, lo debe también al Presidente señor Leguía, que con su acendrado patriotismo ha autorizado y patrocinado la publicación de la obra de Vargas, tal como sale hoy a la luz pública, para servir como obra de consulta e información nutrida sobre parte tan importante de nuestra historia guerrera. De otra manera, este esfuerzo hubiera muerto al nacer, como casi toda labor desinteresada, patriótica y franca.

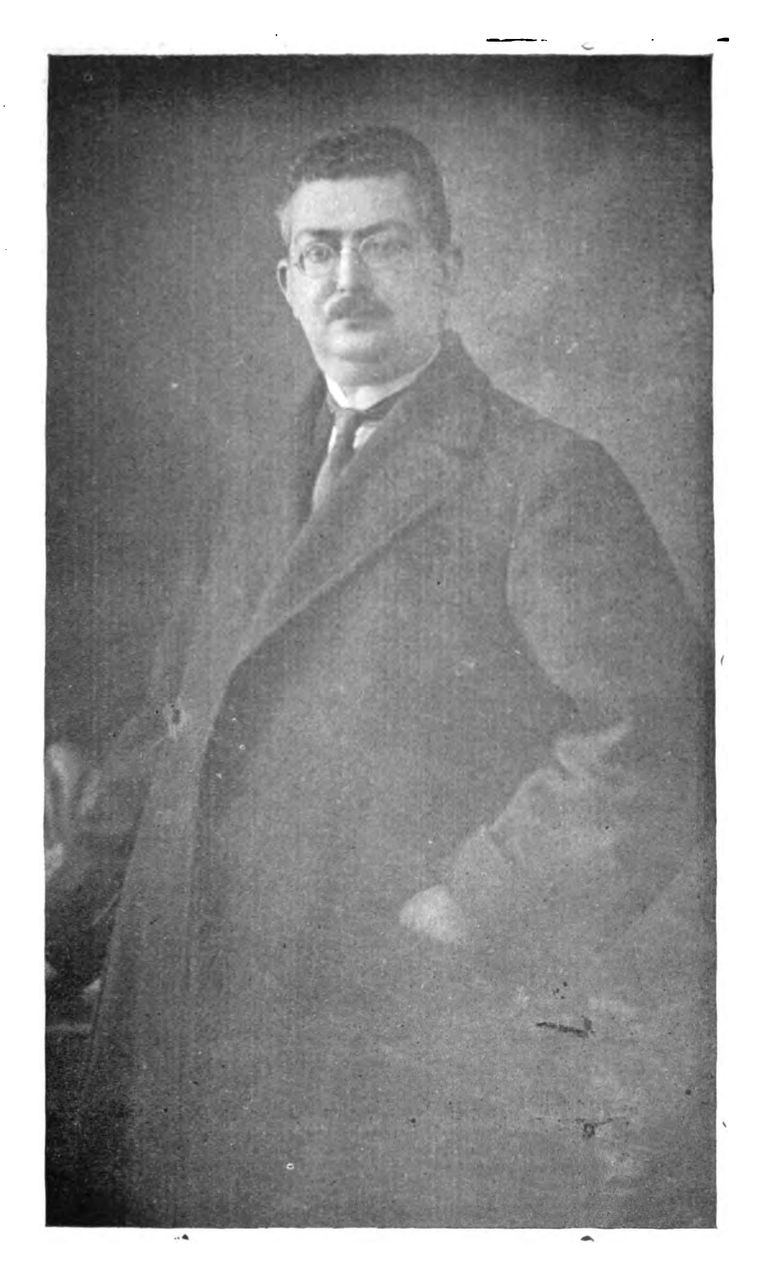
Añádase a todo lo dicho como parte importante, de la meritoria labor desplegada por el autor de este libro, el acertado complemento de biografías y retratos de los principales actores que en él figuran. Era ya tiempo que nuestros

historiadores no descuidaran tan necesario detalle que acrecienta el valor de este género de trabajos. Requisito que no han olvidado los historiadores chilenos y que nosotros no debemos descuidar.

Hay un último punto que reclama nuestra atención al analizar "La batalla de Arica" y es que puede servir también como base de información a futuros estudios histórico - militares. que tanto necesitamos y de los que casi en lo absoluto carecemos. Los chilenos, utilizando la pluma prestigiosa de un militar extranjero al servicio de su ejército, el coronel Wilhelm Edkahl, con el concurso de tres militares de ese país, han publicado ya dos tomos de la importante obra "Historia Militar de la Guerra del Pacífico", que alcanza hasta el 18 de noviembre de 1880. Obra no desprovista de pasionismo y de algunas inexactitudes, inexcusables, pese a los alientos que la inspiran, pero es la menos parcial entre las de su origen, lo que dió motivo a que fuera muy discutida cuando salió a la publicidad el 1er. tomo en 1917, no así el segundo, que ha sido impreso en 1919, por el Ministerio de Guerra; ella constituye, aparte de su indiscutible valor, un estímulo que los militares peruanos no debemos dejar pasar desapercibido, emprendiendo la reclamada necesidad de escribir nuestra historia militar de la guerra de 1879-84, para la cual contamos, como ya se ha dicho, entre otras, como fuente preciosa de información, con la obra publicada por Gerardo Vargas Hurtado.

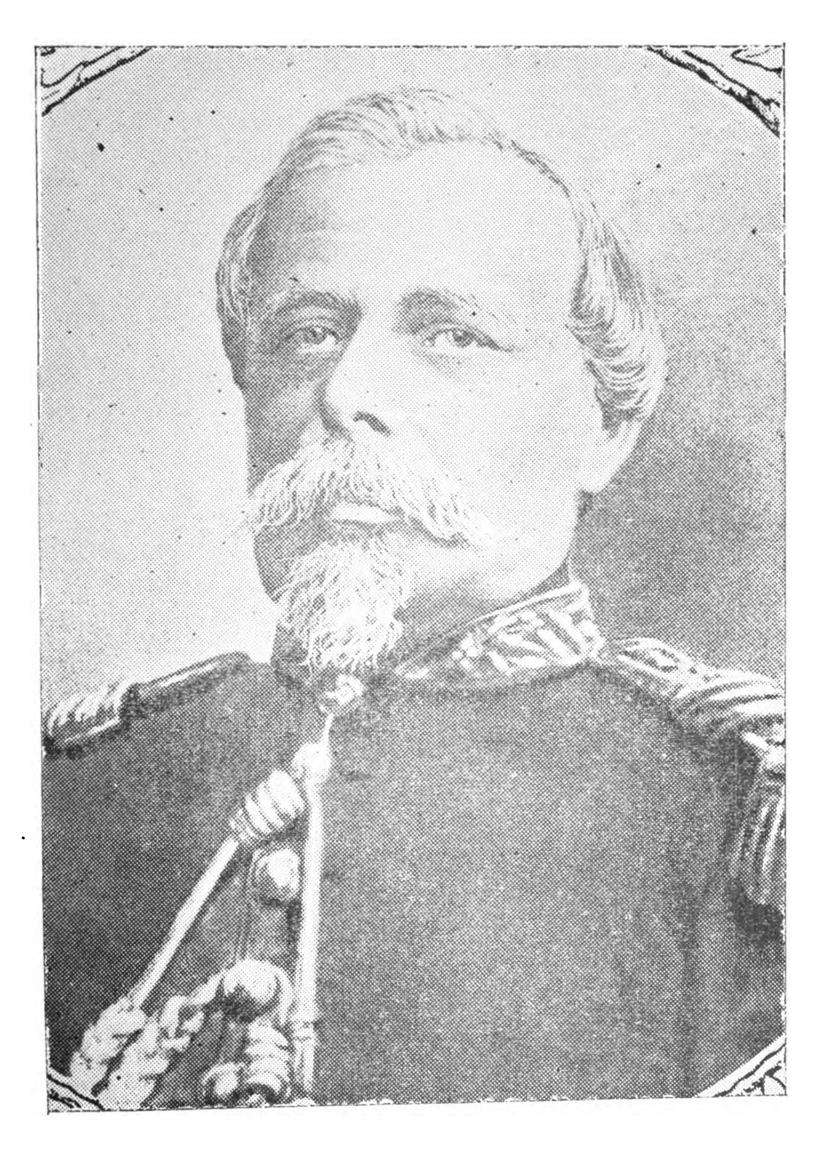
Lima, agosto de 1921.

Tte. Coronel José Ricardo Luna.



Sr. ENRIQUE ZEGARRA
Director del Ministerio de Fomento

La Batalla de Arica



ÇORONEL FRANCISCO BOLOGNESI

Rasgos biográficos de Bolognesi

CAPITULO I

Invocación patriótica.— Algo sobre la vida del héroe.— Un estudio notable del general Eléspuru.— Partida de nacimiento.— Bolognesi limeño.— La casa donde nació.— Placas conmemorativas.

Invocación patriótica

Bolognesi—Arica.

Poema de tristes recordaciones...... Dos nombres que se complementan. Bolognesi es el personaje eminente de este poema heroico; Arica, el escenario donde realizó su hazaña inmortal.

Nos referimos al "Morro trágico", en cuya cima se repitió el episodio griego de que nos habla la historia.

Allí Bolognesi con sus 1600 bisoños milicianos detuvo, hasta caer en la demanda, el avance de los poderosos regimientos de Lagos.

El Morro! Tabor de Bolognesi.

La sangre de sus defensores corrió a torrentes por

las aristas y arenales de la enhiesta montaña, hasta "entrar la uña de los caballos en los charcos formados por ella" (2).

Y esa sangre clama a gritos venganza!

Es la voz de ultratumba de los que en aquella fecha memorable rindieron la vida, que nos insta a perseverar en nuestras reivindicatorias aspiraciones.

Los ariqueños amamos el Morro con filial cariño. A su sombra protectora hemos retemplado y retemplamos nuestro patriotismo, recordando a sus defensores en la guerra del Pacífico; hemos maldecido y maldecimos el hado adverso que castigó al Perú en los cuatro largos años de dura prueba a que lo sometiera el destino; se ha arraigado en nosotros la convicción, la esperanza de que la hora ansiada de nuestra redención sonará presto . . . . . .

La roca tutelar nos dice en su mudo lenguaje: fé y esperanza . . . .

Si Arica, en vez de constituír, como constituye, la piedra angular del engrandecimiento patrio, fuera páramo desierto donde sólo el Sol pusiera la caricia de sus rayos ardientes, bastaría el recuerdo prestigioso del valor y sacrificio de Bolognesi, para que todos los peruanos amáramos esa tierra, y no alimentáramos en nuestro corazón sino el deseo de reincorporar a la patria estas provincias, que poseen todas las bienandanzas, la virtud ingente de haber sentido en su suelo la sangre caliente de este león limeño, noble como un caballero y valeroso hasta lo infinito, como el indio tronante de Sacsahuaman!

(2).— De una carta escrita por Máximo R. Lira, secretario general en campaña del general en jefe del ejército chileno, Manuel Baquedano, el mismo día de la toma de Arica, al contralmirante Patricio Lynch, a la sazón en Iquique.

Algo sobre la vida de Bolognesi.— Notable estudio del general Eléspuru.

Uno de nuestros más ilustres militares, el general don Juan Nolberto Eléspuru, ha trazado con pluma maestra la biografía del héroe de Arica. Nadie tampoco con más títulos que él para hacerlo; porque, aparte su preparación científica y literaria, sus escritos se distinguen por el espíritu de justicia y rectitud que los informa.

Es una página sincera, de suyo interesante, en la que el general Eléspuru nos exhibe a su biografiado desde que, niño aún, es conducido por sus padres de Lima a Arequipa, donde cursa instrucción media, renunciando, después, las halagüeñas expectativas que le brindaba el comercio por sentar plaza en el ejército del general Castilla, que, en 1840, entra victorioso a la ciudad mistiana; ocasión en la que casi paga con la vida su temerario arrojo (3). Siguiendo consejo de sus padres, se dedica enseguida al comercio. En 1853 se reincorpora en el ejército nacional, confiándosele el mando de un regimiento de caballería, cargo que desempeña hasta su viaje a Europa, a donde fué comisionado por el gobierno del general Castilla—que le profesaba sincero afecto—con el fin de adquirir armamentos. En esa ocasión condujo los primeros cañones rayados, que el 2 de mayo de 1866, en el Callao, y después, en el Morro de Arica,—altar de su heroísmo,—prestaron importantes servicios a la patria. La artillería fué su arma predilecta, llegando a ser autoridad en élla.

---

(3)—Sin embargo, el infatigable y talentoso publicista Ismael Portal, dice en su obra *Bolognesi y sus hijos,* que este jefe "no fué militar en su juventud, ni tal vez la idea de serlo asomó antes por su mente;" afirmación que discrepa de la del general Eléspuru, quien, por el contrario, nos lo exhibe en 1840, cuando frisaba en los 24 años, tras rudo batallar, derrotando a Vivanco rebelado contra Gamarra. enrolado en el ejército de Castilla, que ese año tomó a Arequipa,



Más adelante veremos el importante papel que desempeñó Bolognesi en Iquique, Tarapacá y Arica en la guerra con Chile. Lo cierto es que, desde niño, mostró vocación por la carrera de las armas.

Partida de nacimiento del héroe.

Tiempo es ya de hacer conocer su partida de nacimiento.

Héla aquí:

"En la ciudad de los Reyes del Perú, en ocho de noviembre de mil, ochocientos dieciseis. Yo, el doctor don Francisco Javier Echagüe Infrasquito Dignidad de Dean de esta iglesia Catedral de Lima; ex-licentia parroqui, en esta parroquia del Señor San Sebastián. Esorcisé, bauticé, puse Oleo y Crisma, a Francisco, niño Español, de edad de cuatro días; hijo legítimo de don Andrés Bolognesi, natural de la ciudad de Génova y de Dña. Juana Cervantes, natural de Arequipa. Abuelo paternos Don José Bolognesi y Dña. Benita Camparello. Abuelos maternos Dn. Gerónimo Cervantes, y Dña. María Teresa Pacheco; fué su padrino el Señor Marqués de Montemira de Valdosella, Caballero de la Gran Cruz colorada y Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos; fueron testigos el Presbítero Teniente de Cura Rector de esta dicha parroquia, Dn. José Buenaventura Saldaña, Dn. Francisco López Vidaurre y Dn. José Genaro Pérez. Presbítero, fecho, ut supra.— Francisco Javier de Echagüe".

Las circunstancias de haber sido su madre natural de Arequipa y transcurrido parte de su juventud en esta ciudad, hicieron creer a raiz de su muerte, que era arequipeño; creencia que años después se desvaneció con la publicación de su partida de nacimiento.

Lima, tiene, pues, la honra de haber mecido la cuna de Bolognesi.

Planchas conmemorativas en la casa donde nació Bolognesi.

Dominaban las armas de España en el Perú, cuando el héroe de Arica vino al Mundo; nació en una casa de dos pisos de la calle de "Aflijidos", de esta capital, en cuyo frontis la gratitud nacional ha fijado una plancha de bronce conmemorativa del hecho, la cual ostenta en la parte superior el busto de aquél, y al pie la siguiente inscripción:

Francisco Bolognesi

En esta casa nació el 4 de noviembre de 1816.
Sucumbió heroicamente defendiendo la plaza de Arica
"Hasta quemar el último cartucho"
El 7 de junio de 1880.

El 4 de noviembre de 1916 se cumplió un siglo del nacimiento del héroe; y con tal motivo celebróse el acontecimiento en esta capital con fiestas patrióticas, de las que los diarios de ese día dieron amplia información, fijándose en la casa antes recordada, otra plancha con la siguiente inscripción:

Francisco Bolognesi

La ciudad de Lima al héroe
en su glorioso centenario
1816-1916.

Muchas páginas se han menester para escribir la biografía de Bolognesi y estudiar su varia personalidad. La han trazado ya en forma admirable, como decimos al prin-

cipio, el general Eléspuru, primero, y después Ismael Portal en su interesante libro **Bolognesi y sus hijos**; motivo por el cual nosotros nos abstenemos de hacerlo *in extenso*, pobres narradores, sin más mérito que nuestra admiración y gratitud por el defensor de nuestro suelo natal.

Las fortificaciones de Arica

CAPITULO II

Un libro chileno sobre el asalto y toma de Arica.— Vicuña Mackhena aplaude el nombramiento de Bolognesi como jefe de la plaza.— Montero ordena a éste volar a Arica antes de rendirse.— Elemento de defensa con que se contaba.— El presidente Prado, Montero y el doctor Zapata, inician la fortificación del puerto.

Un libro chileno sobre la toma y asalto de Arica.

Para ocuparnos en la hazaña de Bolognesi y en la influencia que ha ejercido en la educación cívica de nuestras jóvenes generaciones, precisa historiar, antes, la jornada de Arica en la que la figura del héroe se destaca con todos los lineamientos de un personaje de Homero o de un semidiós. Su valor sólo comparable con el de los grandes capitanes de Junín y Ayacucho, causó la admiración

del Mundo todo, inclusive la de los historiadores chilenos de la guerra del Pacífico.

Sin embargo, escritor del país del Sur ha habido que pretendió, sin conseguirlo, opacar la gloria ejecutoriada del gran capitán de Arica. Nos referimos a Nicanor Molinari, autor de un libro sobre el asalto y toma de dicha plaza; libro que habremos de citar con frecuencia en el curso de este estudio, refutando, al mismo tiempo, varias de sus apasionadas apreciaciones, con pruebas y razonamientos incontestables, no obstante haberlo hecho ya en **El Morro de Arica** y en la prensa de esta capitl.

Con todo, debemos reconocer, como reconocemos, que el libro memorado—a parte los calumniosos juicios que se leen en algunas de sus páginas—contiene la más interesante relación que se ha escrito hasta hoy sobre el combate de Arica; abunda en detalles y referencias de que carecen los de Paz Soldán, Caivano, Vicuña Mackhena, Barros Arana, Búlnes y otros.

Es que Molinari, en su carácter de subteniente del regimiento 4o. de línea, asistió a esa acción de armas, y tuvo oportunidad, durante su estada en la ciudad del Morro, de conocer, palmo a palmo, el terreno en que combatió, como así mismo todo lo concerniente a los elementos de defensa de la plaza y a sus defensores y atacantes. Admira, en verdad, ciertas noticias que contiene su libro, que nosotros conocíamos, también, por referencias de sobrevivientes connacionales nuestros; pero lo que más llama la atención es la exactitud con que describe, a través de tantos años, la topografía del terreno en que actuaron los contendores, y otros detalles, cuyo verísimo no podemos desconocer.

Para escribir su libro, Molinari ha tenido que estudiar los datos que guardaba "desde los lejanos días de la campaña", leer todo lo que se ha escrito sobre la acción, "conversar y leer los diarios de nuestros sobrevivientes"; reconstruír la batalla con el plano de ella a la vista, discu-

tir sus episodios más saltantes con algunos de aquéllos, consultar las apuntaciones de Sosa, Elmore y otros jefes y oficiales peruanos prisioneros de guerra en San Bernardo; y, finalmente, los partes oficiales peruanos y chilenos, entre éstos los de los señores coronel Manuel C. de La Torre, comandante Roque Sáenz Peña y Manuel I. Espinoza.

De aquí que consideremos el libro del escritor chileno citado, como uno de los más interesantes de cuantos se han escrito hasta hoy sobre el combate de Arica; de aquí también, que lo hayamos consultado en más de una ocasión para mejor dilucidar puntos sobre los cuales nos asaltaban dudas.

Vicuña Mackhena aplaude el nombramiento de Bolognesi — Montero ordena hacer volar la plaza antes de rendirla.

Algunos historiadores chilenos, Vicuña Mackhena, entre éstos, cuyo odio al Perú jamás pudo disimular en ninguno de sus trabajos históricos sobre la guerra del Pacífico, no han podido menos que admirar la excelsitud del sacrificio del defensor de Arica y rendir pleito homenaje a sus prestigios y antecedentes militares.

Ocupándose este escritor en el nombramiento de comandante general de las baterías y guarnición de Arica, recaído en Bolognesi, dice: "Su designación, bajo el punto de vista militar, había sido, por tanto, perfectamente acertado".

Y agrega:

"Más, abandonado de hecho por Montero (esto no es efectivo, según se verá en páginas posteriores) como éste había sido por Piérola, sin dinero, con tropas bisoñas, sin noticias, y sólo con sobra de dinamita, pues ahora toda su preocupación consiste (alude a Bolognesi) en fortifi-

car la plaza por el lado de tierra, que era el de su flaqueza. Montero le había dejado 250 quintales de dinamita y un ingeniero (don Teodoro Elmore), (4) encargado de usarla, sin más instrucciones que estas palabras: "Es preciso hacer volar a Arica con todos sus defensores y todos sus asaltantes. Necesitamos un hecho que, como el estertor de la muerte, sacuda hasta las últimas fibras del corazón de la patria" (5).

Y Bolognesi, militar pundonoroso y disciplinado, cumplió fielmente imperativo tal: su sacrificio y el de los jefes que le acompañaban, sacudió, en efecto, las fibras más delicadas del corazón de la patria, como luego lo veremos.

Sin embargo, otro escritor chileno, acaso más inexcrupoloso que Vicuña Mackhena por lo fueros de la verdad histórica, estampa en "La Reforma" de Arica, de 6 de junio de 1914, esta enormidad:

"Es bueno saber, también, que el general peruano Montero no fué de opinión que resistiera en Arica (!), como lo expresa en un parte que se encontró poco después

---

(4).— "Elmore, apoyado por Bolognesi y sus compañeros, cambió, por así decirlo, el aspecto de las fortificaciones ariqueñas: bajo su inteligente dirección el campo de tiro de los fuertes de la orilla del mar, los de "Ciudadela", "Este", "Morro Gordo", etc., se hizo circular, con excepción de "San José" y las baterías del Morro mismo, uno de cuyos grandes cañones abocó, sin embargo, hacia el Oriente, para defender "Morro Gordo", "Este" y "Ciudadela".

"Elmore minó todas las fortificaciones, minó todo Arica; convirtió la plaza en un volcán, que, obediente, debía estallar ante la mano de aquél ingeniero, que al oprimir un botón eléctrico, hacía saltar por los aires; el Morro, Ciudadela, el Este, San José, Santa Rosa y la ciudad!

"La red eléctrica de Elmore quedó inutilizada en gran parte el día del asalto, no porque faltara su instalación, sino por que falló el corazón y porque, seamos francos, faltó Elmore para ejecutar aquel heroico y terrible sacrificio! (Molinari, "Asalto y toma de Arica", pág. 10).

(5).— En un folleto que, en 1880, publicó en Lima don J. Pérez, sobreviviente del combate de Arica, se lee esta hermosa orden militar, a la que Bolognesi se refirió en el histórico consejo de guerra a que convocó dos días después del desastre del Campo de la Alianza.

de la ocupación de Arica, dirigido a Bolognesi, y que decía:— "Coronel: No piense en resistir, que la ira de Dios ha caído sobre nosotros.— Montero".

La inexactitud de este despacho salta a la vista en el acto. Mientras Vicuña Mackhena transcribe en su obra la orden terminante de Montero para hacer volar la plaza, el escritor chileno de "La Reforma", hace mérito de un telegrama inédito hasta entonces, de su propia cosecha, por mejor decir. Si Bolognesi hubiese recibido tal orden o insinuación, se habría referido a ella en los dos consejos de guerra que celebró con sus jefes; por el contrario, su respuesta al parlamentario chileno: "Tengo deberes sagrados y los cumpliré quemando el último cartucho", está probando que existía el mandato de defender la plaza a sangre y fuego.

En segundo lugar, el día del combate de Tacna, Bolognesi no recibió ningún telegrama de Montero, según se verá más adelante; lo que evidencia la falsedad del fraguado por el escritor de aquél diario chileno de Arica.

Finalmente, y a mayor abundamiento, si hubiese existido dicha orden, Bolognesi no habría despachado, como lo hizo, varios propios en busca de Montero, a quien esperaba con los restos del ejército perú-boliviano, destrozado en el Campo de la Alianza.

Elementos de defensa con que contaba Arica.— El presidente Prado, Montero y el prefecto Zapata intervinieron en la fortificación de este puerto.

Antes de traer a estas páginas los juicios favorables, emitidos por Vicuña Mackhena y otros historiadores chilenos a acerca del valor de Bolognesi, vamos a hacer conocer los elementos de defensa de que se disponía en Arica.

Cuando Chile declaró la guerra al Perú, esta ciudad era plaza indefensa, desguarnecida.

Pero desde el primer día que el litoral boliviano de Antofagasta fué ocupado militarmente por las armas de aquél país, el presidente de la república, general Mariano Ignacio Prado—debemos declararlo en justicia—se dedicó, afanosamente, a poner a la nación en pié de guerra, con los escasos elementos de que disponía; dictó atinadas y eficaces disposiciones encaminadas a incrementarlos, y se empeñó en hacer de Arica—como lo fué en efecto,—la segunda plaza fuerte del Perú, después del Callao.

En la primera quincena de abril de 1879, mes en que Chile nos arrastró a la guerra, tenía Arica por jefe al patriota prefecto del departamento de Tacna doctor Carlos Zapata (6).

El 9 de abril del mismo año, el contralmirante don Lizardo Montero, antiguo conocido de Arica, aceptaba el cargo de comandante general de las baterías y fuerzas de esta plaza, a la que se trasladó inmediatamente después, siendo recibido con entusiasmo.

Rivalizando en actividad con el prefecto Zapata, desde el primer día de su llegada se concretó a acelerar la construcción de las fortificaciones del Morro y San José, cuyos trabajos habían sido encomendados al competente artillero coronel Arnaldo Panizo y a los ingenieros Eléspuru y Castillo.

Dos o tres días después quedaban montados en el Morro los primeros cañones, y antes de nueve, los de las baterías razantes "San José", "Dos de Mayo" y "Santa Rosa".

(6).— Padre del coronel Ernesto Zapata, actual director general de correos y telégrafos, y de don Carlos Zapata, prefecto de Puno. Cuando a raíz de declararnos Chile la guerra se formó en Tacna el batallón "Granaderos", los hermanos Zapata fueron de los primeros jóvenes de la aristocracia tacneña que se dieron de alta en dicho cuerpo; peleando, más tarde, en el Campo de la Alianza, al lado de su ilustre padre.



Desde el primer día de su arribo a Arica (20 de mayo de 1879), el Presidente de la República, general Prado, se dedicó, también, secundado por el general Montero, a terminar las fortificaciones del puerto, artillándolo de la siguiente manera:

En el Morro:

2	cañones	Parrot	de	100
6	„	Voruz	„	70
1	„	Vavaseur	„	250

En la batería "San José":

2	cañones	Parrot	de	150

En el fuerte "2 de Mayo":

1		Vavaseur	de	250

En el fuerte "Santa Rosa":

1		Vavaseur	de	250

En el "Ciudadela":

2		Parrot	de	100
1		Voruz	de	70

En el fuerte "Este":

2		Voruz	de	100

Total: 19 cañones anticuados, de corto alcance.

Las baterías "San José", "Santa Rosa" y "2 de Mayo", construídas a barbeta, estaban cubiertas con champas de barro, extraído de las ciénegas que existían al pié de las mismas, en el bajo, o sea en lo que hoy se conoce con el nombre de "Chimbas" (huertas de hortalizas). Tenía ello por objeto ocultarlas del enemigo. El cañón del segundo de los fuertes citados, era de tiro circular; y el del "2 de Mayo", a barbeta, sobre el mar.

No tardó en brotar de las champas dichas un césped de grama que, visto de lejos, se confundía con los gramadales del llano.

Las mencionadas fortalezas contaban con cuarteles y santabárbaras, construídas a espalda de las mismas, en sitios abrigados y protegidos, para no ser blanco de los disparos de los buques bloqueadores en sus frecuentes bombardeos. Las comandaban los siguientes jefes:

Morro: Capitán de navío don Juan C. Moore, 2o., Manuel I. Espinoza.

Norte: Comandante Juan R. Ayllón. Se conocía con el nombre de "Baterías del Norte", a las denominadas "San José", "Santa Rosa" y "2 de Mayo", de las cuales eran jefes los sargentos mayores Manuel Martínez, Augusto C. Soto y Nicanor García Goytizolo; pero el comando superior de las tres lo tenía el comandante Ayllón.

"Ciudadela":—Sargento Mayor Fermín Nacarino.

Este: Teniente-coronel Medardo Cornejo, que tenía el comando de las dos fortalezas, las cuales formaban parte, por así decirlo, del cordón de fortificaciones del Morro.

Cómo estaba fortificado Arica

CAPITULO III

Los cañones del Morro y del "Ciudadela".— Descripción de la batería "Ciudadela".— Las fortificaciones del "Este" y los reductos de "Cerro Gordo".— El ejército del Sur se concentra en Tacna.— Colocación y ubicación de minas.— Diario del subprefecto Sosa.— Bolognesi, secundado por varios jefes, termina las obras de defensa.— Elmore presta importantes servicios en la consecución de éstas.— Declaraciones chilenas sobre este profesional.— Bolognesi y Elmore infatigables.— Cumpliendo órdenes de Montero, se resuelve la defensa de la plaza.

La artillería del Morro y del Este. Descripción del "Ciudadela".

Como se ha visto, los cañones de mayor calibre y alcance de las fortificaciones de Arica eran los Vavaseur del Morro y de las baterías del Norte; sin embargo, Vicuña Mackhena dice: "Los siete cañones del Morro eran dos de 500, dos de 300 y tres de 70"; información desprovis-

ta de verdad, encaminada a dar a estas fortalezas importancia que no tuvieron, como constaba a este publicista, el cual, para escribir sus libros sobre la guerra, dispuso de casi todos los archivos oficiales peruanos, de los que hizo fácil presa el ejército de su patria.

Nosotros que presenciamos la construcción de las fortificaciones de Arica, iniciada, como hemos visto, antes de la llegada del general Prado, no podemos menos que reconocer la exactitud con que las describe Molinari.

Dice:

"Y mientras aquel denodado cuerpo, (alude al regimiento 3o. de línea), se entrega al sueño, descanso que para muchos va a ser el último que en su vida se dan, hagamos nosotros una excursión por el "Ciudadela", que a poco más de mil pasos de ahi se alza defendiendo cual avanzado guardián, a la plaza por ese lado".

"Encimando un mogote o montículo (es lo último) tenemos el bien construído reducto enemigo; cuadrilongo, foseado por sus costados Norte y Oriente; que está cortado a pico por su flanco poniente, abriéndose su portalón en la extremidad de la morada de este mismo costado, casi en su esquina Sur".

"Desde su base, aquellos muros han sido construídos con sacos de arena, pero aquél trabajo ha sido ejecutado a conciencia; las húmedas camanchacas ariqueñas han solidificado bien esas defensas, que cuentan más de un año".

"La muralla del Oriente es ancha, tanto cuanto es necesario para soportar los tres poderosos cañones que la defienden: dos piezas Parrot de a 300 (eran de 100, y un Voruz de a 70".

"En el centro y bajo tierra, perfectamente construída, está la santabárbara; repleta de pólvora, dinamita, munición gruesa de artillería y de fusil; cerca de cada una de las piezas, listas siempre y convenientemente arregladas, en orden perfecto que el coronel Justo Arias y Aragüéz

vigilaba extrictamente, (el llamado a vigilar todo esto era el jefe de la batería, el sargento mayor don Fermín Nacarino), se ve toda la munición que necesitan los cañones y la tropa" (7).

"Y para terminar la defensa, las casas-matas estaban preparadas con mechas de tiempo e hilos eléctricos con baterías adentro y fuera de aquel bien fortificado recinto".

"Los muros se levantaban sobre el nivel de la montaña, más o menos seis metros; sobre la plataforma del Oriente un tanto al Sur, flameaba en alto y poderoso mástil, una grande y magnífica bandera peruana, que la brisa de aquella mañana, junto con el soplo huracanado del asalto, por última vez en la vida de aquel enemigo pueblo, hizo flotar al aire sus colores en esa cumbre donde jamás volverá a izarce, porque así lo quisieron los hijos de Arauco!"

Es admirable, en verdad, la memoria de este historiador-soldado; describe con pasmosa exactitud, como antes decimos, todo lo que se relaciona con Arica, sus defensas y defensores.

La descripción del **"Ciudadela"**, no la haría mejor el ingeniero Elmore, que intervino en su construcción.

Las fortificaciones del Este y los reductos de "Cerro Gordo".

También encontramos exactas las descripciones que hace de la fortaleza del Este y de los reductos y atrincheramientos que existían entre este fuerte y el Morro.

"El Este", dice, levantaba su pesada silueta sobre la izquierda del "Ciudadela", a unos 800 metros al Sur-Este;

---

(7).—La santabárbara de esta batería fué la que hizo volar el cabo de artillería ariqueño Alfredo Maldonado, de cuya hazaña nos ocupamos con alguna detención más adelante.



no quedaba el fuerte enemigo perfectamente en la recta Norte-sur del **Ciudadela,** sino un poquito cargado al Sur".

"Cuadrado, con sus flancos matemáticamente orientados al compás; foseado por el Oriente, con espesos y bien asentados muros de sacos de arena. "**El Este"** era un reducto formidable, armado con tres poderosos cañones Voruz, de a 100, giratorios; más bien dicho dispuestos de modo que pudiesen disparar sobre el mar y hacia Azapa; recordamos aquí que Elmore hizo a estos reductos reformas tales que los constituyó inexpugnables fortalezas".

"Por de contado que de las minas, redes eléctricas y polvorazos poblaban a el **"Este",** como al **"Ciudadela",** Morro, Cerro Gordo y cuanta trinchera existía, todo dirigido y construído con amor por el patriota y distinguido profesional Elmore; que para mayor eficacia y seguridad, colocó en cada reducto una batería eléctrica".

... ...

"El Morro y sus fuertes albergaban en sus entrañas, en el seno de sus bien preparadas minas, 250 quintales de dinamita; amén de la pólvora de cañón y de otros explosivos más, que Montero había entregado a Bolognesi".

... ...

"Tras el "Este" se levantaban una solución de reductos y trincheras unidas, defendidas entre sí, que llegaban a 18; de ellas, 6 eran fuertes de verdad; las demás, es decir las 12 restantes, trincheras o parapetos para impedir, sujetar, el asalto y tener campo de tiro fijo, de mampuesto, desde los muros de los fuertes".

"A retaguardia del Este, se veía el **Morro Gordo,** reducto un poco más chico que el primero, y tras éste, perfectamente al Norte, otra defensa igual, que presentaba uno de sus costados al pueblo y al río Arica".

"Al Sur del Morro mismo, de la gran plaza que encerraba las baterías grandes de la fortaleza, las que tenían

encargo de defender Moore, Espinoza y los sobrevivientes de la "Independencia", ostentaban sus baterías cuatro fuertes encadenados, unidos entre sí por trincheras paralelas al Este y Cerro Gordo, con campo de tiro al mar, al Sur y al Oriente las de la Licera; el que estaba más al Norte, al Este del Morro, defendía también a **San José** y podía barrer con sus cañones todo el gramadal; el que también, perfectamente, al Poniente del Morro".

Ninguno de los cañones del **Este,** decimos nosotros, ni del Morro, excepto el Vavaseur, emplazado en esta fortaleza, era giratorio, como lo hacemos constar en este trabajo; todos estaban abocados a determinado punto, en razón de sus anticuados montajes.

No se hizo más pró de la defensa de Arica, por el mal entendido sistema de las economías, como dice Paz Soldán, que tanto dominaba en el ánimo del dictador de la guerra. (Pág. 483).

El ejército del Sur se concentra en Tacna

Un mes antes de la batalla del Campo de la Alianza, nuestro ejército se concentraba en Tacna. No lo hizo antes, porque la línea férrea que une esta ciudad con la de Arica, corre gran trecho paralela a la orilla del mar, y por esta causa los trenes que transportaban las tropas, sólo traficaban de noche; de día corrían riesgo de ser cañoneadas por la escuadra bloqueadora, a cuyo efecto diariamente se situaba al Norte del puerto, a la altura de la desembocadura del río Lluta o Azufre, en el centro del golfo ariqueño.

Bolognesi, secundado por varios jefes, termina las obras de defensa.—Elmore presta importantes servicios en la consecución de éllas.—Declaraciones chilenas sobre este profesional.

Desde el primer día en que el coronel Bolognesi se hizo cargo de la jefatura de la plaza, se dedicó a mejorar la defensa de ésta; tuvo por colaboradores entusiastas en esta obra, al ingeniero don Teodoro Elmore, al comandante Moore, al teniente-coronel La Torre, al coronel Inclán, a Sáenz Peña, a Medardo Cornejo y al comandante Espinoza.

El señor Elmore, de cuya actuación en Arica nos ocupamos más adelante, prestó importantes servicios al país en aquellos momentos supremos.

Recordamos, como si hubiese acaecido ayer, haberlo visto al frente del numeroso grupo de improvisados zapadores dirigiendo la construcción de los parapetos del **Cerro Gordo** y de las baterías del Este, abrir el extenso reducto que, partiendo de uno de los flancos de la batería **Ciudadela**, terminaba en el cementerio católico, a través del camino real que conduce del puerto al valle de Azapa; reducto que aún existe, como así mismo los grandes parapetos de arena que circundaban el camposanto. Eran 18 reductos y trincheras, formadas de sacos de arena, "con fosos en forma de media luna, el espacio comprendido entre la plaza del Morro y el fuerte del Cerro o Morro Gordo, hábilmente ubicado, y en forma que se defendían unos de otros, permitiendo, a su vez, romper simultáneamente sus fuegos sobre su frente, es decir, el Oriente".

Sin embargo, exaltados e injustos escritores nacionales, y aún el mismo chileno Molinari, han hecho pesar sobre el ingeniero Elmore responsabilidad que no tuvo, ni le alcanza siquiera, de lo que tenemos plena seguridad, por habérnoslo afirmado así el último subprefecto perua-



TENIENTE CORONEL MANUEL C. DE LA TORRE
Jefe del Estado Mayor de la plaza de Arica

no de Arica, señor Fermín Federico Sosa, quien atribuía el no haber funcionado la red eléctrica que conectaba con los polvorazos preparados por aquél profesional, a que los alambres trasmisores habían sido colocados a flor de tierra, en las calles de la ciudad y en los cerros que la rodean; quiere decir, pues, que se hallaban al alcance de los numerosos extranjeros sospechosos, "sin oficio ni beneficio", que pululaban en Arica desde los primeros meses de la declaratoria de guerra, y que no eran sino espías al servicio de Chile (8).

Recordamos haber hecho del dominio público en el **"Morro de Arica"** declaración tan valiosa, en circunstancias que aún sobrevivía el señor Sosa: defendíamos, así, la verdad histórica.

El capitán ayudante del coronel Lagos, jefe del ejército que expedicionó sobre Arica, don Belisario Campos, hoy general, que se radicó en este puerto luego después de suscripto el pacto de paz, en cuya ocasión le conocimos, fué quien recibió el encargo de fusilar a Elmore, si se resistía a suministrar noticias exactas de las fortificaciones de la plaza, de sus reductos, minas, etc.; pero éste "se negó a dar los datos que se le pedían, y asilándose en el derecho internacional, alegó que eso no podía exigirse honrada e hidalgamente a un prisionero de guerra; declaró al capitán Campos que por nada de este mundo daría los datos que se le exigían; que a un oficial de honor, a un caballero, no podía hacérsele proposición de esa especie" (9).

---

(8).— "Esos huéspedes ingratos y peligrosos, fueron el mejor auxilio de sus compatriotas." (Paz Soldán, obra citada).

(9) — El escritor chileno Molinari, al par que fustiga aserva e injustamente a Elmore, encomia su actuación profesional en Arica. "Elmore, dice, apoyado por Bolognesi y sus compañeros, cambió, digamos así, el aspecto de las fortificaciones ariqueñas; bajo su in-

Colocación y ubicación de minas— Diario del Subprefecto Sosa.

A la construcción de las citadas obras de defensa, siguió la colocación de minas eléctricas, cargadas con dinamita, en varios puntos estratégicos del campo atrincherado y de la ciudad misma.

En el recinto urbano de ésta, Bolognesi hizo colocar las siguientes:

En la calle de **San Marcos**, frente a la puerta de la plaza del mercado y en la casa que en la misma calle ocupaba el ex-subprefecto Sosa, hoy propiedad de don Gregorio Santiago Nacarino, colindante con el antiguo local de la municipalidad peruana, actual oficina de correos.— una cargada con treinta quintales de dinamita;

Otra frente a la casa que perteneció a don Juan de Mata Fuentes, sita en la calle de "Ayacucho", conocida hoy con el nombre de "Casa de Bolognesi", por haber vivido en ella el héroe y en la que funcionaban las oficinas del estado mayor divisionario;

Una a un costado del Hospital de "San Juan de Dios",

---

teligente dirección el campo de tiro de los fuertes de la orilla del mar, los de Ciudadela, Este, Morro Gordo, etc., se hizo circular, con excepción del "San José" y las baterías del Morro mismo, uno de cuyos grandes cañones abocó, sin embargo, hacia el Oriente para defender Morro Gordo, Este y Ciudadela".

Y en otro pasage agrega:

"...... El ingeniero Elmore, profesional serio y estudioso, a quien personalmente conocimos en San Bernardo, donde se hizo notar por la austeridad de su vida y por su actitud circunspecta y laboriosa".

Por su parte el coronel Pedro Lagos, jefe del ejército chileno que atacó Arica, y el oficial de estado mayor Augusto Orrego, han impugnado las acusaciones formuladas al señor Elmore en documentos oficiales. El segundo de los citados escribía con tal motivo: .. .. .. "es cierto que si Elmore no fué fusilado, se debió a que el general Baquedano se convenció, como yo mismo se lo expuse, y también el coronel Lagos, de que este señor no era un simple ciudadano, sino que formaba parte del escalafón del ejército enemigo, y que, por consiguiente, era militar".

sobre el camino real que por el lado sur de ese establecimiento, conduce al valle de Azapa.

Los alambres que harían estallar estas minas en el momento preciso, partían del Morro, donde funcionaba la planta eléctrica, a la que estaban conectados.

También se colocaron minas en las vecindades de los atrincheramientos y de las baterías del Este y Cerro Gordo.

Hemos tomado la ubicación de estos polvorazos de la libreta de apuntaciones o diario que en esa época llevó el precitado subprefecto Sosa, cuyo valioso original posee el escrïtor ariqueño don Lorenzo Martín Carrasco M., debido a patriótico desprendimiento de la viuda de aquël malogrado jefe, señora Virginia Sánchez.

"El día 27 de mayo—dice el señor Sosa en su diario—se activaron todos los trabajos de defensa de la plaza de Arica para resistir al enemigo. En la población hubieron varias minas. En la calle de "San Marcos", frente al parque (alude a la plaza del mercado, donde se guardaban víveres y pertrechos de guerra) y mi casa, existía una que contenía treinta quintales de dinamita; en la plazuela, frente a la de Juan de Mata Fuentes, otra, y sus alambres eléctricos iban al Morro; otras estaban colocadas tras el hospital y el observatorio lo tenían cerca. En las baterias y trincheras también existían minas".

Bolognesi y Elmore infatigables

Convencido Bolognesi de que perdida la batalla de Tacna, correría Arica la misma suerte de esta ciudad activó, como lo hace constar Sosa en su diario, los trabajos relacionados con la defensa de la plaza, a fin de poder resistir el ataque del invasor, ya que no contaba con fuerzas suficientes.

El ingeniero Elmore, con entusiasmo digno de encomio,—hay que reconocerlo—tomó a su cargo ese trabajo, dándole cima pocos días después. Creyóse que la dinamita y los atrincheramientos suplirían el deficiente número del factor hombre.

¿Dieron estas precauciones los resultados que perseguía el que las concibió?

Más adelante lo veremos.

Cumpliendo orden de Montero, se resuelve la defensa de la plaza.

El coronel Bolognesi y sus dignos capitanes habían resuelto la defensa de la plaza, cumpliendo así la orden del general Montero a que nos hemos referido en páginas anteriores, de "hacer volar a Arica con todos sus defensores y asaltantes".

Esta resolución se acentuó más aún cuando se tuvo conocimiento del desastre del Campo de la Alianza. Desde este momento los defensores de Arica quedaban abandonados a su propia suerte y encerrados en un semi-círculo de fuego, con sólo una puerta de escape, por el Este, o sea por el valle de Azapa. En efecto, estaban sitiados por tres puntos: Norte, o sea por el lado de Tacna; Sur, Tarapacá; y por el Oeste, o sea el lado del Morro, por la escuadra bloqueadora.

La disyuntiva era, pues, fatal para la guarnición: o acataba la orden imperativa de Montero de defender la plaza a costa de cualquier sacrificio, o capitulaba a la presencia del enemigo, en lo que jamás habría consentido Bolognesi, como sucedió.

El desastre del campo de la Alianza

CAPITULO IV

Desde Arica se percibe el cañoneo del Campo de la Alianza.— Telegramas anunciando que la batalla ha comenzado.— Primeros síntomas de la derrota.— Llegan a Arica cinco derrotados de la batalla de Tacna.— Informan sobre la magnitud del desastre.— Bolognesi redobla sus preparativos para el combate y destaca sus fuerzas en puntos convenientes.

Desde Arica se percibe el cañoneo del Campo de la Alianza.

La derrota de nuestro ejército en Tacna se supo en Arica el mismo 26 de Mayo, a la 1 p. m., por medio del telégrafo. A las 11 a. m. y cuando se esfumó la **camanchaca** que cubría los "Altos de Juan Díaz", y por ende el cerro de Intiorco—bautizado por los generales de los ejércitos Perú-boliviano, acampados en él, con el nombre de **Campo de la Alianza,** en recuerdo de la unión de los

dos ejércitos en ese sitio,—comenzó a divisarse desde la cima del Morro y de los cerros que colindan con la ciudad, por el Sur, las espirales del humo de los cañones, cuyos mortíferas salvas percibíanse de rato en rato, cuando el viento soplaba de ese lado.

Fueron momentos de verdadera zozobra para la guarnición ariqueña, porque se desconfiaba de la suerte de los aliados de Tacna, en vista de su escaso número y de la deficencia de sus armamentos.

El entonces teniente primero graduado, oficial del detall del monitor Manco Capac, señor Bernardo Smith, nos escribía desde Mollendo, dos meses antes del centenario del nacimiento del héroe del Morro, lo siguiente acerca de la batalla de Tacna:

... ...

"En la mañana del 26 de mayo, y sólo hasta las 10 ú 11 del día, se tenía noticia en Arica de la batalla que se libraba, y desde el techo de la casa de don Alejandro Mac Lean, en la que vivió el director de la guerra, Prado, el coronel Bolognesi, comandante general de la plaza, el del Morro, capitán de navío Juan Guillermo Moore, el del **Manco Capac,** don José Sánchez Lagomarsino, otros jefes y el que esto escribe, quien había traído de a bordo un buen telescopio, observaban el humo de la batalla que avanzaba y se movía de un lado a otro en la supuesta línea de combate que se comprendía tenía lugar a esas horas y del cual pendía nuestra salvación, si se triunfaba, o perdición si era derrotado nuestro ejército, ¡Qué grandes se manifestaban esos jefes, dejados ya, por así decirlo, a sus propias fuerzas y sin órdenes terminantes y precisas de lo que debía hacerse! Tuvimos conocimiento que hasta el "Hospicio" (10), había llegado un gran convoy,

(10).— Estación a mitad del camino ferroviario de Arica a Tacna.



con dos máquinas y que allí se estancó, volviendo después a Tacna".

Telegramas anunciando que la batalla ha comenzado — Primeros síntomas de la derrota.

La historia ha conservado los mensajes telegráficos que ese día memorable recibió el jefe de la plaza sobre la batalla que se libraba en el Campo de la Alianza. Vicuña Mackhena los registra en la suya, de la que los trascribimos, ya que fueron las únicas noticias que se tuvo de aquélla en Arica:

Tacna, 26 de mayo.

11.35 a. m.

Batalla comienza.— Ríos.

12.25 p. m.

Principian a llegar bolivianos en fuga. Los chilenos amenazan la izquierda con el objeto de pasarse a Arica.— González.

12.35 p. m.

Un fuego nutrido sigue, pero todos los bolivianos corren. Creo que ya tenemos perdida la batalla.— Ríos.

1. p. m.

Llegan noticias que los chilenos huyen. Los dispersos se reunen en la plaza.— Ríos.

Llegan a Arica 5 derrotados de la batalla de Tacna.— Informan sobre la magnitud del desastre

Hasta las cinco de la tarde, hora en que llegó al "Hospicio" un soldado derrotado de la Alianza, perteneciente al batallón "Arica" (creemos que fué Matías Flores, natural de Azapa), no se tuvo noticia exacta del desastre de Tacna. Este patriota ariqueño, juntamente con otros cuatro compañeros de combate, ingresaron el día siguiente a Arica. Llevados a presencia de Bolognesi, le informaron de todas las incidencias de la batalla y de que a grandes voces los jefes señalaban a Pocollay (11), como punto de concentración del ejército vencido. Con respecto a la llegada de estos cinco soldados ariqueños,—quienes a su solicitud fueron dados de alta en los cuerpos que ellos eligieron,— dice Vicuña Mackhena:

"Y ese pobre soldado (12) que venía a buscar su techo y talvez a dar sombra a su sepulcro, fué el único que había jurado venir a morir al pié del asta del Morro".

Barros Arana, por su parte, incurre en el mismo error que Vicuña Mackhena, fijando, en tres el número de soldados que llegaron a Arica el día siguiente de la derrota del ejército aliado. Sobre este particular dice en la página 307 de su historia de la guerra del Pacífico:— "Lo cierto es que sólo el 31 de mayo llegaron a Arica tres o cuatro fugitivos, que contaron lo que habían visto, esto es, la destrucción completa y definitiva de los ejércitos de la Alianza".

Afirmación inexacta; pues luego después de que el ejército derrotado llegó a Arequipa, el general Montero lo reorganizó convenientemente, tal como hizo con el que llegó a Arica después del brillante triunfo de Tarapacá.

---

(11).— Ayllo y caserío de la campiña de Tacna, distante más o menos 3 kilómetros de esta ciudad.

(12).— Vicuña Mackhena sostiene, una inexactitud, pues, según hemos visto, cinco fueron, y no uno, los soldados derrotados de la Alianza, que, el 27 de mayo, ingresaron a su ciudad natal, cubiertos de polvo y humo del combate.

Desde este instante, según ya lo hemos dicho, Bolognesi se dedicó con más ahinco a organizar la defensa de la plaza por mar y tierra, para lo cual se puso de acuerdo con sus jefes, los que confiaban en los conocimientos militares y en el valor de aquél, puesto a prueba, como ya lo hemos visto, en Arequipa, primero, y después en la guerra con Chile, en San Francisco y Tarapacá.

Temiendo una sorpresa nocturna del enemigo, que se hallaba a corta distancia del puerto (a 13 leguas por la vía férrea y 11 por el camino real), destacó sus improvisados batallones en distintos puntos estratégicos, disponiendo que, desde ese momento, hicieran vida de campaña.

No regresó a Arica ninguno de los propios que despachó Bolognesi con mensajes para Montero; no obstante, tanto el jefe de la guarnición, como sus capitanes, creyeron en un principio que los derrotados de Tacna se replegarían hacia Arica, lo que parece estaba acordado de antemano; pues no se explica de otra manera el hecho sujestivo de que, desde las primeras horas de la mañana del 26, estuvieran listos en la primera de las ciudades citadas, con sus máquinas encendidas, varios convoyes del ferrocarril, sin duda con el objeto de transportar al puerto las lejiones aliadas, en momento dado. La magnitud del desastre desbarató este plan, que, a haberse realizado, no habría hecho sino demorar algunas semanas la caída de Arica, toda vez que el ejército invasor contaba con numerosas reservas y recursos de toda clase.

El ejército chileno a la vista de Tacna

CAPITULO V

El alto comando enemigo acuerda expedicionar sobre Arica.— Lagos, jefe de las fuerzas expedicionarias.— 6.000 hombres de las tres armas atacarán Arica.— Fuerzas exploradoras enemigas llegan a Hospicio.— Tiroteo entre avanzadas de caballería.— El ingeniero Elmore hace explotar, sin éxcito, unos polvorazos.— Dicho profesional cae en poder del enemigo.— Antes vuela varios puentes.— El ejército chileno a la vista de Arica.— Las familias abandonan la ciudad.

El alto comando enemigo acuerda expedicionar sobre Arica.

De acuerdo con el ministro de la guerra chileno en campaña, señor Vergara, Baquedano, general en jefe del ejército invasor, no tardó en seleccionar las tropas que, sin pérdida de momento, debían atacar a Arica, a efecto de procurarse salida a la costa para comunicarse con la escuadra, que permanecía apontonada sosteniendo el bloqueo de este puerto.

Además, y como dice Molinari; "Baquedano y su estado mayor necesitaban a Arica, llave de su ejército, base de sus operaciones y tenedero seguro para la escuadra, con la que debe estar en contacto permanente y de quien está separada por más de un centenar de kilómetros desiertos (no tanto, sólo son 65), sin agua, desprovistos de recursos y con una costa agria, áspera y brava. Ademas, en Tacna escaseaban los víveres, porque la intendencia chilena tenía que alimentar a nuestro ejército i mantener a los numerosos prisioneros hechos en el Campo de la Alianza; para avituallar nuestras tropas, se imponía tomar Arica".

Pocos días más y el hambre habría comenzado a hacer estragos en la ciudad del Caplina, que de súbito vió duplicada su población con el ingreso de las numerosas legiones invasoras. La situación se hacía, pues, cada vez más difícil y angustiosa allí.

Gonzalo Búlnes confirma esta aseveración en la página 357, tomo 2º, de su Historia de la guerra del Pacífico. Dice: 'Un consejo de guerra acordó el ataque violento de la plaza, porque los víveres escaseaban y el ejército necesitaba a la brevedad posible ponerse en contacto con el mar, donde estaban los depósitos de bastimentos".

"El general nombró para dirigir el ataque al comandante Castro, del regimiento número 3, designación desgraciada; pues este jefe carecía de la audacia impulsiva que necesitaba la empresa".

"Don Máximo Lira, con su poderoso influencia con el general, consiguió que el nombramiento quedara sin efecto y que se designara al coronel Lagos"

Lagos, jefe de las fuerzas expedicionarias.— 6000 hombres de las tres armas atacarán Arica.

Como se ha visto, Baquedano encomendó el asalto de

Arica a uno de sus más prestigiosos lugar-tenientes, el coronel don Pedro Lagos, hombre de férreo carácter y severa disciplina, al decir de sus biógrafos.

Según informaciones de origen chileno, las tropas que operaron sobre aquella plaza constituían la división de reserva del ejército que combatió en Tacna, la cual, a su regreso de Pachía (13) hasta donde alcanzó persiguiendo a los restos del ejército aliado, recibía ese encargo (14).

La componían los siguientes cuerpos:

Rerigimiento 3o. de línea	927	hombres
Id. 4o. de Id.	886	„
Id. "Buín" de Id.	904	„
Id. "Lautaro" (movilizado)	837	„
2 escuadrones del regimiento "Carabineros de Yungay"	434	„
Regimiento "Búlnes" de caballería	434	„
Cazadores a caballo	237	„
3 batería Krupp	142	„
Cuartel general	10	„
Estado mayor general	20	„
Coronel Lagos y ayudantes de campo	8	„
Estado mayor de la 4a. división	8	„
	4847	hombres

(13).— Caserío distante 20 kilómetros de Tacna.

(14).— Informado Baquedano por Lagos de que no dejaba enemigos a su espalda, dispuso que las divisiones de reserva se trasladasen a Arica, lo que se hizo al día siguiente de la llegada de aquél jefe a Tacna, el 1o. de junio,día que salió en esa dirección el comandante Vargas con los "Carabinero de Yungay No. 2" y los "Cazadores a caballo". (Bulnes, Guerra del Pacífico).

Cuando Chile declaró la guerra al Perú, esta ciudad era plaza indefensa, desguarnecida.

Pero desde el primer día que el litoral boliviano de Antofagasta fué ocupado militarmente por las armas de aquél país, el presidente de la república, general Mariano Ignacio Prado—debemos declararlo en justicia—se dedicó, afanosamente, a poner a la nación en pié de guerra, con los escasos elementos de que disponía; dictó atinadas y eficaces disposiciones encaminadas a incrementarlos, y se empeñó en hacer de Arica—como lo fué en efecto,—la segunda plaza fuerte del Perú, después del Callao.

En la primera quincena de abril de 1879, mes en que Chile nos arrastró a la guerra, tenía Arica por jefe al patriota prefecto del departamento de Tacna doctor Carlos Zapata (6).

El 9 de abril del mismo año, el contralmirante don Lizardo Montero, antiguo conocido de Arica, aceptaba el cargo de comandante general de las baterías y fuerzas de esta plaza, a la que se trasladó inmediatamente después, siendo recibido con entusiasmo.

Rivalizando en actividad con el prefecto Zapata, desde el primer día de su llegada se concretó a acelerar la construcción de las fortificaciones del Morro y San José, cuyos trabajos habían sido encomendados al competente artillero coronel Arnaldo Panizo y a los ingenieros Elléspuru y Castillo.

Dos o tres días después quedaban montados en el Morro los primeros cañones, y antes de nueve, los de las baterías razantes "San José", "Dos de Mayo" y "Santa Rosa".

(6).— Padre del coronel Ernesto Zapata, actual director general de correos y telégrafos, y de don Carlos Zapata, prefecto de Puno. Cuando a raíz de declararnos Chile la guerra se formó en Tacna el batallón "Granaderos", los hermanos Zapata fueron de los primeros jóvenes de la aristocracia tacneña que se dieron de alta en dicho cuerpo; peleando, más tarde, en el Campo de la Alianza, al lado de su ilustre padre.



Desde el primer día de su arribo a Arica (20 de mayo de 1879), el Presidente de la República, general Prado, se dedicó, también, secundado por el general Montero, a terminar las fortificaciones del puerto, artillándolo de la siguiente manera:

En el Morro:

2 cañones Parrot de 100
6 „ Voruz „ 70
1 „ Vavaseur „ 250

En la batería "San José":

2 cañones Parrot de 150

En el fuerte "2 de Mayo":

1 Vavaseur de 250

En el fuerte "Santa Rosa":

1 Vavaseur de 250

En el "Ciudadela":

2 Parrot de 100
1 Voruz de 70

En el fuerte "Este":

2 Voruz de 100

Total: 19 cañones anticuados, de corto alcance.

Las baterías "San José", "Santa Rosa" y "2 de Mayo", construídas a barbeta, estaban cubiertas con champas de barro, extraído de las ciénegas que existían al pié de las mismas, en el bajo, o sea en lo que hoy se conoce con el nombre de "Chimbas" (huertas de hortalizas). Tenía ello por objeto ocultarlas del enemigo. El cañón del segundo de los fuertes citados, era de tiro circular; y el del "2 de Mayo", a barbeta, sobre el mar.

No tardó en brotar de las champas dichas un césped de grama que, visto de lejos, se confundía con los gramadales del llano.

Las mencionadas fortalezas contaban con cuarteles y santabárbaras, construídas a espalda de las mismas, en sitios abrigados y protegidos, para no ser blanco de los disparos de los buques bloqueadores en sus frecuentes bombardeos. Las comandaban los siguientes jefes:

Morro: Capitán de navío don Juan C. Moore, 2o., Manuel I. Espinoza.

Norte: Comandante Juan R. Ayllón. Se conocía con el nombre de "Baterías del Norte", a las denominadas "San José", "Santa Rosa" y "2 de Mayo", de las cuales eran jefes los sargentos mayores Manuel Martínez, Augusto C. Soto y Nicanor García Goytizolo; pero el comando superior de las tres lo tenía el comandante Ayllón.

"Ciudadela":—Sargento Mayor Fermín Nacarino.

Este: Teniente-coronel Medardo Cornejo, que tenía el comando de las dos fortalezas, las cuales formaban parte, por así decirlo, del cordón de fortificaciones del Morro.

Cómo estaba fortificado Arica

CAPITULO III

Los cañones del Morro y del "Ciudadela".— Descripción de la batería "Ciudadela".— Las fortificaciones del "Este" y los reductos de "Cerro Gordo".— El ejército del Sur se concentra en Tacna.— Colocación y ubicación de minas.— Diario del subprefecto Sosa.— Bolognesi, secundado por varios jefes, termina las obras de defensa.— Elmore presta importantes servicios en la consecución de éstas.— Declaraciones chilenas sobre este profesional.— Bolognesi y Elmore infatigables.— Cumpliendo órdenes de Montero, se resuelve la defensa de la plaza.

La artillería del Morro y del Este. Descripción del "Ciudadela".

Como se ha visto, los cañones de mayor calibre y alcance de las fortificaciones de Arica eran los Vavaseur del Morro y de las baterías del Norte; sin embargo, Vicuña Mackhena dice: "Los siete cañones del Morro eran dos de 500, dos de 300 y tres de 70"; información desprovis-

ta de verdad, encaminada a dar a estas fortalezas importancia que no tuvieron, como constaba a este publicista, el cual, para escribir sus libros sobre la guerra, dispuso de casi todos los archivos oficiales peruanos, de los que hizo fácil presa el ejército de su patria.

Nosotros que presenciamos la construcción de las fortificaciones de Arica, iniciada, como hemos visto, antes de la llegada del general Prado, no podemos menos que reconocer la exactitud con que las describe Molinari.

Dice:

"Y mientras aquel denodado cuerpo, (alude al regimiento 3o. de línea), se entrega al sueño, descanso que para muchos va a ser el último que en su vida se dan, hagamos nosotros una excursión por el "Ciudadela", que a poco más de mil pasos de ahi se alza defendiendo cual avanzado guardián, a la plaza por ese lado".

"Encimando un mogote o montículo (es lo último) tenemos el bien construído reducto enemigo; cuadrilongo, foseado por sus costados Norte y Oriente; que está cortado a pico por su flanco poniente, abriéndose su portalón en la extremidad de la morada de este mismo costado, casi en su esquina Sur".

"Desde su base, aquellos muros han sido construídos con sacos de arena, pero aquél trabajo ha sido ejecutado a conciencia; las húmedas camanchacas ariqueñas han solidificado bien esas defensas, que cuentan más de un año".

"La muralla del Oriente es ancha, tanto cuanto es necesario para soportar los tres poderosos cañones que la defienden: dos piezas Parrot de a 300 (eran de 100, y un Voruz de a 70".

"En el centro y bajo tierra, perfectamente construída, está la santabárbara; repleta de pólvora, dinamita, munición gruesa de artillería y de fusil; cerca de cada una de las piezas, listas siempre y convenientemente arregladas, en orden perfecto que el coronel Justo Arias y Aragüéz

vigilaba extrictamente, (el llamado a vigilar todo esto era el jefe de la batería, el sargento mayor don Fermín Nacarino), se ve toda la munición que necesitan los cañones y la tropa" (7).

"Y para terminar la defensa, las casas-matas estaban preparadas con mechas de tiempo e hilos eléctricos con baterías adentro y fuera de aquel bien fortificado recinto".

"Los muros se levantaban sobre el nivel de la montaña, más o menos seis metros; sobre la plataforma del Oriente un tanto al Sur, flameaba en alto y poderoso mástil, una grande y magnífica bandera peruana, que la brisa de aquella mañana, junto con el soplo huracanado del asalto, por última vez en la vida de aquel enemigo pueblo, hizo flotar al aire sus colores en esa cumbre donde jamás volverá a izarce, porque así lo quisieron los hijos de Arauco!"

Es admirable, en verdad, la memoria de este historiador-soldado; describe con pasmosa exactitud, como antes decimos, todo lo que se relaciona con Arica, sus defensas y defensores.

La descripción del **"Ciudadela"**, no la haría mejor el ingeniero Elmore, que intervino en su construcción.

Las fortificaciones del Este y los reductos de "Cerro Gordo".

También encontramos exactas las descripciones que hace de la fortaleza del Este y de los reductos y atrincheramientos que existían entre este fuerte y el Morro.

"El Este", dice, levantaba su pesada silueta sobre la izquierda del "Ciudadela", a unos 800 metros al Sur-Este;

(7).—La santabárbara de esta batería fué la que hizo volar el cabo de artillería ariqueño Alfredo Maldonado, de cuya hazaña nos ocupamos con alguna detención más adelante.



no quedaba el fuerte enemigo perfectamente en la recta Norte-sur del **Ciudadela,** sino un poquito cargado al Sur".

"Cuadrado, con sus flancos matemáticamente orientados al compás; foseado por el Oriente, con espesos y bien asentados muros de sacos de arena. "**El Este"** era un reducto formidable, armado con tres poderosos cañones Voruz, de a 100, giratorios; más bien dicho dispuestos de modo que pudiesen disparar sobre el mar y hacia Azapa; recordamos aquí que Elmore hizo a estos reductos reformas tales que los constituyó inexpugnables fortalezas".

"Por de contado que de las minas, redes eléctricas y polvorazos poblaban a el **"Este",** como al **"Ciudadela",** Morro, Cerro Gordo y cuanta trinchera existía, todo dirigido y construído con amor por el patriota y distinguido profesional Elmore; que para mayor eficacia y seguridad, colocó en cada reducto una batería eléctrica".

... ...

"El Morro y sus fuertes albergaban en sus entrañas, en el seno de sus bien preparadas minas, 250 quintales de dinamita; amén de la pólvora de cañón y de otros explosivos más, que Montero había entregado a Bolognesi".

... ...

"Tras el "Este" se levantaban una solución de reductos y trincheras unidas, defendidas entre sí, que llegaban a 18; de ellas, 6 eran fuertes de verdad; las demás, es decir las 12 restantes, trincheras o parapetos para impedir, sujetar, el asalto y tener campo de tiro fijo, de mampuesto, desde los muros de los fuertes".

"A retaguardia del **Este,** se veía el **Morro Gordo,** reducto un poco más chico que el primero, y tras éste, perfectamente al Norte, otra defensa igual, que presentaba uno de sus costados al pueblo y al río Arica".

"Al Sur del Morro mismo, de la gran plaza que encerraba las baterías grandes de la fortaleza, las que tenían

encargo de defender Moore, Espinoza y los sobrevivientes de la "Independencia", ostentaban sus baterías cuatro fuertes encadenados, unidos entre sí por trincheras paralelas al Este y Cerro Gordo, con campo de tiro al mar, al Sur y al Oriente las de la Licera; el que estaba más al Norte, al Este del Morro, defendía también a **San José** y podía barrer con sus cañones todo el gramadal; el que también, perfectamente, al Poniente del Morro".

Ninguno de los cañones del **Este**, decimos nosotros, ni del Morro, excepto el Vavaseur, emplazado en esta fortaleza, era giratorio, como lo hacemos constar en este trabajo; todos estaban abocados a determinado punto, en razón de sus anticuados montajes.

No se hizo más pró de la defensa de Arica, por el mal entendido sistema de las economías, como dice Paz Soldán, que tanto dominaba en el ánimo del dictador de la guerra. (Pág. 483).

El ejército del Sur se concentra en Tacna

Un mes antes de la batalla del Campo de la Alianza, nuestro ejército se concentraba en Tacna. No lo hizo antes, porque la línea férrea que une esta ciudad con la de Arica, corre gran trecho paralela a la orilla del mar, y por esta causa los trenes que transportaban las tropas, sólo traficaban de noche; de día corrían riesgo de ser cañoneadas por la escuadra bloqueadora, a cuyo efecto diariamente se situaba al Norte del puerto, a la altura de la desembocadura del río Lluta o Azufre, en el centro del golfo ariqueño.

Bolognesi, secundado por varios jefes, termina las obras de defensa.—Elmore presta importantes servicios en la consecución de éllas.—Declaraciones chilenas sobre este profesional.

Desde el primer día en que el coronel Bolognesi se hizo cargo de la jefatura de la plaza, se dedicó a mejorar la defensa de ésta; tuvo por colaboradores entusiastas en esta obra, al ingeniero don Teodoro Elmore, al comandante Moore, al teniente-coronel La Torre, al coronel Inclán, a Sáenz Peña, a Medardo Cornejo y al comandante Espinoza.

El señor Elmore, de cuya actuación en Arica nos ocupamos más adelante, prestó importantes servicios al país en aquellos momentos supremos.

Recordamos, como si hubiese acaecido ayer, haberlo visto al frente del numeroso grupo de improvisados zapadores dirigiendo la construcción de los parapetos del **Cerro Gordo** y de las baterías del Este, abrir el extenso reducto que, partiendo de uno de los flancos de la batería **Ciudadela,** terminaba en el cementerio católico, a través del camino real que conduce del puerto al valle de Azapa; reducto que aún existe, como así mismo los grandes parapetos de arena que circundaban el camposanto. Eran 18 reductos y trincheras, formadas de sacos de arena, "con fosos en forma de media luna, el espacio comprendido entre la plaza del Morro y el fuerte del Cerro o Morro Gordo, hábilmente ubicado, y en forma que se defendían unos de otros, permitiendo, a su vez, romper simultáneamente sus fuegos sobre su frente, es decir, el Oriente".

Sin embargo, exaltados e injustos escritores nacionales, y aún el mismo chileno Molinari, han hecho pesar sobre el ingeniero Elmore responsabilidad que no tuvo, ni le alcanza siquiera, de lo que tenemos plena seguridad, por habérnoslo afirmado así el último subprefecto perua-



TENIENTE CORONEL MANUEL C. DE LA TORRE
Jefe del Estado Mayor de la plaza de Arica

no de Arica, señor Fermín Federico Sosa, quien atribuía el no haber funcionado la red eléctrica que conectaba con los polvorazos preparados por aquél profesional, a que los alambres trasmisores habían sido colocados a flor de tierra, en las calles de la ciudad y en los cerros que la rodean; quiere decir, pues, que se hallaban al alcance de los numerosos extranjeros sospechosos, "sin oficio ni beneficio", que pululaban en Arica desde los primeros meses de la declaratoria de guerra, y que no eran sino espías al servicio de Chile (8).

Recordamos haber hecho del dominio público en el **"Morro de Arica"** declaración tan valiosa, en circunstancias que aún sobrevivía el señor Sosa: defendíamos, así, la verdad histórica.

El capitán ayudante del coronel Lagos, jefe del ejército que expedicionó sobre Arica, don Belisario Campos, hoy general, que se radicó en este puerto luego después de suscripto el pacto de paz, en cuya ocasión le conocimos, fué quien recibió el encargo de fusilar a Elmore, si se resistía a suministrar noticias exactas de las fortificaciones de la plaza, de sus reductos, minas, etc.; pero éste "se negó a dar los datos que se le pedían, y asilándose en el derecho internacional, alegó que eso no podía exigirse honrada e hidalgamente a un prisionero de guerra; declaró al capitán Campos que por nada de este mundo daría los datos que se le exigían; que a un oficial de honor, a un caballero, no podía hacérsele proposición de esa especie" (9).

---

(8).— "Esos huéspedes ingratos y peligrosos, fueron el mejor auxilio de sus compatriotas." (Paz Soldán, obra citada).

(9) — El escritor chileno Molinari, al par que fustiga aserva e injustamente a Elmore, encomia su actuación profesional en Arica. "Elmore, dice, apoyado por Bolognesi y sus compañeros, cambió, digamos así, el aspecto de las fortificaciones ariqueñas; bajo su in-

Colocación y ubicación de minas— Diario del Subprefecto Sosa.

A la construcción de las citadas obras de defensa, siguió la colocación de minas eléctricas, cargadas con dinamita, en varios puntos estratégicos del campo atrincherado y de la ciudad misma.

En el recinto urbano de ésta, Bolognesi hizo colocar las siguientes:

En la calle de **San Marcos,** frente a la puerta de la plaza del mercado y en la casa que en la misma calle ocupaba el ex-subprefecto Sosa, hoy propiedad de don Gregorio Santiago Nacarino, colindante con el antiguo local de la municipalidad peruana, actual oficina de correos.— una cargada con treinta quintales de dinamita;

Otra frente a la casa que perteneció a don Juan de Mata Fuentes, sita en la calle de "Ayacucho", conocida hoy con el nombre de "Casa de Bolognesi", por haber vivido en ella el héroe y en la que funcionaban las oficinas del estado mayor divisionario;

Una a un costado del Hospital de "San Juan de Dios",

---

teligente dirección el campo de tiro de los fuertes de la orilla del mar, los de Ciudadela, Este, Morro Gordo, etc., se hizo circular, con excepción del "San José" y las baterías del Morro mismo, uno de cuyos grandes cañones abocó, sin embargo, hacia el Oriente para defender Morro Gordo, Este y Ciudadela".

Y en otro pasage agrega:

"...... El ingeniero Elmore, profesional serio y estudioso, a quien personalmente conocimos en San Bernardo, donde se hizo notar por la austeridad de su vida y por su actitud circunspecta y laboriosa".

Por su parte el coronel Pedro Lagos, jefe del ejército chileno que atacó Arica, y el oficial de estado mayor Augusto Orrego, han impugnado las acusaciones formuladas al señor Elmore en documentos oficiales. El segundo de los citados escribía con tal motivo: .. .. .. "es cierto que si Elmore no fué fusilado, se debió a que el general Baquedano se convenció, como yo mismo se lo expuse, y también el coronel Lagos, de que este señor no era un simple ciudadano, sino que formaba parte del escalafón del ejército enemigo, y que, por consiguiente, era militar".

sobre el camino real que por el lado sur de ese establecimiento, conduce al valle de Azapa.

Los alambres que harían estallar estas minas en el momento preciso, partían del Morro, donde funcionaba la planta eléctrica, a la que estaban conectados.

También se colocaron minas en las vecindades de los atrincheramientos y de las baterías del Este y Cerro Gordo.

Hemos tomado la ubicación de estos polvorazos de la libreta de apuntaciones o diario que en esa época llevó el precitado subprefecto Sosa, cuyo valioso original posee el escritor ariqueño don Lorenzo Martín Carrasco M., debido a patriótico desprendimiento de la viuda de aquél malogrado jefe, señora Virginia Sánchez.

"El día 27 de mayo—dice el señor Sosa en su diario—se activaron todos los trabajos de defensa de la plaza de Arica para resistir al enemigo. En la población hubieron varias minas. En la calle de "San Marcos", frente al parque (alude a la plaza del mercado, donde se guardaban víveres y pertrechos de guerra) y mi casa, existía una que contenía treinta quintales de dinamita; en la plazuela, frente a la de Juan de Mata Fuentes, otra, y sus alambres eléctricos iban al Morro; otras estaban colocadas tras el hospital y el observatorio lo tenían cerca. En las baterías y trincheras también existían minas".

Bolognesi y Elmore infatigables

Convencido Bolognesi de que perdida la batalla de Tacna, correría Arica la misma suerte de esta ciudad activó, como lo hace constar Sosa en su diario, los trabajos relacionados con la defensa de la plaza, a fin de poder resistir el ataque del invasor, ya que no contaba con fuerzas suficientes.

El ingeniero Elmore, con entusiasmo digno de encomio,—hay que reconocerlo—tomó a su cargo ese trabajo, dándole cima pocos días después. Creyóse que la dinamita y los atrincheramientos suplirían el deficiente número del factor hombre.

¿Dieron estas precauciones los resultados que perseguía el que las concibió?

Más adelante lo veremos.

Cumpliendo orden de Montero, se resuelve la defensa de la plaza.

El coronel Bolognesi y sus dignos capitanes habían resuelto la defensa de la plaza, cumpliendo así la orden del general Montero a que nos hemos referido en páginas anteriores, de "hacer volar a Arica con todos sus defensores y asaltantes".

Esta resolución se acentuó más aún cuando se tuvo conocimiento del desastre del Campo de la Alianza. Desde este momento los defensores de Arica quedaban abandonados a su propia suerte y encerrados en un semi-círculo de fuego, con sólo una puerta de escape, por el Este, o sea por el valle de Azapa. En efecto, estaban sitiados por tres puntos: Norte, o sea por el lado de Tacna; Sur, Tarapacá; y por el Oeste, o sea el lado del Morro, por la escuadra bloqueadora.

La disyuntiva era, pues, fatal para la guarnición: o acataba la orden imperativa de Montero de defender la plaza a costa de cualquier sacrificio, o capitulaba a la presencia del enemigo, en lo que jamás habría consentido Bolognesi, como sucedió.

El desastre del campo de la Alianza

CAPITULO IV

Desde Arica se percibe el cañoneo del Campo de la Alianza.— Telegramas anunciando que la batalla ha comenzado.— Primeros síntomas de la derrota.— Llegan a Arica cinco derrotados de la batalla de Tacna.— Informan sobre la magnitud del desastre.— Bolognesi redobla sus preparativos para el combate y destaca sus fuerzas en puntos convenientes.

Desde Arica se percibe el cañoneo del Campo de la Alianza.

La derrota de nuestro ejército en Tacna se supo en Arica el mismo 26 de Mayo, a la 1 p. m., por medio del telégrafo. A las 11 a. m. y cuando se esfumó la **camanchaca** que cubría los "Altos de Juan Díaz", y por ende el cerro de Intiorco—bautizado por los generales de los ejércitos Perú-boliviano, acampados en él, con el nombre de **Campo de la Alianza,** en recuerdo de la unión de los

dos ejércitos en ese sitio,—comenzó a divisarse desde la cima del Morro y de los cerros que colindan con la ciudad, por el Sur, las espirales del humo de los cañones, cuyos mortíferas salvas percibíanse de rato en rato, cuando el viento soplaba de ese lado.

Fueron momentos de verdadera zozobra para la guarnición ariqueña, porque se desconfiaba de la suerte de los aliados de Tacna, en vista de su escaso número y de la deficencia de sus armamentos.

El entonces teniente primero graduado, oficial del detall del monitor Manco Capac, señor Bernardo Smith, nos escribía desde Mollendo, dos meses antes del centenario del nacimiento del héroe del Morro, lo siguiente acerca de la batalla de Tacna:

... ...

"En la mañana del 26 de mayo, y sólo hasta las 10 ú 11 del día, se tenía noticia en Arica de la batalla que se libraba, y desde el techo de la casa de don Alejandro Mac Lean, en la que vivió el director de la guerra, Prado, el coronel Bolognesi, comandante general de la plaza, el del Morro, capitán de navío Juan Guillermo Moore, el del **Manco Capac,** don José Sánchez Lagomarsino, otros jefes y el que esto escribe, quien había traído de a bordo un buen telescopio, observaban el humo de la batalla que avanzaba y se movía de un lado a otro en la supuesta línea de combate que se comprendía tenía lugar a esas horas y del cual pendía nuestra salvación, si se triunfaba, o perdición si era derrotado nuestro ejército, ¡Qué grandes se manifestaban esos jefes, dejados ya, por así decirlo, a sus propias fuerzas y sin órdenes terminantes y precisas de lo que debía hacerse! Tuvimos conocimiento que hasta el "Hospicio" (10), había llegado un gran convoy,

(10).— Estación a mitad del camino ferroviario de Arica a Tacna.

con dos máquinas y que allí se estancó, volviendo después a Tacna".

Telegramas anunciando que la batalla ha comenzado — Primeros síntomas de la derrota.

La historia ha conservado los mensajes telegráficos que ese día memorable recibió el jefe de la plaza sobre la batalla que se libraba en el Campo de la Alianza. Vicuña Mackhena los registra en la suya, de la que los trascribimos, ya que fueron las únicas noticias que se tuvo de aquélla en Arica:

Tacna, 26 de mayo.

11.35 a. m.

Batalla comienza.— Ríos.

12.25 p. m.

Principian a llegar bolivianos en fuga. Los chilenos amenazan la izquierda con el objeto de pasarse a Arica.— González.

12.35 p. m.

Un fuego nutrido sigue, pero todos los bolivianos corren. Creo que ya tenemos perdida la batalla.— Ríos.

1. p. m.

Llegan noticias que los chilenos huyen. Los dispersos se reunen en la plaza.— Ríos.

Llegan a Arica 5 derrotados de la batalla de Tacna.— Informan sobre la magnitud del desastre

Hasta las cinco de la tarde, hora en que llegó al "Hospicio" un soldado derrotado de la Alianza, perteneciente al batallón "Arica" (creemos que fué Matías Flores, natural de Azapa), no se tuvo noticia exacta del desastre de Tacna. Este patriota ariqueño, juntamente con otros cuatro compañeros de combate, ingresaron el día siguiente a Aríca. Llevados a presencia de Bolognesi, le informaron de todas las incidencias de la batalla y de que a grandes voces los jefes señalaban a Pocollay (11), como punto de concentración del ejército vencido. Con respecto a la llegada de estos cinco soldados ariqueños,—quienes a su solicitud fueron dados de alta en los cuerpos que ellos eligieron,— dice Vicuña Mackhena:

"Y ese pobre soldado (12) que venía a buscar su techo y talvez a dar sombra a su sepulcro, fué el único que había jurado venir a morir al pié del asta del Morro".

Barros Arana, por su parte, incurre en el mismo error que Vicuña Mackhena, fijando, en tres el número de soldados que llegaron a Arica el día siguiente de la derrota del ejército aliado. Sobre este particular dice en la página 307 de su historia de la guerra del Pacífico:— "Lo cierto es que sólo el 31 de mayo llegaron a Arica tres o cuatro fugitivos, que contaron lo que habían visto, esto es, la destrucción completa y definitiva de los ejércitos de la Alianza".

Afirmación inexacta; pues luego después de que el ejército derrotado llegó a Arequipa, el general Montero lo reorganizó convenientemente, tal como hizo con el que llegó a Arica después del brillante triunfo de Tarapacá.

(11).— Ayllo y caserío de la campiña de Tacna, distante más o menos 3 kilómetros de esta ciudad.

(12).— Vicuña Mackhena sostiene, una inexactitud, pues, según hemos visto, cinco fueron, y no uno, los soldados derrotados de la Alianza, que, el 27 de mayo, ingresaron a su ciudad natal, cubiertos de polvo y humo del combate.

Desde este instante, según ya lo hemos dicho, Bolognesi se dedicó con más ahinco a organizar la defensa de la plaza por mar y tierra, para lo cual se puso de acuerdo con sus jefes, los que confiaban en los conocimientos militares y en el valor de aquél, puesto a prueba, como ya lo hemos visto, en Arequipa, primero, y después en la guerra con Chile, en San Francisco y Tarapacá.

Temiendo una sorpresa nocturna del enemigo, que se hallaba a corta distancia del puerto (a 13 leguas por la vía férrea y 11 por el camino real), destacó sus improvisados batallones en distintos puntos estratégicos, disponiendo que, desde ese momento, hicieran vida de campaña.

No regresó a Arica ninguno de los propios que despachó Bolognesi con mensajes para Montero; no obstante, tanto el jefe de la guarnición, como sus capitanes, creyeron en un principio que los derrotados de Tacna se replegarían hacia Arica, lo que parece estaba acordado de antemano; pues no se explica de otra manera el hecho sujestivo de que, desde las primeras horas de la mañana del 26, estuvieran listos en la primera de las ciudades citadas, con sus máquinas encendidas, varios convoyes del ferrocarril, sin duda con el objeto de transportar al puerto las lejiones aliadas, en momento dado. La magnitud del desastre desbarató este plan, que, a haberse realizado, no habría hecho sino demorar algunas semanas la caída de Arica, toda vez que el ejército invasor contaba con numerosas reservas y recursos de toda clase.

El ejército chileno a la vista de Tacna

CAPITULO V

El alto comando enemigo acuerda expedicionar sobre Arica.— Lagos, jefe de las fuerzas expedicionarias.— 6.000 hombres de las tres armas atacarán Arica.— Fuerzas exploradoras enemigas llegan a Hospicio.— Tiroteo entre avanzadas de caballería.— El ingeniero Elmore hace explotar, sin éxcito, unos polvorazos.— Dicho profesional cae en poder del enemigo.— Antes vuela varios puentes.— El ejército chileno a la vista de Arica.— Las familias abandonan la ciudad.

El alto comando enemigo acuerda expedicionar sobre Arica.

De acuerdo con el ministro de la guerra chileno en campaña, señor Vergara, Baquedano, general en jefe del ejército invasor, no tardó en seleccionar las tropas que, sin pérdida de momento, debían atacar a Arica, a efecto de procurarse salida a la costa para comunicarse con la escuadra, que permanecía apontonada sosteniendo el bloqueo de este puerto.

Además, y como dice Molinari; "Baquedano y su estado mayor necesitaban a Arica, llave de su ejército, base de sus operaciones y tenedero seguro para la escuadra, con la que debe estar en contacto permanente y de quien está separada por más de un centenar de kilómetros desiertos (no tanto, sólo son 65), sin agua, desprovistos de recursos y con una costa agria, áspera y brava. Ademas, en Tacna escaseaban los víveres, porque la intendencia chilena tenía que alimentar a nuestro ejército i mantener a los numerosos prisioneros hechos en el Campo de la Alianza; para avituallar nuestras tropas, se imponía tomar Arica".

Pocos días más y el hambre habría comenzado a hacer estragos en la ciudad del Caplina, que de súbito vió duplicada su población con el ingreso de las numerosas legiones invasoras. La situación se hacía, pues, cada vez más difícil y angustiosa allí.

Gonzalo Búlnes confirma esta aseveración en la página 357, tomo 2º, de su Historia de la guerra del Pacífico. Dice: 'Un consejo de guerra acordó el ataque violento de la plaza, porque los víveres escaseaban y el ejército necesitaba a la brevedad posible ponerse en contacto con el mar, donde estaban los depósitos de bastimentos".

"El general nombró para dirigir el ataque al comandante Castro, del regimiento número 3, designación desgraciada; pues este jefe carecía de la audacia impulsiva que necesitaba la empresa".

"Don Máximo Lira, con su poderoso influencia con el general, consiguió que el nombramiento quedara sin efecto y que se designara al coronel Lagos"

Lagos, jefe de las fuerzas expedicionarias.— 6000 hombres de las tres armas atacarán Arica.

Como se ha visto, Baquedano encomendó el asalto de

Arica a uno de sus más prestigiosos lugar-tenientes, el coronel don Pedro Lagos, hombre de férreo carácter y severa disciplina, al decir de sus biógrafos.

Según informaciones de origen chileno, las tropas que operaron sobre aquella plaza constituían la división de reserva del ejército que combatió en Tacna, la cual, a su regreso de Pachía (13) hasta donde alcanzó persiguiendo a los restos del ejército aliado, recibía ese encargo (14).

La componían los siguientes cuerpos:

Rerigimiento 3o. de línea	927	hombres
Id. 4o. de Id.	886	„
Id. "Buín" de Id.	904	„
Id. "Lautaro" (movilizado)	837	„
2 escuadrones del regimiento "Carabineros de Yungay"	434	„
Regimiento "Búlnes" de caballería	434	„
Cazadores a caballo	237	„
3 batería Krupp	142	„
Cuartel general	10	„
Estado mayor general	20	„
Coronel Lagos y ayudantes de campo	8	„
Estado mayor de la 4a. división	8	„
	4847	hombres

(13).— Caserío distante 20 kilómetros de Tacna.

(14).— Informado Baquedano por Lagos de que no dejaba enemigos a su espalda, dispuso que las divisiones de reserva se trasladasen a Arica, lo que se hizo al día siguiente de la llegada de aquél jefe a Tacna, el 1o. de junio,día que salió en esa dirección el comandante Vargas con los "Carabinero de Yungay No. 2" y los "Cazadores a caballo". (Bulnes, Guerra del Pacífico).

A pesar de estar notablemente cercenado el número de plazas de estos regimientos, pues el que menos constaba de 1200 plazas, se ha omitido el grupo de zapadores o pontoneros, que vino de Tacna a reparar la vía férrea, y las numerosas tripulaciones de los buques bloqueadores "Cochrane", "Covadonga", "Magallanes" y "Loa", que deben considerarse también y se consideraron en Chile para los efectos de los premios y recompensas, como asistentes al combate, tal como nosotros consideramos a los tripulantes del monitor "Manco Capac".

Así, pues, pasaba de 6000 el número de soldados chilenos que expedicionó sobre Arica.

Fuerzas exploradoras enemigas llegan a Hospicio.—Tiroteo entre avanzadas de caballería.—El jefe de los exploradores enemigos logra comunicarse con su escuadrón.

Esta fuerte división de las tres armas salió de Tacna, camino de Arica, el 2 de junio; pero el 28 de mayo don Juan de Dios Dinator practicaba un reconocimiento nocturno en las proximidades de la estación de Hospicio.

Cuenta este arrojado explorador que, cuando se deslizaba sigilosamente por la vía férrea en un carro de mano, una avanzada enemiga le dió el quién vive, cambiando tiros con ella. Dinator salió de Tacna con el alférez Manuel Fornes, al frente de 50 "Carabineros de Yungay"; al acercarse a Hospicio dejó a su gente más o menos a un kilómetro y avanzó en el carrito dicho, acompañado de un grupo de soldados, sobre la mencionada estación.

Nuestro comprovinciano y amigo, don Juan E. Ramírez, que servía el aparato telegráfico que funcionaba en aquellos solitarios parajes, nos informó alguna vez que él percibió el ruido del carrito en que viajaba Dinator al aproximarse al sitio mencionado, y que en el acto se dis-

puso a atacarlo, acompañado del subteniente ariqueño Juan de Dios Cornejo y de dos soldados del escuadrón "Lluta", cambiando tiros con los exploradores, que huyeron amparados por la oscuridad de la noche.

El mismo capitán Dinator cuenta que al día siguiente sostuvo tiroteo con 50 hombres de caballería y con algunos de infantería. (15) Esto ocurría la misma mañana del 29 de mayo, fecha en que un escuadrón chileno de caballería practicó reconocimiento en la desembocadura del río Lluta, en las vecindades del pago de Chacalluta, después de haber merodeado en la costa, con el objeto de comunicarse con los buques bloqueadores, que en la noche fondeaban frente a dicho pago. No tardaron los de abordo en distinguir la bandera de inteligencia que hizo ondear Dinator, pues momentos después un marinero inglés, John Lewis, se arrojaba a la mar, conduciendo una comunicación para el general Baquedano, llegando a la playa que, en ese lado del golfo se bravísima, sano y salvo. No pudo regresar a su buque, porque se lo impidieron las tormentosas olas que en esos momentos rompían, furiosas, en la arenosa playa ariqueña.

El ingeniero Elmore hace explotar, sin éxito, unos polvorazos y cae en poder del enemigo.—Antes, vuela varios puentes.

El 2 de junio, en circunstancias que un escuadrón de caballería enemiga se acercaba al sitio en que el ingeniero Elmore había colocado una serie de polvorazos, sobre el ca-

(15).— Fué el escuadrón "Lluta", que comandaba don Lorenzo González, rico propietario del valle de este nombre, la única tropa de caballería con que contó Bolognesi, a quien prestó importante servicios.

mino real de Tacna a Arica, en la márjen Norte del río Lluta, se hizo explotar varios de éllos; pero, con tan mala suerte, que sólo resultaron tres soldados heridos, según lo hace constar el general Baquedano en el parte del combate. Ello se debió sin duda a que dicho profesional no calculó bien el momento en que debió presionar el botón eléctrico, ora por nerviosidad u otra circunstancia.

Un escritor chileno que presenció la explosión, la narra así:

......"Y como los encargados de vijilar y defender ese punto no estaban ahí cerca, sino a respetable distancia, creyendo a la caballería chilena en medio de las minas, jugaron las baterías; y, una, dos, tres terroríficas detonaciones, seguidas de una lluvia de piedras, agua, arena, barro y espeso humo, atronó el espacio y sembró el desconcierto y el espanto entre nuestros ginetes, que, sorprendidos, no pudieron, por más que hicieron, sujetar sus corceles".

Repuestos de la impresión, no tardaron en dar con el escondite de Elmore y de su ayudante Ureta, quien resultó herido en una pierna. Después de ser maltratados y amenazados de muerte, fueron conducidos a presencia del alto comando enemigo. (16)

En una correspondencia dirigida de Arica a "La Opinión Nacional" de Lima, en 23 de junio de 1880, se lee las siguientes noticias sobre la captura del ingeniero Elmore:

"Persona que nos merece fé refiere de este caballero lo que sigue:

"Al volar una mina de Arica fué tomado el señor Elmore por un sarjento mayor chileno, señor Vargas, el que

(16).— En una correspondencia, fechada en Arica a 9 de junio de 1880, dirigida a "La Opinión Nacional" de Lima, se dice entre otras cosas: "Debemos agregar que el señor Elmore fué puesto en capilla; pues debió ser fusilado. Se salvó mediante la intervención de un señor Toro (¿sería Domingo Toro Herrera, que concurrió al asalto de Arica en la condición de *cucalón* del ejército chileno?).



se lanzó a él diciéndole si era él quien había dado fuego a la mina; el señor Elmore contestó que él no había sido, pero había dado la orden. Lo colocó entonces sobre una piedra y mandó que lo fusilaran".

"Una vez preparados los soldados para ejecutar la orden, le interrogó el señor Vargas nuevamente, que si tenía los planos de las foraminas"

"El señor Elmore contestó que no las tenía, y aún cuando las tuviera no las entregaría".

"En vista de la serenidad y resolución de Elmore, le preguntó el jefe chileno si daba su palabra de honor de no escaparse; respondió el señor Elmore que sí".

"El mismo señor Vargas y los demás jefes chilenos dijeron que la firmeza de carácter de Elmore y su dignidad en los momentos supremos, hicieron que se le mandara a Arica donde el jefe y que le expresara lo inútil de su resolución".

"Elmore cumplió su cometido, pues se limitó a hacerle presente a Bolognesi, el número de la tropa y lo que se podía esperar".

"Volvió como lo había ofrecido, a ser prisionero, y lo remitieron a Valparaíso "Posteriormente dijo el señor Vargas haber encontrado los planos y otros documentos importantes en un cajón enterrado en una casa".

"La persona que nos ha dado estos datos habló con el jefe Vargas y los generales chilenos que estaban de acuerdo en todo con lo que dejamos dicho".

"Nos es grato consignar esta versión, perfectamente garantida para nosotros, por el caballero que de ello se hace responsable".

Búlnes, por su parte, describe así la aprehensión de Elmore en su historia de la guerra del Pacífico, (pág. 367, tomo 2o.):

.. .. .. "Habían estallado dos minas de ocho preparadas allí, colocadas en ese camino que era la vía frecuentada entre Tacna y Arica. En el momento de la explosión

se vió huír de los matorrales un hombre a caballo y otro a pié. Perseguidos por los soldados fueron aprehendidos. El de a pié era el ingeniero Elmore, y el de a caballo su ayudante. La irritación de los soldados contra los que empleaban esas armas traidoras era inmensa, y ambos hubieran sido fusilados sin la intervención del ingeniero Orrego Cortés, ayudante de Lagos, el que pidió a éste la vida de los prisioneros, lo que Lagos concedió sin dificultad, porque era humano y susceptible a cualquiera influencia generosa. (?). El plano de las minas y de las conexiones eléctricas cayó en poder de los chilenos".

El tantas veces mencionado Molinari publica en forma de diálogo, en su libro, la entrevista que tuvo aquél compatriota nuestro con un jefe chileno, agregando que fué hecho prisionero en una casa del pago de Chacalluta, propiedad,— agregamos nosotros,— del comandante del escuadrón "Lluta", don Lorenzo González. Dice a este respecto:

"Lluta es lugar de pastos naturales (dato inexacto, pues sólo abunda como tal la grama salada) y también artificiales; cerca del puente del ferrocarril, al lado del Poniente, en aquellos años existían unas casuchas y sus campos vecinos, un tanto vegosos, dieron muy buen alimento a la caballada nuestra; en una de esas casas fué tomado prisionero el ingeniero don Teodoro Elmore y su compañero Ureta".

Mientras tanto el coronel Bolognesi, que, como se ha visto, no descuidó el menor detalle en la defensa de la plaza, al día siguiente de la batalla de Tacna, encomendaba a Elmore la destrucción de los puentes de Chacalluta y Molles (17), del ferrocarril de Arica a Tacna,— para, de

(17).— El mismo día regresaba Dinator a Tacna, informando al alto comando del resultado de su arriesgada expedición, y de que los peruanos habían destruído los puntes del ferrocarril, etc. En el acto se despachó al cuerpo de pontoneros, con encargo de reparar esos desperfectos, en el menor tiempo posible; lo que se hizo el día siguiente, o sea el 31 de mayo, pues, sólo se trataba de pequeños daños en los puntes indicados y en algunos trechos de la línea férrea.



esta manera, obstaculizar la marcha del enemigo— y la colocación de minas en lugares convenientes del camino real que une a ambas ciudades.

Y Elmore cumplió su cometido; hizo volar los puentes mencionados; instaló luego después, sus baterías en unos matorrales próximos al río, desde donde haría estallar las minas en momento preciso.

La explosión de éstas indignó a la soldadesca chilena, que, cizañada por sus jefes, juró no dar cuartel al peruano en venganza de ese fustrado intento de Elmore, y al saber que Arica y sus fortificaciones estaban minadas por todas partes.

El ejército chileno a la vista de Arica.—Las familias abandonan la oiudad.

El 2 de junio el ejército chileno se hallaba a la vista de Arica; acampó al Norte del río Lluta, a un costado de la línea férrea, en las vecindades de Chacalluta. Su presencia enardeció, más aún, a nuestros soldados, que ansiaban llegase el momento de medir sus armas con las del enemigo.

Fueron días de movimiento y agitación en la sitiada ciudad los que transcurrieron desde el en que el enemigo hizo su aparición en Chacalluta, hasta el de la víspera del combate.

La familias se asilaron unas a bordo de los buques de guerra extranjeros surtos en la bahía (18), y otras, las más, se trasladaron al valle de Azapa, sin duda creyendo verse libres allí de los criminales instintos del invasor.

(18).— Los buques de guerra extranjeros "Huascar", francés; "Garibaldi", italiano, "Hanza" y "Bismark" alemanes, permanecían fondeados en Arica desde días antes del combate.



Bolognesi consigue abrigo y dinero para sus soldados

CAPITULO VI

Los recursos en víveres de la plaza.— Bolognesi procura abrigo y pré para sus soldados.— Aguardiente para la tropa.— El subprefecto Sosa lo conduce de Chaca en arriesgada expedición.— El súbdito italiano don Domingo Pescetto facilita dinero a Bolognesi.— El jefe de la plaza telegrafía a Leiva encareciéndole acelerar su marcha.— Al tener noticias del desastre de Tacna, Leiva regresa a Arequipa.— Telegramas de Bolognesi a las autoridades arequipeñas pidiendo que Leiva apure su marcha; pero éste desoye los llamados de aquél.

Los recursos de la plaza.—Bolognesi procura abrigo y pré a sus soldados.

El bloqueo del puerto, iniciado el año anterior, había encarecido la vida en forma alarmante, alcanzando precios fabulosos los artículos de primera necesidad. No obstan-

te, el jefe de la plaza logró arbitrarse todo aquello que no debe faltar al soldado en campaña, en víspera de combate: rancho nutritivo y abundante, abrigo y pré diario.

La guarnición de Arica no contaba, como tampoco el ejército de Tacna, con abrigo adecuado para dormir a la intemperie y al raso, al pié de las trincheras y en la abierta pampa que separa el río "San José" de los cerros del lado de Lluta, a poca distancia del mar; pero el carácter sagaz de Montero lo vencía todo.

Sabedor Bolognesi de que éste había conseguido que la casa inglesa Campbell, Jones y Cía., del alto comercio de Tacna, pusiese a su disposición, antes de la batalla del Campo de la Alianza, la existencia de bayeta de Castilla de que disponía, hizo gestiones a efecto de que se le remitiera parte de esa bayeta para distribuírla entre sus oficiales y tropa; solicitud que Montero atendió en el acto.

Por lo que respecta a víveres, en el parque de Arica había regular existencia de arróz, harina, etc., lo bastante para dos o tres meses de sitio, sin contar los avituallamientos acumulados en el campamento del Cerro Chuño, de donde fueron trasladados al cuartel del Morro. Esto sucedía el 18 de marzo.

Según una narración suscripta por el jefe del parque, el hoy capitán de navío, don Germán Paz, existían en aquella fecha 1800 sacos de arróz de 180 libras cada uno, sin contar una regular cantidad de ganado vacuno en pié, que el coronel Bolognesi hizo desprender de una numerosa partida que días antes del asalto de la plaza llegaba a los altos de la provincia de Arica, procedente de la Argentina, a la orden de los señores David Puch e Indalecio Gómez, ambos de esa nacionalidad, proveedores de carne del ejército del Sur . El primero, padre del comandante don Filiberto Puch, falleció hace pocos años en Arica; y el señor Gómez es uno de los políticos más prominentes de su patria, habiendo sido embajador en Berlín y miembro del primer

gabinete del gobierno del doctor Sáenz Peña, de quien era antiguo amigo.

Aguardiente para la tropa.— La conduce de Chaca, en arriesgada expedición, el subprefecto Sosa.

Bolognesi, que conocía como el que más la psicología de nuestro soldado, a cuyo lado habían transcurrido los mejores años de su vida, pensó que, para atenuar los estragos del frío en su tropa, nada mejor que proveerla de aguardiente durante sus veladas; pero como se carecía en Arica de éste espirituoso líquido, se comisionó al patriota subprefecto don Federico Sosa, para que se trasladase al vecino valle de Chaca (19) y se pusiera al habla con los hacendados de la comarca a efecto de que proveyeran del deseado aguardiente a la sufrida guarnición.

El señor Sosa aceptó, entusiasta, comisión tan arriesgada; y, acompañado de su secretario, el no menos entusiasta y patriota bachiller ariqueño, don Julio César Portocarrero, el 31 de mayo emprendía viaje a Pintatane, ha-

---

(19).—En una interesante correspondencia que, desde su prisión de San Bernardo (Chile), dirigió el subprefecto Sosa al dictador Piérola, en 23 de junio de 1880, se lee los siguientes párrafos que dicen en relación con este viaje: ".. .. .. .. El 1o. de junio vino de Tacna la caballería enemiga; y el ingeniero Elmore, en compañía del oficial P. Ureta, hicieron reventar una mina en el puente de Chacalluta, dando por resultado varios muertos y contusos, (mal informado, el señor Sosa estampa una inexactitud; pues, según hemos visto en páginas anteriores, no resultaron muertos ni heridos a causa de esta explosión). Elmore y Ureta cayeron en poder del enemigo, el segundo herido.— Yo estaba comisionado en Pintatane, a 18 leguas de Arica, que le hice por súplicas de mi muy amigo el coronel Bolognesi y Ugarte. El 4, en la noche, regresaba y entré por las "Quebradillas", sin ser sentido ni por el enemigo ni por mis compatriotas. Las fuerzas chilenas estaban situadas en Buena Vista. (Azapa)".

cienda del mencionado valle de Chaca, cuyo propietario era don Agustín Maure, tronco de linajuda familia ariqueña.

Como era de esperar, el señor Maure puso en el acto a disposición del subprefecto Sosa, los exquisitos caldos de sus bodegas; regresando éste inmediatamente después al puerto, conduciendo, en varias acémilas, el mencionado líquido, no sin correr peligro inminente de caer en manos del enemigo, cuyas columnas exploradoras recorrían el territorio en todas direcciones.

La autoridad citada y su acompañante Portocarrero ingresaron a Arica la noche del 4 de junio, por el camino conocido con el nombre de **Las Quebradillas,** a corta distancia de Buenavista, sin ser advertidos ni por las avanzadas chilenas ni por los centinelas de la batería **Ciudadela,** que quedaba casi sobre el camino real.

¿A quién imputar este descuido? Al sargento mayor Nacarino, jefe de la fortificación dicha, o al coronel Arias y Aragüéz que la defendía con sus **Granaderos de Tacna?**

El inadvertido ingreso de Sosa a la ciudad, coincidió con la misteriosa desaparición del capitán ariqueño Manuel Moyano, quien esa mima noche salió de una de las baterías del Este, al frente de un grupo de exploradores. no regresando a su base de operaciones, ni habiéndose sabido jamás de su suerte, ni de la de sus soldados; lo que hace presumir que, habiéndose aproximado, sin duda, a Buenavista, fueron sorprendidos y ultimados por las avanzadas enemigas.

El regreso de Sosa,—aquien todos creían prisionero del enemigo— fué muy celebrado; tanto Bolognesi como sus capitanes lo felicitaron entusiastamente, consignándose el hecho en la orden del día de la guarnición, no obstante lo cual ninguno de los historiadores de la guerra del Pacífico, se ocupa en éllo.

Nosotros, que fuimos amigos y admiradores de las virtudes cívicas de aquél patriota ariqueño, queremos y debemos salvar esa omisión de la Historia.

De regreso de su prisión de San Bernardo, el señor Sosa, se dedicó al comercio, ocupando puesto importante en una de las principales agencias comerciales de Arica.

A pesar de la delicada situación política en que el tratado de Ancón colocó a los peruanos de las provincias cautivas, en toda ocasión el señor Sosa exteriorizó su amor a la patria, especialmente en la época en que desempeñó la presidencia de la Sociedad Peruana de Beneficencia de Arica—institución patriótica y de socorro mútuo,—cuyo período se señaló por el impulso que tomaron las escuelas que fomentaba ella. Fué un pat'riota convencido; gozó de simpatías y popularidad en su ciudad natal, y su carácter jovial y expansivo, le granjeó el aprecio, aún de los ocupantes.

Día de duelo fué el de su fallecimiento; a sus funerales asistió, en masa, el pueblo peruano de Arica, cubriendo la tumba de la última autoridad peruana de este puerto, con las más perfumadas flores de los pensiles cautivos.

Bolognesi consigue dinero para su tropa.—Lo proporciona el súbdito italiano don Domingo Peccetto.

El prolongado bloqueo de Arica trajo por consecuencia la clausura de las principales casas de comercio y agencias de aduana; fué total, por ende, la paralización comercial del puerto, donde nunca, jamás, se había atravesado situación económica más angustiosa, por lo que fué difícil a Bolognesi arbitrarse dinero para el pré de sus soldados, en circunstancias que el enemigo nos asediaba por mar y tierra.

¿De qué medios se valió el jefe de la plaza para conseguirlo? Ni imponiendo cupos ni extorsionando. Un amigo sincero de nuestra patria le salvó del atrenzo. Fué és-

te el digno caballero italiano don Domingo Pescetto, último alcalde de Arica, de grata recordación en esta ciudad, el cual había hecho del Perú su segunda patria.

Luego que Bolognesi le manifestó que apelaba a su reconocida decisión por la causa peruana y le expuso las dificultades con que tropezaba para conseguir dinero, Pescetto, siempre generoso y desprendido, le facilitó la cantidad de cuatro mil soles, que era lo único de que disponía en esos instantes. El jefe de la plaza le otorgó el correspondiente recibo, el cual corre original en el expediente que los herederos de aquél señor han aparejado, reclamando al gobierno el pago de la mencionada suma.

Cumplimos acto de justicia haciendo constar que el recordado señor Pescetto pertenecía a una antigua y respetable familia de Savona (Italia), y que en Arica, donde residía desde su juventud, desempeñó importantes cargos concejiles, desde miembro de la Beneficencia Pública hasta alcalde municipal; teniéndolo en gran aprecio la colonia a que pertenecía, en la que descollaba por su envidiable posición comercial y por las revelantes prendas personales que le distinguían.

Bolognesi telegrafía a Leiva encareciéndole acelere su marcha. Desoye el llamado y contramarcha a Arequipa.

Según hemos visto en páginas anteriores, Bolognesi alimentaba la esperanza de que Montero se replegaría sobre Arica con los restos de la Alianza; pero pronto se convenció,—lo hemos dicho ya— de que estaba sólo, abandonado a su propia suerte; pues, sitiado por mar y tierra, no recibiría, como no recibió, auxilio de ninguna parte. Sin embargo, no desesperaba de que, si nó Montero, Leiva vendría en su apoyo. Leiva, que desoyó los reiterados men-



DOMINGO PESCETTO
Ultimo alcalde peruano de Arica

sajes de Montero para que acelarase su marcha sobre Tacna, no pasó de Locumba, cumpliendo, así según hemos visto, la consigna que tenía de "marchar con pies de plomo". Prefirió vivaquear en ese pueblo con la fuerte división de su mando, que contrariar la maldita orden, cuando sólo dependía de él la derrota del ejército chileno en Tacna. ¡No quiso tener la gloria de colocar un laurel más al de Tarapacá en la frente de la patria!

Al saber del desastre de la Alianza, contramarchó hacia Arequipa, ingresando a esta ciudad juntamente con el ejército derrotado en Tacna.

A través de la oscuridad del cielo de Bolognesi, parece que éste columbraba un rayo de esperanza: el esperado auxilio que nunca llegó .. .. .. Lo deducimos del tenor de los siguientes telegramas que dirigió al general Montero y al prefecto de Arequipa, autoridad ésta que procedió con encomiable actividad, trasmitiéndolos inmediatamente después al indolente Leiva:

Arica, 30 de mayo de 1880.— Prefecto.— Arequipa.— Esfuerzo inútil, Tacna ocupado por el enemigo. Nada oficial recibido. Arica se sostendrá muchos días y se salvará, perdiendo enemigo si Leyva jaquea, aproximándose Sama y une con nosotros.— *Bolognesi*

Arica a Prefecto Arequipa.— Avanzadas enemigas se retiran. Continúan siete buques. Apure Leyva para unírsenos. Resistiremos. —*Bolognesi.*

Arica, 26 de mayo de 1880.— (8 p. m.).— Señor General Montero.— Pachía.— Dice el coronel Bolognesi que aquí sucumbiremos todos antes de entregar Arica. Háganos propios, comuníquenos órdenes y noticias del ejército y de los auxilios de Moquegua.— *Manuel C. de la Torre,* Jefe del Estado Mayor General.

Arica, 2 de junio de 1880.— (Recibido en Arequipa el 2 a h. 12.38 p. m.).— Prefecto.— Arequipa.— Toda caballería enemiga en Chacalluta. Compone ferrocarril. No posible comunicar Campero. Sitio o ataque resistiremos.— *Bolognesi.*

Arica, 2 de junio de 1880.— (Recibido en Arequipa el 3 a h. 6.35 a. m.).— Prefecto.— Arequipa.— Enemigos todas armas por trenes a dos leguas acampado. Espero mañana ataque.— *Bolognesi.*

Arica, 5 de junio de 1880.— (Recibido en Arequipa el 5).— Prefecto.— Arequipa.— Apure Leyva.— Todavía es posible hacer mayor estrago en el enemigo victorioso. Arica no se rinde y resistirá hasta el sacrificio.— *Bolognesi.*

Arica, 5 de junio de 1880.— (Recibido en Arequipa el 5 a. h. 9..0 a. m.).— Prefecto.— Arequipa.— Parlamento impone ren-

dición. Contestación, previo acuerdo jefes: quemaremos el último cartucho.— *Bolognesi.*

Arica, 5 de junio de 1880.— (Recibido en Arequipa el 5 a. h. 2.40 p. m.).— Prefecto.— Arequipa.— Suspendido por enemigos cañoneo. Parlamentario dijo: "General Baquedano por deferencia especial a la enérgica actitud de la plaza, desea evitar derramamiento de sangre". Contesté, según acuerdo de jefes: "Mi última palabra es quemar el último cartucho ¡Viva el Perú!.— *Bolognesi.*

Arequipa, 5 de junio de 1880.— Coronel Bolognesi.— Arica.— Felicito a usted y jefes de la plaza en nombre pueblo arequipeño por su noble actitud.— Arequipa contesta: ¡Viva el Coronel Bolognesi!.— *González Orbegoso.*— Prefecto.

Arica, 6 de junio de 1880.— (Recibido en Arequipa el 6 a h. 10.35 p. m.).— Prefecto.— Arequipa.— A las doce y cincuenta principió fuego artillería enemiga.— A las dos "Loa", "Magallanes", "Covadonga" y "Cochrane" sobre baterías y "Manco Capac", combate general. Batería "San José", a los diez disparos apagó una batería del cerro. "Manco" hizo cambiar rumbo "Cochrane", que a h. 3.40 tuvo incendio por proyectil Morro y salió combate. A las 4 caballería e infantería por norte, que huyeron luego de fuegos nuestros. Gran entusiasmo. Enemigo hizo 264 cañonazos. No hay desgracias. Jefes agradecen saludo Arequipa. Felicito a su nombre al país por el día.— *Bolognesi.*

(Este cablegrama fué trasmitido el mismo día a S. E. el dictador Piérola, por el prefecto de Arequipa, González Orbegoso).

Leyva, sordo y mudo a los llamados de Bolognesi, regresa a Arequipa.

El 30 de mayo, en el camino de Locumba a Moquegua, en circunstancias que regresaba con su ejército a Arequipa, recibió Leyva el cablegrama en que el Coronel Bolognesi reclamaba su presencia. Creen algunos que si hubiera atendido esta llamada, otra habría sido la suerte de la guarnición ariqueña; pero Leyva lo pospuso todo a la disciplina y a la obediencia . . . . . . políticas.

Sin embargo, alguien nos ha observado, sin duda con el objeto de cohonestar la actitud de Leyva, pero con sobra de fundamento, que éste hizo bien en contramarchar; porque a haber expedicionado sobre Arica, habría sido destrozado por el ejército chileno, victorioso en Tacna, pues para llegar a aquél puerto, habría tenido que hacerlo for-

zosamente por la vía de Tacna, toda vez que los **altos** de esta provincia y los de Arica, son pobres en recursos y sus caminos abruptos y llenos de dificultades para transitar por éllos, a pié. Después de la derrota del Campo de la Alianza, se imponía, en verdad, la contramarcha de Leyva, quien, evidentemente, tuvo tiempo demás para llegar a Tacna una o dos semanas antes de aquél desastre y contribuír al triunfo del ejército perú-boliviano.

Pero los días de la ciudad desgraciada estaban contados; sus defensores, con visión clara de la suerte que les esperaba y concientes de sus deberes cívicos, habian jurado caer en la demanda antes que rendirse.

¡Sublime resolución, que cumplieron con sin igual denuedo!

El doctor del Solar aconseja a Bolognesi evacuar la plaza.

En un folleto intitulado "Apuntes biográficos del Dr. Pedro A. del Solar", impreso en 1890, en la imprenta de Torres Aguirre, encontramos en la página 11 una información que desconocíamos, relacionada con la difícil situación de Bolognesi como consecuencia del desastre del Campo de la Alianza.

El Dr. del Solar, ex-prefecto de Tacna, hombre previsor, que sabía de los honrosos antecedentes militares de aquél jefe, quiso evitar el sacrificio de su división, y al efecto encargó al coronel Pacheco Céspedes para que le llevase una comunicación, aconsejándole evacuar la plaza y unirse a él, según se desprende del tenor de los siguientes párrafos que transcribimos del mencionado folleto:

"Derrotado nuestro ejército en el Campo de la Alianza, no fué el Dr. Solar a llorar la desgracia de la Patria a una escondida aldea, (Tarata).

"Calculó que, unidas las fuerzas que había en Arica, a las rezagadas del coronel Leyva y a las que él se prometía reorganizar, podría darse un golpe audáz a los enemigos y arrancarles el laurel que, fresco aún, batía en medio de los trasportes de la victoria".

"Con este fin, dirigió al coronel Bolognesi una carta en la que trataba de persuadirle de que lo que mejor convenía al fin práctico de la guerra era evitar un sacrificio que, por glorioso que fuera, siempre sería estéril".

"Comisionó al señor coronel Pacheco Céspedes, para que condujera esa comunicación".

"Ella no pudo llegar a su destino, a pesar de los grandes peligros que el comisionado sufrió, y quedó consumado el sacrificio de Bolognesi y de sus heroicos compañeros. Lampo de luz que se destaca del fondo oscuro de nuestra derrota, como un faro que alumbra y señala el camino del deber en la noche de la desgracia".

"Después de la hecatombe de Arica y después de entregar la Prefectura al Subprefecto del Cercado, regresó a Lima el Dr. Solar, prévia autorización del Gobierno, dejando al coronel Leyva un batallón de 500 plazas y 610 para la defensa de Tarata".

En su arriesgado viaje a Arica, Pacheco Céspedes alcanzó hasta las alturas de Putre; entre sus acompañantes figuraba el entonces subteniente don Arturo Cornejo, hoy coronel de nuestro ejército. No pasó más adelante, porque supo que el enemigo asediaba ya a Arica.

El ejército chileno asedia Arica

CAPITULO VII

La caballería enemiga invade los valles de Arica y Azapa.— Baquedano aprueba el plan de ataque de Lagos.— El ejército chileno se traslada de Chacalluta a Azapa.— Los sitiados se percatan de esta maniobra.— El Regimiento "Lautaro" queda en Chacalluta.— El enemigo emplaza artillería frente a la ciudad sitiada.— Bolognesi convoca a sus capitanes a consejo de guerra.— Se acuerda interceptar la marcha del enemigo haciendo volar los puentes del ferrocarril de Arica a Tacna.— importancia histórica del Consejo de Guerra.— Los jefes que asistieron a él.— Todos opinan como Bolognesi: morir antes que rendir la plaza.— Conmovedores discursos de Ugarte y Sáenz Peña.— Nota discordante en el consejo de guerra.— El jefe del "Cazadores de Piérola" deserta en presencia del enemigo.— Cobardía de dos jefes chilenos.— Un historiador chileno los estigmatiza.— Belaúnde a punto de ser fusilado.— Las patriotas placeras tacneñas castigan al desertor.— Belaúnde diputado a congreso.

La caballería enemiga invade los valles de Arica y Azapa.—Baquedano aprueba el plan de ataque de Lagos.

Luego después de que la totalidad del ejército expedicionario llegó a Chacalluta, su numerosa caballería se internó en el valle de Lluta, rico en pastos, maíz y hortalizas; pasando de allí en seguida al más rico aún de Azapa, donde como en aquél, perpetró todo género de extorsiones e iniquidades, sin respetar condición, sexo ni edad.

Mientras tanto el resto del ejército vivaqueaba a algunos cientos de metros distante de la bahía, al norte del río Chacalluta, y ultimaba sus preparativos para el ataque final.

Antes que el general Baquedano llegase de Tacna al campamento indicado,— lo que aconteció el 3 de junio,— ya el jefe de las fuerzas expedicionarias, coronel don Pedro Lagos, tenía acordado su plan de ataque, en armonía con las noticias que había recibido acerca de los elementos de defensa de la plaza.

Con exacto conocimiento de la zona en que iba a operar, abandonó su primitiva idea de atacarla por el Norte, en razón de que el terreno se presentaba por ese lado abierto, escampado y, por lo tanto, fácil de ser bombardeado por los fuertes "San José", "Santa Rosa" y "2 de mayo", y también por el "Manco Capac".

El mismo día de su llegada, Baquedano, en compañía de Lagos, reconoció dicho sector, convenciéndose de que, efectivamente, eran fundados los temores de este jefe, cuyo nuevo plan de atacar la ciudad por el Este, mereció su aprobación.

El ejército chileno se traslada de Chacalluta a Azapa.—Los sitiados se percatan de esta maniobra. —El regimiento "Lautaro" queda en Chacalluta.

Durante las noches del 4 y 5, el campamento chileno fué trasladado al valle de Azapa, (al pago de Buena Vista). Algunos cuerpos hicieron la marcha por detrás de los cerros del lado de Lluta, y otros por el camino que queda al pié de los mismos, fronterizo a la ciudad, de manera que pasaron a no menos de kilómetro y medio de los batallones "Tarapacá" e "Iquique", que defendían ese sector. Hicieron la marcha en el mayor silencio, tomando toda suerte de precauciones para no ser advertidos por aquéllos cuerpos peruanos, de cuyo apostamiento en esos parajes tenía conocimiento el comando expedicionario.

Sin embargo, el comandante Sáenz Peña nos hace saber en el parte oficial que elevó dos días después del combate al jefe de Estado Mayor, comandante La Torre, que "la noche del 6 la pasó sin otra novedad que una descarga hecha por las avanzadas que tenía a 1300 metros del parapeto en que había situado las compañías 1a. y 2a., siendo dirigida dicha descarga sobre una pequeña partida de caballería enemiga".

Los defensores de la plaza observaban atentos, arma al brazo, las marchas y ajetreos del enemigo; no podían dudar ya de que el desenlace del drama iniciado en Tacna el 26 de mayo, se aproximaba aceleradamente; en efecto, dos días después tenía su culminación en la meseta del Morro de Arica.

Pero los sitiados habían tomado de antemano, en consejo de guerra, disposiciones acertadas de orden estratégico, a fin de evitar una sorpresa; disposiciones que, a última hora, fueron alteradas, debido a que el enemigo había manifestado intención de atacar por el lado de Azapa.

El enemigo emplaza artillería frente a la ciudad.

Esta creencia se acentuó más aún, al observar el día 5 que varias baterías chilenas habían sido emplazadas en el sitio conocido con el nombre de "Condorillo", en la cabecera del pago de Chacalluta, y en una eminencia de los cerros del lado de Lluta, denominada la "Encañada", al pié del pago de "Saucache" del valle de Azapa.

Los cañones emplazados en las lomas de "Condorillo" bombardearon, según se verá más adelante, las baterías del Norte, y los en la "Encañada", las del Este y Morro. Primero "hicieron fuego pieza por pieza, para continuar con descargas por batería y a discreción; el bombardeo de la artillería chilena fué instantáneamente contestado por los fuertes "Este", "Ciudadela" y "Santa Rosa".

El 5 de junio el ejército invasor quedaba, pues, establecido en su nuevo vivac de Azapa, excepción del regimiento "Lautaro", que no se movió de Chacalluta, desde donde, en momento preciso, simularía un ataque a Arica.

Bolognesi convoca a sus capitanes a consejo de guerra.—Se acuerda interceptar la marcha del enemigo, haciendo volar los puentes del ferrocarril de Arica a Tacna.

Cuando el coronel Bolognesi se convenció de que el ejército derrotado en Tacna había tomado camino distinto del de Arica, convocó a los jefes de alta graduación que le obedecían, a consejo de guerra, con el objeto de hacerles conocer su manera de pensar a cerca de la grave situación creada a las fuerzas de su mando, después del desastre dicho, y las medidas que creía debían adoptarse enca-

minadas a "activar los trabajos de defensa para resistir al enemigo". (20).

El citado consejo se llevó a cabo en la casa-habitación del coronel Bolognesi, la misma en que, días después, era recibido el parlamentario chileno, sargento mayor don Juan de la C. Salvo.

Ni en el parte oficial del combate que elevó al dictador Piérola el jefe del estado mayor, comandante La Torre, ni en historiador alguno de la guerra del Pacífico, encontramos noticia exacta respecto del día y hora en que verificóse este consejo. Nosotros creemos que tuvo lugar el día siguiente al de la derrota de Tacna, (21), si hemos de atenernos a la información antes transcripta del subprefecto Sosa, que copiamos nuevamente para mejor inteligencia del lector:

.. .. .. "El señor Bolognesi envió varios propios en busca del general Montero y ninguno regresó".

"El 27 del mismo mes se activaron todos los trabajos de defensa en la plaza de Arica para resistir el enemigo".

Uno de los primeros acuerdos que tomó la junta fué —ya lo hemos dicho en páginas anteriores—activar la defensa, colocar minas en Chacalluta y en otros sitios, volar los puentes del ferrocarril; en una palabra obstaculizar la marcha del invasor por todos los medios posibles.

Importancia histórica del consejo de guerra.—Los jefes que asistieron a él.—Todos opinaron como Bolognesi: morir antes que rendir la plaza.—Conmovedores discursos de Ugarte y Sáenz Peña.

Es de lamentar que se haya dado tan poca importancia a junta de guerra de la trascendencia y valor histórico

(20).— Federico Sosa, de su cartera de apuntaciones sobre el combate de Arica.

(21).— Tres años después de escritas estas páginas, don M. F. Calvo Pérez, publicaba en "La Prensa" de Lima, de 7 de junio



de la que nos ocupa, en la que se decidió la defensa de Arica, como se defendió, en efecto, y como vamos a historiarlo, ateniéndonos a informaciones verbales, que años después de los acontecimientos, nos suministraron varios jefes sobrevivientes de la jornada, entre otros el tantas veces mencionado subprefecto Sosa, cuya veracidad no podemos poner en duda, dada la seriedad y honrosos antecedentes que caracterizaban a este buen ariqueño. Se verificó ella en el recordado domicilio del héroe.

Veintisiete fueron los primeros, segundos y terceros jefes que asistieron a la junta, a saber: Bolognesi, Inclán, Arias y Aragüéz, Varela, Ugarte, La Torre, capitán de fragata Sánchez Lagormancino, capitán de corbeta Rómulo G. Tizón, O'Donovan, Zavala, Moore, Paz, (Germán), Belaúnde, Sáenz Peña, Raygada, (Eduardo), M. Y. Espinoza, Cornejo, (Benigno), Ayllón, Nacarino, (Fermín), Cornejo, (Francisco), Cornejo (Medardo), Chocano, (Francisco), Blondel, Elmore, sargentos mayores Miguel Barrios y Felipe Antonio de Zela.

Cuando todos se hallaban presentes en la amplia sala, Bolognesi, en medio de profundo silencio y angustiosa ex-

---

de 1918, edición de la mañana, un artículo conmemorativo de la jornada de Arica, en el que consigna varias interesantes informaciones suministradas por el teniente Aurelio Cárdenas, *ayudante de confianza* del coronel Bolognesi, acerca de dicho combate, entre otra esta que viene a sacarnos de una duda: "Después del desastre de Tacna, Bolognesi convocó un consejo de guerra, el 28 de mayo, de 1880, con el objeto de deliberar sobre la suerte de Arica; pues en la plaza no se recibió, como se sabe, ninguna comunicación oficial. Bien conocido es el acuerdo: preparar el campo donde se debía resistir, "hasta quemar el último cartucho".

Pero a estar a la "Relación de jefes y oficiales prisioneros, muertos y heridos" que formaban la comandancia general de la plaza de Arica", suscripta por el capitán ayudante de Bolognesi, don Ricardo Yturbe, e inserto en el folletito en que figura la biografía de ese jefe a que al principio del primer capítulo nos referimos, el ayudante Cárdenas murió durante el combate. Si ello es así, como en efecto lo es, ¿debemos dar crédito a las aseveraciones de Calvo Pérez? Porque eso de hablar con los muertos, sólo es patrimonio de los espiritistas, a no ser que este señor lo sea.

pectación, se puso en pié, y con voz vibrante y convincente, expresó que había convocado a sus capitanes para manifestarles que, después de los desgraciados acontecimientos de Tacna, la guarnición de Arica, sin reparar en sacrificios, debía y tenía que cumplir las órdenes terminantes, imperativas, que, por su conducto, había recibido del general Montero la antevíspera de aquélla nueva desgracia de nuestras armas, en orden a la defensa de la plaza; que, por su parte, estaba dispuesto a cumplirlas, y las cumpliría, y que, en este propósito que le dictaban el honor militar y el patriotismo que abrasaba su corazón, esperaba que, llegado el momento, le secundarían y rodearían todos los jefes amigos allí presentes.

—Sí! repondieron a una voz los que, días después, asombraban al mundo con su heroico sacrificio.

Señores, dijo, emocionado el gobernador de la plaza, vuestra respuesta, que la esperaba, me ha llenado de íntimo regocijo: estoy orgulloso de vosotros y admiro vuestro entusiasmo y decisión por lavar con nuestra sangre las injusticias del Destino, que, desde Punta Gruesa viene mostrándose cruel, inexorable con nosotros. Quiero, sin embargo que cada uno de vosotros funde el voto que acabáis de emitir en pró de la defensa y a este respecto os concedo la palabra. Jóvenes como sois la mayor parte de vosotros, poco habéis gozado aún de los encantos de la juventud; y acaso atribuyáis a egoismo de mi parte el propósito inquebrantable que me anima de morir al frente de mis legiones, antes que ver hollado este girón de la patria por el enemigo invasor. Tenéis, pues, concedida la palabra, lo repito; y ya os he hecho conocer extra-oficialmente mi plan de defensa; quiero, no obstante, que os pronunciéis también sobre él, con toda franqueza. (22)

(22).— Convencido Bolognesi por informaciones de sus jefes de que los defensores de Arica estaban resueltos a rendir la vida en defensa de la patria, persistió con ahinco en la consecución de



El coronel Ugarte fué el primero en pedir la palabra. En vibrante discurso se pronunció por la resistencia, aplaudiendo el plan de defensa ideado por el jefe de la sitiada guarnición.

Después, por orden de antiguedad y categoría, fundaron sus votos Inclán, Arias y Aragüéz, Moore, y los demás jefes presentes, pronunciándose todos por la defensa, de acuerdo con el plan del coronel Bolognesi.

Pero el disurso que mas impresionó fué el del comandante del batallón "Iquique", doctor Roque Sáenz Peña; fué pieza oratoria de corte épico y subido valor literario. El denodado argentino, cuyo relevante talento había puesto de manifiesto en ocasiones anteriores, se reveló esta vez orador de verbo arrebatador; sus palabras tenían sonaridades de clarines guerreros que arrastran al combate, sin temer a la muerte.

Hubo momento en que el orador electrizó a sus oyentes; fué cuando, en frases sentidas é inspiradas, recordó que, por defender el derecho y la justicia que asistia al Perú en la guerra con Chile, había dejado a sus amados padres llorando la ausencia del hijo predilecto, que acaso no volverían a ver; que, peregrino del ideal, había llegado hasta la capital del Perú a solicitar puesto en las filas de su ejército; que había desoído los consejos y las súplicas de amigos queridos de la juventud (23), a efecto de hacerle desistir de su resolución; finalmente, que él, como en Ta-

---

sus planes relacionados con la defensa. No se resintió ni un sólo momento la moral y disciplina de jefes, oficiales y soldados; por el contrario, el entusiasmo crecía en ellos a medida que la solución del problema se acercaba.

Afecto y convulso en el primer momento, dice un narrador, Bolognesi se sintió orgulloso y altivo cuando se penetró de la confianza que inspiraba; y mucho más advirtiendo que el vínculo del compañerismo de vivac se había hecho un culto de unión entre todos, como prueba segura de que sería salvado el honor de las armas de la República.

(23).— Un grupo de intelectuales bonaerenses, amigos y admiradores de Sáenz Peña, se propusieron en la capital del Plata, hacerle desistir de su propósito de continuar luchando en defensa



TENIENTE CORONEL ROQUE SAENZ PEÑA
1er. jefe del batallón "Iquique"

rapacá, (24) cumpliría con su deber al frente de su batallón, secundando así, al jefe de la plaza en su patriótico empeño de no capitular ni rendirse.

El orador, fué objeto de entusiasta ovación de parte de sus compañeros allí presentes. Bolognesi, el anciano de arrogante y marcial porte, lo estrechó efusivamente contra su pecho agradecido, siguiendo el ejemplo los demás jefes.

Como se ha visto, el consejo de guerra acordó, por unanimidad, defender la plaza a sangre y fuego; aprobando, al mismo tiempo, el plan de defensa propuesto y concebido por Bolognesi.

La Historia no se ha escrito aún en el Perú.

Sustraer del dominio de la Historia hechos por todos conocidos máxime cuando éllos reclaman—como en el ca-

---

de la causa del Perú, y al efecto comisionaron al eminente literato y hombre público argentino, doctor Miguel Cané, para que se trasladara a Arica, lo que efectuó con anuencia del gobierno de la Moneda, en razón de que la escuadra de éste bloqueaba el puerto. Inútiles resultaron las gestiones del doctor Cané cerca del noble argentino, porque se estrellaron en el brequel invulnerable de su alma de caballero y de guerrero sin tacha y sin miedo.

Como razón de peso, concluyente, el emisario adujo a su amigo de la infancia, que en Tarapacá había terminado el compromiso moral que contrajo con el Perú; y que por lo tanto, no podía temer se le tildase de desertor, como excrupulosamente alegaba Sáenz Peña, quien, no obstante la amistad fraternal que le unía al doctor Cané, no permitió que volviera a insinuarle que envainara su espada y regresara al seno de la patria, donde le esperaban sus padres con el pecho angustiado, temerosos por la vida del hijo querido.

Durante su permanencia en Arica, el emisario argentino fué objeto de merecidas manifesetaciones de simpatía de parte de la alta sociedad y de los principales jefes del ejército aliado.

Antes de regresar a Buenos Aires, emprendió viaje a Lima, admirado del carácter indomable y caballeresco del que, con el correr del tiempo, llegaría a ser el primer ciudadano de su patria.

(24).— efectivamente, el comportamiento del comandante Sáenz Peña en Tarapacá, fué valeroso, digno de encomio, tanto que mereció ser citado por el general Buendía en el parte oficial del combate, en los siguientes términos: .. .. .. "En el momento de la batallá, encontrándose sin jefe la mitad de un batallón de guardia nacional (el "Iquique"), coloqué a su frente a mi primer ayudante, teniente coronel don Roque Sáenz Peña, quien lo condujo a la pelea con la más valerosa decisión".

so presente— sanción moral, ya que no de otra índole, publicidad amplia, a fin de que las jóvenes generaciones estigmaticen a los malos peruanos, a esos que en presencia del enemigo común se mostraron cobardes; es tener falso concepto de la misión del historiador.

Sin embargo, últimamente se ha reaccionado en nuestra patria en el sentido de no permitir que nuestra historia continúe siendo objeto de adulteraciones de parte de ciertas personas que han tomado a su cargo tan ingrata tarea, "contribuyendo con esta conducta torpe y criminal, a embrutecer al pueblo peruano en todas sus condiciones sociales y a mantener corrido el velo que cubre las traiciones, fraudes, crímenes y cobardías de los hombre responsables de nuestra ruina y humillación, conquista y desprestigio."

Así se expresaba **El Abate Faria** (don Manuel Romero) en una carta abierta al director de "El Tiempo" de Lima, señor Pedro Ruiz Bravo (25) a propósito de un editorial que este periodista publicó llamando la atención sobre la necesidad de escribir la verdadera historia del Perú, y manifestando que "tiene razón **El Tiempo** al lamentarse de que las generaciones pasadas hayan sido engañadas y que las presentes y futuras, a sabiendas, también lo sean."

Y agregaba en su patriótico empeño de que la verdad resplandezca al escribirse nuestra historia:

"En el Perú el que ha sufrido y sufre terriblemente la inconciencia de algunos escritores e historiadores que, desde las redacciones de los periódicos y de sus gabinetes de trabajo, han cometido la ruin tarea de embrutecer a tres generaciones de peruanos".

... ...

"Puedo garantizar a Ud., señor, que hasta hoy no se ha escrito la verdadera historia del Perú y que casi todos

(25).— "El Tiempo" de Lima, de 28 de setiembre de 1919.

los textos que en escuelas y colegios se estudian, son amplias narraciones vulgares, sin ningún valor histórico, escritas casi en su totalidad por hombres sin valor moral o incapaces, semi-analfabetos, plagiadores y copiadores de historiadores que yacen en la tumba y no pueden protestar."

Nosotros creemos también como **El Abate Faria** y con el director de "El Tiempo", que no se ha escrito aún la verdadera historia nacional, cual lo ha sido ya en Chile por el infatigable Barros Arana, y en otros países de Hispano-América.

En un artículo histórico que el que esto escribe publicó ha pocos años en "El Comercio" de esta capital, nos dolíamos también de esta omisión propia de nuestra psicología.

Nota discordante en el Consejo de guerra.—El jefe del "Cazadores de Piérola" deserta en presencia del enemigo.—Cobardía de dos jefes chilenos.—Un historiador de la misma nacionalidad los estigmatiza.

Como sucedió en las filas sitiadoras, también hubo nota discordante en las nuestras, es decir, en la junta de guerra que acabamos de historiar; pero nosotros, siguiendo consejo de un militar amigo y codepartamentano, hemos estado a punto de no consignarla en esta páginas, para no amenguar la solemnidad y trascendencia del acuerdo que adoptó la junta precitada, en la que, como antes hemos visto, todos opinaron como el coronel Bolognesi, menos uno, acaso, por ignorancia, falta de patriotismo o porque el miedo se adueñó de su sér, ya que se trataba de un jefe im provisado elevado a la categoría de tal, con mando de cuerpo, por el favoritismo político. Nos resistimos a estampar su nombre, pero nos manda imperativamente hacerlo nues-

tro deber de escritores verídicos y el hecho de que tampoco faltaron jefes cobardes en las filas chilenas, dos de los cuales se resistieron a asaltar las baterías peruanas. Estos militares chilenos fueron don Ricardo Castro y don Luis José Ortiz.

El jefe peruano que discrepó de la opinión de sus compañeros de armas, fué el coronel de guardias nacionales Agustín Belaúnde, jefe del batallón "Cazadores de Piérola", formado casi en su totalidad de gente colecticia tacneña. En el consejo de guerra este indivíduo fundó su voto en favor de la capitulación, alegando que, habiéndose perdido toda esperanza de auxilio, sea de Leyva, o de Montero, era pueril creer que las escasas tropas de que se disponía, fueran capaces de contener el empuje de las orgullosas legiones invasoras; que no era acción de cobardes capitular ante enemigo tres o cuatro veces superior en número, haciendo antes "tabla raza" de Arica y sus fortificaciones; finalmente que no hacerlo asi, era sacrificar, a sabiendas, tanta juventud en flor; era llevarla al matadero (textual).

Es de suponer la indignación que causaría a los presentes tales declaraciones; todos protestaron de ellas, atribuyéndolas a cobardía. Fué esta, en efecto, nota triste, discordante, en momento tan solemnes, en que la imágen bendita de la patria flotaba en la amplia sala, ensangrentada, envuelta en los plieges vaporosos de nuestra bicolor enseña, clamando venganza por las ofensas que el enemigo acababa de inferirle en el Campo de la Alianza.

Pero Belaunde no paró ahí; al saber que, por razones de orden disciplinario se había decretado su arresto, a bordo del monitor "Manco Capac", no esperó la notificación del caso: desertó de su cuerpo en circunstancias que el enemigo asediaba la plaza.

Cuando el oficial encargado de notificarle el arresto se constituyó en el cuartel del "Piérola", Belaúnde ya había consumado su acto indígno y vil; hacía rato que se halla-

ba de fuga, camino de Arequipa, dándose trazas para no caer en poder del enemigo, que a la sazón merodeaba por los alrededores de Arica. Esto sucedía el 1o. de junio.

No tardó en hacerse del dominio público la acción criminal de Belaúnde, tildándosele con los más aservos y merecidos calificativos. Fué un cobarde desertor; su nombre será en todo tiempo excecrado, como lo es en Chile el del comandante Castro, jefe del 3o. de línea, para quien Molinari tiene apóstrofes como estos:

"Nosotros creyendo que la historia es un espejo de límpida y clarísima luna veneciana, en que se reproducen las vidas y hechos de los pueblos y de sus servidores, sean ellos grandes o pequeños, por nada de esta vida empañaremos su cristal, ocultando la verdad."

... ...

"Don José Antonio Gutiérrez, teniente coronel de ejército, tenía el mando del 2o. batallón del 3o. línea; y fué en esa jornada el real y verdadero jefe de su regimiento porque en verdad, como luego lo veremos, don Ricardo Castro brilló por su ausencia, falta que tanto don Ricardo como Ortiz, pagaron sumamente caro; y que la historia viene registrando en sus páginas y archivos, en notas oficiales, que son un verdadero castigo".

"Escrita, como hoy se acostumbra la vida de los pueblos y de sus dirigentes y servidores, con los documentos a la mano, el historiador no puede, sin faltar a su deber, ocultar o callar la verdad, porque al día siguiente pueden probarle su falta de veracidad".

... ...

"Así, mas o menos a las 5 de la alborada del 7 de junio, quizás momentos antes, llamó don Pedro Lagos al ayudante general del general en jefe, único dirigente y responsable del asalto y toma de Arica, que se ejecutó según

plan formado por él únicamente y personalmente por Lagos dirigido, a su ayudente capitán don Belisario Campo, hoy general retirado del ejército, y le dijo:

"Ordene usted al comandante Castro cargue sobre el **Ciudadela** con su regimiento y me da cuenta de la conducta del comandante".

"Como se ve, el coronel no temía por la conducta del 3º de línea ni de los señores José Antonio Gutiérrez y Federico Castro, pero cauteloso, conocedor de los quilates guerreros del primer jefe de don Ricardo Castro, ordenaba a su ayudante vigilar a don Ricardo y le diese cuenta".

"El capitán Campo saltó de su caballo, y loma abajo se dirigió en busca del jefe del 3º de línea, de don Ricardo Castro. Y, mientras don Beli, el Huaso Campo, como en todo el campamento, en el ejército y en la marina se denominaba al capitán Campo, baja la loma,llega a la hondonada, sube el repecho y encumbra la cima del mogote en cuya occidental falda (26) se encuentran los niños del 3º; asistamos nosotros a otra curiosa escena que entre los jefes del Tres se desarrolla".

"En columnas cerradas, por compañías, hemos ya varias veces repetido, se encuentra el 3º, de línea; son ya las 5 de la mañana; las estrellas principian a perder su brillo y su dulce titilar disminuye rápidamente; huye la pavorosa noche y la aurora quiere asomar al Oriente; hacia el Norte, y por todas partes, se aproxima la dulce claridad del día. Estamos en el preciso momento en que va ya a nacer el 7 de junio."

"Y este es precisamente el momento en que, el comandante don Ricardo Castro, debe iniciar el movimiento y

(26).— Con admirable exactitud describe Molinari la topografía del terreno en donde acampó el 3o. de línea la noche del 6; nosotros que lo conocemos palmo a palmo, por haberlo recorrido en repetidas ocasiones, cuando la juventud peruana de Arica, en romería patriótica, visitaba anualmente esos campos regados con la sangre de nuestro héroes, tenemos que declararlo así.

emprender el ataque; y sin embargo, don Ricardo aún no se mueve, ni piensa en lanzar a su bravo regimiento al asalto."

"Don Federico Castro, sargento mayor del cuerpo que manda el primer batallón, se dirige con don José Antonio Gutiérrez donde su comandante y le dicen; la luz del día va a descubrir su presencia al enemigo y el ataque se frustraría."

"Don Ricardo Castro declara que aún no es tiempo de hacerlo, que esperen; y disculpa su miedo, su absoluta falta de civismo con que aún no es tiempo!"

"En ese preciso momento, en que los bravos comandantes José Antonio Gutiérrez y Federico Castro piden a su jefe dé la orden de marchar, llega el ayudante Campo, del coronel Lagos, y ordena al comandante don Ricardo Castro cargue con su regimiento, en cuyas filas ya todos saben que su jefe se quiere quedar atrás en la hora suprema del sacrificio."

"Y don Ricardo Castro elude al ayudante de Lagos el cumplimiento de la terminante y severa orden que se le dá."

"El mayor don Federico Castro, con rabia encontrada y con severa calma exclama: "Señores, la responsabilidad del ataque no es sóla suyas; yo también tengo que responder de mi regimiento y de mi nombre, yo no espero mas, yo ataco!"

"E incontinente se puso al frente de su tropa y cargó".

"El comandante don Ricardo Castro no desplegó sus labios; el miedo sucio, serval lo dominó por completo."

"Fué inútil que don José Antonio Gutiérrez le increparan su conducta, porque don Ricardo Castro no desplegó sus labios ni dió tampoco a Gutiérrez orden de partir".

"No sea usted só........exclamó el capitán Campos cargue, no enlode sus galones, agregó Campo."

"Don José Antonio Gutiérrez miró con desprecio a su comandante, y partió al trote con el segundo batallón y con

Campos, que ya no abandonó al 3º en el ataque al **"Ciudadela".**

Y en otra parte de su libro dice Molinari:

"Se iba a jugar en el ataque la gloria de servir a la patria y era lógico que aquellos soldados, veteranos todos, quisieran tomar parte en aquella función de guerra que prometía ser grande, famosa. Todos querían ofrendar sus vidas. Y sin embargo aquello no fué asi, pues dos jefes hubo a quienes tomó lo flaqueza, el miedo, y no estuvieron a la altura de su deber y del buen nombre del ejército de su patria: el comandante del "Buín", Ortiz, y el del 3º, Ricardo Castro!"

Tiene por único objeto la extensa trascripción que precede, hacer saber a nuestros lectores, que, entre los jefes chilenos que formaron en la división de Lagos, hubieron también cobardes, entre éstos, según lo hemos visto, los comandantes de los regimientos 3º de línea y "Buín", a quienes temblaron las piernas de miedo, pues el primero se resistió a asaltar la batería de Fermin Nacarino, cuya defensa había sido encomendada al león tacneño, a don Justo Arias y Aragüéz.

Un momento más de vacilación de parte del enemigo para atacar este fuerte y el mencionado jefe peruano habría descubierto su presencia a través del velo de la mañana — que ya comenzaba a rasgar su broche — estacionado sobre el montículo en que arma al brazo, hacia la gran guardia, esperando la orden para el asalto; un momento más, decimos, y los artilleros de dicha fortaleza lo habrían ametrallado ventajosamente, y las tropas que lo esperaban, arma al brazo también, tras los parapetos, no habrían sido sorprendidas, como fueron, y su defensa habría sido más eficaz, costando el triunfo a aquél más sangre de la que le costó.

El comandante don Manuel C. de La Torre no consigna en su parte del combate la deserción de Belaúnde; sin duda le tembló la mano cuando intentó hacerlo, o acaso pensó que ello amenguaba el valor histórico del consejo de guerra. A nosotros no nos ha temblado, por cierto, al consignarlo en esta páginas, porque, imitando a Molinari, queremos, como hijos del suelo donde se realizó el sacrificio de los 1500 de Bolognesi, marcar la frente del desertor de Arica con sello infamante, para escarmiento de cobardes y villanos.

Por su parte, el historiador chileno mencionado condena enérgicamente la acción de Belaúnde.

Desgraciadamente, el día de la toma de Arica desapareció el archivo militar del jefe de la plaza; sólo salvaron unos pocos documentos, que de otra suerte, Vicuña Mackehena y los demás historiadores chilenos de la guerra del Pacífico, habrían hecho del dominio público la orden del día en que Bolognesi declaró a Belaúnde cobarde e indigno de pertenecer al instituto armado (27).

---

(27).— Se ha dicho siempre en Arica, no sabemos con qué fundamento, que el archivo del estado mayor de la plaza, fué enterrado en las vecindades de la casa que ocupaba el héroe, en la calle de "Ayacucho", sobre la falda del Morro; así debe haber sucedido, porque, como hemos dicho, no cayó en poder del enemigo. Recordamos a este respecto, que, con motivo de la restauración, ha varios años, de la citada finca, se practicaron excavaciones en el interior de ella, con el fin de descubrir el sitio que ocultaba tan valiosa documentación; pero, desgraciadamente, no dieron el resultado que se perseguía, privando así a la historia patria de consignarla en sus páginas.

Campos, que ya no abandonó al 3º en el ataque al **"Ciudadela".**

Y en otra parte de su libro dice Molinari:

"Se iba a jugar en el ataque la gloria de servir a la patria y era lógico que aquellos soldados, veteranos todos, quisieran tomar parte en aquella función de guerra que prometía ser grande, famosa. Todos querían ofrendar sus vidas. Y sin embargo aquello no fué asi, pues dos jefes hubo a quienes tomó lo flaqueza, el miedo, y no estuvieron a la altura de su deber y del buen nombre del ejército de su patria: el comandante del "Buín", Ortiz, y el del 3º, Ricardo Castro!"

Tiene por único objeto la extensa trascripción que precede, hacer saber a nuestros lectores, que, entre los jefes chilenos que formaron en la división de Lagos, hubieron también cobardes, entre éstos, según lo hemos visto, los comandantes de los regimientos 3º de línea y "Buín", a quienes temblaron las piernas de miedo, pues el primero se resistió a asaltar la batería de Fermin Nacarino, cuya defensa había sido encomendada al león tacneño, a don Justo Arias y Aragüéz.

Un momento más de vacilación de parte del enemigo para atacar este fuerte y el mencionado jefe peruano habría descubierto su presencia a través del velo de la mañana — que ya comenzaba a rasgar su broche — estacionado sobre el montículo en que arma al brazo, hacia la gran guardia, esperando la orden para el asalto; un momento más, decimos, y los artilleros de dicha fortaleza lo habrían ametrallado ventajosamente, y las tropas que lo esperaban, arma al brazo también, tras los parapetos, no habrían sido sorprendidas, como fueron, y su defensa habría sido más eficaz, costando el triunfo a aquél más sangre de la que le costó.

El comandante don Manuel C. de La Torre no consigna en su parte del combate la deserción de Belaúnde; sin duda le tembló la mano cuando intentó hacerlo, o acaso pensó que ello amenguaba el valor histórico del consejo de guerra. A nosotros no nos ha temblado, por cierto, al consignarlo en esta páginas, porque, imitando a Molinari, queremos, como hijos del suelo donde se realizó el sacrificio de los 1500 de Bolognesi, marcar la frente del desertor de Arica con sello infamante, para escarmiento de cobardes y villanos.

Por su parte, el historiador chileno mencionado condena enérgicamente la acción de Belaúnde.

Desgraciadamente, el día de la toma de Arica desapareció el archivo militar del jefe de la plaza; sólo salvaron unos pocos documentos, que de otra suerte, Vicuña Mackehena y los demás historiadores chilenos de la guerra del Pacífico, habrían hecho del dominio público la orden del día en que Bolognesi declaró a Belaúnde cobarde e indigno de pertenecer al instituto armado (27).

---

(27).— Se ha dicho siempre en Arica, no sabemos con qué fundamento, que el archivo del estado mayor de la plaza, fué enterrado en las vecindades de la casa que ocupaba el héroe, en la calle de "Ayacucho", sobre la falda del Morro; así debe haber sucedido, porque, como hemos dicho, no cayó en poder del enemigo. Recordamos a este respecto, que, con motivo de la restauración, ha varios años, de la citada finca, se practicaron excavaciones en el interior de ella, con el fin de descubrir el sitio que ocultaba tan valiosa documentación; pero, desgraciadamente, no dieron el resultado que se perseguía, privando así a la historia patria de consignarla en sus páginas.

Belaúnde a punto de ser pasado por las armas.

Cuando aquél huía desatentado del teatro de su hazaña a esconder la vergüenza de su acción, la justicia estuvo a punto de caer inexorable sobre él. Sin pensarlo se encontró en el camino a Tarata con el prefecto de Tacna, doctor Pedro Alejandrino del Solar, que se dirigía a Arequipa, después de la derrota del Campo de la Alianza.

Belaúnde no pudo disimular la contrariedad y el temor que experimentó por tan inesperado encuentro. I como no pudiera justificar su presencia en ese sitio, ni dar noticias concretas de la guarnición de Arica, hizo sospechar que había desertado de las filas de Bolognesi; por lo que el doctor del Solar lo redujo a prisión, salvando milagrosamente de ser fusilado por no haberse encontrado en esos momentos oficiales de alta graduación para formar consejo de guerra.

Las patriotas placeras tacneñas castigan al desertor.

Dos o tres años después de la ocupación de Tacna por las armas de Chile, Belaúnde regresaba de La Paz (Bolivia) a la primera de las ciudades citadas. Un buen día se le antojó visitar la plaza del mercado; pero nunca lamentará lo bastante la hora en que tal hiciera. Lluvia de coles, cebollas, patatas, etc., arrojaron sobre él las patriotas placeras tacneñas, la mayor parte de las cuales lloraba la pérdida de un deudo o amigo suyo muerto en el combate de Arica.

Así castigaron la cobarde acción del que desertó de las filas que comandaba, en circunstancias que el enemi-

go de la patria se hallaba al alcance de los cañones del puerto.

Belaúnde diputado a Congreso.

El dictador Piérola pagó con creces a Belaúnde— a quien estaba ligado por los vínculos del compadrazgo— los servicios políticos que le prestara en sus pasadas revoluciones.

Olvidó el agitado caudillo demócrata que este mal peruano llevaba en su frente el **"inri"** infamante de cobarde y desertor; y haciendo escarnio de la vindicta pública, que a gritos reclamaba el castigo del réprobo, le prestó eficáz apoyo en su gobierno (1896), a efecto de que fuera elegido—como lo fué—diputado a congreso por la provincia de Tayacaja no obstante haber protestado de ello los representantes, parlamentarios por Tacna libre, distinguiéndose entre éstos por la vehemencia y calor con que trató el punto, el probo y patriota tacneño señor Modesto Basadre.

Por habernos ocupado con más amplitud de la necesaria de tan tristemente célebre personaje, nos abstenemos de comentar el error político—por no calificarlo de capricho inconcebible—en que incurrió el Sr. de Piérola, al apoyar la candidatura de este mal peruano; atribuyéndolo a la desorganización política de la época, como consecuencia de la revolución coalicionista que puso término a la segunda administración del general Cáceres.

El juramento de los héroes

CAPITULO VIII

La guarnición peruana en espera del enemigo.— Bolognesi recorre a todas horas los distintos sectores de la plaza.— Se teme una sorpresa del enemigo por mar.— Rondas marítimas nocturnas.— El juramento de los héroes.

La guarnición peruana en espera del enemigo.

Veamos, entre tanto, lo que sucedía en las filas enemigas.

Como hemos consignado en páginas anteriores, apenas se tuvo noticia del desastre de Tacna, Bolognesi dispuso que se redoblase la vigilancia en los sectores vulnerables, y dictó algunas medidas de acuerdo con el plan de defensa.

Todo estaba, pues, previsto para contrarrestar el empuje del enemigo.

Los defensores habían jurado salvar el honor nacional con el sacrificio de sus vidas, y lo cumplieron; casi todos cayeron en la lucha, exhibiéndose ante el mundo como ejemplo de abnegación y patriotismo.

Bolognesi recorre a todas horas los distintos sectores de la plaza.

La presencia de exploradores enemigos en las vecindades de Arica, trajo a los sitiados el convencimiento de que el enemigo pugnaba por lanzarse sobre la plaza, ya que, como se ha dicho, su falta de salida al mar hacía cada vez más difícil su situación en Tacna.

El coronel Bolognesi, acompañado de los jefes divisionarios Inclán y Ugarte, recorría a caballo, constantemente, las fortalezas y sectores del Norte y Este, cuyas defensas estaban encomendadas a los batallones "Iquique" y Tarapacá", las primeras, y a "Artesanos de Tacna", "'Granaderos de id. y "Piérola", las otras.

Se teme una sorpresa del enemigo por mar.—Rondas nocturnas.

También se tomaron precauciones para evitar una sorpresa por mar.

Con efecto, las rondas nocturnas de la lancha-torpedo "Alianza", a la que el enemigo daba más importancia de la que tenía, pues la eficacia ofensiva de los torpedos era por entonces un problema,—fueron más activas, máxime cuando se tuvo certeza de que el ejército sitiador se comunicaba con su escuadra por la playa de Chacalluta; las rondas, decimos, se hacían con más frecuencia, no sólo por la lancha citada, sino también por botes armados en guerra del moni-

tor "Manco Capac" y de la capitanía de puerto, cuyo jefe, el capitán de fragata don Eduardo Raygada, fué, también, uno de los colaboradores activos y entusiastas con que contó el coronel Bolognesi en la defensa de la plaza. Podemos decir que la vigilancia de la extensa bahía ariqueña estuvo a cargo exclusivamente, de este pundonoroso marino, quien no sólo jugó papel importante en el desempeño de su cometido de capitán de puerto, sino que se distinguió también en forma sobresaliente el día en que la corbeta "Unión" forzó el bloqueo de Arica, en cuya oportunidad tuvo a su cargo la arriesgada comisión de proveer de combustible a este buque, como así mismo la descarga de los pocos auxilios que condujo para el abandonado ejército de Montero.—A rememorar esa hazaña de la legendaria corbeta, dedicamos extenso capítulo en el tomo de que forma parte el presente libro.

La foja de servicios del comandante Raygada es digna de la fama de nuestros viejos marinos; en ella constan las varias acciones de armas a que concurrió y las importantes comisiones que desempeñara en su larga carrera, figurando su nombre entre los fundadores de la hoy floreciente ciudad de Iquitos.

El 7 de junio cayó prisionero, y en esa condición fué conducido a Chile. Puesto en libertad, la empresa del ferrocarril de Arica a Tacna lo nombró jefe de la estación de la primera de las ciudades citadas, cargo que desempeñó durante algunos años con acierto y aplauso general, en ambiente en que gozaba de antiguas y extensas simpatías, por su sagacidad, espíritu conciliador y don de gentes.

EL JURAMENTO DE LOS HEROES

No hemos podido averiguar con exactitud el día en que tuvo lugar el episodio en que vamos a ocuparnos y del

cual ningún historiador del combate de Arica hace mención, acaso porque no tuvieron noticia de él, o porque no le reconocieron importancia—que la tiene y grande.— Nosotros creemos que fué el día siguiente al en que verificóse el primer consejo de guerra.

Incurriríamos en omisión imperdonable sino lo consignásemos en estas páginas, mucho más cuando tiene él puntos de similitud con aquellas escenas caballerescas medioevales de que nos habla la historia. Por eso lo bautizamos con el título de **El juramento de los héroes.**

El tantas veces recordado subprefecto Sosa nos instó alguna vez a que narrásemos en "El Morro de Arica"—llenando así vacío de que se reciente la historia—el banquete con que el coronel Alfonso Ugarte obsequió a los jefes de la guarnición, en su casa particular, sita en la calle "2 de mayo", hoy propiedad de la señora Susana Pescetto de Mongillo.

A las 8 de la noche la totalidad de aquéllos rodeaban la mesa. El anfitrión y el doctor Sáenz Peña, segundo jefe del batallón "Iquique", hacían los honores de casa. No fué un banquete, ni mucho menos, el con que Ugarte agazajó a sus compañeros de armas, en vísperas del combate; fué apenas una modesta comida de confianza. Ni podía tampoco tener mayores proporciones, porque después de un bloqueo de cerca de un año, se carecía de todo en Arica.

De más está decir que el coronel Bolognesi ocupaba el asiento de honor, como así mismo que la conversación versó sobre los preparativos que se hacían para que la defensa resultase eficáz.

Llega la hora de los bríndis y Ugarte pónese en pié para ofrecer la manifestación en frases impregnadas en el aroma delicado de su alma. Dijo de la suerte que se deparaba a las escasas legiones ariqueñas y del pensamiento que animaba a todos y cada uno en esos momentos supremos en orden a la defensa; y, desnudando su espada gloriosa, tendióla sobre la mesa, invitando a los presentes a desen-

vainar las suyas y ratificar el juramento que habían prestado en la junta de guerra, de morir antes que rendirse!

Fué escena imponente, conmovedora; sobre la cruz de sus espadas todos repitieron el juramento propuesto.

El subprefecto Sosa, que se halló entre los presentes, nos decía que la emoción patriótica sacudió, todo su ser.

Bolognesi agradeció el agasajo y las frases pronunciadas en su elogio por el coronel Ugarte. Estuvo inspirado al referirse a las desgracias de la patria en la dura prueba a que el Destino la había sometido.

Tanto este discurso como el de Ugarte, fueron entusiastamente aplaudidos.

También hicieron uso de la palabra el comandante La Torre, los viejos coroneles Inclán, Arias y Aragüéz y Varela; cerrando el acto con llave de oro, para emplear la vieja metáfora, el comandante Sáenz Peña, que pronunció el más brillante discurso que hasta entonces se había escuchado de sus labios.

El verbo arrebatador del noble argentino conmovió visiblemente, como en el consejo de guerra, a los circunstantes; siendo de sentir que la historia no registre pieza oratoria de tan subidos quilates.

Pero nosotros, como al principio decimos, no podemos permitir que uno de los más hermosos sucedidos históricos de los muchos que precedieron a la jornada de Arica, permanezca ignorado.

El enemigo pide la rendición de la plaza

LA RESPUESTA HISTORICA

CAPITULO IX

Los asaltantes obsesionados con la idea de la dinamita, resuelven enviar parlamentario para exigir la rendición de la plaza.— El parlamentario penetra en el recinto militar peruano.— Se le conduce vendado a presencia del gobernador de la plaza.— Pide a éste la rendición de los defensores.— Bolognesi pronuncia su histórica respuesta.— Los demás jefes de la plaza la ratifican.— Manifestaciones patrióticas frente a la casa donde tuvo lugar la conferencia con el parlamentario chileno.— El enemigo al conocer la resolución de los sitiados, inicia el bombardeo de la plaza.— Cree atemorizarlos a efecto de que desistan de su propósito.— Se reanuda el bombardeo al día siguiente.— Toma participación la escuadra bloqueadora.— Las fortificaciones del Morro rompen los fuegos sobre élla.— Se pelea con valor por ambas partes.— Las fortificaciones del puerto ponen

en fuga a la escuadra atacante.— Así lo declaran varios historiadores chilenos.— Día de gloria para el Perú.— Explosión a bordo del "Cochrane".— El regimiento chileno "Lautaro" simula un ataque por el Norte.— Los cañones de San José detienen el avance de este cuerpo.— El enemigo comisiona al ingeniero Elmore para proponer por segunda vez la capitulación de la plaza.— Bolognesi la rechaza.— Elmore suministra importantes datos sobre el ejército invasor.— Regresa al campamento chileno llevando la respuesta del jefe de la plaza.— Entre tanto Lagos levanta sus tiendas de campaña y se sitúa frente a las fortalezas del Este.— Interesante carta del ingeniero Elmore.— Polémica histórica entre el parlamentario Salvo y el tradicionista Ricardo Palma.

Los asaltantes obsesionados con la idea de la dinamita resuelven enviar un parlamentario para exigir la rendición de la plaza.

Vamos a ocuparnos ahora en el episodio más culminante de la defensa de Arica; en la proposición que formuló el general Baquedano al coronel Bolognesi, por intermedio de parlamentario, para que rindiera la plaza; lamentando que nuestra pluma carezca de galas de estilo para describirlo cual reclama su importancia histórica. Así, pues, lo haremos procurando no alterar en lo menor los hechos, a cuya efecto no sólo recurriremos a documentos oficiales emanados de fuentes peruanas y chilenas, sino a nuestros recuerdos; pues a raíz de estos acontecimientos, varios sobrevivientes de la jornada, entre éstos algunos de alta graduación, como el coronel Varela y el segundo jefe del batallón "Artesanos de Tacna", hoy coronel, don Francisco Chocano, nos suministraron valiosas informaciones respecto de la forma cómo se desarrolló el recordado episodio

y las circunstancias que lo rodearon, como así mismo sobre el ingreso del parlamentario Salvo al recinto urbano de la ciudad.

Los asaltantes estaban obsesionados con la idea de la dinamita y de sus terroríficos estragos; temor que no sólo experimentaron los soldados, sino algunos jefes de cuerpo, tales como el comandante del tercero de línea, don Ricardo Castro, de quien ya nos hemos ocupado y en quien se despertó el instinto de conservación en el momento supremo del combate, al recuerdo, tal vez, de los temidos polvorazos de Elmore.

El hecho mismo de haber el general en jefe del ejército chileno, de acuerdo con sus capitanes, enviado parlamentario a proponer la rendición de la plaza, está demostrando que el miedo se apoderó de éllos y nó su fingido deseo de evitar efusión de sangre a los peruanos.

Molinare ratifica este aserto nuestro en el siguiente párrafo de su libro:

"Pero sabían también que Arica estaba minado y repleto de dinamita, y estimando que en el ataque podían volar sus reductos y con ellos gran parte del ejército asaltante, hicieron al coronel Bolognesi proposiciones para que se rindiera, a fin de evitar efusión de sangre en los bandos."

Como se ve, Baquedano y Lagos, y también los demás jefes del ejército expedicionario, no pudieron ocultar su temor a la dinamita, de donde nació la idea de enviar parlamentario, no a proponer la rendición de la plaza, sino como dice Lagos en su parte del combate, "a pedir en nombre de la humanidad la capitulación de la plaza, ya que toda resistencia era inútil".

Se ha dicho a este respecto que Salvo propuso en la junta de jefes a que convocó Bolognesi, la evacuación de la plaza, tributándose a sus defensores los honores militares que en estos casos se estilan.

La noche de la víspera del asalto, el enemigo hacía un

postrer esfuerzo por conseguir que los sitiados aceptasen la capitulación propuesta, según lo veremos enseguida.

El parlamentario enemigo penetra en el recinto militar peruano. —Se le conduce vendado a presencia del coronel Bolognesi.

A pesar de que los sitiados observaban a la simple vista los movimientos y trajines de los regimientos enemigos sobre los cerros fronterizos a la ciudad, nunca pensaron recibir la visita de un emisario de paz, por eso fué grande su sorpresa cuando a las 6 de la mañana del 5 de junio, el citado sargento mayor don Juan de la Cruz Salvo, anunciaba su presencia, por el lado del "Lazareto viejo", por medio de toques de corneta.

La defensa de este sector, como lo hacemos constar en otra parte de este trabajo, estaba encomendada a los batallones "Iquique" y "Tarapacá", el segundo de los cuales se hallaba parapetado en los atrincheramientos que rodeaban el cementerio general. Acompañado de un corneta de órdenes, el jefe de este cuerpo, don Ramón Zavala, salió en el acto, a caballo, al encuentro del inesperado visitante; contestando antes los toques de inteligencia del enemigo.

Un momento más y el jefe peruano llegaba a presencia del emisario chileno, a quien saludó cortesmente, lo mismo que a los de su escolta, que la componían "el ayudante del coronel Lagos, capitán don Enrique Salcedo, alférez del 2o. de artillería, don Santiago Faz, un abanderado, una corneta y dos ordenanzas".

Luego después que el comandante Zavala se impuso de la misión que traía el parlamentario, le vendó la vista, ob-



SARGENTO MAYOR JUAN DE LA C. SALVO
Parlamentario chileno que recibió la respuesta histórica de Bolognesi

servando exquisita cortesía en esta operación; y en seguida lo condujo a presencia del coronel Bolognesi. (28)

No tardó en tenerse noticia en los vivacs peruanos del ingreso de Salvo a la ciudad, en la travesía de la cual fué seguido por grupos de pueblo, hasta la casa que ocupaba el jefe de la guarnición, sita en la calle de "Ayacucho", al pié del Morro. (29)

Después de ascender la pequeña gradería que conduce a la gran sala, se le despojó de la venda, experimentando sorpresa al encontrarse en presencia del jefe para quien traía encargo de su general. El dueño de casa saludólo cortesmente, invitándolo, al mismo tiempo, a sentarse a su lado.

Evidentemente, Vicuña Mackena es el historiador que ha narrado con más exactitud, calor y vida la conferencia que tuvo lugar entre el emisario chileno y el coronel Bolog-

---

(28).—Un episodio igual a este se verificó en la gran guerra europea, cuyo final ha sido la rendición de Alemania.

Los delegados oficiales que designó este país para pactar con el generalísimo francés Foch las condiciones del armisticio solicitado por el imperio teutón, hubieron de someterse a las mismas formalidades que el parlamentario chileno Salvo, a estar al tenor del siguiente cablegrama, trasmitido a la prensa de Lima:

"París, 5 de noviembre de 1918.—Por la Prensa Asociada *L' Intransigeant,* haciendo una relación de la llegada de los delegados alemanes a nuestras líneas, dice: "El automóvil que conducía a la delegación alemana llevaba bandera blanca e iba precedido por un trompeta. Algunos soldados franceses, bajo las órdenes de un oficial, se adelantaron hasta el camino, fuera de nuestras líneas, y una vez que los delegados comprobaron su identidad, mostrando sus credenciales, fueron vendados y se les trasladó al lugar donde debían pasar la noche. A la compañía de zapadores que vino con ellos para componer los caminos, nó se le permitió cruzar las líneas. Winterfields y von Grunnel, delegados alemanes, vestían uniformes de General, von Salow de almirante, y Erzberg y Berndonff, sencillos trajes civiles".

Se hallaba establecido en el campamento de Chacalluta.

Incurre en error involuntario el ilustre argentino al decir que fueron 28 los jefes que asistieron a este consejo de guerra, siendo que solo fueron 14. Fueron, sí, 28 los jefes que asistireon al primer consejo que celebróse al día siguiente de la derrota del campo de la Alianza.

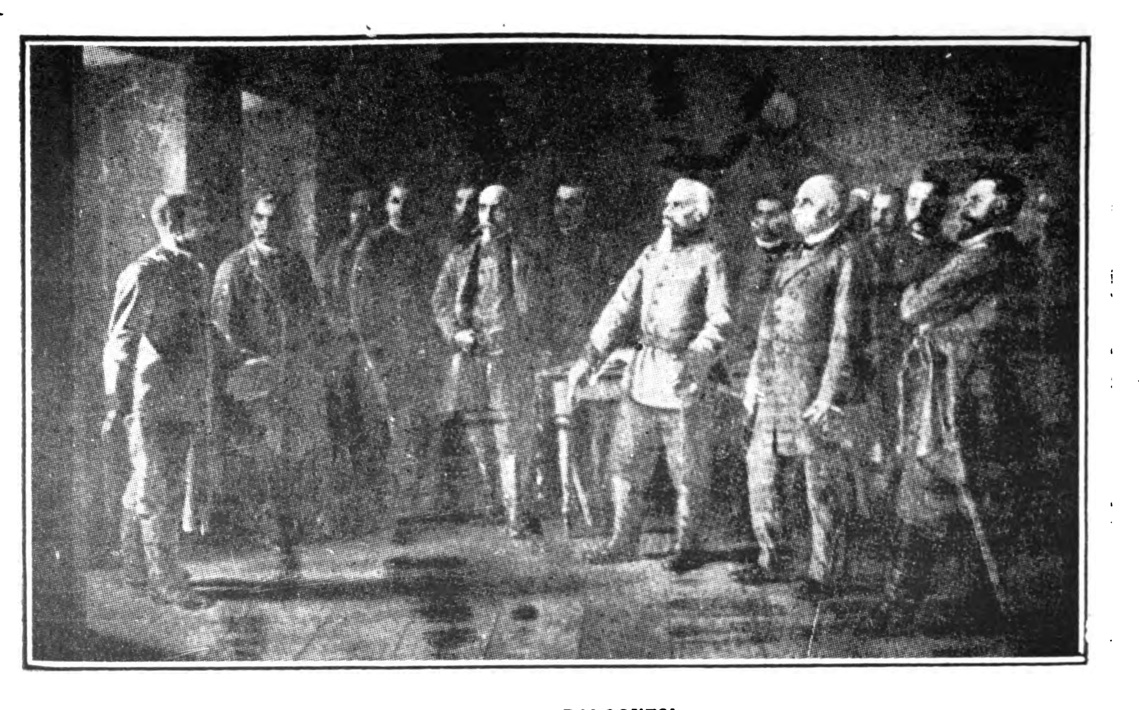
(29).—Esta finca se conoce hoy en Arica con el nombre de "Casa de Bolognesi".

nesi. Fué escena solemne, emocionante, en la que una vez más se puso de manifiesto la altivéz y energía del viejo jefe peruano.

Pocos días después de la hecatombe de Arica llegaba Salvo a Santiago de Chile, conduciendo a numerosos prisioneros peruanos y bolivianos de los combates de Tacna y Arica. En esta ocasión refirió al historiador citado la escena y el diálogo que sostuvo con Bolognesi al proponerle la rendición de la plaza; de manera que debe estimarse como expresión fiel de la verdad el relato que hizo a aquél; porque de memoria priviligiada como le atribuyen algunos panegiristas suyos, es de presumir que no alteró, en lo menor, la forma en que se desarrolló el sucedido en que fué él protagonista principal.

Con caudal de informaciones tan apreciable, recojido a raíz mismo de los acontecimientos, nadie podía aventajar a Vicuña Mackhena en la descripción de la célebre conferencia; razón por la cual todos, o casi todos los historiadores de la guerra del Pacífico lo han consultado al ocuparse en ese interesante episodio.

Nosotros vamos, también, muy a nuestro pesar, a seguirle en su relato; porque, como dejamos dicho, está inspirado él en la verdad y de acuerdo con las informaciones que teníamos de varios jefes peruanos concurrentes a la conferencia, entre otros el subprefecto Sosa, que, aunque no concurrió a ella por encontrarse ese día en Chaca, desempeñando la comisión referida en páginas anteriores, no obstante tuvo amplio conocimiento de ella la noche de su llegada.



LA RESPUESTA DE BOLOGNESI

Cuadro de Lepiani

El parlamentario chileno propone la rendición de la plaza.—Bolognesi contesta que tiene deberes sagrados que cumplir.—Los demás jefes de la guarnición ratifican esa respuesta.

Reinó breve silencio antes que Salvo hiciera conocer al jefe de la plaza la misión que traía.

Bolognesi lo interrumpió "con voz completamente tranquila", según lo refirió Salvo a Vicuña Mackhena.

—"Le oigo a usted, señor.

—"Señor, contestó Salvo, el general en jefe del ejército de Chile, deseoso de evitar un derramamiento inútil de sangre, después de haber vencido en Tacna al grueso del ejército aliado, me envía a pedir la rendición de esta plaza, cuyos recursos en hombres, víveres y municiones conocemos.

—"Tengo deberes sagrados, repuso el gobernador de la plaza, y los cumpliré quemando el último cartucho.

—"Entonces está cumplida mi misión, dijo el parlamentario levantándose.

—"Lo que he dicho a usted, repuso con calma el anciano, es mi opinión personal; pero debo consultar a los jefes; y a las dos de la tarde mandaré mi respuesta al cuartel general chileno."

Vicuña Mackhena atribuyó a ardid de Bolognesi esta consulta, porque lo que pretendía éste, al decir del historiador chileno, era ganar tiempo; suposición antojadiza, infundada, toda vez que las fuerzas peruanas, por su reducido número, estaban imposibiltadas para iniciar la ofensiva, y por consiguiente tenían forzosamente que estar a la defensiva.

"Salvo, que era hombre perspicáz, de la escuela de los Portales, Pinto e Isidoro Errázuriz, replicó al punto al gobernador de la plaza:

—"No, señor comandante general. Esa demora está prevista, porque en la situación en que respectivamente nos hallamos, una hora puede decidir de la suerte de la plaza. Me retiro.

—"Dígnese usted aguardar un instante, replicó Bolognesi, voy a hacer la consulta aquí mismo y en presencia de usted".

"Y agitando la campanilla llamó a un ayudante, al que impartió orden de conducir inmediatamente a consejo a todos los jefes".

La suposición del escritor chileno de que Bolognesi pretendía **ganar tiempo,** queda destruída con la determinación que tomó para celebrar el consejo en el acto, en presencia de Salvo.

Mientras esto sucedía, Bolognesi y el parlamentario conversaron sobre tópicos de actualidad, de los horrores de la guerra; pero pronto comenzaron los jefes a ingresar al salón, interrumpiendo la charla que sostenían.

"El primero en llegar fué Moore, vestido de paisano, pero con corbata blanca de marino; en seguida Alfonso Ugarte, cuya humilde figura hacía contraste con el brillo de sus arreos; el modesto y honrado Inclán, el viejo Arrias; los coroneles Varela y Bustamante, los comandantes O'Donovan, Zavala, Sáenz Peña, los tres Cornejo y varios más."

"Cuando estuvieron todos sentados, en pocas y dignas palabras, el gobernador de la plaza reprodujo en sustancia su conversación con el emisario chileno, y al llegar a la respuesta que había dado a la intimación, se levantó tranquilamente Moore y dijo:

—"Esa es también mi opinión.

"Siguieron los demás en el mismo orden, por el de su graduación, y entónces, dejando a su vez su asiento el mayor Salvo, volvió a repetir:

—"Señores: mi misión está cumplida . . . . .Lo siento mucho—"Y luego alargando la mano a algunos de los

jefes, que le tendían la suya cordialmente, fué diciéndoles sin sarcasmo, pero con acentuación:

—"Hasta luego.

—"Despedido enseguida en el mismo orden en que había sido recibido, llegaba el mayor Salvo a su batería a las 8.30 a. m. y sin cuidarse mucho de decir cuál había sido el resultado de su comisión, pedía una alza y un nivel para apuntar sus piezas de campaña a los fuertes del norte, que tenía a su frente".

Quince fueron lo jefes que asistieron a la junta de guerra antes recordada, los mismos que figuran en el cuadro de Lepiani "La Respuesta". Hé aquí sus nombres: Coroneles: Francisco Bolognesi, José Joaquín Inclán, Justo Arias y Aragüéz, Marcelino Varela, Alfonso Ugarte; Comandantes: Moore, Manuel J. La Torre, Ramón Zavala, Roque Sáenz Peña, Francisco Cornejo, Benigno Cornejo, Francisco Chocano, Bustamante, Ayllón, Capitán de Fragata José Sánchez Lagomarcino.

Por su parte el general Sáenz Peña, en un artículo que publicó sobre el coronel Bolognesi, describe así la conferencia con el parlamentario Salvo:

... ...

Era un parlamentario!

"Bolognesi lo hace recibir con todos los respetos de la ordenanza y todas las leyes de la guerra, le hace vendar los ojos y lo introduce a la plaza, luego a la comandancia, donde ya se encuentra reunida la junta de defensa formada por los coroneles, tenientes coroneles y sargentos mayores del ejército.

Eran veintiocho jefes.

La sesión fué solemne.

Libres de la presión de la venda, los ojos del parlamentario, se clavaron con curiosidad visible en los rostros enemigos; a su turno, el extraño visitante era observado en todos los detalles de su uniforme, su fisonomía, su actitud, sus miradas, todo era observado

minuciosamente, produciendo en la junta una impresión más bien simpática.

El coronel Bolognesi presidiendo la junta, invitó al parlamentario a que diera cuenta de su misión.

El comandante Salvo, entonces sargento mayor de Chile, expuso la situación de ambos ejércitos; la plaza, dijo, no puede defenderse, bloqueada por mar, sitiada en tierra, por un ejército seis veces superior en fuerzas, la resistencia es imposible: el general Baquedano invita a los jefes superiores a evitar que se derrame más sangre que la que acaba de correr sobre los campos de la Alianza.

El general Baquedano pedía la evacuación de la plaza y la entrega de las armas; las tropas peruanas desfilarían con honores militares, batiéndose marcha regular por el ejército chileno.

El coronel Bolognesi se dirigió entonces a los jefes de la junta en estos términos, que reproduzco textualmente:

Señores jefes y oficiales:

"Estáis llamados a decidir con vuestro voto de la suerte de esta plaza de guerra cuya custodia os ha confiado la nación.

No quiero hacer presión sobre vuestras conciencias, porque nuestros sacrificios no serían idénticos.

Yo he vivido setenta y un años, y mi existencia no se pronlongará por muchos días, ¿qué más puedo desear que morir por mi patria y con la gloria de una existencia heroica, que salvará el honor militar y la dignidad del ejército comprometido en esta guerra?

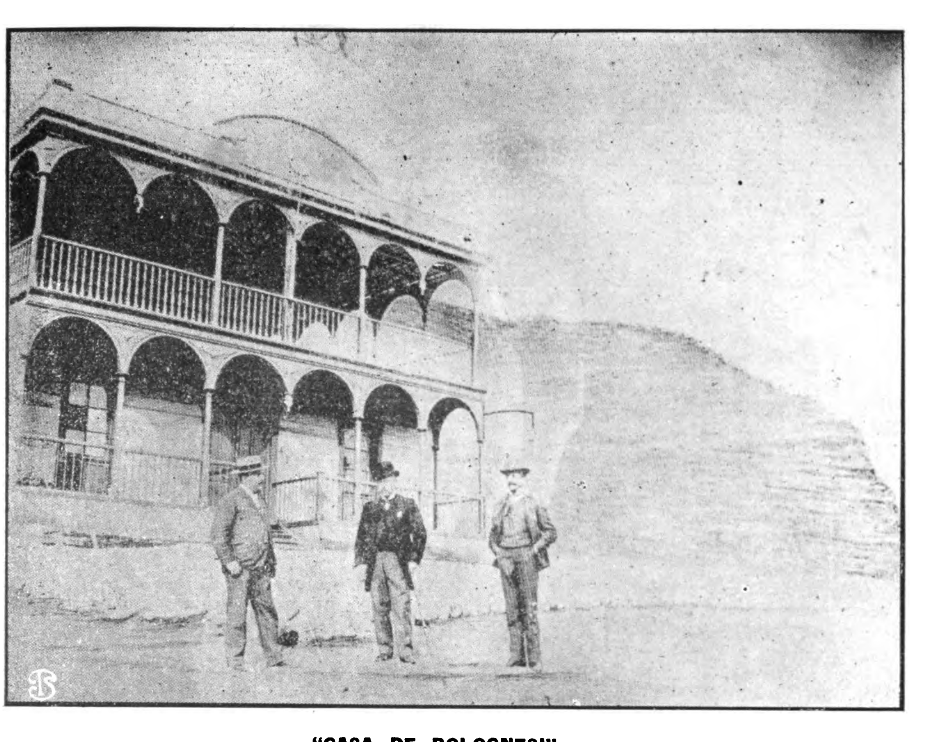
Pero hay entre vosotros muchos hombres jóvenes, que pueden ser útiles al país y servirlo en el porvenir; no quiero arrastrarlos en el egoísmo de mi gloria, sin que la junta manifieste su voluntad decidida de defender la plaza y resistir el ataque.

El comandante en jefe espera que sus oficiales manifiesten libremente su opinión.

El comandante Moore, que ocupaba un asiento en el fondo del desmantelado salón, púsose de pié y pidió que la junta resolviese por aclamación la defensa de la plaza. Todos los jefes se pusieron de pié y la resistencia quedó resuelta por aclamación; fué entonces cuando el coronel Bolognesi se dirigió al parlamentario con una frase cuyo recuerdo lo conservarán los pocos peruanos que sobreviven al desastre.

"Podéis decir a vuestro general que me siento orgulloso de mis jefes y dispuesto a quemar el último cartucho en defensa de la plaza".

Sáenz Peña, transcordado tal vez, incurre en pequeños errores de detalle en la hermosa narración que precede. Confunde el primer consejo de guerra en que se acordó no rendir la plaza, con la junta que celebróse en presencia del parlamentario Salvo, a la que sólo concurrieron 15 jefes, y no 28, número que asistió al recordado primer consejo,



"CASA DE BOLOGNESI"

Donde el héroe pronunció su épica respuesta al parlamentario chileno Salvo

De izquierda a derecha: Gerardo Vargas H.—Francisco Sivirichi—Mariano Delgado de la Flor

minuciosamente, produciendo en la junta una impresión más bien simpática.

El coronel Bolognesi presidiendo la junta, invitó al parlamentario a que diera cuenta de su misión.

El comandante Salvo, entonces sargento mayor de Chile, expuso la situación de ambos ejércitos; la plaza, dijo, no puede defenderse, bloqueada por mar, sitiada en tierra, por un ejército seis veces superior en fuerzas, la resistencia es imposible: el general Baquedano invita a los jefes superiores a evitar que se derrame más sangre que la que acaba de correr sobre los campos de la Alianza.

El general Baquedano pedía la evacuación de la plaza y la entrega de las armas; las tropas peruanas desfilarían con honores militares, batiéndose marcha regular por el ejército chileno.

El coronel Bolognesi se dirigió entonces a los jefes de la junta en estos términos, que reproduzco textualmente:

Señores jefes y oficiales:

"Estáis llamados a decidir con vuestro voto de la suerte de esta plaza de guerra cuya custodia os ha confiado la nación.

No quiero hacer presión sobre vuestras conciencias, porque nuestros sacrificios no serían idénticos.

Yo he vivido setenta y un años, y mi existencia no se pronlongará por muchos días, ¿qué más puedo desear que morir por mi patria y con la gloria de una existencia heroica, que salvará el honor militar y la dignidad del ejército comprometido en esta guerra?

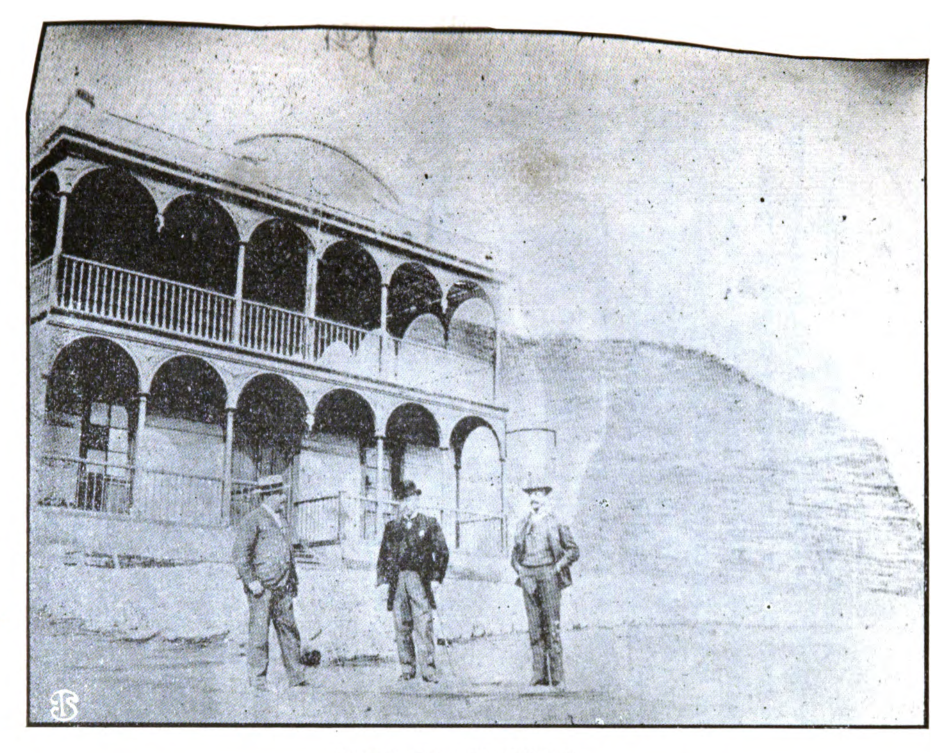
Pero hay entre vosotros muchos hombres jóvenes, que pueden ser útiles al país y servirlo en el porvenir; no quiero arrastrarlos en el egoísmo de mi gloria, sin que la junta manifieste su voluntad decidida de defender la plaza y resistir el ataque.

El comandante en jefe espera que sus oficiales manifiesten libremente su opinión.

El comandante Moore, que ocupaba un asiento en el fondo del desmantelado salón, púsose de pié y pidió que la junta resolviese por aclamación la defensa de la plaza. Todos los jefes se pusieron de pié y la resistencia quedó resuelta por aclamación; fué entonces cuando el coronel Bolognesi se dirigió al parlamentario con una frase cuyo recuerdo lo conservarán los pocos peruanos que sobreviven al desastre.

"Podéis decir a vuestro general que me siento orgulloso de mis jefes y dispuesto a quemar el último cartucho en defensa de la plaza".

Sáenz Peña, transcordado tal vez, incurre en pequeños errores de detalle en la hermosa narración que precede. Confunde el primer consejo de guerra en que se acordó no rendir la plaza, con la junta que celebróse en presencia del parlamentario Salvo, a la que sólo concurrieron 15 jefes, y no 28, número que asistió al recordado primer consejo,



"CASA DE BOLOGNESI"
Donde el héroe pronunció su épica respuesta al parlamentario chileno Salvo
De izquierda a derecha: Gerardo Vargas H.—Francisco Sivirichi—Mariano Delgado de la Flor

en el que Bolognesi pronunció las frases que tan brillante y fielmente consigna el noble argentino.

Mientras se desarrollaba la conferencia, numeroso gentío se congregaba frente a la casa de Bolognesi, ávida de conocer de **visu** al parlamentario, el que antes de abandonar la sala fué nuevamente vendado; despidiéndosele en esta condición en las afueras de la ciudad, en el mismo sitio donde fué recibido y donde ya lo esperaba su escolta.

Cuando el pueblo tuvo conocimiento de la respuesta dada a Salvo, prorrumpió en aplausos y en estruendosos vivas al Perú y a Bolognesi.

POLEMICA HISTORICA ENTRE EL TRADICIONISTA RICARDO PALMA Y EL PARLAMENTARIO SALVO

A propósito de un artículo histórico-literario que allá por el año 1900 publicó nuestro egregio tradicionista don Ricardo Palma, sobre la respuesta que Bolognesi dió al parlamentario Salvo, éste jefe negó años más tarde, en 'El Mercurio" de Valparaíso, que el héroe de Arica pronunciara la legendaria frase "quemaremos el último cartucho", al intimarle la rendición de la plaza; afirmación que puso de manifiesto la ninguna seriedad que caracterizaba a ese militar enemigo, que así desautorizaba la advertencia que Vicuña Mackhena estampa en su historia de la guerra del Pacífico, al reseñar la escena en que Bolognesi pronunció esa respuesta. Previene este escritor que la intimación de Arica "le fué referida por el mayor Salvo a los pocos días

de su llegada a Santiago, en junio de 1880, conduciendo en el transporte "Itata" a los prisioneros de Tacna y del Morro, y la hemos conservado—dice—con toda la fidelidad de un calco".

Para confundir a Salvo, Palma apeló no sólo a Vicuña Mackhena, sino también al testimonio de los jefes peruanos sobreviviente del combate mencionado, señores La Torre, Marcelino Varela, y Sáenz Peña, asistentes a la junta de guerra en que Bolognesi pronunció la precitada respuesta, la cual, a mayor abundamiento, el mismo día la trasmitió este jefe al prefecto de Arequipa, en el siguiente cablegrama:

Junio 5.

Prefecto.

Arequipa.

Parlamento impone rendición. Contestación, previo acuerdo jefes: "Quemaremos el último cartucho."

Bolognesi.

Como se ve, una o dos horas después de haber dado su épica contestación el jefe de la plaza, la comunicaba a Arequipa, sin duda con el objeto de que de allí fuera trasmitida a Lima, con cuya capital, estaba Arica incomunicado.

Pero Palma pudo encontrar en las colecciones de diarios nacionales de la época en que se realizaron los acontecimientos que rememoramos, pruebas más abrumadoras aún que las que presentó; colecciones, por lo demás, que tenía a su disposición en la Biblioteca Nacional de la que era ponderado director.

En nuestra búsqueda de noticias sobre el combate de Arica, hemos hallado en "La Opinión Nacional", de Lima, una interesante carta dirigida por don Máximo R. Lira, secretario general del ejército chileno, en campaña, a don Patricio Linch, en la que entre otras cosas dice:

"Una vez que nuestra artillería y tropa estuvieron de manera que se cerraba al enemigo todas las puertas de salida, se envió en la mañana del 5 al mayor Salvo, de artillería, a intimar la rendición de la plaza.

"El coronel Bolognesi comandante en jefe, reunió a todos los jefes superiores en presencia de nuestro parlamentario, y unánimemente declararon que estaban resueltos a *quemar el último cartucho*".

"Traída la respuesta al campamento, se rompió por ambas partes el fuego de artillería".

Es de suponer que, cuando Salvo regresó a su campamento, llevando a Baquedano la respuesta del coronel Bolognesi, estarían presentes—dada la ansiedad que existía en éllos por conocer la resolución de los sitiados—todos los jefes del ejército expedicionario, inclusive el secretario general Lira, que en esos momentos hacía las veces de ministro de fé. Y que estuvo presente no cabe dudar, porque de otra suerte no habría retenido la homérica respuesta, la que también la consigna en su parte del combate el jefe de estado mayor chileno, en la siguiente forma:

"Antes de la ruptura de las hostilidades U. S. mandó de parlamentario ante el jefe de la plaza, al sargento mayor don José de la Cruz Salvo. Este jefe cumplió debidamente su cometido. Dijo al coronel Bolognesi que U. S., empeñado en evitar la efusión de sangre, pedía en nombre de la humanidad la capitulación de la plaza, ya que toda resistencia era inútil, porque el ejército de Tacna, hecho pedazos, dispersado y prisionero en su mayor número, el 26, no podía en manera alguna prestarles auxilio; que contaba con un crecido ejército que sitiaría la plaza o la tomaría al asalto, siendo él el responsable de las consecuencias. El coronel Bolognesi respondió, después de conferenciar con sus jefes compañeros, *que estaba dispuesto a salvar el honor nacional de su país* QUEMANDO EL ULTIMO CARTUCHO".

Además de las pruebas incontrovertibles aducidas por nuestro tradicionista, para destruír las aseveraciones de Salvo, tenemos las que acabamos de presentar nosotros, a cual más abrumadora y concluyente; en primer término, el cablegrama que dirigió el jefe de la plaza a la autoridad política de Arequipa, el mismo día en que tuvo lugar el consejo, comunicando su resolución de no rendirse: después, la carta del secretario general del ejército chileno

en campaña, don Máximo R. Lira, años más tarde enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en el Perú, y últimamente intendente de Tacna, comunicando a Lynch los episodios de la jornada de Arica; y finalmente, el parte oficial del jefe de estado mayor chileno sobre dicho combate, transcripto por el general Baquedano al ministro de guerra en campaña, en el que, como se ha visto, se hace constar, también, la respuesta dada por Bolognesi al parlamentario Salvo.

Después de todo lo expuesto, creemos que nadie, en ningún tiempo, se atreverá a poner en duda la contestación que el defensor de Arica dió al parlamentario enviado por el alto comando enemigo a proponerle la rendición de la plaza.

Al conocer la respuesta de los sitiados, el enemigo iincia el bombardeo de la plaza.—Con esta tentativa creen hacerle desistir de su propósito de no rendirse.

Después de informar a su general del resultado de su entrevista con el coronel Bolognesi, el sargento mayor Salvo, se hizo cargo de su batería, al decir de Vicuña Mackehena, emplazada de antemano en los cerros fronterizos a las "Carpas" del ferrocarril de Arica a Tacna; las otras lo estaban en sectores distintos, listas, también, para romper los fuegos sobre la sitiada ciudad, de consuno con la escuadra bloqueadora, que ese día la formaban el "Cochrane", la "Magallanes", la "Covadonga", el "Loa" y 5 transportes, "prontos para cualquier emergencia".

A estar al parte oficial elevado por Lagos al general Baquedano, este bombardeo tuvo por objeto conseguir que los sitiados desistieran de su propósito de resistir y se avinieran a aceptar la capitulación que se les acababa de proponer.

Dice Lagos a este respecto:

"Abrigábamos entonces la esperanza de que con esta tentativa los peruanos desistirían del propósito de seguir resistiendo inútilmente, sin probabilidades de triunfo. Al mismo tiempo obligándolos a batirse, les dábamos oportunidad para salvar el honor de su país y entrar en honrosa y cuerda capitulación. La sangre preciosa derramada en Tacna y los herrores que trae consigo un combate, nos había hecho desistir antes del asalto, esperando arreglarlo todo por la vía tranquila y sensata de la palabra".

... ...

"Al amanecer del día 5, los cañones se encontraban en baterías, en la parte alta de los cerros del Este, dominando el puerto de Arica, y a las 8 a. m. rompieron sobre las fortalezas del enemigo, algunos de las cuales no podían distinguirse bien, pues las baterías estaban cubiertas y a lo lejos precían sólo grupos de verduras".

"La distancia que los separaba de éstas era de 5000 metros. Los fuertes situados a las alturas paralelas al Morro y los de San José y Santa Rosa, contestaron en el acto con buenas punterías, a tal punto, que nuestros artilleros veíanse cubiertos y expuestos a ser heridos por los cascos de las granadas que reventaban sobre ellos".

"Hechos algunos disparos para apreciar la distancia y conocer bien la situación de los cañones peruanos, se tocó alto el fuego, que también cesó por parte de aquéllos".

El 6 se reanuda el bombardeo con más energía por mar y tierra.—La escuadra chilena avanza en son de combate sobre el puerto.—Las baterías de tierra rompen sus fuegos sobre ella.

El día siguiente, o sea el 6, el enemigo repitió el bombardeo, tanto por tierra como por mar.

Con efecto, a las 11 a. m., (30), los cañones de Lagos rompen sus fuegos sobre la ciudad, y a la 1.30 p. m., según lo hace constar este jefe en su parte, lo hacía también la escuadra, siendo el "Loa" el primero en romper los suyos (31).

(30).—Esta hora le dá Lagos en su parte oficial, mientras que el comandante peruano La Torre hace constar en el suyo que las baterías enemigas rompieron sus fuegos a las 12.50 p. m.

(31).—El crucero chileno "Loa" abandonó el convoy de la escuadra bloqueadora y se dirigió al puerto rompiendo sus fuegos sobre el Morro, siendo contestados inmediatamente por éste. Acto contínuo se trabó un combate serio con el blindado "Cochrane", "Magallanes" y "Covadonga", que lanzaban sus proyectiles sobre todos nuestros fuertes. (De la libreta de apuntaciones del subprefecto Sosa)

Las fortalezas del puerto contestan en el acto, trabándose desde este momento reñido combate de artillería, que atruena los aires.

El "Cochrane" y la "Magallanes", enfilan sus proras en dirección al Morro, y el "Manco Capac", rompe inmediatamente sus amarras y sale al encuentro del blindado, sin arredrarse ante la superioridad combativa del coloso enemigo.

Antes de que las atrevidas naves chilenas lo hicieran, los cañones del temido peñón rompen sus fuegos sobre ellas, la primera de la cuales—el "Cochrane"—disparó los suyos cuando estuvo a 2500 metros de tierra; la "Magallanes" lo hizo a 4000.

La "Covadonga", (32), sin fijarse en el peligro que corría, disparó sobre las fortificaciones del Norte cuando estuvo a 2000 metros de éllas.

"Nuestros artilleros, dice Molinari, redoblaron sus esfuerzos, y las piezas de todos nuestro reductos, de todos nuestros baluartes, vomitan torrentes de fuego y metralla".

Las baterías "Ciudadela" y "Este", comandadas por Fermín Nacarino y Medardo Cornejo, ponen a raya, a su vez, a las chilenas, emplazadas en las eminencias de los cerros del lado de Lluta y Saucache, (Azapa) (33).

---

(32).—Este buque perteneció a España; en la guerra que a mediados del pasado siglo sostuvo esta nación con el Perú, Chile, Bolivia y Ecuador, fué apresado por la corbeta chilena "Esmeralda", comandada por Williams Rebolledo, mediante una estratagema, que consistió en cambiar su bandera por la americana. Más tarde, en la guerra del Pacífico, combatió en Iquique, y en circunstancias que la fragata peruana "Independencia" la perseguía de cerca, encalló ésta en los arrecifes de Punta Gruesa; cuando advirtió la realización de este desgraciado accidente suspendió su fuega y regresó a bombardear a los náufragos. Pocos meses después pagaba caro su cobarde acción: fué volada en la bahía de Chancay por un torpedo peruano, ingeniosamente colocado, pereciendo la mayor parte de sus tripulantes.

(33).—"El 5 de junio se recibió en la casa del comandante general al parlamentario Salvo, y resuelta la defensa de la plaza,



Se pelea con encarnizamiento por ambas partes.—No registra nuestra historia combate de artillería semejante.

Fué imponente el expectáculo de este combate por mar y tierra, en el que la única arma que se empleó, como se ha dicho, fué la artillería, representada por cañones de diversos calibres y sistemas; siendo los chilenos de mayor alcance y de más moderna fabricación; lo que se evidenció en el simulacro de bombardeo del día anterior, en que los disparos de los Krupps del enemigo pasaban sobre el Morro, para ir a caer más allá de la isla del "Alacrán".

El estridente silbido de los proyectiles chilenos en el cielo ariqueño, no cesó hasta el momento en que se produjo a bordo del "Cochrane", el accidente de que damos cuenta en seguida. Las estrepitosas detonaciones de ambas artillerías semejaban tempestades andinas; durante cuatro largas horas los atacantes hicieron infructuoso alarde de su poder marítimo y terrestre; más sin conseguir su objetivo; por el contrario, ese día sufrió merecido castigo. Nuestra historia no registra combate de artillería de la magnitud de éste; sólo el del 2 de mayo de 1866 entre la poderosa escuadra española de Méndez Núñez y las baterías del Callao, tiene alguna similitud. Lluvia de fierro y metralla cayó ese día en ambos campos contrincantes, como que el enemigo hizo 272 disparos y 71 nosotros.

---

ese mismo día, el enemigo emplazó en las alturas de los cerros del lado de Lluta, en la quebrada de Azapa, y que forman su lado Norte, cuatro cañones, que al disparar sobre el Cerro Chuño, (Batería del Este) y el Morro, le hizo un disparo la batería del Este, y en el acto se retiraron hasta situarse más a retaguardia, y en la ladera de los cerros hácia "Condorillo", en donde había otros cañones, tal vez hasta 20, y todos entonces principiaron a bombardear la población, uniéndose después los buques bloqueadores "Cochrane", "Covadonga" y transportes. Bombardeo inútil que no produjo ningún daño, como los anteriores". (Sosa, apuntaciones citadas).

Las fortificaciones del puerto ponen en fuga a la escuadra enemiga. —Así lo declaran sus propios historiadores.—Día de gloria para nuestras armas.—Explosión a bordo del "Cochrane".

Veámos los daños causados en uno y otro bando.

En el peruano no hubo desgracias personales que lamentar; habiendo sido insignificantes los perjuicios que las balas enemigas causaron en la ciudad. Así lo hacen constar todos los cronistas de la época de la guerra, peruanos y chilenos, a estar a las transcripciones que hacemos a continuación, tomadas de los partes oficiales y de varios historiadores.

El comandante La Torre, jefe de estado mayor peruano, dice en su parte del combate del 7:

"...... Por nuestra parte no hubieron averías de consideración.

Vicuña Mackehena:

"No causaron daño visible en las baterías peruanas nuestros buques".

El ex-subprefecto Sosa dice en su libreta de apuntaciones, tantas veces recordada, que no es sino una copia de la comunicación que dirigió al dictador Piérola, desde su prisión de San Bernardo:

...... "En este momento se trabó un combate serio con el blindado "Cochrane", "Magallanes" y 'Covadonga", que lanzaban sus proyectiles sobre todos nuestros puestos. La artillería chilena situada en el cerro de Lluta, también aprovechaba de estas circunstancias para hacer fuego a "San José"; así es que el fuego era de tierra y mar.

"Día glorioso para el Perú; por nuestra parte no tuvimos ninguna desgracia que lamentar".

Por lo que respecta a la escuadra y a la artillería chilena de tierra, podemos decir que ese día sufrió verdadera derrota; así lo reconocen también algunos escritores chi-

lenos, entre éstos Molinari, que tiene la franqueza de decir:

"En verdad, **el triunfo fué de los peruanos".**

Por su parte Vicuña Mackehena reconoce que "el bombardeo y ataque marítimo de Arica, ejecutado el domingo 6 de junio, en consorcio con las baterías de tierra, (chilenas) **no fué feliz.**

Y agrega:

"No causaron daño visible en las baterías peruanas nuestros buques, y por el contrario el "Cochrane", además de muchos golpes de blindaje, tuvo 28 bajas en la batería, porque un proyectil enemigo entró por un portalón, incendiando dos saquetes de pólvora, mató siete bravos y dejó quemados tres veces ese número. Estuvo, a punto de suceder una catástrofe".

Y para cohonestar el fracaso de sus armas ese día, dice:

"Hallábase el mar demasiado agitado y las baterías Krupps demasiado apartadas para hacer efecto".

La "Covadonga", no obstante los dos proyectiles que recibió a flor de agua, de las baterías rasantes del Norte, no experimentó desgracias personales: pero sus averías fueron de tal magnitud, que la "obligaron a retirarse y a pedir remolque y auxilio a la "Magallanes", porque la valiente goleta hacía tanta agua, que sus máquinas no daban abasto para hacer funcionar sus bombas".

Sólo el "Loa" y la "Magallanes" no fueron tocadas por nuestros cañones ese día.

Pero, según ya hemos visto, uno de los balazos que recibió el "Cochrane" fué de fatales consecuencias para este acorazado. En las postrimerías del combate "le alcanzó una granada disparada del Morro, y chocando en uno de los portalones, estalló, haciendo explotar los saquetes de pólvora con que en esos momentos se cargaba el cañón, hiriendo y quemando a 27 individuos, de los cuales 25 recibieron mortales heridas".

Esto decía el contralmirante La Torre en el parte del combate que elevó a su gobierno.

El subprefecto Sosa, refiriéndose a las averías del blindado chileno, dice:

"El Cochrane, luego que se declaró el incendio en su cubierta, se inteligenció con todos los buques para retirarse y ponerse al habla con ellos. Una bomba de a 70 de los cañones del Morro se le introdujo por la cubierta, dando por resultado el incendio de 2 saquetes de pólvora y fuera de combate 27 hombres".

Lo expuesto basta para demostrar que las baterías de tierra pusieron fuera de combate a la "Covadonga" y al "Cochrane", la primera de las cuales, para no irse a pique, hubo de pedir auxilio y el blindado no volvió a reanudar el combate, lo que significó la derrota de la escuadra chilena. Así lo reconoce, también, sin embajes, uno de los escritores chilenos a que antes nos hemos referido, al declarar "que el triunfo fué de los peruanos".

La explosión a bordo del "Cochrane" revistió caracteres de catástrofe; desmoralizó a su tripulación e introdujo el pánico en élla, lo mismo que en las de los demás buques atacantes.

Conversando alguna vez, en Arica, con el antiguo ex-vecino chileno, don Arturo Gallo, de la histórica familia atacameña del mismo apellido, muerto ha poco en ese puerto, sobre el combate terrestre-naval que nos ocupa, nos hizo saber que, cuando el "Cochrane" recibió ese certero disparo del Morro, se encontraba él a bordo de este acorazado, desempeñando el puesto de practicante; y que, en verdad, fueron de tal magnitud los efectos desastrozos que causó el disparo del Morro, que en los primeros momentos causó pánico y desorden en la tripulación; porque se creyó que el daño era irreparable.

El teniente de fragata ariqueño, señor Bernardo Smith cuyas interesantes noticias sobre los hechos navales acaecidos en Arica, desde la declaratoria de guerra hasta la caída de dicho puerto, hemos hecho conocer en anteriores capítulos, se expresa así del referido combate:

"Al día siguiente, 6, volvió el bombardeo por tierra y mar, sin producir daño alguno. Los fuertes de tierra contestaban a los atacantes; el "Manco Capac" también. En este día se tocó varias ve-

ces por los disparos de tierra, al "Cochrane" y "Covadonga"; terminó este último bombardeo como a las 4.30 de la tarde. Siendo estos ataques infructuosos, todo hacía ver que la plaza sería atacada en la madrugada del 7; pues, nuestro comandante (Sánchez Lagomarcino), asistió la noche del 6 al 7, a una junta de guerra, y al regresar a bordo nos hizo conocer la situación de los de tierra, y lo que se debía esperar"......

El regimiento "Lautaro" simula un ataque por el Norte, siendo rechazado.

El regimiento "Lautaro" (34), y una conpañía del "Buín", que quedaron en Chacalluta simularon un ataque por el Norte; pero lo hicieron a destiempo, a las 4.30 p. m., cuando ya la escuadra había sido puesta fuera de combate y apagados sus fuegos; no explicándonos la causa de esta demora. Porque no creemos que ni el general Baquedano ni Lagos—que se distinguían por la acertada concepción de sus planes guerreros—proyectaron el ataque para esa hora, sino que se verificara simultáneamente con el bombardeo de la escuadra, a fin de no ser cañoneados, como fueron, por las tres fortalezas de dicho sector. Nosotros atribuímos el atrazo de ese movimiento, al temor de ser diezmados por el fuego de nuestros cañones, que dominaban esa zona, especialmente los de la batería "San José".

---

(34).—Este cuerpo estaba formado casi en su totalidad, por obreros chilenos echados de las salitreras de Tarapacá y de otros departamentos del Perú, en los primeros meses de declarada la guerra; la mayor parte de ellos conocían el terreno en que actuaban tanto o más que sus legítimos dueños. En vez de internar esta gente, como lo decimos en otra parte de este libro, se cometió el lamentable error de enviar al enemigo tan valioso contingente. Cuando Alemania declaró la guerra a los países de la Entente, ni Francia ni Inglaterra, ni Estados Unidos de Norte América, hicieron lo que el Perú. Allá se han formado grandes campos de concentración, en los que permanece, en calidad de prisioneros de guerra, la población obrera alemana y austriaca, que no logró salir en tiempo, antes de que los países en que laboraba se vieran envueltos en la lucha presente.

Además, el enemigo sabía que dos batallones peruanos—"Iquique" y "Tarapacá"—defendían el puerto por ese lado; pero no cabe dudar de que el ataque del "Lautaro", a esa hora, fué extemporáneo, inconveniente, por mucho que Vicuña Mackhena y otros historiadores chilenos, lo han atribuído a ardid que surtió mejor efecto que el bombardeo, porque el gobernador de la plaza se obstinó en creer (?), que los chilenos se vendrían sobre sus cañones, a pecho descubierto, y que el ataque iba a ser por el lado Norte" (35).

Suposición antojadiza, pueril; porque mal podía Bolognesi abrigar ese temor, toda vez que con el auxilio de sus prismáticos, divisaba, claramante, desde el Morro, el núcleo del ejército expedicionario, diseminado en el valle de Azapa, lo que indujo a intensificar más aún la vigilancia en el sector Este, que era el amenazado y vulnerable por todos sus flancos, principalmente por el izquierdo, o sea por el camino abierto que conduce de la ciudad a Azapa, difícil de defender en toda su extensión, por el escaso número de tropas de que se disponía.

Los cañones de "San José detienen el avance del "Lautaro".

A las 4.30 p. m., repetimos, el regimiento "Lautaro", una compañía del "Buín" y tropa de caballería, simularon avanzar sobre la plaza, en distintas direcciones.

(35).—El temor a la dinamita indujo a Lagos a alterar su primitivo plan de ataque, creyendo, sin duda, que era más factible hacerlo por el sector Norte, por los cerros del lado de Lluta, fronterizos a la ciudad. Concibió esta idea cuando estuvo convencido de que las minas de dinamita no estaban diseminadas en el Morro y en la cadena de cerros que, partiendo de las baterías del Este, terminan en aquella montaña, sino en varios puntos del recinto urbano de la ciudad, excepción de la que se había colocado en el camino real que conduce a Azapa, más allá del hospital "San Juan de Dios".



Además, el enemigo sabía que dos batallones peruanos—"Iquique" y "Tarapacá"—defendían el puerto por ese lado; pero no cabe dudar de que el ataque del "Lautaro", a esa hora, fué extemporáneo, inconveniente, por mucho que Vicuña Mackhena y otros historiadores chilenos, lo han atribuído a ardid que surtió mejor efecto que el bombardeo, porque el gobernador de la plaza se obstinó en creer (?), que los chilenos se vendrían sobre sus cañones, a pecho descubierto, y que el ataque iba a ser por el lado Norte" (35).

Suposición antojadiza, pueril; porque mal podía Bolognesi abrigar ese temor, toda vez que con el auxilio de sus prismáticos, divisaba, claramante, desde el Morro, el núcleo del ejército expedicionario, diseminado en el valle de Azapa, lo que indujo a intensificar más aún la vigilancia en el sector Este, que era el amenazado y vulnerable por todos sus flancos, principalmente por el izquierdo, o sea por el camino abierto que conduce de la ciudad a Azapa, difícil de defender en toda su extensión, por el escaso número de tropas de que se disponía.

Los cañones de "San José detienen el avance del "Lautaro".

A las 4.30 p. m., repetimos, el regimiento "Lautaro", una compañía del "Buín" y tropa de caballería, simularon avanzar sobre la plaza, en distintas direcciones.

(35).—El temor a la dinamita indujo a Lagos a alterar su primitivo plan de ataque, creyendo, sin duda, que era más factible hacerlo por el sector Norte, por los cerros del lado de Lluta, fronterizos a la ciudad. Concibió esta idea cuando estuvo convencido de que las minas de dinamita no estaban diseminadas en el Morro y en la cadena de cerros que, partiendo de las baterías del Este, terminan en aquella montaña, sino en varios puntos del recinto urbano de la ciudad, excepción de la que se había colocado en el camino real que conduce a Azapa, más allá del hospital "San Juan de Dios".



Los soldados del "Buín" y la caballería operaron por el lado de las "Carpas" del ferrocarril, pegados a los cerros de Lluta; y el "Lautaro", desplegado en guerrillas, no pasó más allá del sitio donde se halla varado el transporte de guerra americano "Wateree"; porque, a pesar de que marchaban agazapados, cubriéndose con las sinuosidades del terreno, las baterías del Norte los descubrieron luego, acribillándolos a metralla, la mayor parte vomitada por los cañones del fuerte "San José" y obligándolos a retirarse en desorden.

Dice el jefe del "Lautaro" en su parte oficial, que el movimiento que practicó el 6, tuvo por objeto "estudiar el terreno y el lugar conveniente para atacar el día siguiente, operación que verificó hasta que el enemigo se apercibió de su presencia y amenazó hacerle fuego con su metralla, que estaba fuera del alcance de sus **"comblains"**, retirándose en seguida a su campamento de Chacalluta".

Con este fracazado movimiento, el enemigo puso término a la jornada; desprendiéndose de la anterior relación, que el más hermoso e indiscutible triunfo sonrió ese día a nuestras armas, triunfo que fué para la guarnición, cual aura de esperanza, en medio del asfixiante círculo de fuego que amenazaba devorarla; por eso lo celebró con manifestaciones jubilosas; y, cuando desde su campamento contempló que, averiada y maltrecha la escuadra enemiga abandonaba el campo de batalla, prorrumpió en hurras y vivas a la patria.

El enemigo propone por segunda vez la capitulación de la plaza. —Bolognesi y sus capitanes rechazan la insinuación.—El ingeniero Elmore suministra valiosas informaciones.

El enemigo, obcecado con la idea de los polvorazos, como ya lo hemos hecho notar más adelante, intentó por

segunda vez, inducir a los sitiados a que desistieran de su propósito de presentar combate; y al efecto, al anochecer del 6, despachó de su campamento de Azapa al ingeniero Elmore (prisionero de guerra desde el 29 de mayo), con encargo de proponer al coronel Bolognesi la capitulación. Pensó que este profesional era persona idónea para desempeñar comisión tan importante, como que, a decir de un historiador chileno, "había podido aquilatarse el carácter serio" de este nuevo emisario de paz.,

A las 6 de la tarde, cuando el ejército expedicionario se hallaba aún en el mencionado valle, el señor Elmore emprendía viaje a Arica; penetró a esta ciudad, según se nos ha asegurado, sin ser advertido por las fuerzas exploradoras de los sitiados, causando su presencia el estupor consiguiente.

En el acto se encaminó a casa del coronel Bolognesi, a quien manifestó que traía misión idéntica a la de Salvo; venía a proponer la capitulación de la plaza en nombre del alto comando chileno, en forma honrosa y digna para sus defensores; agregando que la resistencia resultaría estéril, dada la superioridad del enemigo, en todo orden el cual "quería a toda costa evitar la efusión de sangre innecesaria, espantosa, que iba a producir por el hecho de hacer estallar minas" (36).

No cabe dudar, pues, que fué el miedo a la dinamita, el motivo principal que tuvo el general del ejército invasor para enviar a Elmore con la "caritativa misión de pedir, en primer término, no la rendición de la plaza, sino el que evitaran los sitiados las explosiones que tenían preparadas" (37).

(36).—Molinari, ob. cit., pág. 52.
(37).— Lagos, en su parte oficial del combate, dice veladamente acerca de la misión de Elmore:
"U. S. recordará que esa tarde (el 6) aún alimentábamos la idea de que el enemigo accediera a lo que pedíamos en nombre de la humanidad y de sus intereses; pero en la noche, viendo fallidas nuestras aspiraciones, se tomó el último y doloroso recurso: tomar la plaza al asalto, ya que no queríamos ni debíamos ponerle sitio".

Siendo como es Molinari para nosotros—lo repetimos —el escritor que ha narrado con más exactitud la jornada de Arica, a parte del abundante caudal de noticias—algunas exageradas— que contine su obra, no ha de extrañar, por lo mismo, que reforcemos, algunas veces, nuestras aseveraciones con el testimonio de narrador tan autorizado; lo que no obsta para que juzguemos asáz calumniosas y malévolas ciertas apreciaciones suyas, relativamente a algunos de nuestros jefes, Bolognesi entre éstos.

Y como no podemos permitir que se profane en ninguna forma la memoria venerada de los defensores de nuestra ciudad natal, más adelante salimos en defensa de la verdad histórica, destruyendo con pruebas incontrastables las aseveraciones del escritor citado, hijas de la maledicencia y del odio inmerecido al Perú; cuando Chile sólo debía sentir gratitud por éste; porque sin Tarapacá continuaría siendo la nación más indigente de Hispano-América.

Bolognesi, después de escuchar a Elmore el mensaje que traía, encaminado a conseguir la desocupación de la plaza, rechazó de plano tan insólita proposición; sinembargo quizo conocer la opinión de sus compañeros de armas, tal como cuando se presentó el parlamentario Salvo; y al efecto los llamó en el acto a su presencia para comunicarles el encargo que traía aquél compatriota.

Presentes la mayor parte de jefes, Elmore volvió a repetir lo que había informado a Bolognesi respecto a sus observaciones e impresiones personales con relación al poder y superioridad del enemigo y al deseo del general Baquedano de conceder la capitulación en forma honrosa, a tambor batiente, etc. Agregó que, en la hipótesis de que venciéramos al enemigo, sería un triunfo efímero; porque al día siguiente volveríamos a ser atacados por fuerzas más numerosas de que Baquedano disponía en Tacna; mientras que nosotros no contábamos con tropas de reser-

va para reemplazar nuestras bajas, toda vez que ni Leiva ni Montero acudirían en nuestro auxilio; pues ambos se hallaban camino de Arequipa

Manifestó, además, que no se había resistido a desempeñar tan ingrata misión, porque ella le proporcionaba la oportunidad de hacer conocer a sus compañeros y amigos, (aludía a los presentes), sus observaciones a cerca del poder del ejército sitiador, en los ocho largos días que había pasado a su lado en la condición de prisionero de guerra. Ese poder o superioridad, que la estimaba él en la proporción de cuatro a uno, respecto del factor hombre, e inconmensurablemente superior, también, en elementos de defensa, comparados con los nuestros, había traído el convencimiento a su ánimo, de que la resistencia resultaría inútil, porque todo militaba en favor del enemigo, en vista de las razones que, con sinceridad y franqueza, acababa de exponer, con el único fin de evitar un sacrificio estéril y las consecuencias que sobrevendrían, en caso de que estallara una siquiera de las temidas minas, porque los atacantes estaban animados de sentimientos aviesos y no darían cuartel a los vencidos.

A este respecto un escritor chileno dice:

"Sabía el coronel Lagos el encono que había despertado en las filas de la reserva los polvorazos de Chacalluta, y comprendían perfectamente bien las proyecciones espantosas de carnicería y de matanza que podría tomar la batalla (como en efecto, tomó decimos nosotros) al sólo estallido de los reductos peruanos".

Las importantes informaciones del ingeniero Elmore arraigaron más aún en el ánimo de Bolognesi y en el de los jefes asistentes al consejo, la idea de morir antes que aceptar ninguna transacción del enemigo.

Fué en esta ocasión cuando aquél profesional encareció al coronel Varela y al comandante La Torre prestar mayor interés a la defensa del sector Este, que a los demás; porque estaba convencido de que el ataque se iniciaría por ese lado.

"¡Por Dios, coronel! dijo a Varela. Bajo mi responsabilidad no envíe Ud. tropas al Norte; tenga Ud. un cuerpo en la primera batería del Este, dos en la segunda, y el resto de la fuerza en Cerro Gordo".

Tomamos estas informaciones del interesante folleto intitulado "Arica, sus fortificaciones, asalto, defensa y ruina", que publicó en Lima, el mismo año en que tuvo lugar este combate, el doctor don J. Pérez, médico de nacionalidad ecuatoriana, el cual prestó sus servicios profesionales en la ambulancia peruana, que funcionó en el Hospital del indicado puerto.

Los defensores de la plaza dieron a Elmore la misma respuesta que a Salvo: que no cejaban un punto en su propósito de "resistir hasta el último extremo, aunque estaban penetrados de la esterilidad de su sacrificio".

Elmore regresa al campamento chileno de Azapa.—Lagos, sin esperar la respuesta de los sitiados, levanta sus tiendas de campaña.

Elmore había prometido bajo su palabra de honor regresar al campamento chileno de Azapa, aunque Lagos "lo había dejado en plena libertad para quedarse o volver", pero hombre decente y correcto como es, hizo honor a su compromiso; y, para comprobar su presencia en el cuartel general peruano, solicitó se consignara por escrito la respuesta a la nueva invitación a capitular, formulada, no ya por el general Baquedano, sino por el jefe expedicionario, en forma incorrecta, por órgano de un civil peruano, quien no venía munido de documento alguno que comprobara su misión.

Durante las cuatro largas horas que permaneció Elmore en compañía de los jefes de la guarnición, se sinceró de su actitud de Chacalluta, explicando, ampliamente, la manera cómo cayeron en poder del enemigo él y su ayu-

dante Ureta, después de la explosión de los desgraciados polvorazos.

Jefe intransigente hubo que no quedó satisfecho con estas explicaciones; lo atribuímos a exagerada interpretación de la disciplina militar; pues, como decimos en otra parte de esta obra, Elmore se comportó con serenidad y civismo en tan duro trance, habiendo estado a punto de ser fusilado por el capitán Campo.

En el campamento chileno creían que Elmore no regresaría; pero por ningún motivo habría faltado a su palabra.

A las once de la noche llegó a dicho valle; lo recibió el alférez de "Cazadores a caballo", Carlos Federico Super y Vial, acompañado del cual se presentó a Lagos, en cuyas manos puso el papel en que constaba la resolución del consejo de guerra peruano a que antes nos hemos referido. Esta entrevista tuvo lugar en la pampa que existe entre Buena Vista y las Baterías del Este, tres o cuatro horas antes de ser asaltadas.

Lagos, después de imponerse del papel mencionado, dejó en libertad a Elmore; pero éste no aceptó la gracia por creerla deprimente, al decir de un escritor chileno; exigió, por el contrario, continuar en la condición de prisionero de guerra, a lo que se accedió; conduciéndosele nuevamente a Azapa, de donde fué trasladado a Arica días después de la toma de esta ciudad. Posteriormente se le condujo a la prisión de San Bernardo.

Cuando este señor partió llevando el mensaje de Lagos para los sitiados, dejó al ejército chileno en Azapa, no encontrándolo a su regreso. Era que, sin esperar la respuesta de aquéllos, había emprendido marcha sobre Arica. Lo "que probaba la perfidia de la propuesta" (38).

---

(38).— "El coronel Lagos envió parlamentario, eligiendo para tal objeto, al ingeniero peruano Elmore, pidiendo, por última vez, la rendición de la plaza, por creer ineficaces los esfuerzos que pu-



Interesante carta del ingeniero Elmore sobre su actuación antes y después de caer en poder del enemigo.

Como corolario de lo que llevamos dicho a cerca de la misión de Elmore, transcribimos a continuación la interesante carta que, desde su prisión de Buena Vista, (Azapa), dirigió este profesional a su señora madre, en Lima, pocos días después de la toma de aquella plaza; carta en la que también encontramos noticias respecto de los polvorazos de Chacalluta:

Mis trabajos, dice, eran la esperanza de todos; mis obras de fortificación duplicaban nuestras fuerzas, y las de minas defendían puntos donde no teníamos tropas para sostener.

Desgraciadamente, la presencia de un piquete enemigo trajo la idea de minar la aguada a dos leguas al Norte del puerto, y los trabajos estuvieron listos el 1o. a la madrugada, justamente cuando yo me encontraba en el lugar y aparecía el grueso de la caballería chilena.

Presente un jóven Ureta, nos encaminamos al lugar de la batería eléctrica y las minas saltaron, en instantes que relataré a Ud. después. Ocultos en dicho sitio, fuimos hallados por la caballería, que se puso a buscar, naturalmente, y las balas que nos llovían me respetaron, sacando Ureta un balazo en la pierna. El otro sujeto que estaba con nosotros fugó.

Preso e incomunicado por tres días, sin comer y sin abrigo, se me condujo con el 3er. regimiento para flanquear Arica *y ejecutar en mí órdenes terminantes,* a la primera mina que estallara.

Por fortuna, de mi conversación con el comandante Castro, jefe del regimiento y de una protesta que hice ante el jefe de E. M., resultó el cambio de plan de atacar el 6.

Ese mismo día encontré a don Domingo Toro, que había conocido a Oyague.

Vino un joven Orrego, capitán de ingenieros, y se presentó un oficial de E. M., con recomendación de una señora de Tacna para que me atendiera (?); todo lo que hizo fué saber quién era yo y se me considerara debidamente. La pena capital que pesaba sobre mi

---

diera hacer para rechazar el ataque, a lo que agregó que, con la capitulación, se concedería la salida a los defensores con todo su equipo militar y a tambor batiente. (Paz Soldán, "Narración Histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia").



cabeza se convirtió en la idea de enviárseme a Arica para preparar la capitulación.

Después de dos días de cañoneo y sin esperanza de ver un sólo soldado de Montero o de Leyva, con conocimiento de la animación que notaba en la tropa chilena de arrasar todo, no tuve inconveniente en aceptar la misión, bajo mi palabra de honor. Una explosión de entusiasmo fué mi presencia en el pueblo, tanto más cuanto que durante el día se había hecho algunos tiros felices de los fuertes sobre la escuadra y las baterías de la artillería enemiga. *Mi posición, por lo mismo, fué muy difícil* en el consejo de guerra que se reunió; sin embargo, fuí franco y les manifesté que si yo hubiera estado con ellos, hubiera participado en primer término de la obstinación que todos manifestábamos; pero que conociendo, como conocía al enemigo, sabiendo que no había esperanzas, y habiendo apreciado el mérito de la resistencia por dos días de cañoneo, no vacilaba en pedirles que se fijaran mucho en el fin que se perseguía, que no era otro que salvar el honor, ya satisfecho. Les expresé el peligro en que se encontraba de irritar el espíritu vandálico enemigo y la conveniencia de ahorrar centenares de vidas; terminé diciéndoles que sólo les llamaba la atención sobre esos puntos, absteniéndome de manifestarles mi opinión por el carácter que en ese instante investía. Después de una detenida discusion, en que todos los jefes manifestaron tanto brío como juicio, se acordó hacerme regresar.

A mi regreso al campamento chileno, las tropas habían avanzado y dispuestas para el asalto, ya no había modo de retroceder y el ataque se tenía que dar. Yo tenía la seguridad de un sacrificio, cosa que dió bastante que hacer a mis compañeros; pero el coronel Lagos, jefe encargado del asalto, me envió a este lugar, resguardado por una compañía del "Buin", y donde he permanecido bajo mi palabra durante la acción, que fué la salva con que se me saludó en la madrugada del 7; salva terrible que había que costar la vida a tantos valientes jefes y a centenares de la abnegada guarnición.

Le aseguro, querida mamá, que hubiera querido mil veces seguir la suerte de mis compañeros, haciéndome pasar por las armas, a haber presenciado desde aquí la violencia del combate en que buena falta he hecho. La defensa estaba preparada con una red de minas que no se ha hecho estallar; los polvorazos y la santabárbara tenían sus mechas; los cañones sus cargas para destruírlos, etc. etc. y sólo un polvorazo y unos cuantos cañones han sido reventados, lo que a buen seguro no hubiera sucedido yo adentro; pues esa hubiera sido mi misión durante el combate. De todos modos la resistencia de Arica hace honor al país y me alegro haber contribuído a prepararla llevando a cabo, aunque precipitadamente el plan que propuse a Montero.

Por lo demás, los señores Weguelin, dueños del fundo, me atienden esmeradamente, y estoy bueno.

Esta carta, que publicaron los periódicos de Lima de la época a que nos estamos refiriendo, aclara algunos puntos relacionados con el comportamiento de Elmore en Arica, especialmente el que se refiere a los polvorazos que

explotaron en este puerto el día del combate; pues mientras su autor asegura, bajo su firma, en otra comunicación, que transcribimos más adelante, que estallaron varios, en la carta que antecede sólo se habla de un polvorazo y varios cañones reventados.

La verdad es que no estalló ninguno, a no ser que se aluda a la Santa Bárbara que hizo explotar el joven ariqueño Alfredo Maldonado, toda vez que días antes del combate, los espías cortaron los alambres eléctricos de las minas.

El asalto

CAPITULO X

Un antiguo vecino chileno que pasaba por francés, guía al ejército de Lagos al asalto.— Nuestros exploradores nocturnos no advierten al enemigo.— Batallones que forman la guarnición peruana.— Fundación del batallón "Cazadores de Piérola".— Nombres de los jefes de la guarnición.— Cómo se formaron los batallones tarapaqueños.— Personal de las dependencias militares del puerto.— Autoridades civiles.— El plan de ataque chileno.— El regimiento "Lautaro" llega a deshora al teatro de la acción.— El "Manco Capac" lo cañonea.— Ugarte se encontraba en el Morro al iniciarse el asalto.— Presas de pánico, los jefes de los regimientos chilenos "3o. de línea" y "Buín" se resisten a atacar.— Los reemplazan los segundos jefes.— Emplazamiento de los cuerpos atacantes.— El "Artesanos de Tacna" descubre la posición del enemigo y se opone a su avance.— "Granaderos" y "Piérola' se aperciben también de la posición de las columnas enemigas.— El combate se generaliza en toda la línea.— Arias y Aragüez héroe del asalto.—

El choque ha sido espantoso en el "Ciudadela".— Los defensores son diezmados; mueren matando.— El "Ciudadela" convertido en lago de sangre.— Así lo declara Máximo R. Lira, secretario general chileno en campaña.— Las bajas peruanas pasan de 600 en ese sector.— El artillero ariqueño Alfredo Maldonado hace estallar la santabárbara del "Ciudadela".— Equivocadamente se atribuye la hazaña a un oficial tacneño.

Un antíguo vecino chileno que pasaba por francés, guía al ejército de Lagos al asalto.

Pocas horas faltaban—dos apenas—para que se consumara la hecatombe de la guarnición ariqueña.

Cuando Elmore fué a dar cuenta a Lagos de su misión, dejó al ejército atacante—ya lo hemos dicho—en los cerrillos que quedan frente a las baterías del "Este y "Ciudadela" al que separaba de éstas una hondonada, que no tendrá más de 600 metros de latitud; de manera que a las tres de la mañana del 7 de junio el enemigo se hallaba a una distancia que variaba entre 1500 y 2500 metros, respecto de los sitiados, los cuales lo esperaban apostados tras los parapetos de sacos de arena, levantados por aquél ingeniero en la ceja de la meseta que corre de una a otra batería y que domina la hondonada mencionada.

Lagos había extendido su línea de batalla hasta las proximidades de la playa de Quiane, más allá del fuerte Este; estaba perfectamente seguro del terreno que pisaba; pues a pesar de la lobreguéz de la noche, evolucionó con admirable precisión. Era que había sido guiado y colocado en ese sitio por persona que conocía esos parajes palmo a palmo, como que diariamente traficaba por ellos. Esa persona fué don Carlos Wueguelin, ex-propietario del fundo Buena Vista, en cuya casa alojó el estado mayor chileno.

Antiguo amigo y ex-condicípulo de Baquedano, Wueguelin se prestó de buen grado para servir de guía al ejército atacante en su viaje nocturno a los cerrillos mencionados, en los que pernoctó, esperando los primeros albores para tomar por asalto, como lo hizo, las baterías "Este" y "Ciudadela"..

Y esto que decimos de Wueguelin no es aseveración antojadiza nuestra, sino que lo hemos oído contar a él mismo, en ocasión que el vecino ariqueño—ya extinto—don Julio P. Pescetto, y el autor de estas líneas, celebrábamos en casa del primero, en Arica, una conferencia sobre asuntos comerciales.

Cuando la conversación versó sobre otro tema, nosotros buscamos el momento propicio para interrogarle, intempestivamente, más o menos en esta forma:

—¿Y usted, don Carlos, no tuvo temor de servir de guía al ejército chileno la noche que se preparaba para asaltar a Arica; porque sin quererlo pudo usted verse envuelto en el combate?

—No, mi amigo; yo bien sabía la hora exacta en que debía tener lugar; y así antes de las 12 de la noche, después de dejar a Lagos instalado en las posiciones que elegí para que pernoctara, mientras llegaba el momento supremo, regresé a mi casa de Buena Vista, desde donde tuve ocasión de contemplar los destellos de los fogonazos de los cañones y de las fusilerías de ambos combatientes.

—¿De manera que Ud. era amigo de Baquedano?

—Oh! sí; fuí condiscípulo suyo en Chile; y durante los días que fué mi huésped, en mi fundo, hicimos reminiscencias de nuestra juventud.

Estas declaraciones, que jamás pensamos escuchar de labios de Wueguelin, dado su carácter reservado, hosco, confirmaron el rumor público que circulaba en Arica de haber sido este ingrato vecino el guía que condujo

por senda segura y colocó al ejército invasor, frente a nuestros baluartes.

Hacía muchos años que residía en Arica; pero no hemos podido averiguar el de su llegada, ni su procedencia.

También nos contó en otra ocasión que, en su juventud, había navegado por las costas de la China y por Oceanía y que el buque de cuya tripulación formó parte, fué abordado por filibusteros, etc.

Lo cierto es que este hombre singular y enigmático, poseía esmerada cultura y conocimientos sobre distintas ramas del saber humano.

Asociado a su hermano mayor, formó en el lecho mismo del río Azapa, en el pago de Buena Vista, la valiosa hacienda de este nombre, hoy propiedad de don Manuel H. Belaúnde. Chinos esclavos, a los que es fama trató inhumanamente, y cuyos galpones existían hasta há poco en la casa del fundo, llevaron a cabo esa obra, como así mismo los trabajos de captación que hubo de ejecutar para irrigar la hacienda a que nos estamos refiriendo, con las aguas del subsuelo.

Posteriormente, cuando las prolongadas sequías del pasado siglo asolaron a Azapa y el valor de los fundos se estimaba por el número de árboles secos de que constaban, para convertirlos en leña, Weguelin adquirió a vil precio los principales de valle abajo, tornándose con el correr del tiempo, en el propietario más rico de la comarca.

Años después, a causa de las abundantes lluvias cordilleranas, el río corrió hasta el mar durante varios meses, debido a lo cual reventaron los principales manantiales del valle, que al presente dan vida y lozanía a los valiosos cármenes azapeños.

Con todo, seríamos injustos si no reconociéramos, como reconocemos, que el floreciente pié en que actualmente se halla la agricultura del recordado valle, se debe, en

gran parte, a las iniciativas, perseverancia y laboriosidad de Weguelin.

Hemos omitido consignar que este señor, asociado al ingeniero francés monsieur Petot, tendió la línea telegráfica de Arica a Iquique, por cuenta del gobierno del Perú, a raíz de habernos Chile declarado la guerra; línea que prestó importantes servicios al ejército peruano que defendió nuestra rica provincia de Tarapacá.

Que Weguelin era chileno, no cabe dudar. Tanto lo era, que el gobierno de la Moneda, en dos o tres ocasiones, lo encargó, accidentalmente, de la gobernación (subprefectura) de Arica, cargo que sólo puede desempeñado por chilenos de nacimiento. Sin embargo, tanto en Arica como en Azapa se le conocía con el nombre de **El francés,** idioma que dominaba a la perfección. Murió nonagenario, há pocos años.

Según hacemos presente en páginas anteriores, Arica era una madriguera de espías extranjeros, que tenían al enemigo al corriente de los menores movimientos de la guarnición.

Pero ya es tiempo de poner término a estas digresiones, que no dicen relación con el tema que nos ocupa.

Nuestos exploradores nocturnos no advierten al enemigo.—Batallones que forman la guarnición peruana.

Mientras tanto, la división de Bolognesi—lo hemos dicho repetidas veces—esperaba al enemigo en sus puestos de combate, serena y confiada.

La circunstancia de que los grupos exploradores desprendidos de los batallones "Granaderos" y "Piérola"—que guarnecían las baterías del "Este" y "Ciudadela"—

no sorprendieran durante la noche del 6 al 7 a ningún centinela perdido de los sitiadores, nos hace creer que sólo se les ordenó explorar el camino real que conduce de Arica a Azapa y las playas vecinas a la batería del Este; porque no se explica de otra manera, que, acampando, como acamparon los chilenos a un kilómetro de aquéllos bastiones, nuestros centinelas perdidos no descubrieron su presencia en esos parajes. ¿Debe atribuirse a descuido? No; porque no se explica de otra manera, que, acampando, cogarte, que velaban en los campamentos de sus respetcivas divisiones, no descuidaron—ni podían descuidar—detalle tan importante.

A las 12 de la noche se despedían estos jefes de Bolognesi; dirigiéndose el primero al vivac de los batallones "Tarapacá" e "Iquique"—que defendían la entrada del puerto por el Norte;—y el coronel Inclán, al de los batallones tacneños arriba indicados, en el Este, sector por el cual se inició el ataque.

De todos los puntos dominantes de la ciudad se veía las grandes fogatas que la caballería chilena alimentaba en sitios culminantes de Azapa, para hacer creer a los sitiados que el ejército invasor pernoctaba en este valle (39).

---

(39).— Los chilenos tenían la costumbre de encender grandes fogatas, dice el teniente Cárdenas (desde ultratumba;) por boca del articulista Calvo Pérez), alrededor de su campamento para preparar el rancho. El resplandor de esas fogatas era una señal inequívoca de la pasividad de las tropas. Como a las cuatro de la mañana, más o menos, Bolognesi, como presintiendo la proximidad de la muerte, se incorporó en la silla donde dormitaba, para decir: "Ayudante; vea Ud. si están ardiendo las fogatas".

Tenemos, muy a nuestro pesar, que impugnar esta información; los chilenos preparaban su rancho, no a media noche, sino a determinadas horas del día, cual lo hacen todos los ejércitos.

Como lo hacemos presente en párrafos anteriores, estas fogatas encendidas de noche tenían por objeto engañar a los sitiados, para que creyeran que el enemigo continuaba en su campamento de Azapa; cuando, por lo contrario, en esos momentos, mucho antes, por

El ¡quién vive! de los centineles de las fortificaciones y reductos turba de rato en rato el silencio de la noche.

En el extenso campo en que pernoctan los regimientos chilenos 3º. 4º. y "Buín", encargados de asaltar las fortalezas del Este y del Morro, no se escucha el más leve movimiento; es que temen ser descubiertos por los defensores, antes de la hora señalada para el ataque.

El primero debía tomar por asalto la batería del "Este", el segundo al "Ciudadela" y el "Buín" situarse a retaguardia, a regular distancia, constituyendo así la reserva de ambos cuerpos.

A estar a las consabidas apuntaciones del subprefecto Sosa, la guarnición de la plaza constaba de los siguientes cuerpos:

Batallón "Granaderos de Tacna"	273	hombres
„ "Cazadores de Piérola" (también tacneños)	235	„
„ "Artesanos de Tacna"	380	„
„ "Iquique"	310	„
„ "Tarapacá"	219	„
Escuadrón "Lluta"	50	„

En las fortalezas:

Morro	160	„
Norte	60	„
Este	81	„
Monitor "Manco Capac"	150	„
Total	1918	hombres

mejor decir, se hallaba en marcha, camino de las baterías del Este, su abjetivo.

Molinari, a quien le consta el hecho personalmente, asegura que, "alimentando las predichas fogatas—nuevo fuego sagrado—quedaron soldados de caballería, Martes disfrazados de vestales" . . . . ¿A quién creer en este caso?

El primero de los cuerpos citados estaba armado con rifles Remington, el segundo con Peabodi, y los demás con el viejo Chasssespot francés, que se inutilizaba a los primeros disparos; mientras que el ejército chileno lo estaba, en su totalidad, con el entonces moderno Comblain, de fabricación belga; su artillería de campaña y de montaña constaba en su totalidad, también, de cañones Krupp, considerados, hasta hoy, como los mejores en su clase.

El 1o. de abril de 1880, el capitán de corbeta don Germán Paz, presentaba a la superioridad el siguiente estado de las municiciones que existían en el parque general de Arica, del que era jefe:

500.000 tiros Remigton
5.000 id. carabina Id.
34.000 id. Peabody.
95.000 id. Chasepot reformado.
144.000 id. Comblain peruano.
6.000 id. id. id.
24.000 id. carabinas Evans.
31.000 id. Chasepot antiguo.
73.000 id. Winchester.

Nombres de los jefes de los cuerpos de la guarnición de Arica.

Aunque ya en otra parte de este libro damos a conocer los nombres de los jefes de los batallones que formaban la guarnición de Arica, los consignamos, no obstante, en seguida, con el objeto de completar la información:

"GRANADEROS DE TACNA"

1er. jefe coronel Justo Arias y Aragüéz.
2o. „ sargento mayor Felipe Antonio de Zela.
3o. „ sargento mayor Tomás Chocano.
4o. „ sargento mayor Miguel Espinoza.

"ARTESANOS DE TACNA"

1er. jefe coronel Marcelino Varela.
2o. „ comandante Francisco Chocano.
3o. „ sargento mayor Armando Blondel.

"GRANADEROS DE PIEROLA"

1er. jefe comandante Francisco Cornejo.
2o. „ sargento mayor Genaro Vizcarra.

(Hasta el 28 de mayo, día en que tuvo lugar el consejo de guerra a que convocó Bolognesi, eran primero y segundo jefes de este cuerpo, el coronel de guardia nacional Agustín Belaúnde y el sargento mayor Manuel Revollar, quienes desertaron de sus filas en presencia del enemigo, por lo que el segundo, y tercer jefes pasaron a ocupar los puestos de aquellos, no habiéndonos sido posible conocer el nombre del tercer jefe de dicho batallón).

"IQUIQUE"

Norte

1er. jefe teniente coronel Dr. Roque Sáenz Peña.
2o. „ sargento mayor Isidro Salazar.
3o. „ sargento mayor Lorenzo Infantas.
4o. „ sargento mayor Manuel M. Zevallos.

"TARAPACA"

1er. jefe comandante Ramón Zavala.
2o. „ Benigno Cornejo.
3o. „ sargento mayor Gerónimo Salamanca.

FORTIFICACIONES

Morro

1er. jefe capitán de navío Juan G. Moore.
2o. „ capitán de corbeta Manuel I. Espinoza.
3o. „ capitán de artillería Cleto Martínez.
4o. „ capitán de G. N. Adolfo King.

Norte

1er. jefe Teniente Coronel Juan R. Ayllón.
2o. „ sargento mayor Juan Martínez.
3o. „ sargento mayor Augusto C. Soto.
4o. „ sargento mayor Nicanor García Goytizolo.

(Las baterías del Norte estaban formados por los fuertes "San José", "Santa Rosa" y "2 de Mayo").

Este

Con el nombre genérico de baterías del Este se designaba a los fuertes "Ciudadela" y "Este", cuyos jefes eran:

Del "Ciudadela", el sargento mayor Fermín Nacarino, y del "Este", el comandante Medardo Cornejo y el sargento mayor Ismael Meza, nombrado tercer jefe de la brigada de artillería del "Este", la víspera del combate, por orden del día de esa fecha.

Fundación del batallón "Cazadores de Piérola".

Nos abstenemos de dar noticias acerca de la fundación de los batallones tacneños "Artesanos" y "Granaderos", porque lo hacemos al principio del libro en que nos ocupamos de los acontecimientos que tuvieron lugar en Arica a partir de la declaratoria de guerra a que nos arrastró Chile; pero nada decimos en él de la fundación del batallón "Cazadores de Piérola", lo que hacemos ahora, aunque muy suscintamente.

El general Montero, cuyo patriotismo y brillante actuación en Arica y Tacna al frente del ejército del Sur, jamás nos cansaremos de elogiar, logró formar en enero y febrero de 1880 dos pequeñas divisiones, con gente colecticia del departamaento, al decir de Vicuña Mackena. En esa ocasión organizóse un nuevo batallón tacneño, cuyo primer jefe fué don E. Fernández Prada; por decreto del dictador Piérola de 6 de febrero del mismo año, se bautizaba el mencionado cuerpo con el nombre de "Cazadores de Piérola" y se nombraba jefe del mismo al coronel de guardia nacional don Agustín Belaúnde, decidido partidario de aquél tumultuoso caudillo.

Cómo se formaron los batallones tarapaqueños que defendieron Arica.

No tardó Chile en declararnos la guerra, y ya el toque de generala, de "¡a las armas!" repercutía del Loa al Tumbes; y todos, viejos y jóvenes, volaron a los cuarteles a ofrendar sus vidas en el altar de la patria, amenazada por artero enemigo.

En Iquique, la provincia más próxima al teatro de la guerra—pues que el ejército chileno había invadido, sorpresivamente, el litoral boliviano—la juventud, secundada por la clase obrera, se puso en pié, desde el primre momento, dirigida por los Ugarte, Aduvire, Zavala, Billinghurst, Loayza y demás que constituían el elemento dirigente de la ciudad del salitre, y echaban las bases de la "Columna Tarapacá", y poco después las del batallón "Navales" o "Iquique".

El doctor José Santos Aduvire, natural de Torata (Moquegua) que ejercía su profesión de abogado con lucidéz en aquel puerto—lo mismo que el doctor don Manuel C. de Latorre, también oriundo de Moquegua—costeó el primer uniforme que lució la columna "Tarapacá", de la que fué nombrado primer jefe.

No tardó este improvisado cuerpo en recibir su bautizmo de sangre: en el primer bombardeo de Iquique por la escuadra chilena, perdió un soldado, fulminado por un casco de bomba, a un costado del edificio de la aduana. Asistió a los funerales de este patriota, luciendo su vistoso uniforme militar. También asistieron los demás cuerpos que guarnecían dicho puerto. Pocos días después, los restos de ese abnegado tarapaqueño eran conducidos a Lima, donde, como en Iquique, celebráronse, en su honor, suntuosas exequias: fué la primera sangre peruana que se derramó en defensa del suelo tarapaqueño.

En la batalla de Tarapacá, la columna de este nombre fué llevada al combate por el coronel Aduvire; muriendo

en el fragor de la lucha su segundo jefe, el sargento mayor don Manuel Perla, militar de línea, limeño de nacimiento.

Después del triunfo de Tarapacá, el coronel Aduvire, a la cabeza de los pocos sobrevivientes de su columna, emprendió la retirada a Arica, juntamente con el ejército de Buendía.

Y como casi todos los cuerpos que pelearon en San Francisco y Tarapacá quedaron en cuadro, refundióseles en los batallones "Iquique" y "Tarapacá", formados por el general Montero, quien confió el comando del primero al coronel Ugarte, y el del segundo, al comandante don Ramón Zavala.

Sinembargo, Vicuña Mackehena registra en la página 663 de su historia de la campaña de Tacna y Arica. las siguientes noticias acerca de la fundación de los batallones referidos:

"El "Ayacucho", tomó el nombre de "Pisagua", y el "Provisional de Lima" junto con la "Guardia Civil de Iquique, el de "Tarapacá". Las diversas diminutas columnas sacadas de la pampa del Tamarugal, con los nombres de "Batallón Cívico Iquique", "Columna Noria" y "Gendarmería de Tarapacá", tomaron un solo nombre comprensivo, el de "Batallón Iquique", bajo el comando del coronel de guardias nacionales, don Raymundo de la Flor".

Personal de las dependencias militares del puerto.—Autoridades civiles.

Las dependencias militares y políticas estaban servidas en esta forma:

Jefe del parque, capitán de corbeta señor Germán Paz,

oriundo de Chiclayo, a quien asesoraban dos empleados y varios peones de confianza.

Este pundonoroso marino, prestó importantes servicios al país en Arica. Antes de la guerra desempeñó la subprefectura de esa provincia, y creemos, también, la capitanía del puerto. Por esa época contrajo matrimonio con la distinguida matrona ariqueña, señora Vicencia Ostolaza.

Prisionero del vencedor, fué conducido en ese carácter a San Bernardo.

De regreso a la patria, continuó prestando servicios en distintas dependencias de la administración pública, siendo la capitanía del puerto de Ilo uno de los últimos cargos que desempeñó.

Murió en 1918, luciendo los galones de capitán de navío.

La capitanía del puerto de Arica la desempeñaba el activo y patriota capitán de fragata, señor Eduardo Raygada, quien, igualmente, prestó valiosos servicios, según lo hacemos constar en otro capítulo, en el que nos ocupamos en la ruptura del bloqueo de Arica por la corbeta "Unión".

No pasaba de diez el número de marineros que obedecían al comandante Raygada, dos o tres de los cuales eran de nacionalidad griega.

Primer jefe del detall era don Ricardo O'Donovan; y segundo el sargento mayor don Miguel Barrios, dependencia en la que también prestaban servicios el capitán Darío Eyzaguirre, y otros oficiales, cuyos nombres no hemos podido averiguar.

Ayudantes de campo del coronel Bolognesi, eran los capitanes Enrique Valdéz, Ricardo Iturbe, y los tenientes Aurelio Cárdenas y José P. Valdivia.

La subprefectura estaba servida por el sargento ma-

yor de guardia nacional, señor Fermín Federico Sosa, y la gobernación por don Domingo Manzanárez.

Secretario de la autoridad política ariqueña era el bachiller don Julio Portocarrero, entusiasta joven de vasta ilustración y claro talento, natural del distrito de Codpa, de la provincia de Arica.

A cargo de la alcaldía municipal estaba el súbdito italiano señor Domingo Pescetto, de cuya institución era secretario el bachiller don Jesús Fortunato Cortínez.

Debido a la angustiosa situación que atravesó la ciudad en esa época, dejó de funcionar la aduana, el juzgado de primera instancia y la sociedad de beneficencia pública, esta última por haber sido convertido en ambulancia el hospital que sostenía.

El plan de ataque chileno.—El regimiento "Lautaro" llega a deshora al teatro de la acción.—"El Manco-Capac" lo cañonea.

Según instrucciones de Lagos, el ataque debía verificarse **a la carrera**, para no dar tiempo a que el enemigo hiciera explotar sus minas.

El regimiento "Lautaro", que, después del rechazo que sufriera el día anterior en los gramadales del "Wateree", había regresado a su campamento de Chacalluta, inició su avance por este mismo punto; pero lo hizo mucho después de la hora que se le había señalado. Los dos batallones de que constaba se desplegaron en guerrillas sucesivas, atacando las fortalezas del Norte por dos sitios distintos: uno por la orilla del mar (por el lado del **Chinchorro**), y el otro por la parte alta, o sea por la pampa que media entre las Chimbas y los cerros del lado de Lluta.

El primero de estos batallones debía atacar las baterías de ese sector, y el otro combatir con los batallones "Iquique" y "Tarapacá".

Desgraciadamente, cuando el "Lautaro" desembocaba en la pampa dicha, los batallones mencionados ascendían precipitadamente el Morro, llamados por Bolognesi, para defender este baluarte; de otra suerte habrían dado cuenta de las fuerzas chilenas que operaron impunemente por ese lado (uno de los batallones del "Lautaro"); porque eran más numerosos y estaban, además, parapetados, aparte el entusiasmo bélico que ardía en sus pechos, de lo que dieron prueba en su ascención al Mórro, en medio del mortífero fuego, que el enemigo lanzaba sobre ellos desde los atrincheramientos de "Cerro Gordo".

Cuando el "Manco Capac" y las baterías del Norte descubrieron la maniobra del citado regimiento, fué ametrallado; el monitor le hizo cuatro disparos (40) y numerosos los fuertes, logrando de este modo detener el avance chileno por ese sector.

El "Manco Capac" dirigió, también, algunos disparos sobre los regimientos atacantes en momentos que coronaban "Cerro Gordo".

Entre tanto, la caballería de Lagos permanecía cerca de los cerros del lado de Lluta; la artillería "no podía absolutamente abandonar su posición y entrar de lleno en la zona de tiro de los poderosos cañones enemigos, porque habría sido despedazada sin provecho alguno para nosotros" (41).

---

(40).— Hasta antes de la construcción del ferrocarril de Arica a La Paz, existía una de estas balas esféricas de a 500 en medio de la pampa donde se ha levantado la maestranza de esta vía férrea.

(41).— Del parte que el general Baquedano elevó al ministro de guerra en campaña.



Se declaraba, pues, impotente para enfrentarse a las fortificaciones del puerto.

Este ataque, llevado a cabo simultáneamente por distintos sectores, tuvo por objeto evitar la retirada de los sitiados (lo que, dicho sea de paso, habría sido impracticable, porque carecían de elementos para movilizarse) y tomarlos a dos fuegos (42).

La desierta ciudad— porque la mayor parte de sus moradores se había refugiado a bordo de los buques neutrales surtos en la bahía— dormía su postrer sueño, envuelta en las embriagadoras auras de la patria y arrullada por el salmo del silencio . . . . . .

El tétrico fantasma de la muerte— heraldo de la catástrofe que sobrevino— recorría, impasible, envuelta en sus cendales vaporosos, los sitios benditos donde tuvo lugar el sangriento choque . . . . . .

Pocos instantes más y se consumaba la hecatombe . . .

Ugarte se encontaba en el Morro al iniciarse el asalto. Presas de pánico, los primeros jefes de los regimientos chilenos "Buin" y 3o. de línea se resisten a entrar en combate.—Son reemplazados por los segundos jefes.— Emplazamiento de los cuerpos atacantes.

Hemos dejado a los jefes de las divisiones peruanas Inclán y Ugarte en sus respectivos campamentos del Este y de la meseta del Chinchorro; y con tal motivo recor-

(42).— . . . . "Por el mismo punto avanzaría la caballería al mando de sus comandante Búlnes y Vargas. De esa manera los peruanos no tenían más camino que el de la rendición o la muerte. (Del parte citado).

damos que persona cuyo nombre se nos escapa y que estaba en autos de casi todos los episodios del épico drama que historiamos, nos aseguró alguna vez que al iniciarse el combate, el segundo de los jefes citados no se hallaba en el campamento de su división, sino en el Morro, donde pernoctó acompañando al coronel Bolognesi, quien, desde que el ejército chileno comenzó a amagar la plaza hacía vida de campaña, durmiendo en uno de los departamentos para oficiales del cuartel que existía en la cumbre, a no menos de cien metros de las fortalezas (43).

---

(43).—Sin embargo el resucitado teniente Cárdenas, ayudante de Bolognesi, a quien nos hemos referido en páginas anteriores, informó a Calvo Pérez que: "Eran las tres de la mañana del 7 cuando el coronel Bolognesi, después de haber dictado las últimas disposiciones, se retiró a la comandancia en compañía de su ayudante de confianza, teniente Aurelio Cárdenas. Al tomar asiento en la primera habitación, Bolognesi entre otras cosas, le dijo a su ayudante: "Dentro de pocas horas se resolverá la suerte de Arica, porque espero un parlamentario oficial".

Tal aseveración no resiste el menor exámen.

En primer lugar, la comandancia de que habla Calvo Pérez funcionaba en la ciudad, en uno de los departamentos de la casa del héroe; y no es creíble que, en momentos tan críticos, abandonara éste el sitio del peligro—el Morro—por entregarse al descanso, a las delicias del sueño . . . . .

Además, aquello de que se esperaba en Arica nuevo parlamentario nocturno, no pasaba de mera suposición, porque después de la respuesta a Salvo y al mismo Elmore, no le quedaba al enemigo sino atacar.

Semejante afirmación, que exhibe a Bolognesi como jefe desprevenido, no la vemos, por lo demás, confirmada en ningún documento oficial, ni citado por los historiadores de la toma de Arica. Por el contrario, nosotros hemos oído decir siempre en aquélla ciudad, que Bolognesi, La Torre y Alfonso Ugarte, durmieron en el Morro la noche del 6 al 7; y no podía ser de otra manera, porque se sabía por Elmore, que el enemigo atacaría la plaza al día siguiente, como sucedió; y después, porque todo lo hacía suponer así.

Militar previsor y experimentado, como era Bolognesi, jamás, en los días críticos de Arica, se separó de sus soldados; por el contrario, desde que el enemigo comenzó a amagar la plaza, hizo vida de campaña, durmiendo unas veces en el Morro y otras en las distintas fortalezas.

Además, según ya lo hemos recordado, el encargo que trajo Elmore para el comandante general de la sitiada división, no fué tomado en cuenta, en razón de que no investía aquél ningún carácter oficial, y que lo que se pretendía era *emborrachar la perdiz*.

Además de Ugarte y Moore—el último de los cuales desde el desastre de Punta Gruesa ocupaba una de las habitaciones que quedaban a espaldas del cuartel, frente, casi, al emplazamiento del cañón Vavaseur,—acompañaban, también, esa noche al jefe de la guarnición, el de estado mayor, comandante La Torre, y el capitán de fragata, don Manuel I. Espinoza, segundo jefe de las baterías del Morro.

La noche del 6, el comandante O'Donovan, jefe del detall, se hallaba al lado del coronel Inclán. Ambos murieron en el fragor de la lucha, asombrando al enemigo su valor y arrojo temerarios, como lo hacemos constar más adelante.

Las cinco de la mañana era la hora señalada por Lagos a sus regimientos para llevar a cabo el asalto, antes de que la claridad del día descubriera la presencia de los atacantes a los ojos de los sitiados.

Llega la hora esperada y la orden no se cumple.

¿Qué sucede?

Es que pánico terrible ha embargado al jefe del 3o. de línea, comandante Ricardo Castro, de cuyo valor desconfiaba el alto comando enemigo.

De igual miedo fué presa, también, otro militar del orgulloso ejército chileno, don Luis José Ortíz, primer jefe del regimiento "Buin", quien, como Castro, pagaron caro su cobardía.

Molinari, según decimos en otra parte, fulmina los más acervos y lapidarios anatemas contra ambos jefes connacionales suyos, cuyo cobarde comportamiento corre parejas con el del tristemente célebre comandante del "Cazadores de Piérola".

Cuentan cronistas chilenos que, más o menos a las 5.20 a. m., los regimientos 3o. y 4o. de línea iniciaron el ataque; el primero ascendió a carrera abierta la ladera en cuya meseta quedaba el fuerte Ciudadela, siendo des-

cubierto por sus defensores cuando se hallaba casi sobre la boca de los cañones.

Por su parte, maniobra igual verificaba el 4o., frente a la batería del Este, cerca a la cual había pernoctado.

Este cuerpo, para no ser descubierto, inició su avance, tomando las precauciones del caso, "se le previno silencio, de muerte y mano a la vaina de metal de las bayonetas", a fin de no hacer ruido y delatar su presencia en esos arenosos parajes.

Algunas guerrillas del 4o. sobrepasaron el campo donde debían actuar; alcanzaron hasta las vecindades de la playa de Quiani, al Sur de la "Lisera", razón por la cual no tomaron participación en el asalto, porque quedaron fuera del radio de acción; pero se replegaron luego a su base, haciéndolo por el flanco Sur de la batería atacada; en este sector sostuvieron reñida lucha con los que la defendieron a sangre y fuego.

Grupos de cuartinos avanzaron hasta las proximidades de la playa de la "Lisera", para, desde allí, ascender en seguida y atacar, después, por retaguardia los parapetos de "Cerro Gordo"; pero pronto fueron descubiertos por los defensores de la posición y recibidos con nutridas descargas, causándoles fuertes bajas.

El regimiento "Buín"—ya lo hemos dicho—constituía la reserva del 3o. y 4o., y, a conveniente distancia, a retaguardia, esperaba el resultado de la acción. Molinari—lo repetimos—tiene también para el jefe de este cuerpo, para don Luis José Ortíz, fulminadores apóstrofes; dice que manifestó el mismo cerval miedo que el jefe del 3o., por lo que, desde ese instante, moralmente hablando, dejó de ser jefe del "Buín".

Si en la guarnición de Arica hubo un jefe cobarde (Belaúnde), en el ejército invasor hubieron dos!

Los "Artesanos de Tacna" descubren la presencia del enemigo y se opone a su avance.—"Granaderos" y "Piérola" se aperciben también del avance de las columnas enemigas.— El combate se hace general en todas las líneas.—Arias y Aragüez héroe del Este.

Y se inicia el combate.

Los "Artesanos" del coronel Varela, parapetados tras los atrincheramientos de la batería del Este, fueron los primeros en descubrir al través del claro-oscuro de la mañana, la presencia del enemigo en su avance lento y silencioso hácia el fuerte.

Al grito de: ¡El enemigo a la vista! ¡Fuego, muchachos! siguieron las descargas de las fusilerías, y los disparos de los cañones de la batería, que, en la soledad de la noche, atronaban la amplia pampa, infundiendo terror a los asaltantes, que sólo disparan sus armas cuando se hallan al pié de la eminencia.

Los "Granaderos" y el "Piérola", que defendían el "Ciudadela", y que recién, en ese momento, se aperciben de que tienen a corta distancia al enemigo, rompen también sus fuegos sobre el chileno, que continúa su asención a la artillada montaña.

Estos dos improvisados cuerpos sostuvieron valerosamente el avance del chileno, no quedando con vida uno sólo siquiera de sus soldados para narrar los episodios de la sangrienta epopeya: como los gladiadores de la leyenda romana, todos cayeron en la lid, cara al cielo.

Más adelante honramos estas páginas con los nombres de los jefes y oficiales de aquéllos batallones, los que, con el "Artesanos", inmortalizaron el nombre de Tacna ese día.

Y acto continuo truenan también los cañones de Fer-

mín Nacarino, que, como los de las otras fortalezas, se hallaban cargados desde hacía días, en previsión de un ataque sorpresivo.

Entre tanto la lucha asumía, momento a momento, proporciones gigantescas en ambas fortalezas.

Los "Artesanos de Tacna", con su jefe, el coronel Varela a la cabeza, contienen, por largo rato, el asalto del 4o. de línea, cuyo jefe, el comandante don Juan José San Martín, recibía media hora después mortal herida en su avance hacia el Morro.

El coronel Inclán y el comandante O'Donovan, se hallaban en esos momentos supremos al lado de Varela, animando a los valerosos "Artesanos" con su presencia y abnegación.

Los agudos gritos guerreros de las cornetas de ambos bandos infunden entusiasmo bélico a los suyos.

En el "Ciudadela" el ataque ha sido más violento.

Con el fin de ponerse bajo los fuegos de los cañones del fuerte y evitar las explosiones de los temidos polvorazos, el invasor asciende la pequeña cuesta, casi a la carrera.

Fué este el momento más terrible y emocionante de la lucha.

El enemigo continúa su avance; ya se acerca y se estrecha a los nuestros; es entonces cuando se inicia la cicóplea lucha en la proporción de cuatro contra uno!

Los siniestros resplandores de las bayonetas y de las espadas, distínguense claramente al través de los primeros albores de esa sangrienta mañana.

Y los vivas y las imprecaciones de los combatientes, entremezclados con los ayes de los heridos, ensordecen el escenario donde tuvo lugar el duelo a muerte más desigual y cruel de guerra alguna.

Dejemos a Molinari narrar este magnífico y conmovedor episodio del asalto de Arica, en el que, según ya lo hemos dicho en el curso de este libro, tomó él participa-

ción en su carácter de subteniente del 4o. de línea; por lo que no podemos dudar de algunas de sus afirmaciones.

Dice:

"El combate se había iniciado por el valeroso 3o. de línea en magníficas condiciones; a todo esto el enemigo hacía descargas tras descargas sobre los asaltantes; tronaban sus grandes cañones, y el fuego de rifle se sostenía con bravo empeño por su parte".

"El coronel Arias y Aragüéz, impávido, se pasea el muro que mira al Oriente; su marcial silueta se destaca cual gigantesca sombra al iniciarse el asalto, en la penumbra del día que pardea; y a medida que la luz que viene del Oriente ahuyenta la oscuridad de aquella noche, la figura del nobilísimo defensor del Ciudadela, se perfila más y más en el alto parapeto".

"El viejo coronel Arias se enronquece animando a su tropa y defiende su puesto con sin igual bravura; en aquella faena le ayuda don Francisco Cornejo, comandante de los "Cazadores de Piérola", puesto que ejerce desde el primero de junio, día en que cobardemente desertó y abandonó su puesto de peligro y de combate, el infame coronel Belaúnde a quien los peruanos apodaban *Siscbuto.*

"La división peruana, dirigida y alentada por el heroico don Justo Arias, firme en sus puestos, defiende sus bastiones con sin igual denuedo; el fuego de cañón no disminuye un momento y el de rifle se mantiene con tesón y bravura".

"Pero los *terceros* han llegado al pié de aquellos soberbios bastiones; y el corvo y la bayoneta rompiendo los sacos de arena, que se vacian como por encanto, desquiciando los muros del fuerte, dejan brecha cómoda y entrada libre a nuestros bravos, que por ellos se precipitan".

... ...

"El coronel don Justo Arias y Aragüéz, ronco de gritar animando a los suyos, vive aún y defiende con denuedo sus colores, el puesto que se le ha señalado".

"Aquel heróico soldado, sable en mano, se pasea impávido en la plazoleta del fuerte, en la del costado principal, desafiando, a nuestros soldados y a la muerte".

"A todos llama la atención aquel héroe, que sin kepís, presentaba su desnuda calva, blanca y venerable cabeza a las balas".

"En verdad, los alientos de aquel soldado no dicen con su cuerpo. Arias es chico, pero de marcial apostura. Lleva garvosamente su uniforme francés de coronel de ejército, con galones y pantalón garance, y ciñe su levita el cinturón de su sable".

"Lo repetimos, en el momento en que se encuentra está sin kepís; sin duda lo ha perdido en el fragor del combate; con su diestra, empuña la espada, y ante el inmenso peligro que le rodea, que no teme y desprecia, aquel anciano soldado agiganta su físico, enaltece su ser moral".



CORONEL JUSTO ARIAS Y ARAGÜEZ
1er. jefe del batallón "Granaderos de Tacna"

"Arias, desafiando el peligro, infunde respeto y admiración a los nuestros, y con la clara luz del día,. pueden ver y aquilatar a su sabor la bizarra actitud del jefe enemigo. Su valor satisface a los hombres del 3o. y se disponen a salvar la vida de Arias".

"Todo el mundo le grita: Ríndase, mi coronel, no queremos matarlo!

—¡No me rindo c . . . . . ! Viva el Perú! ¡Fuego, muchachos! responde aquel ínclito guerrero y con su ejemplo estimula el valor de su tropa, la defensa del "Ciudadela".

Pero la hora suprema de aquel hombre había llegado; que escrito estaba hubiera de caer como un bravo en medio del asalto y a manos de chilenos".

"El fuerte Ciudadela, en puridad de verdad, ya es nuestro; el valor del coronel Arias ha impuesto respeto a los asaltantes, su denuedo, la simpática y altiva figura del jefe enemigo, hace que nuestros hombres intimen nuevamente al comandante de los *Granaderos de Tacna,* que se rinda".

"Un soldado del "Tres" se aproxima al coronel y le grita:— Ríndase mi coronel ¡Pero el jefe enemigo no quiere hacerlo, rehusa la intimación; rechaza indignado esa pretensión, no quiere nada que sea chileno, ni aún la vida, y de un feróz sablazo tiende a sus plantas al noble soldado que lo ha querido salvar".

¡No me rindo, c . . . . . . ! ¡Viva el Perú! grita don Justo Arias y Aragüez; y, una descarga cerrada tiende al invicto guerrero, que cae muerto dentro del fuerte, y su espíritu, libre de la humana envoltura, traspone los lindes de la vida y penetra en el templo sereno de la inmortalidad".

"Esta emocionante escena ocurre como hemos dicho, cuando ya el Ciudadela es nuestro, y la presencian muchos de los dirigentes del 3o., entre otros don José A. Gutiérrez, don Federico Castro y los capitanes Urzúa, Flores Welleter y López Arriagada y el subteniente de la 2a. del 2o., don Ricardo Jara Ugarte, que guarda con respeto la espada del coronel Arias, prenda que conserva hasta la fecha, como recuerdo de aquella jornada y de aquel novilísimo e invicto soldado, que murió al frente de los enemigos tercios de su patria, vivando al Perú!

... ...

"Un veterano de la compañía del capitan Welleter, entregó al subteniente Jara Ugarte, el sable del bravo y pundonoroso don Justo Arias y Aragüez; esa arma es sencillísima; su hoja ligeramente curva está encerrada en una vaina de metal blanco, la empuñadura es laborada y sin emblemas".

"Al verla y al empuñarla, sin querer uno siente admiración, respeto por Arias, dueño de esa espada; la figura del noble jefe enemigo, su voluntario sacrificio, trae a la memoria el recuerdo de Ramírez, la altivéz de Thompson".



El choque ha sido espantoso en el "Ciudadela".—Los defensores son diezmados; mueren matando.

El choque, cual huracán cuya fuerza destructora nada detiene, ha sido terrible, inenarrable; en los primeros momentos el enemigo no pudo vencer el dique que los defensores formaron con sus pechos varoniles; pero diezmados por el peso irresistible del número, los pocos sobrevivientes de la hecatombe optaron por replegarse sobre el Morro, haciendo fuego en retirada.

Desgraciadamente la meseta que queda a espaldas del "Ciudadela" es amplia, abierta, razón por la cual los **Granaderos** que salvaron con vida, fueron diezmados por las descargas cerradas de las compañías chilenas, que en esos momentos se enseñoreaban en la fortaleza asaltada.

De "Granaderos" sólo salvaron los pocos soldados que medicinábanse en el Hospital y los que quedaron a cargo del cuartel y de guardia en el muelle.

El batallón "Cazadores de Piérola" corrió la misma suerte; también fué aniquilado en el "Ciudadela" y en su retirada.

Su jefe, el comandante don Francisco Cornejo, viejo militar tacneño de la escuela de los Inclán, Varela y Arias y Aragüéz, cayó con la misma gloria que estos comprovincianos suyos, a la cabeza de su cuerpo, defendiendo en porfiada lucha la posición que se le había encomendado. Salvó incólume el buen nombre de su cuerpo, después del inmerecido borrón que hechó sobre él su primitivo jefe, el desertor Belaúnde.

Hemos dicho que el choque fué espantoso en esta fortaleza; y así fué en efecto. Los atacantes cumplieron la consigna de Lagos de: "Hoy no hay prisioneros", pues a nadie dieron cuartel, enzañándose, cual hambrientos chacales, en heridos y prisioneros; masacraron horriblemente a unos y a otros.

Pero mucha sangre y vidas costó, también, al 3o. de línea la toma del "Ciudadela". Los soldados de Arias y Aragüéz y de Francisco Cornejo le hicieron morder el polvo en su ascención al fuerte. Era que éstos tenían, a su vez, la consigna de morir matando . . . .

Sobrevivientes del 3o. contaban que el terreno que circunda el fuerte y el recinto mismo de éste, había quedado sembrado de muertos y heridos pertenecientes a este regimiento. Caro costó, pues, al enemigo este triunfo, sólo obtenido después de que todos los defensores rindieron la vida.

Molinari confirma lo que decimos acerca de las pérdidas chilenas, en las siguientes líneas: "Numerosos muertos y heridos cubrían las laderas, parapetos y recinto del fuerte; allí cerca dormía ya el eterno descanso el capitán don Tristán Chacón; adentro, de espaldas, se encontraba el cadáver del jefe enemigo, de Arias".

... ...

"Hemos triunfado, pero la victoria ha sido cara".

El "Ciudadela' convertido en lago de sangre.— Así lo declara Máximo Ramón Lira, secretario general del ejército chileno en campaña.—Las bajas peruanas pasan de 600 en ese sector.

Cuenta don Máximo R. Lira—el famoso ex-intendente de Tacna—secretario en campaña del general Baquedano, en carta que dirigió a don Patricio Lynch, el mismo día de la toma de Arica y que hemos transcripto más adelante, porque élla es el mejor y más solemne mentís para los que en Chile—el parlamentario Salvo entre éstos—han pretendido apocar la gloria inmaculada de Bolognesi

con calumniosas imputaciones, llegando hasta negar que pronunciara su histórica respuesta al parlamentario citado; cuenta Lira, decimos, que, en el "Ciudadela", la lucha fué terrible. Cree, agrega, que habrán escapado muy pocos de sus defensores, tantos eran los muertos. **Nuestra caballería entraba la uña en los charcos de sangre** . . . . .

Por nuestra parte, podemos asegurar que en la predicha batería, el número de bajas fué mayor que en las otros sitios donde se combatió esa mañana. Nosotros creemos que pasaron de 600 los muertos peruanos; solamente las plazas de los batallones "Granaderos" y "Piérola" alcanzaban a 508, sin contar los artilleros al servicio de la fortificación. Toda esta gente cayó—lo repetimos—en el campo de honor y en su retirada al Morro.

Solamente seis salvaron con vida de esta espantosa carnicería, propia de las tríbus salvajes, no de hombres civilizados, que no podían desconocer los usos y costumbres de las guerras modernas entre pueblos cultos y cristianos. Estos sobrevivientes que pertenecían a "Granaderos de Tacna", fueron los oficiales Manuel Emilio Barreda, Manuel Márquez, Teobaldo Arias, Arcadio Palza, Casimiro Marino y un negrito corneta.

La masacre del "Ciudadela" se repitió en las baterías del Este y del Morro con la misma zaña y ferocidad.

Rasgos biográficos del 2o. jefe de "Granaderos de Tacna".

Segundo jefe del batallón "Granaderos de Tacna", era el doctor don Felipe Antonio de Zela, sobre quien encontramos la siguiente semblanza en un diario de Lima, publicada pocos días después de la muerte de este abnegado y patriota hijo del departamento de Tacna:

"FELIPE ANTONIO DE ZELA.— Tal es el nombre de uno de los más decididos defensores de Arica y como tercer jefe del batallón "Granaderos de Tacna", ha perecido en la demanda, emitiendo su postrer aliento junto con un viva al Perú"!

"Antonio de Zela, nacido de padres ilustre y cuyo nombre se asocia a la historia de las primeras luchas del Perú, en favor de la libertad, ha correspondido dignamente a sus honrosos antecedentes, a la educación que recibió en la escuela progresista del país y al carácter en que naciera bajo el cielo del hermoso puerto de Arica.

"El bizarro jefe de que hablamos era abogado de los tribunales de la república".

"Hizo sus estudios en "San Carlos" para abrazar dicha profesión, la que ejerció en Tacna por mucho tiempo. Independiente por su posición y carácter, Zela se había constituído en el más simpático defensor de los intereses privados y públicos, motivo por el cual jamás pudo soportar, impasible, ni los abusos autoritarios, ni los ultrajes al buen derecho, venga de donde vinieren".

Nosotros teníamos a Zela por tacneño: de donde eran eriundos sus progenitores; pero su biógrafo—que ha debido estar bien informado—nos hace saber que era coterráneo nuestro, natural de Arica, de lo que nos complacemos, por que así vemos aumentado el número de héroes ariqueños.

Este ilustre e improvisado militar siguió en el "Ciudadela" la estela de gloria y sacrificio de su admirado jefe, el coronel Arias y Aragüéz; murió sobre los atrincheramientos de esa batería, vivando al Perú, al decir de su apologista.

OTRA RECTIFICACION HISTORICA.— UN HEROE ARIQUEÑO

El artillero ariqueño Alfredo Maldonado hace estallar la Santabárbara del "Ciudadela".—Equivocadamente se atribuye esta hazaña a un oficial tacneño.

En el fuerte "Ciudadela", un muchacho ariqueño, un niño, casi, pues apenas contaba 16 años de edad, gracias a

su agilidad y viveza, pudo salvar de la carnicería que acabamos de rememorar, escurriéndose en las sinuosidades del terreno y en las encrucijadas que para el caso ofrecían las construcciones y campamentos levantados en las proximidades de la batería dicha; ese niño héroe fué el cabo de artillería Alfredo Maldonado, hijo de doña Micaela Arias y del honorable obrero Santiago Maldonado, capatáz de playeros, también natural de Arica.

Alfredo, que en el fragor de la lucha vió caer a su tío N. Arias (a) Campo Hermoso, condestable de la fortaleza, como así mismo a su jefe, el sargento mayor don Fermín Nacarino, y a casi todos sus compañeros de armas, no pudo conformarse con ello ni con el triunfo del enemigo; y en arranque de incontenible patriotismo, al ver que la bandera de la patria era descendida del asta del fuerte y reemplazada por la de la estrella solitaria, la ira le ciega, le transfigura, y cuando la soldadezca chilena no ha saciado aún su sed de sangre, pues continúa empeñada en su obra de exterminio y muerte, Maldonado, con la rapidéz del ray,o penetra a la santabárbara del "Ciudadela" y la hace estallar, volando en mil pedazos, juntamente con varios compañeros suyos que yacían heridos, y con los enemigos, que ya habían puesto pié en la zona artillada.

La acción de Maldonado, comparable sólo con la de Ricaúrte por la libertad de Colombia, está demostrando que somos dignos descendientes de los que en Junín y Ayacucho dieron ejemplo de valor y patriotismo. No se trata de caso aislado de heroísmo durante la guerra con Chile; ahí tenemos, a mayor abundamiento, el sacrificio de Grau en Punta Angamos, enfrentándose a toda la escuadra chilena; después la acción misma de Bolognesi, que prefiere, también, el sacrificio a la honrosa capitulación que le propuso el invasor; y, finalmente, la hazaña de Gálvez, en el Callao, haciendo explotar por sus propias manos el torpedo de la lancha de guerra que tripulaba, en momentos en que una

torpedera chilena pretende abordarlo, salvando la vida milagrosamente.

Sin embargo, no ha faltado escritor peruano, mal informado, acaso, que propalara y sostuviera que fué el subteniente tacneño de "Granaderos de Tacna", don Lizardo Pedraja, y nó Maldonado, quien hizo volar el polvorín del "Ciudadela"; aseveración inexacta que vamos a destruír por su base, reivindicando, así, una gloria ariqueña y costituyéndonos en defensores de la verdad histórica, por todo lo que dice relación con el combate de Arica, cuyos más saltantes episodios conocemos, tanto como si hubiésemos actuado en éllos, gracias a las informaciones recojidas, personalmente, desde nuestra juventud, de jefes, oficiales y soldados sobrevivientes de la recordada jornada.

Vamos, pues, muy a nuestro pesar, a bajar del sitial de héroe en que la apasionada fantasía provinciana ha colocado al subteniente Pedraja, para colocar en él al bayardo ariqueño.

Pocas palabras nos bastarán para probar que no fué aquél valeroso militar tacneño, sino Maldonado, el que, en el paroxismo de su desesperación patriótica, hizo estallar la santabárbara del "Ciudadela".

Encomiando Víctor Mantilla, el más grande e inspirado poeta del parnaso tacneño, en un hermoso artículo literario la supuesta acción de Pedraja, sostiene que éste perteneció al batallón "Granaderos de Tacna"; afirmación inexacta, que nosotros destruímos con la declaración sincera, honrada, que nos ha hecho su hermano materno, don Alfredo Vargas (44),—a su vez hermano paterno del que estas líneas escribe— quien nos ha hecho saber que aquél

(44).— Pertenece al Cuerpo de Inválidos; con el grado de subteniente; concurrió a la toma de Lima por el ejército revolucionario, el 17 de marzo de 1895, en cuya ocasión fué gravemente herido en una pierna.

su hermano, era alférez sub-ayudante de la batería "Este", lo que hace constar en la "relación de los jefes y oficiales que combatieron en las baterías del Este ("Ciudadela" y "Este"), con expresión de prisioneros, heridos y muertos" que elevó al jefe de estado mayor de la plaza, comandante La Torre, el comandante Medardo Cornejo, jefe de la segunda de las baterías citadas".

Siendo, pues, el "Ciudadela" el fuerte donde tuvo lugar la explosión precitada, mal puede atribuirse élla a Pedraja; porque para verificarla, habría tenido que recorrer, a pié, por entre los asaltantes, los trecientos o más metros que separaba esta fortaleza de la del "Este", de la que, como dejamos dicho, era sub-ayudante.

Más fácil le habría sido volar el polvorín del fuerte en que peleó, que no emprender el arriesgado viaje al "Ciudadela", con ese sólo objeto.

El citado don Alfredo Vargas ha tenido que convenir en que, efectivamente, no fué su hermano materno, el subteniente Pedraja, sino Maldonado, el autor de la voladura de la Santabárbara del fuerte "Ciudadela".

Por lo demás, y a fin de no dejar la menor duda sobre nuestras afirmaciones acerca de la hazaña de aquél valeroso ariqueño, publicamos a continuación varios testimonios de historiadores de la guerra del Pacífico en corroboración de nuestro acerto.

"La Opinión Nacional" de Lima, de 23 de junio de 1880, registra una interesante correspondencia de su corresponsal en Arica sobre el combate que culminó con la toma de esta plaza, y en la que, entre otras cosas, se lee lo siguiente:

"Alfredo Cadenas (Maldonado) de la batería "Chuño", ofreció a los chilenos rendirse y los llamó a su lado, para que volaran junto con él; puso fuego al polvorín de la batería y murió en el acto".

El chileno Molinari, en su libro tantas veces recordado, describe así la acción de Maldonado:

"En el alto mástil del rendido (?) "Ciudadela", flotaba todavía la enemiga enseña; y el subteniente don José Miguel Poblete, hijo del pueblo y soldado valiente, como pocos, se lanzaba cual ágil y diestro marinero, mástil arriba para arrancar los colores peruanos, cuando sin que nadie sospechara, el aleve atentado, porque el reducto estaba rendido, una explosión espantosa atronó el aire, y un volcán de fuego, de llamas humo, restos humanos, tierra, pedazos de cañón (esto es inexacto, porque no reventó ninguno) y de cuanto la humana dantesca imaginación pudo inventar, pobló el espacio".

"Un soldado peruano, un artillero, Alfredo Cadenas, (45), había prendido el polvorín y hecho saltar el poderoso reducto con gran parte de sus defensores; y por fortuna, con pocos de los nues-

---

(45).— Error en que incurre Vicuña Mackehena al apellidar Cadenas a Alfredo Maldonado, y que Molinari repite en su libro. Pero no debemos atribuírlo al primero de estos historiadores, sino al corresponsal de "La Opinión Nacional", de Lima, en Arica, el cual al dar cuenta a su diario del combate de Arica, decía entre otras cosas: "Un héroe humilde; pero que debe vivir para la historia, el cabo Alfredo *Cadenas*, de la batería "Chuño" (Ciudadela), ofreció a los chilenos rendirse y los llamó a su lado para que volaran juntos con él; puso fuego al polvorín de la batería y murió en el acto".

Vicuña Mackehena, que, evidentemente, tomó el dato de la "La Opinión Nacional", incurrió a su vez en el mismo error que el corresponsal de este diario, de cuyas interesantes cartas sobre el combate de Arica, los historiadores peruanos y chilenos de la guerra del Pacífico, tomaron valiosas informaciones para escribir sus libros.

Pero el coronel Marcelino Varela, primer jefe del batallón "Artesanos de Tacna" menciona también la acción de Maldonado en el extenso e interesante parte del combate que, con fecha 10 de agosto de 1880, elevó desde Tacna, al secretario de estado en el despacho de guerra.

Dice:

... ...

"En estas circunstancias, el primer fuerte resistía heroicamente; cuando de improviso vimos a lo lejos la explosión del polvorín, quedando sepultados en una nube de fuego y humo casi la totalidad de los combatientes y muchos de los enemigos, que engolfados con la idea de su próxima victoria, se habían lanzado sobre la batería. Según informes que he recibido, el polvorín fué incendiado por un joven de 16 años llamado Alfredo Maldonado. Allí perecieron los denodados jefes coronel Justo Arias y Aragüéz, el teniente coronel D. Francisco Cornejo, los sargentos mayores D. Felipe Antonio Zela y Fermín Nacarino, y muchos capitanes y subalternos, cuyos nombres consigno de algunos de ellos en la relación adjunta".

tros, porque en ese momento, los jefes del regimiento, que ahí estaban, ya habían despachado a sus tropas en defensa del Morro, del pueblo y de sus demás compañeros del 4o."

Molinari se refiere a una información que también conocíamos nosotros, respecto a que, cuando Maldonado vió que su bandera era reemplazada por la enemiga, estalló en ira incontenible; tomando entonces la patriótica resolución de hacer volar la santabárbara, como lo hizo, ya que no podía castigar de otra manera ese sacrilegio; aunque miembros de su familia y personas que tenían motivos para saberlo, nos informaron a raíz del sucedido que su inmolación se debió a sentimiento de incontenible venganza, que se despertó en él al verse sólo en el fuerte, pues que habían muerto todos sus compañeros de armas, inclusive su tío "Campo Hermoso" y su jefe, el sargento mayor Nacarino.

En la carta que publicamos a continuación, de la educacionista ariqueña señorita F. Matilde Rello, se consignan importantes informaciones a cerca de la muerte gloriosa de Maldonado:

Lima, 23 de junio de 1918.

Señor Gerardo Vargas H.

Ciudad.

Muy estimado señor y amigo:

Dando respuesta a su atenta de fecha 17 de mayo, diré a Ud. que, aunque es largo el tiempo trascurrido desde la ocupación de nuestro territorio por las armas chilenas, hay casos y cosas en nuestra historia ariqueña que no se borran jamás de nuestra memoria y una de ellas es la que se refiere a Alfredo Maldonado, ese niño héroe y mártir, víctima de su patriotismo. Era el anochecer del 5 de junio, de 1880, y Alfredo obtenía permiso de su jefe para ir al cercano valle de Azapa (a donde se hallaban refugiadas algunas familias de Arica) para despedirse de su madre. Quién sabe si su superior jerárquico, compadecido del muchacho, le concedió el permiso, pensando se aprovecharía de él para huír del inminente peligro de muerte en que se encontraban! Pero no contaban conque ese niño en la edad, pues apenas frisaba en los 16 años, era un hombre de la pasta de Bolognesi, Blondel, Arias y Aragüéz y otros tantos héroes de que se enorgullece nuestra historia. Llegado a su destino,

su madre le hizo ver que la pérdida de la plaza era segura y que no debía regresar a Arica; él, siempre con el buen humor de su carácter alegre, se sonrió, pero no aceptó la insinuación. Entonces la madre, que ya era anciana, recurrió a todos los medios que su amor maternal le sujería. Se arrojó a sus pies y mostrándole los senos le dijo: hijo mío, por estos pechos que mamaste, por este vientre que te llevó 9 meses, no regreses a las baterías, quédate; un hombre más o menos no hace falta, y lloraba como solo una madre sabe llorar por sus hijos. Alfredo se arrodilló, besó el vientre de su madre, le rogó le diera su bendición y se despidió de ella diciéndole: vale más un hijo que muere cumpliendo con su deber, que uno que vive faltando a él; y regresó en la misma noche a su puesto. Quién no sabe como murió Maldonado, Los enemigos ya había tomado casi todas las alturas y coronaban el cerro donde se encontraba la batería "Ciudadela", que mandaba, según creo, don Fermín Nacarino, a la que pertenecía Maldonado; la mayor parte de los jefes el que no murió cayó prisionero. Alfredo, ya casi solo, permanecía cerca del polvorín; los *rotos* le imtimaban rendición, él sonreía y cuando vió avanzar a la mayor parte y ocupar el sitio de la batería, les dijo con voz fuerte y clara: "yo no me rindo co...bardes, y aplicó la mecha al polvorín. Y, allí murieron todos, él y los que le imponían rendición.

Cuando después del asalto y toma de la plaza, las autoridades chilenas permitieron a las familias recojer los restos de sus deudos, la madre de Maldonado encontró solamente, la cabeza de éste (esa cabeza que no se confundía con ninguna otra), y un fragmento de brazo con la respectiva manga, un pedazo también, y le dieron sepultura, como a los restos del coronel Arias y Aragüéz, en la hondonada que queda al pié de la batería. Es allí a donde íbamos con nuestras alumnas todos los años el 7 de junio, desde que nosotras, mi hermana Emilia y yo, iniciamos la peregrinación o romería a ese sagrado lugar para todo peruano, hasta que un día los chilenos queriendo imitarnos, fueron a profanar con bailes y escándalos ese santuario. Esto es lo que puedo decir a Ud. referente a Alfredo Maldonado.

Rogando a Ud. se sirva disculparme por haberme estendido tanto, lo saluda su muy atenta amiga y S. S.

F. Matilde Rello.

Arica se siente orgullosa de haber mecido la cuna de Alfredo, Maldonado, una de nuestras más legítimas glorias en la guerra con Chile.

Defensa del Morro

CAPITULO XI

Valeroso comportamiento del "Artesanos de Tacna".— No contando con reservas, como no contaban, para reemplazar sus bajas, se repliega a "Cerro Gordo" y después al Morro.— El coronel Varela gravemente herido.— Salva la vida debido a su energía y entereza.— Dos regimientos chilenos atacan el Morro.— En vista de la gravedad de la situación, Bolognesi dispone que los batallones "Iquique" y "Piérola", que defendían el sector Norte, se trasladen al Morro.— Digno comportamiento del comandante chileno San Martín.— Sus antecedentes militares.

Valeroso comportamiento de "Artesanos de Tacna".— No contando con reservas, como no contaba, para reemplazar sus ajas, se repliega a "Cerro Gordo" y al Morro.

El batallón "Artesanos de Tacna" contuvo largo rato el avance del 4o. de línea, que atacó desplegado en gue-



rrillas, por temor a los polvorazos; pero la resistencia a este regimiento de más de 1000 plazas, fué enérgica, tenáz, tanto que los mismos chilenos lo reconocen así al afirmar que "los peruanos disputaron bien el puesto durante los diez minutos que duró el entrevero".

Los gritos injuriosos proferidos por los atacantes eran contestados con sonoros vivas al Perú y mueras a Chile.

A las voces de:— ¡Fuego, muchachos! ¡Fuego!, lanzadas por jefes y oficiales, nuestros soldados, que tenían delante la sangrante visión de la patria, crecen, se agigantan; no se amedrentan ante el número abrumador del enemigo, ni ante lo sorpresivo del ataque.

Inclán, Varela y O'Donovan, recorren, revólver en mano, los reductos, disparando y animando a sus tercios.

La violencia y desigualdad de la lucha causó numerosas bajas en nuestras filas y como carecíamos de reservas para reemplazarlas, el coronel Inclán, comandante general de la 7a. división, optó por replegarse a los atrincheramientos vecinos de "Cerro Gordo" y el Morro, cumpliendo así órdenes anticipadas que tenían los jefes de cuerpo, para que, de cualquier punto que sufrieran un desastre, se replegasen sobre el Morro, como "el último baluarte de nuestra defensa".

Mientras se ejecutaba este mandato, dos compañías del 4o. y un piquete de caballería iniciaban, a su vez, un movimiento de flanqueo por el Sur-Oeste, por el lado de la playa de "La Licera", movimiento que, a haberse realizado con más anticipación y actividad, habría dado por resultado el total aniquilamiento del "Artesanos", como sucedió con "Granaderos" y "Piérola", en el "Ciudadela".



CORONEL MARCELINO VARELA
Primer jefe del batallón "Artesanos de Tacna"

El coronel Varela gravemente herido.—Salva la vida debido a su entereza y energía.

Momentos después de llegar a los parapetos de "Cerro Gordo", el coronel Varela era mortalmente herido; reemplazándolo en el comando del cuerpo, su segundo, el teniente-coronel don Francisco Chocano, único jefe de alta graduación que sobrevive aún del combate de Arica.

El coronel Varela, contemporáneo de Arias y Aragüéz, era, como éste, antiguo y prestigioso militar; grado a grado había ganado sus ascensos, y fama merecida tenía de valiente y pundonoroso, de lo que ambos jefes dieron prueba el día del asalto que nos ocupa: sólo cuando sintióse desfalleciente por la abundante sangre que perdía de la herida, abandonó su puesto de honor, y esto a exigencias reiteradas de sus oficiales.

En efecto, casi a viva fuerza fué extraído de la zona de fuego, conduciéndosele a su domicilio, en la casa que el señor Domingo Pescetto, último alcalde peruano de Arica, poseía en la calle "San Marcos", pero solo después de convencerse de que era imposible llegar al hospital "San Juan de Dios", porque el enemigo invadía en esos momentos las calles adyacentes a este establecimiento, haciendo fuego en todas direcciones.

Sin embargo, un historiador chileno—Molinari—dice que este jefe "cedió el campo después de corta y tenáz lucha, y que sólo abandonó el puesto cuando feróz bayonetazo lo tendió con el vientre herido dentro del fuerte. Varela, agrega, cayó vivando al Perú y animando a los suyos".

Esta información es, en parte, inexacta. El jefe referido no fué herido por "feróz bayonetazo", sino por bala de rifle, la que le perforó la clavícula izquierda, saliéndole por el homóplato, herida de cuya consecuencia falleció años después, no obstante la delicada asistencia que

recibiera en las ambulancias de Lima, a donde fué conducido, juntamente con numerosos heridos de las batallas de Tacna y Arica.

Hemos oído contar al mismo coronel Varela, después de la paz de Ancón, la manera cómo cayó prisionero en Arica.

Luego después que sus acompañantes lo instalaron en su domicilio, regresaron precipitadamente en busca de su batallón; pero, muy a su pesar, no pudieron reunirse a él, porque en esos momentos el ejército atacante coronaba los cerros que dominan la ciudad, por el Sur.

Cuando el coronel Varela creía que su fin estaba ya próximo; pues continuaba perdiendo abundante sangre, sintió fuertes golpes en la puerta de calle del departamento que ocupaba, y un balazo en el ojo de la cerradura, la abría de par en par.

Era un grupo de soldados chilenos, desprendido del ejército victorioso que había ingresado a la ciudad, ávido de pillaje.

Ver al coronel Varela exánime y lanzarse sobre él, fué todo uno. Pero el bravo militar yérguese en su lecho de dolor e increpa enérgicamente a la soldadesca, conteniéndola en la consumación de su delito.

—¡Miserables! les dice. Estoy herido; y deber de ustedes es respetar mi condición de tal; soy el coronel Marcelino Varela, jefe del batallón "Artesanos de Tacna", al que he dejado defendiendo la batería del Este. ¡Que venga uno de vuestros jefes u oficiales para darme prisionero!

A grito abierto y profiriendo tabernarias interjecciones, pedíanle dinero en cambio de su vida; dinero de que carecía, por lo que saquearon sus ropas, llevándose todo lo que de valor encontraron en éllas.

Felizmente para el coronel Varela, en esos momentos penetraban a la casa, atraídos por los gritos y disparos que los criminales soldados hacían dentro, tres oficiales, a

quienes el herido jefe se entregó prisionero, y quienes, desde ese instante, rodeáronle de atenciones, poniendo a su disposición dos clases, para que hicieran respetar su vida, mientras gestionaban su traslación al hospital de "San Juan de Dios"; lo que se hizo dos horas después, siendo operado en este establecimiento por su viejo amigo el médico español Eduardo Rodríguez Prieto, padre de la dama tacneña, señora Emilia Rodríguez Prieto de Billinghurst, digna esposa del que fué ex-presidente de la república, señor Guillermo Billinghurst.

El coronel Varela nació en Tacna del legítimo matrimonio del caballero español—nacionalizado peruano — señor Juan Varela, antiguo administrador del correo de aquella ciudad, con la señora Nicolasa Barrios.

Según se lee en su foja de servicios, entre los hechos de armas a que concurrió este jefe, figura el combate que, el 29 de mayo de 1877, sostuvo en Pacocha el monitor "Huáscar" con los poderosos buques de guerra ingleses "Sha" y "Amethiste", los que recibieron varios certeros disparos del revolucionario monitor, a bordo del cual se encontraban los señores Nicolás de Piérola, Guillermo E. Billinghurst, Marcelino Varela y otros revelados contra el gobierno constitucional del general Prado.

Tuvo un heredero de su gloria militar: el general don Enrique Varela, hijo legítimo suyo, a cuyo valeroso comportamiento en la batalla de Tarapacá dedica Vicuña Mackehena esta elogiosa frase en su historia de la guerra del Pacífico: "era débil como un junco, pero bravo como un león".

La patria llora aún la prematura y trágica desaparición de este ilustre jefe, uno de nuestros más jóvenes generales, asesinado alevosamente en momento de perturbación política, en el cuartel de "Santa Catalina" de Lima, en la madrugada del 4 de febrero de 1914.

El día de su muerte estaba investido con el elevado cargo de ministro de la guerra del gobierno del señor Gui-

llermo E. Billinghurst, contra el cual se reveló el ejército, a órdenes del entonces coronel Oscar R. Benavides.

Heróico comportamiento del 2o. Jefe del "Artesanos".

El comandante Francisco Chocano, en cuyo civismo y denuedo puso el coronel Varela su confianza, al encargarle el comando del batallón "Artesanos de Tacna", supo corresponder a ella; en efecto, organizó la marcha ordenada sobre los atrincheramientos y fortificaciones del Cerro Gordo y el Morro; batiéndose en retirada, hasta llegar a estos sitios.

Los capitanes Olegario José Julio Rospigliosi, José del Castillo, Rubén Rivas y varios otros oficiales, secundaron el movimiento a la cabeza de sus respectivas compañías, llegando a tiempo al primero de los atrincheramientos citados, desde cuyas posiciones, que defendían la entrada al Morro, reanudaron el combtae, con la misma energía que en la batería del Este.

Dos regimientos atacan el Morro.—En vista de la gravedad de la situación, Bolognesi dispone que los batallones "Iquique" y "Tarapacá", que defendían el sector Norte, se trasladen al Morro.

El 4o. de línea, en su avance hacia el Morro, fué reforzado por varias compañías del 3o., después de completar sus efectivos, considerablemente reducidos en su ataque al "Ciudadela".

El coronel Bolognesi, que desde el Morro seguía el desarrollo del combate, en todos sus detalles, pues que des-

de ese sitio se domina el sector del fuerte "Ciudadela", se dió cuenta de la gravedad de la situación y despachó a uno de sus ayudantes (46), llevando mensaje para los comandantes Zavala y Sáenz Peña, ordenándoles que en el acto se trasladasen al Morro, a defender esta fortaleza, juntamente con los restos del "Artesanos", que en esos momentos se batían en retirada.

El regimiento "Lautaro" y un escuadrón de caballería abandonan también en esos momentos su campamento de Chacalluta y se dirigen al puerto; una hora después, a marchas forzadas, llegan al "Chinchorro" y a la pampa vecina al "lazareto viejo", cuyo sector tenían encargo de atacar.

No menos de tres kilómetros tuvieron que recorrer los batallones peruanos, mano a la cartuchera, en su viaje al Morro.

Uno de ellos—el "Iquique"—ascendió esta montaña por la calle del "Colegio" (hoy "Colón"), y el otro—el "Tarapacá"—por la de la "Matríz" (hoy "Baquedano"). Antes de iniciar este movimiento se desplegaron en guerrillas y en este orden iniciaron la ascención al Morro, conducidos por sus jefes, en medio de verdaderas granizadas de balas, disparadas por las tropas invasoras desde los parapetos del "Cerro Gordo".

No fué menos intenso y certero el fuego de los nuestros; pero desde el primer momento comenzaron éstos a experimentar fuertes pérdidas por la ventaja que llevaban

---

(46).— No recordamos si lo hemos leído o alguien nos lo ha contado, que fué el coronel Ugarte, jefe de la 6a. división, que la formaban los batallones "Iquique" y "Tarapacá", quien se trasladó al sector que defendían estos cuerpos, en la pampa comprendida entre el río "San José y los cerros del lado de Lluta, con el objeto de conducirlos, personalmente, a dicha montaña—como lo hizo;—cumpliendo así las intrucciones que recibiera de Bolognesi. Sáenz Peña en su parte del combate confirma esta aseveración.

los que, desde la cumbre del mencionado cerro, se oponían a la subida de los dos arrojados batallones tarapaqueños.

Molinari dice que Sáenz Peña, "con lujo de personal valor, lanzó su "Iquique" a la altura, trepando por la escabrosa y arriesgada senda de la falda del abrupto Morro". y que "no pudo, por más que hizo, llevar al asalto sino al medio batallón de la derecha del "Iquique". Esta tropa, sin disparar un tiro, corrió al cerro, es decir, llegó a la altura, pero no tomó posesión de trinchera ni parapeto alguno".

Agrega Molinari, al refutar el parte de Sáenz Peña, que este jefe sufre error al afirmar que la ayudaron a sostener sus fuegos tropas del **"Tarapacá", "Granaderos"** (?) y del **Artesanos** "Sufre un error, dice, el comandante Sáenz Peña; el **"Tarapacá"** no alcanzó a coronar el cerro... **Artesanos,** puede que hubieran algunos; **Granaderos de Tacna,** de Justo Arias, sí que estamos seguros no mandó uno sólo el comandante Sáenz Peña esa famosa mañana del 7 de junio".

Este escritor, tal vez mal informado o transcordado, sostiene una inexactitud al afirmar que "no alcanzaron la meseta del Morro soldados del **Tarapacá,** y que **Artesanos** puede que hubieran algunos"; afirmación inexacta, pues los **Artesanos** que salvaron con vida en "Cerro Gordo", se replegaron—ya lo hemos dicho más adelante,—al Morro, conducidos por Francisco Chocano; también nos consta, por habérnoslo asegurado sobrevivientes del **Tarapacá,** que muchos soldados de este cuerpo alcanzaron la meseta, peleando en seguida a la bayoneta, al lado de los del **Iquique** (47).

---

(47).— . . . . "Los batallones "Tarapacá" e "Iquique" a paso al trote van a reforzar la casi aniquiladas defensas del Morro; pero como la subida por el lado Norte es difícil, venciendo con gran trabajo y bajo los fuegos del enemigo, cuyo número aumentaba a cada momento con sus cuerpos de reserva, pero todo esfuerzo es inútil;

Corrobora esta aseveración las siguientes líneas del parte del comandante de las fortalezas del Morro, capitán de corbeta Manuel I. Espinoza, al jefe de estado mayor, comandante La Torre:

. . . . . . "En estas circunstancias se vieron subir por las faldas del Morro, dos batallones nuestros, que venían desde las baterías del Norte, a la vez que Ud. replegaba, para hacer fuego sobre "Cerro Gordo", a todas las gentes que venían en retirada de las baterías del Este; pero como aquéllos, fatigados por la larga marcha que hacían al trote y por la pendiente de la subida, no podían venir oportunamente a la cima del Cerro, a pesar del empeño que ponían, instados por sus valientes jefes, que hacían esfuerzos inauditos por conseguirlo, logran sólo hacer subir, cada uno de ellos, medio batallón de la derecha, mandados: el "Iquique", por su comandante, el teniente coronel Roque Sáenz Peña, y el del "Tarapacá", por su comandante el teniente coronel D. Ramón Zavala; los medios batallones de la izquierda no hicieron probablemente su ascención, porque fueron flanqueados y cortados por el enemigo, que avanzaba por el Este y dominaba el "Cerro Gordo". Los medios batallones de la derecha, unidos a la tropa que se replegaba, compuesta de algunos grupos respectivamente mandados por el teniente coronel don Ricardo G. O'Donovan, el sargento mayor don Armando Blondel, id. don Gerónimo Salamanca, capitán don Cleto Martínez, y otros que no recuerdo, sostuvieron los fuegos protegidos por la gente del Morro, que cubría los parapetos y los cañones de ese sitio, hasta que, arrollados por el número, se replegaron a las trincheras, en donde se hizo una tenaz resistencia, de la que resultó muerto el valeroso comandante Zavala".

En lo que sí está en lo cierto el historiador mencionado, es cuando asegura que **Granaderos de Tacna** no mandó en esos momentos Sáenz Peña, según afirma éste en su parte oficial del combate; porque todos cayeron, inmortalizándose, en el "Ciudadela".

Una de las compañías del batallón "Iquique", que ascendió por la calle del "Colegio", se apostó tras los peñascos donde hasta ha poco existía una cruz, y desde allí, a mansalva, dirigió mortífero fuego al invasor, que en esos

---

el valor sirvió tan sólo para probar que prefería la muerte al dolor de presenciar su derrota, por gloriosa que fuera". (Paz Soldán, ob. cit.)

momentos bajaba de "Cerro Gordo" en dirección al Morro.

Nos contaba el ciudadano chileno Pedro Díaz, que residió en Arica desde su juventud, y que gracias a sus honrosos antecedentes y a haber garantizado por él el alcalde de la ciudad, fué uno de los pocos individuos de esa nacionalidad que no fueron arrojados del territorio nacional; nos contaba Díaz, decimos, que él presenció desde el techo de la casa de aquél señor, a cuyo cuidado estaba, la ascención al Morro de los batallones "Tarapacá" e "Iquique"; habiendo tenido oportunidad de admirar el entusiasmo y valor con que esta tropa, lanzando vivas al Perú, llevó a cabo su temerario propósito, sin arredrar ni las numerosas bajas que sufría momento a momento, ni el peligro inminente que corría de ser aniquilada, totalmente, como lo fueron, en efecto.

Creía el citado individuo que el comandante chileno San Martín, jefe del 4o. de línea, había muerto por efecto de uno de los disparos dirigidos desde los peñascos antes recordados. Sin embargo, un escritor chileno asegura que ello aconteció al atravesar "la suave e infernal hondonada" que existe entre el "Cerro Gordo" y el Morro.

No obstante la espantosa mortandad que sufrieron aquéllos cuerpos peruanos, a tal punto que la falda de la mencionada montaña quedó cubierta de cadáveres y heridos, las diezmadas compañías que lograron su intento, tomaron, acto continuo, participación en la defensa.

Allí, en medio de sus soldados, cayó, también, cara al cielo, el pundonoroso jefe del "Tarapacá", comandante Ramón Zavala (tarapaqueño); y Sáenz Peña, que resultó herido en el brazo derecho, logró subir al Morro, a la cabeza de medio batallón.

Comportamiento del comandante chileno San Martín.—Sus antecedentes militares.

No seguiremos a Molinari en su loco empeño de restar glorias y merecimientos a los jefes enemigos que, en el combate que nos ocupa, se comportaron valerosamente; narradores honrados, verídicos, no nos ciega la pasión patriótica, y así damos al César lo que le pertenece.

Nos referimos al comandante chileno don Juan José San Martín, primer jefe del 4o. de línea, de quien los escritores compatriotas suyos de la época que rememoramos, hacen apasionados elogios por haber atacado el Morro a la cabeza de su regimiento. En verdad, era uno de los pocos militares de escuela con que contaba el ejército chileno.

Según sus biógrafos, a los 16 años de edad se alistaba en un regimiento, dando así pábulo a sus aficiones por la carrera de las armas; la ley del atavismo se manifestó en él desde la niñéz. Era hijo de un viejo militar chileno, cuyos servicios se remontaban al año 1810.

San Martín había guerreado contra los indómitos araucanos, a órdenes del coronel Pedro Lagos, el mismo sanguinario Lagos del asalto de Arica, bajo cuyo comando moría años después, a la cabeza de su regimiento, en momentos en que descendía de "Cerro Gordo", en dirección a la trágica montaña y atravezaba una de sus zonas más abiertas y peligrosas.

No murió San Martín en el instante mismo de ser herido, sino dos o tres horas después, en el alojamiento del comandante Moore, en el Morro, causando su desaparición sentimiento general entre sus subalternos, que le profesaban paternal afecto, por los cuidados y atenciones que les merecía.

Un certero balazo disparado, según el chileno Díaz,

más adelante mencionado, desde los peñascos fronterizos a la calle "Colón", ocasionó su muerte, la más sentida de ese día por los asaltantes.

Cuentan sus biógrafos que, antes de cerrar sus ojos para siempre, encargó a uno de sus oficiales preguntar a su general si estaba contento del comportamiento del 4o. en el Morro.

Otro escritor chileno asegura que, al caer herido por un pedazo de metralla (?) exclamó: "Deseo morir tranquilo; quitad esa bandera, dice a sus soldados, señalando el pabellón peruano que flamea en el reducto".

Los chilenos consideran al comandante San Martín, por lo que a ellos respecta, como el héroe de la jornada.

Y no les falta razón, porque, al decir de Molinari, los jefes de los regimientos 3o. de línea y "Buín", se comportaron cobardemente; se resistieron a llevar a sus legiones al combate, según se ha visto en capítulos anteriores.

En cambio, San Martín cayó herido en medio de los suyos, en el fragor de la lucha.

Así mueren los valientes; así también murió Bolognesi y sus compañeros de infortunio.



GENERAL ROQUE SAENZ PEÑA

Rasgos biográficos del Gral. Sáenz Peña

CAPITULO XII

Algo sobre la vida del general Sáenz Peña.— Cómo se inició en la política y en la milicia.— Por defender las libertades públicas de su patria toma participación en un movimiento revolucionario.— Su actuación antes y después de la guerra del Pacífico.— Rechaza la candidatura a la presidencia de la república.— Noble acción del gran argentino.— El Perú agradecido, le nombra general de brigada de sus ejércitos.— Le invita al mismo tiempo a la inauguración del monumento al coronel Bolognesi.— Su viaje a través de nuestro litoral, constituye acontecimiento patriótico.— En Arica es saludado por la colectividad peruana de las provincias cautivas.— Sáenz Peña aclamado en Lima.— La inauguración del monumento al héroe del Morro.— Uniformado de general, Sáenz Peña comanda la línea en ese acto.— Numerosos sobrevivientes de Arica asisten a la ceremonia.— Inspirado y conmovedor discurso de Sáenz Peña.— En

considerado en su patria y fuera de ella, como cumbre de la diplomacia y de la oratoria.— Sáenz Peña presidente de la república Argentina.— Su gobierno es de justicia y de renovación.— Transitoriamente se separa del gobierno.— Terrible enfermedad lo conduce a la tumba.— Consternación que la fatal nueva causa en el Perú.— Sentidas manifestaciones de condolencia.— Dos autógrafos históricos del caballeroso argentino.

Algo sobre la vida del General Sáenz Peña.

A pesar de ser conocida en Hispano-América— y también en el Viejo Continente— la biografía del doctor Roque Sáenz Peña, vamos, no obstante, a bosquejarla. Personalidad varia, de amplia figuración, estrechos resultan los límites de un libro para contenerla. Desde luego, nosotros nos declaramos incompetentes para estudiar la vida y obras de quien, a partir de la guerra del Pacífico, desempeñó en su patria los más encumbrados puestos públicos, desde ministro plenipotenciario hasta presidente de la república.

Sin embrago de habernos ocupado en anteriores capítulos de los valiosos servicios que el comandante Sáenz Peña prestó a nuestra patria en la guerra con Chile, debemos hacer constar que élla, cumpliendo acto de extricta justicia y reconocimiento, lo ascendió a la alta clase de general de brigada de nuestro ejército; ascenso que coincidió con la inauguración del monumento que la gratitud nacional ha erigido a Bolognesi en uno de los más hermosos paseos de la capital de la República.

Invitado especialmente por nuestro gobierno (48). realzó con su presencia esa ceremonia, a la que concurrió uniformado de general, luciendo sobre el pecho las medallas que el Perú le decirniera por su concurrencia a las batallas de Tarapacá y Arica, al iniciarse la primera de las cuales, desempeñaba el puesto de primer ayudante de campo del general Buendía. Pero habiendo muerto en lo más recio de la lucha uno de los jefes del batallón, el general citado le encargó el comando de este cuerpo, en el mismo campo de batalla.

Por su entusiasta devoción al Perú, los chilenos miraron siempre de mal grado a este distinguido jefe nuestro; su prensa y sus historiadores lo fustigaron acervamente, Molinari entre estos, quien, sin embargo, ha tenido que reconocer que "fué un jefe denodado, bravo y fiel servidor de la bandera que eligió como propia, la del Perú, por quien jugó su vida".

"8 de junio 1905".

Buenos Aires.— 3.59 p. m.

Oyague, presidente Asamblea Bolognesi.— Lima.

(48).— Agradezco y retribuyo cariñosos saludos y procuro concurrir inauguración monumento Bolognesi.

Roque Sáenz Peña.

Roque Sáenz Peña.— Estudio.— Reconquista 144.

Buenos Aires, julio 1o. 1905.

Señor J. Oyague y Soyer.

Lima.

Distinguido señor amigo:

Usted ha mantenido con encomiable afecto el culto a la memoria del coronel Bolognesi, a quien la nación peruana, le debe toda su

Cómo se inició el doctor Sáenz Peña en la política y en la milicia.— Por defender las libertades públicas de su patria toma participación en un movimiento revolucionario.—Su actuación antes y después de la guerra del Pacífico.

Vamos a completar las pocas noticias que consignamos en párrafos anteriores a cerca de la figuración del doctor Sáenz Peña en su patria y en la nuestra, anotando, a grandes rasgos, las que han llegado hasta nosotros en periódicos y revistas de aquende y allende.

La hermosa capital argentina meció la cuna de este hombre superior; fueron sus padres el doctor don Luis Sáenz Peña, alta personalidad de la república del Plata, y la señora Cipriana L. de Sáenz Peña.

Se graduó en la universidad de Buenos Aires de doctor en jurisprudencia; pero, por tomar participación en el movimiento revolucionario de 1874, interrumpió sus estudios.

---

gratitud. La perseverancia en su admiración y culto por el héroe, recomiendan altamente su patriotismo, como sus sentimientos de justicia y es en ese carácter de presidente de la Asamblea Bolognesi que le dirijo la presente, poniendo en su conocimiento, que aún cuando no tengo recibido aviso de la inauguración del monumento, me considero como uno de los deudos de esas honras y demando mi pedazo de sol, entre las multitudes peruanas—que aclamarán al héroe en el día de su apoteósis.— He manifestado alguna vez, que donde quiera que vivan los soldados del coronel Bolognesi, deben trasladarse a Lima a presentarle las armas y rendirle el merecido tributo de su viejo cariño y admiración.

Debo, pues, dar el ejemplo y cumplir con este voto de mi corazón. Seré con seguridad el sobreviviente más lejano del lugar de las honras; pero he resuelto suprimir la distancia y espero encontrarme en ese día con mis inválidos del batallón "Iquique", para confundirme con ellos, como amigo y camarada en la guarnición de Arica.

Mientras me doy el placer de estrechar a Ud. la mano, me reitero su afectísimo amigo y S. S.

Roque Sáenz Peña.

Las ideas de libertad y progreso que le animaban en pró del bienestar de su patria, lo indujeron a incorporarse en las filas revolucionarias del general Luis María Campos.

Triunfante la revolución, obtuvo, en premio de sus servicios, despachos de teniente coronel, grado con el que, cinco años después, se daba de alta en el ejército peruano. según lo hacemos constar en estas páginas.

A la vez que ejercía su profesión de abogado con brillo y resultados económicos halagüeños, esgrimía con talento la pluma de periodista; libró ruidosas batallas en la prensa bonarense, no tardando en descollar entre los intelectuales de su país y ser elegido diputado a congreso, y poco después presidente de su cámara. Esto sucedía en 1877, cuando sólo contaba 26 años de edad.

Digno compatriota del gran capitán de los Andes, apenas tuvo noticia de que Chile nos había arrastrado a injusta guerra, no pudo resistir los impulsos de su corazón de cruzado de la Libertad y la Justicia. Conocía la insidia con que procedía aquella nación en todos sus asuntos con el Perú; y no tardó en trasladarse a Lima, donde solicitó

---

29 de julio de 1905.

Buenos Aires.— 8.10 p. m.

Oyague y Soyer.— Lima.

"Retribuyo con profunda emoción el abrazo conmovedor de mis hermanos de armas en Arica, y siéntome dichoso de haberse hecho justicia a ellos, viva el Perú íntegro y libre corazón de insperuanos y argentinos. Honor al mártir que ha cantado el pcema e pirado estrofas, honor también al héroe de los mares que arrancara raudales de elocuencia a Aristóbulo del Valle, malogrado tribuno en las nobles inspiraciones nacionales. Viva el Perú íntegro y libre como lo juró San Martín y como lo conciben sus descendientes.

Roque Sáenz Peña.

---

ser dado de alta en el ejército en campaña, a lo que se accedió en el acto; dirigiéndose en seguida a Iquique, investido del cargo de ayudante de campo del general Buendía, comandante general del ejército del Sur.

Ya hemos visto en párrafos anteriores, cuán valerosamente se comportó el comandante Sáenz Peña en Tarapacá, y cómo en el mismo campo de batalla fué nombrado jefe de batallón.

También nos hemos ocupado con alguna amplitud, en su actuación en Arica, desde su llegada hasta la caída de esta plaza.

Su permanencia en Chile, en la condición de prisionero de guerra, fué breve; pués, luego púsosele en libertad bajo palabra de honor, dirigiéndose en seguida a su patria, donde se dedicó de nuevo al ejercicio de su profesión de abogado.

En 1881 era nombrado oficial mayor (subsecretario), del ministerio de relaciones exteriores, puesto en el que se reveló el diplomático que años más tarde daría honra y lustre a su patria, no sólo en América sino en el Viejo Mundo, donde se le reconoció como eminente internacionalista. Con Luis M. Drago—otra eminencia de la diplomacia argentina— concurrió al congreso de la Haya, en el que expuso sus avanzadas doctrinas sobre derecho internacional.

La actuación de Sáenz Peña en el congreso Pan-Americano de Wáshington, en 1888, fué descollante; sus declaraciones de principios relacionados con la América Latina, fueron aprobados por mayoría.

El año anterior había desempeñado la representación de su patria en el Uruguay, donde con su compatriota el doctor don Manuel Quintana,—elegido más tarde presidente de la república—representó a su país en el congreso de jurisconsultos de Montevideo; distinguiéndose en esta ocasión por la profundidad y amplitud de sus conocimientos y por su robusta elocuencia.

Años después era acreditado nuevamente enviado ex traordinario y ministro plenipotenciario en el Uruguay; logrando esta vez arreglar la cuestión de las aguas del Plata, evitando el conflicto que estuvo a punto de turbar la paz entre ambos pueblos hermanos.

En las postrimerías de su gobierno, Suárez Celman le encomendó una cartera.

Sáenz Peña no acepta ser candidato a la presidencia de la república.—Noble actitud del gran argentino.

Y llegamos al momento más interesante de la vida política de Sáenz Peña.

La presidencia de la república se hallaba próxima a vacar, cuando numerosos amigos suyos, de alta figuración política y social, lanzaron su candidatura; pero al mismo tiempo otros elementos lanzaban también la de su progenitor, don Luis Sáenz Peña, en vista de lo cual declinó la honra en favor de éste, que resultó elejido presidente.

Sus partidarios no se conformaron con esta determinación del doctor Sáenz Peña y optaron por lanzar su candidatura a una senaduría, obteniendo en la justa electoral el más sonado triunfo; más el elegido renunció este nuevo honor, aduciendo como razón concluyente, que no deseaba despertar suspicacias y prejuicios en el círculo de sus opositores politicos, que mortificarían también la suceptibilidad de su padre, en vísperas de asumir el mando supremo de la nación. Rasgo de honradéz política poco común en nuestras jóvenes democracias.

Durante el tiempo que don Luis estuvo al frente del gobierno, don Roque se retiró a la vida privada, siendo años después elegido presidente del partido autonomista, de gran significación en la política argentina.

El Perú, agradecido, lo nombra general de brigada de sus ejércitos.—Lo invita, al mismo tiempo, a la inauguración del monumento al coronel Bolognesi.—Su viaje, al través de nuestro litoral, constituye acontecimiento patriótico.—En Arica es saludado por la colectividad peruana de las provincias cautivas.

El Perú, siempre noble y reconocido para con sus buenos servidores, quiso premiar a aquél, en forma que estuviese en armonía con su relevante figuración social y política, los valiosos servicios que le prestara en la guerra con Chile, hasta caer herido y prisionero en el Morro de Arica; y mandó inscribir su nombre en el escalafón del ejército, con el grado de general de brigada. Esto acontecía el año 1905.

Al mismo tiempo le invitaba a la inauguración del monumento a Bolognesi, en la capital de la república.

El viaje del doctor Sáenz Peña a través de nuestro litoral—desde Iquique hasta el Callao—dió lugar a entusiastas manifestaciones patrióticas, exteriorizadas por nuestros más connotados elementos, en honor suyo. Su presencia avivó los recuerdos de la sangrienta epopeya, en que él valeroso compañero de Bolognesi, fué uno de los principales actores.

Cuando llegó a Arica el vapor en que viajaba, la población peruana de esta ciudad y de Tacna, se trasladó a bordo, en masa, ávida de conocer y estrechar la mano al ilustre viajero.

Miles de manifestantes—nosotros entre ellos—desfilaron delante de él; escuchó sentidos y vibrantes discursos de bienvenida, todos encaminados a recordar y enaltecer su heroica actuación en las filas de nuestro ejército.

Los diarios peruanos de Arica y Tacna, y también los de Lima, publicaron extensas informaciones, dando cuenta de la recepción que habían verificado en su honor las provincias irredentas.

Sáenz Peña aclamado en Lima.— La inauguración del monumento al héroe del Morro.—Uniformado de general, Sáenz Peña manda la línea en este acto.—Numerosos sobrevivientes de Arica asistan a la ceremonia.—Inspirado y conmovedor discurso de Sáenz Peña.

La presencia del general Sáenz Peña en la capital de la república constituyó acontecimiento inolvidable, como asimismo la ceremonia de la inauguración del monumento dicho, a la que asistió el pueblo todo de Lima, y las numerosas personas llegadas de provincias con ese sólo objeto, entre las que figuraban expectantes miembros de la colectividad peruana de Arica y Tacna.

El general Sáenz Peña, uniformado de general de brigada, según ya lo hemos dicho, mandó la línea ese día.

El doctor don José Pardo, a la sazón presidente de la república, no omitió esfuerzos ni gastos a fin de que la ceremonia tuviese el lucimiento y brillantéz que tuvo.

En la tribuna presidencial, levantada frente al monumento al héroe, ocuparon asiento los sobrevivientes de la jornada de Arica, entre los que figuraban el coronel don Manuel C. de La Torre, jefe de estado mayor de la guarnición de aquél puerto, el coronel don Francisco Chocano, jefe del batallón "Artesanos de Tacna", los capitanes de fragata señores Germán Paz, jefe del parque, Benjamín Arce y Folchs, y otros cuyos nombres se nos escapan.

El general Sáenz Peña pronunció en este patriótico

e imponente acto, el discurso que insertamos a continuación, una de las más sentidas e inspiradas oraciones que se han dicho hasta hoy en elogio del héroe de Arica, cuya guerrera figura se agiganta y enaltece en ella.

Dijo el ilustre tribuno argentino:

Coronel Bolognesi:

Uno de tus capitanes vuelve, de nuevo, a sus cuarteles, desde la lejana tierra atlántica, llamado por los clarines que pregonan tus hechos exclarecidos desde el Pacífico hasta el Plata, y desde el Amazonas hasta el seno fecundo del golfo de México, que les presta su acústica sonora para repetir tu nombre sobre otras civilizaciones y otros pueblos que nos han precedido en la liturgia de la gloria y en el culto de los próceres y de los héroes. Yo vengo sobre la ruta de mi consecuencia, siguiendo la estela roja de mi coronel, fulgor de grana que conmovió el Pacífico con las tempestades de la guerra y que hoy contemplo alumbrada por los resplandores de la paz en el fausto concierto de la gratitud, y en la marcha triunfadora del engrandecimiento nacional.

Regreso con distancia de un cuarto de siglo, pero vuelvo sin olvidos y sin retardos, porque llego en la hora justa de tu apoteosis, que tampoco la posterga la lentitud de tu pueblo, ni trataron de omitirla las nuevas generaciones que recibieron bajo el casco guerrero de sus progenitores, el ósculo final de la partida, brindando las mezcladas sonrisas de la orfandad al culto perenne de la patria, a su defensa y a su integridad, y si han sido necesarios cinco lustros para modelar tu efigie en la pasta candente de los inmortales, es porque los grandes hechos que consagran los pueblos agradecidos, deben ser definitivos, indiscutidos e infalibles, y este juicio solemne y supremo sólo puede pronunciarlo la posteridad porque la gloria es un fruto de lenta maduración, que no han de fecundarlo los mismos soles que le vieron florecer.

Llegamos, pues, a honrar los actos que te dieron el renombre en la hora justa y en su momento histórico, cuando ya no gravitan sobre la tierra sino escasos eslabones de tu generación y pueden contarse sin esfuerzo los soldados inválidos de la epopeya, diseminados y dispersos, como las tablas de la nave que desunió con furia la tempestad, para recomponerse sobre la playa hospitalaria en la mañana serena y en las horas del sol que desipan y calman los huracanes. Son, en efecto, otros hombres los que me es dado mirar al pié de tu monumento; son otras fisonomías las que me estrechan la mano y me confunden en abrazo popular y efusivo, a título de amigo tuyo, como si fuera el portador de tu palabra postrera, depositario de tu voluntad suprema, confidente o mensajero de tus anhelos o designios; pero aquí se encuentran todos los sobrevivientes, que recibieron el ejemplo de tus virtudes cívicas, tus enseñanzas del honor militar y el deber austero y probo que consumó tu inmolación; y ellos atestiguan, como yo, que en el fragor de la defensa, como en la hora doliente del sacrificio, el coronel Bolognesi era un alma

suspendida sobre el alma de su ejército, para comunicarle sus alientos, su inspiración y su fé; era brazo y era ideal, patriotismo y deber, desprendimiento y heroísmo, que en las abstracciones de su mente como en la vaguedad de su mirada, dirigida más sobre el firmamento que sobre la tierra, parecía hablar con la posteridad como con invisible interlocutor que no buscaba al contacto ni a la visión patriótica de sus soldados, cuando monologaba con la gloria e interrogaba al destino de su patria, reproduciendo sobre las altiveces del peñón bravío, el diálogo interminable de los vientos y de las olas.

Señores:

Le conocí batallando sobre el cerro de Dolores, contraste que conmovió su espíritu y quebrantó su cuerpo debilitado ya por las fatigas de la marcha y por el duro batallar de aquella tarde sin sol para las armas del Perú. Llegó a Tarapacá, y al desmontarse de su caballo de guerra cayó postrado por altísima fiebre, hasta que el nuevo toque de generala lo hizo olvidar la congestión y sus delirios, y quebrantando la consigna médica, tal vez la única consigna que no cumplió en su vida de soldado, trepó la altiplanicie y conquistó el laurel marcial que la adversidad le negara en San Francisco.

Fué en Arica donde me honró con su amistad, en esa relación íntima de una guarnición bloqueada por las fuerzas de mar y estrechada en aro férreo por un ejército de tierra; el servicio de guarnición fué pesado como el aislamiento que incomunicó esas tropas con el resto del mundo y en esa vida cariñosa e íntima del hogar militar, brotaron vínculos, crecieron afectos, como crecen las flores cultivadas en suelo generoso, y la vida corrió grata en la fraternidad de la carpa y del vivac; el espíritu del jefe penetraba el interior de los cuarteles, doblaba la vigilancia, preparaba las armas y la defensa con serenidad no interrumpida, y casi podría decir con alegría, hasta la mañana del día 6, en que cruzó la débil corriente del Azapa un oficial parlamentario. La frente de Bolognesi se vió cargada de sombras, como si todas las tinieblas se hubiesen conglomerado ante la siniestra idea de una capitulación; y en aquella actitud llamó a su junta, cedió la palabra al parlamento y esperó con arrogancia mezclada de zozobra el voto de la defensa, que no se hizo esperar; aquel fué más que unánime, porque fué explosivo y estalló como la protesta de un agravio para encender la frase histórica que debiera pronunciar el gentil hombre de cabellos nevados, de sable roto y espuelas punzadoras; habló con los pesares disipados, con las zozobras borradas de su mente y el corazón desbordante de paternal orgullo, porque allí estaba para él, la gran familia peruana, reducida en el peñasco silencioso a sus verdaderos hijos de armas.

¡"Pelearemos hasta quemar el último cartucho", provocación o reto a muerte, soberbia frase de varón, con digno juramento de soldado, que no concibe la vida sin el honor, ni el corazón, sin el altruísmo, ni la palabra sin el hecho que la confirma y la ilumina, para grabarla en el bronce o en el poema, como la graba y la consagra la inspiración nacional. Y el juramento se cumplió por el

e imponente acto, el discurso que insertamos a continuación, una de las más sentidas e inspiradas oraciones que se han dicho hasta hoy en elogio del héroe de Arica, cuya guerrera figura se agiganta y enaltece en ella.

Dijo el ilustre tribuno argentino:

Coronel Bolognesi:

Uno de tus capitanes vuelve, de nuevo, a sus cuarteles, desde la lejana tierra atlántica, llamado por los clarines que pregonan tus hechos exclarecidos desde el Pacífico hasta el Plata, y desde el Amazonas hasta el seno fecundo del golfo de México, que les presta su acústica sonora para repetir tu nombre sobre otras civilizaciones y otros pueblos que nos han precedido en la liturgia de la gloria y en el culto de los próceres y de los héroes. Yo vengo sobre la ruta de mi consecuencia, siguiendo la estela roja de mi coronel, fulgor de grana que conmovió el Pacífico con las tempestades de la guerra y que hoy contemplo alumbrada por los resplandores de la paz en el fausto concierto de la gratitud, y en la marcha triunfadora del engrandecimiento nacional.

Regreso con distancia de un cuarto de siglo, pero vuelvo sin olvidos y sin retardos, porque llego en la hora justa de tu apoteosis, que tampoco la posterga la lentitud de tu pueblo, ni trataron de omitirla las nuevas generaciones que recibieron bajo el casco guerrero de sus progenitores, el ósculo final de la partida, brindando las mezcladas sonrisas de la orfandad al culto perenne de la patria, a su defensa y a su integridad, y si han sido necesarios cinco lustros para modelar tu efigie en la pasta candente de los inmortales, es porque los grandes hechos que consagran los pueblos agradecidos, deben ser definitivos, indiscutidos e infalibles, y este juicio solemne y supremo sólo puede pronunciarlo la posteridad porque la gloria es un fruto de lenta maduración, que no han de fecundarlo los mismos soles que le vieron florecer.

Llegamos, pues, a honrar los actos que te dieron el renombre en la hora justa y en su momento histórico, cuando ya no gravitan sobre la tierra sino escasos eslabones de tu generación y pueden contarse sin esfuerzo los soldados inválidos de la epopeya, diseminados y dispersos, como las tablas de la nave que desunió con furia la tempestad, para recomponerse sobre la playa hospitalaria en la mañana serena y en las horas del sol que desipan y calman los huracanes. Son, en efecto, otros hombres los que me es dado mirar al pié de tu monumento; son otras fisonomías las que me estrechan la mano y me confunden en abrazo popular y efusivo, a título de amigo tuyo, como si fuera el portador de tu palabra postrera, depositario de tu voluntad suprema, confidente o mensajero de tus anhelos o designios; pero aquí se encuentran todos los sobrevivientes, que recibieron el ejemplo de tus virtudes cívicas, tus enseñanzas del honor militar y el deber austero y probo que consumó tu inmolación; y ellos atestiguan, como yo, que en el fragor de la defensa, como en la hora doliente del sacrificio, el coronel Bolognesi era un alma

suspendida sobre el alma de su ejército, para comunicarle sus alientos, su inspiración y su fé; era brazo y era ideal, patriotismo y deber, desprendimiento y heroísmo, que en las abstracciones de su mente como en la vaguedad de su mirada, dirigida más sobre el firmamento que sobre la tierra, parecía hablar con la posteridad como con invisible interlocutor que no buscaba al contacto ni a la visión patriótica de sus soldados, cuando monologaba con la gloria e interrogaba al destino de su patria, reproduciendo sobre las altiveces del peñón bravío, el diálogo interminable de los vientos y de las olas.

Señores:

Le conocí batallando sobre el cerro de Dolores, contraste que conmovió su espíritu y quebrantó su cuerpo debilitado ya por las fatigas de la marcha y por el duro batallar de aquella tarde sin sol para las armas del Perú. Llegó a Tarapacá, y al desmontarse de su caballo de guerra cayó postrado por altísima fiebre, hasta que el nuevo toque de generala lo hizo olvidar la congestión y sus delirios, y quebrantando la consigna médica, tal vez la única consigna que no cumplió en su vida de soldado, trepó la altiplanicie y conquistó el laurel marcial que la adversidad le negara en San Francisco.

Fué en Arica donde me honró con su amistad, en esa relación íntima de una guarnición bloqueada por las fuerzas de mar y estrechada en aro férreo por un ejército de tierra; el servicio de guarnición fué pesado como el aislamiento que incomunicó esas tropas con el resto del mundo y en esa vida cariñosa e íntima del hogar militar, brotaron vínculos, crecieron afectos, como crecen las flores cultivadas en suelo generoso, y la vida corrió grata en la fraternidad de la carpa y del vivac; el espíritu del jefe penetraba el interior de los cuarteles, doblaba la vigilancia, preparaba las armas y la defensa con serenidad no interrumpida, y casi podría decir con alegría, hasta la mañana del día 6, en que cruzó la débil corriente del Azapa un oficial parlamentario. La frente de Bolognesi se vió cargada de sombras, como si todas las tinieblas se hubiesen conglomerado ante la siniestra idea de una capitulación; y en aquella actitud llamó a su junta, cedió la palabra al parlamento y esperó con arrogancia mezclada de zozobra el voto de la defensa, que no se hizo esperar; aquel fué más que unánime, porque fué explosivo y estalló como la protesta de un agravio para encender la frase histórica que debiera pronunciar el gentil hombre de cabellos nevados, de sable roto y espuelas punzadoras; habló con los pesares disipados, con las zozobras borradas de su mente y el corazón desbordante de paternal orgullo, porque allí estaba para él, la gran familia peruana, reducida en el peñasco silencioso a sus verdaderos hijos de armas.

¡"Pelearemos hasta quemar el último cartucho", provocación o reto a muerte, soberbia frase de varón, con digno juramento de soldado, que no concibe la vida sin el honor, ni el corazón, sin el altruísmo, ni la palabra sin el hecho que la confirma y la ilumina, para grabarla en el bronce o en el poema, como la graba y la consagra la inspiración nacional. Y el juramento se cumplió por el

jefe y por el último de sus soldados, porque el bicolor nacional no fué arriado por la mano del vencido, sino despedazado por el plomo del vencedor. Lo que vino después ya lo sabéis; el sacerdote, de ese altar granítico, el guerrero y el señor de esas alturas, fundió en plomo su inmortalidad, esfumándose en los cielos y dejando en la sonrisa de su labio yerto la plácida expresión de un varón justo que ha rendido la vida en el sagrario y que abandona la tierra bendiciendo a su patria y a sus soldados.

Ningún corazón peruano discutirá la conveniencia del esfuerzo heroico; la arrogante actitud de Bolognesi no se mide con el cartabón del éxito ni con las mercenarias exigencias del cálculo; ella se siente y se sueña, se realiza y se confunde con el alma de su progenitor, y es por eso que los lauros marciales de Bolognesi no tuvieron una gestación penosa, ni fueron fruto de larga elaboración; más que una foja de servicios comunes o vulgares, es un fuerte contacto con el destino, un rayo de inspiración y de luz en la hora triste del crepúsculo, cuando el alma se repliega sobre si misma, cuando la naturaleza se vuelve silenciosa y la plegaria de la patria asoma al labio con recogimiento y emoción y así se te consagran manos de Bolognesi, con ese gesto sublime de tu vida militar. Por eso las manos de tus soldados te presentan las armas nacionales vencedoras en Tarapacá y vencidas en Arica, pero no rendidas, y por eso la bandera bicolor, sostenida por las manos de otras generaciones y otros hombres, flota al soplo y al aliento de la gratitud peruana, saludando tus proezas y tus virtudes: las últimas valen las primeras, porque la corona cívica discernida al ciudadano no obscurece las palmas del soldado ni tampoco desmerecen a su contacto; y si la evolución de las ideas suprimiera el poder militar de las naciones; si la humanidad extirpara en un gran día los excesos de la guerra; si la voz de la razón constituyera con el alma democrática el patrimonio o el lema de nuestro pueblos, haciendo del arbitraje la noble magistratura de la familia latino-americana; si la obra de los tiempos llegara a convencernos de que las naciones llamadas a prevalecer no son las que cuentan más soldados, sino las que revisten más obreros y mejores ciudadanos, ese gran desideratum de los hombres de bien no conmovería tu estátua sobre su asiento de granito, porque la justicia, el estoicismo y el severo patriciado habrían sobrevivido a los perfiles marciales de tu efigie; y a cambio del soldado heroico te llamaríamos el primer ciudadano de tu tiempo, si no fuera que la memoria de Grau debe ir a tu diestra, porque no cabe en la penumbra del cuadro contemporáneo.

Coronel Bolognesi:

Tus sobrevivientes te saludan sobre el pentélico sagrado, y somos tus sobrevivientes, porque la selección siniestra de la muerte decapita la flor y no la hierba que ha de perecer también en el desgaste común de las vegetaciones imperfectas; pero todos rodeamos tu monumento; y si he surcado dos piélagos para traerte la ofrenda de mi corazón, es porque tu noble patria tenía el derecho de exigir que no faltara a esta cita ninguno de tus soldados y todos, todos los que vivimos, hemos dejado caer de nuestras manos los instrumentos de trabajo, y desandado camino sobre la presa de la

vida, venimos a refrescar en el recuerdo, que es la fuente de la juventud lejana, las horas gratas de tu dulce amistad y a sentir las emociones y regocijos de tu pueblo en esta fiesta nacional, porque a los muertos ilustres no se lloran: se saludan, se aclaman y se veneran.

Mi coronel: recuerda tu benevolencia y recibe los homenajes de esta palabra amiga, de esta voz que no os fué desconocida, última sombra ensangrentada que miró tu pupila moribunda, última mano que estrechó la tuya en el altar trocado en vasto osario y que hoy te hace la venia, saludando tu inmortalidad, y te presenta estas armas que la juventud argentina me ha entregado al partir, juventud que ama lo grande, como admira lo heroico, porque tuvo su cuna en los grandes ejércitos patriotas que trasmontaron los Andes y llegaron hasta el Ecuador en gloriosa cruzada libertadora. Esa juventud no ha olvidado nuestro génesis, ni desestima su estirpe; busca la solaridad, tiende los brazos a travéz de las cordilleras y los mares, para acercarse a este pueblo generoso, que don José de San Martín declaró libre por la voluntad de los hombres y la justicia de su causa, defendida por Dios, y sé que en la hora solemne de vuestros recuerdos nacionales, nobilísimo pueblo del Perú, también laten vuestros corazones y también se agitan vuestras manos para saludar desde el Rímac a las nuevas generaciones de los hijos del Plata; pero estas armas que me honro en presentarte son también las de tu ejército y de tu pueblo, porque las puso en mis manos el congreso de tu nación, con el grato asentimiento del congreso argentino, donde se han vuelto a escuchar sentimientos y votos calurosos por la felicidad y grandeza del Perú.

Mi gran amigo: Es tan intensa mi emoción como mi gratitud, asistiendo a tu apoteósis al frente de tu ejército, que el excelentísimo gobierno ha confiado a mi comando, como un homenaje a tí, por la amistad con que me honrasteis, pero que es también insigne honor y altísima distinción discernida a quien la recibe, la estima y la agradece en su nobilísimo significado.

Señor presidente de la república:

La expresión de mis afectos y de mis sentimientos en este día, no quedaría completa si no agregara lo que debo y tributo a vuestro gobierno y a vuestra persona, al honorable congreso de la nación, a vuestro ejército y al nobilísimo pueblo del Perú.

Sáenz Peña considerado en su patria y fuera de ella como cumbre en diplomacia y oratoria.

Muy merecidamente teníase a Sáenz Peña en su patria como una de las personalidades más descollantes y merituadas para desempeñar la presidencia de la república; su fama de jurista y sus avanzadas doctrinas sobre tópicos,

internacionales, lo colocaban al lado de los Roosvelt, Wilson, Root y de las más sentadas reputaciones europeas y americanas.

Sus discursos políticos, forenses y académicos, son modelos de bien decir.

Los peruanos recordaremos con gratitud, en todo tiempo, las hermosas oraciones que pronunciara en las distintas actuaciones patrióticas que se llevaron a cabo en su honor, durante su estada en Lima, la más sentida y arrebatadora de las cuales fué, a nuestra humilde opinión, la que acabamos de reproducir.

Sáenz Peña elegido presidente de la Argentina.—Su gobierno es de justicia y renovación.

A la expiración del gobierno de don Manuel Quintana—que terminó el vice-presidente don F. Figueroa Alcorta—se lanzó la candidatura del doctor Sáenz Peña a la presidencia de la república; tuvo por contendor a Udaendo; pero su triunfo, como era de esperarse, fué abrumador.

Antes de asumir la gerencia de la nación, hizo una gira por las principales capitales europeas, tributándosele en todas honores de jefe de estado.

Su gobierno se distinguió por el espíritu de justicia, conciliación y rectitud a que ajustó todos sus actos en los tres años que estuvo al frente de él. En este lapso se operó verdadera evolución política, lo que contribuyó al mayor progreso y bienestar del país. Los socialistas comenzaron a tomar participación en la cosa pública—lo que antes no se les había permitido;— así, en las primeras elecciones de representantes a congreso, obtuvieron varias curules, en ambas cámaras legislativas.

Sáenz Peña se separa transitoriamente del gobierno.—Incurable enfermedad lo conduce a la tumba.—Consternación que la fatal nueva causa en el Perú.—Sentidas manifestaciones de condolencia.

Hacía tres años que Sáenz Peña regía los destinos de su patria, con beneplácito de sus conciudadanos; pero en dos o tres ocasiones hubo de llamar al vice-presidente para que lo reemplazara en el mando supremo de la nación, porque su salud se resentía cada vez más: terrible enfermedad minaba su robusta complexión. La ciencia se declaraba impotente para combatirla; el mal lo conducía aceleradamente a la tumba.

En las primeras horas de la mañana del 9 de agosto de 1914, en la plenitud de la vida, se apagaba tan preciosa existencia, sumiendo en duelo no sólo a su patria, sino también a la en cuya defensa había derramado su sangre.

Al recuerdo de la deuda de gratitud que el Perú había contraído para con el ilustre muerto, primero en Tarapacá, y después en Arica, la prensa toda del país loó su memoria, empleando las más selectas galas del idioma y las más felices figuras de la retórica.

Luego después que se recibió en Lima la fatal nueva, el general Benavides—que ejercía accidentalmente la presidencia de la república—telegrafió la condolencia del pueblo peruano y la suya, al vice-presidente argentino, don Victoriano de la Plaza, y dispuso la celebración de solemnes honras fúnebres en el templo metropolitano, en memoria del gran amigo y defensor del Perú.

El congreso declaró día de duelo nacional el en que tuvo lugar esta ceremonia.

No resistimos al deseo de transcribir a continuación la parte final del hermoso artículo necrológico que publi-

có "La Crónica" de esta capital, en su edición de 10 de agosto de 1914, exaltando los merecimientos del Lorado muerto.

... ...

"El es algo nuestro que se ha ido, es un pedazo glorioso de nuestra leyenda heroica que la muerte hace entrar definitivamente en nuestra historia. ¡Descubrámonos reverentes ante su recuerdo, bendigamos la memoria del que arremetió hidalgadamente contra los que nos agredían, sintamos como peruanos el desgarramiento de esta partida dolorosa y energullezcámonos como americanos del tipo gallardo que este Continente predujo, del caballero sin tacha, que combatió toda injusticia, que se nimbó de gloria y se nutrió de ideal, que quizo que la América fuera el reservorio de la humanidad, y que, paladín del derecho, laboró incesantemente por la justicia y por la paz americana".

Dos autógrafos históricos del caballeroso argentino.

Cerramos este capítulo insertando en seguida dos valiosísimos autógrafos del Dr. Sáenz Peña, escritos de su puño y letra, pocos días antes de la toma de Arica, a su amigo y connacional, el señor Don David Puch, antiguo y acaudalado propietario del valle de Camarones (Arica), padre del comandante de nuestro ejército, don Filiberto Puch.

En ambas revela su heroica resolución de morir antes que rendirse, tal como se había acordado en la célebre junta de guerra.

Dias antes de que el general Sáenz Peña llegase a Lima, a la inauguración del monumento a su jefe y amigo, el señor Puch nos obsequiaba los autógrafos de nuestra referencia, que nosotros guardábamos "como el avaro sus tesoros".

Nos sentíamos orgullosos de poseer documentos de tan subido valor histórico; y los habríamos legado a nues-

tros hijos, con encargo de que jamás se desprendieran de ellos; pero se acercaba la fecha señalada para la erección del monumento tantas veces recordado, y pensamos que ninguna oportunidad era más propicia que ésta para obsequiarlos a nuestra patria. Por otra parte, este presente coincidía con el que un grupo de entusiastas ariqueños iba a hacer también a la nación de uno de los cañones de grueso calibre que formaron parte de las fortificaciones peruanas del Morro de Arica, de cuyo particular nos ocupamos en el capítulo siguiente.

Después de vencer los escrúpulos que nos asaltaban, nos decidimos a enviarlos al Museo Histórico de Lima, considerando, como consideramos, que nadie con mejor título que él para ser depositario de ellos.

Y acompañamos el envío—que para mayor seguridad lo verificamos por intermedio del ministerio de relaciones exteriores—con la siguiente comunicación, cuya respuesta también publicamos:

Instituto Histórico
del Perú.
—

Lima, 16 de noviembre de 1905.

No. 39.

Señor don Gerardo Vargas H.

Arica.

El señor oficial mayor de relaciones exteriores me ha remitido, por encargo de Ud., dos autógrafos del general don Roque Sáenz Peña, con los que se ha dignado Ud. obsequiar a este instituto.

Tengo verdadera complacencia al expresarle el vivo agradecimiento de esta corporación por su valioso obsequio, que será conservado en preferente lugar.

Dios guarde a Ud.
(Fdo.) **Mariano Ignacio Prado.**

Hé aquí, ahora, los dos mensajes del general Sáenz Peña:

Arica, 27 de mayo de 1880.

Querido amigo: Nada oficial.— 50 chilenos de caballería en Chacalluta.— Montero hostiliza constantemente al enemigo, según datos particulares.— Caballos no han llegado y temo la suerte que corran (49).— Lo que es aquí vencemos o sucumbimos.— Saludos a la señora y a mi nuevo amigo Emilio (?).

Usted disponga siempre de un corazón agradecido y sincero.

Su compatriota y amigo.

(Fdo.) **Roque Sáenz Peña.**

Arica, 2 de junio de 1880.

Querido amigo:

Enemigo en Chacalluta con un largo tren.— Compusieron la vía y los tenemos enfrente.— Mañana tendrá lugar el combate, y hoy le he despachado su mozo para que no se encuentre en el asunto.— Aquí resistiremos y sucumbiremos todos antes que entregar la plaza; pero Leyva no ha llegado a Tacna y tardará por consiguiente en auxiliarnos.

Reciba un abrazo de su buen amigo y compatriota.

(Fdo.) **Roque Sáenz Peña.**

---

(49).—Los caballos a que se refiere Sáenz Peña, llegaron de la Argentina en número de 500, a cargo del coronel Pacheco Céspedes, cinco o seis días antes del combate de Arica; pero hubo tiempo para hacerlos seguir a Arequipa, evitándose de esta manera que cayeran en poder del enemigo, que ya asediaba la plaza.

Consta de un tercer mensaje del comandante Sáenz Peña a don David Puch, que 50 de esos caballos quedaron en Arica.— Dicho mensaje existe en poder del comandante Filiberto Puch, quien nos hace saber que el resto de caballos fué tomado a viva fuerza en Pastos Grandes, por soldados bolivianos, derrotados del Campo de la Alianza.

Este último mensaje está escrito al reverso de un fragmento de lista de soldados enfermos pertenecientes al batallón "Iquique"—del que Sáenz Peña era jefe—en la que se lee los nombres de los soldados siguientes:

Cabo N. Valderrama, terciana.— Soldados: Luviano Durán, terciana; Santos Angulo, idem; Pantaleón Tejerina, idem; Clemente Llamba, idem; Juan P. Florez, idem; Santiago Alfaro, idem; Celedonio Rodríguez, idem; Manuel Pereira, idem.

Un cañón del Morro de Arica en Lima

CAPITULO XIII

Se acuerda remitir a Lima un cañón del Morro de Arica para colocarlo al pié del monumento a Bolognesi.— Cómo se efectuó su traslación.— Romerías anuales al Morro por la juventud ariqueña.— Patrióticas ceremonias ante la fosa que guarda los restos de los combatientes peruanos.— Recolección de despojos guerreros.— Se extrae un cañón peruano de grueso calibre de las fortificaciones del Morro.— Un concesionario chileno reduce a fragmentos, por medio de la dinamita, los cañones de las fortificaciones ariqueñas.— El congreso chileno protesta del hecho y manda levantar sumario para castigar a los que resulten culpables del delito.— Un grupo de obreros peruanos, a iniciativa de dos patriotas de la misma nacionalidad, conduce de noche el cañón a una playa vecina al puerto y lo embarca en una lancha con lastre de arena.— Peripecias en su traslación.— Otras noticias sobre su embarque.



Se acuerda remitir a Lima un cañón del Morro de Arica para colocarlo al pié del monumento a Bolognesi.—Cómo se efectuó su traslación.

Puesto de relieve, como hemos puesto, aunque en forma incoherente y deslucida, la personalidad del doctor Sáenz Peña, creemos oportuno consignar en esta parte de nuestro libro, un sucedido que dice relación con las fortificaciones de Arcia.

Muchos de nuestros lectores se interrogarán entre desconfiados y burlones;

¿Un cañón del Morro de Arica en Lima? Hum! Esto trasciende a cuento . . . .

¿Pero, cómo se ha podido conducir hasta la capital de la república uno de los cañones del histórico Morro, ocupado como está Arica por las armas de Chile? ¿Habrá sido acaso con la venia de las autoridades de este país? Imposible, porque nunca habrían consentido en que pasara a poder del Perú trofeo de guerra tan valioso.

Historiemos:

La Sociedad Peruana de Beneficencia de Arica a cuya patriótica y atinada labor dedicamos capítulo separado en el tercer tomo de esta obra, era la organizadora de las romerías anuales en que vamos a ocuparnos, como también de todas las manifestaciones cívicas que se verificaron ahí, a partir de 1886, año de su fundación.

Como lo hemos recordado al hablar del doctor Sáenz Peña; en el segundo semestre de 1905 se hacían inusitados preparativos en Lima para llevar a cabo la inauguración del monumento a Bolognesi, y con tal motivo se contempló la necesidad de colocar al pié de él valiosas coronas en nombre de Arica y Tacna.

Dos de los miembros principales de la sociedad indicada pensaron que la mejor ofrenda que podía hacer Arica

a su héroe predilecto, era la de colocar en su monumento uno de los cañones de grueso calibre con que las legiones ariqueñas defendieron la plaza de la invasión extranjera.

Y como lo pensaron lo hicieron. Pero desde el primer momento rodearon el proyecto de impenetrable misterio. Sólo tuvieron conocimiento de él los que no fueron extraños al plan, porque, peligrosa como era su realización, requería por lo mismo, extremada reserva, a fin de que no fracazara y fueran sorprendidos sus ejecutores. Al dia siguiente de haber zarpado para el Callao el buque que conducía la histórica reliquia, sólo dos o tres peruanos expectables tenían noticia del hecho.

A fin de evitarles hostilidades y persecuciones de parte de las autoridades chilenas de Arica, creemos prudente reservar los nombres de los obreros ariqueños, que ejecutaron aquella arriesgada empresa.

Romerías anuales al Morro por la juventud ariqueña.—Patrióticas ceremonias ante la fosa que guarda los restos de los combatientes peruanos. —Recolección de despojos guerreros.

Hasta el año 1910, en que el célebre ex-intendente de Tacna, don Máximo Ramón Lima, llevó al "rojo blanco" la chilenización de nuestras provincias cautivas, las escuelas peruanas que funcionaban en Arica, burlando la vigilancia de las autoridades chilenas, verificaron romerías patrióticas al Morro y a los sitios en donde nuestros valientes opusieron el baluarte de sus pechos al avance del enemigo. Estas romerías se realizaban en el aniversario del 7 de junio de 1880.

Después de cubrir con flores de los vergeles ariqueños y tacneños la fosa que guarda al pié de una de las baterías del Este, los restos de nuestros compatriotas muertos en defensa de la patria en esa fecha de amarga recordación, los directores de dichos establecimientos y aprovechados jóvenes escolares, pronunciaban al borde de esa tumba venerada—que velan perennemente los genios tutelares del Perú—sentidos discursos y poesías, exaltando y recordando el valor de los que regaron con su sangre generosa esos lugares benditos, mudos testigos de su abnegación y heroísmo.

La última romería tuvo lugar el recordado año de 1910.

Uno como presentimiento de que nuestro pueblo no volvería a visitar ese baluarte con la misma libertad que lo había hecho siempre, contribuyó a que la ceremonia revistiera esta vez mayor solemnidad que en años anteriores.

Los numerosos grupos de romeros vistos desde la ciudad, en su recorrido a los cerros donde tuvo lugar el duelo a muerte de un puñado de patriotas con un ejército aguerrido, semejaba el duelo mismo que rememoramos.

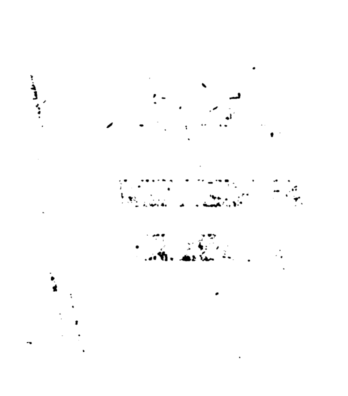
Los escolares recibieron encargo de los organizadores de la romería de recoger todos los despojos guerreros que hallaran a su paso, como ser cascos de bombas, casquillos de balas, restos de uniformes, etc., de preferencia los de origen peruano, que fácilmente se distinguían de los del enemigo.

Días después estos trofeos eran enviados al Museo Nacional de Lima, para que, en todo tiempo, sean admirados por nuestras actuales y futuras generaciones.

Se extrae un cañón peruano de grueso calibre de las fortificaciones del Morro.

Hacía doce años (escribimos en 1917), que la Sociedad Peruana de Beneficencia de Arica había remitido a aquél instituto—donde no se exhibe hasta hoy— ¿porqué razón?—uno de los cañones (50) de grueso calibre del cordón de fortificaciones del Morro. Es un Vorus, fabricado en Nantes (Francia) en 1864, que en la batería del Este vomitó metralla contra el invasor.

Vamos ahora a haceros conocer, jóvenes que nos leéis, la forma, asáz arriesgada, cómo se llevó a cabo la sustracción del trofeo mencionado y los peligros y dificultades que ofreció su traslación a Lima, sin que se percataran de éllo las autoridades chilenas.



Un concesionario chileno reduce a fragmentos, por medio de la dinamita, los cañones de las fortificaciones ariqueñas.—El congreso chileno condena el hecho y manda levantar sumario para castigar a los culpables.—Un grupo de obreros peruanos, a iniciativa de dos patriotas de la misma nacionalidad, conducen de noche el cañón a una playa vecina al puerto y lo embarcan en una lancha cargada con lastre de arena.—Peripecias en su traslación.—Otras noticias sobre su embarque.

El gobernador de Arica (subprefecto en el Perú), don Manuel Montt, hermano del ex-presidente de Chile. don Pedro Montt, había patrocinado a su connacional y amigo, don Carlos Wormald, en su propósito de adquirir

---

(50).— Este trofeo se exhibe actualmente al pié de la escalera que dá acceso al Museo Histórico, en cuyo catálogo (pág. 356), se lee la siguiente nota sobre su procedencia:

como fierro viejo, a precio vil, los cañones peruanos de las fortificaciones del Morro, la mayor parte de los cuales se hallaba en buen estado.

Una vez Wormald en poder de la concesión, los convirtió por medio de la dinamita, en pequeños fragmentos, a fin de facilitar su conducción al puerto.

Sólo salvó de su codicia el cañón Vavaseur del Morro (51), que no fué reventado porque los artilleros peruanos al convencerse de que caería, también, en poder del enemigo, lo cargaron con una bomba.

El comandante Espinoza dice a este respecto en su parte al jefe de la plaza:

. . . . . "Al mismo tiempo el que suscribe, por orden del señor capitán de navío, comandante de esta batería, ordenó al capitán D. Daniel Nieto, que reventara todos los cañones de la batería, y como no se encontraban los cabos de cañón, dicho capitán, personalmente, logró atorar el Vavasseur, por no poderse reventar a consecuencia de haberse introducido la bomba explosiva sin mecha".

Un chileno que, desde el primer momento, se dió cuenta de que se hacía cómplice de un crímen de lesa patria si no protestaba de la destrucción de esos valiosos trofeos, denunció, indignado, el hecho en uno de los diarios de Santiago, consiguiendo con ello soliviantar la opinión pública

---

Cañón rayado de batería, fabricado en Nantes (Francia), por J. Voruz, el año 1864, y aprovechado en la defensa de Arica contra el ejército invasor chileno, el 7 de Junio de 1880. Dimensiones: largo total 2.14 m.; culata y su botón 0.32; recámara 0.975; cuello o garganta (*volée*) 0.845; diámetro exterior de la culata 0.60; diámetro interior de la boca 0.16.

... ...

. . . . . Lo era, y lo es el Museo Histórico Nacional; porque la Sociedad Peruana de Beneficencia de Arica se los obsequió, según consta, entre otros documentos, del oficio con que se los remitió ella, el año 1905, por conducto del gobierno.

(51).— Este cañón se exhibe actualmente en el parque municipal de Arica.



y que se interpelara al ministro de la guerra en el congreso.

A no haber sido por la influencia de que gozaba el gobernador Montt en la Moneda, habría, por lo menos, perdido su puesto, desempeñando el cual lo sorprendió la muerte en Tacna.

A causa de la denuncia dicha, Wormald no alcanzó a embarcar la totalidad de los fragmentos a que redujo los citados cañones, uno de los cuales—al que nos estamos refiriendo—sólo fué reventado en dos partes.

Los dos patriotas ariqueños a que antes nos hemos referido, pensaron, como lo hemos dicho ya, que no era tarea difícil remitirlo a Lima, aprovechando la feliz circunstancia de que estaba próxima a darse a la vela, con destino al Callao, la barca noruega "Colona", que, por esos días, hacía lastre en la playa denominada la "Lisera", sita al Sur del Morro, distante tres kilómetros del puerto, y cuyo capitán se había ofertado, desinteresadamente, para conducir reliquia tan preciosa.

Y como lo pensaron lo hicieron.

¿Pero de qué medios se valieron para transportar los pesados fragmentos del sitio en que se hallaban (la batería "Ciudadela") a la "Lisera", salvando cerros y hondonadas, sin ser sorprendidos por la policía ni por los que traficaban constantemente por esos parajes?

—Del patriotismo que animaba al grupo de arrojados compatriotas, (fleteros y playeros, en su mayor parte) que se prestaron desinteresadamente a llevar a cabo la empresa, sin arredrarse ante la enorme responsabilidad que voluntariamente se echaban sobre sí. Los hijos del Morro todo lo sacrifican en aras de la patria; de ello tienen dadas numerosas pruebas, particularmente en la guerra con Chile.

Eran las 9 de la noche de un día del año 1905, y, puntuales a la cita que habíaseles dado, penetraban, sigilosamente, unos por la puerta falsa y otros por la de calle, a

la casa que la sucesión de don José Rey posee en la calle de "Ayacucho", casa en la que funcionaba la Sociedad Peruana de Beneficencia.

A puerta cerrada y en uno de los departamentos interiores, uno de los invitantes a la reunión se puso en pié, y, en patriótica peroración, hizo conocer el valor histórico del trofeo que se proyectaba obsequiar a la patria, a cuyo reconocimiento, dijo, se harían acreedores todos los que iban a contribuír a su traslación a la capital de la República.

El orador logró conmover a sus oyentes, invitándolos, acto continuo, a prestar juramento de guardar secreto de la empresa que iban a verificar, no divulgando a ninguno de ellos, caso de ser descubiertos.

Se convino en realizar el trabajo de noche, a partir de la siguiente a la de la reunión. La faena se iniciaría—como se hizo—después de las nueve de la noche y se suspendería a las cuatro de la mañana.

Fieles a lo acordado, los juramentados se reunían en la casa indicada; y, para despistar a vecinos y transeuntes, salían cautelosamente, camino de las baterías del Este, conduciendo los cables y polinos para transportar a la "Lisera" la pesada recámara del "Vorus".

Nosotros preguntamos: ¿qué suerte habría corrido el extraño, no peruano, que los hubiese sorprendido empeñados en esa labor? Porque la disyuntiva era fatal para ellos; o pagaban con años de cárcel su **crimen,**—que de tal lo habrían calificado los chilenizadores—o eliminaban al testigo.

Grito de incontenible regocijo se escapó de los pechos de aquéllos arrojados ariqueños, cuando, tras rudo bregar, llegaron con el trofeo a la ceja de la montaña de antemano elegida por ellos (al lado Sur del Cerro Gordo), para, desde allí, lanzarlo a la playa de "La Lisera", lo que ofrecía algún peligro; pero los ejecutores, experimentada gente de mar, lo eliminaron ingeniosamente.

Uno de ellos, pocos días después de realizada esta hazaña, nos la narraba en esta forma:

—"El espectáculo era imponente. Todos nos acercamos al cañón, y a una voz del que hacía de capatáz, lo lanzamos al abismo, con todas nuestras fuerzas. Era aterrante el estrépito que hacía al rebotar en los flancos del cerro, de los que saltaban chispas en su descenso vertiginoso. Fué ruido bronco, de temblor de tierra, el que sintióse al caer de más de 200 metros de altura; enterrándose un metro de profundidad.

"Ayudados por los lancheros que "hacían lastre" para el "Colona", procedimos a desenterrar la recámara. Estos buenos muchachos, abusando de la confianza que les dispensaba su capatáz—un antiguo vecino chileno de Arica—se habían comprometido con los iniciadores de la sustracción, a conducir el cañón, en una de las lanchas lastreras, a bordo del buque citado".

—¿Y qué otra participación tuvieron aquéllos?

—"También nos ayudaron a transportarlo, sobre polines, al sitio donde, semi-varada, se hallaba la lancha. No nos fué posible embarcarlo esa misma noche, porque el mar se embraveció súbitamente.

—¿Y qué hicieron ustedes en trance tal?

—"Cabamos hoyo profundo, casi dentro del mar, y enterramos en él la pesada recámara, ocultándola de esta manera a los ojos de los extraños. Dos días después amainaba la braveza y procedíamos a embarcarla. Fué obra de romanos, que se dice, la nuestra. Amparados por la obscuridad de la noche, armamos aparejo para colocarla en la lancha; más, por descuido de uno de los lancheros, en vez de caer la pieza sobre el lastre, cayó sobre el entablado de popa de la embarcación, abriéndola peligrosa vía de agua. Aquí de los afanes y apuros de los lancheros y de nosotros también para reparar, sin pérdida de momento la avería y evitar una catástrofe y sus consecuencias. Con sus blusas lograron tapar la brecha; y cuando el capatáz

se apercibió de ella, lo atribuímos a golpes que había sufrido la lancha sobre las rocas de la playa, al salir de la ensenada. Pero donde corrimos mayor peligro de ser descubiertos, fué en el momento de embarcar la recámara al "Colona"; pues, a corta distancia de este buque, se hallaba fondeada una torpedera chilena—la "Condell"— cuyos vigías pudieron percatarse de que el objeto que izábamos era un cañón; pero supimos darnos maña para ejecutar la operación sin ser advertidos por nadie".

Hasta aquí nuestro informante.

Indiscreción de "La Prensa" de Lima.

No obstante haber recomendado guardar reserva de la llegada del trofeo a Lima, uno de los diarios de esta capital—"La Prensa"— dió amplia información acerca de este acontecimiento.

Fué así como las autoridades chilenas de Arica tuvieron conocimiento de él, siendo grande su indignación por la burla de que habían sido objeto; dedicándose desde ese instante a pesquizar el delito.

Hicieron comparecer ante el jefe de policía a todos los lancheros peruanos que habían extraído lastre para el "Colona", sometiéndolos a riguroso interrogatorio, lo mismo que al capatáz (chileno), quien, como ya hemos dicho, no estaba en antecedentes de lo que se inquiría.

Y como los declarantes negaran de plano tener participación en el hecho, púsoseles, luego, en libertad; encargándose a la policía secreta practicar nuevas investigaciones, que tampoco dieron resultado.

A grandes rasgos os hemos narrado, ¡oh jóvenes compatriotas que nos leéis! uno de los muchos sucedidos patrióticos acaecidos en Arica, durante el cautiverio de esta hermosa ciudad nuestra; al hacerlo, sólo deseamos que perdure en estas páginas.

—¿Pero en dónde se exhibe esa reliquia—nos preguntaréis, porque no la hemos visto en el Museo Nacional?

Y apenados, decepcionados os respondemos:

—Arrojada, como cosa inservible, en uno de los patios del cuartel de "Santa Catalina", juntamente con dos balas pertenecientes al mismo cañón.

(La relación que precede, vió la luz pública, por primera vez, en la edición de "El Tiempo" de esta capital, de 4 de noviembre de 1916, conmemorativa del centenario del nacimiento del coronel Bolognesi).

Interesantes comunicaciones sobre el envío del cañón a Lima.

Por reconocerles valor histórico, insertamos en seguida tres comunicaciones relacionadas con el cañón cuyo envío a Lima acabamos de historiar:

Sociedad Peruana de Beneficencia
Fundada en 1885
Arica

Arica, 5 de octubre de 1905.

Señor Ministro de Relaciones Exteriores.

Lima.

Señor:

En la fecha he dirigido al alcalde de la H. municipalidad de esa capital, la siguiente comunicación:— "Arica 5 de octubre de 1905.— Señor Dr. Don Federico Elguera.— Lima. Señor:— Los ariqueños no podemos permitir que nuestra patria no posea uno siquiera de los trofeos de guerra que aún quedan de la épica jornada del 7 de junio de 1880; y, estando próxima la inauguración del monumento que la gratitud nacional ha levantado al que se inmortalizó

en ella—el coronel Bolognesi—queremos hacerle el presente de una recámara de uno de los cañones que en la recordada fecha vomitó metralla contra el enemigo invasor. La Sociedad de mi presidencia, que como V. S. sabe, es la que inicia y verifica las manifestaciones patrióticas en este puerto, ha corrido con el envío a Lima de ese trofeo; habiendo encomendado al Dr. Carlos Forero para que lo entregue, solemnemente, a V. S. en nombre de Arica. Dicho señor informará a V. S. acerca de la batería a que perteneció el cañón, el trabajo y peligro que nos ha costado su traslación clandestina a bordo, burlando la vigilación de las autoridades chilenas. Le ruego aceptar el obsequio, y ver en él una nueva prueba del invariable cariño y adhesión de los hijos de esta provincia hacia nuestra patria, etc. De V. S. atto S. S. (fdo.) *Carlos M. Vives* (Presidente).— *Gerardo Vargas H.* (Secretario).

Lo que me hago un deber en trascribir a V. S. para que el supremo gobierno tenga conocimiento oportuno del asunto.

El Dr. Forero dará a V. S. mayores datos sobre el particular.

Aprovecho de esta nueva ocasión para ofrecerme de V. S. Atto. S. S.

C. M. Vives.
Presidente.

Gerardo Vargas H.
Secretario

Sociedad Peruana de Beneficencia
Fundada en 1885
Arica

—

Arica, 5 de octubre de 1905.

Señor Dr. Dn. Carlos Forero.

Lima.

Muy Señor mío:

Esta mañana me permití dirigirle un cablegrama avisándole que había salido el buque noruego "Colonna", conduciendo la recámara del cañón de que en días pasados habló a Ud. el secretario en carta particular, y que se sirviera Ud. ir al Callao a recibirlo y recomendara a los periódicos de esa capital guardar silencio absoluto, a fin de no comprometernos si se hace pública su procedencia. Espero que al recibir la presente habrá llegado al Callao el "Colonna" y que el cañón estará ya en Lima.

Por este mismo correo escribo a la municipalidad y al gobierno anunciándoles ese envío, y avisando al mismo tiempo que tiene Ud. encargo de la sociedad de mi presidencia para hacer entrega solemne de ese trofeo de guerra.

El citado cañón lo hemos extraído de manera clandestina, de no-

che, corriendo riesgo de ser sorprendidos, de la batería "Este", la primera asaltada por el enemigo. De aquí la condujimos atravesando cerros y quebradas, a la playa de la Lisera, donde lo embarcamos en una lancha de propiedad de los Srs. Viuda de Nugent y Cía., aprovechando la circunstancia de que esa embarcación hacía lastre en dicha playa. Ya puede Ud. calcular el trabajo que habrá costado conducir tan pesada pieza; pero los 14 muchachos ariqueños que escojimos para verificarlo, se comportaron admirablemente durante las varias noche que emplearon en esa arriesgada faena. Cuando el cañón estuvo en la cumbre del elevado cerro fronterizo a la Lisera, lo hicieron rodar desde allí, siendo ensordecedor el ruido que hacía al saltar de risco en risco.

Ahora le suplicamos hacer que la municipalidad o el gobierno le haga grabar (pintando las lètras en blanco) o incrustrar una placa de metal con la siguiente inscripción:

"Esta recámara que los ariqueños obsequian a la Patria, perteneció a uno de los cañones de la batería 'Este", que el 7 de junio de 1880, en Arica, vomitó metralla contra el enemigo invasor.— Noviembre de 1905.

Si no le parece bien esta inscripción, puede Ud. redactar otra.

Asī mismo le suplicamos procurar se exhiba esa pieza al pié del monumento a Bolognesi, el día de su inauguración, y hacer entrega solemne de ella en ese acto, en nombre de Arica.

Hacemos lo posible por remitirle en el vapor de mañana la boca del cañón y dos balas pertenecientes al mismo. Todo esto irá debidamente encajonado y a su consignación.

Le ruego disimular las molestias que le ocasionemos con esta nueva comisión, seguros de que la desempeñará Ud. de buen grado.

Saluda a Ud. su atto. y S. S.

C. M. Vives.
Presidente.

Gerardo Vargas H.
Secretario

Mollendo, 29 de febrero de 1920.

Señor don Gerardo Vargas H.

Lima.

Estimado amigo:

En *El Pueblo* de Arequipa de 31 de enero último se publica una disposición de nuestro gobierno, que creo nos alcanza también a los que contribuímos en el envío de uno de los cañones de las baterías de Arica ,a esa capital, el año 1905.

Dicha disposición es del tenor siguiente:

No. 240.— Concédese premios a los pueblos, corporaciones o individuos por servicios eminentes que hayan prestado a la nación, en conformidad con el artículo No. 85.

Este artículo dice:

"El congreso no podrá otorgar gracias personales que se traduzcan en gastos del tesoro ni aumentar el sueldo de los funcionarios y empleados públicos, sino por iniciativa del gobierno".

Esto es, precisamente, lo que tiene Ud. que gestionar en esa, por el trabajo que verificamos en la traslación de dicho cañón; pues pienso que nos corresponde en premio de ello cuando menos una medalla.

Por si se ha olviddao Ud.—lo que no creo— paso a hacer la historia de ese arriesgado trabajo.

Ud. y el señor Carlos M. Vives me comisionaron para que fuera a la batería donde peleó el batallón "Artesanos de Tacna", para estudiar la manera de conducir uno de los cañones de dicha batería hasta la playa de la "Lisera".

Una vez que inspeccioné el terreno y tracé mis planes, me entrevisté con Uds., manifestándoles la factibilidad del trabajo, en vista de lo cual me comisionaron Uds. su realización.

En el acto busqué 20 compatriotas (obreros), de confianza, en compañía de los cuales me presenté a Uds., en el local de la patriótica Sociedad Peruana de Beneficencia—de grata recordación—de la que el señor Vives era presidente y Ud. secretario; y, después, de pronunciar Ud. una breve peroración nos invitó a jurar en nombre de Dios y de la patria, guardar secreto de la obra que íbamos a verificar expontánea y desinteresadamente: juramento que prestamos acto contínuo.

La noche del 16 de setiembre del recordado año 1905, salimos los juramentados camino de la batería, conduciendo los materiales necesarios, como ser tablones, polines, cables, etc.

Por entonces se hallaba de estación en el puerto la torpedera chilena "Condell", la que se ocupaba en levantar planos.

Ese día trabajamos hasta las 3 de la mañana.

El 18 nos reunimos en el local de la precitada Sociedad y salimos, otra vez, a las 8 de la noche. Una hora después reanudabamos nuestro trabajo; y a las 4 de la mañana nos encontrábamos con el cañón en la orilla de la playa.

El 19 lo embarcamos a las 5 de la mañana en una lancha lastrera.

El 20, por la noche fuimos nuevamente a la batería en busca de la boca del cañón y de 2 balas del mismo.

Al día siguiente encajonamos estas piezas, de cuyo embarque se ocuparon Uds., siendo de notar que esta operación se efectuó por el muelle, sin ser advertida por los empleados chilenos del resguardo.

Los que iniciamos tan arriesgada empresa fuimos 23, inclusive Ud. y el señor Vives; absteniéndome de enumerar los nombres de todos porque la lista debe existir en su poder, ya que creo que Ud. guarda el valioso archivo de la Sociedad Peruana de Beneficencia.

Me olvidaba de hacer constar que al lanzar el cañón desde la cumbre de "Cerro Gordo" a la playa de la 'Lisera", se enterró más de un metro en el gentilar (cementerio incaico), demorándonos más de dos horas para extraerlo de este sitio.

Después de colocarlo en la lancha, regresamos al puerto por camino extraviado, por la playa de Quiani, a fin de no ser sorprendidos por la policía.

Cuando la lancha salía de la "Lisera" en dirección al puerto, se nos baró en el "Boquerón", lo que no dejó de alarmarnos; pero momentos después vino una llena y safó de tan peligroso sitio, no sin hacer agua y viéndonos en apuros para tapar la vía.

Después, cuando lo tuvimos al costado del buque que lo condujo al Callao, nos pasó otro percance: al izarla casi se nos va al mar; pero felizmente la pluma del 'Colonna" era resistente.

Ya ve Ud., pues, cuanto peligro corrimos en esa faena; por lo que confío en que el gobierno o el congreso nos acuerde en recompensa una medalla siquiera, en premio de nuestro arrojo y patriotismo.

He hecho la precedente relación, a fin de que formule Ud. las gestiones del caso, tanto en favor de nosotros como de Uds.

Lo saluda con el aprecio que siempre le ha merecido y le merece, su paisano y amigo.

Antolín López.

P. D.— De los que extrajimos el cañón de la batería del "Este", existen: en Lima, Gerardo Vargas H.; en Ilo, Carlos M. Vives; en Mollendo, Antolín López y Carmelo Cáceres; en el Callao, Manuel Sánchez; en Arica, existen varios; los demás son ya extintos.

Semblanza de los comandantes del batallón Tarapacá, Ramón Zavala y Benigno Cornejo.

Tócanos ahora dar algunas noticias biográficas acerca de los comandantes Ramón Zavala y Benigno Cornejo, primer y segundo jefes del batallón "Tarapacá".

El comandante Zavala pertenecía, como Alfonso Ugarte, a ilustre familia tarapaqueña. Murió en plena juventud, a los 27 años de edad, pues había visto la luz el 31 de agosto de 1853, en la hacienda "Puquio de San Isidro", sita entre Pica y Matilla, comprensión del departamento de Tarapacá, cuna del gran mariscal Castilla, uno de los presidentes peruanos que conocía como el que más la psicología del pueblo chileno. Nació del matrimonio del talentoso jurisconsulto don Nicolás Zavala con la nobilísima

dama trujillana, doña Manuela Suárez y Carrillo, hijo del heroico coronel Suárez, jefe del regimiento "Húsares de Junín", fundador de la independencia americana, a la pujanza de cuyos bravos ginetes, se debió el triunfo en la batalla, cantada por Olmedo. De manera que por las venas de Zavala corría sangre de uno de los más plecaros militares de la campaña de la libertad. Era deudo inmediato del ilustre tarapaqueño don Ildefonso de Zavala, de relevante figuración política a mediados del pasado siglo.

Educado en el afamado colegio Vallarino de Valparaíso—en el que también cursaron instrucción media y comercial los principales jóvenes tarapaqueños—Zavala fué alumno distinguido, y en las aulas conoció a muchos de los que, años más tarde, serían hombres eminentes de Chile.

Declarada la guerra con este país—dice uno de sus biógrafos—no tardó en resolver acerca del partido que debía tomar; y abandonando los intereses y consideraciones, renunciando al lisonjero porvenir que le brindaba su nombre, posición y fortuna, y olvidando lo más caro para él, su familia, ofrece sus servicios. El, con su hermano don Pedro, forman el batallón de guardia nacional No. 11, que después se llamó "Provisional de Lima" No. 3; costean su valioso vestuario, y venciendo las mil dificultades consiguientes a esta empresa, que sería superfluo detallar, lo ponen en estado de poder prestar sus servicios, tan luego el gobierno lo creyera conveniente.

No contento con esto, se dirigió en seguida al teatro de operaciones del ejército del Sur, a Iquique, y allí organizó el batallón que bautizó con el nombre de su provincia natal—Tarapacá.

Fué su colaborador principal en esta obra el comandante de artillería don Benigno Cornejo.

Durante su permanencia en Arica, el comandante Zavala cooperó entusiastamente a la realización de las obras de defensa; desempeñó delicadas comisiones, siendo



TENIENTE CORONEL RAMON ZAVALA
1er. jefe del batallón "Tarapacá"

entre los jefes de la guarnición uno de los que más sobresalían por su carácter llano y sincero.

Como se recordará, fué él quien recibió al parlamentario chileno Salvo, en las afueras de la ciudad; y, finalmente, fué uno de los que se pronunciaron resueltamente por la defensa de la plaza en los memorables consejos de guerra.

En momentos en que ascendía el Morro, en su caballo de batalla, a la cabeza de su cuerpo, bala traidora cegó su preciosa existencia, muriendo cuando ya había coronado la cúspide del peñón sangriento.

En esos mismos instantes caía también, fulminado, por certera bala, su segundo, el comandante don Benigno Cornejo, a cuyos conocimientos en el arte de la guerra, debió su instrucción militar, como ya lo hemos dicho, el batallón **Tarapacá**, formado, como el **Iquique**, por hijos de la rica provincia de aquél nombre, codiciada de antiguo por Chile, cuya cesión a perpetuidad fué el precio a que obtuvimos la impuesta paz de Ancón.

Sin embargo, el capitán don Juan G. Osorio, combatiente calificado del Campo de la Alianza, hermano materno del comandante Cornejo, nos asegura que éste cayó al lado de Bolognesi, en la meseta del Morro.

Dicho jefe era natural de Moquegua; viejo militar del ejército de línea, gozaba de fama de valiente, de lo que dió prueba en la mañana del 7 de junio, en su asención al Morro, a la cabeza de su batallón. Era autor de un libro sobre su arma, (la artillería), que contribuyó a consolidar más aún su fama de hábil artillero. Antiguo conocido de Bolognesi, gozaba de la estimación de éste, acaso porque veía en él a uno de sus más capacitados capitanes.

Copiamos de una carta que el comandante Zavala dirigió de Arica a uno de sus relacionados de Lima, y que

hemos encontrado publicada en uno de los diarios de esta capital, de la época a que nos estamos refiriendo, los siguientes pasages:

"De todos modos tengo la seguridad de que si no triunfamos, que si los chilenos no reciben su castigo aquí, que si no hacemos de Arica un segundo Tarapacá, la defensa será de tal naturaleza, que nadie en el país desdeñará en reconocer en nosotros sus compatriotas y que los neutrales no dejarán de reconocernos como los defensores de la honra e integridad de nuestra patria".

"Arica no se rinde, ni las banderas se despliegan para abandonar la plaza; por el contrario, resistirá tenáz y vigorosamente, y cuando la naturaleza cede, obedeciendo a leyes físicas, los invasores pondrán su planta en un suelo que está cubierto de cadáveres y regado por sangre peruana. Sus defensores prefieren la muerte a la deshonra; la gloria a una vida que les hubiera sido insoportable, sino hubieran aprovechado del último resto de ella para escarmentar al enemigo y levantar más alto el pabellón nacional".

Desde el primer momento en que Chile amenazó la integridad del Perú con la ocupación manu militare del litoral boliviano, la juventud tarapaqueña—al igual de la de Tacna y Arica—encabezada por los Ugarte, Zavala y otros, se alistó en las filas de los defensores de la patria, formando en la vanguaria del ejército que se opuso al avance del invasor en Pisagua, San Francisco y Tarapacá.

---

entre los jefes de la guarnición uno de los que más sobresalían por su carácter llano y sincero.

Como se recordará, fué él quien recibió al parlamentario chileno Salvo, en las afueras de la ciudad; y, finalmente, fué uno de los que se pronunciaron resueltamente por la defensa de la plaza en los memorables consejos de guerra.

En momentos en que ascendía el Morro, en su caballo de batalla, a la cabeza de su cuerpo, bala traidora cegó su preciosa existencia, muriendo cuando ya había coronado la cúspide del peñón sangriento.

En esos mismos instantes caía también, fulminado, por certera bala, su segundo, el comandante don Benigno Cornejo, a cuyos conocimientos en el arte de la guerra, debió su instrucción militar, como ya lo hemos dicho, el batallón **Tarapacá,** formado, como el **Iquique,** por hijos de la rica provincia de aquél nombre, codiciada de antiguo por Chile, cuya cesión a perpetuidad fué el precio a que obtuvimos la impuesta paz de Ancón.

Sin embargo, el capitán don Juan G. Osorio, combatiente calificado del Campo de la Alianza, hermano materno del comandante Cornejo, nos asegura que éste cayó al lado de Bolognesi, en la meseta del Morro.

Dicho jefe era natural de Moquegua; viejo militar del ejército de línea, gozaba de fama de valiente, de lo que dió prueba en la mañana del 7 de junio, en su asención al Morro, a la cabeza de su batallón. Era autor de un libro sobre su arma, (la artillería), que contribuyó a consolidar más aún su fama de hábil artillero. Antiguo conocido de Bolognesi, gozaba de la estimación de éste, acaso porque veía en él a uno de sus más capacitados capitanes.

Copiamos de una carta que el comandante Zavala dirigió de Arica a uno de sus relacionados de Lima, y que

rrumpido la narración de la retirada ordenada del batallón "Artesanos de Tacna", de la batería del Este a los parapetos y fortificaciones de "Cerro Gordo", conducidos por las espadas gloriosas del coronel Inclán y de los comandantes Francisco Chocano y O'Donovan.

Desde este sitio hacían descargas cerradas sobre el enemigo que avanzaba de frente y por ambos flancos, sufriendo fuertes pérdidas.

Como Arias y Aragüéz en el "Ciudadela", Inclán en **Cerro Gordo** hizo pagar caro al chileno cada pulgada de terreno que ocupaba; la resistencia en este sitio fué heroica, sublime.

El enemigo, desplegado en guerrillas, como ya hemos dicho, estrecha, momento a momento, la distancia que lo separa de nuestros atrincheramientos; pero los "Artesanos", firmes en sus puestos, esperan el choque, que no tarda en producirse fiero, titánico, espantoso . . . . .

Allí, sobre los parapetos de "Cerro Gordo", caen, gloriosamente, revólver en mano, el coronel Inclán y el comandante O'Donovan.

Molinari, testigo ocular de este episodio, lo describe en forma justiciera, acaso como nadie lo hizo antes:

"Fué inútil, dice, que los coroneles José Joaquín Inclán, que mandaba en jefe la 7a. división, y su jefe de detall, coronel (sólo era comandante), don Ricardo O.Donovan y la oficialidad del "Artesanos de Tacna", tratasen de resistir, de detener el avance invencible de la tropa de La Barrera y de Gana, porque fueron arrollados, destrozados y muertos".

El coronel Inclán se defendió hasta el último; no se rindió ni pensó jamás en hacerlo; cayó sable y revólver en mano, batiéndose con Manuel Rojas, soldado de la 3a. del 1o. del capitán Pedro Onofre Gana, de la mitad del subteniente don Alberto de la Cruz González; Rojas mató al valiente coronel enemigo en buena lid de bravo a bravo".

¡Que en las lides de la guerra el valor nivela todas las gerarquías!

... ...

"Inclán ha pagado ya su tributo a la patria y caído como un valiente; su inmortal espíritu se ha unido al bravo entre los bravos en el Perú, al coronel don Justo Arias y Aragüéz, el héroe del "Ciudadela," el verdadero hombre de Arica".



CORONEL JOSE JOAQUIN INCLAN
Comandante general de la 7a. división

Digno, merecido homenaje de admiración al valor de dos de los más gloriosos jefes tacneños de la guerra del Pacífico, que alcanza también a un trujillano—el comandante O'Donovan.

Y pensar que es chileno el autor de elogio tan acertadamente trazado, es para enorgullecernos más aún de nuestra condición de codepartamentos de los viejos coroneles Inclán y Arias y Aragüéz.

El primero de estos jefes nació en Tacna en 1825, un año después de la batalla de Ayacucho; pertenecía a una de las más distinguidas familias de la ciudad del Caplina; y desde su juventud se dedicó a la carrera de las armas. Su paso por las filas del ejército constituyó una cadena de triunfos; y así no tardó en ostentar sobre sus hombros las charreteras de coronel efectivo. Fué diputado a congreso por Tacna (1858); prefecto de varios departamentos y alcalde municipal de Moquegua (1873). El 2 de mayo de 1866 asistió al combate contra la escuadra española, como jefe de una de las baterías del Callao. Declarada la guerra por Chile, se presentó de los primeros a ofrecer sus servicios en defensa de la patria amenazada; y el 7 de junio de 1880, rendía su vida en los parapetos de "Cerro Gordo", al frente de la división que comandaba. Poseía varias propiedades en Tacna, la principal de las cuales era la hacienda "Piedra Blanca", hoy propiedad de don Andrés D. Laneri. El gobierno lo nombró superintendente de los trabajos de las obras del canal de Uchusuma, de aquélla provincia.

Cerramos las breves noticias biográficas que damos a cerca del ilustre jefe tacneño que nos las ha inspirado, transcribiendo de la página 666 de la Historia de Vicuña Mackehena, las siguiente líneas:

". . . . . . y el infortunado cuanto caballeroso coronel José Joaquín Inclán, hijo de Tacna, y que en la captura de Arica debía pagar su fidelidad a la patria, como Ugarte y como Bolognesi".

El escritor chileno antes mencionado, tiene también para el bravo comandante trujillano, el siguiente elogio:

"El coronel don Ricardo O'Donovan tampoco acepta la vida que le ofrecen los nuestros y cae muerto a punta de bayoneta, sin rendirse".

En efecto, hubo momentos—ya lo hemos consignado más adelante—en que varios grupos del **Artesanos** resistieron, a la bayoneta, el empuje formidable del 4o. de línea. Fué, precisamente, en esta faz de la lucha, cuando Inclán y O'Donovan rindieron la vida, causando su arrojo temerario la admiración del enemigo.

La mortandad fué espantosa en ambos bandos. Fué lucha de gladiadores la nuestra, digna de ser cantada en homéricas estrofas, como lo ha sido ya por Chocano, nuestro inimitable épico.

Nuestros diezmados tercios no podían permitir que el chileno, a paso de vencedor, se adueñara del último baluarte peruano, donde aún flameaba la enseña victoriosa en Tarapacá. Para impedirlo, ahí estaba Chocano, que, recordando el juramento prestado en el primer consejo de guerra, de morir defendiendo el suelo que la sangre de nuestros héroes enrojecía en esos momentos, ordena a los pocos soldados que le quedan replegarse hacia el Morro haciendo fuego en retirada; y apoyados por las diezmadas compañías de los batallones "Iquique" y "Tarapacá", que ya habían alcanzado la cúspide de aquélla montaña, inician "nutrido fuego, que abren con empuje varonil los refuerzos que en esa noche ha ido a traer el coronel don Alfonso Ugarte, que en ese momento se encuentra en el recinto del Morro con Bolognesi, Moore y varios otros jefes de la asaltada plaza".

Los chilenos al verse dueños de "Cerro Gordo", creyeron que lo eran, también, del Morro; y, sin percatarse del peligro que corrían, comienzan sus vanguardias a descender en dirección a la meseta de aquélla fortaleza, siendo recibidos con nutridas descargas por las tropas de Sáenz



TENIENTE CORONEL RICARDO O'DONOVAN
Jefe de detall de la 7a. división

Peña, a las que se habían unido ya los pocos sobrevivientes de "Artesanos" y "Tarapacá".

El cuadro de Lepiani, **El último cartucho,** representa fielmente este hermoso episodio del combate de Arica.

Vése en él a los rezagados del 4o. de línea descender de **Cerro Gordo** en dirección al Morro y el postrer terrible choque de los contendores, en la planicie de este baluarte, digno escenario de la epopeya más grande en los fastos americanos.

Lepiani, a efecto de que su cuadro fuera, como es, reproducción exacta de esta sublime acción guerra, se trasladó de Lima a Arica, para tomar en el terreno mismo donde tuvo lugar el formidable duelo, que dijo el poeta, las apuntaciones que necesitaba para la mejor realización de su obra pictórica.

Recordamos que varios jóvenes peruanos de Arica, entre ellos el autor de estas líneas, lo acompañaron en sus diarias excursiones al Morro y "Cerro Gordo", en cuyos sitios bosquejó su tela.

También hizo exhumar cadáveres de soldados peruanos y chilenos, para conocer el uniforme que vestían el día del combate. Por eso, como dejamos dicho, el cuadro **El último cartucho** es reproducción exacta del episodio en que vamos a ocuparnos.

Durante su estada en Arica, Lepiani fué objeto de todo género de atenciones de parte de lo más granado de la sociedad de este puerto y de la de Tacna, especialmente de la juventud cautiva.

Coincidió su permanencia en esos territorios, con la conmemoración del aniversario patrio, que por entonces celebraba nuestra colectividad, sin las restricciones sistemáticas e hirientes de años posteriores; nos referimos a la época nefanda de la chilenización, iniciada por el ex-intendente de Tacna Manuel Francisco Palacios, de ingrata recordación en las provincias detentadas, y proseguida des-

pués con más intensidad y violencia, por el no menos nefando Máximo Ramón Lira.

La celebración de nuestra gloriosa efeméride revistió caracteres excepcionales ese año.

Tres días duraron los festejos, de los que también solían participar miembros expectantes de la colonia chilena.

La Sociedad Peruana de Beneficencia, que era la que iniciaba y celebraba estas fiestas,organizó, conjuntamente con el "Centro Literario Musical Peruano", una velada literario-musical, en la que tomaron participación las principales señoritas de la sociedad y la mayor parte de los intelectuales ariqueños.

Lepiani tuvo ocasión de convencerse del tradicional e inextinguible patriotismo de los cautivos, como asimismo de sus anhelos y esperanzas en orden a su redención.

Juan Pagador (Rómulo Cúneo Vidal), elegante **croniqueur** ariqueño, reseñó la fiesta que rememoramos en una de las más sentidas e inspiradas crónicas que han brotado de su pluma de patriota y literato. Si la memoria no nos es infiel, vió la luz pública en **La Patria** de Lima, del talentoso periodista Julio H. Hernández.

El último cartucho de Lepiani, representa, pues, como su nombre lo indica, este episodio culminante de la epopeya de Arica.

El artista, en posesión de todos sus detalles, lo ha inmortalizado en el lienzo con pasmosa exactitud; otro pintor acaso no habría sabido explotar el tema con más exactitud y acierto.

Vénse ahí a los soldados chilenos del 3o. y 4o. de línea luchando, cuerpo a cuerpo, a la bayoneta, con los infantes de Sáenz Peña y Chocano, reforzados por los pocos artilleros del Morro, pugnando por destrozar la valla invencible que formaron con sus pechos estos nuevos espartanos.

Ver, nos parece, saltar chispas al choque de los filudos

"EL ULTIMO CARTUCHO"
Cuadro de Lepiani

aceros, esgrimidos por los hercúleos brazos de los contendores.

Oir, nos parece, los gritos, las imprecaciones de las guerreras huestes en su anhelo de vencer en este duelo de titanes.

Y nos parece, también, ver rodar por el suelo cráneos destrozados de peruanos y chilenos, a impulso, de feroces culatazos.

Allí, en ese Tabor del Perú de 1880, el Sol que iluminó nuestras armas victoriosas en Junín y Ayacucho, 2 de Mayo y Tarapacá, se oscurecía para nuestra santa causa—debido a imprevisiones y desaciertos de nuestros políticos: dirigentes—allí un puñado de arrojados ariqueños y tacneños se inmolaba por salvar incólume el nombre de la patria de la catástrofe que se cernía sobre ella, redimiéndola, así, a costa de sus vidas, de la culpa que injustamente se le atribuía, después de la serie de desastres que siguió a la pérdida de la **Independencia** en Punta Gruesa.

Y continuamos relatando el choque que se produjo en la planicie del Morro, a espaldas del cañón que dominaba la ciudad y el sector Este.

Era jefe de este cañón—que tantos estragos causó al enemigo—el capitán don Daniel Nieto, fallecido en España, el año 1912, luciendo los galones de coronel efectivo; premio merecido a sus importantes servicios en la guerra con Chile. Descolló en Arica como uno de nuestros más hábiles artilleros, cayendo prisionero después de haber reventado el cañón Parrot de su batería. De regreso de su prisión de San Bernardo (Chile), no pudo conformarse con la vida inactiva que hacía en un medio hostil para él, pues los chilenos aún se enseñoreaban en la capital de la República; y así no tardó en incorporarse en el ejército

pués con más intensidad y violencia, por el no menos nefando Máximo Ramón Lira.

La celebración de nuestra gloriosa efemérides revistió caracteres excepcionales ese año.

Tres días duraron los festejos, de los que también solían participar miembros expectantes de la colonia chilena.

La Sociedad Peruana de Beneficencia, que era la que iniciaba y celebraba estas fiestas,organizó, conjuntamente con el "Centro Literario Musical Peruano", una velada literario-musical, en la que tomaron participación las principales señoritas de la sociedad y la mayor parte de los intelectuales ariqueños.

Lepiani tuvo ocasión de convencerse del tradicional e inextinguible patriotismo de los cautivos, como asimismo de sus anhelos y esperanzas en orden a su redención.

Juan Pagador (Rómulo Cúneo Vidal), elegante **croniqueur** ariqueño, reseñó la fiesta que rememoramos en una de las más sentidas e inspiradas crónicas que han brotado de su pluma de patriota y literato. Si la memoria no nos es infiel, vió la luz pública en **La Patria** de Lima, del talentoso periodista Julio H. Hernández.

El último cartucho de Lepiani, representa, pues, como su nombre lo indica, este episodio culminante de la epopeya de Arica.

El artista, en posesión de todos sus detalles, lo ha inmortalizado en el lienzo con pasmosa exactitud; otro pintor acaso no habría sabido explotar el tema con más exactitud y acierto.

Vénse ahí a los soldados chilenos del 3o. y 4o. de línea luchando, cuerpo a cuerpo, a la bayoneta, con los infantes de Sáenz Peña y Chocano, reforzados por los pocos artilleros del Morro, pugnando por destrozar la valla invencible que formaron con sus pechos estos nuevos espartanos.

Ver, nos parece, saltar chispas al choque de los filudos

"EL ULTIMO CARTUCHO"
Cuadro de Lepiani

aceros, esgrimidos por los hercúleos brazos de los contendores.

Oir, nos parece, los gritos, las imprecaciones de las guerreras huestes en su anhelo de vencer en este duelo de titanes.

Y nos parece, también, ver rodar por el suelo cráneos destrozados de peruanos y chilenos, a impulso, de feroces culatazos.

Allí, en ese Tabor del Perú de 1880, el Sol que iluminó nuestras armas victoriosas en Junín y Ayacucho, 2 de Mayo y Tarapacá, se oscurecía para nuestra santa causa—debido a imprevisiones y desaciertos de nuestros políticos: dirigentes—allí un puñado de arrojados ariqueños y tacneños se inmolaba por salvar incólume el nombre de la patria de la catástrofe que se cernía sobre ella, redimiéndola, así, a costa de sus vidas, de la culpa que injustamente se le atribuía, después de la serie de desastres que siguió a la pérdida de la **Independencia** en Punta Gruesa.

Y continuamos relatando el choque que se produjo en la planicie del Morro, a espaldas del cañón que dominaba la ciudad y el sector Este.

Era jefe de este cañón—que tantos estragos causó al enemigo—el capitán don Daniel Nieto, fallecido en España, el año 1912, luciendo los galones de coronel efectivo; premio merecido a sus importantes servicios en la guerra con Chile. Descolló en Arica como uno de nuestros más hábiles artilleros, cayendo prisionero después de haber reventado el cañón Parrot de su batería. De regreso de su prisión de San Bernardo (Chile), no pudo conformarse con la vida inactiva que hacía en un medio hostil para él, pues los chilenos aún se enseñoreaban en la capital de la República; y así no tardó en incorporarse en el ejército

de la **Breña**, mereciendo del general Cáceres, desde el primer momento, las más altas distinciones.

"La consigna del ejército chileno el 7 de Junio fué: **Hoy no hay prisioneros;** y se cumplió con salvajismo no repetido en América, después de la conquista".

La ferocidad con que los vencedores consumaron, en su avance, el asesinato, a mansalva, de heridos y prisioneros, arrancó a Paz Soldán ese grito de justa indignación.

La Torre, que prevía los excesos y crímenes que perpetraría el enemigo, si llegaba a triunfar, daba tres días antes del combate el siguiente santo y seña:

Arica, 4 de junio de 1880.

Santo: Enemigo cobarde tenemos.

La Torre.

En efecto, los sitiados tenían que habérselas con enemigo que todo lo atropellaría; de aquí que el jefe de estado mayor peruano lo calificase acertadamente de cobarde; porque fiel a la orden de sus jefes, no dió cuartel ni a prisioneros ni a heridos: todos fueron ultimados al filo de sus corvos homicidas, en **repase** alevoso.

Los historiadores chilenos han apelado inútilmente a los recursos de la dialéctica para limpiar el borrón indeleble con que se manchó el ejército de su patria, al convertirse en victimador de heridos y prisioneros, respetados en todos los tiempos por las huestes vencedoras de naciones civilizadas, como Chile se preciaba de serlo.

Para cohonestar este crimen, atribuyeron la masacre a que insistentemente instaban los agudos gritos de sus cornetas, al hecho calumnioso de haber explotado los polvorazos de Elmore.

Algunos escritores (este profesional (52), entre otros) afirman que, en efecto, reventaron algunas de estas minas, afirmación que no vemos confirmada en los partes peruanos del combate, ni tampoco en los chilenos. Más adelante publicamos abundantes pruebas en corroboración de nuestro aserto.

No puede llamarse mina a la explosión de la santabárbara del "Ciudadela", volada por el joven ariqueño Alfredo Maldonado.

A fin de que no cayeran en poder del enemigo, se reventó la mayor parte de cañones y polvorines de los fuertes del Norte.

Cosa igual se hizo con algunos cañones del Morro, comenzando por el que dominaba la ciudad. Pero esta destrucción no fué obra de las minas, sino de la doble carga con que fueron cargados en esos angustiosos instantes. Tal vez por falta de tiempo quedó sin reventar, cargado con dos bombas, el único cañón Vavaseur de a 300, que existía en aquélla fortificación.

Repetimos: ni La Torre en su parte oficial del combate, ni el subprefecto Sosa en su carta al dictador Piérola, ni escritor ninguno de la época a que nos estamos refiriendo, hablan de minas estalladas, sino de cañones y santabárbaras.

Por eso no nos explicamos la afirmación del ingeniero Elmore en la carta que dirigió a "La Prensa" de esta capital el 7 de junio de 1918, en la que, entre otras cosas, dice, sin estar ello confirmado por nadie:

---

(52).— Elmore hace una afirmación insostenible, que nosotros vamos a rectificar, apelando para ello a sus propias palabras. En efecto, en la carta que dirigió a su madre, desde su prisión de Azapa, dice: . . . . "sólo un polvorazo y unos cuantos cañones han reventado, etc."



. . . . . "Los operadores (?) cumplieron perfectamente, puesto que estallaron **todas** (error, o lo que sea) las minas del Morro, que fué la parte por la que atacaron los chilenos; y también estallaron las de los fuertes, para destruírlos, después de ocupados por el enemigo".

Ni en el Morro estallaron minas, ni los chilenos atacaron por ese sector, sino por el Este.

Antecedentes del coronel Lagos

CAPITULO XV

Rasgos biográficos del coronel Lagos.—Carácter inhumano de este jefe.—Fué el único culpable de las matanzas de Arica.

Antes de continuar nuestro relato sobre la toma del Morro, creemos pertinente dar algunas noticias acerca de los antecedentes militares del coronel Pedro Lagos, autor del degüello de heridos y prisioneros, consumado a toque de corneta, después del postrer y definitivo choque en la meseta de la montaña citada.

Baquedano, que conocía los fieros instintos de este jefe, no vaciló en confiarle el comando de las tropas que expedicionaron sobre Arica. No encontró tampoco entre sus capitanes otro más capacitado para enfrentarlo a Bolognesi. Elección desacertada; porque, dados los antecedentes militares de Lagos, era el menos digno para me-

dir sus armas con las de aquél viejo soldado, sin tacha y sin miedo.

El jefe del asalto de Arica degeneró en chacal, en insaciable bebedor de sangre peruana; se despertaron en él los fieros instintos de su raza, como que en su hosca fisonomía se retrataba el hombre de alma empedernida, indiferente al ageno dolor. Había sido actor principal en la pacificación de la Araucanía, campaña de exterminio racial, que costó numerosas vidas a Chile y a los indomables araucanos.

La orden o consigna de **hoy no hay prisioneros,** delata el alma sanguinaria de su autor. Hemos oído decir que su gobierno desaprobó el inhumano proceder de Lagos en el combate de Arica, porque exhibió a Chile, ante el mundo civilizado, como país en pugna con los usos de las guerras modernas. Tal vez por esta causa no figura en la historia de su patria con los relieves salientes de otros jefes que actuaron al par que él, aunque en segundo término, en la guerra del Pacífico.

Vicuña Mackehena, refiriéndose a la masacre que recordamos, dice: "Han llamado los vencidos de Arica **Lago de sangre** al ilustre (!) captor de esa plaza, por lo que allí aconteciera . . . . . ."

Y otro escritor chileno—Molinari—describe así la matanza en el **Ciudadela:**

"Fué tal y tan espantosa aquella represalia (?), que el vasto e inmenso recinto del "Ciudadela" se convirtió en humeante poza, charco horrible de sangre humana; y tanto subió el nivel de aquél *lago,* que el caballo del general en jefe, don Manuel Baquedano, cuando más tarde penetró en aquel mudo y desolado lugar, se perdió en la sangre peruana, hasta los mismos nudillos".

"Baquedano, tranquilo, salió del fuerte diciendo: ¡Bravo, ahí regimiento 3o., bravo!"

¡Con este elogio expresado en el trabalenguas que caracterizaba el estilo del generalísimo chileno, se hacía éste solidario de ese horrendo crímen de lesa civilización!

Seis meses después de la toma de Arica, Lagos repetía en Chorrillos las escenas de "horror y ferocidad" de aquél puerto.

Así las describe el coronel Víctor Miguel Valle Riestra en su interesante folleto intitulado "¿Cómo fué aquéllo?":

"No faltaron entre estos jefes, es cierto, bárbaros y sanguinarios, como el entonces coronel Lagos, que mancharon sus presillas con sangre de heridos y prisioneros; pero tales fieras fueron contadas."

Toma del Morro.— La hecatombe

CAPITULO XVI

El héroe cae en el campo de batalla y es ultimado de feróz culatazo en el cráneo.— El mayor Blondel muere al pié del asta de bandera del Morro.— ¡Traición! Bolognesi presiona los botones del aparato eléctrico y no funcionan.— Declaraciones parciales.— Un sumario ad-hoc.

El héroe cae en el campo de batalla y es ultimado de feroz culatazo en el cráneo.

En momentos que el enemigo descendía de "Cerro Gordo" en dirección al Morro, Bolognesi se hallaba en medio de la meseta de éste, dirigiendo la acción, acompañado de La Torre, Ugarte, Moore, Sáenz Peña y sus ayudantes de campo. Su valor y arrojo infunden bríos a los pocos soldados que le quedan, los cuales redoblan sus descargas

sobre el chileno, que avanza en medio de granizadas de plomo.

Fué en este instante cuando el defensor de la plaza, revólver en mano, cae derribado por traidora bala.

¡La enhiesta encina se desplomaba a impulsos del huracán! . . . .

Cuando los asaltantes llegaron al sitio donde yacía el héroe, estaba aún con vida, anegado en sangre; pero sin reparar en su alta investidura ni en su condición de herido, le destrozaron el cráneo a culatazos.

¡Asesinos!

Así, cobardemente, fué ultimado este semidiós de la epopeya de Arica, honra y prez del Perú, cuyo honor militar salvó incólume con el sacrificio de su vida y el de sus capitanes.

Marckham, en su "Historia del Perú", pág. 268, dice que fué atravezado por una bala de rifle y después le destrozaron el cráneo.

En el Morro se repite la masacre del Ciudadela.—Se lucha cuerpo a cuerpo, a la bayoneta.

Entre tanto, las cornetas de Lagos continuaban tocando a degüello.

Era que este jefe no estaba todavía ahito de sangre peruana y quería exhibir a sus soldados, no como militares victoriosos, conscientes de sus deberes, sino como turba desenfrenada de verdugos.

En el Morro se repitió la masacre del "Ciudadela". Los que salvaron la vida en la refriega, cayeron al filo de



CAPITAN DE NAVIO JUAN C. MOORE
Comandante de las baterías del Morro

los corvos y yataganes chilenos, no respetándose heridos ni prisioneros (53).

Los pocos que salvaron de esta carnicería, se replegaron a las baterías del Morro, donde, con los artilleros que las servían, resistieron el postrer ataque del enemigo, que, cual turbión demoledor, invadió el recinto de las fortificaciones, consumando su obra de exterminio y muerte . . . .

La lucha fué titánica, cuerpo a cuerpo, como la que momentos antes había tenido lugar. Baquedano, en su parte del combate, dice:

. . . . . . "La lucha había sido porfiada y sangrienta hasta lo increíble!"

Los atacantes no pudieron menos que admirar el valor desgraciado de los defensores: los que no murieron en esta acción, fueron ultimados inhumanamente, a sangre fría, figurando entre estas víctimas del patriotismo, el comandante don Juan Guillermo Moore, muerto al pié de sus baterías.

La brillante actuación de este infortunado marino en Arica, lo exime de su desgracia de Punta Gruesa. Lo hemos visto en los bombardeos y combates navales que se realizaron en ese puerto, ocupar los puestos de mayor peligro; lo hemos visto presentarse a bordo del monitor **Manco Capac** y solicitar un puesto—también el de mayor peligro—el día en que la corbeta **Unión** rompió el bloqueo

---

(53).— Molinari, con un cinismo y naturalidad que espantan, dice en su zarandeado libro (pág. 114): "Los muertos subieron de mil. En el Morro, para que se den cuenta los que esto lean, del delirio de matanza que dominó al 4o. de línea, *sepan que no se hicieron más prisioneros que 8 jefes, 26 oficiales y 32 individuos de tropa,* es decir, 68 hombres en todo".

"Y ahí debieron reunirse, como minímun, 600 individuos, porque todos los que habían escapado de los fuertes del *Este,* del *Cerro Chuño, Gordo* y baterías de la Lisera, se fueron replegando en el punto nombrado".



de aquélla plaza; se cuenta de él, finalmente, que al ver a los chilenos avanzar sobre los parapetos de "Cerro Gordo"—ante-mural del Morro—despachó a los capitanes Adolfo Kindt y Cleto Martínez (chalaco) a defender dicha posición. Desafiaba, pues, la muerte en todas partes, considerando que sólo élla le brindaría el reposo que necesitaba su abatido espíritu de marino digno y pundonoroso.

Algunos escritores chilenos han atribuído esa matanza a la ira de que estuvieron poseídos los soldados del 4o. de línea, por la muerte de su comandante San Martín, muerte que se propusieron vengar, al decir de aquéllos escritores, al grito de: "venguemos a nuestro comandante!"

"Fué el nuevo grito de guerra que atronó el espacio y que, cual fatídica sentencia de inapelable muerte, cayó sobre las filas enemigas"— decía uno de esos historiadores.

El mayor Blondel muere al pié del asta de bandera del Morro.

Mientras tanto, al pié del asta en que flameaba el bicolor amado—que ese día salvó incólume a costa de la vida de casi toda la guarnición—se desarrollaban episodios dignos de heroico canto.

El sargento mayor de **Artesanos de Tacna**, don Armando Blondel, perteneciente a aristocrática familia tacneña, que había peleado valerosamente en las distintas etapas del combate, desde la batería del Este, sostenía titánica lucha con un arrojado soldado chileno, que pugnaba



SARGENTO MAYOR ARMANDO BLONDEL
3er. jefe del batallón "Artesanos de Tacna"

por arriar nuestra bandera, para sustituírla por la de su patria (54).

De súbito, en momentos en que Blondel dominaba a su contendor, certera bala ciega en flor su existencia . . .

El comandante Espinoza, que es quien ha suministrado mayor caudal de noticias sobre los distintos episodios que tuvieron lugar en la mañana trágica de Arica, dice sobre este sucedido en su parte del combate:

"En esta situación se oyó una explosión producida por el cañón "Parrot" que reventaba en ese momento, cuando ya los enemigos habián arriado nuestro pabellón e izado en su lugar una banderola chilena; esta operación se practicó mucho después de ser el enemigo dueño de la batería, pues por algún tiempo permaneció izada nuestra enseña nacional flameando en su asta, a la vez que la chilena se hallaba colocada sobre el parapeto de la cortina".

Era que no se atrevían a arriar nuestro hermoso bicolor, y preferían, tímidamente, cobardemente, clavar humilde banderola en los parapetos de sacos de arena de la cortina de la montaña.

Pocos momentos después la bandera de la estrella solitaria, salpicada con la sangre del héroe tacneño, reemplazaba al pabellón peruano en el asta del peñón glorioso.

Fué este uno de los más sublimes episodios de los muchos que tuvieron lugar ese día memorable sobre su cumbre.

¡Digna coronación del sangriento drama!

(54).—También afirma Molinari que Blondel murió en uno de los reductos del Morro (aseveración inexacta), y que de orden del coronel Inclán se venía replegando desde el 'Este", reducto por reducto. Esta declaración de un historiador enemigo, pone muy alto el valor de este joven jefe tacneño.



¡Traición! Bolognesi presiona los botones del aparato eléctrico y no funcionan.

Cuentan los historiadores de la defensa de Arica, que cuando Bolognesi intentó hacer explotar, personalmente, las minas de Elmore, exclamó indignado:— ¡"Traición"!, por no haber dado fuego ninguna de ellas.

El corresponsal de **El Nacional** de Lima en Arica, dá cuenta de este sucedido en los siguientes términos:

. . . . . "Bolognesi había organizado la resistencia en las alturas—después de haber estado en lo bajo, en la ciudad—en el sitio en donde se tenía el aparato para la explosión de las minas; había querido dar fuego a una, y luego a otra y otra, sin que ninguna reventara, hasta que, convencido de que no debía contarse con ese medio de defensa, exclamó colérico: "Estamos perdidos".

Sin embargo, casi todos los historiadores chilenos de la guerra del Pacífico afirman que el aparato eléctrico estaba colocado en el hospital; afirmación que se destruye por su base, con sólo pensar que si tal hubiera sucedido, habría tenido Bolognesi que bajar del Morro al puerto—en uno de cuyos extremos queda aquél establecimiento de caridad—con el solo objeto de presionar los botones del aparato dicho. Para realizar esta operación, de suyo riesgosa y humanamente imposible de verificar en esos momentos, el héroe habría tenido, además, que abandonar su baluarte, en circunstancias que los invasores lo rodeaban, descender a la ciudad, atravesar gran parte de ella y después volver nuevamente a su puesto de honor, en medio de mortífera granizada de fuego.

El mismo corresponsal de "El Nacional" se encarga de hacernos saber que Bolognesi había organizado la defensa en la altura (alude al Morro), **después de haber estado en el bajo** (probablemente en la casa que ocupaba en la calle de "Ayacucho").

Declaraciones parciales.—Un sumario ad hoc.

No obstante pruebas tan concluyentes, uno de los a que nos hemos referido (Molinari), nos cuenta de un sumario que instauró el fiscal militar don José U. Urrutia, dos o tres días después del combate, en el que se hizo declarar a don Ricardo Walker (chileno), y a "los paisanos Geraldo Ortra (?), el ecónomo de la ambulancia (lo era del hospital) Cayetano Peralta, el cirujano don Eduardo Rodríguez Prieto, el capitán del 3o. de línea, don Leandro Fredes y el cabo primero del id., don Emiliano Palma".

Ninguno de los citados era ariqueño. Oriundo de Arica como es el autor de esta obra, no ha conocido jamás en esta ciudad a ningún Geraldo (chilenismo; debe ser Gerardo) Ortra; y en cuanto al ecónomo Peralta y al cirujano Rodríguez Prieto, ambos eran de nacionalidad española, como consta a los antiguos vecinos peruanos de Arica.

De manera que consideramos parciales las declaraciones de estos testigos, por cuanto dos de éllos eran extranjeros, y chilenos los restantes; aunque dudamos de la autenticidad de las atribuídas a Rodríguez Prieto y Peralta. Personas serias como eran, no podían declarar sobre asuntos que no les constaba, sobre inventivas.

Lo que sí hemos oído decir, a raiz de la caída de Arica, es que un teniente o capitán peruano, de apellido Mendoza, natural de Moquegua, cometió la imprudencia temeraria, después de su retirada de las baterías del Este, de penetrar violentamente al hospital, a pesar de la protesta del médico—jefe del establecimiento, armado de un rifle y comenzó a hacer fuego desde el techo a los soldados chilenos que ingresaban a la ciudad. Este exaltado patriota, a quien conocimos personalmente, residió en Arica, después de la guerra; trabajaba como cigarrero en el esta-

blecimiento comercial que don José Berríos poseía en la calle de la"Matríz" (hoy "Baquedano"), frente a la puerta principal de la cárcel pública.

Otros nos aseguran que, efectivamente, en un paraje próximo al hospital se instaló un aparato eléctrico—igual al que empleó Elmore en Chacalluta—para hacer estallar la mina que se colocó en el camino que conduce de Arica a Azapa, a un costado de la predicha casa de caridad.

A ser ciertas las declaraciones de Rodríguez Prieto y Peralta, tal vez se relacionan ellas con este polvorazo, que no estalló, como tampoco ninguno de los colocados en las proximidades de las fortificaciones y en el recinto urbano de la ciudad.

Lo dicho respecto a la decantada red de minas, basta para probar que todas ellas conectaban con el aparato generador de electricidad que existía en el Morro, sitio desde el cual se domina la ciudad y sus alrededores, y desde donde se podía hacer explotar el polvorazo que se hubiera deseado.

Se pretende amenguar la gloria del héroe

CAPITULO XVII

Plumas chilenas, envidiosas de la gloria de Bolognesi, tratan, sin conseguirlo, de amenguar su gloria.— Historiadores chilenos afirman que el alto comando del ejército de su patria, tenía encargo de salvar la vida de Sáenz Peña.— La Torre salva la suya milagrosamente.— Más noticias sobre la muerte de Bolognesi.

Plumas chilenas, envidiosas de la gloria de Bolognesi, tratan, sin conseguirlo, de amenguar su gloria.

Tal vez llame la atención a algunos de nuestros connacionales lectores, la inserción que hacemos en páginas posteriores de declaraciones de militares chilenos adversas a los defensores de Arica. Al hacerlo, sólo nos guía el propósito de poner en claro ciertos puntos relacionados

con la toma del Morro, desconocidos para muchos, y porque además consideramos que la ocasión es propicia para destruír, en forma abrumadora, las aseveraciones calumniosas y extemporáneas de algunos enemigos sobrevivientes de la jornada.

Nos referimos a las de los oficiales chilenos capitán Silva Arriagada y subteniente Carlos Aldunate Bascuñán, todas desprovistas de valor probatorio, dadas a conocer ¡31 años después!, en circunstancia que nuestras relaciones internacionales con la república del Sur, habían llegado a un grado de máxima tirantéz, como resultado de las hostilidades y persecuciones de que fueron víctimas—y continúan siendo—nuestros connacionales de Tacna, Arica y Tarapacá, y con el rechazo, por parte del gobierno patrio, de una corona de bronce, que, en los días de esos acontecimientos, pretendió Chile colocar en la cripta que en el cementerio general de Lima, guarda los restos de nuestros compatriotas muertos en la guerra con aquél país.

¡Ironía sangrienta, que el canciller Dr. Melitón Porras no permitió se consumara y de la que protestó con altivéz y energía que le honran!

Repetimos, las declaraciones hechas a Molinari por los oficiales Silva Arriagada y Aldunate Bascuñán, respecto a Bolognesi, carecen, en lo absoluto, de verdad.

En efecto, es la primera vez que se estampa tales aseveraciones, siendo que, como lo hacemos presente en el curso de esta obra, los jefes y oficiales del ejército expedicionario, tenían encargo especial de Vicuña Mackehena de informarle de todo aquello que consideraban de interes para la historia que escribía en esos precisos momentos a cerca de las operaciones que llevaba a cabo el ejército que expedicionaba sobre el Perú.

Pues bien, ni el historiador citado, ni Barros Arana, ni Búlnes, ni ninguno de los muchos que han escrito sobre la guerra del Pacífico, registran las inexactas afirma-

ciones de esos oficiales chilenos referentes a las últimas palabras que atribuyen al gran capitán de Arica.

Bolognesi es héroe consagrado e indiscutido; su fama y renombre de guerrero llenan el mundo. Está, por lo mismo, a cubierto de recriminaciones difundidas por aquéllos a quienes deslumbra el fulgor de su gloria.

Cuando durante la última guerra entre Rusia y Japón los ejércitos de este país tomaron Puerto Arthur, después de prolongado sitio, el ex-zar Nicolás se lamentó de que no hubiera estada encomendada la defensa de la plaza a un Bolognesi, en vez de Stoessel, que capituló cobardemente.

Historiadores chilenos afirman que el alto comando chileno tenía encargo de salvar la vida de Sáenz Peña.—La Torre salvó la suya providencialmente.

Afirman algunos historiadores que, si Sáenz Peña y La Torre no corrieron la misma suerte de Bolognesi, fué debido a que el alto comando del ejército chileno había encargado salvarles la vida a todo trance: al primero, por gestiones argentinas cerca del gobierno de la Moneda; y al segundo, porque en el bando contrario se creyó que era un hermano del mismo apellido, que el comandante del "Cochrane" tenía en nuestro ejército, con el grado de coronel; en lo que hubo error; pues se trataba de **otro** La Torre, del abogado don Manuel C. de La Torre, natural de Moquegua, a quien Bolognesi, convencido de su patriotismo y aptitudes, nombró jefe de estado mayor de la guarnición de su mando; aunque parece que este nombramiento emanó del dictador Piérola, de quien era antiguo correligionario político. En el primer momento el defensor de

Arica recibió con desagrado esta designación por cuanto el nombrado carecía de conocimientos militares; pero luego hubo de rectificar el desfavorable concepto en que tenía al que más tarde fué su más activo y entusiasta colaborador en la defensa de la plaza.

Asistió a la inauguración del monumento a Bolognesi en esta capital, en su carácter de presidente de la Sociedad de Sobrevivientes de Arica.

Vuelto de su prisión de San Bernardo, se radicó en Lima, y después en Ilo, desempeñando años más tarde el consulado del Perú en Iquique y la Intendencia General de Guerra en Lima.

Más noticias sobre la muerte de Bolognesi.

La versión que hemos traído a estas páginas respecto a las circunstancias que rodearon la muerte de Bolognesi, es la más aceptable; ella nos ha sido suministrada por compatriotas sobrevivientes de la jornada.

Como acabamos de decir, sólo el apasionamiento y el odio que se alimenta en Chile contra el Perú, ha podido inducir a sus escritores a estampar afirmaciones insostenibles, encaminadas a ensombrecer la actuación postrera del héroe; pero ahí está la historia para confundirlos, y a mayor abundamiento, los partes oficiales de los jefes chilenos que tomaron participación en el asalto y los de los comandantes peruanos La Torre, Sáenz Peña y Espinoza, que insertamos en el apéndice, y los siguientes juicios de historiadores imparciales, que sólo tienen palabras de admiración y aplauso para el primer soldado del Perú en la guerra con Chile.

Marckaam, en la página 268 de su "Hsitoria del Perú,

vertida al castellano por don Juan de D. Benites, en 1895, dice:

"A este valeroso jefe (alude a Bolognesi), lo acompañaban el valiente Moore, el joven Ugarte y muchos otros. Los chilenos los mataron sin misericordia. Bolognesi fué atravesado por una bala de rifle, y después le destrozaron el cráneo. Ugarte murió precipitado del Morro, y aunque su desconsolada madre ofreció una fuerte suma, porque lo trajesen aunque fuesen sus arreos militares, nada se pudo encontrar.

Pero pruebas más concluyentes, incontrastables las tenemos en capítulos anteriores, principalmente en el que nos ocupamos en la polémica histórico-literaria que sostuvo ahora años nuestro ilustre tradicionista Ricardo Palma, con el chileno Salvo, con motivo de haber pretendido éste negar la respuesta que le diera Bolognesi al intimarle la rendición de la plaza.

———

con la toma del Morro, desconocidos para muchos, y porque además consideramos que la ocasión es propicia para destruír, en forma abrumadora, las aseveraciones calumniosas y extemporáneas de algunos enemigos sobrevivientes de la jornada.

Nos referimos a las de los oficiales chilenos capitán Silva Arriagada y subteniente Carlos Aldunate Bascuñán, todas desprovistas de valor probatorio, dadas a conocer ¡31 años después!, en circunstancia que nuestras relaciones internacionales con la república del Sur, habían llegado a un grado de máxima tirantéz, como resultado de las hostilidades y persecuciones de que fueron víctimas—y continúan siendo—nuestros connacionales de Tacna, Arica y Tarapacá, y con el rechazo, por parte del gobierno patrio, de una corona de bronce, que, en los días de esos acontecimientos, pretendió Chile colocar en la cripta que en el cementerio general de Lima, guarda los restos de nuestros compatriotas muertos en la guerra con aquél país.

¡Ironía sangrienta, que el canciller Dr. Melitón Porras no permitió se consumara y de la que protestó con altivéz y energía que le honran!

Repetimos, las declaraciones hechas a Molinari por los oficiales Silva Arriagada y Aldunate Bascuñán, respecto a Bolognesi, carecen, en lo absoluto, de verdad.

En efecto, es la primera vez que se estampa tales aseveraciones, siendo que, como lo hacemos presente en el curso de esta obra, los jefes y oficiales del ejército expedicionario, tenían encargo especial de Vicuña Mackehena de informarle de todo aquello que consideraban de interes para la historia que escribía en esos precisos momentos a cerca de las operaciones que llevaba a cabo el ejército que expedicionaba sobre el Perú.

Pues bien, ni el historiador citado, ni Barros Arana, ni Búlnes, ni ninguno de los muchos que han escrito sobre la guerra del Pacífico, registran las inexactas afirma-

ciones de esos oficiales chilenos referentes a las últimas palabras que atribuyen al gran capitán de Arica.

Bolognesi es héroe consagrado e indiscutido; su fama y renombre de guerrero llenan el mundo. Está, por lo mismo, a cubierto de recriminaciones difundidas por aquéllos a quienes deslumbra el fulgor de su gloria.

Cuando durante la última guerra entre Rusia y Japón los ejércitos de este país tomaron Puerto Arthur, después de prolongado sitio, el ex-zar Nicolás se lamentó de que no hubiera estada encomendada la defensa de la plaza a un Bolognesi, en vez de Stoessel, que capituló cobardemente.

Historiadores chilenos afirman que el alto comando chileno tenía encargo de salvar la vida de Sáenz Peña.—La Torre salvó la suya providencialmente.

Afirman algunos historiadores que, si Sáenz Peña y La Torre no corrieron la misma suerte de Bolognesi, fué debido a que el alto comando del ejército chileno había encargado salvarles la vida a todo trance: al primero, por gestiones argentinas cerca del gobierno de la Moneda; y al segundo, porque en el bando contrario se creyó que era un hermano del mismo apellido, que el comandante del "Cochrane" tenía en nuestro ejército, con el grado de coronel; en lo que hubo error; pues se trataba de otro La Torre, del abogado don Manuel C. de La Torre, natural de Moquegua, a quien Bolognesi, convencido de su patriotismo y aptitudes, nombró jefe de estado mayor de la guarnición de su mando; aunque parece que este nombramiento emanó del dictador Piérola, de quien era antiguo correligionario político. En el primer momento el defensor de

Arica recibió con desagrado esta designación por cuanto el nombrado carecía de conocimientos militares; pero luego hubo de rectificar el desfavorable concepto en que tenía al que más tarde fué su más activo y entusiasta colaborador en la defensa de la plaza.

Asistió a la inauguración del monumento a Bolognesi en esta capital, en su carácter de presidente de la Sociedad de Sobrevivientes de Arica.

Vuelto de su prisión de San Bernardo, se radicó en Lima, y después en Ilo, desempeñando años más tarde el consulado del Perú en Iquique y la Intendencia General de Guerra en Lima.

Más noticias sobre la muerte de Bolognesi.

La versión que hemos traído a estas páginas respecto a las circunstancias que rodearon la muerte de Bolognesi, es la más aceptable; ella nos ha sido suministrada por compatriotas sobrevivientes de la jornada.

Como acabamos de decir, sólo el apasionamiento y el odio que se alimenta en Chile contra el Perú, ha podido inducir a sus escritores a estampar afirmaciones insostenibles, encaminadas a ensombrecer la actuación postrera del héroe; pero ahí está la historia para confundirlos, y a mayor abundamiento, los partes oficiales de los jefes chilenos que tomaron participación en el asalto y los de los comandantes peruanos La Torre, Sáenz Peña y Espinoza, que insertamos en el apéndice, y los siguientes juicios de historiadores imparciales, que sólo tienen palabras de admiración y aplauso para el primer soldado del Perú en la guerra con Chile.

Marckaam, en la página 268 de su "Hsitoria del Perú,

vertida al castellano por don Juan de D. Benites, en 1895, dice:

"A este valeroso jefe (alude a Bolognesi), lo acompañaban el valiente Moore, el joven Ugarte y muchos otros. Los chilenos los mataron sin misericordia. Bolognesi fué atravesado por una bala de rifle, y después le destrozaron el cráneo. Ugarte murió precipitado del Morro, y aunque su desconsolada madre ofreció una fuerte suma, porque lo trajesen aunque fuesen sus arreos militares, nada se pudo encontrar.

Pero pruebas más concluyentes, incontrastables las tenemos en capítulos anteriores, principalmente en el que nos ocupamos en la polémica histórico-literaria que sostuvo ahora años nuestro ilustre tradicionista Ricardo Palma, con el chileno Salvo, con motivo de haber pretendido éste negar la respuesta que le diera Bolognesi al intimarle la rendición de la plaza.

Fusilamiento de prisioneros

CAPITULO XVIII

Soldados de los batallones "Iquique" y "Tarapacá", dirigen mortífero fuego al invasor desde unos peñascos que existen a la subida del Morro, frente a la calle "Colón".— Cómo se libran de caer en poder del enemigo.— Otros que se refugian en el templo parroquial, son extraídos de él y pasados por las armas en las gradas del mismo.— Incendio del palacete de la familia Mac Lean.— El ministro americano en el Perú, califica a los asaltantes de hordas salvajes.— Algunas apreciaciones del historiador Marckham.— Paz Soldán dice que 70 prisioneros fueron pasados por las armas.— Saqueo e incendio de la ciudad por el ejército enemigo.— En el Morro se hace volar dos cañones de grueso calibre.— Con la caída del Morro termina el combate.— Cablegrama en que se avisa la caída de Arica.

Desde unos peñascos que existen en la subida del Morro, frente a la calle "Colón", soldados de los batallones "Iquique" y "Tarapacá", dirigen mortífero fuego.
Cómo se libran algunos combatientes de caer en poder del enemigo.

Los soldados de los batallones "Iquique" y "Tarapacá", que no alcanzaron la cumbre del Morro, por el mortífero fuego que les hacía el enemigo desde "Cerro Gordo", pelearon, según ya lo hemos visto, parapetados tras los riscos y peñascos que existen en la falda de aquélla montaña, frente a la calle "Colón"; y cuando se convencieron de que todo estaba perdido, ingresaron a la ciudad para librarse de ser asesinados por los asaltantes.

Lo propio hicieron los pocos "Artesanos" que salvaron en la refriega, como así mismo los artilleros del Morro y baterías del Norte, las autoridades civiles del puerto y sus subalternos, todos los cuales permanecieron ese día en sus puestos, hasta la caída de la plaza.

Debido a la circunstancia de haberse asilado en el consulado inglés, sito en la plaza mayor del puerto, las autoridades mencionadas, salvaron la vida.

También funcionaba en el mismo local el viceconsulado americano, accidentalmente desempeñado por el caballero ariqueño señor Carlos H. Nugent.

El hecho de que las autoridades mencionadas se librasen de la muerte que les amenazaba, no se debió tanto a esa circunstancia, sino al hecho de haber sido el comandante Manuel Búlnes, jefe del regimiento "Carabineros de Yungay", uno de los primeros que penetró, a caballo, al patio de dicha casa, quien, recordando que durante el tiempo que permaneció en Arica, en la condición de prisio-

nero de guerra, había recibido exquisitas atenciones de la familia Nugent, dueña de la finca, hizo valer su autoridad militar, y, acompañado de sus ayudantes, arrojó, a viva fuerza, a los soldados victoriosos, que en esos momentos se entregaban al pillaje, en presencia de los funcionarios consulares mencionados.

Los señores Federico Sosa, Eduardo Raygada y Germán Paz, subprefecto, capitán de puerto y jefe del parque, respectivamente, que se hallaban en el salón principal del consulado, al reconocer la voz de aquél jefe chileno, salieron a su encuentro, entregándose prisioneros.

Búlnes los reconoció también, manifestándoles que respondía por sus vidas, a cuyo efecto colocó guardias en la puerta del edificio, ordenando que se hiciera fuego contra quien intentara penetrar.

Momentos después eran trasladados al local de la aduana, donde quedaron detenidos, provisionalmente, los pocos prisioneros del Morro y de la ciudad, mientras llegaba el momento de conducirlos a Chile, lo que se hizo días después.

La relación de estos prisioneros figura también entre los anexos del apéndice.

Como se, libran algunos combatientes de caer en poder del enemigo.

Algunos sobrevivientes del combate, que conocían los caminos que conducen a los distritos de Arica, se dirigieron a éstos, librándose, así, de caer a manos del vencedor. Otros—muy pocos—se ocultaron, después del desastre, en

la **Cueva del Inca** (55), sita al pié del Morro, por el lado fronterizo a la isla del Alacrán.

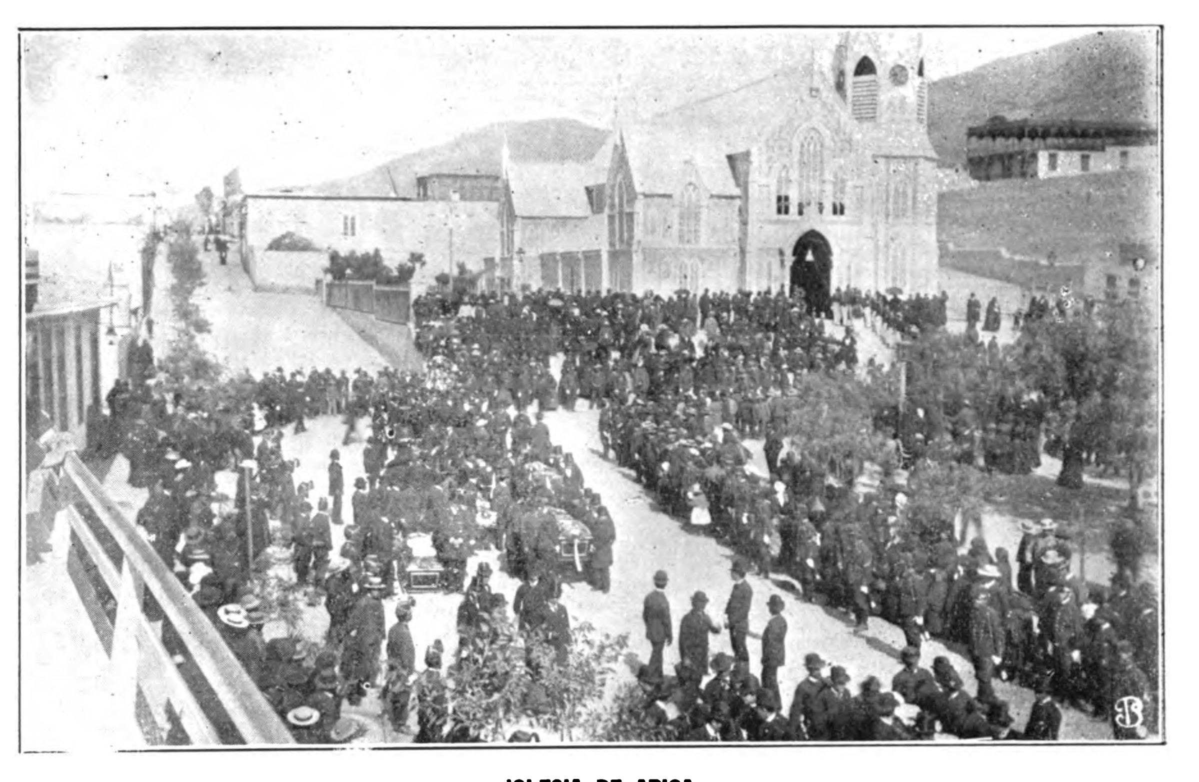
Inmediatamente después de ocupada la ciudad, varias patrullas la recorrieron en distintas direcciones, como así mismo sus alrededores, llegando una de ellas hasta la citada cueva, a la que no penetró—¡cobardes!—no obstante haber delatado los insistentes ladridos de un perrito, la presencia de gente en su interior, contentándose con hacer algunos disparos.

Los refugiados allí, después de tomar precauciones para no ser advertidos por el enemigo, se dirigieron por la orilla de la playa al valle de Chaca, distante diez leguas de Arica, a donde pocos días después llegaba una comisión chilena con el objeto de notificar la ocupación de la provincia por las armas de Chile, ante la cual pasaron aquéllos como peones de las haciendas vecinas; no recordando el motivo que tuvieron para asesinar, impunemente, a uno de esos desgraciados.

Otros prisioneros que se refugiaron en el templo parroquial fueron extraídos y pasados por las armas en las gradas del mismo.—Incendio del palacete de la familia Mac-Lean.—El ministro americano en el Perú, califica a los asaltantes de hordas de salvajes.—Algunas apreciaciones del historiador Markham.—Paz Soldán dice que 70 prisioneros fueron pasados por las armas.

Otros grupos de soldados peruanos se asilaron en la **iglesia de fierro** y en el palacete de la familia Mac Lean,

(55).—De esta cueva, que presenta vestigios de haber sido habitada por los primitivos ariqueños, nos ocupamos en el primer tomo de la "Historia de Arica".



IGLESIA DE ARICA

En cuyas gradas fueron fusilados numerosos prisioneros peruanos el 7 de Junio de 1880

distante media cuadra de la plaza de armas. Desde las azoteas y ventanas hacían fuego nutrido sobre los soldados chilenos, que, desbandados, recorrían las calles de la ciudad, descerrajando a tiros las puertas de las casas y sustrayendo todo lo que de valor encontraban en ellas.

A fin de reducir a los parapetados en aquél edificio. los chilenos optaron por prenderle fuego; y cuando los nuestros intentaban salir para librarse de las llamas, eran muertos por los disparos que les hacían a mansalva. No libró la vida ninguno de esos valientes (56).

La misma suerte corrieron los que se refugiaron en el templo, tal vez en la creencia, de que el enemigo lo respetaría y no lo profanaría y que se despertarían en él sentimientos de piedad cristiana; pero presto salieron de su error: la soldadesca, enfurecida, ebria de sangre, abría a culatazos las puertas de la casa del Señor, penetrando en atropellada algarabia, sin el menor respeto, cual a una taberna.

En medio de gritos y exclamaciones soeces iniciaron la búsqueda de prisioneros, apropiándose al mismo tiempo de todo lo que de valor hallaban en los altares, inclusive las numerosas **mandas** de oro y plata que pendían de las efigies.

Fueron 70—otros hacen alcanzar el número a 90—los desgraciados peruanos extraídos de allí y fusilados, sin la menor consideración, en las gradas del hermoso templo ariqueño, en las que, hasta ha poco, veíase las manchas indelebles de la sangre vertida por esos mártires del patriotis-

(56).— Esta información nos ha sido suministrada por un súbdito griego, vecino de Arica, cuyo nombre silenciamos, para no hacerlo objeto de hostilidades de parte de los chilenizadores; pues creemos que aún reside en dicho puerto. Bajó de Azapa en compañía de otros connacionales suyos, en las primeras horas de la mañana del 7, presenciando esta escena de lejos.



mo, que no habían cometido otro **delito** que defender la integridad de su patria.

También fueron fusilados frente al depósito de madera que los señores Dauelsberg, Schubering y Co. poseían en la plaza principal, un grupo de soldados extraídos del consulado inglés, al que penetraron por la parte posterior (57).

Durante varios años permanecieron en ese sitio, incrustados en el pavimento, cual brea endurecida por el tiempo, los grandes cuágulos de sangre vertida por esos desgraciados vencidos.

El ministro de Estados Unidos en Lima, daba cuenta a su gobierno de los crímenes perpetrados por los soldados chilenos en Tacna y Arica, en los siguientes términos:

"La soldadesca chilena mató la mayor parte de heridos encontrados en el campo de batalla, y todos los oficiales que se encontraron muertos fueron desnudados, robados y dejados en cueros".

Por su parte el señor Nugent, agente consular de la Gran República del Norte, en aquél puerto, decía a su gobierno:

"Debo decir que la conducta de los chilenos tanto en Tacna como en Arica, es la más desgraciada. En Tacna la mayor parte de las casas han sido robadas y muchas de ellas destruídas. Asesinatos

---

(57).— Dando cuenta a su gobierno de la captura de Arica, el ministro de Estados Unidos de N. América en el Perú, decía entre otras cosas: "Las tropas chilenas se han conducido, no como un ejército formalmente organizado por una nación que se llama civilizada, sino por una horda de salvajes errantes, ultimando a los heridos. En el consulado británico se refujiaron unos cuantos dispersos, los arrastraron hasta la plaza y allí los hicieron fusilar, y después saquearon la casa (consulado inglés). Esta no ha sido guerra, sino una matanza por mayor".

Markhan, en su historia de la guerra del Perú, pág. 268, dice acerca de estas masacres chilenas: "Como 150 bajaron del Morro y se refugiaron en la población; pero perseguidos y tomados, fueron sacados a la plaza y pasados por las armas".

se cometen todos los días. En Arica asesinaron a los indefensos y heridos. La mayor parte de la ciudad ha sido quemada y saqueada.

En el informe que el vice-cónsul de Francia en Tacna elevó a su gobierno, se lee el siguiente párrafo:

"Después que Arica fué tomado y toda resistencia había cesado, la tropa chilena, ostensiblemente bajo el comando de sus oficiales, vino a la casa donde nuestro vice-cónsul tenía su oficina, y tomó en masa, 59 hombres que estaban allí, los llevó a la plaza pública y allí deliberadamente los fusiló a todos".

Paz Soldán, ocupándose en esta matanza, sólo comparada con las periódicas masacres de armenios, dice en su interesante "Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia":

"No se respetó ni los consulados de Inglaterra y Estados Unidos de Norte América; los refugiados en esta casa fueron sacados en número de 70 y conducidos a la plaza, en donde se les fusiló impunemente. ¡Qué episodios los que tuvieron lugar! Algunas de las víctimas trataban de huír y daban vueltas por la plaza (se refiere a los que extrajeron de los consulados citados) encontrando siempre segura muerte; otros subían las gradas de la iglesia, que ofrecía un aspecto conmovedor; multitud de cadáveres yacían en la gradería, la sangre corría a torrentes; muchos paisanos lograban llegar a la puerta de la iglesia, en donde caían muertos por la traidora bala de los araucanos".

'Dos individuos pudieron introducirse en el pozo que hay en medio de la plaza (hasta hoy existe) y vistos por los chilenos, fueron muertos a pedradas". ......

"Raros fueron los prisioneros tomados el 7 en Arica; los que aparecieron como tales, cayeron los días siguientes en los alrededores de la población. El coronel Lagos se distinguió después del combate por su ferocidad; ordenó y presenció la mayor parte de los asesinatos, logrando así que su nombre merezca eterno recuerdo. Desde ese infausto día el nombre de Pedro Lagos infunde espanto en el Perú. Dejemos que descanse el corazón conmovido y que otros se ocupen en detallar tantos y tan crueles actos de barbarie".

... ...

Los chilenos en número muy superior, dice Markham, (pág. 268), se apoderaron de las fortalezas, matando sin misericordia y sin dar cuartel".

Y agrega:

"Todo no fué más que una espantosa carnicería. A más de 600

mo, que no habían cometido otro **delito** que defender la integridad de su patria.

También fueron fusilados frente al depósito de madera que los señores Dauelsberg, Schubering y Co. poseían en la plaza principal, un grupo de soldados extraídos del consulado inglés, al que penetraron por la parte posterior (57).

Durante varios años permanecieron en ese sitio, incrustados en el pavimento, cual brea endurecida por el tiempo, los grandes cuágulos de sangre vertida por esos desgraciados vencidos.

El ministro de Estados Unidos en Lima, daba cuenta a su gobierno de los crímenes perpetrados por los soldados chilenos en Tacna y Arica, en los siguientes términos:

"La soldadesca chilena mató la mayor parte de heridos encontrados en el campo de batalla, y todos los oficiales que se encontraron muertos fueron desnudados, robados y dejados en cueros".

Por su parte el señor Nugent, agente consular de la Gran República del Norte, en aquél puerto, decía a su gobierno:

"Debo decir que la conducta de los chilenos tanto en Tacna como en Arica, es la más desgraciada. En Tacna la mayor parte de las casas han sido robadas y muchas de ellas destruídas. Asesinatos

---

(57).— Dando cuenta a su gobierno de la captura de Arica, el ministro de Estados Unidos de N. América en el Perú, decía entre otras cosas: "Las tropas chilenas se han conducido, no como un ejército formalmente organizado por una nación que se llama civilizada, sino por una horda de salvajes errantes, ultimando a los heridos. En el consulado británico se refujiaron unos cuantos dispersos, los arrastraron hasta la plaza y allí los hicieron fusilar, y después saquearon la casa (consulado inglés). Esta no ha sido guerra, sino una matanza por mayor".

Markhan, en su historia de la guerra del Perú, pág. 268, dice acerca de estas masacres chilenas: "Como 150 bajaron del Morro y se refugiaron en la población; pero perseguidos y tomados, fueron sacados a la plaza y pasados por las armas".

se cometen todos los días. En Arica asesinaron a los indefensos y heridos. La mayor parte de la ciudad ha sido quemada y saqueada.

En el informe que el vice-cónsul de Francia en Tacna elevó a su gobierno, se lee el siguiente párrafo:

"Después que Arica fué tomado y toda resistencia había cesado, la tropa chilena, ostensiblemente bajo el comando de sus oficiales, vino a la casa donde nuestro vice-cónsul tenía su oficina, y tomó en masa, 59 hombres que estaban allí, los llevó a la plaza pública y allí deliberadamente los fusiló a todos".

Paz Soldán, ocupándose en esta matanza, sólo comparada con las periódicas masacres de armenios, dice en su interesante "Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia":

"No se respetó ni los consulados de Inglaterra y Estados Unidos de Norte América; los refugiados en esta casa fueron sacados en número de 70 y conducidos a la plaza, en donde se les fusiló impunemente. ¡Qué episodios los que tuvieron lugar! Algunas de las víctimas trataban de huír y daban vueltas por la plaza (se refiere a los que extrajeron de los consulados citados) encontrando siempre segura muerte; otros subían las gradas de la iglesia, que ofrecía un aspecto conmovedor; multitud de cadáveres yacían en la gradería, la sangre corría a torrentes; muchos paisanos lograban llegar a la puerta de la iglesia, en donde caían muertos por la traidora bala de los araucanos".

'Dos individuos pudieron introducirse en el pozo que hay en medio de la plaza (hasta hoy existe) y vistos por los chilenos, fueron muertos a pedradas". ......

"Raros fueron los prisioneros tomados el 7 en Arica; los que aparecieron como tales, cayeron los días siguientes en los alrededores de la población. El coronel Lagos se distinguió después del combate por su ferocidad; ordenó y presenció la mayor parte de los asesinatos, logrando así que su nombre merezca eterno recuerdo. Desde ese infausto día el nombre de Pedro Lagos infunde espanto en el Perú. Dejemos que descanse el corazón conmovido y que otros se ocupen en detallar tantos y tan crueles actos de barbarie".

... ...

Los chilenos en número muy superior, dice Markham, (pág. 268), se apoderaron de las fortalezas, matando sin misericordia y sin dar cuartel".

Y agrega:

"Todo no fué más que una espantosa carnicería. A más de 600

de la guarnición los pasaron a cuchillo, casi todos a sangre fría y después de rendidos".

El historiador chileno Gonzalo Búlnes, dice en su libro "Guerra del Pacífico", página 387, tomo 2o.

"Se ha imputado al ejército chileno una crueldad inhumana, haciéndola extensiva a los jefes, suponiendo que las matanzas del fuerte "Ciudadela" y el de los jefes del Morro obedeció a una consigna u orden del día de no hacer prisioneros. Lo que allí ocurrió es imputable únicamente al carácter desordenado del ataque y a la excitación de la dinamita. Pero si esto tiene explicación, no la tiene para la historia imparcial el fusilamiento inhumano de algunos soldados peruanos acorralados en la plazoleta de la iglesia de Arica, perteneciente a aquélla tropa del "Iquique" y del "Tarapacá" que no alcanzó a subir al Morro y que se encerró en ese local. Nunca se ha sabido quién dió semejante orden, o si los soldados procedieron por impulso propio, enfurecidos como estaban por el estallido de las minas (?).

El franco, al par que apasionado Molinari, dice por su parte que "en la plaza del pueblo fueron fusilados 67 hombres por una mujer (!) que ordenó esa ejecución: la Irene Morales, cantinera que acompañó al ejército, al 3o. de línea, en el asalto".

"Esta mujer, que sobrevive aún en Iquique, era consorte de un músico, soldado desertor, quien antes de la guerra con el Perú, asesinó a un sargento boliviano en Antofagasta, por cuyo motivo fué, en castigo, pasado por las armas. Desde entonces, dice un escritor del Mapocho, esta mujer guardó odio a Bolivia, e inmediatamente que estalló la guerra, se dió de alta en el 3o. de línea, como cantinera asistiendo a todas las batallas, desde Pisagua hasta Miraflores".

Saqueo e incendio de la ciudad por el ejército enemigo.

Mientras se consumaban estas masacres de soldados vencidos, indefensos, el resto del ejército invasor ingresaba a la ciudad, en desbordados e indiciplinados grupos.

Esta ola devastadora arrasó todo lo que halló a su paso; no respetó ni lo sagrado de los templos, según hemos visto. Los soldados que penetraron al recinto urbano de la población por la calle "Matríz" (hoy "Baquedano"), redujeron a pavesa la iglesia de ese nombre, que formaba esquina con la calle "Ayacucho"; estrajeron antes, todo lo que de valor encontraron en ella, tal como hicieron en la capilla del Corazón de Jesús, hoy templo parroquial.

No hemos podido conocer el nombre de la persona, o personas, que intervinieron en el salvamento de las hermosas efigies que adornaban los altares de la iglesia Matríz, la mayor parte de las cuales son de procedencia italiana y española, adquiridas durante el coloniaje.

Treinta o cuarenta días después de la toma de Arica, nosotros tuvimos ocasión de contemplarlas, depositadas en uno de los cuartos de alquiler que la señora Rosa Legay de Trabucco poseía en la predicha calle "Matríz".

Las antiguas campanas de este templo, que durante varios meses permanecieron abandonadas entre los escombros, fueron transportadas a la capilla del Corazón de Jesús, de donde desaparecieron algunas.

La llamada **campana grande** fué trasladada y enterrada en el interior de la casa-esquina que aquella señora poseía en la calle "Ayacucho", hecho del cual sólo uno que otro vecino peruano teníamos conocimiento. Ultimamente un inquilino de la finca, de nacionalidad chilena, dió con el sitio donde se encontraba oculta; y creyéndose dueño de ella, intentó exportarla al extranjero, como cosa propia, aprovechando el subido precio que por entonces tenía el bronce; pero la resuelta actitud de varios ariqueños frustró este negociado.

En el Morro se hizo volar dos cañones de grueso calibre.

Cuando el enemigo dominaba ya por todas partes y consumaba su obra de exterminio y muerte, los artilleros de Moore y Espinoza, imitando a sus compañeros de las baterías del Norte, hicieron volar dos cañones de grueso calibre, en cuyo particular nos ocupamos más adelante. Por falta de tiempo y por haber muerto sus dotaciones en las trincheras y en "Cerro Gordo", como así mismo los cabos de cañón, no se hizo volar los restantes, como lo había ordenado el jefe de la batería, capitán de navío Moore, al comandante Espinoza, y éste, a su vez, al capitán don Daniel Nieto, quien, como ya hemos dicho, sólo alcanzó a reventar 2 cañones.

Con la caída del Morro termina el combate.

Con la toma del Morro se puso término a la jornada.

A las 9 a. m., dice el parte oficial chileno, "la plaza era completamente nuestra y la bandera de Chile se ostentaba en los fuertes y edificios públicos".

Y el coronel La Torre dice en el suyo:

"Eran las 8.59 de la mañana, cuando todo estaba perdido"......

El teniente señor Smith no está de acuerdo con las an-

teriores informaciones oficiales, en lo que respecta a la hora en que cayó la plaza en poder del enemigo. Dice en su interesante relación del combate que a las "ocho y minutos de la mañana se elevaba una banderola chilena en las pilas de sacos de arena que formaban el parapeto de uno de los cañones del Morro".

A pesar de ser este marino minucioso, verídico en todos sus actos, nosotros creemos que el combate terminó a la hora señalada por Lagos en su parte oficial.

Puede decirse, pues, que duró más de tres horas.

Cablegrama avisando la caída de Arica.

El mismo día 7 de Junio se tuvo noticia en Arequipa de la caída de Arica por el siguiente cablegrama dirigido de este puerto por el telegrafista del cable West Coast, Florencio M. M.:

—Recibido de Arica a las 9 a. m.— 7 de Junio.— En la madrugada de hoy atacó enemigo Arica con fuerzas considerables por Norte y tomó buenas posiciones. Se opone tenáz resistencia; pero superioridad enemigo hace inútil todo esfuerzo.— Siguen resistiendo todavía.— No hay parte oficial.— Florencio M. M.— Telegrafista.

—A las 12.15 p. m.— Arequipa 8 de Junio de 1880.— Sírvase trasmitir a S. E. lo que sigue:— "He anunciado telegrama de V. E. de Junio 2, vía Puno y vía Arequipa. He dirijido a V. E. dos telegramas el 5 y 6 del corriente. Comunicación por cable con Arequipa interrumpida. Probablemente Arica habrá sido tomado.— Na-

da oficial.— Gonzáles Orbegozo".— Que trascribo a V. E.— Martínez.

Como se ve, el primer cablegrama está firmado por el telegrafista Florencio M. M., siendo que el jefe del cable West Coast en Arica, era, si no estamos transcordados, don Tomás Tauffield, años más tarde trasladado a una de las principales oficinas de Chile.



CAPITAN DE FRAGATA JOSE SANCHEZ LAGOMARSINO
Comandante del monitor "Manco Capaç"

Brillante actuación del monitor "Manco-Capac" y de la torpedera "Alianza"

CAPITULO XIX

Actuación del monitor "Manco Capac" el 7 de Junio.— Desafía a los buques enemigos.— El teniente ariqueño don Bernardo Smith, de la plana mayor del "Manco Capac", narra el comportamiento de este buque.— Plana mayor del citado buque.— Los artilleros de las baterías del Norte hacen volar cañones y santabárbaras.— Sostienen después un tiroteo con el regimiento "Lautaro". —La escuadra bloqueadora se dirije al puerto.— El "Manco Capac" dispara sobre ella sus pesados cañones.— La lancha-torpedo "Alianza", logra salir sobre la escudara enemiga.— Otras noticias respecto de esta torpedera.

El "Manco Capac" el 7 de Junio. —Desafía a los buques enemigos.— Su actuación de ese día narrada por el teniente Smith.

El monitor "Manco Capac" era la única unidad representativa de nuestro reducido poder naval que existía en Arica.

Lo comandaba el correcto y valeroso marino don José Sánchez Lagomarsino; en su plana mayor figuraban inteligentes y pundonorosos marinos, tales como el capitán de corbeta don Rómulo G. Tizón, el entonces teniente segundo don Bernardo Smith, natural de Arica, el guardia marina don Luis Benjamín Arce y Folchs, tacneño, don Eulogio Saldías, don Nicanor Asín; los tres sobreviven aún rodeados del cariño y admiración patriótica de sus conciudadanos.

Iniciado el asalto de la plaza, el **Manco Capac** se pone en movimiento y se apresta para el combate. Cual león acosado y furioso, recorre, en distintas direcciones, el amplio escenario del golfo ariqueño. Los buques bloqueadores, que en esos momentos se hallaban fuera de tiro de los fortificaciones, se lanzan sobre él, a toda máquina, atisvando el momento propicio para penetrar en la rada interior del puerto, cuya entrada cuidan el monitor dicho y las baterías del Morro y del Norte.

De pronto se advierte que tropas enemigas avanzan por la playa Norte, en demanda de los fuertes de "San José"; el monitor dirige entonces proa en esa dirección y descarga sus pesados cañones sobre ellas, logrando, momentáneamente, detener su avance. Era el regimiento "Lautaro", de cuya actuación en ese sector nos hemos ocupado ya.

Antes de permitir que este buque cayera en poder del enemigo, su plana mayor acordó, en consejo de guerra, hundirlo en las profundidades del Océano; y con este

objeto se colocó un cajón de dinamita en lugar conveniente de la proa.

La tripulación estaba decidida a rendir caro la vida, imitando a los que en esos momentos supremos defendían, en tierra, sobre el Morro, la honra de la patria.

Cuando a las 7.30 a. m. se convenció Lagomarsino de que Arica estaba perdido para el Perú, se dirigió, resueltamente, sobre los buques enemigos que, no seguros todavía del triunfo de sus armas, en tierra, se aguantaron sobre sus máquinas, a gran distancia del puerto.

El teniente 1º del recordado monitor, señor Bernardo Smith, va a narrarnos el comportamiento de este buque el día de la toma de Arica. Y lo hará con pluma vibrante y nerviosa, sin falsear la verdad histórica en lo menor, con pleno conocimiento de los acontecimientos.

Oigámosle:

"Amaneció el infausto, y también glorioso, 7 de junio de 1880! A bordo del monitor peruano *Manco Capac* se hizo el servicio nocturno, como de costumbre, la noche del 6 al 7, haciéndose la ronda fuera del puerto por la lanchita "Alianza".

"A las 5 y 5 se sintió a bordo tres tiros de cañón consecutivos, hechos por las baterías del Este y fuego repetido de fusilería. Comprendimos que se iniciaba el ataque a ese fuerte y que seguiría por ese lado al "Cerro Gordo", para llegar después al Morro. Efectivamente, se veía avanzar el fogueo hácia los lugares indicados que se resistían en lo posible...... Era terrible el traquido de la fusilería y la iluminación que se veía por los fogonazos, hasta que aclaró completamente la niebla de la mañana. Se sintió una fuerte explosión; era el fuerte del Este y se veía a nuestra gente haciendo fuego en retirada unos hacia el "Cerro Gordo" y otros hacia la población, siendo éstos en su mayor parte heridos e imposibilitados para seguir combatiendo".

"Lo que aconteció después en el "Cerro Gordo" y en el descenso de éste al Morro, no es para transcribirlo ahora que han transcurrido 36 años! Lo han descrito muchos en diferentes aniversarios de esa hecatombe, y nosotros como actores en otro centro de acción, no debemos recordar ahora las desgracias de la Patria!..."

"A las 8 y minutos de la mañana, al ver que se clavaba una banderola chilena en la fila de sacos de arena que formaba el parapeto de uno de los cañones del Morro, que miraba hácia el mar y que desde allí se nos hacía fuego de fusilería, dejamos el fondeadero y al hacerlo hicimos disparos de cañón sobre un regimiento chileno que avanzaba sobre los fuertes del Norte (el "Lautaro")

que habían sido volados y su gente encaminada hacia el Morro, en unión de los batallones "Iquique" y "Tarapacá", el primero mandado por el doctor Roque Sáenz Peña (argentino) y el segundo por el teniente coronel don Ramón Zavala. Estas fuerzas apenas alcanzaron a la falda del Morro, pudiendo subir sólo unas pocas compañías."

"Parada la máquina del monitor, frente al río San José y como a dos millas de tierra, en la línea de Chacalluta, el comandante ordenó, se abrieran las válvulas y demás, para que el buque se llenara de agua y se prendiera la mecha de dinamita depositada en la sección proa; la tripulación toda se embarcó en los botes y en la lancha a vapor "Sorata". La "Alianza", que comandaba el teniente 2º ariqueño, don Manuel Fernández Dávila, recibió orden de salir del puerto y tratar de salvarse, yendo al Norte. Como los cañones quedaron fuera de la torre, al llenarse de agua el buque en lugar de irse á pique se dió vuelta de campana, quedando la quilla para arriba y haciendo explosión; es probable que se hicieron pedazos los fondos. La tripulación embarcada en los botes vió con pena hundirse el buque que todos queríamos y en el cual el suscrito había pasado más de dos años.

"Los buques enemigos no estaban a la vista y poco a poco se fueron viendo, siendo el primero el "Itata", al cual nos dirigimos, destacándose de ese buque un bote con marineros armados y un jefe de marina. Se puso al habla con el comandante Sánchez Lagomarsino, que con otros oficiales y el que esto escribe, estaban en la lanchita "Sorata"; se les manifestó que íbamos a entregarnos prisioneros por haber sido tomada la plaza por su ejército, y hundido nuestro buque, no nos quedaba otra cosa que hacer. Nos recibieron en el "Itata" con la gente armada y formada en la cubierta. El "Cochrane" y el "Loa" fueron en persecución de la lanchita, "Alianza", y después el "Itata" fondeó en el puerto; en la tarde regresó el "Cochrane"; trasbordándosenos al "Limarí".

"Los buques neutrales "Thetis", inglés, "Hansa", alemán, y "Hussard", francés, fondearon, también, en el puerto, dejando el fondeadero que habían tenido antes, mientras el bloqueo y bombardeo de la plaza."

"En los días transcurridos hasta el 13, pasamos, como se puede imaginar, en zozobra continua para la tripulación del "Manco Capac": hubo necesidad de traer del "Cochrane" al "Limarí" 25 marineros armados, a cargo de un oficial para resguardarnos; pues de tierra los soldados ébrios querían venir a bordo para asesinarnos!

"De Tacna y Arica embarcaron prisioneros de guerra, jefes, oficiales y soldados al transporte "Itata", y trasbordados nuevamente a ese buque, por fin, el 13 de junio, a las 3.15, zarpó ese transporte al Sur, convoyado por el blindado "Cochrane".

"Así dejamos Arica, en condición de prisionero de guerra, en viaje a San Bernardo".

Cerramos estas páginas en que narramos el brillante papel que desempeñó el monitor "Manco Capac" el día del combate de Arica, publicando a continuación la lista de jefes y oficiales presentes a bordo de este buque en esa ocasión:

Comandante, capitán de fragata don José Sánchez Lagomarsino.

2º comandante, capitán de corbeta don Rómulo G. Tizón.

Teniente 1º graduado, don Bernardo Smith.

Teniente 1º graduado, don José S. Pizarro.

Teniente 2º, don Juan E. Taboada.

Teniente 2º graduado, don Eulogio S. Saldías.

Teniente 2º graduado, don Nicanor Asín.

Alférez de fragata, don Ramón E. Bueno.

Subteniente de infantería, don Daniel Durán.

Guardia marinas, don Carlos A. Leguía, don Carlos T. Barandiarán, don Luis B. Arce y Folch, don Felipe Alcorta, don Juan Mulkrew y don Francisco Escurra y Vidaurre.

1er. maquinista, don Thomás Colquhoun.

2º maquinista, don Annibal Alayza.

3º. maquinistas: don Manuel Hidalgo, don Alcibiades Maldonado, don Toribio Villalobos, don James Bonar.

Ayudante de máquinas, don Manuel Salas.

Calderero, don José Zavaleta.

Oficiales de mar	14
Artilleros de preferencia	11
Marineros	18
Artilleros ordinarios	2
Grumetes	3
Cabos de fogoneros	3

Fogoneros. 8
Carboneros 7

Guarnición del batallón Marina (antes "Constitucional") 17, y del batallón "Callao" Nº 4, 13.—Total general 119 individuos.

De los jefes y oficiales del "Manco Capac", sólo sobreviven: el teniente 1º graduado señor Smith (hoy capitán de corbeta); los tenientes segundos graduados don Eulogio Saldías, don Juan E. Taboada y don Nicanor Asín, y los guardia-marinas Luis Benjamín Arce y Folchs y Juan Mulgrow. (Saldías, Asín y Arce y Folchs lucen hoy los galones de capitán de navío).

Los artilleros de las baterías del Norte hacen volar cañones y santabárbaras.—Después sostienen tiroteo con el regimiento "Lautaro".

Los artilleros de las fortalezas de "San José", "Santa Rosa" y "2 de Mayo", desde cuyos apartados emplazamientos, respecto de la ciudad, habían contemplado en toda su magnitud y en sus menores detalles, las distintas etapas del combate, en las asaltadas baterías del Este, primero, y en el Morro, después; al convencerse de que toda resistencia era ya inútil, decidieron volar los cañones y santabárbaras, lo que alcanzaron a hacer en parte, en circunstancias que el "Lautaro" avanzaba sobre éllos, sosteniendo antes ligero tiroteo con este cuerpo, el cual perdió en esa ocasión ocho hombres, a estar al parte oficial de su jefe.

A este respecto, el corresponsal de "La Opinión Nacional" de Lima, en Arica, escribía a su diario, entre otras cosas:

"Otro sargento, cuyo nombre se ignora, recorrió las baterías "San José", "Santa Rosa" y "2 de Mayo", re-

ventando personalmente los cañones. No quedó uno bueno. Ese valiente era ariqueño."—(Diario citado de 23 de junio de 1880).

Esta información es inexacta por lo que respecta a la batería "San José", cuyos cañones no fueron reventados, no así los de las otras fortificaciones de ese sector, que lo fueron en su totalidad.

Los historiadores chilenos dan a estas explosiones proporciones gigantescas, que no tuvieron, en verdad. Vicuña Mackena dice:

......"Los artilleros peruanos, después de destruir sus cañones y sostener un tiroteo con varias compañías del "Lautaro", se dirigieron unos a la ciudad y otros e dirección al valle, siendo la mayor parte ultimados en el camino por la caballería y artillería enemiga que actuaban en ese lado".

Formaba parte del personal de una de estas baterías voladas, el capitán Luis Gensollén, natural de Moquegua, fallecido há pocos años en Lima, a donde llegó en 1911, arrojado de Pisagua por los desperuanizadores de nuestras provincias irredentas.

Cuando la revolución chilena de 1891, iniciada por el congreso contra el gobierno de Balmaceda, se restauró o habilitó el fuerte "San José", con el objeto de repeler un posible ataque al puerto por la escuadra revolucionaria, lo que no aconteció.

Tanto estos cañones como los que quedaron en buen estado en las baterías del Este y en el Morro, fueron, años más tarde, reventados y vendidos a una fundición de Valparaíso, como **fierro viejo.**

Sobre este sucedido nos ocupamos con alguna amplitud en otra parte de este libro.

La escuadra bloqueadora se dirige al puerto.—El "Manco Capac" dispara sobre ella sus pesados cañones.

Al convencerse el comandante del "Cochrane", La Torre, jefe de la escuadra bloqueadora, que la plaza había caído en poder del ejército de su patria, puso proa al puerto, no sin antes disparar sobre ella el "Manco Capac" sus dos pesados cañones de a 500; postrer gesto de protesta del impotente navío peruano contra los profanadores de nuestro suelo. En esos momentos este buque representaba la imagen dolorida de la patria, flotando sólo, huérfano, en las inmensidades del mar ariqueño......

No le quedaba, pues, a Sánchez Lagomarsino otra disyuntiva que, o rendir su nave—lo que jamás habría hecho—o hundirla, como lo hizo.

Ocupándose el comandante chileno La Torre en su parte del combate en la resolución de aquél jefe peruano, dice sinceramente, no irónicamente, como supone Molinari: ......"Desengañado Sánchez Lagomarsino de no poder hacer su postrer tiro al enemigo (alude a los que atacaron el Morro), con serenidad y acierto, lo echó a pique, para no dar ese nuevo trofeo a las fuerzas marítimas de Chile".

La lancha-torpedo "Alianza" logra salir sobre la escuadra enemiga, que la persigue sin darle alcance.—Su actuación en la mañana del 7.—Por haberse malogrado su maquinaria, el teniente Dávila la vara, haciéndola volar en seguida.—Otros detalles.

Como hemos visto por la relación del teniente señor Smith, que acabamos de transcribir, la lancha-torpedo "Alianza", que comandaba el teniente 2º don Manuel Fernández Dávila, logró evadirse y no caer en poder del enemigo, merced a la audacia y pericia de su comandante, oficialidad y tripulación.

La actuación de esta insignificante unidad naval—a la que sarcásticamente se le denominaba lancha-torpedo,—fué meritoria y digna de figurar en estas páginas de reparación y verdad.

Los buques bloqueadores creían que la "Alianza" estaba dotada de torpedos Witheed y de otros elementos ofensivos, y evitaban siempre enfrentarse a ella; pero tal temor carecía de fundamento, porque ni contaba con torpedos, ni disponía siquiera de una pequeña coliza; sólo tenía almacenados en su pequeña bodega unos cuantos brulotes de dinamita, de los que en el momento preciso harían uso sus valerosos y arrojados tripulantes.

Sin pérdida de tiempo, inmediatamente después que se inició el asalto, Dávila, cumpliendo órdenes del comandante Sánchez Lagomarsino, puso su lancha en movimiento, acompañando de cerca al monitor en los varios **raids** que efectuó esa mañana, con el fin de prestar protección, donde fuera preciso, a los de tierra, según lo hace constar dicho comandante en su parte de la jornada.

A las 8.50 a.m., cuando la plaza había caído ya en poder del enemigo y el "Manco Capac" se preparaba para

sepultarse en el océano, embarcándose antes su tripulación en los botes del monitor, Dávila dió remolque a varios de éstos, alejándolos del peligro que corrían por su proximidad a aquél en el momento de la inmersión.

Una vez realizada ésta, el teniente mencionado, de acuerdo con las instrucciones de su jefe inmediato, el comandante Sánchez Lagomarsino, y de acuerdo, también, con su ofrecimiento, resolvió emprender viaje al Callao, lo que hizo a las 9 a.m., en presencia de la escuadra bloqueadora, dos de cuyos buques—el "Cochrane" y el trasporte de guerra "Loa"—la persiguieron de cerca.

El "Cochrane" desistió de la cacería, alcanzando sólo hasta el morro de Sama, de donde regresó a Arica a las 12 del día; el "Loa" la continuó hasta una milla al Sur del cabo Picatá, donde el teniente Dávila se vió en la necesidad de varar su lancha, sobre las rocas, y hacerla volar.

Tomó esta resolución, porque varias piezas principales de la maquinaria, a causa de tan prolongado y sostenido viaje, se "habían puesto en estado de fundición" y además "se habían inundado las paredes del cilindro, que cubren los calderos".

Así lo hace constar el capitán de la "Alianza" en el parte oficial que elevó al jefe de la plaza, comandante La Torre, como así mismo la suerte que corrieron él y sus compañeros de infortunio después del varamiento. En circunstancias que se dirigía a Moquegua, a pié, cayeron en poder del enemigo, en la pampa Salinas, a mitad del camino de Ilo a Moquegua.

De ese lugar fueron conducidos inmediatamente a aquél puerto, y en seguida a Arica, en el transporte "Itata", el mismo que los condujo a Valparaíso, juntamente con numerosos prisioneros de Arica y del Campo de la Alianza.

Uno de los oficiales del monitor "Manco Capac", el entonces guardiamarina Carlos T. Barandiarán, talentoso y verídico escritor, de cuya galana pluma conocemos interesantes trabajos históricos y literarios, describe así la hazaña de la lanchita "Alianza":

... ...

"Aún no estaba vencido todo en Arica: aún quedaba un bote que era necesario perseguir y destruír. . . ¿Apresar? . . . era imposible. Allí iba Mora que al pisar esa diminuta embarcación, dijo al Dictador: "Si a pesar de mis deseos, fuera imposible realizar algo en beneficio de la patria, tened seguro, señor, que la planta chilena no profanará la cubierta de la "Alianza".

Y la "Alianza" con su pabellón a popa, corría adelante de los enemigos, le hacían fuego el "Cochrane", la "Magallanes" y el "Loa", contestando ella con sus tiros de rifle, que eran la protesta a nuestra desgracia, la obediencia a la respuesta de Bolognesi, "quemar el último cartucho" ... ...

¡Pero tanto hacer! . . . . ¡tanto obligar a la materia a obedecer al espíritu! . . . . La "Alianza", quemados sus calderos, amainado su andar hasta tres millas, vogaba sobre las rompientes, buscando sobre las crestas de las olas la salvación de su bandera ... ...

EL ULTIMO CARTUCHO

La tarde parece esperaba el desenlace de ese drama ignorado al cual el océano acudía como único espectador..

Llega otro trasporte por el norte, y la "Alianza" se ve encerrada entre dos fuegos irresistibles . . . . Entonces recala a Puerto "Inglés" y Mora allí cumple su promesa: toma el pabellón y le oculta bajo esa **tierra** . . . . ¡Como si inhumara un cadáver! . . . . preparó un torpedo . . . lo hizo estallar . . . . y la "Alianza" . . . fué!

Después con el peso de las lágrimas comprimidas, llevando sobre su corazón el luto de Arica y el de la patria, por los escarpados flancos ascendieron a la planicie . . . . .

Cuando los enemigos llegaron a la playa, de la "Alianza" . . . . no encontraron más que el reflejo de la explosión y el agua que hervía aún bajo sus piés" . . . .

El teniente Dávila fué un marino inteligente y pundonoroso; pertenecía a una antigua familia ariqueña; y en la Escuela Naval del Callao, se distinguió por su aplicación y claro talento.

Vuelto de su prisión de San Bernardo, y sin marina de guerra el Perú, desempeñó varias capitanías de puerto, alcanzando el grado de capitán de corbeta, si no estamos transcordados.

Murió pocos años después de la guerra.

Sobre el comportamiento de Bolognesi y Alfonso Ugarte en Arica.— Rectificaciones históricas.

CAPITULO XX

Odio ancestral de Chile al Perú.— Calumniosas informaciones sobre la muerte de Bolognesi.— Los historiadores chilenos se contradicen.— La muerte de Alfonso Ugarte.— Ugarte, antes de caer prisionero del enemigo, se precipita al abismo en su caballo de batalla.— Hermosa carta de Ugarte en que se refleja el alma del héroe.— Ugarte en la batalla de Tarapacá.— Bendición del estandarte del batallón "Iquique".— Lo obsequian las damas tarapaqueñas.— Justicieros conceptos de Sáenz Peña sobre Bolognesi.

Los fastos del heroísmo humano no cuentan nada más sublime que esta página histórica de la epo-

peya peruana consumada en el Morro de Arica.

Leonidas se creyó inexpugnable en sus Termópilas; Alejandro, lanzándose hacia el Asia, obedeció al oráculo; César, pasando el Rubicón, llevaba en sí su fortuna guerrera; Aníbal, atacando a Roma, jugó a la suerte su destino; Hernán Cortés, destruyendo sus naves, se cerró únicamente la retirada; Ricaurte, sepultándose con el parque en San Mateo, fué la inmolación indeliberada: todo eso es grandioso, saltando los límites de lo humano para el asombro de las generaciones. El hombre es capaz de acercarse a Dios!

Pero **BOLOGNESI Y LOS SUYOS** —perdónesenos la vanidad patriótica—es superior a sus hermanos de inmortalidad.

Sabía que toda resistencia era imposible; que la suerte les deparaba el sacrificio; que el Morro sería su túmulo mortuorio; que su destino era morir; y resolvieron ocho días antes; y cumplieron ocho días después su juramento!

— **¡Quemaremos el último cartucho!**

—Y lo quemaron!

Junto con él, los iluminó la gloria; junto con él, resonó el himno patrio; junto con él, se abrió el cielo para recibirlos.

A. A. ARAMBURU.

Odio ancestral de Chile al Perú.

Como lo ofrecemos en las primeras páginas de este trabajo, tócanos ahora destruír las noticias calumniosas que contiene el libro de Molinari sobre el asalto de Arica, en lo que respecta al comportamiento del coronel Bolognesi en esta ocasión memorable.

No puede ocultar este escritor el odio ancestral de su raza al Perú, que arranca desde la conquista de Chile por los incas sabios y nobles. Nosotros queremos encontrar sus orígenes en esa época, no en la fracazada expedición de Almagro, como lo sostienen algunos escritores, Aníbal Maúrtua entre otros (58).

Los indomables y fieros araucanos, que rechazaron a las primeras expediciones hispanas, fueron dominados y conquistados por las legiones de Tupac-Yupanqui, más allá del río Maule, a costa de matanzas sangrientas, tal vez, o poniendo en práctica métodos de catequización, que dieron por resultado el sometimiento de éllos.

El coronel Víctor Miguel Valle Riestra, en su recordado folleto sobre la batalla de Chorrillos, opina con nosotros cuando dice refiriéndose al odio de los dos pueblos:

". . . . . . en ese mismo malecón corrió sangre pe-

---

(58).— Las condiciones geográficas de uno y otro país, como sabe usted, engendraron las rivalidades de los conquistadores españoles. Los desengaños y penalidades del Adelantado de Chile, causaron el odio de don Diego de Almagro y de sus parciales contra el gobernador del Perú; odio que no terminó con el asesinato de don Francisco Pizarro por *los de Chile*, sino que se ha trasmitido a través del tiempo, implacablemente, desde la capitanía de Chile al virreynato de Lima y del virreynato a la República Peruana. ("La cuestión del Pacífico, exposición de la Unión de Labor Nacionalista", (pág. 4), escrita por el doctor Aníbal Maúrtua).

ruana y sangre chilena, mezcladas por el odio de dos pueblos que, desde su origen, han sido enemigo y lo serán eternamente".

Traemos a estas páginas de glorificación y verdad, las malévolas informaciones a que nos hemos referido, con el sólo objeto de destruírlas, pulverizarlas, no dejar de ellas vestigio el menor, para lo que habremos de apelar a juicios y apreciaciones desapasionadas y justicieras de escritores imparciales, y aún a algunos de nacionalidad chilena.

Calumniosas informaciones sobre la muerte de Bolognesi.—Los historiadores chilenos se contradicen.

Conocido ya el fin que perseguimos, y aunque la mano nos tiembla de ira al estampar esas imposturas y blasfemias contra uno de nuestros más grandes héroes de la guerra del Pacífico, vamos, no obstante, a consignarlas, sobreponiéndonos a la consiguiente repugnancia que nos inspira el hecho.

En la página 25 de su recordado libro, al mismo tiempo que rinde parias al valor del coronel Arias y Aragüéz Molinari amengua el de nuestros demás jefes y profana la memoria de Bolognesi.

Dice:

Si todos los jefes de Arica hubieran sido como don Justo Arias y Aragüéz; si todos hubieran tenido su coraje, su denuedo, Arica habría sido un volcán, que al reventar, sublimando a sus defensores, habrían asombrado al mundo, muriendo como soldados, causando a Chile horrorosas bajas y entregando al enemigo ruinas, desolación y miseria.

Nada de eso hicieron; no peleó su guarnición con heroísmo; Bolognesi se rindió (¡Falso, miserable!), como lo veremos más adelante; si pereció no fué con las armas en la mano, sino fusilado y después de haber pedido perdón, (¡Calumniador!).

Bolognesi no merece, no tiene derecho a estátua; ella, para ser justos, debiera habérsele dedicado a Arias, al defensor del "Ciudadela", al verdadero soldado sin miedo de Arica.



CORONEL MARIANO E. BUSTAMANTE
Jefe del detall de la 8a. división

La envidia, en contubernio con el odio y la mentira, han dictado estos emponzoñados párrafos a Molinari, que sublevan nuestro espíritu por la veneración que, desde nuestra niñéz, sentimos por el héroe, acrecentada más tarde, al conocer por referencias de jefes y oficiales sobrevivientes de la hecatombe del Morro, de cuánto era capáz esa alma vaciada en molde griego.

Todos los jefes de la guarnición pelearon con el mismo denuedo y heroísmo que el coronel Arias y Aragüéz, como lo demostramos en el curso de este libro; todos y cada cual cumplieron con su deber hasta el sacrificio. Una prueba de ello tenemos en que, de los jefes de alta graduación que asistieron al histórico consejo de guerra, en que se acordó morir antes de rendir la plaza, sólo 5 salvaron con vida, de los cuales uno—el coronel Varela—gravemente herido; los demás murieron a la cabeza de sus batallones, como los Inclán, Arias y Aragüéz, Ugarte, Zavala, Moore, Francisco y Benigno Cornejo, O'Donovan, Bustamante, Nacarino, Zela, Vizcarra, Blondel y demás de la legión de inmortales, entre los que descuella Bolognesi, nimbado de gloria.

Pero hay más aún en corroboración de lo que llevamos dicho, y es que el mismo desmemoriado Molinari, hace elogio merecido del coronel Inclán, al narrar la manera cómo murió: luchando en Cerro Gordo con un soldado del 3o. de línea, cuyo nombre consigna en su libro aquél escritor, a mayor abundamiento.

Igual elogio hace del arrojo del coronel Varela y del comandante O'Donovan, como así mismo del sargento mayor Blondel, una de las más simpáticas figuras militares del combate de Arica.

También hemos probado en el curso de este trabajo, con citas de historiadores chilenos, que si Arica no voló, no fué porque **faltó corazón,** como dice Molinari, sino por-

que las guías de los polvorazos fueron cortadas por manos criminales. Sí, no faltó valor para hacerlo: cuando Bolognesi se convenció de que habían sido cortados los alambres, que unían el aparato eléctrico con las distintas minas, experimentó visible contrariedad; de otra suerte habría volado la plaza con sus atacantes y atacados, que era precisamente lo que intentó hacer aquél jefe, y no logró.

Decir que el gran capitán de Arica se rindió y pidió perdón, es el colmo de la impostura y la maldad.

Recién, en 1911, después de treinta y un años, nos cuenta Molinari este cuento chileno; si tal hubiera sucedido, Lagos lo habría consignado en su parte oficial del combate; y Vicuña Mackehena lo habría propalado también a toda orquesta, haciéndole coro Barros Arana y Búlnes. Por el contrario, el último de estos historiadores dice del valor del jefe de la plaza:

"Ha pasado ya suficientemente el tiempo apagador de las pasiones, para que tanto en el Perú como en Chile, se rinda justo homenaje y admiración a vencedores y vencidos. Y así como el recuerdo de esta portentosa hazaña sería siempre un timbre de orgullo para los chilenos, es una acción honrosa para los defensores de la plaza, que pelearon para dar al Perú una tradición y un ejemplo. Bolognesi, More, Ugarte, Blondel, fueron los últimos defensores de su patria en el departamento de Moquegua (Tacna decimos nosotros), y lucharon en el último pedazo de tierra firme que les era posible pisar".

El mismo Búlnes tiene para Bolognesi palabras de sentida y justiciera admiración en su recordada historia (pág. 362, tomo 20.), como asi mismo para Alfonso Ugarte, de quien dice que era "hombre abnegado y de grandes merecimientos."

Y agrega:

"Estos nombres son dignos del respeto del adversario y de la gratitud de sus conciudadanos.

"Entre ellos merece una mención especial Bolognesi, el jefe de la plaza".

Bolognesi fué un gran patriota. Tiene la característica de los hombres superiores. No salen de su boca ni de su pluma palabras destempladas, ni balandronadas pueriles. Es culto y atento con el enemigo. Cuando el patriotismo se envuelve en un manto de modestia, el hombre desaparece ante la idea que lo alienta y su sacrificio toma un carácter impersonal. Así le sucedió a Grau y le sucedió a Bolognesi". (Tomo 2o., pág. 362 de la Historia de la Guerra del Pacífico).

En otra parte de su obra, el transcordado Molinari se ga de desautorizar lo que momentos antes decía, acerca de que "si todos los jefes peruanos hubieran sido como don Justo Arias y Aragüéz, habrían asombrado el mundo", etc.

A este respecto dice en la página 35:

"Prat, en Iquique, al hundir su querida e inmaculada corbeta, señaló a Chile y a sus enemigos el rumbo de la gloria y el modo como mueren los valientes".

Bolognesi y los suyos no lo imitaron; sólo hicieron un simulacro de heroísmo; *hubo, sin embargo, entre aquéllos hombres espíritus levantados, grandes corazones que no tuvieron miedo a la muerte, ni asco a la gloria*.

Es el mejor y más solemne mentís que, sin pensarlo, dá el propio Molinari a sus calumniosas aseveraciones señaladas más adelante, a cerca del valor de los defensores de Arica.

Un escritor compatriota de aquél, pero menos inescrupuloso, se expresa en los siguientes términos de Bolognesi en un artículo que publicó ha poco en el diario chileno "El Ferrocarril de Arica":

"Allá, a los piés de la última trinchera, el héroe de esta jornada, el valiente San Martín, cae para no levantar más, herido por un pedazo de metralla. "Deseo morir tranquilo; quitad esa bandera", dice a sus soldados, señalando el pendón peruano que flamea en el reducto. Un minuto después cierra sus ojos para siempre al ver que ondea en ese sitio la estrella de Chile".

"El combate ha terminado".

"En medio de un montón de cadáveres otro héroe inmortal, el valiente Bolognesi, también muere tranquilo y resignado, al saber que todo se ha perdido, pero que para salvar el honor de la pa-

tria se ha quemado hasta el último cartucho. Los actos heroicos se han correspondido en la sangrienta contienda de este día".

"Se ha peleado entre valientes y como valientes".

"De esta suerte el brillo de la victoria chilena ha llevado, sus reflejos para aumentar la gloria del cruento sacrificio peruano".

Bolognesi disciplinado y estoico.

No obstante estar destinado el presente capítulo a probar con testimonios indiscutibles, de origen chileno en su mayor parte, el valor y arrojo de Bolognesi, en el combate de Arica, creemos que no están fuera de lugar las siguientes líneas, en que se exhibe a este jefe como militar disciplinado y estoico.

Modesto Molina, en sus célebres **Hojas del Proceso**, narra en forma admirable, patética, la retirada de la tarde trágica de San Francisco sobre Tarapacá, y hace constar que, entre todos los jefes divisionarios, el coronel Bolognesi fué el único que no perdió la ecuanimidad y que acompañó a sus tropas en esa marcha, que parecía eterna, en los páramos tarapaqueños.

Dice Molina:

"A las diez de la noche se dió orden de levantar el campamento y emprender la marcha sobre Tilivichi, y salieron las divisiones llevando a su cabeza al jefe de estado mayor (coronel Belisario Suárez), de quien hacían cortejo los comandantes generales. **Sólo el coronel Bolognesi,al fin soldado veterano, presidía sus tropas".**

De las **Hojas del Proceso** sólo conocíamos los párra-

fos citados por algunos historiadores chilenos, Vicuña Mackehena entre éstos; y era constante nuestra avidez por conocer obra tan importante, encaminada a lapidar, a la luz de la verdad, con pruebas abrumadoras, incontestables, a los verdaderos y únicos responsables de la "decapitación de nuestro más rico, hermoso y floreciente departamento" (Tarapacá), como dice Molina, por sus desaciertos militares de la primera faz de la guerra con Chile, en dicha sección territorial.

Este renombrado poeta y literato tacneño, que actualmente reside en esta capital, arrojado de su provincia nativa por los detentadores de élla, es uno de los pocos—tal vez el único—que sobrevive de los poetas cuyas composiciones figuran en el "Parnaso Peruano", publicado en 1867 por el chileno José Domingo Cortéz.

Sobre la labor literaria de este viejo intelectual, que es abundante y varia, hemos trazado un estudio crítico, que conservamos inédito hace ya algunos años; siendo de lamentar que hasta hoy no haya publicado ni siquiera un tomo de poesías, cuando no serían bastante cuatro para contener su abundante y depurado vagaje poético.

Molina publicó **Las Hojas del Proceso** en Arica, uno o dos meses después del desastre del primer ejército del Sur, en la provincia de Tarapacá, a raíz de haber sido nombrado el gobierno del general La Puerta, director de **El Boletín de la Guerra**.

Gracias a la gentileza de nuestro común amigo Pedro Quina Castañón, otro intelectual tacneño, hemos satisfecho nuestro antiguo anhelo de leer este folleto (consta de 90 páginas, en 4o. menor), cuya reimpresión creemos necesaria, oportuna, en estos momentos de adulteraciones históricas, en que debe hacerse luz meridiana sobre hechos y episodios de la guerra con Chile, desconocidos los más por las jóvenes generaciones, particularmente.

La muerte de Alfonso Ugarte.

Molinari, a quien no aventajan ni Búlnes, ni Vicuña Mackehena, ni Barros Arana, en su empeño malévolo. pueril de opacar con insidiosas imputaciones la aureola que iluminará perpetuamente el renombre de nuestros héroes de la güerra del Pacífico, se lanza, desenfrenado, como ya hemos visto, por el camino sin fin de la diatriba y la calumnia. Unas veces arremete furioso, cegado por la envidia contra todos nuestros jefes de Arica y otras, contradiciéndose, aplaude el valor y abnegación de ellos.

En la página 54 de su obra, niega que el coronel Ugarte, al verse rodeado de enemigos y perdida toda esperanza de triunfo, se lanzara al abismo desde la cumbre del Morro, caballero en su corcel de guerra; y con tal motivo dice:

"Porque así como don Justo Arias cayó batiéndose como un león, es mentira la grandiosa muerte de Bolognesi y pura invención el que se arrojase al mar con caballo y todo Alfonso Ugarte, como lo probaremos en su debido tiempo. Los peruanos, para ser históricamente justos, deben bajar a Bolognesi de su monumento y colocar en ese lugar al valiente Arias".

Y en otra página se lee la falsa noticia siguiente, estampada por el capitán chileno Silva Arriagada en una carta que dirigió a Molinari:

"El cadáver de Alfonso Ugarte, se encontraba en una casucha ubicada cerca del mástil, al lado del mar, mirando hacia el pueblo; en ese lugar las rabonas del Morro cocinaban; y ahí esas pobres mujeres tenían oculto el cadáver de Alfonso Ugarte; era un hombre chico, moreno, el rostro picado de viruelas, los dientes muy orificados, de bigote negro. Aquellas mujeres tenían profundo cariño por Ugarte, y para guardar su cadáver, le habían vestido con un uniforme quitado a un muerto chileno".

¿Por qué bajar a Bolognesi de su monumento de Lima y colocar en su lugar al coronel Arias y Aragüéz, cuando bien ganada tiene su apoteósis en el bronce, quien prefirió la muerte a la capitulación honrosa que le propuso el enemigo?



CORONEL ALFONSO UGARTE
Comandante general de la 8a. división

Debemos, si, lamentar que, entre las alegorías del monumento mencionado, no figure el episodio de aquél jefe peruano sobre los atrincheramientos del **Ciudadela,** oponiéndose, revólver en mano, al avance del invasor; pero, en cambio, figura el no menos grandioso de Ugarte, despeñándose sobre su caballo de pelea.

Negar que la muerte de Bolognesi y Ugarte fueron gloriosas, como lo fueron, en efecto, es como negar el valor de Prat en el combate naval de Iquique; aunque algunos escritores aseguran que el decantado abordaje al "Huáscar", es fruto de la fantasía chilena; pues que lo que persiguió aquél marino al saltar al buque peruano, fué salvar del naufragio inminente que sobrevino; muriendo derribado por feróz hachazo que un marinero del monitor le asestó en circunstancias que el jefe chileno se encontraba sólo, desatentado, en la cubierta de aquél.

¡Mentira! decimos nosotros.

Porque no es posible concebir que esas mujeres tuvieran serenidad bastante, en momentos tan críticos, para desvestir a un muerto chileno, en pleno campo de batalla. en circunstancias que la meseta y fortificaciones del Morro se hallaban totalmente invadidas por los soldados victoriosos, que jamás habrían permitido se consumara esa profanación en un muerto suyo.

¿Puede ser creíble, entonces, la aseveración del capitán Silva Arriagada?

Se ha forjado, pues, una novela grosera alrededor de la muerte gloriosa del coronel Alfonso Ugarte.

Hasta 1911—año de la publicación del libro de Molinari—nadie la había escrito en Chile.

Ugarte se precipita al abismo antes de caer prisionero del enemigo.

No habían transcurrido quince días de la ocupación de Arica por las armas de Chile, y ya el autor de estas líneas, acompañado de sus padres, regresaba a este puerto, procedente de Tacna, a donde nos habíamos dirigido huyendo de los diarios bombardeos de la escuadra chilena. Desde el primer instante de nuestra llegada oímos narrar la muerte del valeroso tarapaqueño en la misma forma que lo han hecho los historiadores imparciales. Recordamos con este motivo—como deben recordarlo, también, los ariqueños que sobreviven de esa época—haber visto la osamenta de un caballo desbarrancado, durante muchos días, detenido en los peñascos fronterizos al actual parque, sobre el camino conocido con el nombre de "La Cinta".

Se decía, también, que ese caballo era el en que el coronel Ugarte se había precipitado desde la cumbre del Morro y que los restos de este jefe habían sido incinerado al pié de dicha montaña, por el coronel chileno Valdivieso, jefe de la plaza, junto con numerosos cadáveres de combatientes caídos en la feral batalla.

Markham, en su historia del Perú, pág. 268, dice:

"Ugarte murió precipitándose desde el Morro; y aunque su desconsolada madre ofreció una fuerte suma porque le trajeran, aunque fuesen sus arreos militares, nada pudo encontrar".

Vicuña Mackehena, en la página 666 de su Historia, califica a Ugarte de "juvenil y valeroso".

Desde el primer momento en que Ugarte se alistó en las filas de los defensores de la patria, en Iquique, manifestó entusiasmo y valor, de lo que dió prueba en Tarapacá, donde resultó gravemente herido.

Fué uno de los capitanes de más confianza del coronel Bolognesi: era que estaba convencido de su abnegación y

de las bellas cualidades de soldado y caballero que le distinguían.

Luego después que el ejército de Montero se trasladó de Arica a Tacna, Ugarte emprendió viaje a esta ciudad. con el objeto de influír en el ánimo de dicho jefe para que consintiera en que su división formara parte de aquél ejército, porque no se conformaba con la vida sedentaria que hacía en Arica; más no logró su deseo, según se desprende del tenor de la carta que publicamos a continuación, carta que forma parte del valioso archivo histórico que posee el conocido anticuario señor Jorge Corvacho, diputado a congreso.

Hé aquí tan precioso documento:

Tacna, 11 de abril de 1880.

Benemérito señor general Montero.

Presente.

Siento mucho haber estado desgraciado en la entrevista última que tuvimos, porque el objeto de mi visita a Ud. sólo fué procurar, por cuantos medios estuvieran a mi alcance, el mejorar en cuanto sea posible la situación de la división de mi mando.

Convencido como estoy ya de que no es posible trasladar la división a ésta y estando frente al enemigo, de ningún modo puedo renunciar mi puesto y debo permanecer en él, cualquiera que sea su destino, con cuyo motivo me voy a Arica, a donde espero sus órdenes.

Soy de Ud. señor general, su atto. S. S.

Alfonso Ugarte.



Hermosa carta de Ugarte en que se refleja el alma del héroe.

Otra carta en la que Ugarte se exhibe como convencido y abnegado patriota, es la que, desde su campamento de Arica, dirigió 6 días antes del combate, a su primo don Fermín Vernal, residente a la sazón en Tarapacá, y que la historia patria consigna en sus más fulgentes páginas.

Hé aquí tan precioso documento:

Arica, junio 1o. de 1880.

Señor Don Fermín Vernal.

Tarapacá.

Querido primo:

Recibí tu apreciable última juntamente con el cuadro del proyectado batallón "27 de noviembre" y en el acto lo remití a Tacna para su aprobación y que el profecto Rosas se fuera llevando los recursos necesarios para organizarlo y ponerlo listo para ingresar a mi división en el tiempo oportuno; pero no nos han dado tiempo los chilenos ni para recibir contestación de Tacna, porque el día 25 de mayo próximo pasado fué el propio a Tacna y el 26 se dió la gran batalla de los dos ejércitos litigantes en las alturas de Tacna, donde fué atacado, destrozado y vencido nuestro ejército, con tanta desgracia, que aún a pesar de haber transcurrido tantos días hasta la fecha no tenemos ni noticias oficiales de nuestros generales ni aún sabemos a donde se halla refugiado Montero con el restante de los dispersos. El ejército chileno se apoderó de Tacna y está allí dueño de esa población y todos sus valles y alrededores. Montero, creemos que se retiró a Palca, 12 leguas distante de Tacna, según nos dicen algunos dispersos que han llegado; pero como digo, no tenemos noticias oficiales a que referirnos y no sabemos cómo ha sucedido la desgraciada batalla. No hay detalles ni tenemos noticias seguras de los nuestros más que lo que te comunico. Aquí, en Arica, estamos solamente dos divisiones de nacionales defendiendo este punto, y aún cuando somos tan pocos no podemos hacer lo de Iquique, abandonar el puerto y entregarlo, porque este es puerto artillado y tiene elementos y posiciones de defensa. Tenemos, pues, que cumplir con el deber del honor defendiendo esta plaza hasta que nos la arranque a la fuerza. Ese es nuestro deber y así lo exije el honor nacional. Estamos, pues, esperando por momentos ser atacados por mar y tierra, Dios sabe lo que resultará; así que ya puedes imaginarte mi triste situación. Sin embargo, es preciso resistir hasta el último y te puedo asegurar, también, que con las posiciones que ocupamos del Morro, los cañones de grueso calibre y mi-

nas que tenemos preparadas, les costará muchas vidas a los chilenos reducirnos y quitarnos la plaza. Estamos resueltos a resistir con toda la seguridad de ser vencidos, pero es preciso cumplir con el honor y el deber. Quizá la suerte nos favorezca y lleguen con tiempo los refuerzos que esperamos de Arequipa y que hoy deben estar a pocas leguas de Tacna y que podamos así recuperar este departamento, que lo tenemos ya perdido. Montero lo ha hecho peor que Buendía, porque hasta la fecha no se ha acordado de Arica y sus compañeros que deja sitiados por mar y tierra. Qué desesperante es mi situación, pero no por eso me doy por vencido, sino que, por el contrario, debo hacer mayores esfuerzos en la defensa de la honra nacional.

Así, pues, no pienses ya en el nuevo batallón allí, por lo pronto; y solamente si por una gran suerte saliéramos bien, entonces te escribiré otra vez, si salvo el cuero de ésta.

Adiós, pues, querido primo, siento comunicarte tan malas noticias, pero es necesario.

Tu afmo. primo y S. S.

Alfonso Ugarte.

Ugarte en la batalla de Tarapacá.

En una correspondencia dirigida de Arica a "El Comercio" de Lima, su fecha 19 de Diciembre de 1879, encontramos los siguientes merecidos elojios acerca del comportamiento del coronel Ugarte, en la batalla de Tarapacá:

"Merece una mención honrosa el señor Alfonso Ugarte, jefe del "Iquique", aparte de la ingente suma con que ha contribuído para la guerra, por su extraordinario valor en el sangriento combate de Tarapacá. Este valeroso ciudadano recibió una singular herida en la cabeza, circunstancia que no le arredró para continuar batiéndose con arrojo, en unión del no menos digno coronel doctor N. Aduviri.

"Al rayar el alba emprendimos la marcha y cuando estabamos ya muy cerca, el enemigo nos siente y rompe sus fuegos con granadas e infantería. Era aquello el espectáculo más sublime que he visto en mi vida. Los resplan-

dores del fuego de los cañones y el de la fusilería iluminaban todos nuestro frente. Nos parecía que estábamos en las fiestas patrias, cuando se queman fuegos artificiales".

Bendición del estandarte del "Iquique".

Las damas peruanas de Iquique, que no olvidaron un sólo momento a sus hermanos, a sus comprovincianos que formaban en los batallones "Iquique" y "Tarapacá", a cuyo valor el general Montero había encargado la defensa de Arica, lograron burlar a sus carceleros—que hacía ya seis meses largos ocupaban el departamento de Tarapacá, cuya fabulosas riquezas codició Chile en todo tiempo, hasta lograr arrebatárnoslas en guerra sorpresiva;—las damas peruanas de Iquique, decimos, acordaron obsequiar al batallón de Alfonso Ugarte, el mimado y opulento tarapaqueño, un estandarte, del que carecía el "Iquique"; y, como lo pensaron, lo hicieron.

En varias semanas de sigilosa labor quedaba bordado primorosamente, por manos delicadas e inteligentes, la enseña bendita de la patria, que sirvió de norte a los denodados iquiqueños en su ascención al Morro, la mañana del 7 de junio de 1880, en medio de mortífero fuego del enemigo, disparado desde los parapetos de "Cerro Gordo".

No hemos podido saber por qué conducto las patriotas iquiqueñas hicieron llegar su valioso obsequio a manos del coronel Ugarte; pues Arica estaba bloqueado por esos días.

Pensamos que tal vez se valieron de algún oficial de los buques de guerra extranjeros que entraban y salían de Arica constantemente.

Lo cierto es que en los últimos días de abril, el mencionado estandarte llegaba a Arica y que el coronel Ugar-

te nombraba, padrino de la ceremonia de su bendición al dictador Piérola, según se desprende de los siguientes documentos:

Arica, mayo 1o. de 1880.— (Telegrama).— 12.30 p. m.
Al prefecto señor Solar.— Deseo en glorioso día 2 de mayo sea bendecido estandarte que las señoras del infortunado departamento de Tarapacá, obsequiaron al batallón "Iquique" de mi mando. Nombro a U. S., en representación del jefe supremo, señor Nicolás de Piérola, su padrino; y si tiene a bien aceptar, diígnese nombrar apoderado aquí. La ceremonia debe ser seca, corta y sencilla, atendidas las circunstancias.— *Alfonso Ugarte.*— Vo. Bo. *Bolognesi.*

Arica, 2 de mayo de 1880.— Señor prefecto del Solar.— Hoy ha tenido lugar la bendición de la bandera del batallón "Iquique", para cuyo acto me ha honrado con su poder representándolo como padrino a nombre de S. S. el jefe supremo de la República, señor Piérola. A la vez se efectuó el solemne acto de jurar el batallón la defensa de dicha bandera hasta morir por ella.— *Bolognesi.*

Justicieros conceptos de Sáenz Peña sobre Bolognesi.

Risun teneatis. Molinari insiste en sostener "que la superioridad enemiga sufrió profundo error al entregar el comando de Arica a Bolognesi, que nada de grande hizo. Si Arica manda en jefe, estamos completamente seguros, don Justo Arias, sin trepidar, él, con su propia mano, dá fuego a sus minas y junto con todos sus hombres sepulta en sus ruinas al 3o. y al 4o. entero".

Montero no se equivocó—¡que iba a equivocarse!— al confiar la defensa de Arica a Bolognesi, cuya competen-

cia militar y honrosos antecedentes conocía más que nadie, como que le ligaba a él antigua e ininterrumpida amistad.

Nadie, pues, con más títulos que Bolognesi para desempeñar encargo de tanta responsabilidad. Y lo desempeñó con el sacrificio de su vida, cayendo en medio de sus soldados, en el fragor de la lucha.

El defensor de Arica, según lo consignamos en estas páginas, intentó volar Arica; pero manos criminales—lo hemos apuntado también—obstruyeron las corrientes eléctricas, y los polvorazos no estallaron. Tenía valor para ello y para mucho más. En Tarapacá se hallaba atacado de fuertes fiebres, y, sin reparar en su gravedad, al iniciarse el combate, abandona su lecho de enfermo, y, poniéndose al frente de sus tropas, contribuye al triunfo que ese día obtuvieron nuestras armas.

Sáenz Peña, en un sentido artículo que escribió sobre Bolognesi años después de la hecatombe de Arica, narra en los siguientes términos la importante participación que tuvo éste en la batalla de Tarapacá, a la que también concurrió, como se sabe, el noble argentino:

... ...

La batalla de Tarapacá lo sorprendió gravemente enfermo. La fiebre era elevada y mantenía al paciente en las intermitencias de la convulsión y del delirio, agotando las escasas fuerzas del anciano; pero de pronto el toque de generala hiere el oído del enfermo, acelerando los latidos de la fiebre; siente los primeros tiros del combate y el viejo veterano se incorpora en el lecho, toma su espada, viste su uniforme y ensillando él mismo su caballo, trepa las alturas de Tarapacá, donde asume el mando de su regimiento y soporta nueve horas de combate, con el rostro encendido del febriscente, la mirada brillante por el ardor de la pelea y el corazón contrecho de haberse batido por la ordenanza y por la patria.

Entró en Arica a la cabeza de su regimiento, y fué nombrado comandante en jefe de la plaza, que contaba una guarnición de 1600 hombres. Fué entonces que tuvimos el gusto de tratarle con cierta intimidad.

Era infatigable en el servicio; se aparecía en todas las avanzadas.

Jefes, oficiales y soldados habían cobrado respeto y afección por el anciano.

Incendio y saqueo de Arica

CAPITULO XXI

Asesinato de nacionales y extranjeros.— Incendio y destrucción de Arica.— Se menciona los nombres de los propietarios de casas incendiadas.— La soldadesca chilena, ébria y desmoralizada, consuma su obra demoledora.— Molinari confirma los herrores perpetrados por aquélla.— Los jefes chilenos dominan con mucho trabajo a sus desmoralizados regimientos.

Asesinato de nacionales y extranjeros.

Decíamos en el capítulo anterior, que, desbordado el ejército chileno en la ciudad, se dedicó a saquearla, incendiarla y destruírla, asesinando, sin piedad, no sólo a militares, sino también a los civiles que quedaron en élla, sin respetar sexo, edad, ni nacionalidad.

El señor Juan Raffo, cónsul de Italia en Tacna, cargo que desempeñó durante varios años, dió cuenta minuciosa a su gobierno de todos estos crímenes de lesa civilización, contándose entre los italianos asesinados en Arica, a G. Carniglia.

Incendio y destrucción de Arica.—Se menciona los nombres de propietarios de casas incendiadas.—La soldadezca chilena, ebria y desmoralizada, consuma su obra demoledora.

Arica, que, como hacemos constar en esta obra, comenzaba a levantarse de sus ruinas, después de los cataclismos de 1868 y 1877, fué incendiada en su parte más importante (59). Las dos terceras partes de los barrios altos de la ciudad, conocidos en esa época con el nombre de "Pueblo Nuevo", fueron reducidas a cenizas. Vénse aún las paredes calcinadas por el fuego devastador, acusando el paso de los Hunos americanos.

Vamos a indicar algunos nombres de propietarios de casas incendiadas en las calles centrales:

En la calle "Ayacucho": La iglesia Matríz y las fincas vecinas a ella, pertenecientes a don Domingo Busta-

(59).— El corresponsal de "La Opinión Nacional" de Lima, en Arica, escribía a este diario en 9 de junio de 1880, lo siguiente: "La ciudad presentaba un aspecto horrible y muestra lo que pueden hacer los soldados furiosos. No hay una sola casa que no haya sido saqueada y muchas han sido enteramente quemadas. Los incendios han durado dos noches; se les podía ver a muchas millas de distancia".

mante, ex-empleado de la aduana del puerto, y a don Carlos Mackhenie, casa esta última que servía de cuartel al batallón "Tarapacá". Más abajo, en la misma calle, toda la manzana que colinda por el costado Este con la llamada "Casa de Bolognesi", en la que quedaba el negocio del súbdito itliano don Andrés Alimonda. El fuego se propagó a la manzana del frente, consumiendo la finca de la familia Cornejo, de origen argentino, una de cuyas hijas se casó años después con el ciudadano chileno don Juan Francisco Barahona, ex-alto empleado de las aduanas de Arica e Iquique;

En la calle de "San Marcos": la mitad de la manzana, a partir de la casa-esquina de don Luis Beretta, hasta el local (era de su propiedad) en que funcionaba la Sociedad de Beneficencia Pública, y la casa-habitación de don Fernando Ramírez, antiguo y respetable vecino ariqueño;

En la calle "28 de Julio": La suntuosa casa de 2 pisos del Sr. Alejandro R. Mac Lean, que formaba esquina con la antigua calle de "Arias", hoy "Bolognesi", ocupada meses antes por el presidente de la república, general Prado; la de la familia española Goyenechea, también de dos pisos, colindante por un costado con aquélla, en cuya planta alta funcionó hasta antes de la guerra, el consulado chileno, a cargo de un señor Villanueva (esta finca pertenece hoy a don Juan Raiteri); más arriba, en la misma calle, la tienda del súbdito italiano Nocolás Cafferata (hoy de don Luis Solari); la casa de don Ceferino Núñez; el local que sirvió de cuartel al batallón, **Granaderos de Tacna**, actual **kindergarten;** la casa de la señora Trinidad Meza de Ostolaza, y otras en la misma cuadra y en las siguientes calles:

En la esquina de la plaza de Armas, formada por las calles "Bolognesi" y "San Marcos": la propiedad de don M. Higueras, hoy de don Régulo Valenzuela;

En la calle "Matríz": depósito de maderas y almacén de mercaderías de ultramar de don Federico Dauelsberg, en cuyo sitio se levanta hoy el "Teatro Nacional".

En la calle "2 de Mayo", esquina con "Bolognesi": un depósito fiscal de carbón de piedra, cuyo local pertenecía a doña Margarita Salas.

En "Pueblo Nuevo" y en el barrio de "Lumbanga": numerosas casas de reciente construcción.

En una palabra, Arica, el día en que Chile lo ocupó militarmente, ardía por todas partes; era hoguera encendida y alimentada por el Nerón chileno (Lagos), que no quería que, de la desgraciada ciudad, quedase piedra sobre piedra.

No lo decimos nosotros, lo dicen historiadores chilenos y de otras nacionalidades.

Ventura García Calderón al dar cuenta (60) de una peregrinación que, presidida por el arzobispo de Lima, monseñor Lissón, llevó a cabo la colonia peruana de París a la tumba del almirante du Petit Thouars, cuya enérgica actitud evitó el saqueo y la destrucción de la "Perla del Pacífico", por el ejército chileno victorioso en San Juan y Miraflores, dice:

". . . . . . Frente a la tumba del marino está evocando horas de luto, está refiriendo las zozobras de la guerra peruana (alude al sentido discurso que pronunció en esta solemne ceremonia el talentoso escritor nacional Carlos Rey de Castro), cuando en los ojos del bárbaro embriagado relucía ya el incendio y las manos de rapiña mal lavadas de sangre, preparaban el *corvo* en la penumbra y la capital de la gracia iba a expiar, en manos de la turba soldadesca, el delito de haber sido encantadora. El odio antiguo de Esparta al indolente señorío de Atenas, detallada en el júbilo feróz de la mesnada incendiaria que disponía ya la antorcha en vez de la bayoneta".

(60).— Correspondencia dirigida de París y publicada en "El Comercio," de Lima, de 15 de junio de 1919.



Si los soldados de Baquedano no dieron pábulo a ese odio y a esa sed, insaciable de sangre y pillaje, a que alude García Calderón, fué, lo reptimos, debido a la actitud enérgica, resuelta, del mencionado almirante francés; en cambio, en Arica, se ahitaron de todo, hasta convertir a la desgraciada ciudad en campo de desolación y muerte...

Molinari confirma los horrores perpetrados por el ejército invasor. Trabajo costó a los jefes chilenos dominar a sus desmoralizados regimientos.

Aunque disfigurando y amenguando la enormidad de los crímenes perpetrados en Arica por sus compañeros de combate, Molinari, en varios pasajes de su obra se ocupa en ellos, corroborando todo lo que llevamos dicho sobre el particular.

" El "Búlnes", escribe, fué el antemural de la ciudad y vecindario de Arica, en ese día horrendo de matanza y de victoria".

"El "Buín" ayudó al 'Búlnes" a sosegar el furor de los regimientos vencedores (desbandados, decimos nosotros), misión que cumplieron todos los jefes y oficiales del 3o. y 4o. de línea, consiguiendo, al fin, detener el justo (!) grito de venganza que dominó a aquellos soldados".

"Los comandantes don José Antonio Gutiérrez y don Federico Castro con paciencia y energía, dominaron, al fin, los temibles desbordes de los repatriados del 3o. de línea, que *vengaban* los mil y un vejámenes que en el Perú les hicieron sufrir (?) antes de declararse la guerra".

Afirmación a todas luces inexacta, pues numerosos braceros chilenos que laboraban en Tarapacá y en las otras provincias del Perú, ni fueron hostilizados ni vejados, como afirma Molinari; por lo contrario, muchos que habían formado familia entre nostros, lograron quedarse, como su-

cedió en Arica con los ciudadanos chilenos don Santiago Palacios—que aún sobrevive—y don Pedro Díaz.

En efecto, los regimientos "Lautaro" y 3o. de línea, estaban formados por repatriados de Tarapacá.

Trabajo costó a los jefes del ejército invasor hacer volver a sus cuerpos a los numerosos soldados que se echaron a saco sobre la ciudad, después de la toma del último reducto.

El día siguiente del asalto las patrullas enemigas no habían terminado aún de recoger a los soldados que, en estado de ebriedad, pululaban por todos los ámbitos de la población, destruyendo todo lo que hallaban a su paso, dando así pábulo a sus depravados instintos.

Se cuenta de varios que, enajenados por el licor, murieron intoxicados en la Botica Peruana de los señores Delgado de la Flor Hnos., el mismo 7 de Junio, a causa de haber aliñado una ensalada con aceite de croto, creyéndolo de olivo. Esta especie corrió de boca en boca en Arica, desde los primeros días de la ocupación; y no debemos ponerla en duda, porque la soldadesca chilena se embriagó a tal extremo ese día, que riñó entre ella, a cuchillo; escena que más tarde se repetía en Chorrillos, Barranco y Miraflores.

Tres o cuatro días después, regresaban a Tacna los regimientos que tomaron participación en el asalto; quedando sólo dos mil quinientos hombres, de las tres armas, guarneciendo la plaza.

Lo que no lograron llevar consigo a la mencionada ciudad, como ser muebles, ropas, etc.,—fruto del saqueo—se lo apropiaron los numerosos **cucalones** (legión de foragidos) que seguía al ejército de operaciones.

Espantosa estadística de las bajas peruanas en el combate de Arica

CAPITULO XXII

Lo que dicen las estadísticas chilenas sobre el número de bajas peruanas en el combate.— Rectificación sobre el número de prisioneros.— El parte oficial chileno arroja una cifra exagerada.— Las bajas del enemigo.— Armamento y municiones tomadas por el invasor.— Espantoso porcentaje de muertos peruanos.

Lo que dicen las estadísticas chilenas sobre el número de bajas peruanas en el combate.—Rectificación sobre el número de prisioneros.—El parte oficial chileno arroja una cifra exagerada.—Las bajas del enemigo.

Tócanos ahora hacer conocer a nuestros lectores el número de peruanos muertos, heridos y prisioneros en el

combate, cuya difusa narración, huérfana de mérito literario, pero verídica hasta la exageración, toca ya a su término.

Para ello hemos tenido que apelar a fuentes chilenas, por considerar que son las más exactas, en razón de que, una vez dueños del campo, los vencedores pudieron tomar nota exacta—como lo hicieron—del número de bajas habidas en ambos bandos.

Los partes oficiales chilenos arrojan las siguientes cifras correspondientes a la división de Bolognesi:

Muertos	1100
Heridos	200
Prisioneros	500 (?)
Dispersos.	100
	1900

Esta cifra se decompone así:

El comandante Gutiérrez del 3º de línea dió sepultura en la batería "Ciudadela" a	400
Recogidos en la orilla del mar.	35
Encontrados en el fuerte "Santa Rosa"	14
Encontrados cerca del "Wateree" 3 y adentro del mismo, 1 oficial	4
	453
A esta cantidad hay que agregar la de cadáveres incinerados al pié del Morro por el coronel chileno Valdivieso	367
Fusilados en las gradas de la Iglesia.	67
Total	887

Agreguemos, ahora, las bajas de los batallones "Tarapacá" e "Iquique" en su ascensión al Morro, las habidas en las baterías del "Este", "Cerro Gordo", "La Lisera" y en el recinto urbano de la ciudad, y tendremos que el número de muertos ascendió a 1200, que es, precisamente, el que arroja la estadística chilena.

En lo que no estamos de acuerdo con ésta, es en el número de prisioneros, que hace ascender a 500, siendo que no alcanzaron a 200, como consta de la relación peruana que damos en el apéndice.

Molinari incurre en el mismo error, pues fija en 500 el número de prisioneros, sin recordar que él mismo nos cuenta, con un desparpajo y naturalidad que asombra que:

"El enemigo sufrió horrorosas pérdidas. Porque la verdad sea dicha, no se le dió cuartel; *se le ultimó sin piedad* en el asalto, entrevero, *después de rendidos*, y los fusiló también en el pueblo."

....

"Los muertos subieron de 1000. En el Morro, para que se den cuenta los que esto lean, del *delirio de matanza* que dominó al 4º (a todos los cuerpos atacantes, decimos nosotros) sepan que no se hicieron más prisioneros que: 8 jefes, 26 oficiales y 32 individuos de tropa, es decir, 66 hombres por todos"

"Y ahí debieron reunirse, como mínimum, 600 individuos; porque todos los que habían escapado de los fuertes de Este, Cerro de Chuño, Gordo y bastiones de La Lisera, se fueron replegando en el punto nombrado".

Sin embargo, en el parte oficial chileno se dice, equivocadamente, que el número de prisioneros llegó a 1328, y que el de muertos excedió de 1000, en todo 2328; siendo que la guarnición de Arica no alcanzó a 1650, inclusive los tripulantes del "Manco Capac".

Dice a este respecto el parte chileno recordado:

"El enemigo perdió sus mejores jefes. El que no cayó prisionero rindió la vida. Otro tanto sucedió en los soldados; sus muertos pasan de 1000 y sus prisioneros lle-

gan a 1328: 118 de categoría de jefes y oficiales, los restantes soldados y marineros."

Las bajas chilenas, a estar al mismo parte, alcanzaron a 473; jefes y oficiales muertos, 3; heridos, 18; soldados muertos, 114; heridos, 337.

Espantoso porcentaje de muertos peruanos

El porcentaje de peruanos muertos en el combate de Arica, no tiene precedente en la historia de las guerras de todos los tiempos.

El jefe del asalto declara, como acabamos de verlo, que el número de muertos peruanos excedió de 1,000, o sea, el **sesenta por ciento**, de los 1,700 a que ascendió el número de combatientes.

Hasta antes de la guerra europea, que presencia horrorizado el mundo, en estos momentos, se tenía como la más terrible hecatombe del siglo XIX, a la batalla de Wagram, en la que la proporción de muertos y heridos fué de 38 por ciento. En Waterloo, la proporción fué de 24 por ciento, y en Gravelotte de 8 por ciento.

Al lado de estas cifras, ciertas unidades particulares acusan terribles destrozos—dice el escritor de quien copiamos estas aterradoras informaciones.

En Plewna algunas compañías perdieron hasta el 75 por ciento de sus efectivos; en Saint Privat, un regimiento de artillería de marina vió caer el 68 por ciento.

En todas las estadísticas se observa que la proporción de bajas en la oficialidad, es doble o triple que en la tropa.

Si en Wagram,—decimos nosotros—hubo una proporción de 38 por ciento entre muertos y heridos, en Arica, al decir de los mismos historiadores chilenos—Moli-

nari entre éstos—la mortandad de soldados peruanos alcanzó a 60 por ciento y la de jefes y oficiales al 80 por ciento. Esto, sin contar los heridos.

Lo que prueba el valor y abnegación con que se luchó en nuestras filas, formadas por ariqueños, tacneños y tarapaqueños (más de los segundos).

También haremos constar que, si en Saint Privat un regimiento de artillería de marina vió caer el 68 por ciento de sus efectivos, los batallones "Granaderos de Tacna" y "Piérola", fueron aniquilados en su totalidad; pues, como lo hemos visto en páginas anteriores, sólo salvaron tres o cuatro oficiales y uno que otro individuo de tropa; y ésto, por la circunstancia de haberse encontrado de facción en el muelle, en el cuartel y en otros sitios de la ciudad.

Armamentos y municiones tomadas por el invasor.

Damos a continuación, copiada del parte oficial chileno, la relación del material de guerra que cayó en poder del ejército vencedor:

1	cañón	Vavaseur	de	250	libras
2	id.	Parrot	„	110	„
2	id.	id.	„	30	„
7	id.	Vorus	„	110	„
1	id.	de bronce	„	12	„

7 rotos por medio de la dinamita.

1000 balas y granadas para dichos cañones.

1200 fusiles de diversos sistemas, con sus respectivas dotaciones de municiones.

Además, una cantidad considerable de dinamita, guías, pólvora, herramientas y útiles para el servicio de los fuertes.

Como ningún soldado peruano intentó jamás salir de Arica, ni antes ni después de la lucha, es evidente que la

cantidad de rifles recojidos por el enemigo en el Morro y sus alrededores, corresponde al de peruanos combatientes, no a la cifra que dan algunos historiadores chilenos, creyendo lo aseverado por su compatriota el jefe de estado mayor, en el parte del combate, en el que hace ascender el número de aquéllos a 1900, cuando, bien contados, no alcanzaban a 1650.

Deficiencia del servicio de ambulancia

CAPITULO XXIII

El servicio de ambulancia dejó mucho que desear.— Médicos peruanos que lo servían.— El hospital resulta estrecho para contener a los numerosos heridos del combate, la mayor parte chilenos.— Médicos de esta nacionalidad y de los buques de guerra extranjeros surtos en la bahía, prestan su contingente profesional en el hospital de sangre de Arica.— A causa de la escasez de recursos de que disponían las ambulancias de las tres naciones beligerantes, el alto comando enemigo resolvió embarcar con destino al Callao, en uno de sus transportes de guerra, a considerable número de heridos peruanos.— Treinta años después el coronel peruano Moner Tolmos se constituye en el Campo de la Alianza y reconoce el sitio donde recibió mortal herida.— Repuestos de sus heridas, los jefes y oficiales peruanos se incorporan en el ejército de Lima.— Los heridos chilenos son trasladados a Valparaíso.— Comunicaciones cambiadas entre el general Baquedano y el prefecto del Callao, relacionadas con la remisión de heridos en el crucero "Loa".

El servicio de ambulancia dejó mucho que desear.—Los médicos peruanos que lo servían.

El servicio de ambulancias, en ambos ejércitos contendientes, dejó mucho que desear, más por falta de elementos curativos que de personal idóneo para atender a enfermos y heridos.

En Arica se notó más que en Tacna esta deficiencia, por cuyo motivo la mortandad de heridos adquirió grandes proporciones, estimándose en 50 %.

Muchos heridos peruanos murieron desangrados, por falta de asistencia facultativa inmediata, ora en el campo de batalla, ora en el trayecto de éste al hospital, en el que prestaban servicios profesionales los doctores: Manuel Villalobos, (peruano), J. Pérez (ecuatoriano), Eduardo Rodríguez Prieto, (español), Juan Quint (boliviano); y los practicantes: Emilio Bravo Paredes (peruano, farmacéutico), Cayetano Peralta (español), y otros cuyos nombres no recordamos.

Las dos amplias salas de que constaba el hospital. pues sólo hacía dos o tres años de su inauguración, fueron estrechas para contener a los numerosos heridos, (ya lo hemos dicho).

Deficiente como era el personal de cirujanos de este establecimiento para atender a tan crecido número de heridos, fué necesario reforzarlo con los de los regimientos chilenos "Buín", 3o., 4o. y "Cazadores de a caballo", y por los de los buques de guerra extranjeros, "Hussard", francés, "Garibaldi", italiano, y los alemanes "Hanza" y "Bismark"; valioso contingente facultativo, pero más aún el de medicamentos de que estaban provistos.

Se criticó, acerbamente, por esos días, una orden in-

consulta emanada del estado mayor chileno, que mandó regresar a Tacna, del campamento de Chacalluta, una sección de ambulancia, la que comandaba el cirujano boliviano doctor Quint. La labor de este facultativo fué encomiada en Arica por los heridos chilenos del 3o. de línea, cuya asistencia profesional tuvo a su cargo.

Un transporte de guerra chileno conduce al Callao numerosos heridos peruanos.

En vista de que los hospitales y ambulancias de Tacna y Arica tropezaban con inconvenientes insuperables para atender a los numerosos heridos peruanos de las batallas del Campo de la Alianza y Arica, el gobierno de Lima convino en que fueran trasladados al Callao, en transportes chilenos; y así, el 21 de junio llegaba a este puerto el "Loa", conduciendo 510 de aquellos heridos.

A causa de haber este buque hecho escala en Pacocha para proveerse de víveres, según se dijo, fallecieron por falta de asistencia cuatro de estos heridos; pues el personal médico de a bordo que lo componían los doctores Pérez, Quint y José Víctor Palza (tacneño), resultó deficiente.

Ya en meses anteriores este facultativo había prestado sus servicios profesionales en las ambulancias de Pisagua y San Francisco, y más tarde en los hospitales de sangre de Lima.

Palza fué un patriota convencido, un altruista e inteligente profesional, de lo que dió pruebas innumerables en su ciudad natal, después de la guerra con Chile. Falleció en Tacna el 20 de noviembre de 1906. Cumplimos acto de justicia exaltando sus merecimientos y virtudes ciudadanas.

Treinta años después el coronel Moner Tolmos se constituye en el Campo de la Alianza y reconoce el sitio donde recibió mortal herida.

Entre los heridos peruanos que el transporte "Loa" condujo al Callao, figuraban el capitán del batallón "Victoria"—hoy coronel—don Dalmace Moner Tolmos, y el subteniente del batallón "Arica", don José María Vaccaro, ya extinto.

Pocos días después dicho transporte era volado en aquél puerto por un torpedo ingeniosamente colocado.

A propósito del coronel Moner Tolmos, recordamos que en uno de sus viajes de regreso de Europa, ha diez u once años, desembarcó en Arica, de donde pasó en seguida a Tacna, con el objeto de visitar el Campo de la Alianza, en cuya batalla cayó gravemente herido, como ya lo hemos dicho.

Este patriota jefe, a quien acompañaba su señorita hija Emma, reconoció, sin mucho trabajo, el sitio que defendió su batallón en la amplia pampa de Intiorco (Campo de la Alianza), y en Arica tuvo ocasión de saludar a la señora Demofila Legay, que lo asistió durante el tiempo que permaneció en una de las ambulancias de Tacna, curándose de sus heridas.

En este puerto fué entusiastamente recepcionado y agazajado por los más connotados elementos de la sociedad peruana.

Repuestos de sus heridas, los jefes y oficiales se incorporan en el ejército de Lima.

Una vez repuestos de sus heridas, la mayor parte de esos patriotas ingresaron en el ejército que a la sazón,

organizaba el dictador Piérola en Lima; ejército que, meses después, se enfrentaba al que en Arica y Tacna había organizado el general Baquedano para atacar la capital del Perú.

Los heridos chilenos son trasladados a Valparaíso.

Por su parte, el gobierno de la Moneda dispuso, por la misma causa que nosotros, la traslación a Valparaíso de sus no menos numerosos heridos de las batallas de Tacna y Arica, librándolos así de segura muerte; pues, según hemos visto se carecía de recursos para atender a su curación en aquéllas ciudades.

Comunicaciones cambiadas entre el general Baquedano y el prefecto del Callao, sobre la remisión de heridos.

Con el viaje del transporte chileno "Loa" al Callao, se relacionan las siguientes comunicaciones cambiadas entre el general Baquedano y el prefecto del Callao, señor Pedro J. Saavedra:

República de Chile.

General en Jefe del ejército
chileno

—

Arica, 18 de junio de 1880.

No. 4.

En el crucero "Loa" se han embarcado por disposición de mi gobierno, los soldados peruanos que resultaron heridos en las bata-

llas de Tacna y Arica y que se hallaban en estado de embarcarse, para ser entregados en el Callao a las autoridades de esa república.

Van asistidos por 120 individuos de sus propias ambulancias, cuyos jefes presentarán a Ud. la lista nominal de todos ellos.

Dios guarde a U. S.

(Fdo.)— *Manuel Baquedano.*

Señor jefe militar de la plaza del Callao.

Prefectura y comandancia general
del Callao.

Callao, 22 de junio de 1880.

El crucero chileno "Loa" ha fondeado hoy en este puerto, procedente de Arica, conduciendo los soldados peruanos heridos en las batallas de Tacna y Arica, cuyo embarque en aquél puerto me anunció U. S. en su oficio de 18 de los corrientes, que ha sido puesto en mis manos.

He dispuesto lo conveniente para el inmediato desembarque de los heridos y de los 120 miembros de las ambulancias peruanas, a cuyo cuidado fueron entregados.

Es todo lo que tengo que decir a U. S. en contestación de su citado oficio.

Dios guarde a U. S.

(Fdo.)— *Pedro J. Saavedra.*

Al general en Jefe del ejército chileno en Arica.

Primeras medidas dictadas por el ocupante

CAPITULO XXIV

Para no ser víctimas de los desmanes de la soldadesca chilena, las familias ariqueñas abandonan la ciudad.— El alto comando enemigo nombra al coronel Valdivieso jefe político y militar de la plaza. Inicia desde el primer día el saneamiento de la ciudad.— Se decreta la vigencia de la tarifa de avalúos peruana en la aduana del puerto.— Para garantizar el orden, Baquedano hace regresar a Tacna la mayor parte del ejército que expedicionó sobre Arica.

Para no ser víctimas de atropellos de parte de la soldadesca chilena, las familias ariqueñas abandonan la ciudad.

El vecindario peruano de Arica tenía conocimiento por distintos conductos, especialmente por las publi-



caciones de la prensa nacional, de los crímenes y depredaciones de todo linage que la soldadesca chilena cometía en las poblaciones que ocupaba; y días antes del combate tuvo el buen tino una parte de él de refugiarse en los buques de guerra extranjeros de estación en el puerto; el resto se dirigió al valle de Azapa y a los distritos cordilleranos. A no haberlo hecho así, habría perecido al filo de los corvos enemigos.

El alto comando enemigo nombra al coronel Valdivieso jefe político y militar de la plaza.—Desde el primer día inicia el saneamiento de la ciudad.

Baquedano procedió con acierto al nombrar, el mismo día de la ocupación, jefe político y militar de la plaza, al coronel don Samuel Valdivieso, viejo soldado, ex-edecán de no recordamos qué presidente chileno, hombre de carácter firme, a la vez que justiciero.

Recordamos que una de sus primeras preocupaciones fué llevar a cabo la higienización de la ciudad, incinerando los cadáveres de soldados peruanos y chilenos que permanecían diseminados en la falda y pié del Morro, en las baterías del Este, en la playa de los baños "Maravitto" (60ª) y en el recinto urbano de aquélla. A 367 ascendió el número de muertos que el recordado jefe hizo incinerar al pié del mencionado peñón, sin contar los que, durante varios días, estuvo arrojando el mar.

El coronel Valdivieso hizo demoler, también, la ranchería construída con tablas viejas, extraídas de las ruinas del terremoto del 13 de agosto de 1868, que formaba la ca-

(60ª).—Valdivieso dió cuenta a la superioridad militar de que había incinerado 367 cadáveres en ese sitio, sin especificar la nacionalidad de ellos; pero nosotros creemos que no todos fueron peruanos.



lle de "Junín", la cual quedaba entre la de "Ayacucho" y las puertas falsas de las casas del lado poniente de la calle "San Marcos", en la parte comprendida entre las calles "Colón" y "Baquedano" (antes "Colegio" y "Matriz", respectivamente).

Activo ayudante de este jefe era el por entonces teniente don Agustín Zelaya, quien, después de la toma de Lima, se radicó en Arica, donde contrajo matrimonio con la señorita ariqueña Hermelinda Ramírez.

Valdivieso se mostró intransigente en sus labor de saneamiento; a distintas horas del día recorría la población garantizando al vecindario orden y tranquilidad; escuchaba y atendía las quejas que recibía por abusos y tropelías de oficiales y soldados.

Se decreta la vigencia de la tarifa de avalúos peruana en la aduana de Arica.

Dos días después de ocupada la plaza, el general Baquedano expedía un decreto mandando que todos los peruanos se presentaran ante él; y por otro ponía en vigencia, para la percepción de los derechos de aduana, la tarifa de avalúos peruana, que rigió en Arica, sino estamos trascordados, hasta después de suscripto el pacto de Ancón.

Según consta de documentos oficiales emanados del ministerio de hacienda de Chile, el fisco de esta nación percibió por ese concepto, en los seis primeros meses de ocupación, $ 295,249.45.

No tardó, pues, en volver la normalidad en la vida ariqueña; se implantaron los servicios locales; y, según acabamos de ver, el mecanismo administrativo iniciaba sus funciones, al mismo tiempo que las agencias de aduana reanudaban sus interrumpidas labores de ocho o diez meses, en fuerza del bloqueo del puerto.

Para garantizar el orden público, Baquedano hace regresar a Tacna la mayor parte del ejército que expedicionó sobre Arica.

Para mejor garantizar el orden público y la tranquilidad, Baquedano hizo regresar a Tacna—lo hemos dicho ya en el capítulo anterior—a los regimientos que tomaron participación en el combate del 7; sólo quedaron guarneciendo la ciudad los regimientos de caballería "Granaderos a caballo" y "Carabineros de Yungay", un regimiento de artillería y una sección de Zapadores.

Con esta medida, disminuyeron los asesinatos de peruanos; diariamente amanecían muertos, a puñaladas, dos o más de éstos en las calles y suburbios de la ciudad.

Cosa igula acontecía en Azapa y Lluta, en cuyos valles se perpetraron, también, varios crímenes, aprovechando los asesinos del abandono que hicieron de esos distritos las autoridades.

Durante varios meses las caballadas del ejército de ocupación pastaron en el segundo de los valles citados, sin pagar el valor de los talajes a los dueños de los fundos.

Crítica del combate

CAPITULO XXV

Durante la guerra con Chile, el Callao y Arica eran las únicas plazas fuertes de importancia que tenía el Perú en su extenso litoral.

Las fortificaciones del segundo de estos puertos—construídas con celeridad para evitar posible desembarco del enemigo—constaban de cañones anticuados de avancarga, siendo los más modernos los tres Vavasseur de las baterías del Morro y del Norte; no obstante, el alcance de ellos era inferior, en mucho, al **aventedor** (61), del "Angamos".

Durante los primeros meses de guerra, los generales Prado y Montero trabajaron infatigablemente para hacer

(61).— Así denominaban las gentes de Arica al cañón de largo alcance del transporte "Angamos".



de Arica, como lo hicieron, plaza fuerte inexpugnable por el lado del mar, trabajos a los que, posteriormente, dió cima el calumniado ingeniero don Teodoro Elmore, con la serie de trincheras y fosos que construyó en lugares atinados y estratégicamente elegidos.

Y no sólo por mar era Arica inexpugnable; lo era también por tierra—a pesar de que la mayor parte de los cañones del Morro estaban **arriflados** al mar, es decir, no eran giratorios—como hubo ocasión de demostrarlo en los bombardeos preliminares de la antevíspera y víspera del combate.

No hay noticia escrita del hecho, pero es de suponer que el plan de defensa de la plaza fué concebido—según lo expresamos en capítulos anteriores—por Bolognesi, y sometido, después, a la aprobación de sus capitanes, bien en el primer consejo de guerra que celebraron a raís del desastre del Campo de la Alianza, o inmediatamente después de la aparición de las primeras partidas exploradores chilenas en las vecindades de Chacalluta.

Porque no nos explicamos de otra manera la acertada colocación que se dió a los escasos batallones que constituían la guarnición de la plaza, en los distintos sectores vulnerables que presentaba.

El plano del combate que publicamos a continuación, explica mejor que lo que pudiéramos decir nosotros, la forma cómo fueron distribuídas nuestras tropas en la amplia zona de acceso a la ciudad por tres de sus flancos principales (Norte, Este y Sur).

También señalamos en el plano el emplazamiento de los regimientos chilenos, no menos acertado que el nues-

tro, especialmente el ideado asalto nocturno por el Este, que culminó con la toma del Morro.

La primera preocupación del enemigo, después de concentrar sus fuerzas de ataque en Chacalluta, fué descubrir al alcance de los cañones del puerto; con tal motivo, el regimiento "Lautaro" simuló un ataque por el Norte, por la playa en que existe varado el transporte americano **Wateree,** y emplazó artillería en los cerros del lado de Lluta, fronterizos a las baterías del Este y en "Condorillo", entrada del valle de Lluta.

Mientras tanto, y antes de verificar estas operaciones preliminares, el regimiento 4o. de línea abandonaba su campamento de Chacalluta y se dirigía a Azapa, juntamente con dos escuadrones de caballería, a efecto de evitar una posible retirada, por ese sector, de la guarnición sitiada.

Hay que tener presente que el ejército chileno que expedicionó sobre Arica constaba de más de 6,000 hombres, incluyendo en este número las tripulaciones de los buques de guerra bloqueadores.

La división peruana que guarnecía Arica, formada en su totalidad de gente colecticia y armada de rifles de diversos sistemas, constaba—los enumeramos una vez más—de los batallones **Artesanos, Granaderos y Piérola** (tacneños los tres), **Tarapacá; e Iquique** (tarapaqueños) y el escuadrón **Lluta** (50 guerrilleros montados en caballos y

mulos); además los sirvientes de las fortalezas (la mayor parte ariqueños), en todo 1,650 hombres, incluyendo en esta cifra la tripulación del **Manco Capac,** que constaba de 119 hombres.

En las 7 fortificaciones que constituían la defensa de la plaza (3 en el Norte, 2 en el Este, el Morro y el Manco Capac, batería flotante), habían emplazados 22 cañones de distintos calibres; se contaba 18 trincheras o reductos, formados en los cerros artillados y en el bajo de la ciudad, inclusive el fosamiento del cementerio general y el gran reducto que unía a éste con el "Cerro Chuño", por mejor decir, con uno de los flancos del "Ciudadela". Las minas colocadas en distintos sitios de la plaza, ascendían a 48, a estar a una información chilena de la época a que nos estamos refiriendo; aunque nosotros decimos que hay exajeración en ello.

El resto del ejército chileno se trasladó de Chacalluta a Azapa, por detrás de los cerros del lado de Lluta, lo que impidió a los sitiados advertir este movimiento, pero uno o dos cuerpos lo hicieron de noche, por el bajo, es decir, por el pié de dichos cerros.

En la tarde del 6 todo el ejército expedicionario se hallaba reunido en los alrededores del pago de Buena Vista (Azapa), en cuya hacienda alojó Baquedano y su Estado Mayor.

Como lo decimos en otra parte de esta narración, el dueño de este fundo sirvió de guía al ejército invasor, en su marcha sobre las fortificaciones ariqueñas, el que contaba, además, con magnífico servicio de espionaje, lo que le permitía conocer los elementos de defensa de Bolognesi.

En cambio, este jefe no conocía a ciencia cierta la eficiencia combativa de los atacantes; el servicio de exploradores era ineficáz, el de espionaje no existía; permanecimos a oscuras, a este respecto hasta la víspera del asalto, en que el ingeniero Elmore, prisionero del enemigo en Chacalluta, se presentó con un mensaje de Lagos proponiendo, por última vez, la capitulación; aprovechando esta oportunidad para informar al jefe de la plaza de todo lo concerniente a los poderosos elementos de ataque de que disponía el enemigo.

El día señalado para el combate,— la madrugada del 7 de junio— el ejército chileno operaría, como en efecto operó, en esta forma: tres regimientos y un escuadrón de caballería atacarían las fortificaciones del Morro, asaltando, primeramente, las del **Este** y **Ciudadela;** el objetivo del "Lautaro" y de la caballería era las baterías del Norte; y la artillería, cuyo concurso resultó ineficáz, debido a la topografía del terreno, fué emplazada, sin embargo, en lugar conveniente, en los cerros del lado de Lluta y de Azapa, fronterizos al puerto.

Como se ve, la plaza fué atacada, simultáneamente, por sus cuatro puntos cardinales, corriendo la defensa de uno de éstos a cargo de la escuadra.

En páginas precedentes rememoramos, con alguna amplitud, la manera cómo se desarrolló el plan de ataque concebido por el estado mayor chileno.

Venciendo las dificultades topográficas a que antes nos hemos referido, la artillería pudo ser emplazada a retaguardia de la zona donde pernoctaron el "Buín", 3o. y 4o. de línea, o sea en la ceja de los montículos que quedan frente a las baterías **Este y Ciudadela;** pero no se hizo así

ni se pensó que la luz de la mañana podía descubrir a los ojos de los sitiados, la presencia del ejército invasor y ser. por ende, aniquilado, destrozado por la metralla de los cañones peruanos de ese sector y por el fuego de fusilería de los batallones **Granaderos, Piérola y Artesanos,** encargados de defenderlo.

Esta falta de previsión era consecuencia lógica de la deficiencia de conocimiento en el arte de la guerra del alto comando enemigo. La mayor parte de los jefes que lo formaban, sólo contaban en sus fojas de servicios, como acciones de guerra, las matanzas de indios araucanos, a que se habían dedicado durante varios años, hasta uno o dos antes de la declaratoria de guerra al Perú.

También debemos llamar la atención al hecho de que no acompañó al regimiento "Lautaro", en su ataque a las baterías del Norte, ni una sección de artillería siquiera, a pesar de no presentar el terreno, en ese sector, las dificultades que en los cerros del Este; pues las cureñas de los cañones habrían rodado, fácilmente, en la endurecida pampa que queda sobre el **Chinchorro,** desde cuyo paraje pudo bombardearse, ventajosamente, no sólo las fortificaciones de "San José", "Santa Rosa" y "2 de Mayo", sino también una gran extensión de la meseta del Morro, en la que Bolognesi y los suyos se oponían, en esos momentos, al avance de Lagos.

En cambio, fué acertada la colocación que se dió en el sector Este a los regimientos **Buín,** 3o. y 4o. de línea y al escuadrón de caballería que acompañaba a éstos; pero censurable el que ningún cuerpo, ni siquiera la caballería, atacaran el puerto por el camino abierto que lo une a Azapa. que no ofrecía más peligro que un polvorazo colocado a sus alrededores, a la entrada, casi, de la ciudad; elemento de defensa que resultó ineficáz, según se ha visto en el curso de este libro.

El 3o. de línea, después de llenar su cometido, a costa de mucha sangre, en el **Ciudadela,** pudo y debió pres-

tar cooperación más eficáz, que la que le prestó, al 4o.; pues dejó a este cuerpo casi todo el peso del ataque al Morro, en seguida de haber luchado en la batería del **Este** y en **Cerro Gordo**.

Acaso su jefe accidental se contagió del miedo que momentos antes del asalto al **Ciudadela** embargó al comandante Ricardo Castro, al decir de Molinari.

Por lo que respecta a la actitud de la escuadra chilena en la mañana del 7, fué nula, por mejor decir, pasiva o contemplativa; pues ni siquiera pudo evitar la fuga de la lancha de guerra peruana "Alianza", ni la inmersión del "Manco Capac", que recorrió, luciendo orgulloso al tope su bandera roja y blanca, como retando a duelo a los bloqueadores, la amplia zona comprendida entre el surjidero y la desembocadura del río "San José, para desde allí cañonear al regimiento "Lautaro", que avanzaba por la orilla Norte del ariqueño golfo, en demanda de la ciudad.

Como antes hemos visto, los cinco batallones que formaban la guarnición peruana, fueron emplazados, atinadamente, en los sectores más vulnerables.

Se creyó en un principio, que el enemigo atacaría por el Norte, porque era el punto menos defendido y porque el día 5 había simulado un avance por él, mientras el resto del ejército se trasladaba de su campamento de Chacalluta a Azapa.

La defensa de esta amplia zona estuvo encomendada a los batallones "Tarapacá" e "Iquique", y la de las baterías "Ciudadela" y "Este", a los batallones tacneños "Artesanos", "Granaderos" y "Piérola".

El Morro y los fuertes "San José", "Santa Rosa" y "2 de Mayo", los defendían solamente los sirvientes de los cañones.

Desgraciadamente no contábamos con artillería volante, de pequeño calibre, para defender los sitios que no lo estaban por tropas, circunstancia que aprovechó el enemigo para operar ventajosamente en éllos.

Los chilenos censuran nuestra falta de servicio de exploración, y el que no "mantuviésemos seguridad de avanzada de ninguna especie"; cargo injusto; pues, según hemos recordado en otros capítulos, Bolognesi despachó varios propios en busca de Montero, como así mismo no descuidó el servicio de avanzadas.

Cuando el enemigo hizo su aparición en Chacalluta, se redobló el número de éstas, no regresando alguna a su base, acaso porque fueron sorprendidas y victimadas.

Pero no dejaremos de reconocer que es fundado el cargo que nos hacen los chilenos a este respecto, si recordamos que dos días antes del combate y en las últimas horas de la tarde, el subprefecto Sosa ingresó a la ciudad, procedente de Chaca, sin ser advertido por nadie y sin haber encontrado avanzadas peruanas ni chilenas en ese sector, vecino a las baterías del Este.

También ingresó a la ciudad en la tarde del 6, sin ser advertido, el ingeniero Elmore, enviado de Azapa por Lagos para inducir a Bolognesi a que aceptara la capitulación propuesta el día anterior.

Hay que tener presente que las tropas atacantes eran de línea, mientras que las nuestras eran improvisadas, mal armadas, con rifles de diversos sistemas y faltas de todo.

Razón demás tiene, pues, un militar chileno para decir: "que todas estas faltas favorecieron al atacante para pasar la noche a 1,000 metros de los fuertes y que en la mañana sólo se vinieron a dar cuenta, cuando el enemigo estuvo sobre los defensores".

Por entonces no se conocía la eficacia de los alambrados para interrumpir y dificultar los avances sorpresivos— cual en el caso que nos ocupa— elementos de defensa que tan valiosos servicios ha prestado y continúa prestando en la guerra que actualmente ensangrienta a Europa; a haberlo conocido y dispuesto de este material, habríamos evitado, tal vez, el asalto sorpresivo a las fortificaciones dei Este, cuya artillería apenas tuvo tiempo para disparar dos o tres cañonazos, casi a boca de jarro, sobre los asaltantes; tan violento y sorpresivo fué el ataque (62).

Los batallones tacneños tenían encargo de defender dicho sector. Así, durante varias noches, durmieron, arma al brazo, tras de los parapetos de sacos de arena de las mencionadas baterías; junto a ellos dormían también, a ras del suelo, sus jefes Arias y Aragüéz, Varela, Chocano y Francisco Cornejo; confiaban en que sus centinelas perdidos les darían la voz de alarma en el momento preciso, lo que no hicieron, sin duda por que fueron muertos por los exploradores enemigos, ya que no puede creerse que desertaron, porque estos hombres habían hecho de la patria un culto, y les habría sido difícil, además, verificar esa cobarde acción, sitiada como estaba la plaza por sus cuatro costados.

---

(62).— Un oficial chileno publicó en el diario de la misma nacionalidad, "El Ferrocarril" de Arica, de 5 de junio de 1916, un estudio sobre la toma de Arica, en el que criticando que los peruanos no colocaramos alambrados para poner los fuertes del Este a cubierto de un asalto, decía: "Faltó alambrado que hubiese puesto a cubierto las fortificaciones de un asalto, a fin de batir al enemigo antes de que llegase a luchar cuerpo a cuerpo".

Ahora treinta y seis años no se conocía, como lo dejamos dicho, la eficacia de los alambrados para entorpecer los asaltos.



De aquí que la presencia del enemigo no fuera advertida por los sitiados, no obstante haber pernoctado, según lo hemos visto, a 1500 y 3000 metros de éstos.

Si nuestros centinelas hubiesen descubierto a los chilenos en su avance nocturno de Buena Vista a los puntos donde acamparon la noche del 6 al 7 de junio, estamos seguros de que más sangre les habría costado el triunfo que obtuvieron sobre la guarnición de Arica, cuatro veces inferior en número a éllos.

Por esta razón nuestras tropas resultaron deficientes para "defender área tan extensa", máxime no contando, como no contaban, con reservas.

Esto motivó, en gran parte, (la falta de reservas) nuestro desastre del Campo de la Alianza, en que los chilenos estuvieron también a punto de experimentarlo, antes que nosotros, en su ala derecha, a no haber dispuesto, como dispusieron, de una fuerte división de reserva, la misma que pocos días después, recibía encargo de operar sobre Arica.

Pero a falta de ese valioso contingente—las más de las veces decisivo en los campos de batalla—los escasos y bisoños soldados de Bolognesi se agigantaron en la defensa; cada uno luchó por tres; la sangrante visión de la patria, que en esos momentos tenían delante, infundióles valor y denuedo; señalóles el puesto del honor y del deber, en aras del cual cayeron todos, o casi todos, envueltos en los pliegues vaporosos de la bandera roja y blanca, sudario glorioso de esos semidioses de la epopeya ariqueña.

No pudo haber sido mejor concebido el plan de defensa aprobado en el primer consejo de guerra a que convocó el coronel Bolognesi; con los cinco batallones de nacionales de que disponía, cubrió la extensa área que dá acceso a la ciudad por tres puntos distintos.

El chileno temeroso de los polvorazos—diseminados en la ciudad y en otros puntos—prefirió atacar por uno de los flancos del Morro, por las baterías del Este, y no como alguien aconsejó a su alto comando, por el camino real de Arica a Azapa, por el que, en verdad, pudo ingresar libremente al puerto, sin ser advertido en la madrugada del 7; pues no estaba vigilado ni defendido. Ello le habría costado, acaso, menos sacrificios de vidas, que los que le costó por el sector que lo hizo, por librarse de los temidos polvorazos o minas, de las que suponía sembrado el recinto urbano de la ciudad.

A haberse verificado este plan de ataque, la guarnición habría sido atacada por retaguardia, no de frente, como fué, y grande habría sido también su sorpresa al saber que el enemigo ocupaba la plaza.

Por otra parte, las fortificaciones habrían resultado ineficaces para los peruanos, porque los cañones del Morro y del Este, eran fijos, no giratorios. Sin embargo, la realización de este plan no estaba exenta de peligros, pero era factible, según lo hemos demostrado.

La actuación de los batallones "Granaderos" y "Piérola" en el "Ciudadela", y de "Artesanos de Tacna" en la batería del Este, ha sido encomiada por el propio enemigo, lo que nos revela de exaltarla, más aún de lo que lo hacemos en capítulos anteriores.

En cuanto a la estratéjica y ordenada retirada del "Artesanos" de la fortaleza que defendía al "Cerro Gordo", y de aquí al Morro, fué ella admirable; la ordenó el coronel don José Joaquín Inclán, jefe de la 7a. división y la ejecutó el comandane don Francisco Chocano—en esos momentos jefe accidental de dicho cuerpo—cuyo heroico comportamiento en esa jornada, no ha sido aún justipreciado, cual se merece.

Baste saber que este patriota militar, que desde la bateria del Este venía luchando en retirada, de etapa en etapa, cayó prisionero, juntamente con Sáenz Peña, La Torre y Espinoza, al pié del asta que en esos momentos sostenia aún nuestro amado bicolor.

Las balas enemigas respetaron la vida de este bravo compañero de Bolognesi.

Desde este día ondea sobre la cumbre del peñón glorioso la bandera de la estrella solitaria.

Toca a nuestras futuras generaciones—ya que no a la presente, por imprevisión de nuestros gobiernos—hacer del Perú una patria grande y fuerte por la paz y el trabajo, para que con sangre y hierro, en porvenir que ya se vislumbra, recuperar lo que enemigo artero nos arrebató en guerra injusta, preparada desde los primeros años de la Independencia: las ingentes riquezas con que la pródiga naturaleza nos favoreciera, la extensa zona salitrera de Tarapacá, base del poderío actual de Chile.

Esa debe ser la divisa, el ideal de la juventud peruana en todo momento. A su realización deben propender gobernantes y gobernados.

De la redención de Tacna, Arica y Tarapacá, los peruanos todos debemos hacer un culto; confundirnos en esta común aspiración; confiando en que pronto ha de sonar para el Perú la hora de sus santas reivindicaciones, como ha sonado ya para Francia, Italia y Dinamarca, volviendo a formar parte de la geografía de estas naciones, Alsacia y Lorena, Trieste y Trento, Scheleswing y Holstein.

Algunas biografías de sobrevivientes

En las ligeras noticias biográficas que damos en páginas anteriores, de los jefes que combatieron en Arica, no figuran las que publicamos a continuación, correspondientes a varios jefes y oficiales que subreviven hasta hoy de esa jornada, a quienes, al salvar esa involuntaria omisión, tributamos homenaje merecido de simpatía y admiración por su valor y civismo; sentimientos en los que en todo tiempo deben inspirarse las jóvenes generaciones de nuestra patria.

Iniciamos las referidas biografías con la del teniente coronel Medardo Cornejo.



TENIENTE CORONEL MEDARDO CORNEJO
Comandante de las Baterías del Este

TENIENTE CORONEL MEDARDO CORNEJO

Pertenece a una de las más distinguidas familias de Moquegua.

Su foja de servicios data desde 1864, año en que la escuadra española tomó sorpresivamente posesión de las islas guaneras de Chincha, lo que dió lugar a la protesta unánime de la nación y a que ésta se aprestara para la guerra, por cuanto el invasor se mostraba cada vez más intransigente y agresivo.

La juventud de Arica, Tacna y Moquegua, se presentó, de las primeras, a los cuarteles a ofrecer sus servicios a la patria, amenazada por enemigo que parecía invencible, dado los elementos de combate de que disponía, y formó el batallón **Voluntarios de Tacna,** en el que el joven Cornejo sentó plaza de soldado raso; pero no tardó en ser calificado como distinguido, lo que aconteció a la llegada de aquél cuerpo a Lima, donde fué completamente organizado. Seis meses después el presidente de la república, general Pezet, en atención a sus aptitudes y patriotismo, lo ascendía a subteniente, y, antes del año, a teniente, en cuya clase ingresó al batallón **Pichincha** No. 2, después de haber servido en el batallón "Legión Peruana" No. 1, de guarnición en Arica.

Por su asistencia al combate del 2 de mayo de 1866, el presidente, general Prado, lo ascendió a capitán, dándosele de alta en el batallón **Gendarmería de Tacna,** puesto que un año después renunciaba para ir a desempeñar el de ayudante del prefecto de Arequipa, don Mariano Lorenzo Cornejo. Trasladada al Cuzco esta autoridad, el capitán Cornejo continuó prestando sus servicios en Arequipa y en seguida en el Cuzco.

El general Pedro Diez Canseco, presidente provisional de la república, que derrocó al general Prado, no tardó en ascender a Cornejo a sargento mayor, destinándolo en las baterías del Morro de Arica, a órdenes del coronel Eráusquin. Al año siguiente pidió su baja del servicio activo del ejército para dedicarse a la construcción del ferrocarril de Paita a Piura.

La declaratoria de guerra por Chile lo sorprendió en Iquique. No obstante el inmediato y sorpresivo bloqueo de este puerto por la escuadra enemiga, el sargento mayor Cornejo logró embarcarse en una nave de la Compañía Inglesa de Vapores; y en circunstancias que se dirigía a Arica, con el objeto de ponerse a las órdenes de su antiguo jefe y amigo, el general Montero, era extraído de a bordo por una comisión de tripulantes de la corbeta chilena **Esmeralda;** pero, dos horas después, se le ponía en libertad, lo mismo que a su compañero de prisión, el contador Silva Rodríguez, gracias a la intervención del comandante de un buque de guerra inglés. Una vez en Arica, no tardó en nombrársele segundo jefe de las baterías del Morro, en cuyo puesto tuvo ocasión de manifestar al general Montero la necesidad inaplazable de resguardar la retaguardia del Morro, por el Este y Sud Este, con dos baterías, lo que aprobó el citado jefe, autorizándolo para construírlas en la forma y sitio que se indicó a los ingenieros. Estas fortificaciones eran conocidas con los nombres de "Ciudadela" y "Este"; de las que, después de ha-

ber sido el sargento mayor Cornejo, ascendido a teniente coronel, se le nombraba primer jefe.

Durante todo el tiempo que Arica fué asediado por el ejército invasor, Cornejo se multiplicó en la atención de sus baterías; y así cuando en la madrugada del 7 de junio fueron asaltadas, logró disparar sus cañones sobre los regimientos enemigos, introduciendo pánico en éllos.

Momentos después era prisionero del oficial chileno Valdivia. Confinósele a San Bernardo, de cuya prisión logró evadirse, llegando a Buenos Aires, donde el ministro peruano Gómez Sánchez lo acreditó cónsul en las provincias de Tucumán, Salta y Jujuy. Convencido este diplomático del civismo y discreción de Cornejo, le confió la conducción de un valioso contigente de rifles y cañones que el presidente de la Argentina, general Rocca, obsequió a los aliados y que nuestro biografiado, después de vencer los contratiempos que se presentaron en el trayecto, entregó a los representantes que el gobierno boliviano nombró para recibirlo en la Quiaca.

Once años después regresaba al Perú. Durante la revolución del 95 prestó sus servicios en las filas coalicionistas, siendo, en premio de ello, nombrado comisario del río Chira, del departamento de Piura, del que a la sazón era prefecto el doctor Germán Leguía y Martínez.

En el gobierno de don Guillermo Billinghurts desempeñó la jefatura provincial de Manu, en el departamento de Madre de Dios. Por razón de edad permanece actualmente en el retiro, ocupado en negocios mineros.

Muerto el coronel Francisco Chocano, el comandante Cornejo es hoy el jefe de mayor graduación entre los sobrevivientes del combate de Arica, y a quien, por ley. le corresponde el ascnso al grado inmediato superior de coronel.



CAPITAN JUAN GARCIA ZEGARRA
Jefe de la 2a. batería del Morro

CAPITAN JUAN GARCIA ZEGARRA

Jefe de la 2a. Batería del Morro

Es, con el comandante Medardo Cornejo, el jefe de ejército de mayor graduación entre los que sobreviven aún del combate de Arica.

Nació en 1853 en el Callao, y, siendo aún niño, ingresó en el batallón que llevaba el nombre de la ciudad de su nacimiento, del que poco tiempo después pasaba a la **Columna de Honor,** en la que, grado a grado, alcanzó hasta el de subteniente. Después, en consecutivas fechas, perteneció a los batallones **Yungay** No. 6 **Cazadores de la Guardia** No. 6 **Ancahs, Gendarmería de Lima** y **Columna Naval**; en los tres primeros con el grado de teniente y en la última con el de capitán. Antes había servido en la Inspección General de Gendarmerías y en el Ministerio de Gobierno.

Cuando Chile nos declaró la guerra, el capitán García era jefe de la cuarta compañía de la **Columna Naval**, cuerpo que, en el acto, se trasladó al teatro de operaciones—Iquique—asistiendo a la batalla de Tarapacá, en la que, en el fragor de la lucha, le cupo la honra, de orden

del coronel Suárez, jefe de estado mayor del ejército del Sur, de hacerse cargo del comando de dicha Columna.

Apenas llegado a Arica, después de la retirada de Tarapacá, García era nombrado capitán jefe de la segunda batería del Morro, en cuyo puesto peleó heroicamente el 7 de junio de 1880; viendo caer, en el campo de honor, a su jefe, el comandante Moore, y a muchos otros que, como él, se opusieron en ese peñón al avance del enemigo.

Prisionero de éste, fué conducido a San Bernardo, donde permaneció hasta junio de 1881; radicándose enseguida en Iquique, en cuya ciudad se dedicó al comercio. En 1911 regresó a la patria, incorporándose en su clase de capitán en el batallón No. 3, a órdenes del comandante Juan C. Díaz.

Consta de la honrosa foja de servicios de este antiguo militar, su asistencia a la campaña sobre Arequipa (1865) en el ejército del general Prado, ocasión en que combatió en la clase de subteniente de la **Columna de Honor,** en las trincheras de esa ciudad.

En la guerra con Chile, como ya lo hemos visto, combatió en Tarapacá y en el Morro de Arica.

Posee honrosísimos certificados suscriptos por el general Enrique Varela, por los coroneles Daniel Nieto y Francisco de Paula Secada ,por los comandantes Juan Barra, M. Negrón, Sánchez Lagomarsino y N. Espinoza, jefes bajo cuyas órdenes ha servido, acreditando todos el correcto comportamiento de este pundonoroso y competente militar.

En 1890 desempeñó, interinamente, la secretaría de la prefectura de Ancahs; y hasta el fallecimiento del coronel Francisco Chocano, ex-presidente de la Sociedad de Sobrevivientes del combate de Arica, la de esta institución, inclusive la tesorería de la misma.

Al frente de este puesto ha obtenido, debido a activas gestiones cerca de los poderes públicos, el aumento de

25 % sobre los haberes de que disfrutaban en 1880 los mencionados sobrevivientes. Lo que no consiguieron sus antecesores.

El sargento mayor García Zegarra desempeña actualmente la presidencia de la predicha institución; debiéndose también a exclusivas gestiones suyas, la realización de los funerales que anualmente celébranse en el templo de la Merced, de esta capital, en memoria de los compatriotas muertos en el combate de Arica, el 7 de junio de 1880.



EULOGIO S. SALDIAS

EULOGIO S. SALDIAS

Nació en el Callao el 30 de diciembre de 1858.

Sobreviviente del combate de Arica el 7 de junio de 1880, cayó prisionero del enemigo después de la imersión del monitor "Manco Capac", a cuya plana mayor pertenecía.

Como todos los tripulantes de dicha nave, el hoy capitán de navío Saldías, concurrió a todos los combates y bombardeos que tuvieron lugar en Arica, inclusive a la ruptura del bloqueo de este puerto por la corbeta "Unión".

Trasladado al año siguiente a Lima, de su prisión de San Bernardo, logró evadirse, para no empeñar su palabra de honor de "no volver a tomar armas contra Chile", como lo exigía el enemigo, dirigiéndose primero a Guayaquil, después a Colombia y enseguida a Venezuela, donde fijó su residencia, mientras el enemigo desocupaba el territorio nacional; consagrándose al magisterio, en cuya ocasión publicó importantes obras didácticas, dándose a conocer como publicista y hombre de ciencia.

Apreciando su talento, no tardó el gobierno venezolano en favorecerlo con el honroso nombramiento de cosmógrafo del estado de Falcón-Zulia; y en 1888 se le discernía

la medalla de honor de instrucción pública, estando autorizado por nuestro congreso para ostentarla.

Es doctor en ciencias matemáticas de la Universidad Mayor de San Marcos y catedrático principal titular por concurso en la respectiva facultad.

De regreso al Perú en 1896, el gobierno hizo imprimir su obra intitulada "Manual del Marinero", encaminada a perfeccionar la instrucción técnica de éste. Dos años después era nombrado profesor de la escuela militar preparatoria y naval, en cuyo entonces dictó por primera vez en el Perú, el curso de estratégica naval, oceanografía e historia de las guerras navales.

Al ser reorganizada la Escuela Naval, a bordo del pontón Perú, el gobierno, convencido de sus conocimientos científicos y patrióticos, sustentadas con lucidéz en inscargo los cursos de álgebra superior, electricidad y servomotores.

Es autor de importantes conferencias sobre puntos científicos y patrióticos, sustentadas con lucidéz en institutos culturales de esta capital.

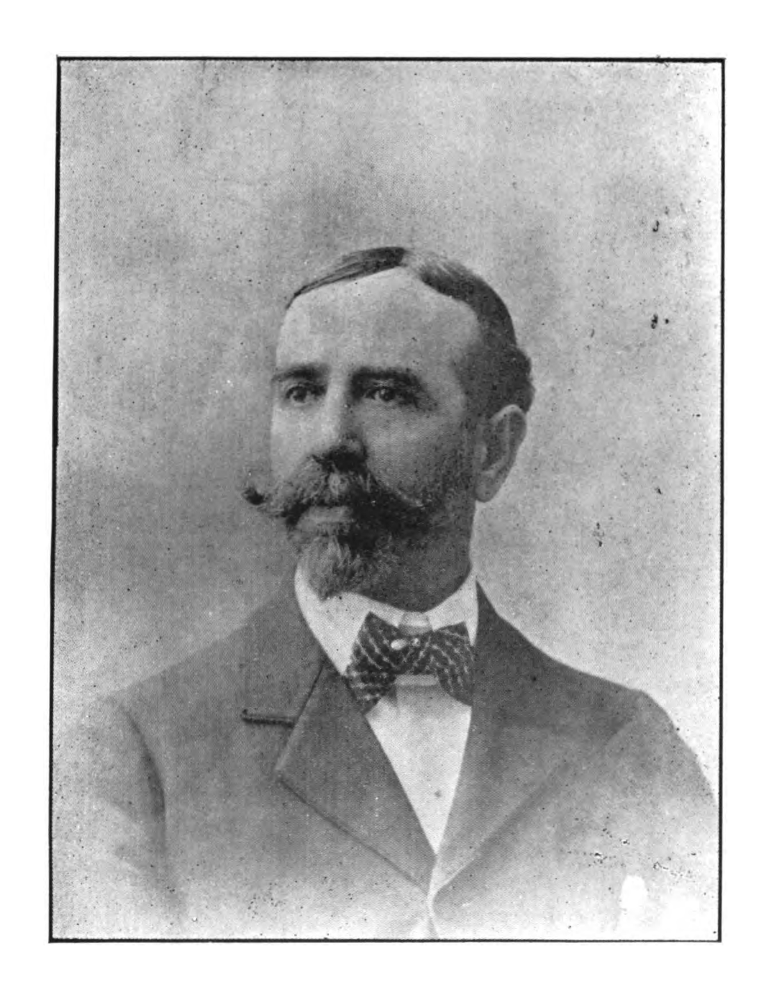
Son numerosos los puestos públicos que ha desempeñado el comandante Saldías; desde canciller del consulado general del Perú en Panamá, hasta director de la Escuela Correccional de Surco, cargo que desempeña actualmente con asiduidad y acierto, habiendo introducido atinadas reformas en la marcha de este establecimiento penal, como así mismo dotándolo de maquinarias para los talleres que funcionan en él.

La carrera de marino del comandante Saldías constituye una serie de triunfos profesionales. Datan sus estudios náuticos desde 1871, en que ingresó a la Escuela Naval a bordo del transporte "Marañón", obteniendo cuatro años después la clase de guardia-marina, y en seguida de verificar varios viajes de práctica a la vela y a vapor, a Europa y Estados Unidos de Norte América, era ascendido a alférez de fragata y dos años después a teniente 2o.

grado con que asistió al combate de Arica, a bordo del monitor "Manco Capac".

Ha servido en los buques de guerra "Apurimac" "Independencia", "Unión", "Manco Capac" y en los transportes "Limeña", "Chalaco" y "Perú".

Es, pues, el comandante Saldías, uno de los más descollantes miembros de nuestra antigua marina de guerra, no sólo por su competencia profesional, sino por su valor y patriotismo, puestos a prueba en varias ocasiones, particularmente en la guerra con Chile.



ALFEREZ DE FRAGATA DAVID FLORES
2o. jefe de la torpedera "Alianza"

CORONEL M. DAVID FLORES

Este sobreviviente del combate de Arica nació en Moquegua y pertenece a expectable familia de esa ciudad.

Por su foja de servicios, que hemos tenido a la vista, venimos en conocimieto de que en 1873 ingresaba en la Escuela Preparatoria y Naval del Callao y que en 1877 se embarcaba en la corbeta **Unión** con el grado de guardiamarina, buque en el que permaneció hasta enero de 1880, asistiendo en el mismo a la toma del transporte chileno **Rimac,** al combate de Chipana con la **Magallanes** y **Covadonga**, al de Angamos contra la escuadra chilena, convoyando al **Huáscar,** a la ruptura del bloqueo de Arica el 17 de marzo de 1880, en su carácter de oficial de la dotación de la torpedera **Alianza,** conducida y dejada con su tripulación en el citado puerto por la corbeta **Unión,** en la cual y como tripulante de ésta, hizo, también, el infructuoso viage hasta el estrecho de Magallanes, enviada por el gobierno con el objeto de apresar un buque que conducía armamento para Chile; practicó el 25 de mayo en la citada lancha **Alianza**—de la que era jefe el teniente ariqueño de la armada nacional Manuel Dávila—el reconocimiento del Morro de Sama, siendo interceptada a su regreso a Arica,

por los buques chilenos **Magallanes** y **Covadonga**, a los que envistió con su torpedo de botalón y puso en fuga, logrando, de esta manera, penetrar al puerto; lo que valió a sus tripulantes una honrosa orden del día del coronel Bolognesi; asistió al combate de Arica, el 7 de junio de 1880, salvando a algunos oficiales que quedaron a bordo del monitor **Manco Capac** para llevar a cabo el hundimiento de este buque.

Cuando todo estaba ya perdido y la plaza en poder del enemigo, la **Alianza**—de la que el alférez de fragata Flores era segundo jefe—puso proa al norte, saliendo sobre la escuadra chilena, que cerraba el puerto, varios de cuyos buques la persiguieron y cañonearon durante todo el día; viéndose obligado su comandante a vararla en la punta de Quiaca y volarla con uno de sus propios torpedos. En seguida emprendieron la fuga por la costa, amparados por la obscuridad de la noche. Al día siguiente fueron prisioneros del enemigo en la pampa de Salinas, conduciéndoseles a Arica y de allí a San Bernardo, junto con los prisioneros del Morro y del Campo de la Alianza.

De regreso al Perú, se dedicó en su ciudad natal a explotar sus propiedades agrícolas, hasta 1895, en que, una vez más, don Nicolás de Piérola se presentaba en la palestra revolucionaria, apoyado por la coalición de la Unión Cívica y del Partido Demócrata, a trabajar por el derrocamiento del segundo gobierno del general Cáceres. Antiguo partidario de este caudillo, se dirijió sin pérdida de momento a Iquique, de donde pocos días después salía en frágil embarcación, a remo, con destino a Bujama, conduciendo armamentos y municiones.

Triunfante la revolución, fué nombrado subprefecto de Cerro de Pasco; y, convencido Piérola de su lealtad política, le dió el encargo de formar una división de las tres armas, con la que salvó a Huánuco de ser asediada por siete mil indios.

Derrotó a las fuerzas contra-revolucionarias, que apo-

yaban las indiadas de la quebrada de Huaranga, en las alturas de Chincha, y después, en Cerro de Pasco, a las mismas.

Siendo prefecto de Puno, develó un movimiento subversivo iniciado por las fuerzas de policía.

Tomó participación con el doctor Durand en el movimiento del 1o. de mayo, batiéndose en el Cerro de Pasco, donde fué hecho prisionero.

También tomó participación en el movimiento del 29 de mayo, siendo preso en Palacio.

Sus ascensos, hasta el de coronel, con cuyo grado está inscripto en el escalafón militar, le han sido conferidos uno a uno, en atención a sus relevantes merecimientso.

Actualmente se halla en retiro, dedicado a la explotación de sus fundos agrícolas de Moquegua.



LUIS BENJAMIN ARCE Y FOLCHS
Guardiamarina del monitor "Manco Capac"

CAPITAN DE NAVIO BENJAMIN ARCE Y FOLCHS

Desgraciadamente han desaparecido todos los jefes y la mayor parte de oficiales del monitor "Manco Capac", siendo uno de los pocos sobrevivientes el guardia-marina, hoy capitán de navío, Benjamín Arce y Folchs.

Nació en Tacna del matrimonio del doctor Arce con la señora Mercedes Folchs, de la alta sociedad tacneña.

Ingresó en 1874 en la Escuela Preparatoria de Marina, que funcionaba en el Callao, bajo la dirección del renombrado marino don Camilo N. Carrillo, obteniendo en 1877 una de las medallas otorgadas como premios únicos.

En 1878 pasaba a la Escuela Naval, a bordo del pontón "Marañón", en la que cursó los estudios profesionales, siendo, por su aprovechamiento, uno de los principales alumnos del indicado plantel.

Declarada la guerra por Chile, se embarcó con la clase de guardia-marina, en el monitor "Manco Capac", que comandaba el capitán de navío don Camilo N. Carrillo, quien tuvo en todo tiempo para el joven Arce y Folchs particular deferencia.

Sobre la travesía del mencionado monitor del Callao a Arica, una verdadera hazaña naval si se tiene en cuenta el poco andar del buque y el peligro que corrió de caer en poder de la escuadra enemiga, dueña del mar y en constante crucero a lo largo de nuestro litoral, nos ocupamos con alguna amplitud en otra parte de esta obra.

Durante la estadía del "Manco Capac" en Arica, tuvo ocasión el guardia-marina Arce y Folchs de asistir a los varios bombardeos y combates que su buque y las baterías de tierra sostuvieron con la escuadra bloqueadora: combates acerca de los cuales damos también amplia información en el libro antes mencionado, como así mismo de la importante participación que tomó el referido monitor en la batalla del 7 de junio de 1880, y del comportamiento resuelto y patriótico de su tripulación, hasta caer prisionera del enemigo.

En abril de 1881, el guardia-marina Arce y Folch era trasladado de su prisión de San Bernardo a Tacna, siempre en la condición de prisionero, en la que permaneció hasta 1883, en que, por efecto del tratado de Ancón, recuperó su libertad, dirigiéndose enseguida a Lima.

En 1888, previo examen, era ascendido a alférez de fragata; y después, en las fechas que a continuación se indican, obtenía los ascensos inmediatos siguientes:

Teniente segundo en 27 de julio de 1890.
„ 1o. graduado, en 8 de junio de 1894.
„ „ efectivo en 4 de diciembre de 1894;
Capitán de corbeta en 21 de mayo de 1899;
„ „ fragata graduado en 27 de junio de 1907;
„ „ „ efectivo en 1o. de febrero de 1908
„ „ navío graduado en 27 de julio de 1911;
„ „ „ efectivo en 12 de noviembre de 1914.

Ha desempeñado puestos y comisiones importantes, entre las últimas la de miembro de la que presidió el coro-

nel alemán Carlos Pauli, al servicio del Perú, para practicar estudios de estado mayor en la frontera comprendida entre Zarumilla (departamento de Túmbez), y la cordillera de Espíndola, en la provincia de Ayabaca.

Fué miembro de varias comisiones navales, habiendo sido jefe de la que verificó los estudios e instalaciones de varios faros; practicó sondajes y estudios hidrográficos en la costa Norte, como así también fué jefe de la que formuló el trazado de un ferrocarril entre Túmbez y Puerto Pizarro; ha desempeñado con acierto la comandancia principal de las milicias navales y capitanía del puerto de Iquitos.

Desde secretario de la comandancia general de la escuadra, ha desempeñado Arce y Folch los más altos puestos en nuestra marina de guerra; habiendo sido también en distintas ocasiones capitán de puerto del Callao y de otros puertos de la república, como así mismo subprefecto y prefecto de varias provincias y departamentos, entre otros del Cuzco y del Madre de Dios, cuya colonización estudió y llevó a cabo en las tres provincias que lo forman.

Con el cargo de oficial de detall, hizo a bordo del crucero "Constitución", en 1895, un viaje al Pará (Brazil) por la vía del estrecho de Magallanes.

La foja de servicios del hoy capitán de navío señor Arce y Folch, es de suyo interesante, por las informaciones históricas y científicas que contiene.



PEDRO QUINA CASTAÑON
Teniente ayudante del detall de la plaza

PEDRO QUINA CASTAÑON

Fué uno de los más entusiastas jóvenes de la intelectualidad tacneña, quien, al oir el toque de generala, se presentó de los primeros en las filas de los defensores de la honra nacional.

En **El Tacora** de Tacna de 7 de junio de 1907, encontramos las siguientes noticias a cerca de este descollante codepartamentano nuestro:

"Cuando Chile declaró la guerra al Perú, el alumno del colegio de la "Independencia", don Pedro Quina Castañón, dejó oír su voz desde los balcones de la municipalidad contra el derecho de conquista, a la par de sus maestros y oradores de la talla de Ondarza, Soria Galvarro, Oviedo, Pastor, Jiménez y otros, y en presencia de un auditorio compuesto de más de tres mil almas".

"El mismo día 5 de abril sentó plaza de soldado en el batallón "Artesanos de Tacna".

"A las órdenes del coronel Hernández contribuyó a las fortificaciones de Arica y estuvo de guarnición en Ite y en la Caleta del Morro de Sama".

"Licenciando del ejército, se hizo periodista y desde las columnas de **El Comercio,** censuró con pluma indepen-

diente la administración del jefe político y militar de los departamentos del Sur, don Lizardo Montero, censura que le valió una prisión arbitraria a bordo del monitor **Manco Capac**.

„Allí permaneció hasta el 26 de mayo, día de la ocupación de Tacna por el ejército de Chile".

"Puesto en libertad, fué dueño de tomar el camino que quisiera; pero lejos de eso, quiso seguir la suerte dee sus compañeros de campaña."

"Destinado a la jefatura del detall de la plaza de Arica, cayó prisionero; pero no fué a Chile: no quiso soportar las humillaciones que sufren los rehenes".

"El 11 de junio de 1880, en ferrocarril, llegó a Tacna, y seguido de una inmensa multitud, fué el oráculo para las familias que ansiosas deseaban saber la suerte que habían corrido aquellos mil doscientos tacneños que lucharon sobre la cumbre del Moro de Arica".

A las anteriores informaciones sobre la actuación de Quina Castañón, en la guerra con Chile, debemos agregar que, una vez terminada ésta con el excecrable e impuesto pacto de Ancón, se dedicó, en su ciudad natal, al magisterio, en el ejercicio del cual ha adquirido nombradia, no sólo de educacionista, sino de literato, poeta e historiador; habiéndose dado a conocer, también, como periodista de bien cortaña péñola.

Desde joven reveló carácter altivo e independiente, escribiendo en períodos rotundos sus intransigencias y rebeldías principistas.

En poesía continúa viviendo en los buenos tiempos de Espronceda, Campoamor, Zorrilla y demás representantivos del romanticismo. Su bagaje poético es abundante y de subida ley, lo mismo que sus composiciones en prosa.

Es autor de un folleto histórico intitulado "Tacna en 1793", del que el doctor Vicente Dagnino Olivieri, hace mérito en su obra **El Corregimiento de Arica.**

Radical por convicción, ha publicado con abundante

caudal de erudicción y galanura de léxico, importantes estudios sobre los ideales democráticos proclamados por la revolución francesa, hoy imperantes en la mayor parte de los pueblos de aquende y allende este Continente.

Ha desempeñado honrosos puestos en las instituciones mutuales y patrióticas de su ciudad natal. Antiguo miembro de la prestigiosa sociedad de artesanos **El Porvenir,** fué, ha pocos años, favorecido con su presidencia, puesto en el cual puso de manifiesto, una vez más, sus actividades y el espíritu progresista e innovador que le distingue.

Reside actualmente en Tacna, siempre dedicado al magisterio y al cultivo de sus aficiones literarias.



JUAN E. TABOADA
Teniente 2o. del monitor "Manco Capac"

CAPITAN DE FRAGATA JUAN E. TABOADA

Es uno de los pocos que nos quedan de nuestra antigua marina de guerra.

Peleó en Arica, a bordo del monitor "Manco Capac", a cuya plana mayor pertenecía con la clase de teniente segundo. Su comportamiento en esta acción memorable fué descollante. Perdida aquélla plaza para el Perú, él y el guardia-marina Carlos T. Barandiarán, recibieron encargo del comandante Sánchez Lagomarsino de hundir el **Manco Capac;** operación que ejecutaron con admirable arrojo. Una vez embarcada la tripulación en los botes del monitor y en la lancha a vapor "Sorata", procedieron a abrir las válvulas; y a no haberse arrojado al mar, en circunstancias que se iniciaba la imersión y prendídose de un madero que flotaba en esos angustiosos instantes, habrían perecido ahogados.

Felizmente, también, en esos momentos, la lancha de guerra **Alianza** voltejeaba alrededor del legendario monitor; y una chalupa al mando del alférez Nicanor Asín, hoy

capitán de navío, recogió a los dos náufragos, al teniente Taboada y al guardia-marina Barandiarán.

Esta hazaña, que habla muy alto del arrojo y patriotismo de estos marinos, es digna del renombre de los discípulos de los Villar, Grau, Moore, Carrillo, y debe figurar entre los numerosos episodios de la guerra del Pacífico.

El segundo jefe de la lancha **Alianza,** David Flores, hoy coronel de nuestro ejército, ratifica la meritoria acción del comandante Taboada, en justiciera carta que vió la luz pública en 1913, en uno de los diarios de esta capital.

La libreta de servicios de este hábil marino, que hemos tenido a la vista, es de suyo interesante; sabemos por ella que en 1863, después de terminar sus estudios en la Escuela Naval, se le expidió título de guardia-marina, embarcándose, enseguida, en la barca nacional de guerra **Iquique.**

El año siguiente era trasbordado al transporte **Chalaco,** encargado de observar las operaciones de la escuadra española, estacionada en las islas de Chincha.

En 1868 desempeñó el cargo de ayudante de la Junta Revisora; y el mismo año obtenía permiso para navegar en buques mercantes.

Después sirvió a bordo de los buques de guerra **Pilcomayo**—en la clase de alférez de fragata—en el **Huáscar,** en la **Independencia,** en la **Unión,** en el transporte **Limeña;** y durante la guerra con Chile, en el monitor **Manco Capac,** a bordo del cual permaneció desde su llegada a Arica hasta el día de la toma de esta plaza por el ejército chileno: asistiendo, antes, a todos los bombardeos de la misma y al combate que sostuvo la escuadra chilena, el día de la ruptura del bloqueo de aquél puerto, por la corbeta **Unión.**

Como se ve, el comandante Taboada ha servido en casi todos los buques de guerra de nuestra antigua escuadra.

En calidad de prisionero permaneció en San Bernar-

do hasta el 1o. de setiembre de 1881, día en que quedó en la misma condición, pero en territorio peruano, bajo la vigilancia de la autoridad chilena, hasta la desocupación de Lima en Octubre de 1883.

En 1885 formó parte de la dotación del guarda-costa **Vilcanota,** y el mismo año de la del transporte **Perú,** en el que sirvió hasta 1887, año en que fué ascendido a teniente 1o. efectivo.

Desde 1887 hasta 1892, permaneció en la Argentina, en la condición de indefinido. En esta república navegó, comandando varios vapores mercantes, en los ríos de la Plata, Paraná, Paraguay, y Patagones.

En 1893 era nombrado capitán de la barca peruana **Japán,** en la que hizo varios viajes a la China.

Llamado al servicio en 1895, fué nombrado segundo jefe del transporte **Constitución,** que ese año condujo a Mollendo a don Nicolás de Piérola, miembro de la junta de gobierno.

En el mismo transporte y con el mismo cargo fué al año siguiente a Iquitos, a sofocar el movimientos revolucionario, encabezado por el coronel Vizcarra.

En 1911 era nombrado primer comandante del precitado buque.

Ha desempeñado, en distintas ocasiones, las capitanías de varios puertos del litoral, como así mismo varias comisiones, entre otras la revisión del código de la marina mercante y de reglamentos de capitanías.

Ostenta sobre el pecho la medalla de oro que el congreso de 1902, le discernió por su asistencia al combate de Arica el 7 de Junio de 1880.



CAPITAN JUAN GARLAND

JUAN GARLAND

Es uno de los pocos oficiales del glorioso batallón Tarapacá que salvaron la vida en el asalto de Arica, no obstante haber sido herido en su ascensión al Morro.

Al declararnos Chile la guerra, el comandane Ramón Zavala fué nombrado jefe del batallón de guardia nacional No. 11, al que, por resolución suprema de 28 de mayo de 1879, se le dió el nombre de "Lima" No. 3, cuyo vistoso uniforme costeó aquel valeroso jefe tarapaqueño, de su peculio particular.

Garland—amigo personal de éste—fué nombrado teniente de la 4a. compañía del mencionado cuerpo, pero no pudo trasladarse al teatro de la guerra—Iquique—por haber caído gravemente enfermo cuatro o cinco días antes de su embarque.

Debido a los constantes cruceros que efectuaba la escuadra enemiga en el litoral de la República, se hacía difícil, imposible, casi, la comunicación con las ciudades del Sur, particularmente con Arica e Iquique; razón por la cual el teniente Garland, una vez restablecido de sus dolencias, no pudo trasladarse inmediatamente al segundo de los puertos citados, como él deseaba, para incorporar-

se en su cuerpo. Un buen día supo que el batallón "Canevaro" estaba en vísperas de emprender viaje a Arica; pero como los jefes de este cuerpo se negaran a admitirle en sus filas, alegando que estaba completo el cuadro de oficiales, esperó el día de la partida para presentarse a bordo; y después de insistentes súplicas, consiguió que se le diera de alta como soldado raso; pues lo que deseaba era salir de Lima a todo trance para ofrendar a la patria el contingente de su vida en los campos de batalla.

No tardó en llegar a aquél puerto el comandante Zavala, después de la retirada de Tarapacá, al frente de los pocos sobrevivientes del "Lima" No. 3, que sirvieron de base, con parte de las columnas iquiqueñas, para formar el batallón "Tarapacá" No. 23, de cuya 4a. compañía, a solicitud del comandante Zavala, era Garland nombrado capitán, grado con que peleó defendiendo los parapetos del "Cerro Gordo", antemural del Morro, en cuya ocasión, como ya hemos visto, resultó herido, salvando la vida milagrosamente de la masacre de heridos y prisioneros que siguió a la toma de ese baluarte.

Durante su permanencia en Arica, el capitán Garland asistió a todos los bombardeos de la escuadra chilena; habiendo sido su compañía la que proveyó de combustible a la corbeta "Unión", junto con soldados del batallón "Arica", el día en que esta nave rompió el bloqueo del puerto, regresando horas después al Callao, burlando al enemigo.

En la condición de prisionero de guerra, fué trasladado a Chile, ingresando al hospital de la "Providencia", de Valparaíso, donde fué curado de su herida, permaneciendo en ese pais hasta mayo de 1881, en que fué puesto en libertad; regresando al lado de los suyos en Lima, provisto del siguiente pasaporte expedido por la autoridad política de Valparaíso:

El comandante general de armas de la provincia de Valparaíso concede libre y seguro, pasaporte al Señor Juan Garland, prisionero peruano puesto en libertad de

orden Suprema y que marcha al Perú acompañado de su asistente.

"En su consecuencia ordeno a todas las autoridades militares de mi dependencia y a las que no lo son, encargo, que no le pongan impedimento alguno en su marcha sin justa causa, antes bien, le faciliten en virtud del presente pasaporte, los auxilios que necesitare, pagándoles a los precios de costumbre.

Dado en Valparaíso, a 28 días del mes de Abril del año 1881.

(Fdo.).— **C. M. Necochea.**

En este pasaporte se consigna la siguiente filiación del repatriado:

Patria . . . . Perú
Edad . . . . 23 años
Estado . . . . Soltero
Estatura . . . . Alta
Cabellos . . . . Castaños

El capitán Garland no siguió la carrera de las armas, obtando por la del comercio; pero, por leyes vigentes, tiene derecho al grado de sargento mayor.

Actualmente desempeña alto puesto en el Tribunal Mayor de Cuentas y vive rodeado del respeto y cariño de sus compatriotas, que ven en él a una de las pocas reliquias vivientes que nos quedan del combate de Arica.



NICANOR ASIN, TENIENTE SEGUNDO GRADUADO

NICANOR ASIN

Teniente segundo graduado

Es, sino estamos equivocados, el marino peruano más antiguo, como que cuenta ochenta años de edad y más de cincuenta de servicios efectivos e importantes prestados a la nación, según se desprende de su interesante foja de servicios.

En 1856, obtenía tras lucidos exámenes en el Colegio Naval Militar del Callao, despachos de guardiamarina, en cuyo establecimiento permaneció hasta 1860, en que terminó sus estudios profesionales; destinándosele enseguida en el transporte de guerra "Túmbes", del que, en 1863, se le trasbordó al vapor "Sachaca", en el que permaneció hasta 1865, año en que pasó a formar parte de la dotación del monitor "Huáscar", en construcción en Liverpool. En este buque que comandaba el capitán de navío José M. Salcedo, regresó al Pacífico; asistiendo, en las aguas de Chile, a la campaña contra España en 1866, a órdenes del mismo jefe, y después a las del más tarde contra-almirante Lizardo Montero.

El mismo año fué trasbordado a la corbeta "Unión", no tardando en ser sometido a juicio por la célebre cuestión Tucker, remitiéndosele al Callao, juntamente con todos los jefes y oficiales de la escuadra acusados; juicio del que todos resultaron absueltos.

Después estuvo navegando como comandante de los vapores "Sachaca", "Chalaco" y "Mayro", de la Compañía Nacional, y en el "Manabí" y el "Pacasmayo", hasta 1875.

Declarada la guerra por Chile, en 1879, el teniente Asín fué uno de los primeros marinos que se presentó a prestar sus servicios; reinscribiósele en el Escalafón General de la Armada, en la clase de teniente 2o., en la que sirvió en el monitor "Manco Capac" hasta la pérdida de Arica el 7 de junio de 1880, en que dicho buque fué echado a pique para que no cayera en poder del enemigo.

Asistió en el mismo a las acciones de armas que enseguida se mencionan, realizadas en Arica:

Bombardeo por buques de la escuadra chilena, durante los días 29 de febrero, 1, 2, 3, 4, 5 y 6 de marzo de 1880, tres veces al día;

Cañoneo de las fuerzas de la plaza por los buques "Huáscar" y "Magallanes", el 27 de febrero del mismo año;

Defensa de la corbeta "Unión" el 17 de marzo, en que rompió el bloqueo del puerto y fué atacada por el "Cochrane" y el "Huáscar", en cuya ocasión el "Manco Capac" salvó a la corbeta de ser hundida por el primero de los buques enemigos citados;

Combates de las baterías de la plaza el 5 y 6 de junio contra la artillería enemiga, situada en los cerros fronterizos al puerto, y los buques "Cochrane", "Magallanes", "Covadonga" y "Loa"; combate que constituyó un triunfo para nuestras armas; y,

Finalmente, a la defensa de Arica el 7 del citado mes,

en el que cayó prisionero, después del hundimiento del "Manco Capac", condición en la que permaneció en Chile hasta 1881, en que fué repatriado al Perú; pero siempre en la referida condición, hasta el 23 de octubre de 1883, en que Lima fué desocupado por el ejército chileno, en virtud del tratado de paz de Ancón, quedando, por tal motivo, de hecho, en completa libertad.

En 1889 fué enviado a Europa como oficial del crucero "Lima", a bordo del cual sirvió hasta 1895.

El año siguiente era nombrado jefe de la sección naval que expedicionó al río Pichis; y en 1900, jefe de la flotilla de Loreto.

En 1902 recibía el nombramiento de sub-director de la Escuela de grumetes y 2o. comandante del transporte "Constitución", y en 23 de junio de 1903, era nombrado director del mencionado establecimiento y comandante del mismo transporte. Pocos meses después pasaba a desempeñar la capitanía de puerto y la comandancia general de los tercios navales del Callao.

Durante el gobierno del presidente Romaña se le expidieron despachos de capitán de navío efectivo; y en el de Billinghurts, se encomendó a su sagacidad y tino, la solución de las tumultuosas huelgas de Negritos, Paita y Callao, lo que logró sin necesidad de disparar un solo tiro.

El comandante Asín, como se ha visto, es, pues, uno de nuestros viejos gloriosos marinos combatientes de Arica, a bordo del monitor "Manco Capac", quien, al despedirse de nosotros el día que nos constituímos en su domicilio para que nos suministrara las noticias que necesitábamos para trazar su semblanza, nos dijo:

—Les suplico no omitir consignar el cariño y admiración que yo y los demás oficiales del monitor, sentíamos por nuestro jefe, Sánchez Lagomarsino, quién, el día que

el "Huáscar" se puso **bajo batería,** en Arica, peleó fuera de la torre, en la toldilla, acompañado del comandante Moore y del manco Lecca, que fueron de tierra a tomar participación en el combate; porque quería que Thompson, de quien era antiguo amigo, lo reconociera, el cual peleó también en la toldilla, y no en la torre de mando. De valiente a valiente!

CAPITAN RICARDO S. PIMENTEL

Comandaba el 4o. cañón del Morro, al pié del cual cayó prisionero el 7 de junio de 1880.

Al declararnos Chile la guerra, se hallaba en Iquique, al lado de su padre, que desempeñaba la capitanía de ese puerto.

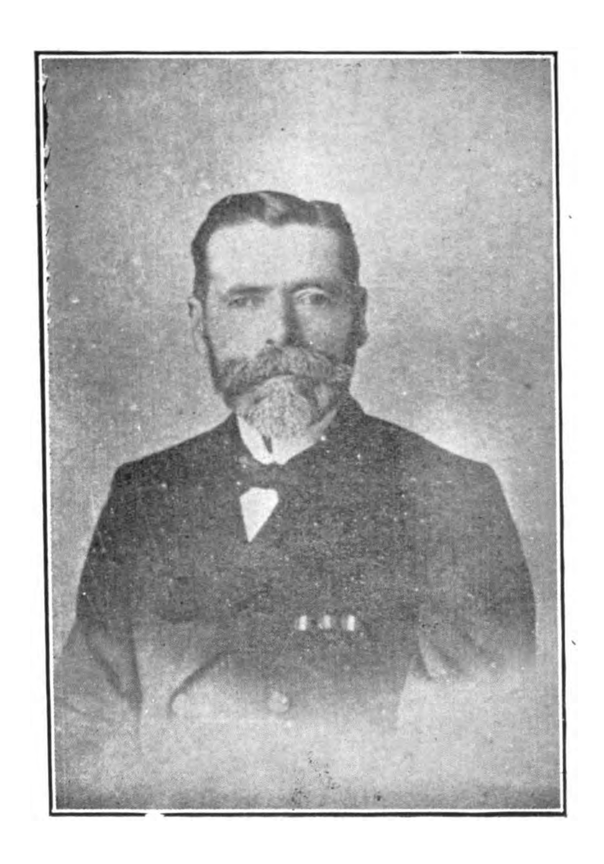
En el acto se dió de alta, con el grado de teniente, en una de las columnas de nacionales que formaron los Ugarte y demás patriotas tarapaqueños.

Asistió, después de la retirada de Iquique, a la batalla de Tarapacá, de donde se dirigió a Arica con el ejército de Buendía.

Pocos días después era nombrado capitán jefe del 4o. cañón del Morro, como decimos al principio.

De regreso de su prisión de Chile, se radicó en el Callao—su pueblo natal—abandonando la carrera de las armas por la del comercio.

El capitán Pimentel tiene derecho, por leyes vigentes, al grado de sargento mayor y a gozar de la pensión que, debido a gentiones del secretario de la Sociedad "Sobrevivientes de Arica", sargento mayor García Zegarra, ha acordado el Congreso a dichos sobrevivientes.



BERNARDO SMITH
Teniente 1o. graduado del monitor "Manco Capac"

BERNARDO SMITH

Vencedor de Abtao y sobreviviente de Arica el 7 de junio de 1880. Es uno de los militares ariqueños de alta graduación que sobreviven del antiguo ejército.

Los otros son el coronel G. Grimaldos Espinoza y el teniente coronel César Jiménez.

Cumplimos acto de justicia y reparación haciendo conocer los importantes servicios que este compañero de Bolognesi, en la epopeya de Arica, ha prestado a la patria desde mediados del siglo pasado.

Nuestro biografiado es un patriota convencido.

Pertenece a distinguida familia ariqueña. Apenas salido de uno de los principales colegios de Valparaíso—donde cursó instrucción media, teniendo por compañeros de aulas al ilustre ariqueño señor Guillermo Billinghurst—ingresó a la marina de guerra nacional, asistiendo con el grado de guardia-marina al combate de Abtao (Chile) contra la escuadra española; haciéndose acreedor por éllo al ascenso inmediato y a la medalla que el congreso acordó a los sobrevivientes de esa jornada.

Terminada la guerra con España, Smith se contrajo a incrementar más aún sus conocimientos náuticos, al lado de uno de nuestros más ilustres marinos, el entonces

capitán de navío y más tarde contra-almirante, señor Aurelio García y García, bajo cuya dirección practicó varios estudios hidrográficos en el litoral Sur de la República, a partir de la desembocadura del río Loa.

Cuando estalló la guerra con Chile, Smith formaba parte de la plana mayor del monitor "Manco Capac", que tan importantes servicios prestó al país desde el 7 de agosto de 1879, hasta el día en que llegó a Arica, procedente del Callao, remolcado por el transporte "Oroya", en convoy con el "Talismán", después de 7 días de navegación, sin haber sido hostilizado por los buques enemigos en esa larga y arriesgada travesía.

Desde el 7 de agosto citado hasta el día en que la plaza fué asaltada por Lagos, el "Manco Capac" fué baluarte de ella, a estar a lo que dice el teniente Smith en las importantes apuntaciones que se ha servido remitirnos acerca de las acciones de guerra marítimas que tuvieron lugar en Arica desde el día en que arribó el monitor a este puerto, hasta el de su hundimiento.

En el combate que el 27 de febrero de 1880 sostuvo el **"Manco Capac"**, con el monitor chileno **"Huáscar"**, el teniente Smith tuvo a su cargo uno de los dos cañones de la torre, uno de cuyos disparos despedazó—cual a Grau en Punta Angamos certera bala del "Cochrane"— al capitán de aquél barco, el comandante Thompson, según afirman algunos historiadores chilenos; hazaña que el modesto marino pasa por alto en la descripción que nos ha hecho de este combate, en el que el monitor peruano hizo el último disparo contra el enemigo, que rehusó continuarlo, no obstante su indiscutible superioridad.

Antes y después de esta acción de guerra fueron importantísimos los servicios que el teniente Smith prestó en Arica, habiéndose distinguido en todo tiempo por su patriotismo y arrojo.

Como se sabe, después del combate de Arica y de ser hundido el "Manco Capac", toda la tripulación de éste fué

prisionera del enemigo, conduciéndosele pocos días después a la prisión de San Bernardo, de donde vuelto el hoy capitán de corbeta Smith, fué nombrado capitán de uno de los vapores del lago Titicaca, cargo que hubo de renunciar varios meses después, para venir a Arica a cerrar los ojos de su anciana madre.

Desde entonces el señor Smith se dedicó al comercio, para el que posee, también, singulares aptitudes; industria que ejerce hasta el presente en Mollendo. Antes la había ejercido en su ciudad natal (Arica), donde en consecutivos períodos presidió la Sociedad Peruana de Beneficencia y donde era y sigue siendo admirado y querido, teniéndosele allí, no sin razón, como el más caracterizado miembro de la colectividad ariqueña.

Un 28 de Julio las autoridades chilenas intentaron arriar en forma violenta, ofensiva, el pabellón nacional, que flameaba en el asta del local de la mencionada institución, con lo que se habría perpetrado inaudito atropello. El señor Smith se opuso enérgicamente a tal profanación y lo bajó con sus propias manos, en presencia de numeroso pueblo; y, envolviéndoselo al pecho, increpó a los **pacos,** invitándolos a que intentaran tocarlo siquiera.

Los polizontes hubieron de desistir de su propósito ante la actitud resuelta del señor Smith, quien, por reciente ley del congreso, ha sido ascendido a la clase de capitán de corbeta, él, que con más títulos y derechos que otros, podía ser hoy uno de nuestros más ilustres contra-almirantes.



SARGENTO MAYOR FERMIN MACARINO
Jefe de la batería "Ciudadela"

FERMIN NACARINO

Fué uno de los primeros ariqueños que, al escuchar el toque de generala del clarín guerrero de la patria, se presentó a ofrendar a ésta el contingente de su vida y sus entusiasmos patrióticos.

Pertenecía a distinguida familia ariqueña, y, desde los primeros años de su juventud, se dedicó a la carrera del comercio, en el que alcanzó posición expectable. Asociado al señor Lorenzo Ostoloza, se hizo cargo de la agencia de la Compañía Sud-Americana de Vapores en aquél puerto, desempeñada desde su fundación por el caballero ariqueño Carlos Mackehenie, a cuya honorabilidad y competencia dicha Compañía confió su representación en el Callao, pocos años después.

Como el ex-subprefecto Sosa, Nacarino tenía el grado de sargento mayor de guardia nacional, grado en el que, al declararse la guerra, fué dado de alta en el ejército; encomendándosele, desde el primer momento de su construcción, el comando de la batería "Ciudadela", en la que rindió la vida, al lado del bravo coronel tacneño Justo Arias y Aragüez.

Cuando en 1910 el señor Guillermo Billinghurts de-

sempeñaba la alcaldía municipal de Lima, bautizó con el nombre del sargento mayor Fermín Nacarino, una de las nuevas calles del barrio **Breña,** de esta capital, en homenaje a la memoria de este valeroso ariqueño, de quien fué amigo desde la infancia.



LIZARDO PEDRAJA
Alférez subayudante de la batería del Este

LIZARDO PEDRAJA

Era, con Ramón Osorio y Noé Picoaga, uno de los militares tacneños más jóvenes de la guarnición de Arica.

Fué también uno de los primeros que se presentó a solicitar puesto en las filas del batallón "Granaderos de Tacna", nombrándosele sub-teniente de una de sus compañías.

Trasladado a Arica este cuerpo, Bolognesi nombró a Pedraja subteniente-ayudante de la batería del "Este", cuyo jefe era el teniente-coronel Medardo Cornejo, quien, alguna vez, nos ha encomiado los méritos y entusiasmos patrióticos de este joven militar y su valeroso comportamiento el día del combate; pues, sin temor a la muerte, revólver en mano, voló a ocupar su puesto de peligro a las primeras descargas del "Artesanos", al descubrirse, al travez de la oscuridad de la noche, la presencia del enemigo.

Momentos después moría, como mueren los valientes; con la cara al cielo, en medio de la batería, admirando su arrojo temerario a sus compañeros de combate.

Era hijo de don Maximiliano Pedraja y de doña Jesús Marino.

Estamos seguros de que, si se le hubiera presentado la oportunidad, como a Alfredo Maldonado en el "Ciudadela", habría hecho volar también la santabárbara de su batería, tales fueron el valor y brío que demostró en la lucha.



TENIENTE MANUEL ADUVIRE

Era hijo de don Maximiliano Pedraja y de doña Jesús Marino.

Estamos seguros de que, si se le hubiera presentado la oportunidad, como a Alfredo Maldonado en el "Ciudadela", habría hecho volar también la santabárbara de su batería, tales fueron el valor y brío que demostró en la lucha.



TENIENTE MANUEL ADUVIRE

TENIENTE MANUEL ADUVIRE

Nació en Torata (Moquegua).

Hermano del doctor José Santos Aduvire, sobre cuya personalidad nos ocupamos más adelante, el mismo día que Chile nos declaraba la guerra, se daba de alta en la columna **Tarapacá,** con la clase de teniente efectivo, en la que concurrió a la batalla de este nombre. Dicha columna, que formaba parte de la 7a. división, fué refundida en Arica en el batallón **Iquique,** en cuyas filas asistió al glorioso combate del 7 de junio, cayendo prisionero en la cima del Morro.

De manera que durante ocho meses y días sirvió en la columna de operaciones **Tarapacá,** y seis meses en el batallón **Iquique.** En Chile permaneció 16 meses, en la condición de prisionero de guerra.

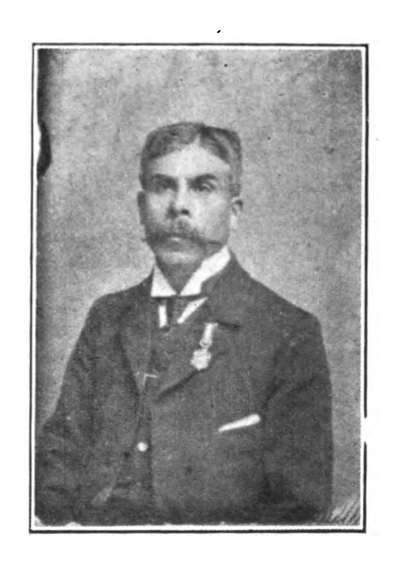
Estuvo en los bloqueos de Iquique y Arica, asistiendo en el primero de los citados al combate naval del 21 de mayo entre el **Huáscar** y la **Esmeralda.**

También concurrió a los bombardeos de Arica de 27 de febrero, 17 de marzo, 5 y 6 de junio de 1880, en el primero de los cuales se puso el **Huáscar**—ya en poder de Chile—bajo los cañones del Morro, perdiendo ese día a su jefe, el comandante Thompson; el segundo fué mo-

tivado por la ruptura del bloqueo del puerto por la corbeta Unión; y los dos últimos verificáronse simultáneamente por la escuadra bloqueadora y la artillería enemiga desde los cerros del lado de Lluta.

La hoja de servicios del teniente efectivo don Manuel Aduvire contiene honrosos certificados suscriptos por los coroneles Manuel C. de La Torre, jefe del estado mayor de la guarnición de Arica, Marcelino Varela, jefe del batallón **Artesanos de Tacna,** por don Camilo López, tercer jefe de la columna de operaciones "Tarapacá", y por el sargento mayor don Lorenzo Infantas.

Terminada la guerra, Aduvire se trasladó a Lima, donde, durante consecutivos años, desempeñó, a satisfacción de sus superiores inmediatos, el cargo de jefe del taller de encuadernación del Panóptico. Actualmente tiene a su cargo la regencia de la imprenta de el diario oficial **El Peruano.**



TENIENTE MANUEL EMILIO BARREDA
Sobreviviente del batallón "Granaderos Tacna"

TENIENTE ANSELMO BARREDA

Es uno de los pocos sobrevivientes del batallón "Cazadores de Piérola" No. 27 de guardia nacional, formado en Tacna meses después que los batallones **Artesanos** y **Granaderos**.

El **Piérola,** cuyo primer jefe fué el coronel Agustín Belaúnde, de triste recordación, defendió heroicamente con **Granaderos de Tacna** la batería **Ciudadela,** habiendo sido contados los que salvaron con vida de este cuerpo, figurando entre éstos el teniente Barreda, quien, apenas declarada la guerra, se presentó al prefecto doctor Zapata, juntamente con su hermano, Manuel, a solicitar puesto entre los defensores de la honra nacional amenazada por Chile.

Vió caer en el **Ciudadela** a su jefe, el comandante don Francisco Cornejo, siendo prisionero después de la lucha al mismo tiempo y en el mismo sitio que el teniente Pedro Quina Castañón.

Barreda, por su comportamiento valeroso en Arica, es acreedor a la medalla de oro que el congreso nacional ha discernido a los defensores de aquella plaza, medalla con la que se le condecoró el día de la inauguración del monumento a Bolognesi en esta capital.

SUBTENIENTE JOSE DEL CARMEN MORALES

Lo conocimos en Arica, en los primeros años de la ocupación chilena, dedicado a su honroso oficio de carpintero constructor.

Miembro fundador de la legendaria sociedad tacneña de artesanos **El Porvenir,** que sirvió de base para la formación de los batallones **Artesanos y Granaderos de Tacna,** el mismo día que el doctor José Calixto Hernández ponía en armas al primero de los cuerpos citados, José del Carmen Morales era dado de alta en él, nombrándosele subteniente de la sexta compañía.

Durante el tiempo que el **Artesanos de Tacna** permaneció en Arica, tomó participación en la construcción de las fortificaciones de este puerto; guarneció con su batallón las caletas de Ite y Morro de Sama, por las que se temía, no sin fundamento, un desembarque del enemigo.

Como otros concurrentes al combate de Arica, se dió trazas para no caer en poder del enemigo.

Era que conocía palmo a palmo al terreno en que actuaba.

Arrojado de su suelo natal por los chilenizadores, este meritorio veterano del 79 reside actualmente en Lima.

SUBTENIENTE DIONISIO VILDOSO

Hé aquí uno de los pocos sobrevivientes de Arica, cuya honrosa hoja de servicios es digna de ser conocida por quienes sentimos admiración y gratitud por los que se sacrificaron en defensa de la integridad nacional en la guerra con Chile.

Vildoso es, en efecto, uno de los pocos sobrevivientes que pelearon en el Morro de Arica, guiados por la espada de Bolognesi.

Cuando Chile nos arrastró a la guerra, Vildoso se hallaba en la Escuela de Clases de esta capital, dedicado al estudio de la carrera de las armas, por la que desde niño sintió vocación. Era, por entonces, jefe de este establecimiento el coronel don José Basso.

Después prestó sus servicios en el batallón **Cazadores de la Guardia** número 7, bajo las órdenes de los coroneles Alejandro Herrera y E. Bustamante, este último muerto gloriosamente en Arica el 7 de junio de 1880.

Tacneño de nacimiento, Vildoso perteneció a la plana mayor del batallón **Artesanos de Tacna**, habiendo sido ascendido a la clase de subteniente pocos días antes del asalto de la plaza, en premio de sus relevantes servicios y competencia militar; pues era uno de los pocos soldados de línea que formaban en ese cuerpo, del que fueron dig-

nos jefes el coronel don Marcelino Varela y el comandante don Francisco Chocano, el último de los cuales tomó el mando del batallón en la retirada de la batería del Este hacia el Morro, por haber caído gravemente herido el coronel Varela.

Vildoso peleó en las distintas etapas del combate, desde la retirada del "Este" hasta el "Cerro Gordo" y el Morro, donde cayó prisionero, salvando la vida milagrosamente en la carnicería de heridos y prisioneros a que se dedicaron los asaltantes.

De regreso de San Bernardo, se estableció en Arica como comerciante.

En este puerto gozó de estimación general; contribuyó a la fundación de la patriótica Sociedad Peruana de Beneficencia, de la que fué tesorero en los períodos presidenciales de los señores José Rey, José Ricardo Cornejo y Gustavo N. Pescetto.

Después se radicó en Mejillones (puerto vecino, a Antofagasta), donde, como en Arica, gozó de prestigio social y comercial, y de donde acaba de ser arrojado por los desperuanizadores, para venir a respirar en la capital de nuestra patria, los saturados efluvios de la libertad.



SARGENTO JUAN JOSE VILDOSO

SARGENTO JUAN JOSE VILDOSO

Perteneció al batallón **Granaderos de Tacna** y peleó en el **Ciudadela,** al lado de su admirado jefe el coronel Justo Arias y Aragüéz.

Asaltada la batería por el enemigo, Vildoso, con los pocos sobrevivientes de su cuerpo, se replegó al Morro, donde, después de rudo batallar, cayó prisionero, en cuya condición fué enviado a Chile.

Vuelto a su hogar, se dedicó a la agricultura, logrando, merced a su perseverancia en el trabajo, holgada posición.

Los chilenizadores, que sabían de sus antecedentes militares, no cesaban, por este motivo, de hostilizarlo: era que veían en él al convencido é intransigente patriota peruano, cuya única aspiración es, cual la de todos los irredentos, que la bandera de la patria vuelva a ondear en Tarapacá, Tacna y Arica. Llegaron a tal extremo las hostilidades que se ejercitaron contra él, que hubo, muy a su pesar, de abandonar su ciudad natal—Tacna—y dirigirse a la capital de su patria a respirar aire de libertad.

Partes peruanos del combate de Arica

A manera de epílogo publicamos en seguida, en corroboración de todo lo que decimos acerca del combate que historiamos en esta obra, los partes que los jefes de la guarnición de Arica elevaron a la superioridad militar y el del general en jefe del ejército enemigo.

Dichos documentos hablan con más elocuencia y autoridad que todo lo que hasta hoy han dicho escritores nacionales y extranjeros sobre aquella acción de armas.

También insertamos, copiados del folleto que contiene la biografía del coronel Bolognesi, trazada por el general don Juan N. Eléspuru, las relaciones de los jefes y oficiales peruanos que concurrieron al precitado combate, inclusive los de prisioneros, heridos y muertos.

Y, finalmente, traemos a estas páginas los artículos que inspiró a la prensa de esta capital la acción de Bolognesi.

En ellos se consagra la heroicidad de la legión ariqueña, exhibiéndola al mundo como ejemplo de abnegación, valor y disciplina militar.

¡Prefirió el sacrificio a la deshonra!

Parte del Teniente Coronel D. Manuel C. de La Torre, Jefe del Detall de la Plaza de Arica.

Abordo del "Limarí", Arica, Junio 9 de 1880.

Señor Secretario de Estado en el Despacho de Guerra.

Sr. S.,

Después del resultado desgraciado de nuestras armas en el combate librado el 26 del mes pasado en los altos de Tacna, la plaza de Arica, cuya custodia había sido encomendada a la diminuta y mal armada fuerza de nacionales, que aparece en el estado adjunto, quedó sometida a un estrecho asedio de mar y tierra por fuerzas infinitamente superiores a las nuestras.

El valiente Coronel Bolognesi, Jefe de la Plaza, no recibió ni al siguiente día del 26, ni nunca, propio ni comunicación oficial alguna, que, dando a conocer el estado en que había quedado nuestro ejército, y el punto a que se retiraba, le indicara la norma de conducta que debía seguir la plaza de Arica, y las determinaciones, combinaciones o planes que se proponían adoptar el Director de la Guerra o nuestro General en Jefe.

Sólo se supo que Tacna había sido tomado; y desde luego, se mandó imposibilitar el uso de la vía férrea, y se emprendió los trabajos de defensa de lícito empleo en la guerra, que acrecentaran en algo el poder de las fuerzas defensoras.

Resuelta en Junta de Guerra la defensa de la Plaza, en obedecimiento de una orden del señor General Montero, dada con fecha 24, para el caso de un fracaso de nuestro ejército en Tacna, y determinado el plan de defensa, cada uno de los jefes y secciones de las fuerzas terrestres y marítimas ocuparon sus puestos, resueltos todos a un sacrificio seguro; pero de proficuos resultados en la convicción de que se seguía un plan bien meditado, y de segura salvación para el honor y los intereses de la Patria.

Muchos propios se hicieron al General Montero, sin obtener contestación alguna.

Estábamos a oscuras, pero todos resueltos a la defensa hasta el último trance, para dar tiempo de operar a nuestras fuerzas del Norte.

En esta situación, apareció en la mañana del día 29 un escuadrón de caballería enemiga, que practicó el reconocimiento de la quebrada de Chacalluta, la que se retiró una hora después.

El día 2 a las 6 a. m. aparecieron de nuevo tres escuadrones y poco después dos trenes, que conducían crecido número de fuerzas.

Continuó desde ese día el tráfico activo de trenes, y una serie de

exploraciones de la caballería, sobre las colinas y cerros de Chacalluta y Azapa, que dominan la Plaza; hasta que el 5 apareció en la madrugada, poderosa artillería, estacionada en los puntos más vecinos y dominantes.

A las 9 a. m. de ese día recibió el jefe de la plaza un parlamentario del general en jefe del ejército chileno, por el cual, manifestando una deferencia especial a la enérgica actitud de la plaza, expresaba su deseo de evitar la efusión de sangre que creía estéril y de ningún resultado patriótico para sus defensores, atendida la excesiva superioridad de las fuerzas marítimas y terrestres con que se hacía el asedio.

El jefe de la plaza, previo acuerdo de una junta de jefes de las fuerzas defensoras, cuya unánime opinión fué consecuente a la determinación adoptada en días anteriores, de hacer la defensa hasta el último trance, despidió al parlamentario señor don Juan de la Cruz Salvo, dándole por contestación para su general: que, agradeciendo el acto de defenrencia, la determinación de las fuerzas de Arica era quemar el último cartucho.

Un momento después de retirado el señor parlamentario, a las 9 a. m. la artillería Krupp, situada en las alturas de Chacalluta y Azapa, principió un nutrido fuego a bomba sobre nuestras baterías del Norte y del Este, el cual era contestado sobre los puntos a que podían alcanzar nuestros cañones. Duró este bombardeo, con un pequeño intervalo, hasta las 4 y 30 p. m. sin que los pocos tiros caídos en la población, ni los recibidos por nuestras baterías hubieran ocasionado daños de consideración.

El día 6 a las 12 y 50 p. m. principió de nuevo el fuego de las baterías enemigas de tierra, al que se adunó, poco tiempo después, el de mar, por el "Loa", "Magallanes", "Covadonga" y "Cochrane".

Un tiro de la batería "San José" acalló los fuegos de una batería de cuatro cañones, la más baja de las que había colocado el enemigo.

Las baterías "Santa Rosa" y "2 de Mayo", el "Morro" y el "Manco Capac", que abandonó sin fondeadero y salió al encuentro del "Cochrane', contestaron los fuegos del mar.

Terminó el combate a las 4 y 30 p. m., hora en que la batería de "San José" obligó a la retirada al regimiento "Lautaro" que se aproximó por la parte Norte hasta el varadero del "Wateree".

El resultado de esta jornada nos fué favorable; pues el "Cochrane" recibió una bomba de a 70 del "Morro" que le produjo incendio y algunas bajas; y la "Covadonga" recibió dos balazos sin que por nuestra parte hubieran averías de consideración.

En este día, todas las baterías y fuerzas, así como el "Manco Capac" cumplieron dignamente su deber, manifestando ánimo, entusiasmo y ardimiento, merecedores de un grande aplauso.

A las 6 p. m. el ingeniero señor Teodoro Elmore, que en días anteriores había sido hecho prisionero en Chacalluta, se presentó al jefe de la plaza con el carácter de parlamentario, para inquirir de él si se hallaba dispuesto a entrar en arreglos, cubierto como se hallaba ya el honor nacional y el de las fuerzas defensoras, con los dos días de combate habidos.

El jefe de la plaza de acuerdo con la junta se negó a recono-

cer al señor Elmore con carácter de parlamentario, y le despidió, indicándole contestar que sólo estaba dispuesto a recibir parlamentarios en forma y con arreglo a las prescripciones militares del caso.

Ocupados estaban los puestos de defensa en la noche del 6 al 7. en la forma siguiente: 8a. división a la defensiva de las baterías del Norte y la 7a. a la de las baterías del Este, distantes, casi tres millas una de otra división.

La noche fué completamente oscura, y a las 5 y 30 de la mañana, cuando aún no había luz para distinguir los objetos a un kilómetro de distancia, un cañonazo de las baterías del Este, al que siguieron otros, anunciaron la proximidad del enemigo, por ese flanco. Pocos momentos después, rompióse el fuego de fusilería, y trabóse reñido combate.

Media hora después de trabado el combate, el jefe de la plaza, que veía aumentarse excesivamente las fuerzas que atacaban por el Este, mientras que nuestras filas disminuían rápidamente por las bajas que ocasionaba el nutrido fuego enemigo, y que veía distantes todavía las fuerzas que emprendían ataque por el Norte, dispuso viniese en auxilio la 8a. división.

Llegaban a paso de trote a las faldas del "Morro" los batallones "Iquique" y 'Tarapacá", que formaban la expresada división, cuando, arrolladas nuestras fuerzas del Este por el excesivo número de las que atacaban por ese lado, se replegaban ya sobre los parapetos de "Cerro Gordo".

A gran esfuerzo, jadeantes, llegaban a la altura del "Morro" el teniente coronel don Ramón Zavala, a la cabeza de medio batallón del "Tarapacá" y el teniente coronel D. Roque Sáenz Peña, a la cabeza de medio del "Iquique", rompiendo con bravura sus fuegos sobre el enemigo, que ya coronaba la altura del "Cerro Gordo", y lo flanqueaba al mismo tiempo por los lados del Este y del Oeste, con otras fuerzas.

En esta situación, se replegaron sobre los parapetos del "Morro" los medios batallones del "Iquique" y "Tarapacá", con los restos de la 7a. división para hacer allí el postrer esfuerzo, mientras que los medios batallones que aún no habían tenido tiempo para llegar, fueron dispersados bajo el mortífero fuego de "Cerro Gordo".

Palmo a palmo y con empeñoso afán, fueron defendidas nuestras posiciones hasta el "Morro", donde nos encerró y redujo a unos pocos, el dominante y nutrido fuego del enemigo por una hora.

Eran las 8 y 59 de la mañana, cuando todo estaba perdido; muertos casi todos los jefes, prisioneros los que quedaban, dos únicos, y arriada por la mano del vencedor nuestra bandera.

En tan supremos momentos, volaron casi todos los polvorines, y pudo inutilizarse algunos cañones del "Morro"; mientras que las baterías del Norte atacadas ya por el regimiento "Lautaro" y algunos escuadrones, a quienes habían tenido alejados, volaron también sus polvorines y reventaron todos sus cañones.

Perdida toda esperanza, el "Manco Capac" que, con las baterías del Norte había protejido nuestra izquierda, hizo proa al "Cochrane"; y, desengañado de no poder hacer su postrer tiro al enemigo, su comandante, con serenidad y acierto, le echó a pique,

para no dar ese nuevo elemento de poder a las fuerzas marítimas de Chile.

Han sucumbido en la lucha los coroneles don Francisco Bolognesi, don Juan G. Moore, don Alfonso Ugarte, Don José J. Inclán, don Justo Arias y Aragüez, don Mariano E. Bustamante, los tenientes coroneles don Ricardo O'Donovan, don Ramón Zavala, don Francisco Cornejo y don Benigno Cornejo, los sargentos mayores don Armando Blondel, don Felipe Zela y don Isidoro Salazar y muchos señores oficiales. Quedan heridos algunos, y prisioneros los demás, de todo lo cual encontrará U. S. adjunta una relación detallada.

Atacaron por la parte del Este los regimientos de línea 3o. y 4o. fuertes de 1200 plazas cada uno. y el batallón "Bulnes", sirviendo de reserva el "Buín" y por el Norte el regimiento "Lautaro", toda la artillería y caballería; más de siete mil hombres.

Numerosa es la mortandad por nuestra parte que se calcula en la mitad de las fuerzas defensoras. No es mucho menor la del enemigo.

Adjuntos encontrará también U. S. los partes que han pasado algunos jefes de cuerpo y baterías, que elevo originales con el del monitor "Manco Capac".

Es esta, señor Secretario, la relación fiel y a grandes rasgos de los hechos ocurridos, desde el 26 del pasado hasta el 7 del presente, en lo que se relaciona con la Plaza deArica, de los cuales he creído de mi deber, por muerte del jefe de la plaza, dar a U. S. este parte para que llegue a conocimiento de S. E. el Jefe Supremo de la República.

Al hacerlo, omito apreciaciones y recomendaciones, dejando al País y al Supremo Gobierno la calificación de los hechos, cuyos detalles daré en circunstancias más propicias.

Quiera Dios y la Patria aceptar el sacrificio de tantas víctimas, de tantos patriotas de corazón, como un holocausto ofrecido en aras del honor nacional para la salvación del país, y pluguiera a la Divina Providencia, por tanta sangre vertida generosamente, que nuestro gobierno sea siempre bien inspirado; y retemplado el valor, la fe y el entusiasmo en nuestro pueblo, que, una vez por todas, debe mostrarse unido y viril hasta ver realizados sus nobles propósitos.

Dios guarde a U. S.

Sr. S.

Manuel C. de la Torre.

Relación de los señores jefes y oficiales prisioneros, muertos y heridos que componían la comandancia general de la plaza de Arica.

Coronel Jefe Superior	D.	Francisco Bolognesi	Muerto.
Capitán Ayudante	„	Ricardo Iturbe	Prisionero
Teniente „	„	Pedro Ureta	Herido
„ „	„	Aurelio Cárdenas	Muerto
Sub-teniente „	„	N. Munar	„

Arica, junio 12 de 1880.

Ricardo Iturbe.

Relación de los señores jefes y oficiales del Detall de la Plaza, que combatieron el día 7 del presente mes.

Teniente Coronel Manuel C. de la Torre, prisionero en el Morro.
Sargento Mayor Claudio Estrada
„ grdo. Miguel Barrios, prisionero en una casa.
Capitán Trinidad Olarte, prisionero en el campo.
„ Exequiel L. Vela, prisionero en una casa.
„ Daniel Corzo, herido en las baterías del Norte.
„ Enrique Valdez, prisionero en las baterías del Norte.
„ grdo. Manuel Lira, prisionero en una casa.
Teniente José Pascual Valdivia, prisionero en el Morro.
„ Gregorio Alvarez, prisionero en el N.
Sub-teniente Francisco Montoya, prisionero en una casa.
„ Cipriano Ruíz, murió.
„ Emilio Miñán, prisionero en una casa.

Arica, junio 10 de 1880.

Claudio Estrada.

Estado de las fuerzas defensoras de Arica, disponibles el 5 de Junio de 1880

	CUERPOS	Jefes	Oficiales	Tropa	Armamento
	Jefatura de la Plaza, Ayudantes y agregados...	1	4	......	....
	Id. del Detall de la id. id. é id	1	9	......	....
7a. División........	Comandancia General, Detall y ayudantes	3	1	......	....
	Batallón "Artesanos de Tacna" No. 29	3	32	391	Peabody.
	Id. "Granaderos de Tacna" No. 31	3	28	218	Remington
	Id. "Cazadores de Piérola" (recientemente creado)	2	23	196	Chassepot
	Comandancia General, Detall y ayudantes	2	2	......	Id.
8a. ,, ...	Batallón "Tarapacá" No. 23	3	28	216	Id.
	,, "Iquique" No. 33............................	4	31	302	Id.
Baterías................	Del "Morro"..	2	25	160	Id.
	Id. "Norte"	2	18	76	Id.
	Id. "Este"..	3	22	92	Id.
	Total.................................	29	223	1551	

NOTA.—No se incluyen las dependencias, esto es: Subprefectura, Capitanía del Puerto, Parque, Proveduría, Maestranza, Telégrafo, Hospital y Ambulancia. (1)

Abordo del vapor "Limarí"—Al ancla, Arica, Junio 9 de 1880.

MANUEL C. DE LA TORRE, Jefe del Detall de la Plaza y baterías.

(1) El coronel La Torre olvidó consignar entre los combatientes no incluidos en la relación anterior, a los 119 tripulantes del monitor "Manco Capac".

BATERIAS DEL MORRO

Relación de los jefes y oficiales que asistieron a la batalla del día 7 del presente y condición en que se encuentran hoy.

Capitán de Navío	Juan G. Moore, muerto.
„ de Corbeta	Manuel I. Espinoza, prisionero.
„ de Artillería	Cleto Martínez, muerto.
„ de G. N.	Adolfo King, se ignora.
Teniente 1. de Artillería de Marina	Daniel Nieto, prisionero.
Capitán de G. N.	Juan García y Zegarra, prisionero.
„	Ricardo S. Pimentel, prisionero.
Teniente 1o. graduado	Miguel Espinoza, herido.
„	Guillermo E. Gamboni, prisionero.
„	Pedro P. Portillo, prisionero.
„	Tomás G. Otoya, muerto.
„	Lorenzo del Carpio, prisionero.
„	Francisco P. Ramírez, herido levemente.
„	Manuel F. Romero, prisionero.
„	Emilio de los Ríos, herido.
„	Manuel A. Díaz, prisionero.
„	Toribio Trelles, herido.
„	Juan W. Prieto, prisionero.
„	Alberto Calderoni, herido.
Teniente 2o. graduado	Manuel Gómez Caravedo, prisionero.
Sub-Teniente de G. N.	Manuel A. del Pozo, prisionero.
„	Francisco Alláu, muerto.
„	Ruperto Ordenes, prisionero.
„	José G. Molina, prisionero.
„	Manuel A. Portocarrero, prisionero.
„	Emilio Brito Alarco, prisionero.
Agregado	Gustavo Montervi, herido.

Arica, junio 7 de 1880.

Daniel Nieto.

7a. División.— Parte del Coronel D. Marcelino Varela

Tacna, Agosto 1o de 1880.

Señor Secretario de Estado en el Despacho de Guerra.

S. S.

Por muerte del benemérito señor Coronel, Comandante General de la 7a. división del primer ejército del Sur, D. José Joaquín Inclán, y ya algo restablecido de mis heridas, me apresuro a dirigir a U. S. el presente oficio, a fin de que llegue por su digno órgano a conocimiento de S. E. el Jefe Supremo de la República, dando cuenta de los sucesos ocurridos en la acción de guerra que tuvo lugar en el puerto de Arica, el 7 de Junio último, en cuanto a lo que tiene relación con las fortificaciones del Este, hecho principal de los acontecimientos; sintiendo sobre manera no haberlo verificado antes por el mal estado de mi salud.

A las 7 p. m. del día 6, ocupó la división estas posiciones que por su turno en el servicio le correspondían; situándose en el primer fuerte los batallones "Granaderos de Tacna" y "Cazadores de Piérola", haciendo un total de 420 hombres más o menos, entre ambos cuerpos; y en el segundo el de "Artesanos de Tacna" que yo comandaba, con una fuerza disponible de 387.

Media hora después fuimos llamados por el Jefe de la Plaza, señor coronel D. Francisco Bolognesi, los señores comandantes generales de división y baterías, primeros jefes de cuerpo, el comandante del monitor "Manco Capac", el jefe del Detall de la plaza y los de las divisiones. Constituídos en junta de guerra, el Jefe de la Plaza nos hizo saber que el ingeniero D. Teodoro Elmore, que en días anteriores había sido hecho prisionero en Chacalluta al cumplir su comisión y que en ese momento se encontraba presente, había venido como parlamentario, mandado por el jefe superior de las fuerzas dispuestas para el ataque. Entonces el expresado señor Elmore nos manifestó en pocas palabras el objeto de su comisión, que no era otro (resumiendo), "que en vista de lo estéril de nuestra resistencia, se nos aconsejaba la rendición". Después de una lijera discusión, se acordó contestar al señor Elmore, que no teniente carácter oficial ninguno, no era posible atender a nada de lo que propusiese; pero que estábamos dispuestos a recibir un parlamentario oficial, suficientemente autorizado y que hiciese proposiciones que estuviesen de acuerdo con el honor militar y las leyes de la guerra, con lo que concluyó el acto, despidiéndose al señor Elmore y dirigiéndonos cada uno a nuestros puestos.

A las 3 a. m. me dirigí al primer fuerte, y como jefe de la línea en dicha noche, ordené, al señor coornel D. Justo Arias y Aragüez, primer jefe de "Granaderos" y al teniente coronel D.

Francisco Cornejo del de "Cazadores de Piérola", que a las cuatro moviesen sus cuerpos y los colocasen en los parapetos, permaneciendo, de pié con arma en mano, hasta que amaneciera. En ese instante llegó allí el señor coronel comandante general de la división y puse en su conocimiento la orden que acababa de dar, la que habiendo sido aprobada por dicho jefe, regresé a mi puesto a tomar la misma medida. En efecto, a la hora indicada moví el batallón y lo coloqué con arreglo a la anterior disposición, a la que se debió que no hubiésemos sido sorprendidos; pues sin embargo de que lo dicho al señor Elmore hacía esperar la venida de un nuevo parlamentario, creí necesario tomar una medida de precaución contra cualquier asalto de parte del enemigo.

La noche era completamente oscura, al extremo que ni las avanzadas que se habían colocado a vanguardia de nuestra línea de fortificación, pudieron notar la aproximación del enemigo. En estos momentos vino a la batería el señor comandante general y encontró todo dispuesto para resistir el ataque. A las cinco más o menos, cuando principiaban los primeros albores de la mañana, notamos en medio de una densa niebla una línea negra que apenas se distinguía, la que examinada con prolijidad, conocimos que era una fuerza enemiga formada en batalla la que por su extensión calculamos que pasaba de 1,000 hombres y que se encontraba a una distancia de 700 a 800 metros, y por consiguiente al alcance de mi armamento Peabody.

Inmediatamente solicité el permiso del señor comandante general para mandar romper los fuegos, lo que se verificó siendo contestado en el acto con un nutrido fuego de parte del enemigo, sosteniéndose por ambas partes con el mayor encarnizamiento durante media hora. El enemigo principió a avanzar con su triple fuerza a paso de carga por nuestro frente, a la vez que otra fuerza considerable trepaba una colina que dominaba por completo nuestro flanco derecho a distancia de 200 metros más o menos, amenazando por este movimiento estrecharnos en un círculo de fuego. Entonces, ya disminuída considerablemente la fuerza de mi mando, pues quedaba reducida a 100 hombres escasos, fué preciso abandonar la posición y emprender la retirada sobre el Morro, con arreglo a órdenes anticipadas que teníamos del jefe de la plaza, para que de cualquier punto que sufriéramos un contraste, nos replegásemos sobre esa batería, como el último baluarte de nuestra defensa. Fué en estos momentos, en los que el señor coronel Inclán y algunos otros oficiales encontraron una gloriosa muerte. Emprendimos pues la retirada, más en el largo trayecto de más de milla y media que tuvimos que recorrer, seguidos de cerca por el enemigo, fueron casi diezmados estos restos.

En estas circunstancias, el primer fuerte resistía heroicamente; cuando de improviso vimos a lo lejos la explosión del polvorín, quedando sepultados en una nube de fuego y humo casi la totalidad de los combatientes y muchos de los enemigos, que engolfados con la idea de su próxima victoria, se habían lanzado sobre la batería. Según informes que he recibido, el polvorín fué incendiado por un joven de 16 años llamado Alfredo Maldonado. Allí perecieron los denodados jefes, coronel D. Justo Arias y Aragüéz, el teniente coronel D. Francisco Cornejo, los sargentos mayores D. Felipe Anto-

nio Zela, y muchos capitanes y subalternos, cuyos nombres consigno de algunos de ellos en la relación adjunta.

Al llegar a las inmediaciones de los primeros parapetos del Morro, encontramos parte del batallón "Iquique" que con su denodado jefe, teniente coronel D. Roque Sáenz Peña, trepaba la rápida pendiente, muy fatigada la tropa, hasta tomar posesión de una pequeña altura, la lado Sur, en momentos en que el enemigo con fuerzas considerables coronaba la eminencia denominada "Cerro Gordo", dominando a 300 metros la posición ocupada por el "Iquique", rompiéndose los fuegos por ambas partes.

Una vez apoderados con mi escasa fuerza de uno de los primeros parapetos mandé también romper el fuego, protegiendo en cuanto me era posible al pequeño grupo del "Iquique", cuando caí súbitamente bandeado por una bala. Levantado con alguna dificultad me retiré sobre la batería en busca de la ambulancia, quedando en el puesto mi 2o. y 3o. teniente coronel D. Manuel Francisco Chocano y sargento mayor D. Luis Armando Blondel, el de igual clase, perteneciente al detall de la división D. José Pozo, el capitán graduado D. Luis Benavides, ayudantes del señor comandante general, los capitanes D. Juan Cáceres, ayudante mayor del cuerpo de mi mando, el de artillería D. Felipe Julio Rospigliosi, y algunos otros señores oficiales.

No habiendo encontrado a la ambulancia en el Morro, como lo creía, y viendo que arrojaba mucha sangre, me dirigía al hospital acompañado de los capitanes Cáceres y Rospigliosi, que me habían seguido por el mal estado en que me encontraba; más al llegar a la población hallamos casi todas las calles adyacentes a dicho establecimiento ocupadas por el enemigo que hacía un fuego nutrido en todas direcciones. Siendo imposible llegar al hospital por esta causa, me hice conducir a mi alojamiento donde diez minutos después fuí hecho prisionero.

Tal vez fué en estos supremos instantes, cuando tuvo lugar la sangrienta hecatombe en la que fueron víctimas de su ardor patriótico mis valientes compañeros de infortunio, Bolognesi, Moore, Ugarte, Zavala, O'Donovan, Blondel y otros ilustres peruanos, cuyo sacrificio recordará con lágrimas la posteridad.

Me es sumamente sensible no poder acompañar al presente oficio las relaciones nominales exactas de los muertos y heridos de la división; porque en mi condición de herido y prisionero me ha sido imposible tomar todos los datos a este respecto; pero adjunto las de aquellos de que tengo perfecto conocimiento y cuyos nombres recuerdo.

Esta es, señor Secretario, la fiel narración de este hecho de armas tan desgraciado como honroso para la República.

Dios guarde a U. S.— S. S.

Marcelino Varela.



Relación nominal de los señores jefes y oficiales muertos en el combate de Arica el 7 de Junio último, perteneciente a la 7a. división del primer ejército del Sur.

Coronel	José Joaquín Inclán, Comandante General.
„ graduado	Justo Arias y Aragüéz, 1er. jefe de "Granaderos Tacna".
Teniente Coronel	Francisco Cornejo 1er. jefe de "Cazadores de N. Piérola".
„	Ricardo O'Donovan, jefe del detall.
Sargento Mayor	Luis Armando Blondel, 3er. jefe de "Artesanos de Tacna".
„	Felipe Antonio Zela, 2o. jefe de "Granaderos de Tacna".
„	Jenaro Viscarra, 2o. jefe de "Cazadores de Piérola".
Capitán	Manuel B. Lara, "Artesanos de Tacna".
„	Ordoner Vargas, "Granaderos de Tacna".
„	M. Espinoza, „
„	M. Izusquiza, „
„	Pedro Correa, „
Teniente	Federico Basadre, "Artesanos de Tacna".
„	Vitaliano Becerra, "Granaderos de Tacna".
„	Esteban Gilés, „
„	Ricardo Barredo, "Cazadores de Piérola".
„	Guillermo Santana, „
Sub-teniente	Armando Basadre, "Artesanos de Tacna".
„	Néstor Birne "Granaderos de Tacna".
„	Ricardo Telles Mora, "Granaderos de Tacna".
„	Gil Lizardo Zeballos, "Granaderos de Tacna".
„	Aurelio Gómez García, "Granaderos de Tacna".
„	Julio Berrios, "Granaderos de Tacna".
„	Noé Picoaga, "Granaderos de Tacna".
Teniente Ayudante Mayor	Arístides Sologuren, "Granaderos de Tacna".

Tacna, Agosto 18 de 1880.

Marcelino Varela.

NOTA.— Esta relación es incompleta, porque el jefe que la suscribe no conocía el personal de la oficialidad de los batallones "Granaderos de Tacna" y "Cazadores de Piérola".

A más de los muertos pertenecientes a la división, tengo conosimiento del Sub-teniente de artillería don Lizardo Pedraza del Inspector del Resguardo don Manuel Jeni y del Capitán indefinido don Manuel Moyano.

Batallón "Artesanos de Tacna" No. 29

R. P.

Comandancia Batallón Artesanos
de Tacna No. 29

Arica, Junio 8 de 188o.

Señor Teniente Coronel Jefe del Detall de la Jefatura Superior de la plaza.

Tengo el honor de poner en conocimiento de U. que encontrándose el batallón que se expresa en la primera batería del Este el 6 del corriente de resguardo de dicha batería, a las 5 y 1|2 a. m. del día siguiente, se dió aviso que una gran parte del ejército invasor chileno, se encontraba a sus inmediaciones, inmediatamente que fueron avistados se rompieron los fuegos: el medio batallón de la derecha que se hallaba entre los parapetos de la expresada batería, contestó con el mayor entusiasmo a los fuegos del enemigo, y el otro medio batallón salió a situarse a la derecha para contener la fuerza enemiga que avanzaba por allí; de esta manera se trabó un reñido combate, hasta que no habiendo sido posible continuar resistiéndonos, por que siendo el número del enemigo cuatro veces mayor, fué rodeada la batería, de donde tuvimos que retirarnos, haciendo fuego en retirada hasta el Morro, en donde combatimos hasta las 9 menos un minuto a. m., hora en que fué tomado el morro por los enemigos; haré notar a U. que al retirarnos de la batería fué muerto en ella el señor coronel comandante general de la división don José Joaquín Inclán, y herido en el hombro derecho el señor coronel 1er. jefe del cuerpo, don Marcelino Varela, y que además fueron muer-

Al terminar el presente parte, séame permitido recomendar a U. para que a su vez lo haga ante el Supremo Gobierno, a los señores jefes, oficiales e individuos de tropa, que se puede decir que milagrosamente han salvado, pues todos ellos a disputa pelearon hasta donde les fué posible, tomando para ello los rifles de los soldados que morían en el combate; muy largo sería repetir a U. el heróico comportamiento que han observado en un combate tan desigual por nuestra parte.

Dios guarde a U.— El 2o. jefe.

Manuel F. Chocano.

Parte de la 8a. División

Comandancia General de la 8a.
división

—

Arica, Junio 7 de 1880.

Señor Teniente Coronel Jefe del Detall de la Plaza y baterías de Arica.

S. T. C.

Cumplo con el deber de dar parte a U. S. del hecho de armas que tuvo lugar en el día de la fecha, y de la actitud asumida por el batallón.

La noche del 6 del corriente, me encontraba con mi cuerpo sirviendo de avanzada y de defensa a las baterías del Norte, distribuídas las compañías en los distintos parapetos que llegan hasta la punta denominada "El Chinchorro".

La noche pasó sin otra novedad que una descarga hecha por la avanzada que tenía a unos doscientos metros del parapeto en que había situado las compañías 1a. y 2a., siendo dirigida dicha descarga sobre una pequeña partida de caballería enemiga, que se había ya retirado cuando me trasladé a la avanzada.

Este incidente me hizo redoblar la vigilancia hasta el momento en que vino personalmente el señor Comandante General de la División, Coronel don Alfonso Ugarte, y me dió orden de moverme inmediatamente y situar mi fuerza en los parapetos que ocupan la prolongación Este del Morro.

Retiradas todas mis avanzadas e incorporadas las compañías que se hallaban situadas en los otros parapetos, apenas formado el batallón sentí un disparo de cañón en las baterías del Este que fué seguido de un nutrido fuego de fusilería; el combate había comenzado siendo las 5 y 1|4 a. m., pudiendo todavía a favor de la oscuridad distinguir en el horizonte el fogonazo de las descargas de fusilería.

Avancé con mi batallón a paso de trote desde el Chinchorro, y después de cruzar esta larga distancia, emprendí con gran esfuerzo de mi tropa ya fatigada, el ascenso del cerro que en ese momento se encontraba bajo los fuegos enemigos; contraje mi acción al medio batallón de la derecha, para impedir que contestase los fuegos ,encargando de la izquierda a mis dos jefes subalternos, por que era imposible recorrer todo el flanco del batallón que marchaba en hileras por el estrecho desfiladero del Morro.

El medio batallón de la derecha subió en efecto sin contestar un tiro y soportando el nutrido fuego del enemigo; a la cabeza de él coroné el cerro en el momento mismo en que el señor comandante

Zavala hacía otro tanto por mi izquierda con medio batallón "Tarapacá".

El enemigo no me dió tiempo de ocupar lo sparapetos, pues se hallaba tan próximo y sus fuegos eran tan vivos, que tuve que contestarlos desde el primer momento en que mi medio batallón escaló el cerro.

Allí se combatió con toda decisión; los fuegos fueron sostenidos por el medio batallón "Tarapacá", por la derecha del "Iquique", y por restos de "Granaderos" y "Artesanos de Tacna".

Ya nuestras bajas hacían difícil la resistencia; la izquierda del "Iquique" que mandé buscar, se había ocupado de contestar los fuegos, encargando de la izquierda a mis dos jefes subalternos, por cerro, la mitad del "Tarapacá" había corrido igual suerte, y el enemigo estaba a veinte pasos.

La oficialidad y tropa del medio batallón que logré subir estaba ya diezmada; los tres jefes subalternos no pudieron seguirme, y yo me hallaba herido desde el principio del combate, de un balazo en el brazo derecho que me permitió sin embargo mantenerme a caballo hasta los últimos momentos en que tuve que abandonarlo por seme ya imposible darle dirección; fué entonces que nos reunimos con U. S. los señores Coroneles don Francisco Bolognesi, y don Guillermo Moore, cayendo a nuestro lado estos dignos jefes,, atravesados por el plomo de una fuerte descarga.

Habían ya caído los señores Coroneles Ugarte y Bustamante, como también el teniente coronel don Ramón Zavala, quedando el que firma como comandante general de la división 8a.

Es en este carácter que me lo da la fatalidad y un encadenamiento de desgracias terribles, que elevo a U. S. el presente parte con el del batallón "Tarapacá", ofreciendo elevar oportunamente la relación de las bajas habidas en la división.

Dios guarde a U. S., S. T. C.

Roque Sáenz Peña.

Comandancia del Batallón "Tarapaca"

—

Arica, Junio 7 de 1880.

Señor Teniente Coronel 1er. Jefe del Batallón "Iquique" y Comandante General de la 8a. división.

S. T. C.

Por muerte del 1o. y 2o. jefe del expresado, tengo el honor de dirigirme a U. S. con el fin de participarle todo lo ocurrido en el combate que tuvo lugar en la mañana de hoy.

Situados como nos encontrábamos ayer tarde en la línea de defensa comprendida entre la derecha del batallón "Iquique", y el Panteoncito, recibimos orden del señor Coronel Comandante General de la división, a las cinco más o menos de la mañana, de retirarnos de este puesto y que pasáramos a ocupar el Morro; al efecto emprendimos nuestra marcha cuando sentimos la detonación de dos cañonazos disparados de las baterías del Este, y segundos después, un nutrido fuego de fusilería; inmediatamente ordenó el 1er. jefe del cuerpo la marcha al trote. En el trayecto encontramos al señor teniente coronel jefe del detall de la plaza, que nos ordenó ocupar "Cerro Gordo"; nuestra marcha se hizo entonces más veloz, y momentos después rompieron los fuegos sobre el enemigo que en gran número ocupaba ya las alturas; no obstante avanzamos cuanto fué posible manteniendo un reñidísimo combate que dió por resultado un crecido número de bajas de nuestra parte y la muerte del. 1o. y 2o. jefe.

En este momento recibió el que suscribe orden del señor Coronel Jefe de la Plaza de replegar la fuerza sobre los parapetos del Morro, donde se continuó el combate hasta las 9 a. m. más o menos, en que fué tomado dicho fuerte por la fuerza invasora.

Por la relación adjunta se impondrá U. S. de los señores jefes y oficiales muertos, heridos y prisioneros en esta jornada.

Cumplo con un deber de justicia haciendo presente a U. S. el digno y valeroso comportamiento de los señores 1o. y 2o. jefes del cuerpo, cuya muerte lamentaremos siempre, lo mismo que la decisión y entusiasmo de los oficiales y tropa.

Lo que comunico a U. S. en cumplimiento de mi deber.

Dios guarde a U. S.

Gerónimo Salamanca.



Comandancia general de la 8a. división

Comandante General, Coronel Alfonso Ugarte, murió.
Jefe del Detall, Coronel grdo. Mariano E. Bustamante id.
Ayudante-Teniente José Lino Barbachán, prisionero.
Amanuense-Subteniente Manuel A. Chamorro, (no asistió por estar en Tacna en comisión desde el 24 del pasado).
Agregado-Capitán Daniel Corzo, herido y prisionero.

Arica, Junio 10 de 1880.

José Lino Barbachán.

1er. EJERCITO DE OPERACIONES DEL SUR

Batallón "Tarapacá" No. 23

Relación nominal de los señores jefes y oficiales que se encuentran prisioneros en esta plaza, pertenecientes al expresado.

Sargento Mayor	Gerónimo Salamanca, 3er. jefe.
Capitán	Antonio Lobato.
„	Eduardo Velarde.
„	Benigno Vargas.
„	José Chocano.
Capitán graduado	Evaristo Peñaranda.
„	Evaristo Candiote.
Teniente	Juan Garland, herido.
„	Marcos Gómez.
„	Oscar Navarro.
„	Manuel Lloza y Abrille.
Sub-teniente	Domingo Martínez.
„	Julio C. Montalvan.
„	Chisthiam Henke.
„	Gaspar Loayza.

Relación nominal de los señores jefes y oficiales que han muerto en el combate que tuvo lugar en esta plaza el 7 del presente.

Teniente-Coronel	Ramón A. Zavala, 1er. jefe.
Teniente Coronel grdo.	Benigno Cornejo, 2o. id.
Teniente	Federico Berastaín, Ayudante mayor.
„	Simón Grados.
„	Pedro Helmes.
Sub-teniente	Alejandro Monport.
„	Eleodoro Zevallos.
„	Aníbal Chávez.
„	Ramón B. Osorio.

Arica, junio 10 de 1880.

Gerónimo Salamanca.

BATALLON "IQUIQUE" No. 33

Relación de los señores jefes y oficiales muertos, heridos y prisioneros, tomados en Arica, en el combate del 7 de junio de 1880.

Muertos.

Sargento Mayor	Isidoro Salazar.
Teniente	Vicente Almonte.
„	Enrique Hernández.
„	Manuel S. Ara.
Sub-teniente	Elías Loayza.
„	Vicente Rodó.
„	Francisco Rodríguez.

Heridos

Teniente Coronel	Roque Sáenz Peña, 1er. jefe del cuerpo y prisionero.
Capitán	David Cuellar.
Teniente	José de la A. Nacarino.

Prisioneros

Sargento Mayor	Lorenzo P. Infantas, 3er. jefe.
„	Manuel M. Zevallos, 4o id.
Capitán	Manuel Burgos.
„	Víctor V. Ocampo.
„	Teodoro Robellat.
„	Federico F. Helena.
„	David Eyzaguirre.
Capitán graduado	Guillermo Bello.
Teniente	Eduardo Vera.
„	Manuel Aduvire.
„	Ernesto Murga Aduvire.
„	Abelino León.
„	Aquilino Soto.
Sub-teniente	Cipriano Pinto.
„	Manuel Ramírez.
„	Germán Zevallos.
„	Juan de la C. Maldonado.
„	Ricardo Zavala.
„	Federico Florez.
„	Emilio Robert.
„	Federico G. Castilla.
„	Manuel Lagos.
„	Augusto Smith.
„	Francisco de P. Veliz.

Arica, junio 10 de 1880.

Lorenzo Infantas.

Relación de los señores jefes y oficiales de las baterías del Este, que combatieron el 7 del presente mes, con expresión de prisioneros, heridos y muertos.

Teniente Coronel 1er. jefe	Medardo Cornejo, prisionero.
Sargento Mayor 2o. „	Fermín S. Nacarino, muerto.
„ 3er. „	Ismael Meza, herido.
Capitán Ayudante Mayor	Felipe S. Rospigliosi, prisionero.
Alférez Sub-ayudante	Lizardo Pedraja, muerto.
Capitán	Juan P. Ramírez, muerto.
Teniente 2o.	Nemesio Bonhome, muerto.
„	Antonio Moreno, muerto.
„	Manuel Seroj, muerto.

Alférez	Adolfo Churliza, prisionero.
„	Francisco Gavirid, prisionero.
„	Eusebio Napurí, muerto.
„	Enrique Zapata, muerto.
„	Manuel Moyano, muerto.
„	José Belaúnde, muerto.

Arica, junio 10 de 1880.

M. Cornejo

Parte del comandante del "Manco Capac"

Comandancia del Monitor "Manco Capac"

Al ancla, Arica, Junio 6 de 1880.

Señor Coronel Jefe de la Plaza.

S. C.

Tengo el honor de poner en conocimiento de U. S. que habiendo notado a h. 2 m. p. m. del día de hoy, que después de rotos los fuegos en tierra por parte del enemigo sobre los fuertes de la plaza, el trasporte "Loa" artillado con un cañón de gran alcance, se ponía también en movimiento, a la vez que el resto de los buques bloqueadores en número de seis, avivaban sus fuegos, mandé activar inmediatamente los de este monitor y poniéndole en son de combate, me preparé a zarpar del fondeadero. Hícele así, en efecto, a 2 h. 45 m., cuando el "Loa" hacía sus primeros disparos sobre la playa.

El 'Cochrane" después de haberse puesto en movimiento seguido de las corbetas "Magallanes" y "Covadonga" que proseguían al trasporte en sus disparos, se mantuvo aguantando en el centro de la bahía y como a 2,500 metros de este monitor.

Franco éste de la defensa que lo rodea; goberné sobre el enemigo a fin de acortar la distancia; rompiendo los fuegos sobre el "Cochrane", que fueron contestados sucesivamente por aquel, sin poder seguir haciendo los disparos de una hora de cañoneo más o menos, por la distancia que nos separaba, pues se alejó a toda fuerza de máquina de N. a S.

No tardaron en retirarse los demás buques enemigos, habiendo recibido algunos certeros disparos del "Morro" que produjeron al parecer un incendio en el "Cochrane".

Durante la acción, no ha ocurrido novedad alguna en el buque

de mi mando, complaciéndome en asegurar a U. S. que el entusiasmo de los tripulantes del monitor, ha sido digno de la noble actitud de la Plaza. A las 4 p. m. volví a ocupar mi primitivo fondeadero; todo lo que participo a U. S. conforme a ordenanza.

Dios guarde a U. S.

José Sánchez Lagomarsino.

Comandancia del Monitor "Manco Capac"

Abordo del "Itata", Arica, Junio 7 de 1880.

Señor Jefe de la Plaza.

Tengo el honor de poner en conocimiento de U. S. los acontecimientos tenidos lugar a bordo del monitor de mi mando, con motivo del ataque a esta plaza en la madrugada de hoy por las fuerzas chilenas. A las 6 a. m. me participó el oficial de guardia que por las baterías del Este se sentía un tiro de cañón, proseguido después por otros y muy en luego por fusilería: acto contínuo dispuse el Monitor en son de combate y zarpé del fondeadero, pues noté que varios de los buques bloqueadores venían de afuera a la bahía. Ya de día me apercibí que fuerzas nuestras abandonaban las baterías del Norte para reforzar a las que ya por "Cerro Chuño" y "Cerro Gordo" venían del Norte haciendo fuego en retirada; y que al mismo tiempo un cuerpo de fuerzas enemigas atacaban por canto de playa las baterías de "San José'. Comprendiendo que este punto necesitaba protección, goberné en esa dirección haciendo algunos disparos, hasta haber hecho dispersas esas fuerzas.

Después de esto me apercibí que se hacía general el combate en el "Morro", viendo volar a la vez los polvorines de las baterías del Norte: me disponía entonces a gobernar al Sur, a donde fuera preciso prestar protección, cuando algunos tiros al parecer de cañón y nutrido fuego de fusilería del "Morro" sobre el monitor, así como el ver reemplazada la bandera peruana con la chilena, me hicieron comprender que la plaza de Arica en su último baluarte estaba perdida.

Colocado en tan excepcional situación, puse proa a los buques enemigos que aguantados afuera del puerto no parecían acercarse apesar de nuestra actividad. No obstante continué afuera, disponiendo que en oportunidad se rompiesen válvulas, tubos, etc . . . . y se alistase la cámara de dinamita que se tenía preparada en la sección de proa manteniendo a toda la gente en sus puestos de combate, a fin de que si el "Cochrane", nos atacaba en combinación con los otros buques, hubiera lugar de defender el monitor hasta vo-

larlo o hundirlo antes de que cayese en poder del enemigo: preocupación fundada atendiendo a su imposible condición para operar a distancia y por la falta de calderas casi inutilizadas a consecuencia del trabajo contínuo de los últimos días del asedio de la plaza, así como tambiín por razón del combate del día anterior.

Efectivamente, resuelta la sumersión del Monitor, las instrucciones dadas al 1er. Ingeniero D. Thomas Colquhovm y demás ingenieros como también al guardia marina Leguía; la misión dada para la Cámara de proa al teniente Saldías y Guardia marina Vidaurre y las demás en sus puestos a los tenientes Smith, Asín y alférez de fragata señor Bueno; como las encomendadas en el sollado a los tenientes Pizarro y Taboada y demás guardias marinas, fueron tan regularmente cumplidas, tan enérgicamente llevadas a efecto que nadie abandonó sus puestos de combate hasta que el agua hubo invadido la máquina, sollado, cámaras y santa bárbara. En este estado ordené la salvación de los tripulantes comenzando por la guarnición en los botes y lanchas a vapor, tomando un oficial el mando de cada bote. Concluída que fué esta operación y no encontrando nadie más en cubierta, me embarqué en el bote más inmediato.

No habían trascurrido aún cinco minutos, cuando el "Manco Capac", que por tanto tiempo fué el respeto de Arica, a pesar de su calamitoso estado, que tantos momentos de gloria tuvo ocasión de dar al país, volaba y se hundía con sus pabellones al asta y tope de su torre, fuera del puerto y en el centro de la bahía, después de haber cumplido su misión y de haber visto sucumbir a Arica: esta plaza que con tan noble y digna resolución había resistido tantos días de asedio.

Mientras tanto, ordené a los oficiales de la lancha torpedo "Alianza" que aprovechando de su andar y poco blanco, forzasen el bloqueo llegando a Mollendo o al Callao si era posible para aprovechar siquiera este importantísimo elemento.

Al salir por el Norte fué perseguida por el "Cochrane" y "Loa" que le hacían algunos disparos, perdiéndose muy pronto de vista. Entretanto con los botes que conducían los tripulantes del "Manco Capac", nos dirigimos al vapor "Itata", en donde fuimos recibidos como prisioneros.

En honor al patriotismo y a la justicia me parece llegada la ocasión de recomendar a la consideración del gobierno y de la nación, la moral y austera conducta de la dotación que me obedece durante la cruda campaña en que ni la desnudez ni privaciones de todo género en las excepcionales condiciones del monitor, aminoró jamás su decisión y empeño por cumplir del mejor modo posible el sagrado deber de defender la patria.

Lo que comunico a U. S. conforme a ordenanza.

Dios guarde a U. S.— S. J. de la P.

José Sánchez Lagomarsino.



Relación de los señores jefes y oficiales de la comandancia general de la 7a. división que se hallaron en el combate del 7 del presente.

Coronel, Comandante General, José Joaquín Inclán, muerto.
Teniente Coronel Ricardo O,Donovan, muerto.
Sargento Mayor, agregado, José Pozo, prisionero en el Morro.
Capitán Ayudante, Luis Benavides, prisionero en el Morro.

Arica, junio 10 de 1880.

José Pozo.

Brigada de artillería del Norte

Prisioneros

Teniente Coronel	Juan R. Ayllón.
Sargento Mayor	Manuel Martínez, herido.
„ Graduado	Augusto C. Soto.
„ „	Nicanor García Goytizolo.
Capitán	Manuel Masías.
Teniente	Mariano Salcedo.
„	Andrés Medina.
„	Francisco Segura.
„	Luis Gensollen.
„	Manuel Rivadeneira.
„	Enrique Cuadros.
Sub-teniente	Gustavo Puente.
„	Juan V. Ortiz.
„	Samuel Cosío.
„	Baldomero P. de Zela.
„	José Laguna.

Arica, junio 12 de 1880.

Manuel I. Masías.

Relación de los señores jefes y oficiales del batallón "Granaderos de Tacna" No. 31 en defensa de la 2a. batería del Este, en el combate del día 7 del presente en esta plaza.

Coronel	Justo A. y Aragüéz, 1er. jefe muerto en la batería.
Sagt. Mayor	Felipe Antonio Zela, 2o. jefe, muerto en la batería.
„ gradº	Tomás Chocano, 3er. jefe, muerto en la batería.
„	Miguel Espinoza, muerto en la batería.
„	Juan Isusquiza, muerto en la batería.
Capitán	Ordoner Vargas, muerto en la batería.
„	Pedro Correa, muerto en la batería.
„	Felipe S. León, muerto en la batería.
Teniente	Esteban Giles, muerto en la batería.
„	Manuel Emilio Barreda, prisionero, bajando el Morro.
„	Vitaliano Becerra, muerto en la batería.
„	Arístides Sologúren, herido en la batería.
„	Ascencio D. Rivera, muerto en la batería.
„	Mariano Benavides, muerto en la batería.
„	Manuel Márquez, prisionero en el cuartel.
Sub-teniente	Manuel Téllez, muerto en la batería.
„	Julio C. Berrios, muerto en la batería.
„	Aureliano G. García, muerto en la batería.
„	Arcadio Palza, prisionero bajando la batería.
„	Noé Picoaga, muerto en la batería.
„	Néstor Birne, muerto en la batería.
„	Ricardo Téllez Mora, muerto en la batería.
„	Teobaldo Arias, prisionero en la batería.
„	Miguel Ortíz, muerto en la batería.
„	Lizardo Zeballos, muerto en la batería.
„	Carlos Murphi muerto en la batería.

Arica, junio 10 de 1880.

M. Emilio E. Barreda.

NOTA.— El teniente D. Pedro Cáceres no asistió al combate, por haberse quedado enfermo en el hospital de esta plaza.

Relación nominal de los señores jefes y oficiales heridos en el combate de Arica, el día 7 de Junio último, pertenecientes a las 7a. división del 1er. ejército del Sur.

Coronel graduado Marcelino Varela, 1er. jefe de "Artesanos de Tacna".
Capitán Olegario Julio Rospigliosi, "Artesanos de Tacna".
„ Pedro J. Vidaurre, "Artesanos de Tacna".
„ Manuel Quelopana, 'Artesanos de Tacna".

Tacna, agosto 10 de 1880.

Marcelino Varela.

NOTA.— El jefe que suscribe no tiene conocimiento de los demás heridos por haberlos llevado inmediatamente a Chile.

PARTE DE LA COMANDANCIA DE LA LANCHA TORPEDO "ALIANZA"

Abordo del "Itata", Arica, junio 11 de 1880.

Señor Jefe de la Plaza:

S. C.

A consecuencia de los acontecimientos desarrollados en la madrugada del día 7 del presente mes, en que el ejército chileno atacó a nuestras fuerzas y baterías de este puerto, recibí orden del capitán de fragata comandante del monitor "Manco Capac", don José S. Lagomarsino, me pusiera en movimiento con la lancha torpedo "Alianza" de mi cargo, la que estuvo lista a las 6 a. m., desde cuya hora me concreté al auxilio y protección del monitor.

Como por instantes sucesivos se fué notando nuestra pérdida en tierra, y en vista de nuestra derrota por completo a las 8 y 20 a. m., estando el monitor "Manco Capac" en movimiento y fuera del fondeadero, noté que su comandante, oficialidad y demás tripulación, se embarcaban en sus embarcaciones, separándose del monitor, a cuyo hecho presté mis auxilios remolcando algunos botes para sacarlos fuera del peligro; y una vez abandonado el monitor, por momentos se veía sumergirse, lo que aconteció a las 8 y 42 a. m.

En vista de la desaparición del monitor y sin esperanzas de nada, resolví de acuerdo con la oficialidad que dotaba la lancha, y además con la indicación del comandante del "Manco Capac", zarpar con dirección al Callao, corriendo como era natural todas las emergencias de una peligrosa salida, por hacerlo a presencia de la escuadra chilena bloqueadora, cuya salida hicimos a las 9 a. m., con un fogonero más de la dotación que solicité de los del monitor, el cual se me dió. Desde este momento fuimos perseguidos y atacados vivamente por el blindado "Cochrane" y trasporte de guerra "Loa" con toda clase de armas de guerra; el primero hasta casi el paralelo del Morro de Sama, de donde regresó a este puerto a las 12 m., y continuó el segundo atacándonos hasta una milla al S. del cabo Picatá donde baramos y explosionamos la lancha sobre rocas, por no poder continuar navegando, por haber inundado las paredes del cilindro que cubría la caldera (serpentín), y haberse puesto este en estado de fundición; lo que no permitía trabajar en la hornilla a los fogoneros que por varias veces salieron con sus vestidos incendiados. En esta grave y difícil posición y con el enemigo que nos cortaba el rumbo, distinguimos un humo por la proa que se reconoció ser enemigo, y por un segundo acuerdo que hice con la oficialidad de la lancha, atendiendo además a las razones que me dieron los dos ingenieros sobre lo que acontecía, me manifestaron la imposibilidad de poder continuar el viaje, por el motivo antes expuesto acerca de la caldera, resolvimos únicamente, abandonar la lancha, dejándola como ya llevo dicho antes; y emprender nuestra marcha por tierra sobre Moquegua, a las 3 y 45 p. m., haciendo rumbo N. NO. de la playa para dominar la cima del cerro del cabo Picatá, de donde notamos se hacía un desembarque para perseguirnos; lo que ocasionó redoblar nuestra marcha y esfuerzos en aquella tarde y toda la noche sobre la planicie de aquella cadena de cerros, cargándonos al NO., hasta las 9 y 40 a. m. del día siguiente ocho, que llegamos a distinguir la línea férrea y telegráfica de Pacocha a Moquegua en la pampa de Salinas, y deseosos de tomarlas para tener ya un camino seguro y no un eventual como el que habíamos hecho anteriormente, apresuramos nuestra marcha; estábamos ya al finalizar la citada pampa sobre el lado de Moquegua; era la 1 y 25 p. m., cuando notamos nos salían al encuentro en rumbo opuesto, dos oficiales montados, otro en seguida y más atrás una fuerza de infantería que al paso y trote, luego nos dieron alcance, pidiéndonos las armas que conducíamos; con tan desgraciado encuentro, fuimos conducidos a un campamento de fuerzas chilenas, que se hallan acantonadas al término de la antes expresada pampa.

A las 4 y 30 p. m., bajo de custodia, nos condujeron por el tren a Pacocha, menos el fogonero Aurelio Díaz, que por orden del jefe de aquella fuerza quedó en Salinas; y embarcados en el vapor "Itata" y trasportados a este puerto, donde hasta la fecha permanecemos.

No dejaré de manifestar a Ud. en cumplimiento de mi deber la buena acojida y atenciones que hemos recibido de los jefes y oficiales de las fuerzas chilenas estacionadas en la pampa de Salinas.

Lo que tengo el honor de poner a la inteligencia de Ud. para que por el conducto respectivo, se digne Ud. elevarlo al conocimiento del Supremo Gobierno, para los fines consiguientes.

Dios guarde a Ud.

Manuel Fernández Dávila.

LANCHA TORPEDO "ALIANZA"

Relación nominal de la dotación de la expresada, hecha prisionera en pampas de Salinas en tránsito para Moquegua el día 8.

Comandante teniente 2o. don Manuel Fernández Dávila.
Alférez de fragata, don David Florez.
Guardia marina, don Juan de Mora.
Maquinista 2o., don Clodomiro González.
Idem 4o. don Carlos Carranza.
Cabo de fogonero, don José Montero.
Idem Idem, don Aurelio Díaz.
Fogonero, don Franklin Espenser.

NOTA.— El fogonero Franklin Espenser fué tomado a última hora de la dotación del "Manco Capac".

Vapor "Itata", al ancla, Arica, junio 12 de 1880.

M. David Flores.

Vo. Bo.— *Dávila.*

Parte de la Capitanía del Puerto

Abordo del vapor "Itata", Arica, Junio 10 de 1880.

Señor Teniente Coronel Jefe del Detall de la Plaza.

S. T. C.

Tengo el honor de poner en conocimiento de Ud. lo ocurrido en mi dependencia en el combate del 7 del presente.

Al amanecer se sintieron descargas de fusilería y cañón por la parte del Este, y habiéndome constituído en el muelle, viendo que era inútil la guardia existente en ese puerto, la mandé unirse a un cuerpo, en donde, evidentemente podía prestar servicios más im-

portantes, y en lugar de esta armé algunos individuos de la dotación de esta capitanía, los que junto con la gente de la isla, que desde el día anterior se puso a mis órdenes, estuvieron guarneciendo el muelle y playa inmediata hasta que habiendo visto izado en el Morro el pabellón chileno, y haciéndose desde esa batería, fuego nutrido sobre nosotros, del que fué muerto el marinero Antonio Suárez, ordené que toda la gente se fuera a unir con la del monitor "Manco Capac"; poco después fuí hecho prisionero por el coronel chileno don Manuel Bulnes. Lo anterior es cuanto tengo que decir a Ud. en cumplimiento de mi deber.

Dios guarde a Ud.

Eduardo Raygada.

Relación nominal de los jefes y oficiales sobrevivientes a la heroica defensa de la plaza de Arica, el 7 de Junio de 1880, formada en vista de distintas publicaciones.

Prisioneros en Chile.— Fuerzas de la Plaza

Jefatura y Detall de la Plaza

Jefe del Detall, teniente coronel Manuel C. de la Torre.
Sargento mayor graduado, Miguel Barrios.
Ayudante de la Comandancia General, capitán D. Ricardo Iturbe.
Capitán, Daniel Corzo, (herido).
Idem Trinidad Olarte.
Idem Ezequiel Vela.
Idem graduado, Manuel Lira.
Teniente, José Valdivia.
Idem, Gregorio Alvarez.
Sub-teniente, Manuel Mendoza.
Inspector de guardia civil, Emilio Milán.
Idem idem Francisco Montoya.
Idem idem Teófilo Aguilar.

Comandancia general de la 7a. división.— Sargento mayor graduado José Pozo.
Teniente, Luis Benavides.

Comandancia General de la 8a. división.— Teniente, don José L. Barbachán.

Baterías del "Morro".— Segundo comandante, capitán de corbeta Manuel I. Espinoza.



Capitán, Daniel Nieto.
Idem, Juan García y Zegarra.
Idem, Ricardo Pimentel.
Teniente Juan W. Prieto.
Idem Manuel A. Díaz.
Idem Alberto Calderoni (herido).
Idem Francisco de P. Ramírez, idem.
Idem Lorenzo del Carpio.
Idem Manuel Romero.
Idem Pedro Portillo.
Idem Toribio Trelles (herido).
Idem Guillermo Gamboni.
Teniente 2o. graduado de la Armada, Manuel Gómez Caravedo.
Subteniente, Manuel A. del Pozo.
Idem Roberto Ordoner.
Idem Emilio Brito Alarco.
Idem Manuel A. Portocarrero.
Idem Gabino Molina.

"*Baterías del Este*".— Primer jefe teniente coronel, Medardo Cornejo.

Tercer jefe, sargento mayor, Ismael Meza, (herido).
Capitán Felipe J. Rospigliosi.
Sub-teniente Adolfo Chuliza.
Idem Francisco Gaviria.

"*Baterías del Norte*".— Primer Jefe teniente coronel, Juan Pablo Ayllón.

Segundo idem, sargento mayor, Manuel Martínez, (herido).
Sargento mayor graduado, Augusto C. Soto.
Idem Nicanor García Goytizolo.
Capitán, Manuel S. Masías.
Teniente, Mariano Salcedo.
Idem Andrés Medina.
Idem Francisco Seguín.
Teniente graduado, Luis Gensollen.
Idem idem Manuel Rivadeneira.
Idem idem Enrique Cuadros.
Sub-teniente, Gustavo Puente.
Idem Juan F. Ortíz.
Idem Baldomero Pardo de Zela.
Idem Samuel Cossío.
Idem José Laguna.

Batallón "Tarapacá" No. 23.— Tercer jefe, sargento mayor, Gerónimo Salamanca.

Capitán, Antonio Lobato.
Idem Eduardo Velarde.
Idem José Chocano.

Idem Benigno Vargas.
Idem Evaristo Peñaranda.
Idem Juan Garland (herido).
Capitán graduado, Evaristo Candiote.
Teniente, Marcos Gómez.
Idem Manuel Llosa y Abril.
Idem Oscar Navarro.
Sub-teniente, Domingo Martínez.
Idem Christhiam Henke.
Idem Julio C. Montalvan.
Idem Luis Cossio.
Idem Gaspar Loayza.

Batallón "Artesanos de Tacna" No. 29.— Primer jefe, coronel graduado, don Marcelino Varela (herido).

Segundo idem, teniente coronel, Manuel F. Chocano.
Sargento Mayor graduado, Ruben Rivas.
Capitán, Ignacio del Castillo.
Idem Olegario J. Rospigliosi (herido).
Idem Juan Cáceres.
Idem Pedro J. Vidaurre (herido).
Capitán graduado, José M. Ayllón.
Teniente, José Escobar.
Idem Sebastián Céspedes (herido).
Idem José Quelopana (herido).
Teniente, Benigno Velazco.
Idem Manuel Cortavitarte.
Idem Juan de D. Soto.
Sub-teniente, Mariano P. Acevedo.
Idem Enrique Vance.
Idem José M. Rodríguez (herido).
Idem Manuel A. Belaúnde.
Idem Leonidas Arriaga (herido).
Idem Mariano Serpa.

Batallón "Granaderos de Tacna" No. 1.— Teniente, Pedro Cáceres (enfermo en el hospital).
Idem Manuel E. Barreda.
Teniente graduado, Manuel Márquez.
Idem idem Teobaldo Arias.
Idem idem Arcadio Palza.
Sub-teniente, Casimiro Marino.

Batallón "Iquique" No. 33.— Primer jefe, teniente coronel Roque Sáenz Peña (herido).

Tercer jefe, sargento mayor Lorenzo P. Infantas.
Cuarto idem, sargento mayor graduado, Manuel M. Zevallos (enfermo).
Capitán Manuel Burgos.

Idem Víctor B. Ocampo.
Idem Teodoro Rebollat.
Idem Federico F. Helena.
Idem David Eizaguirre.
Idem David Cuéllar (herido).
Capitán graduado, Guillermo Bello.
Teniente, José de la A. Nacarino (herido)..
Idem Eduardo Vera.
Idem Manuel Aduvire.
Idem Ernesto M. Aduvire.
Idem Avelino León.
Idem Aquilino Soto.
Sub-teniente, Cipriano Pinto.
Idem, Manuel Ramírez.
Idem Germán Zevallos.
Juan de la C. Maldonado.
Federico Flores.
Emilio Robert.
Idem Ricardo Salazar.
Manuel Lagos.
Idem Augusto R. Smith.
Idem Francisco Vélez.

Batallón "Piérola 29 de mayo".— Capitán graduado, Miguel Revello (herido).

Teniente, José B. Santana.
Sub-teniente, Leonardo Sotomayor.

Diversas dependencias de la plaza.— Capitán del Puerto.— Capitán fragata don Eduardo Raygada.

Torpedista don Rodolfo Smith.
Parque General del Ejército, Jefe, capitán de corbeta graduado, Germán Paz.
Teniente, Mariano Monda.

Hospital.— Contralor, sargento mayor, Claudio Estrada.

Subprefectura.— Subprefecto. F. Federico Sosa.
Ayudante, sub-teniente Juan R. Vargas.

Escuadrón "Lluta" capitán Enrique Valdez.

Sin colocación, capitán graduado, don Alejandro Bustamante.
Teniente, don José G. Ramírez.
Sub-teniente, don Luis Vargas.

Maestranza.— Jefe, sargento mayor José M. Prado.

Maestro mayor de carpinteros, José Sánchez.
Idem de armeros, José Heredia.

Idem de carroceros, Raymundo Martínez.
Idem de Herreros, Abel Carbajal.
Carrocero, Pedro Prado, id. Santiago Blanco.
Ayudante de herreros, Francisco Quintana, Nicolás Bravo.

MARINA

Monitor "Manco Capac"

Comandante, capitán de fragata, don José Sánchez Lagomarsino.
Segundo idem, capitán de corbeta, Rómulo G. Tizón.
Tenientes primeros graduados, Bernardo Smith, José S. Pizarro.
Teniente 2o. Juan E. Taboada.
Tenientes segundos graduados, Eulogio S. Saldías, Nicanor Asín.
Alférez de fragata, Ramón E. Bueno.
Guardiamarinas: Carlos A. Leguía, Carlos Barandiarán, Luis B. Arce, Felipe Alcorta, Juan Mulgruw, Francisco Escurra Vidaurre.
Oficial de guarnición, sub-teniente, Daniel Durán.
Máquina: primer maquinista, Tomás Colpuhoun ,segundo id. Aníbal Alayza, tercero id. Manuel Hidalgo, Toribio Villalobos, Alcibiades Maldonado, cuarto idem Tomás Bonar.
Ayudante de máquina, Manuel D. Salas.
Calderero, José Zavaleta.

Lancha Torpedo "Alianza"

Teniente 1o. Manuel E. Dávila.
Alférez de fragata, David Florez.
Guardia marina, Juan de Mora.
Segundo maquinista don Clodomiro González, 4o. maquinista, Carlos Carranza.

En la tropa se han contado vivos 354 individuos. De los que aparecen en la lista que antecede, fallecieron estando prisioneros en Chile los siguientes:
7 de Julio de 1880, teniente don José Quelopana.
7de Agosto de 1880. segundo maquinista Aníbal Alayza.
12 de Diciembre de 1880, capitán graduado, don Manuel M. Ayllón.
23 de febrero de 1881, teniente don Andrés Medina.
21 de Julio de 1881, teniente coronel don Juan Pablo Ayllón.



En la mañana del 2 de Junio fueron tomados prisioneros por el enemigo, en Chacalluta, el ingeniero de primera clase, don Teodoro Elmore y el teniente don Pedro Ureta, después de haber hcho volar por medio de dos minas, una fuerza de caballería chilena que llegó a ese sitio; el segundo fué herido gravemente al tomarlo, y después murió en Lima, a consecuencia de sus heridas.

Además de los anteriores, existen vivos y no fueron hechos prisioneros por haber escapado de caer en manos del enemigo, los siguientes:
Segundo jefe del batallón "Iquique", sargento mayor don Isidoro Salazar.
Ayudante de la comandancia general, teniente don Aurelio Cárdenas.

Relación general de los jefes y oficiales muertos y heridos, en la defensa de la plaza de Arica el 7 de Junio de 1880.

Muertos

Coronel D. Francisco Bolognesi, Comandante General de la plaza.
Coronel D. José Inclán, Comandante General de la 7a. división.
Coronel Alfonso Ugarte, Comandante General de la 8a. división.
Capitán de Navío, Juan Guillermo Moore, Comandante de la batería del Morro.
Coronel graduado Justo Arias y Aragüez, 1er. jefe del batallón "Granaderos de Tacna" No. 31.
Coronel graduado, Mariano E. Bustamante, jefe del detall de la 8a. división.
Teniente coronel, Ricardo O'Donovan, jefe del detall de la 7a. división.
Teniente Coronel, Francisco Cornejo, 1er. jefe del batallón "Piérola".
Teniente Coronel Ramón Zavala 1er. jefe del batallón "Tarapacá".
Teniente Coronel graduado, don Benigno Cornejo, 2o. jefe del batallón "Tarapacá".
Sargento mayor don Armando Blondel, 3er. jefe del batallón "Artesanos de Tacna" No. 29.
Sargento mayor, Felipe Antonio Zela, 3er. jefe del batallón "Granaderos de Tacna" No. 31.
Sargento Mayor, Genaro Vizcarra 3er. jefe del batallón "Piérola".
Sargento Mayor, Fermín F. Nacarino, 2o. jefe de las baterías del Este.

Sargento Mayor graduado Tomás Chocano, del batallón "Granaderos de Tacna" No. 31.
" " Juan Isusquiza.
Sargento mayor graduado Miguel Espinoza.
Capitán, Manuel D. Lara del batallón "Artesanos de Tacna".
Capitán Ordoner Vargas, del batallón "Granaderos de Tacna".
Capitán Pedro Correa, del batallón 'Granaderos de Tacna".
Capitán Cleto Martínez, batería del Morro.
" Adolfo King " "
" Juan P. Ramírez, batería del Este.
Capitán graduado, Felipe S. León del batallón "Granaderos de Tacna".
Teniente 1o. graduado, Miguel Espinoza, batería del Morro.
Teniente, Clodomiro Bustamante, del batallón "Artesanos de Tacna".
Teniente, Abel Zela, del batallón "Artesanos de Tacna".
Teniente José Soto, del batallón "Artesanos de Tacna".
Teniente Federico Basadre.
" Esteban Giles, "Granaderos de Tacna".
" Vitaliano Becerra, "Granaderos de Tacna'.
" Ascencio B. Rivera, "Granaderos de Tacna".
" Mariano Benavides, "Granaderos de Tacna".
" Arístides Sologuren, "Granaderos de Tacna".
" Manuel Pozo, del batallón "Piérola".
" José Soto, "Piérola".
" Ricardo Barreda, del batallón "Piérola.
" Andrés Belaúnde, del batallón "Piérola".
" Rufino Vargas, del batallón "Piérola".
" Federico Verastaín, batallón "Tarapacá", ayudanta mayor.
" Simón Grados, batallón "Tarapacá".
" Pedro Helmes, batallón "Tarapacá".
" Vicente Almonte, batallón "Iquique" No. 33.
" Enrique Hernández, batallón "Iquique" No. 33.
" Manuel S. Aro.
" Tomás G. Olaya, batería del Morro.
" Emilio de los Ríos.
" 2o. de la armada, Nemesio Bounhumen, batería del Este.
" " Antonio Moreno.
" " Manuel Terry.
Subteniente N. Miner, ayudante de la comandancia general de la plaza.
" Armando Basadre, batallón de "Artesanos de Tacna".
" Cipriano Ruíz, detall de la plaza.
" Juan J. Alay, abanderado, "Artesanos de Tacna".
" Manuel Telles, "Granaderos de Tacna".
" Julio C. Berrios.
" Aureliano Gómez García.
" Noé Picoaga.
" Néstor Birne.
" Ricardo Téllez Mora.
" Miguel Ortíz.
" Lizardo Zevallos.
" Carlos Murphi.

Subteniente Isaís Medina, batallón "Piérola".
„ Guillermo Santana.
„ Alejandro Montfor batallón "Tarapacá".
„ Eleodoro Zevallos.
„ Aníbal Chávez.
„ Ramón B. Osorio.
„ **Elías Loayza, batallón "Iquique".**
„ Vicente Rodó.
„ Francisco Rodríguez.
„ Federico G. Castilla.
„ Francisco Alláu, batería del Morro.
Alférez de Artillería, Lizardo Pedraja, sub-ayudante, batería del Este.
Alférez Eusebio Napure, Enrique Zapata, José Belaúnde, Manuel Moyano.

Heridos

Coronel Marcelino Varela, 1er. jefe del batallón "Artesanos de Tacna".
Teniente coronel, Roque Sáenz Peña, 1er. jefe del batallón "Iquique".
Sargento mayor, Manuel Martínez, 2o. jefe de las batería del Norte.
Sargento mayor, Ismael Meza, 3er. jefe de las baterías del Este.
Capitán, Daniel Corzo ayudante de la jefatura del detall.
Capitán, Pedro J. Vidaurre, batallón "Artesanos de Tacna".
Capitán Olegario J. Rospigliosi.
„ Miguel Revello, batallón "Piérola".
„ David Cuéllar, batallón "Iquique".
Teniente José Quelopana, "Artesanos de Tacna".
„ Sebastián Céspedes, "Artesanos de Tacna".
„ Juan Garland, batallón "Tarapacá".
„ José de la A. Nacarino, batallón "Iquique'.
„ Francisco de P. Ramírez, batería del Morro.

SOBREVIVIENTES DE ARICA CALIFICADOS EN 1902.

El sargento mayor don Juan García Zegarra, secretario vitalicio de la Sociedad "Sobrevivientes de Arica", nos ha proporcionado la siguiente relación de jefes, oficiales e individuos de tropa calificados como combatientes de Arica el 7 de junio de 1880, por la junta que, con tal objeto, nombró el gobierno en 1902:

Capitán	Ricardo Pimentel.
„	Antonio Lobato.
Teniente	Ernesto M. Aduvire.
„	W. Juan Prieto.
„	Sebastián Céspedes.
„	Manuel A. Barreda.
„	Juan Garland.
Sub-teniente	Manuel A. Belaúnde.
„	Manuel Ramírez.
„	Ricardo Salazar.

TROPA

Sargento	1o.	Eudoro Oviedo Vicentelo.
„	1o.	Jorge González de la Puente.
„	1o.	José Santos Valdivia.
„	1o.	Manuel Díaz.
„	2o.	Gavino Alvarez.
„	2o.	José Santos Velazco.
Cabo	1o.	Silvestre Cautin.
„	1o.	Silvestre Vallejos.
„	1o.	Emilio Trillo.
„	2o.	Luis Montenegro.
„	2o.	Nicacio Salazar.
„	2o.	Manuel Zúñiga.
Soldado		Apolinario Salaberri.
„		José Belaochaga.

Soldado José Belaochaga.
„ Santiago Rodríguez.
„ Raymundo Martínez.
„ Lizandro Eizaguirre.
„ José Valderrama.
„ Miguel Rodríguez.
„ Tomás Ramos.

Manuel Carbajal.

COMBATIENTES NO CALIFICADOS EN 1902

El mismo sargento mayor Juan García Zegarra, nos ha proporcionado, también una nómina de combatientes de Arica, inscriptos en ese carácter en la Sociedad "Sobrevivientes de Arica"; pero no reconocidos por la Junta Calificadora oficial de 1902, por no haberse presentado en tiempo a ella, en razón de residir fuera de Lima; pero reconocidos como tales por la junta calificadora de la precitada institución.

Sargento 1o. Hipólito Ormeño.
„ 1o. Camilo González.
„ 2o. Carlos Frabe.
„ 2o. Esteban E. Mendoz
„ 2o. Eduardo Cornejo.
„ 2o. Francisco Orihuela.
Cabo 1o. Santos Flores.
„ 1o. Manuel Tapia.
„ 2o. Pablo Sánchez.
„ 2o. José Zúñiga.
„ 2o. Sebastián Espinoza.
Soldado Pedro Sánchez.
„ José Santos Flores.
„ José Santos Flores.
„ Pedro Vera.
„ Leonardo González.
„ Nicanor Contreras.
„ Mariano Albarracín.
„ Alfredo Meza.
„ Francisco Soto.
„ Manuel Zavala.
„ Ernesto Viceti.
„ Carlos Rodríguez.
„ Esteban E. Moncada.

Soldado	Francisco Rueda.
„	Manuel Corbacho.
„	Andrés Córdoba.
„	Francisco N. Moncada.

EXPEDIENTES EN TRAMITACION

Teniente	Pedro Quina Castañón.

Parte oficial chileno

Ejército de Operaciones del Norte.

Arica, junio 21 de 1880.

Señor ministro:

Tengo el honor de trascribir a U. S. el parte del Sr. coronel jefe de Estado Mayor General, sobre la toma de Arica. Dice así:

Señor general en jefe:

Cuatro días después de la batalla del 26 del pasado regresó a Tacna, la división de reserva que había ido a Pachía, a las órdenes del Sr. coronel D. Pedro Lagos, con el objeto de deshacer los últimos restos del ejército aliado, que según anuncios se organizaba allí para atacarnos. Esa división cuya marcha ordenó V. S., trajo rifles, municiones, 2 cureñas de cañón Krupp y un buen número de prisioneros desarmados, que se escondían en aquel pequeño caserío y sus alrededores.

Alejado, pues, por ese lado, todo peligro de ataque y de reorganización, del enemigo, V. S., tuvo el pensamiento de marchar sobre Arica, ciudad que los peruanos llamaban inexpugnable por sus minas, sus fosos, sus parapetos, sus defensas naturales y sus cañones.

Al efecto, el día 1o. del presente, Cazadores a caballo y Carabineros de Yungay No. 2, llegaron como avanzada al río de Azufre, que dista 6 millas de la plaza fortificada. Al pasar el río hizo explosión una mina y resultaron heridos tres soldados. En este momento se tomó prisioneros a un ingeniero peruano encargado de

hacer saltar las minas y a tres individuos que se ocupaban en la misma tarea.

La caballería permaneció allí en observación hasta el 2, en que el Buín y el 3o. de línea arribaron al mismo punto en ferrocarril.

El 3, a las 10 a. m., V. S., el Estado Mayor General, el 4o de línea, el Búlnes, Carabineros de Yungay No. 1 y 4 baterías de artillería salieron de Tacna, y a la 1 p. m., de ese día, se reunieron a las fuerzas que aguardaban acampadas en la ribera norte del valle de Chacalluta. En la noche se juzgó prudente dormir en campamento fuera del tiro de los cañones enemigos y se buscó uno más al este y en la misma ribera del río.

La mañana del 4 se pasó en reconocimientos para dar a la artillería una colocación que le permitiera dominar la ciudad, al mismo tiempo se mandó al 4o. de línea y a una parte de la caballería al valle de Azapa, que corre de oriente a poniente y al pié de la cadena de cerros que termina en el Morro, por donde el enemigo recibía ganado y podía en un trance difícil retirarse y tomar el camino del interior.

Al medio día las baterías se pusieron en marcha y comenzaron a trepar los elevados y arenosos cerros que se levantan por el este del puerto y que cierran por el mismo lado el llano que se extiende hacia el río de Azufre, por la orilla del mar. Tal operación duró la noche entera, salvándose las dificultades de la ascención, merced a la constancia y a la actividad de los artilleros.

Al amanecer del día 5, los cañones se encontraban en baterías en la parte alta de los cerros del Este, dominando el puerto de Arica y a las 8 a. m. rompieron sus fuegos sobre las fortalezas del enemigo, algunas de las cuales no podían distinguirse bien, pues las barbetas estaban cubiertas y a lo lejos parecían sólo grupos de verduras.

La distancia que los separaba de éstas era de 5000 metros. Los fuertes situados a las alturas paralelas al Morro y los de San José y Sta. Rosa contestaron en el acto, con buenas punterías, a tal punto que nuestros artilleros veíanse cubiertos y expuestos a ser heridos por los cascos de las granadas que reventaban sobre ellos.

Hechos algunos disparos para apreciar la distancia y conocer bien la situación de los cañones peruanos, se tocó alto el fuego que también cesó por parte de aquellos.

Antes de la ruptura de las hostilidades, V. S., mandó de parlamentario ante el coronel Bolognesi, jefe de la plaza, al sargento mayor de artillería D. José de la Cruz Salvo. Este jefe cumplió debidamente su cometido. Dijo al coronel Bolognesi que V. E., empeñado en evitar la efusión de sangre, pedía en nombre de la humanidad, la capitulación de la plaza, ya que toda resistencia era inútil, porque el ejército de Tacna, hecho pedazos, dispersado y prisioneros en su mayor número el 26, no podía en manera alguna prestarles auxilio; que contaba con un crecido ejército que sitiaría la plaza o la tomaría al asalto, siendo él, el responsable de las consecuencias.

El coronel Bolognesi respondió, después de conferenciar con sus jefes compañeros, que estaba dispuesto a salvar el honor de su país, quemando el último cartucho.

Cumplido pues, el deber que nos imponía la situación difícil

del enemigo, no había más que hacer, y, como lo dejo expresado se rompió el fuego.

El 6, de orden de V. S., comuniqué por medio de señales al Sr. comandante del "Cochrane', una nota pidiéndole la cooperación de la escuadra surta en la bahía, para atacar de una manera simultánea por el frente y por la retaguardia. Abrigabamos entonces la esperanza de que con esta tentativa los peruanos desistirían del propósito de seguir resistiendo inútilmente sin probabilidades de triunfo. Al mismo tiempo, obligándolos a batirse, les dábamos oportunidad para salvar el honor de su país y entrar en honrosa y cuarda capitulación. La sangre preciosa derramada en Tacna y los horrores que trae consigo un combate, nos habían hecho desistir antes de un asalto esperando arreglarlo todo por la vía tranquila y sensata de la palabra.

Los cañones de campaña abrieron el fuego a las 11 a. m., y a la 1.30 p. m., lo hacían el "Cochrane", la "Magallanes", "La Covadonga", y el "Loa".

Todos los cañones enemigos y el "Manco Capac", respondieron al ataque que terminó a las 4 y minutos.

V. S. recuerda que esa tarde aún alimentábamos la idea de que el enemigo accediera a lo que pedíamos en nombre de la humanidad y de sus intereses; pero en la noche, viendo fallidas nuestras aspiraciones tomé el último y doloroso recurso; tomar la plaza al asalto ya que no queríamos ni debíamos ponerle sitio, lo que hubiera importado un perfecto bloqueo para nosotros, que buscábamos con urgencia una puerta de salida para el océano. Respecto al punto por donde debía atacarse, no cabía vavilación. V. S. había comprendido desde el primer día que era por la retaguardia.

Se dió, por tanto, orden al tercero de línea que marchara a reunirse con el 4o. en el valle de Azapa y junto con él, tomara la retaguardia y asaltara la línea de fuertes que termina en el Morro Se dió el mando de esas fuerzas al señor coronel D. Pedro Lagos. El Buín y el Búlnes, que ocupaban lasalturas del este, el primero al sur del valle de Azapa y el segundo al norte, debían vigilar y defender dicho valle, proteger nuestra artillería y atacar, por el flanco y de frente, la plaza en un momento dado.

Estos cuerpos estaban mandados por sus respectivos comandantes Ortiz y Echevarría. En cuanto al "Lautaro", que un día antes había venido de Tacna, atacaría por el norte a los fuertes de San José y Santa Rosa, llevando a su cabeza al señor coronel D. Orosimbo Barboza. Por el mismo punto avanzaría la caballería al mando de sus comandantes Búlnes y Vargas. De esa manera los peruanos no tenían más camino que el de la rendición o la muerte. El ataque debía hacerse en guerrillas, pues se tenía datos seguros de que el centro de la población, sus alrededores y los fuertes, estaban minados y listos para volar al menor peligro.

La artillería no podía absolutamente abandonar su posesión y entrar de lleno en la zona de tiro de los poderosos cañones enemigos, pues habría sido despedazado sin provecho alguno para nosotros. Este cuerpo lo mandaba el comandante Novoa.

Como a las 6 a. m. del 7, los fuertes del sur hacen fuego por breves instantes y se sienten descargas de fusilería. Una hora más tarde se oye una espantosa detonación y dos columnas de humo polvo se levantan en los fuertes San José y Santa Rosa, como si hubieran hecho explosión.

El "Manco Capac" abandona la red de lanchas que lo protege hace algunos disparos al "Lautaro", que avanzaba sobre los fuertes, y a las 8 a. m. se hunde. La lancha torpedo que lo acompaña toma rumbo al norte perseguido por el "Cochrane" y el "Loa", que lo cañonean sin cesar.

No había duda de que el puerto se hallaba en poder de nuestros soldados, así es que V. S. ordenó a la artillería avanzar sobre el pueblo. No nos engañábamos: el 3o. y el 4o. de línea había tomado en 55 minutos toda la línea de fuertes del sur del Morro. Perdidos sus principales atrincheramientos, los peruanos hicieron volar los fuertes del norte. *La lucha había sido porfiada y sangrienta* hasta lo increíble.

A las 9 a. m., la plaza era completamente nuestra y la bandera de Chile se ostentaba en los fuertes y en los edificios públicos. Como V. S. ha podido verlo, la toma de Arica nos ha costado bien poca cosa, sus fortificaciones, sus minas, sus reductos y sus cañones degrueso calibre. No había sitio que no fuera una trinchera inexpugnable. Nuestros soldados comprendieron desde el primer instante la magnitud de la empresa, sin embargo no vacilaron en ir al peligro con imponderable rapidez y atrevimiento. No hay elogio digno de tanto valor y bizarría. El país debe, señor, una distinción a los bravos del 3o. y 4o., que en tan breve tiempo, dieron a Chile la posesión de la plaza más fuerte del Pacífico.

El valiente San Martín, comandante del 4o., murió en esta corta pero gloriosa jornada, y corrió igual suerte el capitán Chacón del 3o. Ambos cayeron animando con la palabra y con la acción a sus soldados.

El enemigo perdió sus mejores jefes. El que no cayó prisionero rindió la vida. Otro tanto sucedió con los soldados, sus muertos pasan de 1000 y sus prisioneros llegan a 1328, 118 de categoría de jefes y oficiales; los restantes soldados y marineros.

Por nuestra parte las bajas suben en todo a 473; jefes y oficiales muertos, 3; heridos 18; soldados muertos, 114; heridos, 337.

El material de guerra tomado es numeroso. Consiste en 13 cañones en perfecto estado de servicio, distribuídos de la siguiente manera:

1 "Vavasseur" de 250 lbs.
2 "Parrot" „ 110 „
2 „ „ 30 „
7 "Voruz" „ 110 „
1 de bronce de 12 „
7 cañones rotos por medio de dinamita.

Más de 1500 balas y granadas para esos cañones.

1200 fusiles de diversos sistemas con sus respectivas dotaciones de municiones.

Además una cantidad considerable de dinamita, guías, pólvora, herramientas y útiles para el servicio de los fuertes.

Han caído también en poder nuestro muchas banderas y algunos estandartes. El del 2o. de línea, quitado por el enemigo en Tarapacá, ha sido recuperado, gracias a las indagaciones hechas por oficiales del ejército (1).

---

(1).— Le guardaba en el templo parroquial de Tacna y lo entregó un ingrato fraile extranjero, que sabía donde se ocultaba.

Remito a V. S. los partes del señor coronel Lagos, que con tanto tino como inteligencia dirigió el ataque del 3o. y del 4o. de línea, y jefes de los cuerpos que tomaron parte en aquella memorable jornada. Van también las listas correspondientes.

Al concluír, felicito a V. S. por la toma de Arica, complemento de la batalla del 26 de mayo. Muy luego, pondré a disposición de V. S., los planos de la batalla de Tacna y el del puerto y fuertes de Arica.

No cerraré esta nota, señor ministro, sin hacer antes honrosa y particular mención del señor coronel D. Pedro Lagos, por el valor y serenidad con que supo llevar a cabo el ataque y toma de los fuertes del Sur de Arica, cumpliendo así con mis instrucciones.

Aunque todo el ejército estaba dispuesto a ejecutar la misma hazaña, el día 7 de junio del presente, una de las más gloriosas páginas de la historia de la república, apoderándose, a pecho descubierto y sin más armas que sus rifles y bayonetas, de las formidables fortificaciones de Arica.

Termino, señor, enviando a V. S., y por su conducto, a S. E. de paso, mis más sinceras felicitaciones por el nuevo triunfo que han obtenido nuestras armas.

Dios guarde a V. S.

Manuel Baquedano.

Al señor Ministro de la guerra en campaña.

Proclama de Piérola

El Jefe Supremo a la Nación

Conciudadanos:

El patriotismo acaba de recibir un rudo golpe.

El inesperado contraste de nuestro primer ejército del Sur, contraste que una serie de errores ha engendrado, y que sólo la impaciencia de llegar a las manos con el enemigo podría explicar, acaba de dar a éste, aunque muy costosamente para él, la inútil ocupación de Tacna y la de Arica, levantada a las alturas de una heroica y memorable resistencia.

Los pueblos esforzados y viriles, los que se sienten dignos del triunfo, reciben con la altivez que lo hace el Perú, los contrastes que no abaten sino a los débiles.

Está bien! Al dolor con que contamos una a una nuestras víctimas, se forja la espada de justicia con que tenemos que repeler al invasor. La sangre vertida clama reparaciones, y la tendrá amplia y completa. El ejemplo de nuestros mártires hace brotar soldados a millares, que no hay en el Perú quien no se sienta digno de ellos.

Chile vencedor lo aprenderá muy caro. El Perú de hoy es cien veces más temible para él que lo fué al comenzar la campaña, y recobra en el infortunio y los contrastes, la fuerza olvidada en los días de la confianza y el reposo.

Chile no sabe, no puede saber lo que para un pueblo generoso y altivo significa su hogar hollado, la sangre de sus hijos vertida la magestad de la nación ultrajada por quien debiera temblar ante su enojo; y juzgándonos por sí mismo ha soñado que podría alcanzar la paz, que ambiciona para no sucumbir, por otro camino que el de nuestro inevitable y legítimo triunfo.

Soñó también ayer en luchas intestinas, y que el Perú como Boli-



via no tienen hoy más qeu una voz y un pensamiento. Buscó romper su alianza y lo que ha logrado es hacer de dos un pueblo sólo. Intenta sitiarnos por un bloqueo, y va a acelerar la solución de todos nuestros problemas interiores y ayudarnos a recobrar con ella la fuerza que mirará espantado mañana.

Chile labra día a día con sus efímeras ventajas, su propio daño, y en cada uno de sus costosos golpes agota la fuerza con que pudiera resistirnos más tarde.

Nuestros elementos están intactos y los suyos han tocado a su término. Está viviendo de prestado para ruina propia y desengaño de los ilusos que le descuenten sus estériles triunfos.

Ha jugado en Tacna un golpe de fortuna, que para nada puede servirle, que le postra y que nos levanta más vigorosos, aleccionados y resueltos, que nunca.

Que queme, que arrase nuestra indefensa población del litoral, que tale nuestros campos, si lo puede. Estamos resueltos a todo; a todo menos a renunciar a la vinculación de nuestras fuerzas, menos a ceder una pulgada de nuestro suelo, menos a no verlo demandándonos, para salvarse, una paz que jamás podrá imponernos.

Compatriotas:

Me habéis confiado el encargo de presidir la reparación de nuestros derechos concretados sin pretextos siquiera. Mi tarea es, pues, una sola: buscarla sin descanso; buscarla a toda costa; buscarla hasta obtenerla. Detrás de mí hay 6 millares de brazos. Y cuando yo haya caído, la fortuna, que me niegue el asistir al triunfo, lo espero, el de morir defendiéndola con la seguridad de su victoria.

La justicia está entera con nosotros; jamás fué negado el triunfo a los que luchando por el patrio hogar y por su nombre, se hacen para la resolución y el sacrificio dignos de él.

Lima, junio 13 de 1880.

Nicolás de Piérola.

Juicios de la prensa de Lima sobre el combate de Arica

La Opinión Nacional

Arica está acostumbrada a los grandes infortunios, decía el príncipe de nuestros periodistas, el doctor don Andrés Avelino Aramburú, en *La Opinión Nacional* de 11 de junio de 1880, cuando todavía no se tenía conocimiento en esta capital de la hecatombe del Morro.

La naturaleza la ha avasallado y siempre ha renacido de sus escombros.

Tradicional y memorable en la historia legendaria de la patria, cuenta mil títulos al papel que está desempeñando.

Y los soldados que la custodian defendiendo el honor nacional, son dignos hijos de este suelo, que produce tantos héroes.

Es necesario estar animado de rara abnegación, para ser espartano en el hecho y en la palabra.

Quemaré el último cartucho; viva el Perú. Hé ahí lo que contestaron esos mártires, que no tienen más auxilio que su bravura.

¿Qué otra cosa que sucumbir tienen que esperar?

Sitiados por mar y tierra, no hay más recursos que luchar y morir con honra.

Y nada los arredra.

Han visto su aislamiento y no se han anonadado.

Al contrario, cobran bríos, desafían la superioridad del enemigo y se disponen a hacer el último esfuerzo.

La patria admira el sacrificio.

El enemigo es desproporcionalmente superior en soldados: los nuestros son pocos.

¿Que esperan?

La fatalidad, la desgracia, o quien sabe cuál causa nos ha traído tanta amargura.

Y no la merecemos.

Ni defendemos el robo, ni nos apoyamos en la iniquidad. Nuestro estandarte es santo e inmaculado.

¡Que su sombra sostenga todos los instantes el espíritu de esos bravos, que tienen agobiada el alma del país con la más cruel incertidumbre!

El 7 de junio, día del asalto de Arica, por el ejército chileno *La Opinión Nacional* publicaba una carta de su corresponsal en Arica, su fecha 30 de mayo, en la que decía:

... ...

Yo creo que Montero espera que se reúna la fuerza que está en Moquegua con Leyva, para batir nuevamente a los chilenos. Mientras tanto nosotros estamos esperando ser atacados de un momento a otro por mar y tierra. Pero creo que les costará muchas vidas, si pretenden tomar Arica.

Probablemente al recibo de esta estaremos defendiendo Arica. (Así sucedía, en efecto).

El mismo dario limeño en su número de 23 de junio de 1880, publicaba una correspondencia de su citado corresponsal, en la que describiendo el combate del 7, decia entre otras cosas:

El enemigo atacó por el Este y después asaltó la batería *Chuño* (Ciudadela), que fué vigorosamente defendida por *Granaderos* y *Artesanos* (1).

---

(1).— Lo fué por los batallones *Granaderos* y *Piérola;* el *Artesanos* defendió la batería del Este.

En seguida se emprendió sobre el Morro, donde se habían reconcentrado los cuadros de nuestras fuerzas, y en especial los jefes y oficiales de la plaza.

Allí tuvo la más encarnizada de las peleas cuerpo a cuerpo, y abrumados nuestros valientes por la superioridad del número, que los diezmaba implacablemente.

Allí murieron heroicamente Bolognesi, que juró momentos antes que sólo sobre su cadáver pondrían pabellón chileno; Zavala, que recibió dos balazos en el cráneo; Ugarte atravezado por ocho proyectiles y precipitado del Morro por un rasgo de su arrojo desesperado; Moore, de quien dicen algunos que se batía contra una fuerza de infantería, hasta que cayó sin vida por descarga alevosa.

En fin, el Morro fué tumba de muchos héroes y de muchos mártires, que han enaltecido con su sangre el honor de nuestra gloria.

La toma de Arica fué la señal de los más horrendos crímenes. Este puerto, ayer no más emporio de animación y de progreso, ha ardido por cinco días, devorando el fuego provocado por los chilenos, la mayor parte de edificios.

Las atrocidades han sido horribles: testigos presenciales han visto asesinar ancianos, mujeres y niños, a parte de viles profanaciones que la pluma se resiste a designar en sus moustrosos y abominables crueldades.

... ...

En un acceso deferocidad, un oficial (dicen que fué Wormald) hizo formar frente a la iglesia a 120 o 150 prisioneros, y los fusiló miserablemente con descargas cerradas.

... ...

El comandante La Torre, jefe de estado mayor de la plaza, salvó de que lo asesinaran por creerlo hermano del comandante del *Cochrane*.

Los transportes en Arica embarcaron cuanto pudieron: muebles, pianos y todo lo robado en las casas.

El *Manco Capac*, fué hundido frente al fuerte *San José* y en una profundidad que hace imposible su extracción.

El comandante Sáenz Peña fué hecho prisionero y brutalmente estropeado.

Alfredo Cárdenas (Maldonado) de la batería *Chuño* ofreció a los chilenos rendirse y los llamó a su lado para que volaran junto con él: puso fuego al polvorín de la batería y murió en el acto.

Otro sargento, cuyo nombre se ignora, recorrió las baterías *San José, Santa Rosa y 2 de Mayo*, reventando personalmente los cañones. No quedó uno bueno. (Esta información es ineaxcta por lo que respecta a la batería *San José*, cuyos cañones no alcanzó a reventar). Ese valiente era ariqueño. (?).

El valiente capitán de *Granaderos de Tacna,* Ordonel Vargas pagó con su vida un rasgo de generosidad propia de su carácter.

Como maltratasen a algunas mujeres en Arica, se dirigió a los soldados chilenos que los conducían y les dijo:

"¡Miserables! ¡No asesinen a esas pobres mujeres, fusilennos a nostoros que hemos luchado con ustedes!".

El joven Vargas fué presa de la ferocidad del enemigo. Su fin fué horrible.

El coronel Inclán cae, pero después de haber muerto con su espada y revólver a cinco enemigos que lo asedían.

ARICA Y SUS HEROICOS DEFENSORES

Editorial de "La Sociedad" de Lima, de 18 de junio de 1880.

El vapor "Colombia", procedente de Valparaíso, confirma las tristes noticias de la brutal y sangrienta ocupación de Arica, y de la irreparable y, por todo extremo, sentidísima pérdida de sus heroicos defensores. Muy costosamente ha logrado nuestro enemigo hacer ondear su pabellón, afeado ya con sin número de lunares, en los sitios mismos en los cuales se alzaba gallardemente el nuestro, que ni en esta ocasión ni en otra alguna, ha sabido arriarse. Para que la planta atrevida del soldado chileno haya conseguido pisar esa tierra, que sólo héroes han pisado sobre ella, ha sido menester que el último cartucho se haya quemado, que casi todos los jefes se hayan inmolado después de prolijos martirios, que la sangre haya corrido a torrentes y que todo género de prodigios de raro valor se hayan admirado en nuestros soldados. Bolognesi, al contestar a la intimación hecha por el general Baquedano, para que la plaza se rindiese, dijo estas memorables palabras que han sido ya recogidas para legarlas a la posteridad:

"Mi última palabra, mi último cartucho". Ha sido fiel a su palabra y por eso ha volado a la patria de los inmortales, mientras que el Perú agradecido colma su nombre de bendiciones y se prepara a escribir en su tumba un epitafio que haga su memoria inolvidable. Moore, Ugarte, Zeballos, Videla . . . . . y todos los que han sucumbido en la memorable y sobre todo encarecimiento heroica resistencia de Arica, son dignos, por idéntica manera, del aplauso y del agradecimiento del Perú.

Contrasta singularmente con esta nobilísima conducta, la observada por las hordas chilenas en celebridad y festejo de sus hazañosas acciones, pues a manera de torrente impetuoso que no respeta muro ni barrera ni se contiene mansamente en la arena de la playa, se ha entregado a todo género de excesos y extorciones, asesinando a los indefensos e inermes habitantes de la plaza, incen-

diando casas por el solo placer de contemplar a la luz siniestra de la hoguera, la presa que habían alcanzado, saqueando, en fin, la población con autorización del jefe del ejército invasor.

Esto es lo que aflije al patriotismo, esto lo que apesara y conturba, esto lo que lastima y duele. No es la momentánea ocupación de poblaciones, que tarde o temprano, se han de recuperar, sino la violentísima e inusitada manera de apoderarse de ellas, que tanto pugna y choca con los sentimientos de humanidad, con las leyes sino de la civilización, con la que prescribe el honor cristiano a Chile, que desde el principio de la campaña, se ha distinguido por este satánico empeño, ensañándose más a compás de nuestros desastres, excitando más su grosero apetito, a medida que más lo sacia: he aquí porqué, y tan justamente, su sólo nombre se ha hecho tan odioso, y la memoria de sus actos, indeleblemente se ha grabado en todos los pechos, de don se levantan protestas y fundadísimos reproches, que claman amplia y completa reparación.

El último desastre, de la propia manera que la cadena no interrumpida de los anteriores, si bien golpe rudísimo para el patriotismo, con todo, ha enardecido los ánimos, inflamado los corazones, fortalecido a los débiles, entusiasmado a los valerosos; y lejos de abatir y postrar, como acaso locamente creerá Chile, por maravillosa manera, ha despertado en todos el deseo vivísimo de continuar la guerra hasta alcanzar la palma de la victoria definitiva, que nunca ha sido negada a los que varonil y noblemente pelean por el honor, la justicia, el patrio hogar, la integridad del territorio, los fueros de la humanidad y de la civilización, el buen nombre de la América.

Traducción fidelísima de los sentimientos del Perú, en punto a la presente guerra, después de los desastres de Tacna y Arica, es la proclama dirigida a la Nación por el Jefe Supremo, y que ya hemos publicado con ligeros comentarios, y hacia la cual llamamos la atención de los que de esperan del buen éxito de nuestra causa y nos creen irremisiblemente perdidos.

Carlos A. García.

La suerte de las armas ha sido otra vez adversa a nuestro heroico ejército, en quien la República había puesto sus esperanzas para la defensa de nuestro litoral del Sur.

Los partes oficiales y las versiones de nuestros mismos enemigos, nos revelan que nuestros valientes soldados, han hecho pagar caro el triunfo a sus vencedores.

Si estos han cedido al número y a la inmensa superioridad del armamento de nuestros enemigos, no ha sido sino después de disputarles palmo a palmo, el terreno, que han dejado cubierto de sus cadáveres y regado de su generosa sangre.

La gloriosa muerte del general del Estado Mayor, general del

ejército boliviano, la del ilustre como infortunado coronel jefe del mismo ejército, la de los esclarecidos comandantes generales de división del nuestro, de varios jefes y oficiales no menos valientes y esclarecidos y los numerosos heridos entre los mismos jefes, oficiales, clases y soldados de nuestro infortunado primer ejército del Sur, demuestran que han sabido corresponder con su sacrificio, a la confianza de las Repúblicas aliadas, contra las cuales se enzaña la fortuna airadamente.

En este cuadro de heroismo y sacrificio que ha inspirado la admiración y el respeto a los mismos orgullosos vencedores, descuella la intrépida eindomable guarnición de Arica y la noble figura de su digno comandante y de sus bravos compañeros, que dos veces rechazaron las intimaciones de rendición del enemigo, jurando quemar el último cartucho y atajar con sus cadáveres el paso de sus vencedores.

La historia nacional recojerá agradecida los ejemplos de bravura y patriótica abnegación que han dejado a nuestras generaciones los inmortales defensores de Arica.

Los nombres de Bolognesi, Ugarte, Moore, Zavala, se trasmitirán iluminados perpetuamente por los resplandores del heroísmo y de la gloria.

Mientras tanto, sus indignos vencedores han manchado su in merecida victoria con los actos de la más salvaje crueldad.

Por lo que se sabe hasta hoy, una gran parte de la guarnición de Arica, ha sido acuchillada después de vencida, aún que el valor de ese puñado de valientes haya merecido el respeto de sus feroces vencedores.

Lo prueba la cifra enorme de las víctimas confesada por ellos mismos, tan desproporcionada a la suya y a la de esa pequeña guarnición.

Parece que la envidia y el despecho habían armado el brazo de sus enemigos.

No se ha dado cuartel en Arica y se ha levantado allí la bandera de la guerra de exterminio y de muerte.

Pues bien, la aceptamos: que la hora de las represalias y de la justa venganza deberá sonar en no lejano día.

La calma y austera resignación con que la República ha recibido esta nueva y cruel prueba a que la somete el más injusto destino, predice que nuestras esperanzas serán cumplidas.

Con la conciencia de su justicia, de su razón y de su fuerza, el Perú no se ha dejado abatir por este inesperado revez, y en actitud tranquila al frente de este último golpe de la adversidad dá la medida de la energía de su resolución y de sus propósitos.

No es la pérdida de un ejército la que puede acobardar a dos pueblos y a cinco millones de hombres, que cuentan con millares de brazos que tomen las armas para vengar a sus hermanos y purgar

Ese ejército estará reconstituído muy pronto para formar el de los otros tres, que no esperan sino la orden de marchar para ir al encuentro de los enemigos.

Las lecciones de la adversidad han retemplado su espíritu y les han enseñado a no fiar solo en su valor y no tener en cuenta el número de sus enemigos.

El país los alienta con el ejemplo de su resignación y de su constancia para sobrellevar todos los sacrificios, antes que suscribir

a las exigencias de los usurpadores de nuestro teritorio y de nuestra riqueza.

El gobierno que se ha dado, interpretando su voluntad, no cejará en este camino, que es el único que nos puede conducir al triunfo y al desagravio.

Por sombrío que se nos presente, pues, el horizonte en estos instantes, especialmente por las gloriosas pérdidas tantos de nuestros hermanos, esperamos ver lucir días. risueños, que iluminen nuestras tremendas venganzas y hagan saber a nuestro enemigo que no es un puñado de aventureros el que puede uncir al carro de su victoria a dos pueblos grandes, varoniles y patriotas.

José Casimiro Ulloa.

ACLARACIONES

Por descuido en la compaginación, no se insertan en capítulos pertinentes, tanto la biografía del sargento mayor Nacarino y la del sub-teniente Pedraja; pues el presente está reservado a los jefes y oficiales que sobreviven aún de la jornada de Arica.

—De 1918, año en que terminamos de escribir este libro, a la fecha, han dejado de existir los señores Germán Paz, Bernardo Smith, Lorenzo Martín Carrasco M. y otros, cuyos nombres consignamos en este libro.

—Apesar de nuestras activas gestiones, no nos ha sido dado obtener la biografía del guardiamarina don Tomás Mulgrew, uno de los pocos sobrevivientes del monitor "Manco Capac", como así mismo la de uno que otro oficial del ejército de tierra.

En la página 57 hacemos constar que la noticia de la muerte de don Aurelio Cárdenas, teniente ayudante del coronel Bolognesi, figura en la página 26 del folleto en que se registra la biografía del mencionado héroe, escrita por el general Eléspuru; pero, a última hora, cuando estaba ya en prensa este libro, se nos hace saber que aquél bravo oficial es uno de los pocos sobrevivientes de la hecatombe de Arica y que se trata de un error de imprenta o de redacción;

pues que en la página 60, del mismo foleto, figura su nombre entre los "vivos que no fueron hechos prisioneros por haber escapado de caer en manos del enemigo".

En consecuencia, damos por no escritas las apreciaciones que nos inspiró el bien trazado artículo histórico sobre la batalla de Arica, publicado en *La Prensa* de esta capital, de 7 de junio de 1918, por el señor M. F. Calvo Pérez, prestigioso profesor de Guadalupe, autor de muy apreciables textos de geografía e historia patria; dejando sólo en pie la antojadiza afirmación de Cárdenas, respecto a que los chilenos cocinaban su rancho de noche, etc.

BIBLIOGRAFIA

Benjamín Vicuña Mackehena.— "Historia de la Campaña de Tacna y Arica.

Mariano Felipe Paz Soldán.— "Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia.

Clements R. Markham, C. B., F. R. S.— "Historia del Perú".

Gonzálo Búlnes.— "Guerra del Pacífico".

Nicanor Molinari.— "Asalto y Toma de Arica".

Bernardo Smith } Libretas de apuntaciones.
F. Federico Sosa }

INDICE

CAPITULO I

CAPITULO II

CAPITULO VI

Bolognesi consigue abrigo y dinero para sus soldados

CAPITULO VII

El ejército chileno asedia Arica

CAPITULO VIII

El juramento de los héroes

CAPITULO IX

El enemigo pide la rendición de la plaza.— La respuesta histórica

---

CAPITULO X

El Asalto



CAPITULO XI

Defensa del Morro

CAPITULO XII

Rasgos biográficos del general Sáenz Peña

CAPITULO XIII

Un cañón del Morro de Arica en Lima



CAPITULO XIV

El postrer terrible choque

CAPITULO XV

Antecedentes del Coronel Lagos

CAPITULO XVI

Toma del Morro—La hecatombe

CAPITULO XVII

Se pretende amenguar la gloria del héroe

CAPITULO XVIII

Fusilamiento de prisioneros



CAPITULO XIX

Brillante actuación del monitor "Manco Capac" y de la torpedera "Alianza"

CAPITULO XX

Sobre el comportamiento de Bolognesi y Alfonso Ugarte en Arica Rectificaciones históricas



CAPITULO XXI

Incendio y saqueo de Arica

CAPITULO XXII

Espantosa estadística de las bajas peruanas en el combate de Arica

CAPITULO XXIII

Deficiencia del servicio de ambulancia

CAPITULO XXIV

Primeras medidas dictadas por el ocupante

CAPITULO XXV

Crítica del Combate

Algunas biografías de sobrevivientes



pues que en la página 60, del mismo foleto, figura su nombre entre los "vivos que no fueron hechos prisioneros por haber escapado de caer en manos del enemigo".

En consecuencia, damos por no escritas las apreciaciones que nos inspiró el bien trazado artículo histórico sobre la batalla de Arica, publicado en *La Prensa* de esta capital, de 7 de junio de 1918, por el señor M. F. Calvo Pérez, prestigioso profesor de Guadalupe, autor de muy apreciables textos de geografía e historia patria; dejando sólo en pié la antojadiza afirmación de Cárdenas, respecto a que los chilenos cocinaban su rancho de noche, etc.

———

BIBLIOGRAFIA

Benjamín Vicuña Mackehena.— "Historia de la Campaña de Tacna y Arica.

Mariano Felipe Paz Soldán.— "Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia.

Clements R. Markham, C. B., F. R. S.— "Historia del Perú".

Gonzálo Búlnes.— "Guerra del Pacífico".

Nicanor Molinari.— "Asalto y Toma de Arica".

Bernardo Smith, F. Federico Sosa — Libretas de apuntaciones.

INDICE

CAPITULO I

Rasgos biográficos de Bolognesi

CAPITULO II

Las fortificaciones de Arica

CAPITULO III

Cómo estaba fortificado Arica

CAPTULO IV

El desastre del Campo de la Alianza

CAPITULO V

El ejército chileno a la vista de Arica

CAPITULO VI

Bolognesi consigue abrigo y dinero para sus soldados

CAPITULO VII

El ejército chileno asedia Arica

CAPITULO VIII

El juramento de los héroes

CAPITULO IX

El enemigo pide la rendición de la plaza.— La respuesta histórica



CAPITULO X

El Asalto



ejército boliviano, la del ilustre como infortunado coronel jefe del mismo ejército, la de los esclarecidos comandantes generales de división del nuestro, de varios jefes y oficiales no menos valientes y esclarecidos y los numerosos heridos entre los mismos jefes, oficiales, clases y soldados de nuestro infortunado primer ejército del Sur, demuestran que han sabido corresponder con su sacrificio, a la confianza de las Repúblicas aliadas, contra las cuales se enzaña la fortuna airadamente.

En este cuadro de heroismo y sacrificio que ha inspirado la admiración y el respeto a los mismos orgullosos vencedores, descuella la intrépida eindomable guarnición de Arica y la noble figura de su digno comandante y de sus bravos compañeros, que dos veces rechazaron las intimaciones de rendición del enemigo, jurando quemar el último cartucho y atajar con sus cadáveres el paso de sus vencedores.

La historia nacional recojerá agradecida los ejemplos de bravura y patriótica abnegación que han dejado a nuestras generaciones los inmortales defensores de Arica.

Los nombres de Bolognesi, Ugarte, Moore, Zavala, se trasmitirán iluminados perpetuamente por los resplandores del heroísmo y de la gloria.

Mientras tanto, sus indignos vencedores han manchado su inmerecida victoria con los actos de la más salvaje crueldad.

Por lo que se sabe hasta hoy, una gran parte de la guarnición de Arica, ha sido acuchillada después de vencida, aún que el valor de ese puñado de valientes haya merecido el respeto de sus feroces vencedores.

Lo prueba la cifra enorme de las víctimas confesada por ellos mismos, tan desproporcionada a la suya y a la de esa pequeña guarnición.

Parece que la envidia y el despecho habían armado el brazo de sus enemigos.

No se ha dado cuartel en Arica y se ha levantado allí la bandera de la guerra de exterminio y de muerte.

Pues bien, la aceptamos: que la hora de las represalias y de la justa venganza deberá sonar en no lejano día.

La calma y austera resignación con que la República ha recibido esta nueva y cruel prueba a que la somete el más injusto destino, predice que nuestras esperanzas serán cumplidas.

Con la conciencia de su justicia, de su razón y de su fuerza, el Perú no se ha dejado abatir por este inesperado revez, y en actitud tranquila al frente de este último golpe de la adversidad dá la medida de la energía de su resolución y de sus propósitos.

No es la pérdida de un ejército la que puede acobardar a dos pueblos y a cinco millones de hombres, que cuentan con millares de brazos que tomen las armas para vengar a sus hermanos y purgar

Ese ejército estará reconstituído muy pronto para formar el de los otros tres, que no esperan sino la orden de marchar para ir al encuentro de los enemigos.

Las lecciones de la adversidad han retemplado su espíritu y les han enseñado a no fiar solo en su valor y no tener en cuenta el número de sus enemigos.

El país los alienta con el ejemplo de su resignación y de su constancia para sobrellevar todos los sacrificios, antes que suscribir

a las exigencias de los usurpadores de nuestro teritorio y de nuestra riqueza.

El gobierno que se ha dado, interpretando su voluntad, no cejará en este camino, que es el único que nos puede conducir al triunfo y al desagravio.

Por sombrío que se nos presente, pues, el horizonte en estos instantes, especialmente por las gloriosas pérdidas tantos de nuestros hermanos, esperamos ver lucir días. risueños, que iluminen nuestras tremendas venganzas y hagan saber a nuestro enemigo que no es un puñado de aventureros el que puede uncir al carro de su victoria a dos pueblos grandes, varoniles y patriotas.

José Casimiro Ulloa.

ACLARACIONES

Por descuido en la compaginación, no se insertan en capítulos pertinentes, tanto la biografía del sargento mayor Nacarino y la del sub-teniente Pedraja; pues el presente está reservado a los jefes y oficiales que sobreviven aún de la jornada de Arica.

—De 1918, año en que terminamos de escribir este libro, a la fecha, han dejado de existir los señores Germán Paz, Bernardo Smith, Lorenzo Martín Carrasco M. y otros, cuyos nombres consignamos en este libro.

—Apesar de nuestras activas gestiones, no nos ha sido dado obtener la biografía del guardiamarina don Tomás Mulgrew, uno de los pocos sobrevivientes del monitor "Manco Capac", como así mismo la de uno que otro oficial del ejército de tierra.

En la página 57 hacemos constar que la noticia de la muerte de don Aurelio Cárdenas, teniente ayudante del coronel Bolognesi, figura en la página 26 del folleto en que se registra la biografía del mencionado héroe, escrita por el general Eléspuru; pero, a última hora, cuando estaba ya en prensa este libro, se nos hace saber que aquél bravo oficial es uno de los pocos sobrevivientes de la hecatombe de Arica y que se trata de un error de imprenta o de redacción;



pues que en la página 60, del mismo foleto, figura su nombre entre los "vivos que no fueron hechos prisioneros por haber escapado de caer en manos del enemigo".

En consecuencia, damos por no escritas las apreciaciones que nos inspiró el bien trazado artículo histórico sobre la batalla de Arica, publicado en *La Prensa* de esta capital, de 7 de junio de 1918, por el señor M. F. Calvo Pérez, prestigioso profesor de Guadalupe, autor de muy apreciables textos de geografía e historia patria; dejando sólo en pie la antojadiza afirmación de Cárdenas, respecto a que los chilenos cocinaban su rancho de noche, etc.

BIBLIOGRAFIA

Benjamín Vicuña Mackehena.— "Historia de la Campaña de Tacna y Arica.

Mariano Felipe Paz Soldán.— "Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia.

Clements R. Markham, C. B., F. R. S.— "Historia del Perú".

Gonzálo Búlnes.— "Guerra del Pacífico".

Nicanor Molinari.— "Asalto y Toma de Arica".

Bernardo Smith }
F. Federico Sosa } Libretas de apuntaciones.

INDICE

CAPITULO I

Rasgos biográficos de Bolognesi

CAPITULO II

Las fortificaciones de Arica

CAPITULO III

Cómo estaba fortificado Arica

CAPTULO IV

El desastre del Campo de la Alianza

CAPITULO V

El ejército chileno a la vista de Arica



CAPITULO VI

Bolognesi consigue abrigo y dinero para sus soldados

CAPITULO VII

El ejército chileno asedia Arica

CAPITULO VIII

El juramento de los héroes

CAPITULO IX

El enemigo pide la rendición de la plaza.— La respuesta histórica

---

CAPITULO X

El Asalto



CAPITULO XI

Defensa del Morro

CAPITULO XII

Rasgos biográficos del general Sáenz Peña

CAPITULO XIII

Un cañón del Morro de Arica en Lima



CAPITULO XIV

El postrer terrible choque

CAPITULO XV

Antecedentes del Coronel Lagos

CAPITULO XVI

Toma del Morro—La hecatombe

CAPITULO XVII

Se pretende amenguar la gloria del héroe

CAPITULO XVIII

Fusilamiento de prisioneros



CAPITULO XIX

Brillante actuación del monitor "Manco Capac" y de la torpedera "Alianza"

CAPITULO XX

Sobre el comportamiento de Bolognesi y Alfonso Ugarte en Arica Rectificaciones históricas



CAPITULO XXI

Incendio y saqueo de Arica

CAPITULO XXII

Espantosa estadística de las bajas peruanas en el combate de Arica

CAPITULO XXIII

Deficiencia del servicio de ambulancia

CAPITULO XXIV

Primeras medidas dictadas por el ocupante

CAPITULO XXV

Crítica del Combate

Algunas biografías de sobrevivientes



Errores importantes.

Pág.	Línea	DICE	DEBE DECIR
VI	29	a un lado modestia........	a un lado la modestia
10	30	verísimo	verismo
11	27	acertado	acertada
15	—	Total: 19 cañones..........	Total: 18 cañones.
19	31	de cuya hazaña	en cuya hazaña
21	14	No se hizo más pro........	No se hizo más en pro
33	1	Tacna......	Arica
36	17	escuadrón.........................	escuadra
45	3	La'.................	Lo
49	7	un laurel más al de........	un laurel más del de
53	18	Miguel Barrios.............	Coronel Mariano E. Bustamante.
65	5	aservos...........................	acerbos.
68	15	hubieron tambien..........	hubo tambien
71	14	Tayacaja no obstante...	Tayacaja, no obstante
71	15	Los representantes, parlamentarios................	los representantes parlamentarios
93	35	lo da Lagos......................	la da Lagos
112	31	Wueguelin......	Weguelin
129	33	hubieron	hubo
138	25	Ricaúrte	Ricaurte
159	4	decirniera.........................	discerniera
186	7	pudieron	podrían
217	4-11	de amenguar su gloria...	de amenguarla
219	13	alto comando chileno ...	alto comando del ejército sitiador
224	6	Cómo se libran algunos etc	....
255	25	nombrado el gobierno...	nombrado por el gobierno
287	11	"aventedor"..................	"aventador"
411	16	presente	especial
412	9	en pié la antojadiza.......	en pié nuestra refutación a la etc.

